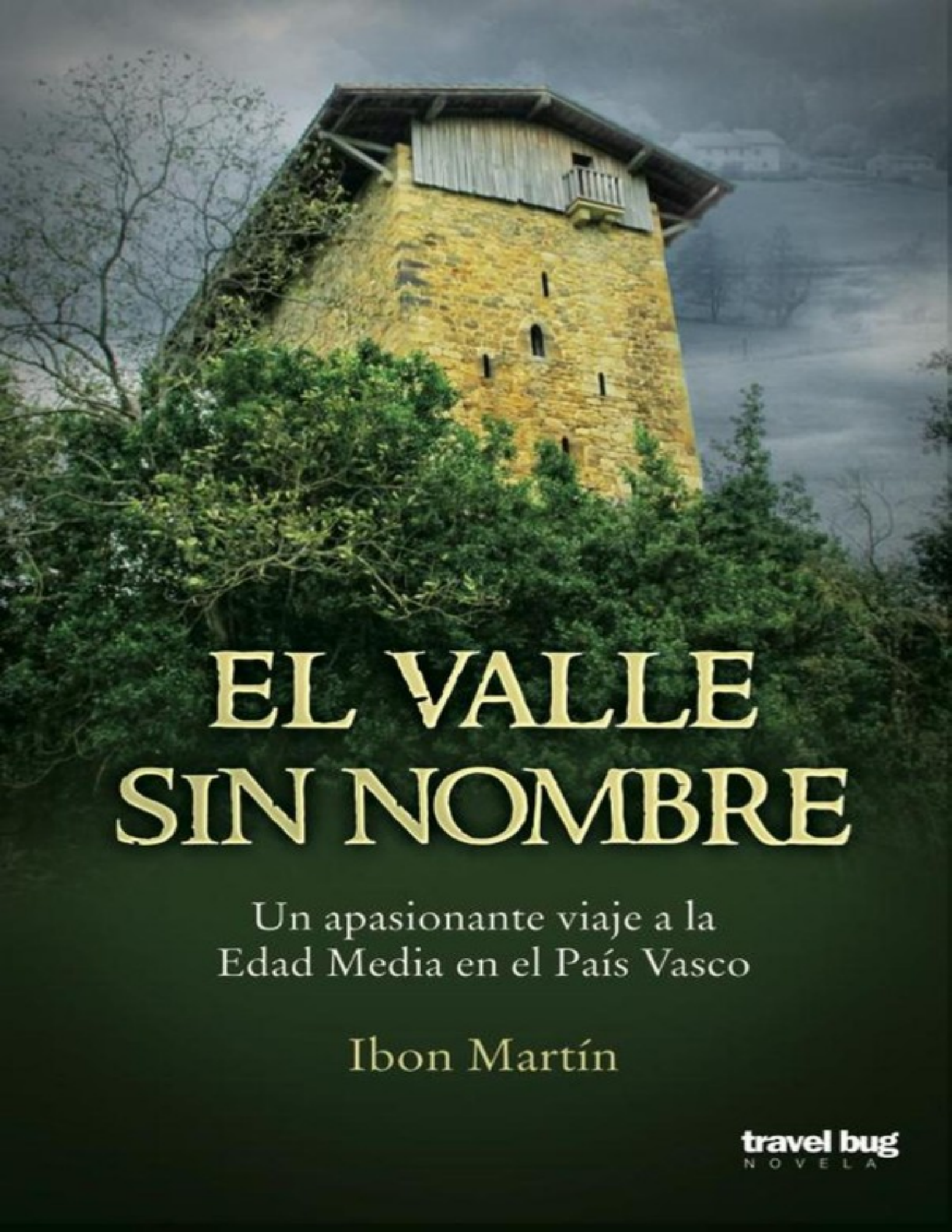


EL VALLE SIN NOMBRE

Un apasionante viaje a la Edad Media en el País Vasco

Ibon Martín

travel bug
NOVELA

El valle sin nombre

By Ibon Martín

Copyright 2013 Ibon Martín

TABLA DE CONTENIDO

Derechos de Autor

PRIMERA PARTE | 1442-1444

SEGUNDA PARTE | 1446-1448

TERCERA PARTE | 1449—1453

CUARTA PARTE | 1453-1457

PRIMERA PARTE
1442-1444

1

EL BOSQUE

Otoño de 1442

El sonido fue haciéndose cada vez más claro. Lo que al principio era un rumor lejano se convirtió en un creciente griterío desordenado. No había lugar a dudas, volaban muy bajo y se encontraban muy cerca.

—¡Gansos! —exclamó Aitor con la mirada fija en el claro que se abría entre las ramas de los robles.

—¡No, seguro que son grullas! —le corrigió Elías—. O garzas, pero seguro que no son gansos.

Los dos niños miraron impacientes hacia las alturas. Los árboles reducían el campo de visión, pero entre ellos se dibujó enseguida la gigantesca uve que las aves formaban en el cielo. Su gran tamaño y las formas regordetas de sus siluetas los delataban. Eran gansos.

—¿Lo ves? —exclamó Aitor—. Solo las ocas arman tanto revuelo.

Elías no contestó y su amigo decidió no insistir, pues sabía que siempre le gustaba ganar, aunque se tratara de una pequeña discusión sin importancia.

Una segunda bandada de ruidosas ocas pasó sobre ellos rumbo al sur. En los últimos días habían cruzado sobre el valle otros muchos grupos de aves: garzas, palomas, patos... La temporada fría se acercaba. Pronto pasarían las grullas y, tras ellas, llegaría el frío. Los días habían comenzado a acortarse y eso significaba menos horas

para jugar en el bosque, pero a Aitor no le importaba, pues el invierno traía consigo las largas noches de historias. Antton, su tío pastor, bajaba al caserío y con él llegaban las últimas noticias de las montañas; aventuras y leyendas que se desgranaban durante horas al calor de la lumbre.

Cuando los últimos gansos se alejaron camino a tierras más cálidas, Elías señaló hacia las profundidades del bosque.

—¿Vamos a ver a los ferrones? —propuso. A menudo planeaban ir a verlos, pero nunca habían llegado a emprender el camino hacia las ferrerías.

Aitor lo siguió sin titubeos. Sus oscuros cabellos estaban alborotados y sus ojos dorados brillaban por la emoción. A sus doce años, no era el más alto ni tampoco el más fuerte de los muchachos de su edad, pero sí el más valiente de los que vivían en el valle.

El robledal fue cerrándose alrededor de ellos con cada paso que daban, hasta el punto de que llegaba a resultar difícil orientarse en él. Por si fuera poco, las hojas apenas habían comenzado a amarillear, por lo que filtraban la luz solar hasta sumergir el bosque en la penumbra. Conforme avanzaban, la vegetación se fue haciendo tan densa que llegó un momento en que los matorrales apenas les permitían dar un paso más.

De pronto, Elías se detuvo en seco.

—¿Y si se nos aparece alguna de las criaturas de las que hablan las historias? —inquirió girándose hacia Aitor.

—Has sido tú quien ha querido venir —protestó Aitor encogiéndose de hombros.

—Ya lo sé —refunfuñó Elías clavando la mirada en el suelo—. Pero podríamos toparnos con una manada de lobos hambrientos o, peor aún, con un gentil o una lamia. No sé, creo que no quiero seguir. Además, nos estamos alejando demasiado de la aldea.

Aitor observó a su amigo. Parecía realmente asustado. Era extraño en él. Aunque solo contaba once años, Elías era más espabilado que muchos muchachos mayores que él. A ello contribuía seguramente que su infancia no había sido fácil. Sus cabellos rubios eran un continuo recuerdo de que su padre era un extranjero, un marinero de los lejanos países del frío al que su madre había conocido en alguna sórdida taberna del puerto de Getaria. Nadie en la aldea ignoraba que aquella que había sido una de las muchachas más bellas de Oialde se ganaba el pan en las noches portuarias, alegrando la vida a cambio de unas monedas a marineros de todo pelaje y condición. Hacía años que nadie la veía por el valle, de modo que Elías crecía gracias al cuidado de sus abuelos, tan avergonzados por el comportamiento de su hija que apenas abandonaban la protección del caserío familiar.

Muchos en el valle despreciaban al muchacho, al que llamaban Bastardo, pero Aitor había jugado siempre con él. Eran vecinos, los dos vivían junto al camino real y su entretenimiento desde muy pequeños había sido el río Urbeltza, que pasaba frente a sus casas. Al principio, a Aitor le inspiraba desconfianza aquel niño silencioso que se divertía construyendo presas en el cauce. Su melena rubia, la única que había visto en su vida, le desconcertaba, aunque tal vez no fuera eso sino las historias que sobre él contaban sus mayores lo

que le hacía sentir recelo. Sin embargo, poco a poco, los juegos en el río les hicieron amigos. Los padres de Aitor intentaron al principio alejarlo de Elías, pero con el paso del tiempo, la amistad de ambos niños terminó por vencer sus reservas y habían llegado a apreciar a aquel niño espabilado de mirada triste.

Aitor observó el bosque a su alrededor. Era cierto que se habían alejado mucho, pero ¿acaso no era necesario hacerlo si querían ver por fin a los ferrones? Solo unos pasos más y llegarían hasta ellos.

—¿No crees que nos estamos alejando demasiado? —insistió Elías adivinando sus pensamientos.

Aitor se llevó el dedo a los labios pidiendo silencio. Creía haber oído algo.

—¿No oyes a los ferrones? —inquirió en un susurro.

Elías aguzó el oído. Era verdad, se oían voces y no parecían muy lejanas. También llegaba hasta ellos el sonido de piedras removidas. No cabía duda, debía de tratarse de los ferrones, hombres que trabajaban y vivían en el corazón del bosque refinando el mineral de hierro obtenido en las minas cercanas. Quienes los habían visto decían que lo hacían en enormes hornos de piedra y que tenían el rostro ennegrecido por el hollín. Cuando la gente del valle hablaba de ellos lo hacía con desconfianza, caracterizándolos como hoscos, pendencieros y solitarios.

—Poco a poco, que no nos descubran —murmuró Aitor antes de agazaparse para avanzar a hurtadillas entre los arbustos.

Elías fue tras él. Las voces eran cada vez más claras. Identificaron a dos personas: un hombre de voz ronca que parecía

dar órdenes y otro con un timbre más agudo que apenas contestaba con monosílabos.

Cuando por fin pudieron verlos entre los helechos, comprendieron que aquellos hombres no eran los ferrones que buscaban. No, estos no estaban quemando mineral de hierro en grandes hornos, sino que desmantelaban un muro de piedra de una pequeña construcción con formas de ermita. Elías miró asustado a Aitor, que le devolvió un gesto de asentimiento con semblante grave. El edificio era el viejo convento de Santa Cecilia, un antiguo retiro monástico del que hablaban con temor los más viejos de la aldea. Según contaban, las veinte monjas que allí vivían habían sucumbido a la enfermedad durante la severa epidemia de peste que había asolado el valle casi cincuenta años atrás. Todas habían fallecido y desde entonces el lugar se consideraba maldito, por lo que nadie osaba pisarlo.

Sin embargo, aquellos hombres estaban desmontando el osario del convento. Su aspecto era desaliñado y sucio, pero lo peor era el rostro del hombre de la voz ronca, que aparecía desfigurado por una terrible cicatriz que le unía el ojo derecho con la boca. Parecía como si le hubieran dibujado una grotesca y gigantesca sonrisa a cuchillo. El ojo había desaparecido y, en su lugar, lucía una horrible masa sanguinolenta. Al verlo, Elías reculó un par de metros pero Aitor le instó a regresar con un gesto silencioso.

Los dos muchachos observaron como aquellos a los que habían tomado por ferrones desmantelaban casi por completo el muro, tras

el que aparecieron esqueletos humanos. Después comenzaron a rebuscar entre los huesos y seleccionaron varios de ellos.

—Esta calavera será perfecta —anunció el de la cicatriz antes de romper a reír con una carcajada que a Aitor le puso la piel de gallina.

El otro le pasó un fémur y después otro cráneo y varios huesos más. Su compañero los examinaba a fondo antes de asentir, murmurar algo e introducirlos en un saco de arpillera.

Cuando tuvieron listo su macabro botín, cargaron el fardo a lomos de una mula que los esperaba junto a la puerta principal de la iglesia, que se encontraba tapiada y devorada por la maleza.

En ese momento, una rama del arbusto en el que se apoyaba Elías crujió, vencida por el peso.

—¿Quién anda ahí? —inquirió a gritos el tuerto, clavando su único ojo en la maraña de hierbajos tras los que se ocultaban los niños.

—Yo no he oído nada —musitó el otro.

El de la cicatriz le dirigió una mirada despectiva y se encaminó, cuchillo en mano, hacia los arbustos.

Aitor hizo una señal a Elías, que se disponía a echar a correr, para que se mantuviera quieto y en silencio. Los matorrales les impedían ver al tuerto, pero sus pasos se sentían muy cerca. Los muchachos contuvieron la respiración; quizás así pasaría de largo. Pero el hombre, lejos de darse por vencido, comenzó a apartar ramas a manotazos. Agitados por él, los arbustos se movían

bruscamente y arañaban los rostros de los chiquillos, que permanecían agazapados, aterrados ante la certeza de que era demasiado tarde para emprender la huida. Aitor comenzó a oír los jadeos del hombre tan cerca como si fueran los suyos propios. Cerró aterrorizado los ojos y deseó con todas sus fuerzas que la tierra se abriera bajo sus pies para permitirle caer en sus entrañas. Solo así estaría a salvo.

—¿No ves que no hay nadie? Habrás oído una alimaña —insistió el otro desde la distancia.

—¡No soy tonto y si estoy buscando es porque sé que hay alguien espiándonos! —exclamó el de la cicatriz sin parar de agitar las ramas.

Aitor sintió de pronto un agudo dolor en su mano izquierda. Aquel hombre se la estaba pisando. Sin embargo, no parecía darse cuenta, de modo que luchó por no quejarse y se mordió el labio hasta hacerse sangre.

Tras unos segundos que parecieron horas, la sucia bota se levantó de la mano y Aitor respiró aliviado. No por mucho tiempo, porque en ese momento las ramas se movieron bruscamente y una mano enorme agarró del cuello a Elías, alzándolo como si de un pelele se tratara.

Aitor se agazapó aún más, pero no le sirvió de mucho, porque el tuerto, con su amigo aún en volandas, le pisó la espalda con tal fuerza que pensó que se la partiría en dos. Los dos muchachos aullaban de terror.

—Solo son unos críos —intercedió el que custodiaba el saco.

—¡Calla! —le ordenó el de la cicatriz sin soltarlos—. ¡Son unos espías, me da igual niños que mayores!

Aitor sentía que le faltaba el aire y, por los gemidos entrecortados de su amigo, comprendió que Elías también tenía problemas.

Su captor pareció decidir que era suficiente. Dejó caer al joven rubio al suelo al tiempo que dejaba de presionar con el pie la espalda de Aitor. Lejos de darse por vencido, aferró a los dos con un solo brazo mientras se dedicaba a acercarles un puñal a los ojos.

—¿Veis lo que me hicieron a mí por entrometido? —gruñía señalándose la cuenca vacía del ojo derecho—. No sé por cuál de vosotros empezar. Por el rubio quizás.

Elías lanzó un chillido desgarrador mientras veía aproximarse el cuchillo a su rostro. El hombretón rompió a reír satisfecho; había logrado el efecto deseado. Su risa era cruel y siniestra.

Su compañero dejó la mula y se acercó.

—Déjalos, venga, solo son unos críos asustados.

El tuerto volvió a mirarlo con desprecio, pero liberó a los niños. Aitor y Elías echaron a correr, tropezando una y otra vez con los arbustos y sin detenerse ni una sola vez para mirar atrás.

—¡Si os vuelvo a ver, os sacaré los ojos con una cuchara y me los iré probando hasta encontrar uno que valga para mí!

La carcajada cruel que siguió a esa amenaza los persiguió durante la larga huida por el bosque.

No se detuvieron hasta llegar al camino real. Allí, entre los carros cargados de mercancías que surcaban el valle, se sintieron por fin a salvo. Sin necesidad de dirigirse una sola palabra, los dos se dejaron caer agotados junto al camino. Los arrieros, que azuzaban a los bueyes para llegar al puerto de Getaria antes de que cayera la noche, apenas les prestaron atención. Ni uno ni otro abrió la boca para hablar de lo sucedido. Ninguno de los dos entendía qué hacían aquellos hombres expoliando el osario de un convento maldito al que nadie se acercaba, pero ambos sabían que no se trataba de nada bueno.

El sol estaba ya muy bajo en el horizonte cuando una voz familiar les sacó de su ensimismamiento.

—¡Aitor, Elías! ¿Qué hacéis? —les saludó una muchacha flacucha y morena que iba montada en un carro junto a un hombre de bigote desmesurado.

Eran Amaia y su padre, Xabier, el mercader de carbón de la aldea. Vivían en un caserío cercano al de la familia de Aitor, ambos a orillas del Urbeltza. El hombre, que era tan gordo que apenas cabía en el pescante, tiró de las riendas al reconocer a los niños. Los bueyes se detuvieron en el acto.

—Subid. Está anocheciendo y no son horas de andar por los caminos —les indicó mientras señalaba los sacos de carbón que portaba en el carro. No tenía simpatía por el Bastardo, pero era un muchacho de la misma edad que su hija y no pensaba dejarlo allí solo.

Sin pensarlo dos veces, los dos niños se echaron sobre la carga y se dejaron mecer por el rítmico paso de los bueyes. Un rato después, con el sol escondiéndose, pasaban junto al molino, el primer edificio de la aldea. Oialde no era grande, apenas una docena de caseríos dispersos a lo largo de un valle donde el río Urbeltza se ocupaba de poner una refrescante nota musical. El camino real, que serpenteaba a lo largo de toda la costa, discurría por Oialde en paralelo al río. Pero la aldea no estaba junto al mar, sino tierra adentro. La calzada daba un pequeño rodeo para pasar por allí y gozar de la protección del señor del valle. Si el molino guardaba la entrada al pueblo por el sur, su imponente casa-torre lo hacía en el norte. A sus pies, el camino cruzaba el Urbeltza en busca de Getaria, donde se reencontraba con el mar.

Amaia, que contaba los mismos años que Elías, miraba extrañada a sus vecinos, especialmente a Aitor, con el que había jugado desde muy pequeña, porque ninguno de los dos abrió la boca en todo el trayecto. Imaginó que habrían hecho alguna trastada y se rió para sus adentros.

Al llegar frente a su casa, Elías saltó del carro y corrió hacia el interior. Aitor se demoró un poco más, porque Amaia quería saber si asistiría a la feria. Y es que el siguiente sábado tendría lugar el importante mercado anual en Getaria. Era la feria de otoño, en la que, cada año, los pastores, campesinos y artesanos vendían sus mejores productos en las calles de la villa. Juglares, saltimbanquis y músicos hacían de la jornada una cita a la que difícilmente faltaban los vecinos de los pueblos cercanos.

—¡Claro que iré! —exclamó Aitor entusiasmado.

—Entonces nos veremos allí —apuntó Amaia mientras su amigo saltaba del carro y echaba a correr hacia el caserío familiar.

2

ALAIN

Otoño de 1442

Sabía que la vería tras la tercera curva. En cuanto el arbolado quedara atrás para ceder el testigo a los prados y cultivos del valle de Oialde, su estilizada silueta se dibujaría en la distancia. Hacía demasiados días que dormía en los odiosos jergones del camino y se moría por regresar al lujo de su torre. Espoleó a su caballo para que adelantara al carro cargado de nabos que ocupaba gran parte del camino.

—¡Hazte a un lado, idiota! —escupió al pasar junto al mercader, que cabeceaba adormilado.

No habían sido días fáciles. Pedro Vélez de Guevara, señor de Oñati, lo había convocado en su castillo junto al resto de parientes mayores del bando gamboíno. Las afrentas de los oñacinos, los banderizos alineados en el bando opuesto, habían ido en aumento en los últimos años y el señor de Oñati había instado a los suyos a redoblar los esfuerzos para someter a sus enemigos de una vez por todas.

—Debemos impedir que esos cerdos vuelvan a dormir tranquilos —había clamado alzando el puño al aire mientras el resto de señores lo vitoreaban.

Hacía solo dos años que Alain había heredado el título de su padre, que había muerto tras largos meses de lucha contra la

gangrena. El hedor que emanaba de sus miembros putrefactos se adueñó de la casa-torre durante su enfermedad, hasta tal punto que ninguno de sus dos hijos quiso entrar en la habitación donde agonizaba su padre durante el tiempo que duró la enfermedad. Solo los sirvientes encargados de las curas pisaban aquel dormitorio corrupto.

—¡Muerte a los oñacinos! —Fueron sus últimas palabras antes de morir.

Había sido uno de ellos, el señor de Ozaeta, quien le había infligido en una refriega la herida que lo condenó a muerte. Al principio no parecía gran cosa, apenas un corte junto al tobillo, pero la gangrena no tardó en aparecer. Por muchos tratamientos y amputaciones a los que fue sometido, la podredumbre había acabado por ganarle la partida y Alain se había convertido con apenas veinticinco años en el señor de Oialde. Era la sexta generación del linaje, cuyo título había sido otorgado por el rey castellano a su tatarabuelo gracias a su valor durante la reconquista de Sevilla.

Al quedar atrás el bosque, el valle se abrió ante él. Varios caseríos dispersos salpicaban las orillas del río Urbeltza, cuyas aguas inundaban el paisaje con una refrescante melodía. Los manzanos ocupaban gran parte de la zona cultivable, rodeada por suaves colinas cubiertas de hierba y densos bosques de robles y hayas. Encajonada entre ellos y el cauce, como una altiva vigilante de las vidas de sus vasallos, se alzaba su anhelada casa-torre.

—Oialde —anunció en voz alta—. Ya estoy aquí.

Gonzalo, su escudero, puso su caballo al galope en un intento de seguir su ritmo, pero la montura de Alain era más rápida y lo dejó atrás rápidamente. Uno tras otro, los caseríos que formaban la aldea fueron quedando atrás. Los vecinos dejaron sus quehaceres y saludaron agachando la cabeza al verlo pasar.

«Me tienen miedo —pensó orgulloso alzando su anguloso mentón —. Más les vale.»

Enseguida comprobó satisfecho que varios sirvientes salían apresuradamente de la torre al verlo llegar. Le había costado muchos latigazos que aprendieran a tratarlo como merecía. Su padre era un pusilánime y se jactaba de no haber levantado jamás el látigo contra sus siervos.

«Así le iba. Nadie le obedecía. Ni siquiera sus vasallos lo temían.»

A él eso no le ocurriría jamás. Sabía que el miedo era la única manera de que los demás lo respetaran. Lástima que no pudiera levantar el látigo contra el resto de parientes mayores de su bando. En el castillo de Pedro Vélez de Guevara no había oído más que cuchicheos a sus espaldas y risas malintencionadas. Se burlaban de él y lo que más le molestaba era no ser capaz de adivinar los motivos. Quizás era porque su valle era una mancha insignificante en el mapa comparado con las tierras de los demás señores; o quizás por la cojera que le obligaba a caminar ligeramente ladeado desde que sufriera un accidente a caballo muchos años atrás.

Mientras un mozo de cuadra se ocupaba de su caballo, dos sirvientes le ayudaron a quitarse las botas y un tercero le ofreció un odre de sidra y pastel dulce de zanahoria, su preferido.

—No quiero nada —refunfuñó dando un manotazo al plato—. Haced venir a Mikel inmediatamente.

Una enorme chimenea caldeaba la amplia sala abovedada que ocupaba la planta baja de la casa-torre. Dos ventanas saeteras, tan estrechas que apenas permitían entrar los rayos de sol, eran la única luz natural de la estancia, iluminada por varios candiles alimentados con grasa de ballena. Sentado en el extremo de una larga mesa donde presidía los escasos banquetes que ofrecía, Alain esperaba impaciente a su administrador.

Odiaba esperar y comenzaba a ponerse nervioso.

—¡Más sidra! —exigió golpeando el pichel vacío contra la mesa.

Los sirvientes no tardaron en complacerle.

—¿Algo más señor? ¿Pastel de zanahoria?

—Nada, retiraos. Ya lo pediré yo cuando me venga en gana.

—¿Me llamaba? Lamento haber tardado, pero había problemas en la mina —saludó un sudoroso Mikel tomando asiento junto a él.

—Así es —confirmó Alain intentando reprimir una mueca de asco. No soportaba las horribles pústulas supurantes que cubrían el rostro de su seboso administrador. De buena gana prescindiría de sus servicios y lo enviaría lejos de su valle, pero gestionaba sus bienes desde mucho antes de la muerte de su padre y nadie podría hacerlo mejor—. Necesito más dinero. Mucho más. El señor de Oñati quiere que redoblemos los esfuerzos contra los oñacinos y eso significa que

necesitaré más medios y más hombres. De lo contrario seré el hazmerreír de todos los de mi bando.

Mikel frunció el ceño.

—El señor de Oñati siempre pide más. No sé adónde nos llevarán estas rencillas, pero están desangrando el país. Y dime, Alain, ¿qué gana el señor de Oialde con la guerra?

—¡Gloria! Eso es lo que gano. Gloria y poder —replicó el pariente mayor con un destello de furia en la mirada.

Él mismo se había hecho aquella incómoda pregunta en alguna ocasión, pero no tardaba en desecharla de su mente. Le gustaba la guerra, disfrutaba matando y no le importaba si tenía motivos reales para la lucha o no. Hacía siglos que oñacinos y gamboínos vivían enfrentados, empecinados en destruirse mutuamente. Los más viejos entre los banderizos contaban que los abuelos de sus abuelos habían vivido el inicio de aquellas rencillas. Sin embargo, nadie recordaba a ciencia cierta el detonante de la guerra. Unos afirmaban que todo había comenzado por un desencuentro durante una procesión religiosa y otros sugerían otros motivos, ni siquiera en eso se ponían de acuerdo. Lo único cierto era que como señor de Oialde, Alain debía lealtad al bando gamboíno porque así lo habían querido sus antepasados. Si no cumplía con su deber, lo menos malo a lo que debería enfrentarse serían las burlas del resto de parientes mayores, que no dudarían en marchar sobre su valle y arrebatárselo. No, no podía permitir que eso ocurriera.

—¡Necesito más dinero y lo necesito ya! —comenzaba a perder los nervios.

Mikel suspiró. Al hacerlo sus pústulas temblaron.

—Pondré a pleno rendimiento tus minas de hierro. Haré que los mineros trabajen día y noche. Hoy ha habido un desprendimiento y uno ha muerto aplastado. Tendré que contratar a otro.

—Haz lo que quieras, pero quiero resultados —espetó Alain clavando en su interlocutor sus fríos ojos oscuros.

—Está bien. De todos modos, por mucho que ampliemos la extracción de hierro, tendremos un embudo en las ferrerías. No darán abasto.

Alain torció el gesto. No era la primera vez que su administrador se quejaba de que las ferrerías de viento con las que contaban eran escasas y excesivamente lentas. Además, la necesidad de tenerlas en pleno bosque por su enorme consumo de leña, no permitía controlar a los ferrones. Si robaran parte del metal que salía de los hornos nadie se percataría.

—Tendrás que pensar algo. No puede ser que estemos siempre igual con las malditas ferrerías —advirtió clavando una mirada indignada en su rostro repulsivo.

«No me había fijado. Tiene ojos de rata.»

—En cualquier caso, aumentar la producción de hierro no será suficiente para llenar tus arcas. Deberías tomar otras iniciativas.

Alain le dedicó una mirada de profundo desdén.

«Deberías... deberías... ¿Quién se cree que es para hablarme así? —se dijo apretando tanto la mandíbula que creyó que le estallarían los dientes.»

—¿Cuáles? —inquirió fríamente.

—Recaudar más impuestos.

Alain asintió. Aquello funcionaría. Desde la muerte de su padre, no había incrementado las cargas sobre sus vasallos. Le entregaban una parte de sus cosechas o de los beneficios que obtenían si las vendían y debían trabajar en sus campos varios días al año. Nada más. Sí, hacerles pagar más impuestos sería una buena solución.

—Mañana empezaré —anunció con un sonoro golpe en la mesa —. Es el día de la feria anual en Getaria y esos desagradecidos se van a llevar una buena sorpresa.

3

LA FERIA

Otoño de 1442

Aún faltaban unas horas para que la luz del día comenzara a filtrarse por las ventanas cuando Eneko encendió una lámpara de aceite y se acercó al catre que compartían sus dos hijos.

—Venga dormilones, que los clientes no esperan.

Iñigo y Aitor se removieron en el jergón y se estiraron. En otras circunstancias habrían intentado continuar durmiendo unos minutos más, pero el día de la feria era uno de los más esperados y emocionantes del año. De modo que cuando Eneko regresó de abrir el enorme portón de madera del establo, se los encontró apurando unas manzanas y un pedazo de queso de oveja.

—Muy bien hijos. Ojalá os levantarais tan fácil cuando no se trata de ir a Getaria —bromeó de buen humor al verlos preparados.

Todo estaba dispuesto para partir. El carro estaba cargado con los barriles de la sidra hecha en casa que venderían en la feria y los candiles que les brindarían su luz protectora durante el camino habían sido cebados con sebo de ballena antes de ir a dormir.

Cuando se disponían a abandonar el calor del hogar para salir a la oscuridad, apareció Arantza bostezando. Con un camisón verde que le llegaba hasta los tobillos y el pelo moreno revuelto por las horas de sueño, no resultaba especialmente atractiva. Sin embargo, había sido una de las jóvenes más deseadas del valle de Oialde, a lo

que no había contribuido poco su carácter jovial, que enamoraba a todos sus vecinos. Cuando Eneko logró su mano en matrimonio, no fueron pocas las envidias que levantó entre ellos. Y más teniendo en cuenta que el afortunado era un tipo demasiado normal, ni guapo, ni feo, ni alto, ni bajo. Lo único que llamaba la atención de Eneko eran su corta barba, que llevaba extremadamente arreglada, y unos alegres ojos oscuros que contrastaban con los de Arantza, del embriagador color de la miel.

La madre de Aitor no acudía a la feria; aprovecharía como cada año para ayudar a Maritxu a recoger setas que la anciana curandera de la aldea utilizaba en algunos de sus brebajes.

—Tomad —les dijo a sus hijos mientras les alcanzaba un zurrón de piel de oveja repleto de vituallas—. Ayudad mucho a vuestro padre, pero no os olvidéis de comer.

Padre e hijos se miraron con gesto resignado. Uno de los mayores alicientes de la feria eran las comidas que preparaban en tabernas improvisadas en plena calle. El año anterior se habían empachado con los buñuelos de pescado y las nueces con miel que vendían en una parada cercana a la suya. Sin embargo, Arantza se empeñaba cada año en que llevaran la comida de casa por si las ventas no iban bien y no podían permitirse pagar por comer. Una vez más, tendrían que intentar cambiar su queso, sus manzanas y sus nueces por algún otro producto de la feria.

Eneko azuzó a los bueyes y el caserío familiar, que los vecinos conocían como Ibaiondo por estar situado a orillas del río, quedó

pronto atrás. La luz que asomaba por las ventanas de la cocina y la cuadra seguía encendida mientras se alejaban, señal de que Arantza no volvería a acostarse pese a que era aún demasiado temprano. El rumor del Urbeltza inundaba el ambiente con sus notas frías y mecía los sueños del pequeño pueblo, algunos de cuyos caseríos estaban también despiertos. Por lo demás, la oscuridad de la noche lo cubría todo con su manto y el frío se aferraba como una tenaza. Era la hora fría que precede al alba.

—Estoy helado —se quejó Aitor, acurrucándose junto a su hermano mayor.

Este le echó su abrigo por encima y lo rodeó con un abrazo protector. Aunque solo se llevaban tres años, Iñigo era todo un hombre y lo último que su orgullo de adolescente le permitiría sería reconocer que él también sentía frío.

Los chirridos de las ruedas del carro y los rítmicos pasos de los bueyes comenzaban a sumirlos en un sueño intranquilo cuando una algarabía cercana los puso alerta. El resplandor de unas antorchas delataba que había gente en el camino, solo unos pasos más adelante. Supusieron que se trataba de algún vecino del pueblo que avanzaba hacia la feria a menor velocidad que ellos, pero pronto oyeron gritos y, aunque no llegaran a entender lo que decían, era evidente que se estaba produciendo una discusión.

—Alguien habrá tenido algún problema con el carro —intentó tranquilizarlos Eneko.

Pese a que se trataba del camino real, existían piedras y socavones que podían romper las ruedas o los ejes de los carros.

Sucedía a menudo y cuando la carreta estaba cargada podía conllevar la caída de la mercancía. Si eran barriles de sidra, como los de Eneko, se rompían al caer y las pérdidas eran cuantiosas. Aitor recordaba una vez que se les habían roto así tres toneles y aún podía acordarse del enorme torrente de sidra que cubrió el camino y, sobre todo, del terrible enfado de su padre.

Conforme se acercaban a las luces, distinguieron tres carros detenidos y una docena de hombres armados cortando el paso. Se trataba de soldados del señor de Oialde, el banderizo que regía el valle. Eneko comprendió inmediatamente lo que estaba sucediendo y se apeó del carro para acercarse a ellos.

—¿Qué pasa? —inquirió a sus vecinos.

El señor del valle había improvisado una aduana en medio del camino y pretendía cobrar a sus vasallos un impuesto por salir de sus tierras para acudir a la feria. Era algo inaudito. Le pagaban una décima parte de todas sus cosechas, de sus transacciones comerciales y de su ganado; acudían varios días al año a trabajar en sus tierras y eran reclutados para asistir a la guerra cuando él lo decidía. En esta ocasión, el señor de Oialde iba más allá y exigía que cada comerciante le entregara una quinta parte de lo que pretendía vender en la feria.

La discusión que mantenían los vecinos del pueblo con los milicianos era acalorada. Torcuato, el vendedor de castañas, que llevaba el carro repleto de sacos que él mismo había llenado con paciencia en el bosque, era el único que no protestaba ante la injusta medida del señor de Oialde. El resto se negaban en redondo

a pagar el nuevo impuesto. Los hombres armados apenas contestaban y se limitaban a mostrar sus mortíferas espadas sin abandonar el centro del camino. Aitor se fijó en el carro que estaba detenido ante ellos. En el pescante se recortaba una figura femenina conocida. Era Amaia. Su padre estaba unos metros más allá, explicando a Eneko con grandes aspavientos las exigencias del banderizo. El cuarto carro en la disputa era el de Fermín, el molinero, el primero de la fila, que sacudía la cabeza incrédulo ante los hombres que cerraban el paso.

—¡Malditos seáis vosotros y el señor de Oialde! —les gritó de repente.

El capitán de la avanzadilla se adelantó unos pasos hasta colocarse junto a su carro.

—¡Repítelo! —espetó dirigiendo la espada hacia el carro—. ¡Vamos, repítelo si eres tan valiente!

Fermín respiró tan hondo como pudo, se irguió, acercándose al soldado y habló en voz alta y muy despacio para que todos le entendieran:

—Malditos seáis Alain de Oialde y todos sus esbirros.

Un rápido movimiento de la mano del soldado rasgó con la espada tres de los diez sacos que el molinero llevaba a la feria. La harina se desparramó rápidamente por las brechas, cayendo como una lluvia de decepción sobre el suelo. El molinero observó con lágrimas en los ojos como su trabajo se desperdigaba por el camino real. Había trabajado duro durante meses, moliendo el cereal de los vecinos a cambio de una parte de la harina obtenida en cada

molienda. El señor de Oialde se quedaba con buena parte del fruto de su trabajo y apenas le dejaba a él lo suficiente como para sacarse en la feria unas monedas con las que poder alimentar a su familia durante todo el año. Esta vez, el banderizo y sus hombres aún le dejaban menos sacos.

Intentó contener su rabia, aunque de buena gana habría estrangulado al soldado.

—Maldi... —comenzó a decir con la mirada fija en la harina perdida.

El miliciano volvió a alzar su espada hacia el carro. Otros soldados se acercaron al molinero y le apuntaron con sus espadas.

—¡Venga, repítelo una vez más! —se burló el capitán—. Esta vez no te dejaré ni un saco. Las hormigas del bosque estarán encantadas contigo. ¡Vamos termina la frase!

Aitor no apartaba la mirada de la escena. Nunca había visto algo semejante. Estaban atacando a unos pobres comerciantes. Era tremendamente injusto y sentía ganas de ayudar al molinero pero se encontraba paralizado porque sabía que no tenían nada que hacer contra tantos hombres armados y entrenados para el combate. Miró al resto, a su padre, a su hermano, a Amaia... Por sus expresiones, supo que sentían lo mismo que él.

El molinero miró a los ojos al capitán y vio en ellos que estaba deseando que volviera a maldecirles para terminar de arruinar su vida. Clavó los ojos en la harina del camino y terminó la frase en voz baja.

—Maldita... sea —sentenció al tiempo que se dirigía abatido hacia su carro.

Un profundo silencio se adueñó del lugar. Los milicianos se sabían victoriosos y volvieron a agruparse en medio del camino, a la espera de cobrar el peaje. Pero los aldeanos aún no se daban por vencidos. Xabier, el mercader de carbón, insistió en que se negaba a pagar y exigió que si el señor quería cobrarles fuera él en persona quien lo hiciera. La única respuesta que recibió fueron las risas de los soldados.

—Quien vendrá a cobrarte es el fuego, idiota —se burló el capitán acercando peligrosamente una antorcha a sus sacos de carbón.

La tela comenzó a arder y el mercader se apresuró a dar manotazos a la llama para apagarla mientras su hija saltaba aterrada del carro. Una vez más, los soldados reían a carcajadas. Una enorme sensación de impotencia se extendió entre los vecinos, que finalmente se avinieron a pagar. No tenían otra manera de seguir su camino y la feria representaba para todos ellos una parte importante de los ingresos de todo el año.

Mientras su padre descargaba con ayuda de su hermano dos de los diez toneles que acarreaban, Aitor comprobó que el cielo comenzaba a iluminarse. La oscuridad iba dejando paso a una claridad tenue, que permitía identificar las siluetas de árboles y montañas. A la izquierda del camino, aferrada a una gran roca, una siniestra y altiva construcción dominaba el entorno. Se trataba de la casa-torre del

señor de Oialde, el edificio más estrecho y alto que Aitor había visto en su vida. No había ninguna luz que delatara vida en el interior. Sin duda, sus habitantes aún dormían. Aitor sintió que su impotencia crecía; mientras sus milicianos cometían semejante injusticia en su nombre, el señor del valle no se había molestado siquiera en estar despierto.

Una vez entregada la quinta parte del cargamento, los soldados abrieron paso para que el mercader de sidra y sus hijos siguieran camino hacia Getaria. Los tres comerciantes que les precedían habían cumplido también con las caprichosas exigencias del señor y se dirigían también sin demora hacia la feria. Conforme se alejaban de la improvisada aduana, otros carros fueron llegando y comenzaban nuevas disputas entre arrieros y soldados.

Aitor miró de reojo a su padre, que aferraba con fuerza las riendas y farfullaba juramentos entre dientes mientras se alejaban de los soldados.

—¿Y si nos hubiéramos negado a pagar? —preguntó en cuanto estuvieron lejos del puesto de control.

Su padre no contestó, limitándose a azuzar a los bueyes para que aumentaran el ritmo. Si llegaban demasiado tarde a Getaria encontrarían los mejores lugares de la feria ocupados. Su hermano, en cambio, lo miró con los ojos muy abiertos, como si no entendiera que pudiera preguntar algo así. Finalmente intentó explicarle:

—¿Cómo quieres que no paguemos? Eran doce soldados armados contra cuatro mercaderes indefensos. No había otro remedio que pagar. Además, a quien se niega a cumplir con sus

obligaciones, el señor de Oialde no se lo perdona nunca. No sé cuántas veces voy a tener que explicarte que desde que nacemos hasta que morimos dependemos de él y de sus decisiones.

Aitor clavó la mirada en su padre, que movía afirmativamente la cabeza con gesto derrotado. Después se giró hacia Iñigo y le lanzó una mirada de desafío que no iba dirigida contra él sino contra el señor del valle.

—¡Yo no dependo de ningún señor! —sentenció.

Las murallas de Getaria aparecieron pronto ante ellos. Como era habitual el día de la feria anual, la puerta estaba abierta de par en par, apenas custodiada por una pareja de soldados de la villa. Una riada de gente y animales llenaba la calle Mayor, que bajaba hacia la iglesia de San Salvador, en cuyos alrededores tenía lugar la feria. Eneko temió por un momento que no encontraría ningún lugar para poder vender su sidra, pero no tardó en divisar junto a la muralla un hueco donde colocar el carro. No parecía tan bueno como el lugar que había ocupado en los años anteriores, en plena calle principal, pero no había otro, así que tendría que contentarse con lo que había encontrado.

—Soltad los bueyes y llevadlos junto a la puerta del Mar —ordenó a sus hijos una vez el carro estuvo bien colocado.

—¿Por qué no se quedan aquí? —preguntó Aitor.

—Porque este año el sitio que tenemos es pequeño y no caben —replicó Eneko mientras colocaba unas cuñas de madera bajo las ruedas del carro.

La posada El Ballenero cuidaba de los animales de los viajeros durante el resto del año, pero el día de la feria no daba abasto, por lo que se establecía una zona para dejarlos junto a la playa. Un par de mozos de cuadra se encargaban de limpiar y alimentar a los bueyes, caballos y asnos por un par de monedas de vellón.

Finalmente fue Iñigo quien llevó a la pareja de bueyes hasta allí. Entretanto, Aitor ayudó a su padre a montar la parada. Eneko había ideado una cubierta de tela que se sustentaba sobre cuatro varas de madera atadas firmemente al propio carromato. La habían estado probando en el caserío la noche anterior, de modo que no les costó demasiado tensarla para que no ondeara con la brisa marina.

El chico oyó que alguien le llamaba. Se giró y descubrió a Elías.

—¿Vienes a dar una vuelta? —le preguntó el recién llegado.

—No sé —contestó Aitor mirando de reojo a su padre.

Eneko se giró hacia los muchachos.

—Claro, id a pasear. Yo no puedo moverme de aquí, así que alguien tendrá que contarme todas las novedades que hay en la feria. Además, tu hermano debe de estar ya a punto de volver y me echará una mano —dijo al tiempo que se disponía a atender a su primer cliente.

La feria, que en sus comienzos se había limitado a las calles que rodeaban la iglesia, se extendía por toda la villa. En la parte más baja, la más cercana al mar, estaban quienes vendían pescado en salazón, redes y otros productos marineros. Era aquí donde se había

instalado Eneko. Más arriba, a los pies del templo, se alineaban los tenderetes de los artesanos, donde se podían encontrar desde marmitas de cobre y cacerolas de barro cocido, hasta sillas de madera y cestos de mimbre. Más allá se podían comprar hortalizas, quesos, sidra, chistorras, morcillas y todo tipo de productos de la matanza. Y aún más arriba, en el exterior de las murallas, se extendía el mercado de animales, el más concurrido de los que tenían lugar en la feria. Pero no todo era comprar y vender, porque todos los rincones de la villa estaban invadidos por cuentacuentos, juglares, malabaristas y buscavidas de todo tipo y condición.

Aitor y Elías se dirigieron primero a ver los animales. Había algunas ovejas, pero lo más abundante eran las vacas y terneras que mugían en busca de sus madres. Una mujer de pelo cano y caderas robustas vociferaba con una gallina en cada mano.

—¡Gallinas, gallinas ponedoras, un huevo cada mañana y otro huevo cada tarde!

Algunas señoras de cierta edad, se acercaban para interesarse por aquellos animales que ponían dos huevos al día. Aitor dedujo que el precio debía de ser tan alto como su capacidad ponedora, pues todos los clientes optaban por comprar otras gallinas. Quizás no tenían tan buen aspecto, pero se llevaban varias aves por lo que costaba cada una de las otras.

Otro griterío, en este caso entre hombres, llamó la atención de los niños. Dos caseros se enfrentaban a pocos metros de allí. Un grupo cada vez más numeroso de curiosos comenzaba a rodearlos.

—¡Claro que son más fuertes que los tuyos! —exclamaba uno de los contendientes, orondo y visiblemente bebido—. ¡Más fuertes y más rápidos!

El vino también se encargaba de envalentonar al otro, más joven, que empleaba un tono burlesco en sus respuestas:

—¡Hasta mis ovejas ganarían a tus bueyes! No valen nada, seguro que no son capaces de arrastrar ni una cuna de recién nacido.

—¡Eso los tuyos, que además apestan a mierda! ¡Seguro que es de tanto viajar tras ellos que se te ha quedado a ti esa cara de vinagre!

La discusión iba subiendo de tono ante las carcajadas de la multitud, que ya comenzaba a imaginar cómo iba a acabar aquello. Las apuestas regadas por el vino, la sidra y el orgullo no faltaban nunca en la feria.

—¡Me apuesto mis propios bueyes a que son mejores que los tuyos! —se burló de pronto el más gordo.

—¿Y para qué quiero yo tus malditos bueyes? —gruñó el otro con una exagerada mueca de asco.

—¿Tienes miedo de apostar? ¿Seguro que tienes bueyes, o son gallinas como tú? —se burló el primero moviendo los brazos arriba y abajo como si de alas se trataran.

Las carcajadas del público forzaron al más joven a aceptar la apuesta.

—¡De acuerdo, yo también me apuesto mis bueyes y si gano los tuyos prometo que haré chuletas con ellos y las repartiré entre todos los aquí presentes!

La multitud estalló en vítores y aplausos. El joven lanzó al otro media sonrisa triunfal; había ganado la primera batalla, tenía al público de su parte. Solo faltaba lo más importante: que sus bueyes ganaran la apuesta.

Seguidos por un centenar de personas, se encaminaron con los animales hasta una sección de la muralla junto a la que se apilaban las piedras que se estaban utilizando en la ampliación de uno de los paños. Escogieron las dos más grandes y ataron una a modo de carro a cada pareja de bueyes. Aitor pensó por un momento que estaban locos pues no creía posible que los animales pudieran mover piedras de semejante tamaño.

Mientras ambos contendientes colocaban sus animales en la línea de salida, un mozo de cuadra, erigido en improvisado árbitro del evento, caminó cien pasos en línea recta y marcó la meta con un pedazo de tela. Después se colocó sobre una roca para que todos pudieran verlo y dio la salida. Los látigos no tardaron en restallar y los bueyes comenzaron a avanzar a duras penas.

—¡Venga más rápido! —animaba a los suyos el más joven.

El gordo, en cambio, se limitaba a lanzar a sus bueyes gritos más propios de animales que de personas:

—¡Braaa! ¡Braaa! ¡Vamos!

El público seguía de cerca la emocionante carrera. La algarabía era tal que era difícil entender una sola palabra. Elías se giró en un

par de ocasiones hacia Aitor para indicarle algo, pero este no consiguió entenderle. Finalmente, gracias a los gestos del muchacho, supo que quería acercarse más, de modo que se introdujeron a empujones entre las piernas de los presentes y llegaron a primera fila. El sonido del látigo al restallar sobre los lomos de los animales era tan fuerte que estuvieron a punto de volver a alejarse por miedo a que les sacudieran un latigazo por error.

—¡Venga! ¡Vamos, un poco más! —insistía el más joven, animado porque su pareja de bueyes comenzaba a adelantarse.

Los músculos de las patas de los enormes animales se tensaban tanto que parecían a punto de romperse mientras las pezuñas resbalaban ligeramente en la tierra al intentar avanzar con la piedra a cuestas. La pradera quedaba marcada con un irregular surco conforme iban avanzando.

¡Zas! ¡Zas! El látigo del más gordo no cesaba de restallar en ningún momento y sus bestias parecían a punto de desfallecer por el esfuerzo. Sin embargo, cuando aún no habían llegado a la mitad del recorrido, la sufrida pareja de bueyes comenzó a avanzar con más fuerza. En unos pasos habían superado a los de su contrincante. El griterío del público fue haciéndose cada vez más ensordecedor, tanto que el chasquido de los látigos apenas era audible.

—¡Venga, o esta noche tu mujer te sacará la piel a tiras! —se burló del más joven un hombre del público ante las risas de los espectadores de alrededor.

El chico, atenazado quizás por la idea, azuzó un poco más a sus animales.

—¡Un poco más, solo un poco más! —les suplicaba mientras veía como la otra pareja continuaba por delante, cerca ya de la improvisada línea de meta.

Sus animales resoplaban y se quejaban por el esfuerzo, pero no dejaban de avanzar. De pronto, la pareja de bueyes del gordo se detuvo en seco. Los angustiados latigazos de su dueño solo consiguieron mugidos de protesta, pues las exhaustas bestias se negaron a dar un solo paso más. Desesperado, tiró con fuerza de las anillas que los animales llevaban en el hocico pero fue en vano, pues se limitaron a mugir con fuerza y sacudir la cabeza, lanzando babas de esfuerzo y sufrimiento al público.

—¡Maldita sea! —gritó con furia—. ¡Avanzad cabrones, avanzad!

Lágrimas de impotencia se asomaron a sus ojos cuando vio como su contrincante cruzaba triunfal la línea de llegada junto a sus animales y la pesada roca que arrastraban. El público estalló en vítores y no pocas monedas cambiaron de manos, pues eran muchos los que habían apostado por uno u otro.

El perdedor ni siquiera se molestó en desatar a las bestias de la piedra. Agachó la cabeza, abatido y se alejó caminando hacia el interior de la villa. Su destino era seguramente alguna posada, donde ahogaría las penas en el vino. Acababa de arruinarse. Pocas eran las familias que podían permitirse una pareja de bueyes; la mayoría tenía que conformarse con asnos incapaces de tirar de pesados carros cargados de mercaderías.

Los asistentes a la carrera aguardaban junto al ganador. Esperaban que cumpliese su promesa y repartiera los bueyes de su contrincante entre todos ellos. Sin embargo, para sorpresa de todos, el hombre tendió una cuerda entre sus bestias y las que acababa de ganar y se dispuso a emprender el camino de vuelta a casa.

—¡Eh! Cumple tu palabra. ¿Dónde están las chuletas? —le exigió una mujer de mediana edad que sujetaba un cesto repleto de manzanas.

El ganador, que hasta entonces había despertado la simpatía de todos los presentes, evitó la mirada acusatoria y echó a andar, azuzando a los animales para que le siguieran.

—¡Sinvergüenza!

—¡Mentiroso!

Los insultos fueron arreciando a medida que el ganador se alejaba del lugar de la apuesta. La mujer de las manzanas fue la primera en ir más allá: introdujo la mano en el cesto y le arrojó una de ellas sin demasiada puntería.

—¡Majadero!

Quienes estaban a su alrededor se contagiaron de su indignación y le lanzaron también todo lo que encontraron a mano. En unos segundos, el cielo se cubrió de boñigas, palos, piedras y manzanas que volaban hacia el conductor de los bueyes. La lluvia de ira que le golpeó no le hizo cambiar de opinión, ya que ni siquiera llegó a girarse hacia sus agresores. Algunos aún fueron tras él, con ganas de venganza, pero el resto de la multitud fue dispersándose a

medida que veían que la comitiva de bueyes se perdía entre los árboles.

Elías y Aitor se habían divertido contemplando la escena, pero ya iba siendo hora de volver a internarse en la feria.

—Vamos a ver a los juglares —propuso Aitor echando a correr hacia la villa.

Las calles de Getaria estaban cada vez más atestadas de gente. Se acercaba el mediodía y con él la hora de la misa mayor. Los vendedores vociferaban, cantando las virtudes de su mercancía, sabedores de que tras el oficio las ventas caían, pues muchos campesinos regresaban a sus valles. Aitor y Elías se abrieron camino entre la multitud y esquivaron a un par de cerdos que habían huido de un cercado y corrían asustados, atropellando a la gente y llevándose por delante tenderetes de todo tipo. Al llegar a la entrada del templo, donde comenzaban a congregarse los feligreses, la música de una flauta les llamó la atención.

—Será un juglar —exclamó Elías señalando hacia el rincón del que provenía.

Un grupo de curiosos, visiblemente exaltados, se había arremolinado alrededor del flautista. Aitor apenas conseguía ver lo que sucedía, pero no tardó en distinguir a dos clérigos. Sus ropajes, que incluían una capucha que ocultaba sus facciones, eran de un extraño color púrpura, que nunca antes había visto en gentes de iglesia.

—Son cardenales —oyó exclamar a una señora que echó a correr extasiada hacia ellos.

La buena nueva se extendió rápidamente. Todos los visitantes de la feria querían acercarse a personajes de tan alta alcurnia. En pocos minutos, el desorden reinaba alrededor de la iglesia.

Aitor y Elías consiguieron llegar hasta las primeras filas para contemplar impresionados el fervor que rodeaba a aquellos hombres de morado. Uno de ellos hacía sonar una flauta y el otro sostenía en sus manos algo que todos los presentes querían tocar. Decenas de manos se alzaban hacia el misterioso objeto, mientras el clérigo luchaba por mantenerse en pie ante las acometidas del público. Aitor se acercó un poco más, movido por la curiosidad, pero los empujones de la exaltada multitud le hicieron arrepentirse de inmediato. En cualquier caso, ya era tarde para volverse atrás, los zarandeos de la marea humana cerraban toda vía de escape.

El sonido de la flauta cesó.

—¡Alabad a San Juan Bautista! —exclamó el flautista mientras su compañero alzaba el objeto por encima de su cabeza.

Aitor sintió un escalofrío. El origen del éxtasis de los presentes era un cráneo humano, una reliquia.

El populacho estalló en alabanzas y ruegos.

—¡Bendito sea el Bautista! —exclamaban unos.

—¡Loado sea! —clamaban otros.

Una campesina se aventuró a pedir ayuda.

—Sana a mi hermano, Bautista. Ayúdanos.

Un sinfín de peticiones de auxilio le siguieron.

El de la flauta alzó la mano pidiendo silencio.

—Hermanos —comenzó a decir—, el Santo Padre nos ha encargado el transporte de la reliquia de San Juan Bautista a Compostela...

—¡Viva el Santo Padre! —le interrumpieron.

—¡Alabado sea!

El hombre, que cubría aún su rostro bajo la capucha, volvió a pedir silencio.

—El viaje es largo y penoso —continuó explicando—. Unos malhechores intentaron ayer hacerse con la reliquia pero mi compañero y yo luchamos hasta el final, con gran peligro para nuestras vidas. Solo consiguieron robarnos todas las monedas que llevábamos encima. Con ellas, pretendíamos construir una capilla para honrar a San Juan Bautista como se merece.

—¡Malditos sean! —exclamó un carnicero con el delantal ensangrentado.

—¡Que el diablo se los lleve! —contestaron otros.

La indignación se adueñó del populacho. El de la flauta aprovechó el momento para extraer una saca de tela y recoger donativos. Después organizó una fila para venerar la reliquia. Mientras su compañero sostenía el cráneo para que los fieles lo besaran, él recogía monedas. En pocos minutos, la bolsa de arpillera era la más llena de toda la feria.

Aitor y Elías contemplaban la escena maravillados, sin decidirse a sumarse a la cola. En ese momento doblaron las campanas. Llamaban a misa. Un carro tirado por dos hermosos caballos y escoltado por hombres armados se detuvo junto a ellos.

—Es el corregidor —susurró Elías a Aitor.

El representante del rey castellano acudía cada año a la misa mayor. La algarabía en torno a la reliquia era tal que su llegada pasó desapercibida. El hombre, ataviado con lujosas vestimentas que delataban su alto cargo, se apeó del carro y caminó, precedido por su escolta, hacia el interior de la iglesia.

Las campanas volvieron a llamar a misa, pero los feligreses se sentían más atraídos por las reliquias del Bautista que por el oficio. El capellán, extrañado tanto por la escasa afluencia como por el griterío que provenía de la calle, se asomó al exterior.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó a uno de sus feligreses.

—¡Las reliquias de San Juan Bautista! ¡Han venido a curar a los enfermos! —contestó entusiasmado el hombre.

El capellán torció el gesto y se abrió paso hasta llegar ante ellos.

—Ilustrísimas —comenzó al tiempo que se doblaba en una exagerada reverencia—, nos halagáis con vuestra visita. Pero me gustaría abusar un poco más de vuestra presencia y solicitaros que entréis con nosotros a la iglesia para que las reliquias del Bautista presidan el oficio divino.

Un profundo silencio se apoderó de la escena. Los purpurados hablaban entre ellos pero nadie alcanzaba a oír lo que decidían.

Finalmente, el que sujetaba la bolsa de las limosnas se giró hacia el cura.

—Está bien —dijo pausadamente—. Las reliquias presidirán la ceremonia.

Un murmullo de aprobación se extendió entre la muchedumbre, que se dirigió sin demora hacia el interior del templo. Todos querían estar cerca del cráneo del santo.

Pero el capellán aún tenía otra petición.

—Sin capuchas por favor, en la Casa del Señor no son necesarias.

Los cardenales parecieron dudar unos instantes, pero finalmente descubrieron sus cabezas al subir las escaleras del templo. El horror se dibujó en las caras de muchos de los presentes, pues el que sostenía la bolsa tenía una horrible cicatriz en el rostro. Pero el horror se tornó rápidamente en lástima, porque todos creyeron que tan grave herida había sido infligida durante el largo viaje desde Roma. La protección de la reliquia le había costado cara a aquel hombre de Dios.

Aitor, sin embargo, sintió que se le helaba la sangre. Conocía bien a aquellos hombres. Eran los bandidos a los que habían descubierto robando huesos del convento abandonado. Buscó con la mirada a Elías, que se había quedado petrificado por el miedo. Ambos se miraban sin saber qué hacer. Lo correcto sería denunciarlos, pero ¿cómo hacerlo sin poner sus vidas en peligro?

—¡Es todo mentira! —tronó de repente la voz de Elías.

El de la cicatriz, que intentaba abrirse camino entre la multitud para acceder al templo, se giró en busca del delator y no tardó en descubrir los cabellos dorados del muchacho. Clavó en él la mirada y descubrió a Aitor a su lado. Una mueca de odio apenas reprimida se dibujó como una terrible amenaza en su rostro desfigurado. Después se detuvo y ordenó hacer lo propio a su compañero. Permaneció unos segundos inmóvil, lanzando miradas furtivas a los dos muchachos y sopesando los riesgos que tenía el asistir a la misa en esas condiciones. No tardó en observar con deleite que la denuncia de Elías no había obrado el efecto esperado por el chiquillo. El gentío no creía las palabras del zagal y algunos exaltados increpaban a los dos niños, que intentaban en vano explicar su encuentro en el convento abandonado. Aun así era mejor no confiarse.

—No entraremos a la iglesia —decidió por fin—. El Bautista debe seguir viaje cuanto antes.

El público prorrumpió en quejas y lamentos, pero el falso cardenal aún tenía algo que ofrecer.

—Esta villa merece tener su propia reliquia y así será —anunció rebuscando en un segundo saco que llevaba bajo sus ropajes—. Por una dobla de oro vuestra iglesia podrá conservar el cráneo de San Juan Bautista cuando era niño. —Mientras hablaba, mostró una pequeña calavera que sin duda había pertenecido a algún pequeño.

El éxtasis volvió a apoderarse de los presentes, que luchaban de nuevo por acariciar la pequeña reliquia. El capellán intentó en vano contener a sus fieles, pero sus órdenes se perdían entre el griterío.

Abatido, se perdió en el interior de la iglesia y cuando volvió a salir lo hizo en compañía del corregidor y varios guardias.

—¿Una dobla decís? —preguntó a los supuestos clérigos al llegar junto a ellos.

El de la cicatriz asintió y extendió la mano en espera del pago. En ese momento, los soldados se adelantaron y los detuvieron.

—Habéis ido demasiado lejos. ¿Así que San Juan Bautista cuando era niño? —se burló el corregidor cogiendo en sus manos el pequeño cráneo.

Los fieles contemplaban la escena confundidos. ¿Por qué detenían a aquellos hombres de Dios? Algunos incluso los vitoreaban y abucheaban a los guardias.

El corregidor pidió silencio.

—Estos cretinos no son cardenales —explicó—. Ni siquiera monjes ni capellanes. Se trata de unos malhechores, vendedores de reliquias falsas. Estos restos no son de ningún santo, son los huesos de algún pobre desgraciado cuyo descanso eterno ha sido profanado.

Un profundo silencio se extendió entre los presentes. Pero la decepción no tardó en convertirse en una gran indignación. Quienes habían donado dinero pidieron a gritos que les fuera devuelto. Los guardias se emplearon a fondo para evitar el linchamiento de los detenidos. Una vez calmada la situación, el corregidor volvió a tomar la palabra.

—Condeno a los detenidos por profanación, robo, suplantación de identidad y tráfico de reliquias falsas.

Los juicios eran por lo general procesos lentos en los que intervenían los conocidos como alcaldes de Hermandad, pero la presencia del corregidor, máximo representante real, permitía en este caso un juicio inmediato y sin discusión posible. Los numerosos curiosos que contemplaban la escena aguardaban con expectación su sentencia. Intuían que la pena sería terrible.

—Quedáis condenados a la pena capital —continuó con la mirada fija en los acusados—. Seréis ahorcados antes de que se ponga el sol y vuestros cadáveres penderán de las murallas de la villa hasta que las gaviotas los devoren.

El bandido que hasta entonces había sostenido la falsa reliquia cayó postrado de rodillas y comenzó a rogar perdón entre agudos lamentos. El de la cicatriz, en cambio, se mantuvo en pie con gesto altivo. Antes de ser empujado hacia los calabozos, aún tuvo tiempo de clavar su mirada en Aitor y Elías. Era una mirada llena de odio que les culpaba de su mala suerte. Una mirada que prometía una venganza que no llegaría porque en solo unas horas aquel hombre estaría muerto.

La noticia corrió como una inundación imparable por todos los rincones de la villa. ¡Una ejecución! Nadie quería perderse el espectáculo. Era habitual que el día de la feria anual se produjeran robos, a veces incluso asesinatos, pero no todos los años había ocasión de presenciar el ajusticiamiento de unos malhechores. Y

mucho menos de unos que se habían burlado de todos ellos al hacerles creer que eran unos importantes mandatarios eclesiásticos.

—Ese monstruo me da miedo —confesó Elías.

—A mí también. Me miraba con su único ojo, como si quisiera fulminarme con la mirada. Pero dentro de un rato estará colgado de la muralla y las gaviotas se ocuparán de que no vuelva a mirar a nadie —intentó tranquilizarle Aitor.

Elías asintió. Su amigo tenía razón.

—¡Hola chicos! —la cálida voz de Amaia surgió de entre el gentío.

Sin darse cuenta, habían entrado en la zona de los vendedores de carbón. El puesto de Xabier se veía casi vacío de mercancías. Al parecer la jornada le había ido bien. El mercader se retorcía el bigote mientras negociaba el precio con un comprador que hurgaba en una de las últimas sacas, como si quisiera asegurarse de que su calidad era buena. Amaia se acercó hasta sus amigos. Tenía divertidas manchas negras de carbón en la nariz y en uno de los pómulos.

—¿Vienes al puerto con nosotros? Van a colgar a unos bandidos.

La joven hizo un gesto de repugnancia.

—¿Vais a ver cómo los cuelgan? Dicen que se ponen morados y a los que son muy gordos se les arranca la cabeza del cuerpo y cae echando chorros de sangre hacia quienes están cerca.

Esta vez fueron Aitor y Elías quienes pusieron cara de asco. Ninguno de ellos había asistido nunca a una ejecución.

Xabier ayudó al cliente a cargar las sacas restantes a lomos de un burro. Toda la mercancía estaba vendida.

—Hija, voy a la posada a celebrarlo con un buen trago de vino. Puedes ir con tus amigos a dar una vuelta —explicó dándole unas monedas para que gastara en la feria.

Una marea humana los condujo hasta la pequeña plaza que se abría entre el atrio de la iglesia y el portal del Mar. Varios guardias ultimaban un patíbulo junto al túnel que pasaba bajo el templo para comunicar la villa con el puerto. Los mercaderes que se habían apostado en la zona comenzaron a recoger sus tenderetes. La multitud no quería comprar; la feria había quedado relegada a un segundo plano ante el nuevo espectáculo. Entre empujones de curiosos que buscaban un buen sitio para ver morir a los condenados, Eneko cargaba con la ayuda de Iñigo los últimos toneles en el carro.

—Padre, van a colgar a dos bandidos —explicó Aitor al llegar junto a ellos.

Eneko suspiró cabizbajo.

—Ya lo sé hijo. Y tu madre nos colgará a nosotros. No hemos vendido ni una barrica.

—¿Ni una?

—Nada. Algunos han probado nuestra sidra, pero nadie la ha comprado. Hay demasiados productores en la zona y demasiados pocos compradores. No sé qué vamos a hacer con tanta sidra este año —protestó Eneko echando una mirada al carro lleno de toneles.

—¿Nos quedaremos a ver la ejecución? —preguntó Iñigo desde lo alto de la carreta, donde ataba los barriles con una recia cuerda.

Eneko se encogió de hombros.

—No nos queda otro remedio. Con toda esta gente por aquí no podremos sacar el carro hasta la noche —explicó.

Aitor observó a su padre. Estaba hundido. No recordaba haberlo visto nunca así. No era para menos; llevaban meses trabajando en la elaboración de la sidra. Si no conseguían venderla pasarían hambre. Normalmente, en la feria vendían más de la mitad de la producción; incluso algunos años habían vuelto a casa sin un solo tonel. Ahora se verían obligados a viajar de posada en posada con la esperanza de que algún tabernero se la comprara. Era una tarea ardua que no siempre daba frutos.

—¡Ya están aquí! —exclamó Elías señalando hacia el patíbulo.

El populacho, agolpado en la plaza, comenzó a vociferar. Algunos insultaban a los condenados. Otros reían las ocurrencias de los primeros. Era toda una fiesta, envuelta, como todas, en risas, jolgorio y vino. Las tabernas cercanas acabaron pronto con sus existencias. Eneko pensó en vender la sidra por jarras, pero los continuos empujones del gentío, que apenas le permitían respirar, le hicieron desistir de su idea.

El corregidor abría la marcha. Tras él, dos guardias llevaban atado con grilletes a uno de los condenados, con la cabeza cubierta por un saco de esparto. Cerrando la corta comitiva, el alguacil y el verdugo, un hombre gordo cuya calva brillaba con el reflejo del sol.

Cuando llegaron al cadalso, los guardias ayudaron al bandido a subir a un escaño. El verdugo le colocó la soga al cuello. Una vez ajustada, le retiró el saco de la cabeza.

—¡Soy inocente! —gritó el condenado con los ojos muy abiertos por el terror.

Aún vestía los falsos ropajes de cardenal.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —Un creciente clamor se extendió entre la muchedumbre, que arrojaba verduras podridas y huevos al condenado.

Junto al bandido, otra soga pendía vacía del cadalso.

—¿Y el otro? Falta el de la cicatriz —inquirió Aitor.

Su amigo se encogió de hombros.

—Quizás lo ajusticien después —replicó sin apartar la mirada del patíbulo.

El corregidor dio un paso al frente para colocarse ante el bandido. Alzó las manos para pedir que se callara la muchedumbre. Cuando el griterío dejó paso a un tenso silencio roto solamente por algunos insultos repentinos, desenrolló pomposamente un pergamino y repitió la sentencia con un potente chorro de voz.

—Por profanación, robo, suplantación de identidad y tráfico de reliquias falsas, quedas condenado a la pena capital.

—¡No fue idea mía! ¡Soy inocente!

El alguacil hizo un lento gesto con la cabeza. Con un fuerte puntapié, el verdugo retiró la banqueta que lo sostenía. Con una expresión de horror en su rostro, el detenido quedó colgando de la soga. Su boca se abrió grotescamente en un último intento por respirar. Los ojos se tornaron blancos y el rostro se volvió morado entre horrorosos estertores y sacudidas.

Aitor sintió ganas de vomitar, pero a pesar de que quiso apartar la vista, la escena ejercía tal magnetismo sobre él que no fue capaz de hacerlo. Agarrada con fuerza a su brazo, Amaia escondió el rostro tras su espalda.

La expectación era tal que el silencio resultaba sepulcral, amplificando los sonidos que provenían del cadalso. Finalmente, tras una larga agonía, el cuerpo del condenado quedó inerte, balanceándose suavemente merced a la suave brisa que soplaba desde el mar.

El corregidor volvió a colocarse ante el patíbulo. Esta vez no le hizo falta pedir silencio. La muchedumbre se había quedado conmocionada por el horrible espectáculo al que acababa de asistir.

—Hoy habéis podido comprobar que quien roba o estafa al prójimo paga sus faltas —explicó alzando la voz—. Antes o después, pero las acaba pagando. Como recuerdo de sus fechorías, que no son bienvenidas ni en Getaria ni en ningún rincón del reino, su cuerpo penderá de las murallas de la villa hasta que las gaviotas hayan acabado con él.

Un murmullo de aprobación se extendió a los pies del cadalso.

—¿Y el otro? —insistió Aitor cada vez más asustado. La desaparición de aquel forajido que tanto odio les había mostrado resultaba inquietante.

La comitiva de autoridades abandonó el lugar. El verdugo y otros operarios comenzaron a desmontar el cadalso.

Poco a poco, entre charlas animadas, los vecinos de Getaria y los foráneos volvieron a sus casas. Algunos protestaron indignados por

la ausencia del otro bandido, pero nadie parecía realmente extrañado. Y es que resultaba demasiado habitual que los condenados fueran liberados a cambio de unas monedas de oro. A menudo eran los propios señores feudales quienes pagaban por su libertad para contar con los más sangrientos bandidos entre sus milicianos.

4

NIEVE

Invierno de 1442/43

Los primeros copos de nieve llegaron por sorpresa. Apenas había pasado una semana desde la feria cuando Aitor sintió desde el jergón que su madre abría el portón del caserío. Un frío glacial le hizo encogerse bajo la manta. La preocupación que se dibujó en el rostro de Arantza y la intensa claridad que entraba del exterior dejaban lugar a pocas dudas.

—¡Está nevando! —exclamó al tiempo que se levantaba de un salto sin soltar la manta de lana.

Iñigo no tardó en correr tras él. La nevada había sido copiosa, los bosques y los prados estaban totalmente blancos. La imagen, con los árboles vestidos aún con sus hojas, resultaba sorprendente, pues el invierno nunca llegaba tan pronto ni tan de repente. Había vecinos que aún no habían recogido las manzanas y otros que ni siquiera habían hecho acopio de leña para la temporada fría.

Arantza no tardó en regresar del establo, donde había encerrado a los animales. Esa mañana no podrían salir a pastar. Al ver a sus hijos en la puerta, envueltos en sendas mantas, torció el gesto y les señaló el interior de la casa.

—Os enfriaréis. Id junto al fuego.

Después cerró el portón y se dirigió ella también al lado del hogar. Se sentó junto a sus hijos sin decir una sola palabra y repartió

una rebanada de pan blanco para cada uno. Eran las últimas. En el valle cada familia horneaba su propio pan, cuya masa preparaban con harina de centeno y mijo que cultivaban junto al caserío o compraban a mercaderes castellanos. El pan que obtenían era áspero y basto, de modo que cuando visitaban Getaria aprovechaban para comprar varias hogazas en la tahona. Normalmente las provisiones de pan blanco les duraban diez o doce días, pero en esta ocasión, los soldados del señor de Oialde les habían requisado una hogaza a la vuelta de la feria, de modo que no lo habían podido disfrutar más de una semana.

La madre y el hijo mayor acompañaron sus rebanadas con manzanas hervidas. Aitor, en cambio, cortó un trozo de queso y lo acercó al fuego con ayuda de una vara de hierro. En cuanto estuvo ligeramente fundido lo extendió sobre el pan y lo devoró con fruición. Le encantaba el pan blanco, y con queso aún más.

Arantza no abrió la boca durante el desayuno, su rostro delataba una gran preocupación. Parecía envejecida de repente. Pasaba por poco de los treinta años, pero las arrugas de su frente eran esa mañana más profundas y marcadas de lo habitual. No había rastro de su habitual sonrisa, con la que contagiaba su buen humor al resto de la familia. Aitor estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando oyó que su padre volvía del exterior. Había salido temprano para llevar una saca de mijo al molino. Quizás era solo eso, pensó, quizás su madre tenía miedo de que Eneko no pudiera volver por culpa de la nieve.

—¡Vaya nevada! —exclamó cerrando el portón tras de sí—. Un poco más y me tengo que quedar en el molino, me llegaba la nieve a las rodillas.

La única respuesta de Arantza fue un sollozo ahogado.

—¿Qué pasa? —preguntó Eneko—. ¿Es por tu hermano?

Ella asintió, con la mirada fija en el fuego.

Cada año desde que era pastor, Antton bajaba las vacas al valle en cuanto llegaban los primeros fríos. Su llegada presagiaba la entrada del invierno, pues su instinto le avisaba días antes de que un manto blanco cubriera los pastos de verano. Esta vez, sin embargo, la nieve se le había adelantado y a buen seguro le había sorprendido aún en la montaña. Arantza estaba aterrada, pues temía que en esas condiciones le fuera difícil emprender el camino de regreso.

—No te preocupes —la tranquilizó Eneko—. Si es necesario subiré con los bueyes en su busca. Además, las vacas son del señor de Oialde y no tardará en enviar a sus hombres a la montaña para bajarlas cuanto antes. Tu hermano tal vez no le importe a ese canalla, pero las vacas no las dejará morir.

—Y tal vez la nevada no dure muchos días —aventuró Aitor.

—Tal vez —reconoció su padre.

Tantos argumentos calmaron aparentemente a Arantza, que asintió sin palabras y se dispuso a preparar la comida. Tomó un caldero de cobre y lo llenó de agua. Después lo colgó de una cadena que pendía de un pescante giratorio y lo colocó sobre el fuego,

situado en el centro de la cocina. Añadió media gallina, una col y un par de docenas de castañas y se dispuso a dejarlo cocer durante toda la mañana.

—Voy a aprovechar que no puedo arar para afilar las azadas —dijo Eneko dirigiéndose al granero, al que se entraba por una portezuela abierta en la cocina.

Arantza miró a sus hijos, sentados aún junto al hogar.

—Vosotros limpiad el establo —les ordenó.

Era una de las tareas que menos gustaban a Aitor, pero en cuanto llegaba el invierno no había día en que no tuviera que hacerla. En verano era suficiente con recoger los excrementos y esparcir paja seca por el suelo una vez cada varios días, pero al multiplicarse las horas que los animales permanecían estabulados, era necesario hacerlo a diario.

El establo se encontraba bajo el mismo techo que el resto de estancias del caserío y hasta hacía bien poco se podía acceder a él desde la cocina, que cumplía también la función de distribuidor. Pero eso era cuando solo guardaban en él a los dos bueyes de tiro y varias gallinas. Después llegaron los cerdos —cada año engordaban uno que compraban a un mercader ambulante que pasaba por Oialde en primavera— y con ellos la mejora de la alimentación pero también el hedor, que obligó a tapiar la puerta interior. Desde entonces el establo solo era accesible desde el exterior de la casa.

Armados de sacos y palas, los dos hermanos se dirigieron hacia allí. En un santiamén habían acabado la faena.

—¿Vamos a la nieve? —propuso el mayor.

No hizo falta respuesta. Aitor dejó la pala junto a la puerta y corrió sobre el manto blanco. Había dejado de nevar y las nubes iban cediendo el paso a amplios claros azules. El sol, que aparecía de vez en cuando, derretía la nieve acumulada en las ramas, que caía con un sonido sordo sobre el suelo nevado. Conforme comprobaban que el temporal había cesado, los vecinos iban también abriendo las puertas y saliendo al campo. Algunos se afanaban en recoger las manzanas que aún estaban en los árboles, asustados por la posibilidad de que volviera a romper a nevar. Otros, los más jóvenes, jugaban y corrían aquí y allá lanzándose bolas. Aitor reconoció a Amaia junto al arroyo, pero ella aún no había reparado en él, parecía entretenida con algo que había encontrado en el cauce.

—¡Esquívala! —exclamó Iñigo mientras le lanzaba una bola de nieve.

Aitor se hizo a un lado justo a tiempo para que el frío proyectil no hiciera blanco en su rostro. Después, mientras Iñigo preparaba una segunda bola, se dirigió corriendo hacia el Urbeltza.

—¡Eh! ¡Espera, no te escapes, cobarde! —le gritó su hermano al ver que su blanco se alejaba.

Amaia estaba tan ensimismada que no reparó en su llegada y se sobresaltó al oír una voz a sus espaldas.

—¿Qué has encontrado? —se interesó Aitor.

Las manos de la chiquilla se abrieron y mostraron un pequeño y asustado pájaro. Estaba empapado y temblaba por el frío.

—Un gorrión —contestó la niña.

Aitor negó con la cabeza.

—No es un gorrión, es un *txantxangorri*.

—¿Un petirrojo? Estaba aquí, acurrucado entre el agua y la nieve —explicó Amaia cerrando las manos de nuevo para dar calor al animal.

Aitor miró hacia arriba, entre las ramas del gran roble que se alzaba sobre el arroyo, pero no consiguió ver nada más que nieve.

—Se debe de haber caído de algún nido —sugirió.

—¿De un nido? Pero si ya no quedan pájaros en los nidos, el verano ya ha pasado...

El chico dudó unos instantes antes de contestar.

—Bueno, sí que es raro, pero el invierno se ha adelantado. Igual el pobre no había aprendido aún a volar y le ha sorprendido la nevada.

Amaia asintió.

—¿Vivirá? —preguntó.

Aitor se encogió de hombros. No le parecía muy probable, pero no quiso desanimarla.

—Seguro que sí —dijo finalmente—. Llévalo a casa y colócalo en una caja en la cocina, cerca del hogar. Así estará calentito.

—¡Vamos! —exclamó Amaia encantada con la idea.

Aitor la siguió hacia el caserío. Se trataba de un gran caserón fácilmente reconocible, porque la fachada estaba ennegrecida por el

polvo del carbón. El almacén de combustible ocupaba el ala derecha del edificio y las alcobas la izquierda. El espacio central se lo repartían la cocina y la cochera, donde guardaban el carro e incluso los bueyes en los días más fríos del invierno.

La puerta estaba entornada pero abierta. Xabier se encontraba agachado junto al hogar, avivándolo para que calentara una marmita donde había preparado un guiso de conejo con manzanas. Era un gran cocinero. Marisa, su mujer, había sucumbido a unas fiebres cuando Amaia apenas contaba tres años. Su recuerdo era para la muchacha una imagen borrosa de una cara amable con la sonrisa siempre dibujada. Amaia daría todo cuanto tenía por que su madre estuviera aún con ellos, pero a falta de ella se repartía con su padre las tareas del hogar.

Xabier era un buen padre. La muerte de su esposa le había destrozado el corazón, pero tenía una hija a la que criar y se desvivía por ella. Para él era mucho más que una niña, era todo lo que le quedaba de la mujer con la que hubiera querido compartir la vida. Quería que allá donde estuviera, Marisa se sintiera orgullosa de ellos.

Al sentirlos entrar se giró hacia la puerta y saludó sin apartarse del caldero.

—¡Aitor! Vaya nevada nos ha caído. Pasad y cerrad la puerta, que se escapa el calor. ¿Quieres comer con nosotros?

—No, gracias, mi madre me espera.

El hombre asintió, comprensivo y clavó la mirada en las manos de su hija.

—¿Qué traes? —preguntó intrigado.

Cuando vio al animal pensó que no sobreviviría, pero señaló una caja de madera que tenía llena de manzanas.

—Vaciadla y poned un poco de paja seca en el fondo para que esté calentito.

Mientras lo hacían, subió al granero a buscar una piel de conejo que acababa de secar y la colocó en una esquina de la caja, formando una pequeña cueva. El petirrojo no tardó en refugiarse en su interior.

—Así tendrá algo de abrigo. Debe descansar, creo que tiene un ala rota.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió la muchacha.

El vendedor de carbón se encogió de hombros.

—Tú hazme caso. Verás como en unos días vuelve a volar y podremos soltarlo.

—Pero padre, hace mucho frío para que vuele libre.

Xabier se echó a reír mientras se atusaba los bigotes.

—No hija, a los *txantxangorris* les gusta el invierno. En verano no los verás por aquí, dicen que se marchan a lugares más fríos.

Poco convencidos con la explicación, los muchachos colocaron la caja en la alacena de la cocina, lo bastante cerca del fuego para que su calor la acariciara y a la vez lo suficientemente lejos para que el pájaro no se achicharrase.

—¡Lo hemos salvado! —exclamó Amaia emocionada.

—Espera, no tan rápido —apuntó su padre—. Tendréis que buscarle comida si no queréis que se muera de hambre.

—¿Mijo? —inquirió Aitor.

Xabier volvió a reír.

—Mijo, sí, pero también gusanos, hormigas, grillos y otros insectos que podáis encontrar. Es lo que acostumbran a comer cuando están en libertad.

Ambos niños se miraron pensativos. Iba a ser difícil encontrar insectos en la nieve. Tal vez gusanos, si escarbaban un poco, pero parecía complicado.

El padre de Amaia adivinó sus pensamientos e intentó animarlos.

—Seguro que dais con ellos, no os preocupéis. Pero ahora es hora de comer. Después de llenar la tripa ya veréis como tenéis más fuerzas.

Aitor se dispuso a marchar, pero antes de que tuviera tiempo de abrir la puerta, Xabier le preguntó algo que le rondaba por la cabeza desde que lo había visto entrar.

—¿Ha bajado ya de los pastos de verano tu tío Antton?

—No. Mi madre está muy preocupada, cree que le ha sorprendido el temporal.

—Dile que esté tranquila, que su hermano conoce perfectamente la montaña y no corre ningún peligro —apuntó Xabier con el tono más tranquilizador que le fue posible.

Sin embargo, algo en su semblante le dijo a Aitor que debía preocuparse. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago

mientras corría de vuelta a casa.

La comida discurrió envuelta en un silencio sepulcral. A pesar de que la nevada había cesado en el valle, densas nubes de un color gris plomizo envolvían las montañas, azotadas por la nieve y la niebla. Arantza agachaba el rostro hacia su cuenco, intentando que sus hijos no vieran como las lágrimas asomaban a sus ojos. Cuantas más horas pasaban mayor era su preocupación. La montaña era traicionera y no eran pocas las historias de pastores que habían desaparecido en la niebla, bien por accidentes bien por haber sido presa de los lobos, osos y otras extrañas criaturas que habitaban ocultas en los bosques. El propio Antton hablaba a menudo de gigantes gentiles e incluso de dragones y serpientes monstruosas que moraban en cavernas. Todas las historias terribles que había oído a lo largo de su vida se agolpaban ahora en la mente de Arantza y le hacían temer un fatal desenlace.

—¿Puedo repetir? —preguntó Aitor acercando su cuenco a la olla que aún pendía de una cadena sobre las ascuas encendidas.

Su padre le sirvió un poco más de guiso.

—A ti lo que te gustan son las castañas —se burló su hermano robándole una con su cuchara.

Aitor intentó impedirlo con un movimiento brusco, pero la castaña acabó finalmente en la boca de Iñigo.

—No os peleéis por unas castañas —les regañó Eneko.

No hubo tiempo para más disputas porque el sonido de unos cascos de caballo llegó desde el exterior. Alguien se había detenido junto al caserío. La puerta no tardó en abrirse de par en par para dejar pasar al señor de Oialde seguido por dos de sus guardias.

Eneko se levantó de un salto, derramando parte del contenido de su escudilla. Arantza hizo lo propio y lanzó una mirada a sus hijos para que se levantaran.

—¿Dónde están Antton y mis vacas? —preguntó el banderizo con un torrente de voz que indicaba que no estaba para bromas.

No hubo respuesta.

—¿Aún no ha bajado de la montaña ese imbécil? —insistió clavando una mirada glacial en los presentes.

Arantza sintió un deseo irrefrenable de lanzarse contra él y romperle la cara a puñetazos, pero pensó en sus hijos y se obligó a clavar la mirada en el suelo.

Al señor del valle no le sorprendió no obtener respuesta. Era así como le gustaban las conversaciones con sus vasallos, sin réplicas ni objeciones.

—Si mañana al amanecer no ha regresado, venid a mi torre. Subiremos a la montaña a buscar mis vacas —dijo señalando a Eneko y a su hijo mayor.

Arantza no pudo resistirse más.

—¿Y a mi hermano? —preguntó irritada.

El señor de Oialde, que ya caminaba hacia la puerta, se giró en seco y se dirigió a grandes zancadas hacia ella. Le sostuvo la barbilla

con el dedo índice para impedir que agachase la cabeza y se acercó tanto a su rostro que Arantza sintió náuseas al oler su pestilente aliento a vino y cebolla.

—Tu hermano puede pudrirse en la nieve. Yo solo voy a recoger mis vacas —sentenció, escupiendo las palabras muy lentamente y con un tono lleno de desprecio.

Aitor dio un paso adelante, con intención de salir en defensa de su madre, que parecía haber encogido ante aquel hombre de hombros anchos y rasgos angulosos. Eneko lo impidió, sujetando firmemente a su hijo para que no se moviera. No quería ni imaginar hasta dónde sería capaz de llegar Alain de Oialde si se le enfrentaban sus siervos.

El banderizo aún permaneció unos instantes, que se hicieron eternos, con su rostro a medio palmo del de Arantza. Después se giró, escupió en el suelo y salió del caserío dejando la puerta abierta de par en par y una gran sensación de impotencia flotando en el aire.

Arantza se dejó caer junto al hogar y rompió a llorar.

—Maldita sea su mala sombra —exclamó Eneko.

Aitor sentía ganas de llorar de rabia, como su madre, pero se contuvo porque no quería quedar en ridículo delante de su hermano mayor. Había oído hablar a menudo del señor del valle, casi siempre en torno a sus injusticias y abusos, pero hasta esa tarde nunca lo había visto enfrentándose a su familia. Era realmente un hombre taimado y no podía comprender que los habitantes del valle no le plantasen cara.

Eneko intuyó sus pensamientos y le posó una mano en el hombro.

—Hijo, no nos podemos enfrentar a Alain de Oialde porque es el dueño de las vidas de los habitantes de sus tierras. Somos sus vasallos; tus abuelos juraron lealtad a su linaje.

Aitor miró a Iñigo en busca de algún gesto de rebelión contra las palabras de su padre, pero su hermano se limitaba a asentir con expresión resignada. Las lágrimas que luchaba por esconder asomaron a sus ojos mientras se sacudía del abrazo de su padre y corría hacía la puerta aún abierta del caserío.

Amaia lo encontró sentado junto al arroyo. Al ver la expresión de su rostro supo que algo malo había sucedido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Aitor se limitó a asentir sin apartar la mirada del torrente de agua que se abría paso entre la nieve.

—¿Seguro? —insistió.

Él repitió el gesto afirmativo.

—Ese malnacido de Alain de Oialde ha venido a casa —contestó por fin—. No pienso permitirle que nos vuelva a humillar.

Amaia suspiró. Una vez, hacía un par de años, durante un invierno de especial crudeza, el banderizo se había presentado en el almacén de su padre y había requisado la mitad del carbón para calentar su torre. Lo había hecho bajo el pretexto de que los bosques eran de su propiedad y, por lo tanto, el carbón también.

Xabier, que pagaba al señor del valle un impuesto de cinco maravedís por cada carreta cargada de carbón que sacaba del robledal, intentó defenderse. Fue en vano. De no haber sido por unos ahorros que el comerciante tenía enterrados bajo la chimenea, habría sido su ruina.

Una bola de nieve rozó de pronto la cabeza de Aitor y se hundió en las frías aguas del Urbeltza.

—¡Guerra de bolas, miedicas! —Elías corría hacia ellos con más nieve en las manos.

Por un momento, Amaia y Aitor olvidaron al de Oialde y contestaron a la provocación. En pocos segundos, las orillas del arroyo se habían convertido en un caótico campo de batalla donde las bolas de nieve volaban en todas las direcciones. Elías fue el peor parado, pues recibió en plena cara un bolazo que había lanzado Amaia.

—¡Tregua! ¡Me rindo! —gritó el esmirriado muchacho de cabellos dorados alzando ambas manos.

Sus contendientes rieron ante los gestos teatrales de su amigo y se deshicieron de los fríos proyectiles que tenían preparados.

Amaia se llevó la mano a la cabeza como si de pronto recordara algo.

—¡Tenemos que buscar comida para Gorri! —exclamó.

—¿Gorri? —preguntó Elías—. ¿Quién es ese Gorri?

Aitor se adelantó:

—Un *txantxangorri* que hemos encontrado hoy en el río.

—Tú no lo has encontrado —protestó Amaia.

—Bueno, pero te he ayudado a salvarlo —se defendió Aitor.

Una vez aclarado el asunto, los tres muchachos comenzaron a escarbar en la nieve. Tenían que llegar hasta la tierra y seguir excavando para dar con gusanos e insectos escondidos. No fue fácil, porque el frío de la nevada había hecho que buscaran cobijo en las profundidades, pero consiguieron un puñado de bichos con los que alimentar al pájaro.

Cuando se disponían a entrar en la casa del mercader de carbón en busca del animal, unos sonidos desordenados les llamaron la atención al otro lado del río. Parecía como si un pesado ejército caminara entre los árboles. Aitor aguzó el oído y no tardó en descubrir entre las pisadas una musiquilla que le era familiar: cencerros de vacas.

—¡Antton! —llamó esperanzado.

La única respuesta que obtuvo fue el silencio. Las pisadas y los cencerros se oían cada vez más cerca y no tardaron en aparecer varias vacas entre los robles. Los grandes y tranquilos animales se detuvieron al llegar al cauce y se quedaron mirando curiosos a los tres niños, expectantes en la otra orilla del arroyo.

—¡Tío Antton! —volvió a insistir Aitor.

Cuatro, cinco, seis... Cada vez eran más las vacas que se iban agolpando al otro lado del Urbeltza, pero Antton no estaba con ellas. Al ver que pasaban los minutos sin que su tío diera señales de vida, Aitor comenzó a preocuparse. Tal vez le había pasado algo y los animales habían regresado a la aldea siguiendo su instinto, tal vez

no las había guiado ningún pastor, o tal vez esas no fueran las vacas de Antton. Pero esta última posibilidad quedó descartada rápidamente, pues todas estaban marcadas en los cuartos traseros con una letra o con una i en su interior, la marca de propiedad del señor de Oialde.

Tras varios minutos de espera que se hicieron eternos, casi cuarenta animales se agolpaban a la espera de cruzar a la otra orilla.

Fue Elías quien rompió el tenso silencio.

—No te preocupes. Seguro que no le ha pasado nada. Se habrá parado a coger castañas —musitó al tiempo que apoyaba una mano en la espalda de su amigo.

Amaia le dedicó una mirada sorprendida.

—¿Castañas? —preguntó—. Si está todo nevado. ¿Cómo quieres que encuentre las castañas?

El rubio se quedó pensativo.

—No sé —se defendió finalmente—. Los pastores son muy sabios.

Aitor no prestaba atención a los argumentos de sus amigos. Continuaba con los ojos fijos en las vacas, que comían las hojas de los arbustos en los que la nieve ya se había derretido. Abatido, estaba a punto de volver a casa para dar a su madre la mala noticia de que los animales habían bajado solos de la montaña cuando un nuevo crujido de ramas llamó su atención. Venía del bosque, del mismo lugar por el que había bajado el ganado. Lo siguiente que oyó le devolvió la esperanza.

—¡Vamos, vamos! —una potente voz masculina brotó entre los robles.

Segundos después, la silueta de su tío, protegido por una gruesa capa de lana y apoyado en una recia vara de avellano, se dibujó entre las ramas. Su inseparable *txapela* y unas pobladas cejas que enmarcaban sus ojos dorados le conferían un aspecto entrañable. Junto a él avanzaban a duras penas un ternerillo recién nacido, aún ensangrentado, y una vaca que no paraba de lamer a su vástago.

—¡Antton! —exclamó Aitor echando a correr hacia él. Tan emocionado estaba que apenas sintió el frío del Urbeltza cuando lo vadeó con el agua hasta las rodillas. Saltó sobre su tío con tal fuerza que ambos cayeron a la nieve entre risas.

—Creíamos que te había pasado algo malo —explicó el chico atropelladamente mientras luchaba porque las lágrimas no asomaran a sus ojos.

—¿A mí? Si conozco cada rincón de estas montañas. ¿Cómo quieres que me pierda yo?

Aitor lo abrazó con más fuerza. Le encantaba el aroma que desprendía su tío cuando bajaba de la montaña. Era una mezcla de hierba, fuego, queso y otros muchos aromas que se mezclaban hasta hacer reconocible a Antton con solo olerlo.

—¡Eso mismo les decía yo!

Arantza canturreaba mientras preparaba la cena. La noche cubría el valle con su negro manto desde hacía un par de horas y la nieve

resplandecía bajo la luz plateada de la luna creciente. Había temido lo peor, pero su hermano había sido capaz de orientarse sin problemas en la nieve y había logrado bajar desde la montaña hasta la aldea. Ahora, mientras ella cocinaba y su marido y sus hijos trasegaban sidra de unas barricas a otras, Antton estaba en la torre del señor de Oialde. Había acudido para rendirle cuentas de los meses pasados en los pastos de verano y tranquilizarle sobre el estado de sus vacas. Tenía buenas noticias, y es que ningún animal había sufrido daño alguno a pesar de la nevada. Además, doce vacas habían parido a lo largo del verano y todos los terneros habían sobrevivido.

Comenzaba a preguntarse por qué su hermano estaba tardando tanto en regresar cuando oyó un golpe sordo junto a la puerta. Había sonado como un saco al caer. Arantza pensó en la nieve, que hacía rato que se derretía y se desprendía del alero. Siguió removiendo la olla con su cucharón de madera, pero un nuevo sonido le hizo dejarlo todo. Esta vez no había duda: se trataba de un lamento.

Con el corazón encogido, abrió el portón y soltó un grito desgarrador. Antton estaba tendido boca abajo sobre la nieve. Tenía el torso desnudo y la espalda marcada por terribles latigazos cubiertos por costras de sangre seca. Eneko, alertado por los gritos, no tardó en llegar.

—¡Ese hombre es el demonio! —exclamó al ver la dramática escena.

Mientras Arantza sollozaba, presa de la rabia y la impotencia, su marido y sus hijos cargaron con Antton y lo llevaron a la cama. Las heridas causadas por el látigo eran profundas y el pastor se estremecía de dolor cada vez que intentaban limpiárselas.

—Es un castigo por no bajar a tiempo —explicó con un hilillo de voz—. Por obligarle a preocuparse por sus vacas.

—¡Es un malnacido! —exclamó Eneko.

Arantza asintió antes de girarse hacia su hijo mayor.

—Ve a casa de Maritxu y pídele algo que le ayude a dormir.

La anciana vivía a apenas diez minutos, ladera arriba y cerca de los límites de la aldea. Era una curandera, experta en hierbas y brebajes, a la que acudían todos los vecinos del valle en momentos de necesidad. Ella era también quien actuaba como comadrona —Iñigo y Aitor habían nacido con su ayuda—, incluso en los partos de animales que se ponían difíciles.

Mientras su madre cubría la espalda de su tío con paños mojados en agua tibia, Aitor contemplaba al desfallecido pastor, siempre tan fuerte y valiente, con una sensación de impotencia que le devoraba las entrañas.

—¿Por qué le ha pegado? —preguntó a su madre.

Ella suspiró y tardó en contestar.

—Porque le ha sorprendido la nieve —explicó con un tono de voz resignado.

Eneko, apostado junto a ella, se mordió la lengua para no añadir nada.

—Eso no es motivo para pegarle —insistió Aitor.

—No, claro que no es motivo. Pero Alain de Oialde es cruel.

Aitor se giró hacia su padre, esperando alguna explicación más racional que la ofrecida por Arantza, pero este evitó su mirada. No quería alimentar la rebeldía de su hijo contra el señor del valle, algo que solo podría traerle problemas.

El chirrido de la puerta al abrirse interrumpió la conversación. Iñigo entró seguido por una mujer con la cara surcada por mil arrugas y el pelo totalmente blanco. Sus movimientos rápidos y su forma de caminar, ágil y decidida, contrastaba con su aspecto, lo que hacía imposible calcular su edad. Por un lado parecía tener veinte años, por otro parecía una anciana de más de sesenta primaveras, una edad a la que pocos llegaban. El cesto que portaba en su mano, repleto de ungüentos y pócimas, parecía guardar la solución para cualquier problema.

Sin apenas abrir la boca, Maritxu dio de beber leche de amapola al pastor. Cuando el somnífero surtió efecto, frotó la espalda herida con aceite de caléndula y la vendó.

—Dejadle dormir durante tres días y tres noches. Ya veréis como se recupera —los calmó introduciendo sus brebajes de nuevo en el cesto.

Arantza le agarró la mano.

—Gracias Maritxu. Ha sido ese maldito...

La anciana se llevó el dedo a los labios, impidiéndole terminar la frase. Después se dirigió a la salida y antes de abandonar la casa,

apoyó su mano en el hombro de Aitor.

—Al buitre también le llega su hora y los gusanos lo devoran —sentenció antes de perderse en la noche.

La puerta quedó abierta de par en par y una ráfaga de aire gélido barrió la estancia, haciendo estremecerse los corazones de todos los presentes.

5

GENTILES

Invierno de 1442/43

—Y entonces los gentiles arrojaron unas piedras enormes contra las agujas de la catedral, pero erraron el tiro y cayeron al mar. Eran rojas como ellos y dicen los que las han visto que aún pueden distinguirse las marcas que hicieron los gigantes al arrancarlas de la montaña con sus manos.

Iñigo y Aitor miraban a su tío con los ojos muy abiertos. El calor hipnótico del fuego y las enigmáticas sombras que proyectaban las llamas en la alacena de la cocina contribuían a crear una atmósfera irreal que hacía cobrar vida a los fantásticos personajes de las historias del pastor. Arantza ayudaba a su hermano, que mientras narraba a sus sobrinos las aventuras de las gentes de la montaña, removía con una vara de acebo un enorme barreño de leche de vaca cuajada. Cuando la consistencia de la mezcla era la oportuna, Antton la tomaba con las manos para rellenar con ella los moldes que daban al queso su característica forma cilíndrica. Estos se apoyaban en una tabla colocada sobre una artesa para que el suero sobrante del prensado cayera en ella. Una vez escurridos, los quesos pasaban a una repisa que colgaba del techo para evitar las visitas de los roedores. Allí maduraban durante varias semanas, al calor de la lumbre y protegidos por el humo, que les confería además un gusto ahumado muy especial y apreciado.

—¿Iremos al mar a ver esas rocas? —inquirió Iñigo.

Sin quitar las manos del queso que estaba prensando, su tío le dedicó una sonrisa.

—Claro que sí. Algún día iremos y buscaremos nosotros mismos las huellas de los gentiles.

Así discurrían las largas noches del invierno. Los hijos de Arantza se sentían afortunados por tener un tío pastor. Solo los hombres que vivían en la montaña conocían tantas historias de criaturas fantásticas. Las cumbres y los bosques escondían grandes secretos que solo ellos —y quizás los ferrones— podían descubrir.

Arantza estaba feliz. Le gustaba tener a su hermano en casa. La montaña era peligrosa y temía por él durante los meses estivales. Aunque aquel año la vuelta al valle había sido lo peor de todo. Afortunadamente, las cicatrices dibujadas por el látigo del sanguinario señor de Oialde habían desaparecido casi por completo. La caléndula y las sabias manos de Maritxu habían resultado milagrosas. Tres días después de su visita, las heridas se habían cerrado y los dolores habían remitido.

El invierno estaba resultando especialmente duro. Las nevadas se encadenaban sin dejar apenas tiempo de derretirse a la nieve. Las vacas, que normalmente pastaban en los pastos del valle, menores que los del verano pero suficientes para alimentar al ganado durante unos meses, pasaban semanas enteras sin poder salir de los establos. Ante la falta de forraje, Alain de Oialde había repartido su ganado por todas las casas del valle que contaban con establo. Cada familia estaba obligada a alimentar y limpiar las vacas del señor antes de encargarse de sus propios animales. El banderizo había

prohibido tajantemente que las ordeñaran; debía ser Antton quien recorriera cada día el valle para hacerlo él mismo, con la obligación de denunciar a la familia que hubiera robado leche a su señor.

Al pastor le horrorizaba la idea de delatar a sus propios vecinos, muchos de ellos amigos de la infancia. La mayoría dejó de dirigirse a él como a un amigo para tratarle como a uno de los milicianos del señor del valle. Sin embargo, Antton hacía lo posible por facilitarles la tarea de cuidar de las vacas y miraba hacia otro lado cuando al ordeñarlas obtenía menos leche de la que era habitual.

—¿Encuentras muchos gentiles en la montaña? —preguntó Aitor.

El pastor se rió y colocó los últimos quesos en la repisa antes de contestar. Cada día elaboraba una docena de ellos. Dos de cada diez eran para él, como pago por hacer de pastor; el resto se los entregaba al señor del valle, propietario de las vacas.

—No, Aitor —comenzó con la voz pausada de quien está acostumbrado a narrar historias—. Ya no se encuentran gentiles allá arriba. Quedan sus huellas, sus construcciones, sus caminos e incluso sus tumbas, pero hace ya muchos años que los gigantes desaparecieron de las montañas. Los últimos lo hicieron muy cerca de aquí.

»La calzada por la que subo hacia los pastos de verano, un camino empedrado con gigantescas losas de piedra, fue construida en la noche de los tiempos por los gentiles. Por ella bajaban al valle y tenían muy buena relación con los vecinos de nuestra aldea. Pero eso era hace mucho tiempo, ni los más viejos del valle se acuerdan. Luego llegó el cristianismo y aquellos gigantes paganos intuyeron el

final de su especie. Intentaron luchar con todas sus fuerzas y se dedicaron con empeño a lanzar rocas contra las iglesias y los sacerdotes que las promovían. Algunas alcanzaron su objetivo, pero la mayoría no. La lucha no era su fuerte, de modo que la religión fue ganando terreno.

»Durante años, se retiraron a lo más alto de las montañas a vivir, huyendo de los humanos y de sus nuevas creencias. Pero el cristianismo llegó también a las cumbres en forma de ermitas que sustituían a sus altares paganos. Los gentiles, aferrados al pico más alto, vieron un día como una enorme nube negra venía desde el sur, dispuesta a engullirlos. Comprendieron entonces que sus días se habían terminado, así que corrieron junto a la calzada que ellos mismos habían construido con su fuerza descomunal y se enterraron para siempre bajo una gigantesca roca. Los pastores aún nos quitamos la *txapela* al pasar junto a ella en señal de respeto por aquellos gigantes que amaban las montañas.

Su sobrino lo miraba decepcionado.

—¿Y lamias? ¿Tampoco quedan? —inquirió.

Antton dibujó una sonrisa, suspiró y se sentó entre los dos chavales.

—Claro que existen las lamias. Hay muchas. Yo alguna vez las he oído cantar entre los árboles, pero nunca las he llegado a ver. Más vale mantenerse alejado, pues si no las molestas no son malas, pero si te entrometes en su vida, pueden llegar a ser peores que el diablo.

Aitor le interrumpió para preguntarle algún detalle, pero el pastor alzó la mano, pidiendo silencio y siguió hablando con el reflejo de las llamas bailando en su rostro.

—Un pastor de Zumaia sorprendió a una junto a su cueva. Es raro verlas de día, porque les gusta la noche, pero sintió que alguien chapoteaba en el río y se acercó. Oculto entre los árboles, pudo ver como la lamia se peinaba sus cabellos dorados con un peine de oro macizo.

—¿Cómo era? ¿Era guapa? —esta vez fue Iñigo quien interrumpió la narración.

Antton se rió para sus adentros. Sus sobrinos siempre repetían las mismas preguntas.

—Guapísima. Era preciosa, pero sus patas no eran humanas. Eran de cabra. Dicen que las que viven en el mar tienen cola de pez y hay otras que tienen patas de ave, pero las que viven en la montaña tienen patas de cabra —explicó con la sensación de haber contado lo mismo en miles de ocasiones.

Sus sobrinos guardaron silencio con los ojos fijos en las llamas.

—Yo he oído que a veces ayudan a las mujeres solas a parir —explicó Arantza mientras colocaba una parrilla sobre el fuego para asar un conejo que había cazado su hermano esa misma tarde—. Creo que a la madre del Bastardo le ayudaron ellas. Por eso nació rubio —añadió bajando la voz.

—¡No le llames así! —protestó Aitor.

El chirrido de las ruedas de un carro acercándose a la casa dio por zanjada la discusión. Iñigo y Aitor corrieron a la puerta. Su padre había ido a Zumaia a intentar vender los excedentes de sidra y hacía horas que esperaban su regreso. Conforme la luz que se colaba por el quicio de la puerta fue iluminando su rostro, supieron que la venta no había sido buena. No era día de feria, pero Eneko tenía la esperanza de vender su bebida de manzana a las propias tabernas.

—Solo quieren vino tinto —anunció desanimado—. Dicen que la sidra y el *txakoli* los pueden hacer ellos mismos. Además, la gente apenas paga por beber algo que casi todos elaboran en sus propias casas.

Arantza torció el gesto, pero enseguida se recompuso para intentar animar a su marido, tremendamente abatido. Al fin y al cabo tenían suerte, pues de no contar con un pastor en la familia, aquel invierno pasarían hambre. Los quesos se podían cambiar por carne o pescado y la leche no faltaba nunca en casa. Además, la habilidad de Antton para la caza era inmejorable, solo posible en alguien que pasaba gran parte del año en la montaña.

—No te preocupes, seguro que cuando se fundan las nieves, vendrán gentes a comprar nuestra sidra —intentó tranquilizarle aún a sabiendas de que era poco probable vender el caldo de manzana sin moverse de casa.

Eneko asintió poco convencido y comenzó a descargar las barricas con la ayuda de sus hijos y su cuñado.

El conejo a la brasa estaba delicioso. Antton y Eneko ocupaban un escaño de madera labrada junto a la mesa, que no distaba mucho del fuego. El resto de la familia se sentaba en pequeños taburetes de tres patas, similares a los utilizados para ordeñar a las vacas. Arantza se colocaba habitualmente junto a su marido, pero en invierno cedía su sitio al pastor.

Tras la carne, comieron un buen pedazo de queso cada uno. Aitor quería derretirlo sobre el fuego pero no había pan para acompañarlo, de modo que lo comió a bocados, como el resto de la familia. Le encantaba el sabor ahumado del queso hecho en casa, aunque tampoco había probado muchos otros como para poder compararlo.

—¿Cómo están hoy los gentiles? —inquirió Eneko a sus hijos. Le hacía mucha gracia que cada tarde antes de cenar se pasaran horas escuchando las historias de Antton. Solo se sentaban tranquilos junto al fuego cuando su tío estaba en casa.

Aitor le explicó que los gigantes ya no existían porque se habían ocultado bajo una piedra más grande que ellos.

—Pero tal vez algún día decidan salir de allí —decidió el joven, mirando a su tío en espera de su aprobación.

El pastor le dedicó una mirada divertida.

—Tal vez, Aitor. Tal vez.

Eneko miró extrañado a su hijo mayor. Era raro que no dijera nada, pues también a él le apasionaban las historias de gentiles y lamias. Pero Iñigo parecía pensativo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Su hijo asintió, pero clavó la mirada en la mesa, evitando contestar.

—Gorri se ha marchado esta tarde —interrumpió Aitor.

—¿Quién es ese Gorri? —inquirió Arantza.

—El petirrojo que salvamos junto al río. Hemos ido esta tarde a darle de comer y ha echado a volar. Xabier dice que no nos preocupemos, que el invierno le gusta más que el verano.

Eneko seguía mirando a su hijo mayor.

—¿Seguro que va todo bien? —insistió. Creyendo haber dado con el motivo de sus cavilaciones intentó animarlo—. Si es por la sidra, no te preocupes, ya la venderemos.

El adolescente miró a su padre. Sus ojos mostraban al mismo tiempo miedo y determinación.

—Padre, quiero ser pastor —dijo con el tono de voz más solemne que le habían oído jamás.

La noticia fue un jarro de agua fría para la familia. Durante los siguientes días, un silencio sepulcral flotaba en el ambiente durante las comidas. El resto de la jornada, Arantza no abría la boca y, cuando nadie la veía, rompía a llorar. En una ocasión, Antton la sorprendió con las lágrimas corriéndole aún por la cara.

—No te preocupes. Pasa hasta en las mejores familias —intentó calmarla, al tiempo que la abrazaba.

—No me consuela. Es el heredero. ¿Qué va a ser de la casa? —sollozó ella.

Su hermano se encogió de hombros.

—Yo también lo era y preferí ser pastor. La casa sigue aquí y tú la llevas perfectamente.

—¡No, no la llevo bien! Mira lo que pasa con mi hijo mayor.

—No pasa nada. Está Aitor. Ese chico es más listo que el hambre, sabrá cuidar perfectamente de la casa.

Arantza sollozó.

—¿Qué dirán los vecinos? Primero tú, luego Iñigo... Que yo sepa, no hay otra casa en la aldea donde el primogénito prefiera ser pastor que heredar.

—Es igual lo que piensen los otros. Lo importante es que con Aitor la casa llegará a ser la más próspera de la aldea, estoy seguro de ello.

Arantza se sintió algo reconfortada con sus palabras.

—Puede que tengas razón —dijo tras un largo silencio.

—Pediré permiso al señor de Oialde para que Iñigo pueda subir conmigo a la montaña. Así podrá ver lo dura que es la vida allá arriba. Quizás así se lo piense dos veces.

Su hermana le agarró del brazo.

—Espera, déjame hablarlo con Eneko —pidió.

Su marido se mostró de acuerdo con la idea. Conocía bien a sus dos hijos y sabía que obligar a Iñigo a quedarse sería lo peor que podían hacer. Además, había que reconocer que Aitor siempre se había interesado más que su hermano por el negocio de la sidra y otras tareas cotidianas. Sería un buen heredero.

—Tendrá que aprobarlo el señor de Oialde —apuntó.

Antton asintió.

—Si te parece voy a explicárselo. Cuando se fundan las últimas nieves emprenderé el regreso a los pastos. Si Alain de Oialde lo aprueba, Iñigo vendrá conmigo.

—Está bien, ¿quieres que te acompañe?

—No, no es necesario, si tiene que azotar a alguien mejor que sea a uno solo —replicó Antton guiñándole un ojo.

El resto del día discurrió entre los lamentos de Arantza, que de vez en cuando rompía a llorar.

—Tranquila mujer, seguro que no le gusta eso de la montaña y no tardamos en tenerlo aquí de vuelta —mentía Eneko.

—No. Ya viví lo mismo con mi hermano. Mi madre decía que no tardaría en volver para ocuparse del caserío y han pasado veinte años y sigue trabajando de pastor.

Eneko se encogió de hombros.

—A Antton le gustan la soledad y los animales, pero Iñigo siempre está refunfuñando cuando le toca limpiar a los bueyes.

—No sé si hacemos bien. No me da buena espina —sentenció Arantza echándose de nuevo a llorar.

La puerta del caserío se abrió. Era Antton, que regresaba de la torre del señor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó atropelladamente Arantza, echando a correr hacia su hermano.

—No le parece mal. Le ha sorprendido saber que ya tiene edad para venir a los pastos de aprendiz. Dice que mientras su hermano se haga cargo de la casa, no hay problema.

Arantza guardó silencio. Guardaba la esperanza de que el señor de Oialde se negara a dejarlo marchar. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

—Me ha preguntado si yo creía que Aitor era un buen heredero para la casa —continuó Antton—. Le he dicho que el mejor que podría tener, que sabría gestionarla mejor que nadie.

—Oye, que aún nos quedan unos años a nosotros, no nos quieras enterrar tan pronto —bromeó Eneko.

Antton se rió de buena gana. Arantza se limitó a sonreír. Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—Creo que no hacemos bien —sentenció con la voz rota por el llanto.

Eneko se acercó a abrazarla pero ella se zafó de sus brazos. No volvió a abrir la boca hasta la hora de cenar, cuando parecía más relajada.

La velada se alargó entre historias de la montaña con las que Antton intentó animar a la familia. Arantza se contuvo para no volver a llorar ante sus hijos, aunque algo en su interior le decía que la decisión no era la acertada. No sabía por qué, pero tenía la certeza de que aquello acabaría mal.

6

PASTOR

Primavera de 1443

Los días iban ganando horas de luz y hacía al menos dos semanas que no caía un solo copo de nieve. Las ramas peladas de las hayas se habían cubierto de un sinfín de brotes de tonos rojizos que amenazaban con abrirse de un día a otro, para teñir de nuevo el paisaje de alegres colores verdes. El invierno estaba tocando a su fin en el valle de Oialde. Y al parecer no era el único lugar donde esto ocurría porque, como cada año, con el final de la temporada fría llegaron los primeros peregrinos.

La aldea se encontraba a orillas del camino real, una vieja vía empedrada que recorría la costa para llegar hasta el Finisterre, el final del mundo conocido. Más allá no había nada, solo el misterioso océano tras el que cada noche se escondía el sol. No lejos de aquel lugar tan enigmático, en las colinas de Compostela, había sido hallado varios siglos atrás el sepulcro del apóstol Santiago el Mayor, al que se encaminaban cada año miles de peregrinos de toda Europa. Eran muchos los caminos que llevaban hasta allí y en los últimos tiempos la mayoría de los caminantes optaban por los del sur, a través de las llanuras reconquistadas de Castilla, pero algunos preferían seguir las rutas de la costa, mucho más antiguas.

Los primeros peregrinos llegaron a la vez que se cubrían de flores los dos almendros que Fermín, el molinero, había plantado años

atrás junto al canal del molino. Desde entonces había pasado una semana y el invierno no parecía amenazar con nuevos azotes de frío.

—No tardaremos en marchar.

Iñigo sintió que se le encogía el estómago al oír las palabras de su tío. Habían pasado semanas desde que anunciara su decisión de subir con él a la montaña, pero aún se mezclaban la emoción y el miedo ante el inminente cambio de vida que se disponía a afrontar.

En realidad el cambio había comenzado tiempo atrás, pues el futuro pastor había pasado el invierno ayudando a Antton con el ganado. Cada día, acompañaba a su tío a ordeñar las vacas, dispersas en todos los establos de la aldea y, si el tiempo lo permitía, las sacaban a pastar por el valle. Era una tarea dura, que comenzaba al alba y no terminaba hasta después del anochecer, cuando regresaban a casa deseando sentarse junto al fuego.

—¿Tú no tienes frío? —preguntó una vez Iñigo a su tío mientras sentía como le castañeteaban los dientes.

Antton se había reído socarronamente.

—Frío hace en la montaña.

—Pero cuando estás en la montaña es verano —objetó Iñigo mientras extendía la mano para abarcar el paisaje nevado y los carámbanos colgando de un árbol cercano.

Antton sonrió con una mueca de nostalgia y se encogió de hombros, pensativo.

—Frío hace en los días de verano cuando la tempestad azota las cumbres y el viento hace imposible buscar un refugio en el que guarecerse; frío hace cuando en medio de la niebla oyes los aullidos de los lobos, cada vez más cerca; frío es cuando ves huellas enormes en el barro del camino. Aquí, en el valle, no hace frío.

—¿Huellas gigantes? —se inquietó Iñigo.

—Osos quizás..., qué sé yo qué extrañas criaturas nos espían cuando estamos allá arriba.

Iñigo sintió un escalofrío.

—A veces tengo miedo de subir contigo —confesó.

Antton apoyó su mano, grande como la de un oso, protectora como la de una madre, en su hombro y lo tranquilizó.

—La montaña es lo más hermoso que verás jamás. Ni la inmensidad del mar, ni la más hermosa de las mujeres, ni la más grande de las catedrales son nada comparadas con los altos pastos. Cuando estés allí serás la persona más feliz del mundo, la más libre. Desde allá arriba el cielo parece al alcance de la mano. ¿Qué hay que temer en un lugar tan hermoso? —Hizo una breve pausa mientras clavaba su mirada en la de su sobrino—. Nada, absolutamente nada. Ya lo verás.

El sol acababa de esconderse tras las colinas y el cielo comenzaba a incendiarse cuando, tras repartir por los diferentes establos las vacas del señor de Oialde, llegaron a casa. Arantza estaba sentada en la cocina cosiendo una gruesa capa. Había dedicado los últimos días a

preparar el equipaje que debería llevar Iñigo a la montaña. Tras resignarse a la dolorosa marcha de su primogénito, había decidido que lo mejor que podía hacer era prepararle unas buenas ropas que lo protegieran de los rigores de la montaña.

—Ya está casi acabada —anunció mientras extendía la capa.

Iñigo corrió hacia ella, maravillado.

—¿Puedo probármela? —suplicó.

Arantza le ayudó a ponérsela, sacudiendo algunos fragmentos de hilo que habían quedado enganchados a la pieza.

—¡Es de cuero! —exclamó Iñigo mientras la palpaba emocionado.

Su madre asintió orgullosa y lanzó una mirada cómplice a su hermano.

—De piel de vaca. Antton la tenía guardada desde hace años para hacerse una capa nueva.

El joven abrazó agradecido a su madre, que cerró los ojos para abandonarse a los brazos protectores de su hijo mayor. Aún le costaba aceptar el cambio que Iñigo había experimentado en las últimas semanas. Parecía que desde su decisión de ser pastor se hubiera convertido en todo un hombre, más fuerte, más viril, más cabal. El heredero perfecto para la casa, pero un heredero que prefería cuidar de las vacas que guiar el caserío y la familia.

La llegada de Aitor y Eneko interrumpió sus pensamientos. Traían una saca de harina. Fermín era un gran amante de los quesos de Antton y durante los meses de invierno nunca les faltaba el pan, que cambiaban por queso en el molino. Al molinero le gustaba

especialmente el queso fresco, antes de que se sometiera al secado en las estanterías de la cocina de Arantza. Le entusiasmaba untarlo en el pan y lo devoraba como si fuera lo último que hiciera en la vida.

—¡Se ha comido medio queso mientras hablaba con nosotros! —se burló Aitor.

Antton se rió a carcajadas. No conocía a nadie que disfrutara con su queso tanto como aquel hombre.

El día siguiente amaneció soleado. Las primeras flores de San José, con su color amarillo apagado, aparecieron junto al río, que bajaba con fuerza por el deshielo. Antton encargó a Iñigo que se ocupara de ordeñar las vacas diseminadas en los diferentes establos mientras él acudía a avisar al señor de Oialde de que comenzarían la trashumancia al alba del día siguiente.

El día se fue rápidamente entre preparativos y despedidas. Aitor y Arantza se afanaron en preparar paquetes con carne ahumada, pan, nueces, avellanas y ciruelas secas, que colocaron en las alforjas con las que cargarían a la vieja mula de Antton. Habían perdido la cuenta de cuántas veces había acompañado el animal al pastor en sus viajes a los pastos de verano. Aitor siempre lo había visto subir con él, así que debían de ser muchos años, quizás tantas trashumancias como había vivido el tío Antton.

Una sombra pesaba en el rostro de Arantza, que a pesar de haber asumido la marcha de Iñigo, sentía una infinita tristeza ahora que se aproximaba la hora de la despedida. Aitor intentaba animarla

y entretenerla con preguntas y comentarios sobre los preparativos, pero apenas conseguía arrancar taciturnos monosílabos de los labios de su madre.

—He cocinado un guiso de gallina a la miel —anunció Arantza cuando todos estuvieron sentados para la cena.

Iñigo se levantó y la besó sonoramente en la mejilla.

—¡Cuánto te voy a echar de menos, madre!

Era su plato preferido y no podían permitírselo a menudo porque la miel era cara y en casa no tenían colmenas.

—Amaia no me ha querido cobrar la miel —explicó Aitor—. Insistió en que era su regalo de despedida. Además, me ha dado esto para que lo lleves contigo a la montaña —añadió entregándole a su hermano una pequeña vasija de cerámica llena de miel y cubierta con un grueso tapón de corcho sellado con cera.

—Es un cielo esa muchacha —comentó Eneko.

—¡Podremos comer queso fresco con miel! —exclamó Iñigo mostrando el recipiente a su tío.

—Y con hierbas aromáticas. Te enseñaré a distinguir algunas que solo crecen entre las montañas más escondidas.

Arantza lanzó un profundo suspiro.

—¿Todavía te preocupa? —inquirió Eneko.

Ella encogió los hombros.

—Supongo que me acostumbraré, pero aún no me hago a la idea.

Aitor intentó añadir algo, pero no le salieron las palabras. Él también sentía una gran tristeza al saber que su hermano estaría largos meses en la montaña. Le asustaban aquellas extrañas criaturas de las que a menudo hablaban las historias del tío Antton, pero sabía que Iñigo sería feliz allí. Quería explicárselo a su madre, pero comprendía que por más que dijera, Arantza no lo comprendería, pues para ella la única felicidad estaba en el valle y en cuidar de la casa a la que su primogénito renunciaba.

De pronto, en el silencio de la noche, unos cascos de caballo resonaron en el exterior. Alguien se había detenido ante la entrada del caserío. Alertados por el ruido, saltaron de sus banquetas. Eneko se acercó a la entrada. No le dio tiempo a llegar. El portón se abrió de par en par con un estridente chirrido. Iluminados por un farol, cuatro hombres armados entraron en la estancia y se colocaron dos a cada lado de la puerta. Montada en su caballo, una siniestra silueta que se fundía con las tinieblas de la noche, se recortó en el exterior. Era el propio señor de Oialde. Se acercó a la casa tanto como pudo, pero la escasa altura del dintel le impidió entrar montado, mermando en parte el teatral golpe de efecto que hubiera deseado.

—¡Iñigo Ibaiondo! —llamó.

—¡No vayas! —le gritó su madre.

El chico dudó, pero finalmente dio unos pasos al frente, hasta colocarse ante la entrada, junto a su padre.

Alain de Oialde alzó su espada, que lanzó reflejos metálicos en el interior del caserío. Los soldados desenvainaron.

Con voz autoritaria, el señor tomó de nuevo la palabra.

—Ante tu renuncia al mayorazgo y como ya cuentas dieciséis años, todo un hombre, desde este momento tienes el honor de formar parte de mi milicia. Tu tío el pastor aún tiene fuerzas para valerse solo, no necesita ningún aprendiz allá arriba. Bienvenido a los juegos de la guerra, aprenderás a matar para defender a tu señor. Despídete de los tuyos y ven con nosotros.

La oscuridad del exterior le velaba el rostro, pero Aitor supo que dibujaba en su cara una taimada sonrisa de satisfacción.

7

VINO

Verano de 1443

Desde el reclutamiento de su hermano, Aitor ayudaba a su padre con la sidra. Eneko quería enseñar a su hijo menor a valerse por sí mismo para que fuera capaz de heredar el caserío en el futuro. La elaboración de la bebida de manzana, su venta y el cuidado de todos los utensilios utilizados en su elaboración eran su principal preocupación, pues de ellos dependía la economía familiar.

El lagar formaba parte de la propia estructura del edificio. Las vigas principales de la enorme prensa de las manzanas eran a su vez el sostén principal del tejado. Había que revisarlo a fondo cada verano, pues la humedad de la temporada fría hacía que la madera se hinchara, complicando el funcionamiento de los contrapesos que accionaban la prensa. Las fuertes nevadas del último invierno habían resultado devastadoras, por lo que Eneko y Aitor llevaban casi una semana ocupados en cambiar una viga que estaba prácticamente podrida.

—¿Qué haremos con la sidra que ha sobrado? —preguntó Aitor a su padre mientras trabajaban.

Eneko se mordió el labio inferior. Muchos días se había preguntado él lo mismo y no se le ocurría más que una posible respuesta que le partía el alma.

—La tiraremos río abajo antes de que se ponga mala y nos estropee los toneles.

De las diez barricas que se había propuesto vender, aún estaban llenas la mitad. Lo peor de todo era que de las cinco restantes solo había vendido tres, pues las otras dos se las habían requisado los esbirros del señor del valle el día de la feria. La venta había sido un auténtico desastre y la sidra se avinagraba enseguida, por lo que no tardaría en tener que deshacerse del contenido de las barricas.

—¿Y qué pasará con la sidra que hagamos este año?

Esta nueva pregunta aún fue más dolorosa para Eneko, pues aunque el bajón en las ventas podía achacarse en parte a que el lugar que habían encontrado en la feria no era el mejor, el verdadero problema parecía ser que existían demasiados productores de sidra en la zona.

—No lo sé, hijo. Espero que consigamos venderla, porque no tenemos otro medio de vida.

Como la mayoría de los vecinos de la zona, contaban con un par de docenas de manzanos y con un lagar para prensar la fruta. Y aún se podían sentir afortunados, porque muchos vecinos no contaban con bueyes para poder llevar la sidra a la feria anual, por lo que se veían obligados a recurrir a intermediarios que se quedaban una buena parte de los beneficios.

—Padre, ¿y si vendemos otra cosa? —inquirió Aitor.

Eneko miró sorprendido a su hijo. ¿Acaso no había entendido aún que no tenían otra forma de ganarse la vida? En otros lugares la tierra era más generosa pero en los lluviosos valles cercanos al mar

solo crecían los manzanos y las débiles vides de las que se obtenía el poco preciado vino blanco que llamaban *txakoli*. Ni siquiera podían cultivar cereal en condiciones; el poco mijo que plantaban apenas servía para hacer pan para consumo propio y no tantas veces como a ellos les gustaría.

Respiró hondo y se armó de paciencia antes de explicárselo una vez más a su hijo. Lejos de darse por vencido, el joven insistió.

—Pero si todos los vecinos venden lo mismo, tendremos que volver a tirar la sidra el año que viene —apuntó.

Eneko suspiró. Sabía que su hijo tenía razón, pero no se le ocurría otra opción. Sin embargo, Aitor tenía una idea, que había ido madurando en los últimos días.

—Podríamos vender vino —propuso.

—¿Vino? —Eneko estaba intrigado—. Nadie quiere *txakoli*.

—No, vino tinto. Cuando volviste de Zumaia, dijiste que en las tabernas solo querían ese tipo de vino porque la sidra y el *txakoli* los tiene todo el mundo en sus casas. Y en Getaria, durante la feria, recuerdo que los pocos mercaderes que vendían vino tinto se marcharon al poco de llegar porque se habían deshecho de toda su mercancía.

Eneko estaba asombrado. Su hijo había madurado en poco tiempo y hablaba como un hombre. Además, no se le ocurrían muchos inconvenientes a su plan. Solo uno, pero uno muy importante.

—Las uvas con las que se elabora el vino tinto no se dan en nuestra tierra. Los mercaderes lo traen de lejos —apuntó al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de Aitor.

—¿No podríamos comprarlo?

—No, hijo. No somos ricos y los pocos ahorros que teníamos nos los hemos gastado en harina y grasa de ballena para los candiles.

—Podríamos trabajar en el campo de algún vecino o descargar barcos en el puerto de Getaria para ganar dinero suficiente para comprar un tonel.

Eneko pareció dudar unos instantes. Luego sacudió la cabeza, como si se quitara la idea de encima.

El vino se producía mucho más al sur, en las onduladas colinas que rodeaban el Ebro, a una semana de viaje en carro. El mal estado de los caminos, la climatología y los robos complicaban el trayecto. Eran frecuentes las historias de bandidos que esperaban ocultos en los bosques para atacar a los mercaderes solitarios y robarles su mercancía. Decididamente, asumir el riesgo de viajar al sur en busca de vino eran palabras mayores.

—No, no me parece una buena idea.

Aitor se encogió de hombros y continuó lijando la nueva viga con la que arreglarían el lagar, con el que obtendrían una sidra que difícilmente llegarían a vender. No entendía el empecinamiento de su padre por negarse a probar su idea. Al fin y al cabo, de resultar un fracaso, siempre podrían volver a vender sidra.

Unos golpes en la puerta desviaron su atención. Eneko dejó su lija en el suelo y se limpió las manos con un paño antes de abrir.

—¡Don Pablo, vaya sorpresa! —dijo al tiempo que dejaba pasar a un clérigo de panza prominente.

Aitor se rió para sus adentros por el poco entusiasmo del tono que empleaba su padre. En cuanto vio al cura la cosa se agravó y a punto estuvo de estallar en una carcajada. No lo recordaba tan gordo. El mugriento hábito, que llevaba lleno de lamparones, parecía a punto de estallar.

—Que Dios bendiga este hogar —murmuró a modo de saludo. Su voz era untuosa.

—Gracias, don Pablo.

—Arantza, qué bien huele tu guiso. Siempre has cocinado como los ángeles.

—Gracias, don Pablo, quedaos a cenar si lo deseáis. Ya sabéis que nuestra mesa es la vuestra.

—No insistas mujer, que soy de fácil convencer —dijo golpeándose ostentosamente la barriga.

—Buenas tardes, don Pablo —saludó Aitor asomándose entre las vigas del lagar.

—¡Chiquillo, cada día estás más grande!

Eneko esperaba a la defensiva. Conocía de sobra al párroco como para saber que la visita no tenía como fin hablar de trivialidades. El clérigo se percató de ello y dejó de lado los formulismos.

—Estoy preocupado por vuestras almas —explicó—. Hace tiempo que no os veo por la iglesia. Ya sabéis que es obligación de todo buen cristiano asistir a misa. Al menos los domingos. ¿Tanto trabajáis que no tenéis tiempo?

Arantza y Eneko cruzaron una mirada de preocupación. Era cierto que, como todos los vecinos de la aldea, evitaban asistir a la parroquia. De todos eran sabidos los excesos del capellán, que permanecía gran parte del día bebido y gustaba de relacionarse con mujeres de mala vida. Decían las malas lenguas que frecuentaba los tugurios más infectos del puerto de Getaria, donde las rameras yacían con marineros por poco más de un mendrugo de pan que llevarse a la boca. Además, solía quedarse dormido durante las misas e incluso miraba con desgana a quienes acudían a escuchar el sermón, pues prefería que no asistiera nadie y así ahorrarse las palabras. Al fin y al cabo, no se trataba más que del hermano menor del señor de Oialde, a cuyo patronazgo se encontraba sometida la pequeña iglesia rural.

Sin embargo, nunca hasta entonces se había quejado de la no asistencia de los vecinos a los cultos. Existía una especie de pacto tácito por el que no iban a sus misas pero él no se daba por enterado, siempre y cuando pagaran escrupulosamente el diezmo. Este impuesto, que consistía en una décima parte de la cosecha de mijo, manzanas y cualquier otro fruto de las tierras que cultivaba la familia, se lo pagaban puntualmente. Por ello resultaba extraño que de pronto se preocupara de la redención de sus almas, cuando nunca hasta entonces lo había hecho.

—Además, me temo que este año no me habéis pagado el diezmo —continuó retorciéndose los dedos en un gesto nervioso.

Eneko percibió un atisbo de temor en el rostro de Arantza. Habían pagado el impuesto como cada año.

—Claro que lo pagamos. Yo mismo os lo llevé en el carro —intervino Aitor.

El cura fijó su mirada en el padre de familia.

—Quizás se trate de un error, pero no suelo equivocarme.

Sus palabras sonaban tranquilizadoras, pero sus ojos mostraban una severa amenaza.

Hacía pocos días había llegado la noticia de que a varios vecinos de Durango, a apenas tres días de viaje de allí, los habían quemado en la hoguera por herejes. Cada día se oían más historias similares. Era imposible luchar contra acusaciones de ese tipo, de modo que había que evitarlas a toda costa.

—No hagáis caso a mi hijo. Seguro que es un malentendido —se disculpó Arantza—. Se nos habrá olvidado cumplir con la iglesia, pero en este momento no tenemos nada con lo que poder pagaros. A no ser que tengáis a bien aceptar una barrica de sidra —ofreció—. Este año ha quedado riquísima.

La codicia brilló en los ojos del clérigo. Era como ofrecer néctar a una abeja.

—Claro, con eso quedará saldada la deuda.

—No se hable más. Mi marido os llevará el tonel hasta la iglesia.

—No es necesario. Será suficiente con que me ayude a atarlo a la mula.

Mientras Eneko se disponía a hacerlo, Arantza guiñó el ojo a su hijo, que sonreía burlón al ver como su madre acababa de contentar a aquel borrachín regalándole algo que pensaban tirar río abajo.

—¡Adiós, familia, que Dios os lo pague! —se despidió el párroco tirando de la mula.

—¡Adiós, don Pablo, no olvidéis devolverme el tonel vacío! —le recordó Eneko.

Cuando el clérigo se perdió en la distancia, Arantza se echó en brazos de su marido. Había pasado miedo, podían haber acabado en la hoguera, pero había sabido reaccionar a tiempo.

—Venga mujer, que no es para tanto. Vamos a cenar antes de que ese gordinflas decida regresar para comerse el guiso que nos has preparado.

Una sincera carcajada fulminó los últimos resquicios de tensión que flotaban en el ambiente.

Arantza retiró del fuego la olla ennegrecida y la colocó sobre la mesa. La banqueta vacía de Iñigo aún esperaba su regreso en una esquina. Aitor la miró y deseó que volviera pronto. Cada día que pasaba crecía la angustiosa sensación de que su hermano podía no regresar jamás. Su madre adivinó sus pensamientos y le acarició la cabeza.

—Pronto volverá —le prometió. Pero sus palabras sonaron más a deseo que a afirmación. Ella misma sufría amargamente la ausencia

de su hijo mayor. No eran pocas las noches que Aitor la oía llorar desde su cama.

Eneko fue el primero en introducir su cuchara de madera en el caldero. Los otros le siguieron. Era un buen guiso que combinaba las hortalizas del huerto con carne de conejo.

—Son las últimas —comentó Arantza señalando algunas castañas que asomaban entre las verduras.

Eneko suspiró. Las nevadas adelantadas del último invierno les habían sorprendido, impidiéndoles recolectar más que un puñado de las tan necesarias castañas. Cada año, al acabar el otoño, el bosque se convertía en una despensa inmejorable. Castañas y avellanas caían de los árboles, ofreciendo un alimento duradero del que dependía el sustento de la familia durante buena parte del año. Pero el último otoño apenas habían comenzado a recolectarlas cuando la nieve se ocupó de cubrirlo todo. Aunque la capa blanca desapareció a los pocos días, los frutos estaban ya podridos por el frío y la humedad.

—Tendremos que salir a cazar —decidió.

Arantza aún tenía más malas noticias.

—Tampoco nos queda mijo. Ha llovido demasiado este verano para que madurara —anunció con gesto preocupado.

Aitor miró el mendrugo de pan duro que tenía en la mano. Después dirigió la vista hacia la alacena excavada en el muro de la cocina, forrada de madera. Allí, entre los cuencos, vasijas, cucharones y demás utensilios para cocinar, su madre guardaba el pan. No había ninguno. Tampoco quedaba ninguno de los quesos

que el tío Antton les dejaba antes de regresar a los pastos de verano.

—No queda nada —le dijo su madre adivinando sus pensamientos—. A falta de castañas hemos comido más queso de lo habitual.

—Compraremos harina —intervino Eneko. No era raro el año en que el cereal que cultivaban resultaba escaso. El mal tiempo, las plagas y otros problemas les obligaban a recurrir al cereal o a la harina que compraban en el molino o en el puerto de Getaria para poder disponer de pan.

—¿Con qué dinero? —preguntó Arantza con un atisbo de temor en la mirada.

Eneko se encogió de hombros.

—Está claro que no será con el de la sidra. Cazaremos y pescaremos. Así podremos cambiar liebres y truchas por harina —anunció.

Su mujer asintió poco convencida. Se trataba de la única solución.

Desde primera hora del día siguiente, padre e hijo se dedicaron a buscar rastros dejados por las liebres en el bosque. Sus madrigueras no eran difíciles de descubrir, como tampoco lo eran sus excrementos en forma de bolas diminutas.

—Las colocaremos junto a los agujeros donde viven —explicó Eneko ocultando una de las pequeñas trampas bajo la hojarasca

cercana a una madriguera. Después extendió encima algunos brotes verdes del forraje con el que alimentaban a los bueyes. De ese modo, el animal se acercaría a comerlos y su peso activaría el mecanismo, que lo atraparía firmemente.

Aitor instaló las tres restantes mientras su padre aprovechaba para recoger leña. También el carbón se estaba acabando.

Después volvieron a casa y tomaron los sedales para adentrarse en el cauce del Urbeltza. Las truchas abundaban y no eran difíciles de pescar. Solo era necesaria una buena dosis de paciencia y una pizca de suerte. Pero esta última no estaba de su lado.

Durante horas permanecieron de pie sobre las rocas que asomaban del agua, moviendo el sedal a un lado y otro para probar suerte. Los peces, que normalmente se dejaban ver fácilmente, no aparecieron en ningún momento.

—Hay demasiada corriente —apuntó Eneko avanzada la tarde—. No pescaremos nada.

—Quizás en la presa del molino —propuso Aitor.

Su padre ladeó la cabeza, pensativo.

—Sí —dijo finalmente—, seguro que allí hay alguna trucha.

Pero tampoco allí pescaron nada. Fermín dedicaba las horas muertas a pescar en la presa que alimentaba la antepara del molino y no quedaba en ella ni un solo pez.

—Ayer pesqué una bien grande —les explicó abriendo mucho los brazos—. Se la vendí a un carretero que iba hacia Azpeitia. Me pagó bien.

El golpeteo del agua en las aspas del molino le obligaba a levantar la voz para hacerse oír.

—Pareces preocupado, Eneko. ¿Va todo bien? —inquirió mientras se limpiaba la harina de las manos con un delantal lleno de agujeros.

—No del todo. No hemos conseguido vender apenas sidra y se nos acaba el dinero. Como no consigamos pescar, no sé qué vamos a comer.

Fermín observó largamente a su vecino antes de perderse por la pequeña puerta del molino.

—Pasad —invitó—. Estoy terminando de moler una saca de centeno.

El sonido de la muela hacía difícil entenderse en el interior. Olía a harina. Era un aroma penetrante y dulzón que lo impregnaba todo. Fermín abrió un regulador que dejaba caer el cereal almacenado en una tolva de madera. Un fino reguero de centeno comenzó a entrar por la boca de la muela. Un arcón de madera recogía la harina, que caía sin tamizar por una abertura situada a la altura de la muela inferior.

El molinero tomó un puñado de polvo blanco, lo observó de cerca, calibrándolo y lo devolvió a la caja con un gruñido de satisfacción. Después se giró hacia sus invitados, se limpió las manos en el delantal y apoyó una en el hombro de Eneko.

—Me gustaría poder ayudarte, darte harina... pero tampoco a mí me va muy bien. Todos estáis igual por culpa de la sidra. Si no se vende no hay dinero y si no hay dinero no compráis harina —Hizo una pausa para suspirar—. Ya sabes que yo vivo de lo que me

compráis vosotros. La gente trae su cereal a mi molino y yo a cambio me quedo con parte de la molienda, que luego vendo para conseguir un puñado de maravedís con los que poder comprar carne y otras vituallas con las que llenar mi despensa. Este año la tengo vacía. Mi familia está cansada de comer solo pan.

Eneko asintió. Aitor, a su lado, guardaba silencio y observaba entretenido el cereal que caía a la muela.

Fermín volvió a suspirar antes de abrir una portezuela lateral que comunicaba con un pequeño almacén.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dijo volviendo hacia Eneko con un pequeño cubo lleno hasta la mitad de harina—. Llévate esto y ya me lo pagarás cuando puedas.

Eneko se sonrojó.

—No puedo, Fermín. No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. Podrás hacer pan para una o dos semanas con esto. No quiero que mis vecinos se mueran de hambre. ¿De qué voy a vivir yo si no me compráis más harina?

Fue Aitor quien cogió el cubo.

—Gracias Fermín. Seguro que te lo podremos pagar pronto.

El pan duró exactamente diez días. Ni uno más. Si la pesca se les había dado mal, la caza no resultó mucho mejor. Por más trampas que pusieron, solo lograron cazar dos liebres y un pequeño zorro. La primera liebre se la comieron, lo mismo que el zorro; la segunda se la vendieron a unos peregrinos que se dirigían hacia Compostela. El

poco dinero que obtuvieron se lo entregaron a Fermín. Eneko no se sentía cómodo con la deuda y quería saldarla cuanto antes.

El hambre comenzaba a hacer mella. Arantza recogía hierbas comestibles junto a los caminos y Aitor pidió miel y huevos a Amaia, que tenía colmenas y un pequeño gallinero detrás del almacén de carbón. Lo hizo a escondidas porque Eneko se negaba a recurrir a los vecinos.

—Conseguiremos cazar, no os preocupéis —se defendía cada vez que Aitor le sugería que podían pedir prestado a algún vecino.

Pero las liebres no parecían dispuestas a caer en sus trampas y el hambre comenzó a minar la moral de la familia.

Un día, a la hora de cenar, sin nada que llevarse a la boca, Arantza les esperaba en la cocina. Aitor se sorprendió al ver el fuego apagado y las brasas retiradas a un lado del hogar.

—Siéntate —le pidió su madre—. Eneko, tú también.

Después se agachó y retiró una losa sobre la que habitualmente estaban las brasas ardientes. Un hueco quedó al descubierto, para asombro de los hombres de la casa. Con un lento movimiento, Arantza sacó de allí un saquito de tela que parecía pesar. Desató el nudo que lo cerraba y volcó su contenido en la mesa.

Eran monedas. Blancas, medias blancas, reales y monedas de vellón. Todas juntas, calculó Eneko a golpe de vista, sumaban más de cien maravedís, tal vez doscientos. No había visto una suma tan grande en su vida.

—Son los ahorros de Antton —explicó Arantza—. Los guarda aquí. Todo lo que obtiene de la venta de quesos lo mete en este escondrijo. Me dijo que si algún día lo necesitábamos, no dudáramos en utilizarlo.

Eneko negó con la cabeza.

—Son sus ahorros, ha tenido que vender muchos quesos y trabajar muchos años en la montaña para ahorrarlo. No podemos gastarlo.

—No lo malgastaremos —le interrumpió Arantza—. Tomaremos prestado lo que necesitemos y, para cuando él baje de la montaña, sus ahorros volverán a estar en su sitio. Creo que tu hijo te dio una buena idea hace unos días.

Eneko se mantuvo pensativo unos instantes.

—Está bien, compraremos vino —dijo finalmente.

Aitor miró a su padre con los ojos muy abiertos. Le costaba creer lo que acababa de oír. Estaba convencido de que había olvidado la conversación que habían tenido sobre el vino hacía poco más de una semana. Sin embargo, ahora parecía dispuesto a probar suerte.

—Sí. Iremos a Laguardia y compraremos vino para venderlo en las tabernas de la costa —insistió su padre al ver su expresión sorprendida.

Aitor le abrazó con fuerza.

—Padre, no te arrepentirás —aseguró.

8

UNA NUEVA VIDA

Verano de 1443

—¡Por los clavos de Cristo, pelead con rabia! —Alain de Oialde perdía la paciencia al comprobar la escasa formación bélica de sus nuevos milicianos, a los que entrenaba en un claro del robledal que rodeaba su casa-torre.

Con los brazos entumecidos tras horas de combate, Iñigo sujetaba a duras penas el pesado escudo con el que se protegía de las estocadas que intentaba asestarle su oponente con una recia espada de madera, similar a la que blandía él en su mano derecha. La lucha distaba mucho de poder considerarse como tal, pues ambos jóvenes habían sido arrebatados de sus hogares para engrosar las filas del pequeño ejército del señor del valle. Si el mayor de los Ibaiondo quería ser pastor, Tomás, tercer hijo de unos campesinos de la aldea, aspiraba a enrolarse como tripulante de algún barco pesquero. Sin embargo, Alain había diseñado para ellos otro futuro muy diferente; no estaba dispuesto a que los jóvenes en edad de luchar se desaprovecharan en tareas que nada aportarían a la gloria del linaje de los Oialde.

—¡Haréis que me arrepienta de contar con vosotros! —exclamó Alain contrariado. Conforme pasaban los días sin vislumbrar mejora alguna en la lucha de los dos muchachos, comenzaba a tener la sensación de que perdía el tiempo con ellos.

—Ojalá —murmuró Iñigo entre dientes, arrepintiéndose inmediatamente de haberlo hecho.

Con un siseo metálico, Alain desenvainó la espada que llevaba colgada del cinto y se lanzó contra el muchacho, al que derribó de un fuerte puntapié en el escudo.

—¡Repítelo! ¡Vamos, dilo de nuevo si eres hombre! —rugió apoyando la punta de la espada en la barbilla de Iñigo.

El gesto aterrorizado que se dibujó en el rostro del chico colmó de satisfacción al banderizo, que presionó ligeramente el arma hasta hacer brotar un hilo de sangre. Al verla, Alain de Oialde no pudo reprimir una erección.

—No, por favor. Dejadme vivir —musitó Iñigo con los ojos anegados en lágrimas.

A unos pasos de allí, Tomás observaba la escena horrorizado.

Alain no estaba dispuesto a dejar impune aquella afrenta. Aquellos muchachos debían aprender a respetarlo. Si ni siquiera sus milicianos lo hacían, ¿cómo pretender que el resto de banderizos o los propios vecinos de la aldea lo hicieran?

—Claro que vivirás —apuntó Alain acariciando con la punta de la espada el rostro de Iñigo—. ¡Pero no olvidarás que me debes respeto! —añadió sesgando con un rápido movimiento la oreja izquierda del joven.

Ahogando un grito, Iñigo se llevó la mano a la herida. A pesar de la abundante sangre que manaba del tajo abierto, comprobó que

solo le faltaba el lóbulo. El resto del pabellón auditivo aún estaba en su sitio.

—¿Quieres que te corte también la otra oreja para que estés más guapo? —se burló Alain con una taimada carcajada.

—¡No, mi señor! —lloriqueó Iñigo—. ¡Os lo ruego!

—Dejadlo, por favor —musitó Tomás sin atreverse a acercarse.

Alain se giró hacia el segundo joven, que parecía a punto de echar a correr.

«Están aterrorizados —se dijo orgulloso, guardando la espada ensangrentada en la vaina.»

Iñigo intentó incorporarse.

—¡Aún no! ¡Solo cuando yo lo ordene! —exclamó Alain propinándole una terrible patada en plena cara.

La cabeza del muchacho rebotó con fuerza en el suelo mientras un espeso torrente de sangre brotaba de su nariz rota. El herido perdió la consciencia y quedó desplomado sobre la hierba respirando dificultosamente.

—Ponlo de costado para que no se asfixie con su propia sangre —ordenó Alain girándose hacia Tomás—. Cuando se haya recuperado regresad a la torre.

—Como ordenéis, mi señor —obedeció el muchacho acercándose a su compañero.

Entre tanto, Alain de Oialde, orgulloso de la lección que acababa de enseñar a sus dos nuevos milicianos, emprendió el camino de vuelta. Apenas unos minutos separaban aquel claro de su casa-torre,

pero los pinchazos que le infligía su cadera a cada paso que daba le obligaron a morderse el labio inferior para soportar el dolor. ¿Cuándo aprendería que no podía ir por la vida dando puntapiés? Cada vez que lo hacía, su lesión se resentía y su cojera se agravaba para recordarle el triste acontecimiento por el que estaba condenado a sufrirla durante toda su vida.

Nunca le había perdonado a su madre aquel suceso y se carcomía porque nunca había podido echárselo en cara. La mujer no le había dado oportunidad de hacerlo al morir aplastada por el caballo en el mismo accidente que dejó lisiado al pequeño Alain cuando solo contaba ocho años.

«Si me hubiera hecho caso y no se hubiera empeñado en viajar los dos en el mismo caballo, hoy no estaría cojo. Maldita torpe —se dijo como cada vez que lo recordaba.»

Apenas había comenzado a subir los peldaños que llevaban a la puerta principal de su casa-torre cuando uno de sus milicianos se le acercó corriendo.

—Señor —saludó humillando ligeramente la cabeza—. El prisionero está al límite.

Alain lo miró extrañado. ¿De quién hablaba? No creía haber hecho ningún prisionero.

—Ah, sí. El ferrón al que descubrimos robando —recordó por fin.

—Está muy mal. Tal como ordenasteis no lo hemos sacado de la mazmorra y solo le hemos dado agua. El muy desdichado ha perdido

el norte y ha empezado a comerse los dedos.

Alain sonrió para sus adentros al imaginar la patética escena.

—Soltadlo. No creo que se le vuelva a ocurrir robarme el hierro. Y no le permitáis comerse más dedos, que los necesitará cuando vuelva al trabajo.

—De acuerdo, señor.

—Espera, no te retires —ordenó Alain desde lo alto de la escalera —. Asegúrate de que lo vean los vecinos del valle antes de devolverlo a su puesto en las ferrerías. Que sepan lo que le espera a quien ose robarme.

—Cómo ordenéis, señor —murmuró el miliciano agachando la cabeza para despedirse.

Alain observó como se encaminaba a la mazmorra antes de girarse hacia el patio de armas, donde se entrenaban el resto de sus soldados. A pesar de que lo llamaban así, como si el solar de Oialde fuera un auténtico castillo, no era más que una pequeña explanada que se extendía en la parte trasera de la casa-torre. Una decena de hombres luchaban cuerpo a cuerpo con espadas de acero. La lucha era tan real que, en ocasiones, alguno resultaba herido, pero las cotas de malla les protegían sus partes vitales, por lo que los daños no acostumbraban a ser de gravedad. Entre todos ellos sobresalía por su fuerza y su ímpetu un sanguinario malhechor por cuya liberación el señor de Oialde había pagado un buen puñado de maravedís. Había sido un dinero bien gastado, pues Alain no había conocido jamás a nadie que valorara tan poco la vida ajena como aquel monstruo de rostro desfigurado.

—Está loco —apuntó una voz junto a él.

Alain no necesitó girarse para saber que era Pablo. Nadie más en la casa fuerte hedía a sidra tanto como su hermano.

—Más locos como él necesitaría —replicó sin apartar la vista de los mandobles que repartía el miliciano de la cicatriz.

Su hermano se encogió de hombros.

—¿Vienes a comer? —inquirió el cura entrando en la torre.

Alain le dedicó una mirada glacial.

—Eres tú quien viene a comer a mi casa. Recuerda que nadie me obliga a seguir manteniéndote en una torre que es mía mientras juegas a ser cura en una iglesia que casualmente también me pertenece —espetó Alain escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Padre quiso que fuera así —se defendió Pablo.

Alain escupió al suelo antes de contestar.

—¿Dónde está padre ahora? ¿Acaso no se lo comieron los gusanos? —inquirió sujetando a su hermano por la sotana—. Ahora el señor de Oialde soy yo. Nadie más que yo decidirá quién vive en esta casa y quién no. De modo que si no quieres acabar en unas galeras, más te vale no contrariarme y besar por donde piso. ¿Entendido?

El cura intentó infructuosamente zafarse de él. Sus ojos mostraban una mezcla entre el odio y el terror que a Alain le resultó embriagadora.

—Por supuesto, hermano —admitió Pablo finalmente.

Crecido por el servilismo de su hermano, Alain decidió continuar con sus reproches.

—Deberías darme las gracias cada día por la vida que llevas. Mientras yo lucho por mantener la gloria de nuestro linaje, tú no haces otra cosa que comer, beber y acostarte con rameras. ¿Te parece acaso que padre estaría orgulloso de ti? —Hizo una pausa para dar tiempo a Pablo a negar con la cabeza—. Por supuesto que no. De modo que no se te ocurra volver a mentarlo bajo este techo.

—Como desees —apuntó su hermano.

El delicioso aroma de un guiso de ternera con castañas hizo a Alain olvidar la discusión. Tanto paseo por el bosque con sus nuevos milicianos le había abierto el apetito.

—Venga, vamos a comer —le propuso al cura, que asintió complacido.

—Alain, tengo novedades. —Mikel, que ocupaba un diminuto despacho en la planta baja de la casa-torre, se había acercado al oírlos entrar.

El señor de Oialde se fijó en él con desgana. Lo último que le apetecía en ese momento era ver las pústulas supurantes de su administrador.

—Tú dirás —espetó en tono poco amigable.

—Se trata del hierro —comenzó a explicar—. Por más que me esfuerzo en que tus minas sean más productivas, tus ferrerías de viento resultan demasiado lentas y forman un embudo que ralentiza el proceso.

—¿Y no puedes construir más ferrerías? Así podrás refinar más metal —apuntó Alain, cansado de volver una vez más al mismo tema de siempre.

—De eso mismo quería hablarte —anunció Mikel desplegando un pergamino con extraños dibujos y diagramas—. He aquí la solución que revolucionará tus minas y te convertirá en el pariente mayor más temido del entorno.

9

RUTA DEL VINO

Otoño de 1443

Los bueyes avanzaban deprisa tirando de un carro vacío. Eneko había calculado que tardarían más de una semana hasta Laguardia, pero solo llevaban tres días de viaje y ya habían atravesado las montañas de Léniz. La venta en la que habían dormido la última noche era la mejor que habían pisado desde que habían emprendido la ruta. Las dos anteriores, situadas junto a caminos poco transitados, habían resultado demasiado precarias. Tanto que en la segunda de ellas Aitor se había levantado del catre lleno de picaduras de chinches. En la última, sin embargo, emplazada en el camino real que unía el puerto de Deba con Vitoria, les habían ofrecido un baño nada más llegar. Eneko sospechaba que lo habían hecho a la vista de los granos de su hijo, con la pretensión de evitar que las chinches se extendieran por el establecimiento. Poco importaba el motivo pues estaban deseando quitarse de encima la mugre de las anteriores posadas.

—¿Tienes hambre? —preguntó Eneko señalando un saco de esparto en el que llevaban manzanas y un par de quesos.

—No, creo que no quiero comer nada hasta la hora de dormir —contestó Aitor con una mueca que provocó una carcajada de su padre.

Era hora de comer y llevaban sin detenerse desde el amanecer, pero el desayuno aún pesaba en sus estómagos. Por la mañana, la

oronda y risueña cocinera de la venta les había preparado un potente desayuno a base de pastel de castañas, pasas, huevos y queso. A la hora de pagar, a Eneko le había parecido caro, pero conforme pasaban las horas sin que el hambre hiciera acto de presencia, reconocía que el precio era justo, pues les ahorraría la comida del mediodía.

Las inabarcables llanuras de cereal que se extendían al sur de las montañas de Léniz facilitaban el avance del carro, pero la monotonía del paisaje se hacía pesada. Aitor tenía la sensación de que llevaban horas sin avanzar. A alimentar esta percepción contribuía, y no poco, la falta de arbolado, pues los bosques autóctonos habían sido diezmados para ganar superficie de cultivo. Cuando divisaban una encina que parecía cercana, el tiempo que tardaban hasta ella se hacía tan eterno que cuando llegaban a su sombra, habían olvidado que la habían tomado como referencia del avance. Sin embargo, la cercanía de Vitoria se hacía notar. El camino real era un hervidero de viajeros. Se encontraron con frailes mendicantes, con sus cuencos colgados de los cordeles que llevaban al cuello. Un joven aristócrata pasó al galope, escoltado por varios milicianos. Más tarde, tuvieron incluso que detenerse y apartarse del camino empedrado para permitir el paso de una larga caravana de carros de bueyes que avanzaba parsimoniosa hacia el norte con un cargamento de lana y cereales.

—¿Adónde vais con un carro vacío? ¿Acaso os han robado la carga en el paso de Arlaban? —se burló de ellos un porquerizo que guiaba a sus cerdos en la misma dirección que ellos.

—No, vamos a por vino —contestó Aitor sin percatarse de su tono burlón.

Eneko pensó que deberían tener cuidado a la vuelta. Ya eran varios los viajeros y posaderos que les habían alertado sobre el paso de Arlaban, el transitado camino que atravesaba las montañas de Léniz. Al cruzar el puerto no habían visto a nadie sospechoso, pero al parecer era un auténtico nido de víboras donde abundaban los bandidos. Tendrían que tenerlo en cuenta durante el regreso, pues los toneles de vino podían resultar especialmente apetecibles para los ladrones.

El día comenzaba a declinar cuando llegaron bajo un promontorio sobre el que se alzaba un torreón circular de aspecto desafiante.

—¿Quién vive allí? —preguntó Aitor señalándolo.

Su padre se encogió de hombros.

—El señor de estas tierras, supongo.

Una anciana que marchaba junto a ellos en burro se giró hacia el chico y se llevó un dedo a los labios. Después aproximó su montura al carro y le habló en voz baja.

—Es el torreón de los Guevara. Desde allí vigilan todas estas tierras y el camino real, pero los señores no viven allí arriba, sino en la casa de cuatro torres que podéis ver en la base del monte.

Después, sin perder su aire misterioso, azuzó al borrico y continuó su camino.

Eneko contempló el edificio con aprensión. Poco sabía él de los conflictos de los señores, pero había oído hablar de los Guevara y

creía recordar que eran unos de los parientes mayores que luchaban con su señor. Lo que no sabía era si se trataba de aliados o enemigos del señor de Oialde, en cuyas filas combatía Iñigo. Se estremeció al pensar que desde aquella siniestra torre le podía estar vigilando su hijo mayor o, peor aún, alguno de los mercenarios del bando contrario.

Comenzaban a alejarse del torreón cuando se encontraron con una barrera que cortaba el paso. Varios milicianos del señor de Guevara, cortaban el camino. Aitor se sorprendió al ver que los mercaderes que les precedían pagaban unas monedas para continuar.

—¿Por qué pagan? —preguntó.

—Es un pontazgo. Los señores construyen los puentes del camino real a su paso por sus tierras pero a cambio piden a los viajeros una cantidad de dinero por atravesarlos.

—¡Pero es un camino! ¡Es de todos! —protestó Aitor.

Su tono airado y sus palabras resonaron con fuerza. Uno de los milicianos le dirigió una mirada amenazante antes de seguir cobrando a otros viajeros.

—Calla o nos meteremos en problemas —le siseó Eneko, agarrándolo del brazo.

Aitor torció el gesto pero no volvió a abrir la boca.

Cuando llegó su turno, el soldado les preguntó si tenían algún problema.

—Ninguno, señor —contestó Eneko.

—¿Y tú, chaval? —le inquirió a Aitor.

Eneko se apresuró en contestar.

—Tampoco, señor.

—¡Calla! —ordenó el soldado con ademán autoritario—. ¡No te he preguntado a ti, le he preguntado al muchacho!

El padre asintió y respiró profundamente, temiendo la réplica de Aitor. Este alzó la vista hacia el miliciano y apenas pudo ver su silueta a través del velo de lágrimas de rabia e impotencia que cubrían sus ojos.

—Ninguno, señor —dijo por fin, copiando las palabras de su padre.

—Así me gusta —sentenció el soldado—. Podéis continuar.

Poco después de pasar el puente sobre el Zadorra, las murallas de Vitoria se dibujaron en la lejanía. Tenían previsto llegar allí a media tarde, pero una vez más, Eneko había calculado mal el tiempo y se les estaba echando encima la noche. Temía que les cerraran las puertas de las murallas antes de poder llegar, lo que supondría un grave problema, pues tendrían que pasar la noche al raso.

—¿Llegaremos? —inquirió Aitor, que abría la boca por primera vez desde el percance del puente.

—Claro que sí, no te preocupes —contestó Eneko intentando ocultar sus propias dudas.

Los tañidos de una campana resonaron a lo lejos. Era la señal de que se acercaba la hora del cierre de las puertas. Se avisaba así a los viajeros y campesinos que trabajaban las tierras de alrededor de

que tenían que dejar la faena y regresar intramuros si no querían quedar fuera con la llegada de la noche.

El segundo aviso, más largo que el anterior, no tardó en sonar. La noche era casi cerrada, pero un fuego encendido en lo alto de la torre de la catedral servía de orientación a los viajeros más rezagados. El camino, más ancho conforme más se acercaban a las puertas, era además fácil de seguir pese a la oscuridad reinante. El nerviosismo comenzaba a apoderarse de los arrieros, que azuzaban a sus bueyes desesperados por no pasar la noche fuera de los muros. Quienes viajaban a caballo lo tenían más fácil, pues hacían galopar sus monturas, pero los bueyes no eran animales preparados para correr, sino para arrastrar pesadas cargas a ritmo pausado.

—¿Y qué pasa si tenemos que dormir fuera de las puertas? —quiso saber Aitor.

Eneko gruñó disgustado ante la idea.

—Mejor que no tengamos que hacerlo. Los bandidos aprovechan la falta de protección para asaltar a quienes duermen al raso. Tendríamos que quedarnos toda la noche en vela para evitar que nos robasen.

El gran portón que se abría en las murallas de Vitoria apareció por fin al final de una interminable recta. Eneko se dijo que no las tenían todas consigo, pero puso a los animales casi al trote con la intención de conseguirlo. Desgraciadamente, un carro cargado de carbón, que avanzaba a paso lento, se interpuso en su camino.

—¡Déjanos pasar! —pidió Eneko a gritos.

El otro no se dio por enterado y siguió con su marcha lenta por el centro del camino. Dos arrieros más les alcanzaron por detrás y comenzaron a gritar, presas del nerviosismo. Pero el conductor del primer carro parecía decidido a obligarles a avanzar a su ritmo.

La temida tercera tanda de campanadas, que anunciaba el cierre inmediato de las puertas, comenzó a sonar cuando aún estaban a media recta. Los arrieros, cada vez más nerviosos, se gritaban unos a otros, intentando adelantar posiciones. Los insultos y las amenazas volaban de un carro a otro y la trifulca arreció cuando el tañido de las campanas dio paso a un sepulcral silencio. Eneko, que intentaba no participar en la gresca a no ser que le increparan a él directamente, vio desanimado como la puerta comenzaba a cerrarse. Iban a tener que dormir al raso y, para colmo, los arrieros estaban tan indignados que la discusión podía acabar en una pelea.

—¿No hay ninguna venta fuera de las murallas? —preguntó Aitor mientras su padre luchaba por adelantar al carro lento.

—No hay ni ventas ni posadas. Todas están intramuros, el negocio está en la ciudad, el bosque que la rodea es para los bandidos y los malhechores.

La luz de los faroles se colaba por la única de las dos hojas de la puerta que permanecía abierta. El exterior, sin embargo, aparecía sumido en una total negrura. Al menos, pensó Eneko, serían varios arrieros quienes dormirían fuera, lo que les brindaría cierta protección.

—¡Ganapán!

—¡Apártate maldito puerco!

Los insultos que proferían los conductores de otros carros le desanimaron. Tal vez el problema estaría más en las peleas entre arrieros que en los saqueadores.

—¡Padre, nos esperan! —La animada voz de Aitor le hizo abandonar sus pensamientos y fijarse en el gran portón, ya a tiro de piedra.

Era cierto. La puerta aparecía entreabierta y junto a ella se movían dos antorchas. A medida que se acercaban, tomaron forma dos guardias que escrutaban la oscuridad, sosteniendo en su mano sendas teas encendidas.

Les estaban esperando.

Eneko respiró aliviado. Debían de haber oído la trifulca y habían decidido esperar antes de cerrar el portón. Quizás eran esas las pretensiones del conductor que los precedía, sabedor de que su única manera de poder entrar en la villa era que retrasaran el cierre, pues a su ritmo no tenía posibilidades de llegar antes.

—Que Dios os lo pague —agradeció Eneko a los porteros al entrar en la villa.

—¿Dios? Eres tú quien nos va a pagar —espetó uno de ellos, lo que provocó las carcajadas del otro.

Eneko se sonrojó ante las burlas mientras sacaba la bolsa del dinero y les daba unas monedas. No eran pocas las villas que cobraban por entrar. El precio en días comunes no era alto, pero podía multiplicarse en días de mercado.

Tras las formalidades, avanzaron con el carro por la calle principal. Muchas de las posadas de Vitoria se arracimaban allí, en los alrededores de la puerta de Bilbao. Las restantes estaban junto al acceso a la villa por el camino de Laguardia.

—¿Qué te parece aquí? —inquirió Eneko ante una casa de dos plantas en cuya entrada un rótulo mostraba un orondo barbudo devorando el contenido de un plato humeante.

Aitor asintió. Poco le importaba dónde dormir mientras no tuviera que volver a enfrentarse con las chinches.

Su padre se perdió por el vano de la puerta, pero no tardó en salir con gesto decepcionado.

—No hay sitio —explicó—. Está ocupada por una caravana de lana.

Las caravanas, formadas al menos por una decena de carros con sus arrieros, dejaban las posadas donde se alojaban sin camas libres ni espacio en el comedor. De haberse cruzado con ella en una venta apartada del camino, habrían tenido que dormir al raso; por suerte, en Vitoria podrían encontrar cobijo en otro lugar.

La siguiente en la que probaron era El Pato Azul, cuya silueta aparecía dibujada en la desgastada puerta de madera de un pequeño edificio de ladrillo, en mitad de una hilera de tugurios similares. Eneko llamó a la puerta y un mozo de cuadra se apresuró a abrirla.

Era un espacio más amplio de lo que parecía desde fuera. La sala principal, repleta de mesas, se prolongaba a izquierda y derecha por los edificios colindantes. Lo que desde fuera parecían varias

construcciones separadas, era en realidad una gran estancia alargada.

Esta vez hubo suerte, la mitad de las alcobas estaban libres y el resto estaban ocupadas por mercaderes como ellos.

—Tú lleva el carro a la cuadra y asegúrate de que ponen forraje a los bueyes —dispuso Eneko—. Yo voy a pedir que nos preparen algo para cenar.

El establo ocupaba todo un lateral del edificio y era tan ancho que cabían cuatro carros uno junto al otro. Dos mozos de cuadra limpiaban a los animales y extendían paja seca por el suelo. Al ver entrar a Aitor, uno de ellos se hizo cargo de sus animales. Los colocó en una esquina recién aseada donde había dispuesto abundante heno para que pudieran recuperar fuerzas y comenzó a cepillarles el barro que llevaban enganchado a las patas. Antes de abandonar satisfecho el lugar, Aitor echó un rápido vistazo al resto de carros. Había quienes transportaban lana, cereal, manzanas y carbón. Pero el que más llamó su atención fue uno cargado de toneles.

—¿Qué hay en estos barriles? —sonsacó al mozo encargado de sus bueyes.

—Vino.

Lo había imaginado. Su curiosidad fue en aumento.

—¿De Laguardia? —inquirió.

—Claro —contestó el otro sin levantar la mirada del cepillo—. El vino es siempre de Laguardia o de cerca de allí.

—¿Y cuántos días se tarda hasta allí?

—¿En carro? Tres o cuatro, pero cuentan que es un viaje peligroso, que hay muchos bosques y demasiados bandidos.

Aitor asintió. Era lo mismo que tenía oído, nada nuevo.

Eneko le esperaba sentado en un largo banco corrido. Ante él, en una mesa de madera ennegrecida por el paso de los años, había una fuente humeante con un asado de oveja. A Aitor se le hizo la boca agua. Hacía días que no comían carne, pues las cenas de las anteriores ventas habían consistido en poco más que queso, pan y nueces. Se relamió los labios, se remangó la chaqueta y tomó asiento junto a su padre.

—¿Al ataque? —preguntó este.

Aitor asintió y devoró con fruición su parte correspondiente. Era una deliciosa pata de oveja con la piel crujiente por el efecto de las brasas. La cocinera, que bromeaba en el otro extremo de la mesa con varios clientes a los que trataba con confianza, les había servido como guarnición un puré de manzana que suavizaba el fuerte gusto de la carne.

Con el estómago lleno, Aitor se dedicó a contemplar a los clientes de la acogedora taberna. Solo había cinco mesas, pero eran tan largas que en cada una de ellas podían comer al menos diez o doce personas. La que quedaba en medio estaba vacía y en la más alejada había cuatro viajeros que compartían un asado como el que les habían servido a ellos. Solo abrían la boca para masticar y apenas levantaban la vista de la mesa. Aitor pensó divertido que la misma imagen hambrienta la habían ofrecido su padre y él hacía unos minutos. Dirigió después la vista hacia los clientes que

compartían su misma mesa. Eran cinco hombres de mediana edad, unos vestidos con ropas de lana, otros con prendas de piel curtida y uno con una pesada capa. Las fuentes de comida estaban vacías y se dedicaban a beber vino que servían de una gran jarra de arcilla. La cocinera se había sentado junto a ellos y reía sin cesar de sus obscenos comentarios.

—Un brindis por Elisa, la mejor escultura que tiene esta ciudad —propuso el de la capa, alzando su vaso.

Los demás alzaron sus vasos y los entrechocaron. Elisa rió complacida. Era una jovencita menuda, de tez morena y cabellos muy negros. A sus quince años acababa de descubrir el efecto que provocaba en los hombres. Le encantaba la sensación de que podía conseguir de ellos cualquier cosa con solo lanzarles una mirada pícara o colocarse un escote generoso.

El posadero, padre de la joven, decidió que ya era suficiente y le hizo un gesto para que volviera a la cocina. Ella obedeció sin replicar, pero los clientes no querían perder de vista sus generosas curvas.

—Manuel no seas así. Deja venir a la chica, que no hace ningún mal —protestó uno de ellos.

El posadero negó con la cabeza al tiempo que intentaba quitarle hierro al asunto:

—Ya sé que vosotros la respetáis y no me importa que os acompañe, pero tiene que preparar la comida de mañana —mintió.

Lejos de darse por vencido, el de la capa insistió.

—¿Dónde va a estar mejor cuidada que con nosotros? —comentó al tiempo que realizaba gestos obscenos aprovechando que Manuel miraba hacia otro lado.

Sus compañeros de mesa rieron la ocurrencia. El posadero, al oír la carcajada, se giró hacia el de la capa y le dirigió una mirada gélida que indicaba que había acabado el tiempo de las bromas.

—O te olvidas de Elisa o no te volveré a comprar vino, por mucho que digas que es el mejor —sentenció.

—Perdona Manuel, de verdad que no quería ofenderte —se apresuró a disculparse el otro.

Eneko, que hasta entonces no había prestado atención a la discusión, observaba ahora al de la capa con interés. Al parecer era comerciante de vino. Aitor le explicó que había visto su carro en la cuadra y que venía de Laguardia cargado con toneles.

—¿Estás seguro? —inquirió su padre.

Aitor asintió, lo había visto con sus propios ojos y el mozo de cuadra se lo había confirmado.

Eneko decidió que quería hablar con aquel hombre. Hasta entonces no había conocido a ningún mercader de vino y no sabía qué podía esperarle en Laguardia. ¿Cómo se negociaba?, ¿cuánto costaba cada tonel?, ¿había estafadores?... Decididamente, una conversación con el tipo de la capa podía resultar muy interesante.

Estaba dándole vueltas al modo de abordarle, cuando el comerciante y sus cuatro amigos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta que conducía a las habitaciones, situadas en el piso

superior. Creyó que había perdido la oportunidad, pero al pasar a su lado, el de la capa, que parecía no tener ganas aún de retirarse, les dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Y vosotros quiénes sois? Es la primera vez que os veo por esta posada.

Eneko asintió. No había decidido aún cómo sonsacarle la información que le interesaba, así que optó por ser sincero.

—Vamos a Laguardia a por vino —dijo poco convencido.

El otro, cuyas marcadas arrugas delataban una larga vida de horas a la intemperie, lo miró sorprendido.

—¿Eres mercader de vino?

Eneko no sabía qué contestar. ¿Acaso lo era? No se lo había planteado.

—Aún no —contestó por fin—. Quiero serlo y por eso vamos a Laguardia.

A medida que su padre hablaba, Aitor asentía, corroborando sus palabras.

—¿Y dónde piensas venderlo? —inquirió el de la capa.

—Entre Getaria y Zumaia. Vivimos allí.

El vendedor de vino arrugó la frente y, por primera vez, sonrió.

—¡Manuel! —Llamó al posadero, que apareció por la puerta de la cocina—. Sírvenos una jarra de mi vino.

—Del mío querrás decir, te recuerdo que te lo pagué la semana pasada —se burló el tabernero mientras les colocaba la jarra y tres

vasos en la mesa.

El comerciante llenó dos de los vasos. El tercero lo mezcló con agua y se lo entregó a Aitor.

—Probadlo.

Eneko no entendía de vino, pero le pareció bueno. No era avinagrado, como el que servían en las tabernas de Getaria, ni ácido como la sidra que él mismo elaboraba. Aitor, en cambio, nunca lo había probado y torció el gesto al degustar su sabor, fuerte a pesar de estar aguado.

—Es bueno, ¿verdad? Perdonad que no me haya presentado. Soy Fulgencio. Llevo toda la vida vendiendo vino. No cualquier vino, el mejor. Lo compro en Laguardia y lo vendo en Bilbao. Las tabernas del puerto me lo quitan de las manos. Bueno..., y Manuel también —añadió señalando jocosamente al posadero.

—¿Hay muchos productores en Laguardia? —inquirió Eneko.

—Demasiados y no todos buenos —Fulgencio alzó la mano para impedir nuevas preguntas, quería ser él quien llevara la batuta—. Dime, ¿por qué quieres ir a Laguardia? Yo podría proveerte de buen vino. ¿Cuántos barriles quieres comprar?

—Cuatro.

—¿Solo cuatro? Yo nunca compro menos de doce. Para eso no te merece la pena ir tan lejos.

—No tenemos dinero para más —explicó Eneko—. ¿Cuánto cuesta un tonel?

—Depende de muchas cosas. Es difícil dar con productores honrados, que hagan vino de calidad y a buen precio. A mí me ha costado años dar con un buen proveedor —El mercader se detuvo un momento antes de seguir—. Por ser tú, podría dejártelo a cincuenta maravedís por barril.

Eneko sacudió la cabeza. No podían permitirse ese precio, pues solo disponían de ciento cincuenta maravedís y habían gastado casi diez en el viaje hasta Vitoria. Y aún debían regresar.

—No puedo hacerlo. Si te comprara el vino a ti no me alcanzaría ni para tres toneles. En cambio, si lo compro en Laguardia espero adquirir cuatro —explicó.

Fulgencio no iba a rendirse tan fácilmente.

—El viaje es muy peligroso. El paso del puerto del Toro es complicado, los encuentros con los bandidos son demasiado frecuentes. Piénsatelo dos veces, porque allí ni el rey ni los señores de la zona defienden a los viajeros.

—Padre, hemos atravesado Arlaban sin problemas, ¿no crees que podremos pasar también el Toro? —apuntó Aitor al ver que su padre dudaba.

Eneko dudó unos instantes pero la determinación de su hijo y la necesidad de comprar la mayor cantidad posible de vino le hicieron decantarse.

—Viajaremos a Laguardia —decidió.

—En ese caso, no atraveséis el puerto del Toro sin la compañía de otros viajeros —advirtió Fulgencio poniéndose en pie para

retirarse.

—Espera —pidió Eneko—. ¿A qué bodeguero nos recomiendas que le compremos el vino?

Fulgencio le observó con gesto condescendiente. Después soltó una risita maliciosa.

—¡A ti te lo voy a decir! —espetó antes de girarse hacia el posadero—. ¡Manuel, si tu hija está aburrida puedes mandarla a mi alcoba, que le enseñaré a divertirse! —exclamó antes de perderse escaleras arriba.

El interpelado dejó a un lado la escoba y se acercó hasta la mesa que ocupaban Aitor y su padre.

—Estoy harto de él. Siempre a vueltas con mi Elisa —protestó sentándose junto a ellos—. Os he oído lo del vino. No hace mucho, un día que Fulgencio estaba borracho como una cuba, le oí explicar que se lo compraba a un tipo conocido como el Barbas. No sé si con eso será suficiente para encontrarlo, pero espero que os sirva —añadió bajando la voz.

Eneko cruzó una mirada de satisfacción con su hijo. Si aquello era cierto, no necesitarían dar palos de ciego una vez llegados a Laguardia.

Por la mañana, después de un sueño reparador en colchón de lana, Aitor se sentía impaciente por continuar el viaje. Se encontraban a pocos días de realizar todo un sueño que podría convertirse en el sustento de la familia a partir de entonces. El temido cruce de las

montañas de Toloño se le antojaba ahora como una aventura, un último reto a superar antes de poder cumplirlo.

Avanzaban a duras penas por la calle Zapatería. A pesar de que no hacía mucho que había amanecido, la ciudad se había despertado. Los comerciantes habían abierto las puertas de sus negocios y un continuo ir y venir de mulos cargados hasta los topes portaban mercancías aquí y allá.

—¡Agua va!

El grito, que llegó de una de las ventanas de los pisos superiores, tuvo un efecto inmediato; todos se hicieron a un lado, dejando el centro de la calle libre. Un fétido chorro de aguas fecales cayó en medio de la rúa. Aitor observó que el suelo estaba dispuesto en pendiente hacia el centro de la calzada, de modo que las aguas sucias formaban allí una especie de arroyo de desechos.

Unos pasos más allá, encontraron el cantón de San Roque, donde estaban establecidos los vendedores de vino. Los almacenes, situados en la planta baja de casas de dos pisos, estaban repletos de barriles ordenados. En la calle, obstaculizando el paso, varios arrieros descargaban nuevos toneles, seguramente recién llegados de las bodegas. Un comprador, vestido con las sucias ropas habituales de los carboneros, se llevaba dos barricas a lomos de un burro. Otros negociaban el precio con los vendedores o probaban el vino antes de decidirse a comprarlo.

—¿Quieres catar mi vino? —ofreció a Eneko un mercader cuyo desaliñado bigote impedía ver sus labios.

Eneko dudó unos instantes, tentado de nuevo por la idea de no continuar rumbo al sur, pero finalmente negó con la cabeza y azuzó a los bueyes para seguir camino.

El barrio de los herreros fue el último que atravesaron antes de abandonar la ciudad. El martilleo constante y el humo procedente de las forjas que flotaba en la calle lo delataban. No obstante, había un tufo que se mezclaba con el aroma del hierro fundido.

—¿A qué huele? —preguntó Aitor a su padre.

Eneko se encogió de hombros, pero dibujó en su rostro una mueca de asco que daba a entender que él también lo sentía.

Un herrero, que dibujaba con un diminuto martillo una cenefa en una bandeja de bronce, les disipó la incógnita.

—Es la maldita curtiduría. Está ahí mismo —señaló hacia un muro de adobe cercano—. Algún día nos matará con su hedor.

—Tendrían que sacarla fuera de las murallas —se quejó una voz desde dentro del taller.

Otras voces se fueron uniendo y el rítmico sonido de los martillos quedó de pronto ahogado por las quejas y los lamentos.

El mal olor fue en aumento a medida que se acercaban a la salida de la ciudad. Era realmente insoportable, pero a diferencia de los herreros, Aitor y su padre solo tuvieron que sufrirlo unos minutos. Después la puerta de Laguardia los escupió al exterior de las murallas. Una ordenada fila de carros, cargados con vino, lana y cereal, esperaban su turno para pagar el portazgo que les abriría el

paso hacia el casco urbano. La salida, en cambio, no estaba gravada con ningún impuesto, por lo que el paso hacia el sur era fluido.

—¿Cuándo llegaremos al puerto del Toro? —inquirió Aitor una vez hubieron dejado atrás Vitoria.

Eneko hizo un rápido cálculo mental antes de contestar.

—No deberíamos tardar más de tres días. Y el cuarto tendríamos que estar en Laguardia. Aunque, con suerte, podría ser una jornada menos de viaje. No sé, ya lo veremos.

Aitor permaneció pensativo unos instantes sin atreverse a formular su siguiente pregunta.

—¿Tienes miedo? —inquirió finalmente.

Su padre negó con la cabeza.

—¿Miedo? ¿Por el paso del Toro? Claro que no. ¿No pasamos Arlaban sin problemas? —contestó con voz firme.

Estaba mintiendo. El puerto le preocupaba especialmente porque llevaban el carro vacío, lo cual era aún más peligroso que llevarlo cargado, pues los bandidos sabían que los arrieros que no portaban carga se dirigían a comprarla con la bolsa del dinero bien llena. Sin embargo, el miedo no era tan atroz como para no permitirle pensar, de modo que había decidido hacer noche en alguna posada al pie del puerto y unirse a otros viajeros antes de comenzar la ascensión. Así sería más difícil que les asaltaran.

Aitor se dio por satisfecho con la respuesta y no continuó con su interrogatorio. El silencio, roto tan solo por las rítmicas pisadas de

los bueyes, se adueñó del camino conforme se internaban entre las onduladas colinas que caracterizaban el paisaje al sur de Vitoria.

Dos días después el sol tardó en aparecer. Habían dormido en la taberna El Toro, una sencilla posada situada al pie de la sierra de Toloño. Las montañas, que se extendían de lado a lado del horizonte como una infranqueable muralla rocosa, no permitieron que los rayos de sol se asomaran hasta que el astro rey estuvo bien arriba en el cielo. Los viajeros esperaban ansiosos su salida, pues la niebla cubría la sierra, haciendo el paso aún más peligroso. Tal como habían previsto, el sol no tardó en disipar el algodonado manto blanco, del que no quedaron más que unos jirones que se aferraron a los rincones más sombríos de la montaña. Solo entonces, los arrieros se dispusieron a comenzar el temido ascenso. Eneko y Aitor se habían unido a una caravana formada por cuatro carros y ocho burros cargados con carbón procedente de los bosques cercanos. Matías, un hombre gruñón, tan delgado que parecía enfermo pero enérgico a la hora de dar órdenes, era quien dirigía la expedición.

—Si queréis podéis uniros a nosotros, más os vale acarrear algunas de nuestras sacas de carbón en vuestro carro. Así los bandidos os tomarán por uno más y creedme que el carbón no les interesa mucho —les había dicho.

Pese a tener el carro cargado de sacos, Eneko no se sentía del todo seguro, por lo que distribuyó las monedas por diferentes lugares. Introdujo una cuarta parte en un zapato, otro tanto bajo el

cojín sobre el que se sentaba y las restantes fueron a parar a un saco de carbón.

«Así —se dijo—, será difícil que en caso de un encuentro no deseado, los bandidos se lleven todo nuestro dinero.»

—Padre, ya nos vamos —exclamó Aitor al ver que los otros carros comenzaban a moverse.

—Vamos allá —exclamó Eneko animado, al tiempo que azuzaba a los bueyes.

Los burros abrían la marcha y los carros iban tras ellos, siendo el de Eneko el que cerraba la caravana.

El ascenso al temido puerto del Toro comenzó con pendientes suaves y sin que pareciera haber nadie al acecho. Enormes hayas y arbustos de boj rodeaban la senda, estrecha para los carros pero con buen firme, por lo que los bueyes avanzaban sin problemas. El desnivel no tardó en agudizarse para satisfacción de Eneko, pues así tardarían menos en llegar al alto.

Tras un largo trecho, la caravana se detuvo junto a una fuente.

—Estamos a mitad de camino —explicó Matías—. Descansaremos unos minutos y continuaremos la marcha. Enseguida saldremos del bosque para afrontar el último ascenso entre prados y rocas. Después solo nos quedará la bajada hacia Laguardia.

—¿Dónde acostumbran a atacar los bandidos? —inquirió Eneko.

Matías se encogió de hombros al tiempo que se llevaba un dedo a los labios pidiéndole silencio. Después se agachó junto a la fuente, juntó ambas manos, cogió agua y dio un trago.

—¡Está buenísima! —exclamó secándose la cara con la manga de la camisa.

A partir de la fuente, el firme no era tan seguro, pues continuos torrentes de agua cruzaban el camino, embarrándolo y complicando el avance de los carros. En una ocasión tuvieron incluso que saltar del pescante para colocar ramas bajo las ruedas para poder salvar una zona donde el lodo se había acumulado.

—Es por el deshielo —explicó Matías—. Hace unos días cayó en las cimas la primera nevada de la temporada. Al fundirse la nieve, la tierra queda empapada.

—¿Ocurre a menudo? —se interesó Eneko.

Matías asintió.

—Demasiado, pero en invierno es aún peor, pues la nieve llega a cerrar durante semanas el paso y no podemos vender nuestro carbón.

Mientras hablaban, una fina niebla se coló entre los árboles, creando una atmósfera irreal que a Aitor le recordaba a las historias de gentiles que contaba su tío Antton. Era inquietante, pero no suponía ningún peligro. Sin embargo, conforme siguieron ascendiendo, la niebla fue haciéndose más y más densa, hasta que apenas permitía divisar el carro de delante. Los troncos de las hayas trasmochas, con sus numerosas ramas alzándose como garras hacia el cielo, parecían fantasmales criaturas animadas.

—¡Padre! —exclamó Aitor señalando aterrorizado hacia lo alto.

Eneko forzó la vista, clavándola en el lugar al que miraba su hijo. Lo que vio lo dejó helado. Dos cráneos humanos pendían grotescamente de una rama. Parecía una señal, una advertencia. Intentó mantener la calma y azuzó a los bueyes para que continuaran, no podía faltar mucho para dejar atrás aquel bosque que empezaba a tomar un cariz siniestro. Al buscar con la vista el carro que llevaban delante, solo encontró el vacío. La senda, apenas visible, serpenteaba ante ellos, pero la caravana había desaparecido en la niebla. Un escalofrío dibujó una mueca desagradable en el rostro de Eneko. Su hijo, a su lado, se aferraba a su brazo con fuerza.

—¿Estamos perdidos? —le preguntó el muchacho.

—No hijo. La caravana debe de estar ahí mismo —dijo señalando hacia la senda—, pero la niebla no nos permite verla. Ya verás cómo no tardamos en salir del bosque.

—¿Y las calaveras?

Eneko volvió a sentir un escalofrío, pero se repuso para calmar a su hijo.

—No te preocupes. Pronto nos reiremos de todo en alguna taberna de Laguardia —murmuró.

Aún no había terminado la frase cuando los arbustos de boj que flanqueaban el camino se movieron bruscamente. Tres siluetas humanas se dibujaron en la niebla.

—¡Seremos nosotros quienes nos riamos! —exclamó uno de ellos, acercándose mientras los otros dos se colocaban tras él,

cortando el camino.

Su rostro, barbudo y desaliñado, estaba surcado de lado a lado por una fea cicatriz. Aitor pensó que podía tratarse del falso cardenal huido de Getaria, pero desechó rápidamente la idea porque este bandido aún contaba con ambos ojos. A pesar de su horrible aspecto, lo más amenazador era sin duda la afilada daga que portaba en su mano derecha.

—¿Qué nos traéis? —inquirió con una fea sonrisa en la que faltaban al menos la mitad de los dientes.

Eneko dudó unos segundos antes de atreverse a contestar.

—Solo llevamos carbón, no tenemos nada más.

—¿Qué nos traéis? —insistió, clavando esta vez la mirada en Aitor.

—Solo... —comenzó a responder Eneko.

—¡Calla! —le interrumpió el malhechor con un rápido movimiento del puñal, que pasó a escasos centímetros de su cara—. ¡Le he preguntado al mocoso!

Aitor se encogió de hombros. Sentía ganas de llorar de impotencia pero luchaba por no defraudar a su padre.

—¡Habla, niñato! ¡No saldréis vivos de este bosque si no nos dais hasta la última moneda!

—Solo llevamos carbón para un mercader de Laguardia; no tenemos dinero —se obligó a mentir.

El bandido pareció dudar unos instantes mientras estudiaba con la mirada al padre y al hijo. Observaba atentamente sus rostros, en

busca de alguna señal que indicara que mentían. Eneko se preguntó qué pasaría a continuación. Quizás los matarían para colgarlos de algún árbol y servir de amenaza para otros arrieros. Tras unos segundos que a Aitor le parecieron los más lentos de su vida, el malhechor se giró hacia los dos que permanecían tras él, cortando el camino, y les pidió que revisaran el carro en busca de algo que pudiera servirles. Él, entretanto, registró a los viajeros, pero la búsqueda fue menos exhaustiva de lo que Eneko se temió en un primer momento, pues se limitó a hacerlos saltar por si llevaban dinero escondido. Afortunadamente, los zapatos estaban bien ajustados y las monedas que había escondido a presión en uno de ellos no hicieron el menor ruido.

La inspección del carro tampoco dio resultados, pues solo retiraron parcialmente el cojín que cubría el pequeño tesoro que habían ocultado en el pescante.

El jefe acercó de nuevo la daga al rostro de Eneko, aproximándola peligrosamente a sus ojos.

—¡Escúchame bien! Si vuelves a pasar por aquí, aunque solo lleves carbón, no olvides traernos algún regalo. La vida en la montaña es dura y no tenemos ganas de perder el tiempo. ¿Me entiendes?

Eneko asintió.

El puñal se acercó aún más a su cara, acompañado por un gruñido del malhechor. Después este retiró el arma y les hizo un gesto para que continuaran.

Eneko azuzó a los bueyes para que arrancaran. Ya se alejaban cuando volvieron a oír la voz del bandido.

—¡Alto!

El hombre se acercó de nuevo al carro y ordenó a sus hombres que tomaran un saco de carbón.

—Hace frío aquí arriba —explicó—. Mejor carbón del bueno que madera mojada para calentarse.

Después estalló en una horrible carcajada a la que se unieron los otros dos.

—¡No lo olvidéis! —les gritó conforme reanudaban la marcha—. ¡No os volveré a perdonar la vida! ¡Quién pasa por nuestro camino, paga!

10

ENTRE VIÑEDOS

Otoño de 1443

Laguardia se alzaba sobre un cerro en medio de una llanura donde los viñedos destacaban entre los campos de cereal. El otoño había llegado y los jóvenes brotes de trigo y cebada cubrían las suaves colinas como una perfecta alfombra de color verde brillante. Entre ellas, aferradas a las tierras en pendiente, las viñas mostraban un mágico color que bailaba entre el dorado y el rojo. La puerta de las Carnicerías, una de las cuatro abiertas en la inexpugnable muralla que rodeaba la villa, se abría al final de una fuerte subida donde los bueyes mostraron signos de cansancio.

Junto a los dos guardias que custodiaban la entrada les esperaba Matías, que se había adelantado para pagar el peaje de la caravana.

—¡Animad esas caras, que podía haber sido peor!

Eneko esbozó una tímida sonrisa. Le estaba muy agradecido a aquel hombre que en ningún momento le había reprochado el robo del saco de carbón. Todo lo contrario, no hacía más que insuflarles ánimos por lo que ellos habían perdido. Y es que los sesenta maravedís que habían escondido en él daban para comprar muchas sacas de combustible.

—Ya he pagado yo el portazgo, el carbón es mío —le dijo Matías al ver que Eneko sacaba la bolsa con el poco dinero que le quedaba.

Eneko asintió. Decididamente, el hombre malhumorado que habían conocido al otro lado de la montaña se había convertido en una persona afable. Dejar atrás los peligros del puerto del Toro le había cambiado el estado de ánimo.

—Acompañadme a descargar el carbón y después os llevo hasta la bodega.

No tardaron en llegar, pues el gremio de los comerciantes de carbón tenía sus negocios en las propias murallas. De este modo se evitaba que en caso de incendio el fuego se propagase de manera incontrolada.

El almacén de Matías era una lóbrega sala abovedada que se abría en los gruesos muros. Allí se apilaban decenas de sacos de carbón a la espera de compradores. Aitor y Eneko reconocieron a algunos de los arrieros de la caravana, que ya habían descargado sus carros. Mientras hacían lo propio con el suyo, Matías les explicó que cada dos meses, con algo más de frecuencia cuando se aproximaba el invierno, viajaba al otro lado de la sierra en busca de carbón. En tierras de Laguardia no se encontraba y suponía un buen negocio.

Cuando vaciaron el carro, Matías se dirigió a los otros arrieros y les pagó sus servicios. Después subió al pescante junto a Aitor.

—Bien, ahora os acompañaré a la bodega —dijo tomando las riendas—. ¿Queréis que os lleve a la que hace el mejor vino de la zona?

Eneko dudó unos instantes.

—La verdad es que un amigo nos recomendó una —dijo finalmente.

Aitor asintió.

—¿Cuál? ¿Sabes su nombre? —Matías parecía contrariado.

—La bodega del Barbas.

El comerciante de carbón rompió a reír.

—Ya os lo decía yo, el mejor vino de Laguardia. ¡Vamos para allá!

La estrecha puerta estaba entreabierta, dejando ver los primeros peldaños de una oscura escalera descendente. Un sencillo rótulo de madera colgaba de la fachada de piedra del edificio, una casona de dos pisos situada en la calle principal de la villa. En él, el dibujo de un hombretón con una generosa barba no dejaba lugar a dudas.

Matías bajó del carro de un salto y se dirigió a la entrada.

—Vamos, venid —dijo al ver que los otros dos no le seguían.

Eneko y Aitor se unieron a él. El primer tramo de la bajada fue complicado, pues estaba completamente a oscuras.

—¡Hermano! —llamó de pronto Matías sin dejar de bajar.

Un resplandor procedente de la bodega iluminó los peldaños. Apenas quedaban cinco o seis para llegar abajo.

—¡Ya estás aquí, bribón! ¿Ha ido bien el viaje? —Una voz grave se acercó a la escalera.

Matías y el Barbas se fundieron en un abrazo. Tal como habían visto en el dibujo, una densa barba blanca le cubría gran parte de la

cara. Lo que la pintura no mostraba era que el hombre tenía una panza descomunal que tapaba con un sayo que más parecía el ropaje de algún monje que la vestimenta de un bodeguero.

—Pasad, pasad —pidió a los recién llegados.

La bodega era más grande de lo que su acceso permitía imaginar. Una larga hilera de barriles se estiraba a cada lado de la estancia. La tenue luz de una lámpara de aceite teñía de colores rojizos los ordenados sillares que cubrían las paredes y el techo, dispuestos a modo de bóveda. No era una sala alta, pues apenas se cabía de pie. Un penetrante olor a vino, humedad y madera vieja flotaba en el ambiente, embriagando los sentidos.

—¿Nunca habéis estado en una bodega? —preguntó el Barbas al ver que los desconocidos contemplaban ensimismados el lugar.

—De sidra sí, pero no en una subterránea como la tuya —contestó Eneko.

—Toda Laguardia está hueca por debajo. Es como un laberinto bajo tierra, pero un laberinto lleno de vino a rebosar. Mi bodega es grande, pero las hay mayores. Mirad, allí estamos trabajando para ampliarla —explicó señalando un extremo donde la pared no estaba cubierta por sillares y un pico apoyado delataba que estaban sacando tierra.

Matías comenzó a contar los pormenores del viaje.

—Yo no he tenido problemas, solo me han sisado un saco de carbón, pero a ellos les han robado sesenta maravedís —explicó.

El barbudo torció el gesto y negó con la cabeza.

—Malditos bandidos. Y maldito también el rey y los suyos, que no hacen nada por protegernos. Solo les preocupan nuestros impuestos.

La mirada de Aitor bailaba de un hombre al otro. Uno tan delgado y otro tan gordo...

—¿De verdad sois hermanos? —inquirió intrigado.

El Barbas estalló en una sonora carcajada, al tiempo que se palmeaba la barriga.

—De padre y madre. No sé cómo Matías pudo salir tan enclenque —se burló—. Yo creo que madre se equivocaba y me daba a mí de comer dos veces en lugar de alimentarle a él.

Esta vez rieron todos.

—No le hagáis caso, de jóvenes éramos igual de flacos. Su barriga la tiene desde que se dedica a esto del vino. Es la buena vida —se defendió Matías.

—Bueno, ya está bien. ¿Y a vosotros qué os trae por aquí? —interrumpió el Barbas, incómodo de que se metieran con su tripa.

—Son de la costa, productores de sidra que quieren comprar vino —apuntó su hermano.

—No se vende la sidra, ¿eh?

Eneko recordó como habían tenido que vaciar en el río el fruto de horas y horas de duro trabajo y se estremeció. En un intento por quitárselo de la cabeza, se obligó a pensar en lo que les había llevado hasta allí.

—¿A cuánto vendes cada tonel? —inquirió.

—A treinta maravedís —apuntó el Barbas—. ¿Cuántos toneles vacíos habéis traído?

—¿Toneles? Ninguno.

El rostro del bodeguero mostraba estupefacción.

—¿Venís a comprar vino sin barriles? ¿Dónde pensáis llevarlo?

Aitor sintió que un soplo de aire glacial le helaba las entrañas. Eneko se había quedado petrificado al saber que habían realizado el camino en balde. Al verlo, Matías decidió intervenir.

—¿No guardas algún barril viejo que les pueda servir y que te puedan traer de vuelta?

El Barbas permaneció pensativo unos segundos. Después se acercó a uno de los extremos de la bodega, donde había varios toneles apilados.

—Podéis llevaros estos de aquí. No los utilizo porque son demasiado pequeños para madurar el vino, pero os servirán. ¿Cuántos toneles caben en vuestro carro?

—Ocho. Para un viaje tan largo no podemos cargarlo más.

—Entonces llevaos cuatro y así cuando volváis con ellos vacíos podéis traer otros cuatro para llenarlos de vino. Pero si son de sidra limpiadlos bien, no sea que el vino se avinagre.

Eneko apretó con rabia los labios antes de contestar.

—No podemos llevarnos cuatro. Teníamos dinero para comprarlos, pero esos malnacidos del bosque nos han dejado solo la mitad. Nos tendremos que conformar con dos toneles.

—¿Y si trabajamos? —inquirió Aitor.

Eneko sacudió la cabeza.

—No, hijo, mejor que volvamos a casa con los dos barriles que podemos comprar y al menos lograremos recuperar una parte de los maravedís de Antton.

—Pero podríamos ganar el dinero suficiente para comprar dos toneles más —protestó el muchacho.

Eneko suspiró desanimado. Lo único que ansiaba con toda su alma era encontrarse de nuevo en el valle de Oialde, lejos de aquellos sinsabores y desventuras.

—Si me lo permitís —intervino Matías—, podríais ganar un buen jornal como vendimiadores. Aunque la mayor parte de la uva ya habrá sido recogida para estas fechas, aún encontraríais viñedos en los que precisen jornaleros. ¿Verdad? —apuntó girándose hacia su hermano.

El Barbas asintió convencido.

—Si queréis, puedo hablar con algunos terratenientes para que os contraten —apuntó rascándose una oreja.

Eneko observo a Aitor, que parecía suplicarle con la mirada.

—Dadme un poco de tiempo para hablar con mi hijo —anunció tras unos tensos segundos—. Iremos a cenar algo, que estamos cansados del trayecto, y mañana tomaremos una decisión.

—Como quieras, pero no tardes en decidirte o la vendimia habrá terminado —señaló el Barbas.

La mayor parte de las tabernas de Laguardia se agolpaban en la calle Páganos, a escasa distancia de una de las plazas con las que contaba la villa. Los aromas de sus cocinas se entremezclaban en el exterior, despertando el apetito de los transeúntes, que se veían obligados a tomar la difícil decisión de en cuál de ellas querían entrar. En ese brete se encontraban Eneko y Aitor, que dudaban entre la bulliciosa posada El Buen Vino y la más tranquila tasca Luisón.

—Si hay tanta gente por algo será —defendió Aitor asomándose a la primera.

—Ya lo sé, hijo, pero necesitamos hablar con calma y con tanto alboroto no podremos hacerlo —objetó Eneko encaminándose a la segunda, en la que no había más clientes que dos viejos arrieros.

Aitor se encogió de hombros. La decisión de su padre no parecía admitir discusión. El muchacho se disponía a entrar tras él cuando creyó reconocer a alguien entre el gentío de la calle. Escondido en el quicio de la puerta, se fijó en el desconocido. No cabía duda; a pesar de la escasa luz que brindaban los faroles colgados en la puerta de las posadas, la barba desarreglada, la cicatriz que le cruzaba el rostro y las ropas embarradas que vestía lo hacían inconfundible. Se trataba del cabecilla de los bandidos del puerto del Toro.

—¡Padre! —llamó en voz baja.

Eneko se giró contrariado.

—Ya te he dicho que nos quedamos aquí.

—No es eso. Mira quién está allí —murmuró Aitor señalando

hacia el otro extremo de la calle.

Eneko también lo reconoció.

—Vamos dentro. Que no nos vea —apremió empujando a su hijo hacia el interior de la tasca.

Aitor se revolvió, zafándose de su padre.

—¿Qué haces? Vamos a por él. Tiene nuestro dinero —protestó volviendo a asomarse al exterior.

—No, hijo. Puede ser peligroso —apuntó Eneko.

—A ver, vosotros. ¿Vais a tomar algo o no? —inquirió de malas formas el tabernero, despertando las risas de los otros clientes.

—Le seguiremos a escondidas —propuso Aitor—. Entre tanta gente, no nos verá.

Eneko asió al muchacho, impidiéndole salir.

—Espera —masculló pensativo.

—¿Os sirvo algo, o no? —insistió el propietario acercándose hacia ellos.

—Está bien. Vamos —cedió Eneko.

—Está allí, al final de la calle —señaló Aitor comenzando a seguir al malhechor.

—¡Lo sabía! Sé reconocer a la legua a quienes solo quieren molestar —se jactó el tabernero.

—¿Y si avisamos a los guardias? —propuso su padre.

Aitor no le prestó atención, no quería perder de vista al bandido, que caminaba deprisa hacia la plaza. No era fácil, pues la calle era

un hervidero de gentes que charlaban despreocupadamente o caminaban distraídas, por lo que el perseguido desaparecía constantemente de su campo visual.

—¿Sabe que le seguimos? —inquirió Eneko.

—No creo. No parece estar huyendo, solo se dirige a algún sitio —apuntó Aitor intentando no perderlo de vista.

De pronto, un grupo de borrachos salió dando voces de una de las tabernas, interponiéndose entre el proscrito y sus perseguidores. Uno de ellos vomitó en medio de la calle, cayendo de rodillas al hacerlo. Los demás formaron un corro a su alrededor mientras se burlaban de su estado.

—¡Qué asco, no se te ocurra salpicarme!

—¡Siempre igual, no aguantas nada!

Aquellos tipos ocupaban todo el ancho de la estrecha calle, por lo que Aitor y Eneko se vieron obligados a abrirse paso a empujones.

—¡Más cuidado, muchacho! —protestó uno de ellos perdiendo el equilibrio.

En cuanto lograron dejarlos atrás apretaron el paso, buscando al malhechor con la mirada. Era demasiado tarde. En los escasos segundos que habían perdido por culpa de los borrachos, el bandido parecía haberse esfumado. Aitor echó a correr hacia el lugar donde lo habían visto por última vez. Se trataba del final de la calle Páganos, que a partir de allí se ensanchaba para formar la plaza, donde la luz de los escasos fanales quedaba diluida en la oscuridad reinante.

—Tal vez en esta taberna —señaló Eneko llegando junto a su hijo.

Aitor observó la plaza durante unos instantes. Allí no parecía haber rastro del malhechor. Después se giró hacia la tasca que le indicaba su padre, la última antes de que la calle desembocara en el espacio abierto. El bandido debía de haber entrado allí, no se le ocurría otra opción.

Se disponía a entrar cuando Eneko le detuvo.

—Espera. Por la ventana —apuntó.

Su hijo se fijó en el ventanuco que se abría a un par de pasos de la puerta.

—Bien pensado —musitó—. Pero está muy alto. Tendrás que levantarme.

Subido sobre los hombros de su padre, el muchacho contempló el interior de la taberna desde la ventana. Había muchos hombres allí, pero el bandido no estaba entre ellos.

—¿No habrá ninguna puerta que comunique con algún salón trasero? —inquirió Eneko.

Aitor recorrió el lugar con la mirada pero no vio ningún indicio de que contara con otras estancias.

—Aquí no está —decidió finalmente—. Puedes bajarme.

—Lo hemos perdido —se lamentó Eneko depositando a su hijo en el suelo—. Tal vez sea mejor así, podía ser peligroso.

Aitor se disponía a protestar cuando el grupo de borrachos llegó hasta ellos, entonando a voz en grito cánticos obscenos que tenían a

una doncella mancillada como protagonista. Sus melodías se diluyeron entre otros ruidos propios de la villa conforme aquellos hombres se perdían entre las sombras de la plaza.

—¡Qué lamentables! —exclamó Eneko indignado.

Su hijo apenas le escuchó. Con los ojos entornados, miraba como se alejaban los borrachos. A primera vista no se veía ni una sola taberna en la plaza, pero aquellos hombres no podían dirigirse a ningún otro lugar.

—Sigámosles —decidió comenzando a andar tras ellos.

—¿A esos? ¿Para qué? —inquirió su padre.

—Igual nos llevan hasta el bandido —explicó Aitor.

—¿Cómo iban unos borrachos a ayudarnos a encontrar al ladrón? —insistió Eneko.

Aitor se detuvo en seco.

—Mira, entran allí —anunció señalando hacia una portezuela iluminada por un sencillo candil de aceite.

Se trataba de un precario edificio de madera, que contrastaba con la riqueza constructiva de las casas aledañas. Una luz cálida asomaba por la puerta entreabierta, pero no había ningún cartel que anunciara el nombre de la posada.

—Es un burdel —murmuró Eneko cuando estuvieron suficientemente cerca de la puerta como para vislumbrar algo del interior.

Aitor pensó en Elías. Si lo que se decía en la aldea era cierto, su madre debía de trabajar en un lugar así. Sintió lástima al pensar que

el padre de su amigo podía ser un borracho como aquellos que acababan de perderse en el interior de aquel tugurio.

—¿Crees que el ladrón puede estar aquí? —inquirió el muchacho intuyendo la respuesta.

Eneko asintió torciendo el gesto.

—Seguro que ha venido a gastarse lo que nos ha robado —apuntó desanimado—. No creo que le queden muchas monedas en la bolsa cuando salga de aquí.

—Habrá que entrar antes de que se gaste nuestro dinero —decidió Aitor.

—¿Entrar ahí? ¿Estás loco? Ni siquiera sabemos si está dentro. Y si lo estuviera, podría ser muy peligroso.

Aitor no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—Nada perdemos por enterarnos de si realmente está aquí —insistió.

Eneko se lo pensó unos instantes.

—Está bien —admitió encaminándose hacia la puerta—. Pero tú espera fuera; no es lugar para un muchacho.

Mientras su padre se perdía en el interior, Aitor se agazapó junto a la puerta, desde donde podía observar el interior sin ser visto. Varios hombres, que identificó como los borrachos a los que habían seguido, charlaban animadamente con algunas mujeres ligeras de ropa. Una de ellas se acercó a Eneko, que se había detenido cohibido nada más entrar a aquel lugar.

—Hola, guapo. Eres nuevo por aquí —le saludó la joven acariciándole con lascivia—. ¿Vienes a pasarlo bien?

Eneko se quedó paralizado unos instantes.

—Verás, en realidad busco a un amigo —anunció finalmente.

La meretriz se rió escandalosamente al tiempo que le agarraba de la entrepierna.

—Creo que acabo de encontrarlo —se burló.

Eneko le apartó la mano.

—Ese no —explicó ruborizándose—. Busco a un hombre con una cicatriz en la cara. Creo que ha entrado aquí.

La joven le dedicó una mirada pícara.

—Yo no he visto a nadie —replicó mostrando la mano como quien espera unas monedas.

Eneko suspiró mientras abría la bolsita donde llevaba el dinero y le entregaba varias piezas de vellón.

—¿Seguro que no? —insistió.

—Ahora lo recuerdo —anunció la meretriz—. No hace mucho que ha llegado. Está en el piso de arriba con Luisa, *la Dulce*. Imagino que tardará en bajar porque ella siempre se toma su tiempo. Si quieres podemos esperarle juntos —propuso con una risita maliciosa.

Desde su escondrijo, Aitor pudo oír toda la conversación. No se lo pensó dos veces. En cuanto comprobó que nadie le veía y antes de

que su padre se girara para salir al exterior, entró gateando en el burdel y se perdió escaleras arriba.

—¡Eh, tú!, ¿adónde vas? ¡Ven aquí! —exclamó una voz femenina a sus espaldas.

Aitor se detuvo en seco. Por unos instantes dudó entre seguir adelante o dar la vuelta. Finalmente, decidió que sería mejor obedecer. De lo contrario las meretrices subirían tras él. Al darse la vuelta para bajar las escaleras, comprobó sorprendido que nadie le miraba. No era a él a quien habían llamado, sino a su padre, que intentaba abandonar el tugurio entre las quejas de aquellas mujeres, que no querían dejar escapar la oportunidad de ganarse unas monedas a su costa.

Conteniendo un suspiro de alivio, Aitor reemprendió el ascenso. Al alcanzar el piso superior, comprobó que se trataba de un pequeño recibidor al que se abrían cuatro alcobas. A pesar de que no contaban con puerta, no era fácil adivinar en cuál de ellas había alguien y en cuál no, ya que no había ningún candil encendido que lo delatara. El muchacho se mantuvo en silencio escuchando en la penumbra, pero solo alcanzó a oír los pasos de alguien que comenzaba a subir las escaleras. Por las risas y palabras subidas de tono, comprendió que se trataba de uno de los borrachos acompañado por una prostituta. Si no se apartaba de allí cuanto antes, le descubrirían.

Conteniendo el aliento, eligió una de las alcobas al azar y entró en ella a hurtadillas. No parecía haber nadie. Los pasos se sentían cada vez más cerca; habían alcanzado el piso superior.

—No creo que te olvides fácilmente de mí. —La voz de la meretriz sonó tan cerca que Aitor temió que entraran a la habitación en la que se había escondido.

—¡Eso espero! —apuntó el hombre.

El sonido de las pesadas ropas del borracho al caer al suelo permitió a Aitor respirar tranquilo. Habían elegido otra alcoba. De modo que el malhechor debía de estar en alguna de las otras dos estancias.

«Eso si la chica no ha mentido a mi padre para conseguir unas monedas —pensó disgustado.»

La idea de que el ladrón pudiera haber escapado le desanimó. Antes de tirar la toalla, se encaminó, casi a tientas, hasta otra alcoba. Los gemidos del borracho le permitían ahora caminar sin temor a que sus pasos le delataran. Al asomarse al tercer cuarto, comprobó disgustado que tampoco allí había nadie, pero no le hizo falta llegar a la última estancia para saber que en ella sí que encontraría gente. Y es que un bronco gemido brotó de pronto desde su interior.

Con el corazón desbocado por la tensión, Aitor avanzó a gatas hasta llegar al pie del catre, en el que se distinguían dos personas tendidas boca arriba.

—Eres la mejor —apuntó una voz que el muchacho reconoció como la del bandido.

Una risita de mujer siguió a sus palabras.

—La diosa del amor —se burló la meretriz.

A tientas, Aitor buscó por el suelo las ropas del malhechor, pero de pronto oyó algo con lo que no había contado.

—¡Aitor! ¿Habéis visto a un chico de trece años? —Eneko le buscaba en el piso de abajo.

Si no se daba prisa, su plan se iría al traste.

—Yo a los trece años ya era buen amigo de las putas —se jactó el bandido logrando las risas de su acompañante.

Con sumo cuidado, Aitor reptó hasta la cabecera del camastro, donde dio por fin con las ropas. Apestaban a mugre. Esforzándose por no hacer ruido, las palpó hasta dar con lo que buscaba.

«Ya te tengo —se dijo soltando el nudo que ligaba la bolsa del dinero al pantalón.»

—Ahora vuelvo. Me estoy meando. —A Aitor se le heló la sangre al oír a la meretriz, que comenzó a incorporarse.

—¡No puede subir arriba si no es para disfrutar de nuestra compañía! —Una voz femenina resonó en el piso de abajo.

—¡Necesito saber si mi hijo está aquí! —exclamó su padre.

—Espera un momento —musitó el ladrón colocándose sobre la prostituta—. Ya tendrás tiempo para mear.

La mujer rompió a reír.

—Estás hecho un bribón —se burló antes de soltar un suave gemido.

Aitor suspiró aliviado. Sujetó con fuerza la bolsa del dinero para que las monedas no tintinearan y gateó hasta las escaleras. Solo allí

respiró tranquilo. Lo había logrado.

Encontraron al Barbas en la bodega. A pesar de lo avanzado de la hora, estaba atareado trasegando vino entre diferentes barriles. Al verlos entrar, apoyó en el suelo el cántaro que llevaba en las manos y se las secó pasándolas con un trapo viejo que colgaba de la pared.

—¡Ya estáis de vuelta! —exclamó—. ¿Qué tal la cena? ¿Habéis decidido algo?

—No hemos cenado —apuntó Aitor.

Su padre volcó las monedas sobre un tonel ante la extrañada mirada del bodeguero.

—Hemos dado con el ladrón —anunció exultante.

—¿Con los bandidos del puerto del Toro? —El Barbas no daba crédito.

—Uno de ellos —explicó Eneko—. Estaba en un burdel gastándose el botín.

El bodeguero se rió al tiempo que se palmeaba la panza.

—¡Vaya bribón! ¿Y lo habéis recuperado todo?

—Todo no —se lamentó Aitor—. Ya había gastado una parte, pero algo es algo.

Eneko señaló las monedas.

—Disponemos de cien maravedís. Tenemos algo más, pero lo necesitaremos para el viaje de vuelta —explicó apilándolas de cinco en cinco.

El Barbas observó pensativo a sus clientes. Después se giró hacia los toneles vacíos y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Ayudadme a preparar cuatro barriles —señaló.

—No podemos permitirnos tantos. Eso serían ciento veinte maravedís. Tendrán que ser tres —apuntó Eneko.

El bodeguero se giró hacia él.

—No os dejaré sin el cuarto tonel por un puñado de maravedís. Mi hermano dice que sois buena gente. Cuando volváis a por más vino, ya me pagaréis la deuda —anunció con un tono que no admitía réplica.

11

ALEVOSÍA

Otoño de 1443

La lluvia caía con fuerza, como lo había hecho durante toda la tarde. Las frías gotas se clavaban como alfileres helados en su rostro. La ropa, empapada, tiraba de sus hombros hacia abajo, como si pretendiera hacerle hincar la rodilla. Pero lo peor de todo era el barro, acumulado tras días sin cesar de llover. Se adhería con fuerza a las botas como un enemigo invisible que pretendiera frenar su avance. Y todo ello envuelto en la infinita negrura de una noche sin luna y sin faroles.

Prometía ser una noche larga. Con un suspiro de impotencia, Iñigo se obligó a seguir caminando. Odiaba aquellas escaramuzas nocturnas en las que se veía obligado a quemar, destrozar y saquear las posesiones de gentes que ni siquiera conocía.

Esta vez no eran muchos, el señor de Oialde solo había elegido para aquella misión a media docena de sus hombres. El propio Alain, que parecía disfrutar bajo la lluvia, abría la marcha sobre su caballo, pequeño pero ágil. Los demás iban a pie. Junto a él iba Gonzalo, su joven escudero. Tras ellos, pero por delante de Iñigo, caminaban tres hombres que se habían incorporado recientemente a las tropas de Alain. Cerrando el grupo avanzaba Lope. Con su único ojo vigilaba la retaguardia. A excepción de Iñigo y Gonzalo, los demás eran antiguos bandidos que el señor de Oialde había integrado como acotados en sus filas.

El río Urola, rabioso tras varios días de lluvia, rugía junto a ellos, apagando el sonido de sus pasos. Conocía la zona, pues era una de las preferidas por Alain para sus refriegas nocturnas. Por las horas que llevaban caminando y la fisonomía del valle, estrecho y sinuoso, calculó que estaban al sur de Azkoitia. Era un territorio hostil y boscoso, surcado por un camino real pero sin apenas habitantes. Los pocos caseríos que lo poblaban colgaban de laderas en fuerte pendiente.

Al llegar a una bifurcación junto a un gran roble cuyas ramas parecían una gigantesca garra que se aferrara a las nubes, Alain dio la orden de detenerse. Mientras Gonzalo ligaba las riendas del caballo a una rama, el señor de Oialde descabalgó y se introdujo en el bosque. Los demás lo siguieron.

Entre los árboles no tardó en formarse la figura cercana de una torre. La oscuridad reinante y la persistente lluvia impedían ver con claridad sus formas, pero sí lo suficiente como para saber que se trataba de una casa fuerte de pequeño tamaño. Menor que la de Oialde y menor que la mayoría de las que acostumbraban a atacar. Ante ella se adivinaban unos campos de cultivo ganados al bosque.

Tras estudiar detenidamente la situación, el señor de Oialde comenzó a dar instrucciones a sus hombres.

—Pastor, tú prende fuego a los cultivos —ordenó girándose hacia Iñigo—. Así los supervivientes se verán obligados a mendigar comida.

Iñigo miró hacia el cielo. La lluvia le obligó a cerrar los ojos.

—¿Fuego? —preguntó señalando hacia las nubes.

Alain de Oialde le clavó una mirada asesina. No soportaba que se discutieran sus órdenes.

—Pues destrózalos, arrásalos; haz lo que quieras pero que no quede ni una brizna de hierba en los campos de Persebal de Urdana. Ese maldito engreído no volverá a mirarme por encima del hombro cuando nos encontremos en algún torneo.

Tras asegurarse de que las instrucciones habían quedado claras, se giró hacia la torre. La oscura silueta del edificio destacaba ligeramente ante las montañas blancas del macizo de Izarraitz, apenas visibles en aquella noche lluviosa.

—Hay dos centinelas apostados ante la puerta —explicó, señalando hacia allí con la punta de su espada—. Que nadie haga ningún movimiento hasta que Gonzalo y yo nos encarguemos de ellos. ¿Entendido?

Sin esperar respuesta, continuó con sus órdenes.

—Vosotros tres id con Lope —ordenó dirigiéndose hacia los nuevos milicianos—. Dad un rodeo por el bosque y acercaos a la torre por detrás. Esperad mi señal y prended fuego al granero. Gonzalo y yo nos ocuparemos del resto.

Con la mirada fija en la torre, Iñigo esperó la señal de Alain junto a los otros cuatro soldados. La lluvia había arreciado y apenas conseguía ver el edificio. Los dos centinelas de los que iba a ocuparse el señor eran dos simples bultos negros apostados junto a la puerta. El tiempo transcurría despacio. Las ropas empapadas se le pegaban al cuerpo y le hacían estremecerse de frío. Un picor intenso

en la nariz le anticipó que iba a estornudar. Intentó evitarlo, pero el estornudo resonó en la noche.

—¡Botarate! Nos descubrirán por tu culpa. Como vuelvas a hacerlo, te mataré —le amenazó Lope entre dientes al tiempo que le acercaba la mano al cuello como si pretendiera estrangularlo.

Iñigo sintió un escalofrío al sentir el odio que destilaban sus palabras. No le gustaba aquel tipo. Aquella horrible cicatriz que le recorría toda la cara no era para menos.

Un destello llamó su atención hacia la torre. Uno de los centinelas había caído. El acero de la espada de Alain volvió a brillar al cortar el cuello del segundo vigilante, que se desplomó sin vida. El señor alzó después la espada, moviéndola sin parar de un lado para otro.

Era la señal.

—¡Vamos! —exclamó el de la cicatriz, lanzándose a la carrera hacia el granero.

Los otros tres le siguieron.

Iñigo, en cambio, se dirigió cabizbajo hacia los campos de labor. En un cobertizo rudimentario encontró una azada y una guadaña. Eran herramientas suficientes para acabar con todo el sembrado.

Debía actuar deprisa, pues los demás no tardarían en volver y Alain se enfadaría si no encontraba los cultivos arrasados. Manzanos y viñas se alineaban a ambos lados del campo, ocupado íntegramente por un cereal que no pudo identificar porque aún no

estaba suficientemente desarrollado. En un principio pensó que era mijo, pero luego decidió que debía de ser cebada.

Daba igual. Debía segarlo con rapidez. Ya que no tendría tiempo de arrancar las viñas ni los manzanos, al menos arrasaría el cereal. Sin pan, aquel banderizo, cuyo nombre no recordaba, estaría obligado a pasar hambre durante una buena temporada.

Mientras movía la guadaña a un lado y a otro, segando con presteza aquella hierba que apenas alzaba palmo y medio del suelo, el pajar comenzó a arder. Era una sencilla construcción de madera situada junto a la torre, de modo que no tardó en convertirse en una gigantesca hoguera. Un estridente sonido, que identificó como el chillido de un cerdo al morir desangrado, resonó a lo lejos. Le vino a la mente la espantosa imagen de Alain matando a golpes de espada a los animales que había presenciado en otras refriegas nocturnas. El terrorífico grito de un segundo cerdo le puso los pelos de punta. Sintió náuseas y maldijo para sus adentros al señor de Oialde. Sin soltar la guadaña, apretó los dientes en un esfuerzo por aguantar las lágrimas. Él, que soñaba con ser pastor y vivir en las montañas, se encontraba destrozando el sustento de una familia en una amarga noche lluviosa. Y no era ni la primera ni la última vez que lo haría.

Intentó concentrarse en la siega. No disponía de mucho tiempo. Cuando Alain mataba a los ruidosos cerdos era porque ya había acabado con el resto de los animales. Ahora prendería fuego al establo y emprendería la huida. Todos los asaltos seguían un mismo esquema. A veces incendiaba el establo sin matar previamente a los animales, pero algunos conseguían huir y salvarse de las llamas, de

modo que siempre que era posible, el señor de Oialde mataba las bestias una a una antes de prenderle fuego. Sin animales y sin pan, los banderizos atacados se veían obligados a luchar contra su orgullo para mendigar ayuda a algún pariente mayor de su mismo bando.

Las ventanas superiores de la torre se iluminaron. Los estertores de los cerdos habían despertado a sus habitantes. La luz oscilante de las lámparas de aceite recortaba varias siluetas asomadas a las ventanas. Apagados por los gruesos muros del edificio, el llanto de varios niños se adueñó de la noche.

—¡Hijos de puta!

El grito llegó desde la ventana central. Como si respondieran a una orden, dos figuras apostadas en las dos ventanas laterales dispararon sendas flechas que silbaron amenazantes al pasar junto a Iñigo. Una de ellas se clavó en la tierra a apenas un par de pasos de él.

Le estaban disparando. En medio del campo de labor, ofrecía un blanco perfecto para los arqueros. Paralizado por el miedo, no sabía si soltar la guadaña y salir corriendo o continuar arrasando los cultivos. Si huía, Alain de Oialde estaría furioso y le sometería a terribles castigos. Pero si se quedaba, no tardaría en caer abatido.

Dos nuevas flechas se clavaron entre el cereal a escasa distancia. Con un rápido vistazo, calculó que había segado la mitad del campo. Unos minutos más y podría acabarlo. No sabía qué hacer.

—¡Corre Pastor! —le avisó Gonzalo al pasar corriendo junto a él —. ¡Nos vamos!

De pie entre el cereal, Iñigo observó hipnotizado la escena. La torre, antes negra como la noche, se teñía ahora de tonos anaranjados. A su lado, el granero y el establo, ambos de madera, ardían con virulencia. La puerta principal de la casa había sucumbido también a las llamas. El llanto de los niños y los aullidos de terror de una mujer rompían el silencio para resonar con fuerza entre una fuerte lluvia que hacía crepitar el fuego al mojar la madera caliente.

El infierno no podía ser muy diferente de aquello. Iñigo reprimió un sollozo. Deseó con todas sus fuerzas que algún día Alain de Oialde fuera condenado a pasar en él toda la eternidad.

Una flecha resonó al chocar contra el metal de la guadaña. Otra le pasó rozando el cuello. De pronto, olvidó sus pensamientos y echó a correr hacia el bosque. Al llegar al árbol del cruce, encontró a sus compañeros. Con el rostro tiznado de hollín, Lope y su cicatriz parecían aún más peligrosos; un verdadero monstruo disfrazado de militar.

—¡Hemos hecho un buen trabajo! —les felicitó Alain desde lo alto de su caballo—. Persebal de Urdana no olvidará nunca que Alain de Oialde vale más que él en este mundo. ¡Nunca volverá a reírse de mí ni de los míos!

Iñigo suspiró tranquilo. Las prisas habían impedido a su señor detenerse a contemplar los destrozos en los cultivos. Al menos, se dijo, aquella familia contaría con la mitad del cereal que no había tenido tiempo de arrasar.

—¡Ahora, huyamos antes de que se recuperen del susto! —ordenó Alain espoleando a su caballo.

12

MERCADERES

Otoño de 1443

El tabernero lo saboreaba pensativo. Se enjuagaba la boca, lo olfateaba, chasqueaba la lengua... Su enorme bigote, cubierto de canas que la cabeza aún no mostraba, se movía arriba y abajo, como la nariz de un perro olisqueando una presa.

—Está bueno este vino —dijo finalmente—. ¿De dónde dices que es?

—De Laguardia —respondió Eneko esforzándose por no mostrar la satisfacción que sentía.

—¿Cuánto pides?

Eneko tragó saliva. Sabía que de lo que dijese a continuación dependía el éxito de su primera venta.

—Sesenta maravedís.

Era el precio habitual que se pedía por cada barril de vino en la costa.

El otro pareció pensárselo. Después se asomó al exterior para echar un vistazo al carro, donde esperaba Aitor, que se había quedado vigilando la mercancía.

—De acuerdo, me quedo uno.

Padre e hijo estuvieron a punto de estallar en saltos de júbilo. No esperaban una venta tan fácil.

Mientras descargaban el tonel, el dueño de la taberna les explicó que, siempre que el vino fuera igual de bueno y al mismo precio, les compraría uno cada dos meses.

—El día de la feria es otra historia. En un solo día puedo vender un tonel entero, pero el resto del año solo vienen por aquí un puñado de marineros despistados. La mayoría se quedan en las tabernas más cercanas al portal del Mar.

La venta no podía comenzar mejor.

Dejaron la zona alta de Getaria, la que rodeaba la puerta de Tierra, para bajar hacia la iglesia, junto a la que se extendía el barrio portuario. Solo les quedaba un barril en el carro. Los otros dos los habían dejado en casa porque no esperaban venderlos todos.

—Posada El Marinero Feliz —leyó Aitor en voz alta ante un edificio de madera construido en un callejón aledaño al portal del Mar.

Su padre sintió una punzada de orgullo. Pocos vecinos adultos de Oialde eran capaces de leer, pero su hijo había aprendido a hacerlo gracias a Maritxu. La vieja curandera les había enseñado a él y a otros niños de la aldea sin que lo supiera el señor del valle, que se oponía a que sus vasallos recibieran cualquier tipo de educación.

—¿Probamos aquí? —preguntó Eneko.

Su hijo asintió.

La historia se repitió. Mientras Aitor esperaba fuera cuidando del carro, Eneko entró con una jarra de vino para ofrecérsela al posadero. Al saber el precio el hombre no lo dudó.

—Me quedo dos toneles.

Eneko no se lo esperaba.

—Hoy solo podrá ser uno. No me queda más.

El posadero, un hombre enjuto y al que se marcaban tanto los huesos de la cara que parecía una calavera, se encogió de hombros.

—Es una pena, porque dentro de una semana es la feria y necesitaría los dos barriles para calmar la sed de los visitantes. Quizás incluso más.

Una vez descargado el vino, Eneko y Aitor emprendieron el regreso a la aldea. Antes de dejar Getaria, hicieron un alto en la tahona y compraron pan blanco, todo un lujo del que disfrutaban únicamente en ocasiones especiales.

—Hijo, te tengo que felicitar. Si no llega a ser por ti, hoy seguiríamos intentando vender nuestra sidra —dijo Eneko en cuanto tomaron el camino real.

Aitor esbozó una sonrisa. Ambos estaban eufóricos por lo sencilla que había resultado la primera venta. Aún tenían en casa dos barriles más, pero en un solo día habían recuperado el dinero gastado en el vino y el que debían al Barbas. Por suerte, el viaje de vuelta desde Laguardia había resultado menos accidentado que el de ida. Habían salvado los puertos del Toro y Arlaban sin problemas, con tiempo despejado y protegidos en sendas caravanas de arrieros de todo tipo de mercancías. Solo habían tenido que pagar unas cuantas monedas para entrar en Vitoria y, poco después, para cruzar el puente sobre el río Zadorra.

Sin carga, los bueyes avanzaban deprisa y no tardaron en llegar a la aldea. La altiva casa-torre del señor de Oialde fue lo primero que divisaron entre los árboles. Sus formas inspiraban temor. Aunque quizás no fuera la propia torre sino lo que significaba como hogar y refugio del hombre que regía sus destinos a su capricho. La planta baja, construida en piedra, era la parte más antigua del edificio. En sus paredes solo se abrían unas estrechas ventanas saeteras, dispuestas de tal forma que desde el interior se pudieran disparar flechas pero difícilmente pudieran entrar las provenientes del exterior. Más arriba, la piedra daba paso a una rojiza pared de ladrillo, menos resistente a los atacantes pero también menos expuesta por encontrarse a bastante altura. Las ventanas de esta parte eran más amplias. En la zona más próxima al tejado, un entramado de madera servía de apoyo para un tercer piso que sobresalía sobre el resto de la casa. Era allí arriba donde se encontraban las habitaciones privadas del banderizo y el salón del homenaje, donde los vasallos, entre ellos Eneko, Aitor y toda su familia, juraban obediencia a su señor.

Al pasar junto a las escaleras que llevaban a la puerta principal, un soldado les cortó el paso.

Al reconocerlo, a Aitor le dio un vuelco el corazón. No se trataba de ninguno de los milicianos habituales de Alain de Oialde, sino de un viejo conocido al que tenía la esperanza de no volver a encontrar. Ante ellos, plantado en medio del camino, estaba el bandido de la cicatriz. El señor del valle debía de haber pagado al corregidor para

que no lo ejecutara el día de la feria y ahora formaba parte de sus soldados.

—Parece que nos volvemos a encontrar, muchacho —se burló con una violenta risotada—. Habéis abandonado la aldea sin permiso de vuestro señor. ¿Dónde están los dos toneles que llevabais?

Padre e hijo se miraron sin saber qué responder. Hasta entonces nunca, aparte del último día de feria, habían tenido problemas para vender sus mercancías fuera del valle. Alain de Oialde les permitía hacerlo siempre que cumplieran con sus obligaciones habituales como vasallos.

—Debéis pagar una quinta parte de lo que vendáis, bien en dinero o bien en mercancía.

—¡Eso no es cierto! —protestó Eneko—. ¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Son las nuevas normas del señor de Oialde. A partir de ahora tendréis que pagar este tributo siempre que queráis vender algo fuera de la aldea.

—¡Es injusto, no vamos a pagar! —exclamó Aitor.

El de la cicatriz se acercó a él con la espada en la mano. La cuenca vacía y sanguinolenta que debía ocupar su ojo derecho resultaba nauseabunda a tan escasa distancia.

—Tú sabrás, niñato. Para mí será un placer atravesarte con mi espada.

Su padre le dio un codazo.

—No le hagas caso a mi hijo —se excusó—. Hemos vendido los toneles en Getaria.

Una mueca de satisfacción se dibujó en el grotesco rostro del malhechor convertido en miliciano. Acercó la espada al cuello de Aitor, que intentaba a duras penas aguantarse las lágrimas de rabia, y después apuntó con ella la cintura de su padre. Colgado del cinto llevaba un saquito con el dinero.

—¡Enséñame lo que llevas en la bolsa!

Al volcar su contenido sobre el pescante, quedaron a la vista tantas monedas y de un valor tan grande, que aquel monstruo las observó largamente con avaricia. Finalmente, tras un par de minutos hurgando en ellas, se apropió de dos reales de plata, equivalentes a cuarenta maravedís.

—¡Eso no es una quinta parte! —se quejó Eneko.

—¿Quién dice que no? —se burló el otro con gesto altanero.

—¡No señor, es una tercera parte! ¡Devuélveme mi dinero!

El portón de la torre se abrió de golpe.

—Lope, ¿qué está pasando aquí? ¿Quién se atreve a dar estos gritos en mi casa? —El señor de Oialde estaba congestionado de ira.

—Señor, vuestro guardia nos ha robado. Nos ha cobrado cuarenta maravedís en lugar de veinte —se adelantó Eneko con un hilo de voz.

—¿Ah, sí? —se interesó el banderizo mientras bajaba las escaleras. Su tono de voz era de pronto sosegado.

—Así es —recalcó Aitor.

Al llegar al pie de la escalera, el señor del valle se dirigió cojeando hacia el carro. Desenvainó su espada y agarró a Aitor de la

cabeza, echándosela hacia atrás y poniéndole el filo en el cuello.

Sentir el frío metal le hizo estremecerse, al mismo tiempo que crecía en él una enorme rabia que se tornaba en impotencia al no poder moverse.

—¡Dame el resto del dinero! —ordenó Alain de Oialde estirando el brazo libre hacia Eneko. Cuando tuvo hasta la última moneda en su mano, soltó al chiquillo y envainó la espada—. Así aprenderéis a no discutir mis órdenes ni las de mis hombres. ¡Marchaos!

Hasta entonces Aitor nunca había visto a su padre llorar. Los pocos minutos que les separaban de su casa discurrieron en el más absoluto de los silencios. Con la impotencia corriéndole por la cara en forma de lágrimas, Eneko estaba tan abatido que parecía a punto de derrumbarse. Aitor se abrazó a él y rompió también a llorar. La ilusión que les había acompañado desde las calles de Getaria, los proyectos, la fortuna que parecía que les comenzaba a sonreír...; todo se había ido a pique en un momento por culpa del señor del valle.

Arantza sintió que se le partía el corazón. Al ver que llegaban con el carro vacío la primera reacción fue de alegría. Pensó que lo habían vendido todo. Pero enseguida se percató de que volvían abatidos. Nunca antes había visto a su marido tan hundido. Corrió hacia ellos.

—¿Los bandidos? ¿Desde cuándo hay ladrones en el camino a Getaria? —preguntó.

Eneko no podía ni hablar siquiera. Fue Aitor quien le explicó lo sucedido.

—Ese maldito malnacido acabará con nosotros. ¿Qué pretende, que no podamos vivir? Deberíamos pedir justicia al rey. —Arantza estaba indignada.

—No serviría de nada. Además, si acudimos a él, Alain de Oialde nos hará la vida imposible. —Eneko hablaba mecánicamente, con la mirada clavada en el suelo.

—¿No podemos marcharnos a otro lugar? —preguntó Aitor.

—No, hijo. Somos sus vasallos y estamos ligados a esta tierra para siempre.

«Para siempre, para siempre, para siempre... —estas últimas palabras resonaron en la mente del joven como un terrible castigo.»

—¡Yo no quiero ser el vasallo ni de este ni de ningún otro señor! —protestó mientras abría las puertas del establo para encerrar a los bueyes.

Su madre se encogió de hombros.

—Tu hermano tampoco quería ser un miliciano —dijo con un gesto de resignación.

Al entrar en el establo, Aitor vio los dos barriles de vino que les quedaban por vender y sintió que aún no estaba todo perdido. Con lo que sacaran de la venta aún podrían regresar a Laguardia y traer cuatro toneles más. Aunque le costaría convencer a su padre para volver a intentarlo. Por el momento, el negocio del vino no les estaba generando más que problemas.

El joven intentó olvidar al señor de Oialde, porque cada vez que pensaba en él, una rabia incontenible le corroía por dentro. Sentía

ganas de matarlo, de devolverle todas las humillaciones juntas. Se obligó a quitárselo de la cabeza cepillando a los bueyes. Les hablaba suavemente para que estuvieran tranquilos. Los animales no se quejaban, les gustaba que los cepillaran. Mientras lo hacía, recordó al borracho que había perdido a sus animales en una apuesta de la feria. Era una gran pérdida. Para una familia, después de la casa, los bueyes eran lo más valioso. Si ellos se quedaran sin los animales de tiro no podrían comerciar. Ni vino, ni sidra ni nada. Tendrían que subsistir con las verduras de la huerta y los quesos del tío Antton.

Rememoraba el episodio, con aquellos bueyes arrastrando una enorme piedra, cuando fue formándose una idea en su cabeza. Una idea que multiplicaría los ingresos que obtendrían por los dos toneles de vino restantes.

—¡Padre! —exclamó, dejando el cepillo y corriendo hacia el hogar —. ¡Tengo la solución!

Llegaron temprano. Habían abandonado la aldea en mitad de la noche para no dar tiempo a los esbirros del banderizo a montar su particular peaje. Sabían que a la vuelta les podía caer una buena reprimenda y, tal vez, algún castigo, pero querían llegar a la feria anual de Getaria con los dos toneles de vino intactos.

Aún no asomaban los primeros rayos de sol cuando terminaron de montar la parada. Dispusieron los pocos vasos con los que contaban sobre un mostrador de madera que habían adosado al carro para crear una sencilla taberna ambulante.

—¿Y esto para qué es? —preguntó Eneko señalando un mazo de madera que colgaba del pescante.

Aitor le indicó con un gesto que se lo alcanzara.

—Ya verás, es un invento —contestó mientras introducía la mano en una bolsita de tela y sacaba unas cañas.

Se acercó al primer barril y buscó en la parte más baja de la tapa frontal un tapón de apenas un dedo de grosor. Colocó sobre él uno de los palos y lo golpeó con el mazo una sola vez. El tapón desapareció en el interior del tonel y, en su lugar, había quedado clavado el artilugio.

—¡Mira! —exclamó mientras colocaba una jarra bajo la caña hueca y hacía girar una pieza.

Un chorro de vino la llenó rápidamente. Satisfecho con el resultado, cerró de nuevo el grifo sin desperdiciar ni una gota. Hasta entonces, para dar a probar el vino a los posibles compradores habían tenido que abrir el barril para introducir un pichel en él. Sin embargo, el Barbas les había avisado de que no abusaran de esta técnica, pues el vino se avinagraba al hacerlo. Aunque en un primer momento el caldo estuviera en buen estado, al romper la capa de residuo que flotaba en la superficie, esta se mezclaba con el resto y el contenido del tonel no tardaba en estropearse. De modo que el nuevo sistema les permitiría servir el delicioso vino de Laguardia sin temor a estropearlo. La taberna ambulante estaba lista para comenzar la venta.

Eneko observó orgulloso a su hijo. Su fuerza de voluntad y su ilusión por el negocio familiar le tenían impresionado.

Se habían instalado en la explanada donde Aitor había presenciado la apuesta de los bueyes. Se encontraba extramuros, fuera del recinto de la feria, pero en uno de los lugares más concurridos, pues junto a ellos se extendía la zona de venta de animales. Los banderizos, que dejaban allí sus caballos antes de entrar a la villa, solían retarse a menudo en desafíos improvisados que atraían a numeroso público. De no ser porque todas las tabernas se encontraban tras los muros, muchos curiosos no se moverían de allí en todo el día.

Los primeros vendedores no tardaron en llegar. Después comenzaron a acudir los vecinos de las aldeas cercanas. Con el sol aún muy bajo en el horizonte, la explanada era un hervidero de gentes que iban y venían.

—¡Aitor! —Elías parecía sorprendido—. ¿Qué hacéis fuera de la villa? La feria está dentro, venderíais más vino en la calle Mayor.

Aitor señaló a su padre, que no paraba de llenar vasos. Sin tiempo para lavarlos, servía vino una y otra vez. Varios clientes esperaban su turno, pues no había picheles para todos. Quienes tardaban demasiado en beberlo sufrían los insultos de los que esperaban.

—¿Vienes conmigo a la feria?

—No puedo, tengo que ayudar a mi padre.

Elías se encogió de hombros y echó a andar hacia la villa, uniéndose a la riada de gente procedente del camino real que se dejaba engullir por la puerta de Tierra.

La noticia de que el vino que vendían era uno de los mejores caldos que se habían probado en Getaria corrió como la pólvora entre los visitantes, que se agolpaban, cada vez en mayor número ante el mostrador.

—Tú ve llenando las jarras mientras yo cobro —pidió Eneko a su hijo.

Trabajando en equipo, no tardaron en agotar el primer tonel. La bolsa de las monedas estaba tan llena que tuvieron que vaciarla en un escondrijo bajo el mostrador para poder seguir cobrando.

La algarabía subió de tono. Dos hombres se enfrentaban a escasa distancia de la taberna ambulante. Una piedra de gran tamaño, aparentemente imposible de mover, era el objetivo de la apuesta. No solo la movían sino que la levantaban hasta la altura del hombro.

—¡Una!, ¡dos!, ¡tres!..., ¡doce! —algunos hombres del público contaban en voz alta las veces que conseguía alzar la piedra cada uno. Otros solo jaleaban, pues no sabían contar.

Con tal ambientación, el vino corría a raudales. La bolsa de las monedas no tardó en llenarse otra vez.

El más joven de los contrincantes, el favorito para muchos de los que contemplaban la apuesta, perdió el equilibrio cuando realizaba el décimo levantamiento. Con las pocas fuerzas que le quedaban, lanzó la piedra hacia delante al tiempo que se dejaba caer hacia atrás. Un lamento ahogado brotó de las gargantas de los presentes, que por un momento creyeron que moriría aplastado. Pero la piedra solo le rozó ligeramente el pie antes de clavarse en la tierra.

Caído en el suelo, con las manos cubriéndose el rostro y envuelto en agónicos aullidos, parecía que el pedrusco le hubiera caído encima. Pero su pena era otra; y es que seguro de su fuerza, se había jugado el caballo. Y lo había perdido.

—Padre, no queda vino. —Aitor miraba sorprendido la última jarra a medio llenar.

—No es posible, aún no es mediodía. Prueba a abrir el tonel, seguro que algún poso obstruye el grifo.

Con el barril abierto por su parte superior, Aitor comprobó que no quedaba una sola gota de vino en su interior.

El cliente que esperaba su jarra, protestó al verla llena solo hasta la mitad. Mayores aún fueron las quejas de quienes esperaban su turno para beber.

—¡Danos vino niñato!

—¡Queremos vino!

Por un momento, Eneko temió que la revuelta iría a mayores, pero no pasó de unos pocos gritos de borrachos. En cuanto comprendieron que por mucho que protestaran no podrían beber vino de aquellos toneles vacíos, se alejaron en busca de otras tabernas situadas intramuros.

—Aitor, yo recojo el tenderete y me vuelvo para casa. Tú busca a Elías y disfruta de la feria —propuso Eneko.

—No padre, te acompaño.

Era mucho el dinero recaudado y no quería dejar a su padre solo por el camino. De poco le serviría su presencia en caso de ataque de

algún bandido, pero al menos le haría compañía.

Eneko insistió. Sabía que su hijo era feliz en la feria. Además, con lo que habían ganado podría gastar algún dinero en los tenderetes.

—No padre, quiero ir contigo—. Su tono no dejaba lugar a réplicas, de modo que Eneko se encogió de hombros y, con la ayuda de su hijo, terminó de desmontar la taberna ambulante.

Una vez que dejaron atrás Getaria, Eneko buscó un pequeño desvío que abandonaba el transitado camino real para internarse en el bosque. Ocultos de miradas indiscretas, se pusieron manos a la obra.

—Tira de la argolla —indicó Aitor mientras tomaba las monedas de la bolsa. Había ideado un escondite vaciando una de las traviesas del carro.

La argolla parecía un simple clavo oxidado que asomara demasiado, nada sospechoso. Al tirar de ella, el extremo de la pequeña viga de madera quedó al descubierto. Como al quitar el tapón de una botella, un oscuro hueco quedó a la vista. Introdujeron en él las monedas, mezcladas con arena y telas, para evitar que tintinearan con el traqueteo del carro. Después volvieron a tapar el extremo y regresaron al camino.

—Si nos descubren será terrible —se lamentó Eneko. De no haber estado desesperado por los continuos abusos del banderizo no habría hecho caso a su hijo.

—Padre, no nos descubrirán. Nadie encontraría el escondrijo.

Eneko asintió poco convencido.

A medida que se acercaban a la aldea su desazón era mayor. La visión de la casa-torre entre los árboles le dio un vuelco al corazón.

—Deberíamos sacar el dinero de ahí —propuso con un nudo en la garganta.

—Ya es tarde padre —la voz de Aitor sonaba tranquila. Dos centinelas del señor estaban a la vista.

Eneko pensó en Iñigo. Tal vez era uno de ellos. Desde que lo habían reclutado hacía casi un año apenas lo habían visto en un par de ocasiones. La primera vez, al poco tiempo de su reclutamiento forzoso, montaba guardia junto a la entrada de la torre; la segunda, hacía pocas semanas, escoltaba a Alain de Oialde junto a varios milicianos más.

Sin embargo, en cuanto alcanzó a ver sus caras, comprobó desanimado que Iñigo no estaba allí. Quien sí los esperaba era el monstruo de la cicatriz.

—¡Alto!

—Buenos días Lope —saludó Eneko recordando cómo lo había llamado el señor de Oialde.

—Habéis madrugado mucho, ¿eh? —la sonrisa burlona del miliciano no presagiaba nada bueno.

Eneko se soltó la bolsa de monedas del cinturón. Habían guardado en ella una cantidad similar a la del último viaje a Getaria. Sin esperar ninguna orden, la vació en el pescante.

—Si no madrugamos no encontramos buenos huecos libres para montar la parada —se excusó Eneko.

—Vaya, os ha ido bien la mañana. También le irá bien a vuestro señor —con una desagradable carcajada, rebuscó entre las monedas, tomando las más brillantes.

Aitor hizo un teatral gesto de protesta, pero Eneko le impidió continuar con unas palmadas. El soldado sonrió satisfecho, aquel hombre no volvería a discutir sus órdenes.

—Es como una urraca, le gusta lo brillante —se burló Aitor en cuanto se alejaron.

Padre e hijo rieron de buena gana. Por primera vez en mucho tiempo, tenían motivos para hacerlo.

Y aún más de lo que esperaban. Al llegar al caserío, donde Arantza se asustó al verlos regresar tan temprano, vaciaron el depósito de las monedas. Había tantos vellones de bronce y todos de un valor tan pequeño que tardaron un buen rato en contarlos. La suma era tan grande que Eneko se rascaba la cabeza con la certeza de que habían realizado mal los cálculos. Tras repasar las cuentas una y otra vez, se convenció de que el negocio había resultado magnífico.

Habían obtenido de cada tonel de vino un rendimiento tres veces mayor al que conseguían vendiéndolo al por mayor a las tabernas. Gracias a estos ingresos, podrían pagar las deudas al Barbas y continuar con el comercio de vino, algo que apenas unas horas antes parecía del todo imposible.

13

CAMBIO DE PLANES

Invierno de 1443/44

Caía una lluvia fina que no hacía ruido al tocar el suelo. Llevaba tantas horas así que todo rezumaba humedad y grandes gotas frías se precipitaban con una lenta cadencia desde los aleros del tejado y las ramas de los árboles.

—¿Así que volveréis a viajar pronto a por vino?

Arantza hablaba a su hijo sin levantar la vista del campo. Ambos estaban agachados entre árboles recogiendo pequeñas ramas que habían caído a tierra, derribadas por los fuertes vientos de la última noche. Aunque la leña que utilizaban para cocinar y calentar la casa eran grandes tocones que cortaban con hacha, necesitaban aquellas pequeñas ramas para el ahumado de los quesos.

—Sí, madre. Nos iremos en cuanto el tiempo mejore.

La mujer alzó la vista hacia el cielo, pero no tardó en bajarla de nuevo porque las gotas le molestaban en los ojos. No le gustaba quedarse sola en casa, ni saber que su marido y Aitor viajaban por caminos plagados de bandidos, mientras su primogénito luchaba en guerras que no eran las suyas. Pero, por otro lado, sabía que no había otra salida. Morirían de hambre si siguieran empeñados en vender la sidra que hacían en casa. Además, Antton no tardaría en bajar de los pastos de verano y estaría acompañada.

Aitor adivinó sus pensamientos.

—No te preocupes, madre. Esta vez conocemos el camino y no correremos riesgos. En pocos días estaremos de vuelta.

Sin dejar de recoger ramitas, que colocaba cuidadosamente en un gran cesto de mimbre, miró orgullosa a su hijo. Desde que el señor de Oialde se había llevado a su hermano se había convertido en todo un hombre. Su cuerpo seguía siendo el de un chiquillo de catorce años, pero había madurado tanto que parecía mucho mayor. Estaba orgullosa de él. Gracias a sus ideas y a sus ganas de ayudar, ese invierno podrían comer caliente cada día.

—¿Esperaréis a que baje de la montaña el tío Antton?

—No, tendremos que marcharnos antes. Los altos de Arlaban y el Toro estarán cerrados por las nevadas si dejamos pasar muchos días. Eso si tenemos suerte y no los encontramos cerrados a estas alturas. En cuanto cese la lluvia partiremos; de lo contrario podríamos encontrar problemas para regresar.

Arantza asintió. Su hijo tenía razón.

Cuando los cestos estuvieron llenos de ramitas y erizos de castañas, los tomaron y se encaminaron hacia el caserío. Solo distaba unos pocos pasos, pero el barro se pegaba a los zapatos, complicando el avance. Estaban tan mojados que sentían que el agua les llegaba hasta los huesos. Al llegar junto a la puerta divisaron en el camino un carro de bueyes conducido por alguien cubierto totalmente por una capa. Al llegar junto al desvío de entrada al caserío no necesitó dar ninguna orden a los animales para que lo tomaran. Conocían de sobra el camino.

—¿Los han cuidado bien? —preguntó Aitor al ver los dos toneles del Barbas que habían dejado en las tabernas de Getaria.

—Sí —respondió Eneko echándose hacia atrás la capa que le cubría el rostro—. Me han insistido en que les lleve más vino cuanto antes. Uno de ellos quería saber en qué bodega lo compramos.

—¿Se lo has dicho?

—No. Solo le he explicado que es vino de Laguardia. Lo mismo que le dije la otra vez.

—Bien hecho. ¿Has tenido problemas con los esbirros del señor?

—No, no han salido de la torre ni a la ida ni a la vuelta. Les da miedo mojarse —dijo con cara burlona.

—Poco les importa a esos la lluvia cuando se trata de robarnos —le corrigió Aitor.

La conversación continuaba por esos derroteros cuando oyeron una acalorada discusión. Apenas podían entender de qué se trataba, pero las voces salían del almacén de carbón de Xabier. Quien gritaba era él, mientras que otra voz le contestaba sin elevar el tono.

—¡Estás loco, en esta época no puedo dejar mi trabajo ni un solo día! —Esta vez las palabras del mercader llegaron hasta ellos perfectamente.

El otro le replicó, pero no pudieron comprender nada de lo que dijo.

—¡No!, ¡no!, ¡y mil veces no! —Los gritos de Xabier eran cada vez más furiosos.

Temiendo que la discusión fuera a mayores, Eneko echó a correr hacia el caserío del vendedor de carbón. Aitor fue tras él, resbalando en dos ocasiones por culpa del barro acumulado.

—¡Eneko! —exclamó el mercader al ver a su vecino asomarse por la puerta—. ¿Qué te parece lo que quiere ese sinvergüenza?

Junto a él había un personaje de pequeña estatura, con los cabellos lacios y grasientos. Sus ojos, pequeños como los de una rata, se movían rápidamente de un lado para otro, como si estuviera asustado. Su enorme panza delataba que participaba a menudo en festines donde no faltaban las viandas y el vino. Se trataba de Mikel, el administrador de las minas y ferrerías del señor de Oialde, uno de sus hombres más cercanos.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado Eneko.

—¿No lo sabes aún? Ese caprichoso quiere construir una ferrería y pretende que le traigamos nosotros la piedra en nuestros carros —explicó Xabier.

—Pero si tiene varias ferrerías junto a sus minas.

—No, esas son de viento. Lo que queremos es instalar una de agua junto a la torre. Es un sistema moderno que aprovecha la fuerza del río para trabajar el mineral y obtener hierro —intervino el administrador. Antes de continuar miró a ambos lados con gesto teatral, como si se dispusiera a explicar un secreto—. Como sabéis hace tiempo que el señor explota sus minas de hierro, pero está convencido de que los ferrones encargados de sus ferrerías de viento no le entregan todo el mineral que obtienen. Allí, en la montaña, es muy difícil controlar el proceso, de modo que quiere

acercarlo a su casa para poder vigilar hasta la última onza de mineral que se obtenga. Además, las ferrerías que funcionan con agua son mucho más rápidas, de modo que el hierro que sobre después de fabricar armas para sus hombres, lo podrá vender.

—¿Vender? —Eneko no se imaginaba al de Oialde en el papel de un comerciante.

Mikel asintió.

—Los ingleses compran todo el hierro que sobra aquí. Cada día salen de nuestros puertos barcos cargados de mineral rumbo a Inglaterra. Será una industria potente que traerá riqueza al valle.

—¡La riqueza se la dará a tu jefe, como siempre! —apuntó Xabier.

—Es verdad, los demás seguiremos en la miseria —corroboró Eneko.

El administrador volvió a tomar la palabra.

—Ya está bien —zanjó el asunto sin atreverse a mirar a los ojos de sus interlocutores—. Alain de Oialde dispondrá de vosotros y de vuestros carros a partir de mañana. Vuestro señor os necesita y es vuestro deber acudir en su ayuda, igual que él haría por vosotros.

—¿Por nosotros? Permíteme que me ría —se quejó el carbonero.

—¿Cuántos días? —preguntó Eneko mientras Xabier se negaba a gritos.

—Los que hagan falta. Toda la piedra necesaria debe estar al pie de la torre antes de que comiencen las nevadas. De lo contrario los

obreros no podrán trabajar en la construcción del edificio durante el invierno.

Aitor, que había asistido a la escena desde la puerta, se unió al mercader de carbón en sus protestas.

—Tenemos que ir a por vino —protestó.

Mikel se encogió de hombros.

—Lo primero es antes —replicó condescendiente.

Después se dirigió hacia la salida, se echó la capucha sobre la cabeza y salió al exterior. La oscuridad de la noche envolvió su rechoncha figura mientras se alejaba bajo la lluvia rumbo a otras casas de la aldea.

—Acudiremos a la justicia real, no tiene derecho a explotarnos así —protestó Xabier.

—De nada serviría. Para cuando consigamos una sentencia a nuestro favor, la ferrería estará terminada —le desanimó Eneko.

—Pero algo tendremos que hacer. Hace siempre lo que quiere. Tenemos que pararle los pies. Yo tengo que llenar mi depósito de carbón antes de las nevadas y mira cómo está.

Eneko echó un vistazo al almacén. Estaba por debajo de la mitad de su capacidad.

—Y nosotros tenemos que ir a Laguardia antes de que nieve para traer vino que vender. Si acarreamos piedra no nos dará tiempo a hacerlo —se quejó Aitor.

—¡Es un puerco! —Xabier tenía el rostro tan rojo por la ira que parecía a punto de estallar.

Eneko estaba pensativo.

—Podríamos hacer varios viajes al día entre la cantera y la casa-torre. Si nos coordinamos bien, en pocas semanas habremos terminado —propuso.

—No, padre, no tenemos la obligación de llevar ni una sola piedra de la nueva ferrería. Le entregamos parte de nuestra cosecha, parte de nuestra producción de sidra, trabajamos varios días al año en sus propios campos y nos cobra un porcentaje de todas las ventas que realizamos fuera de la aldea. No puede obligarnos también a acarrear piedras para sus caprichos. No somos sus esclavos, no le pertenecemos.

—Deberíamos hablar con el corregidor, o con el propio rey si hace falta. —Amaia, que acababa de llegar del huerto con un cesto lleno de hortalizas, se sumó a la conversación.

Su padre asintió, de acuerdo.

Durante unos largos segundos, un tenso silencio flotó en la estancia. Una brisa fría y húmeda se coló por el portón entreabierto, moviendo ligeramente el candil de aceite que colgaba de la viga central del almacén. Las sombras bailaron sobre el escaso carbón apilado.

—Escuchadme bien —fue Eneko quien rompió el silencio—. Si acudimos en busca de justicia, ese canalla nos lo hará pagar antes o después. ¿Quién irá en busca del corregidor? Quien lo haga estará marcado de por vida y podéis estar seguros de que lo acabará pagando.

Aitor quiso protestar, pero su padre se lo impidió con un contundente gesto de la mano. El silencio volvió a abrirse hueco en el almacén. Todas las miradas estaban fijas en Xabier.

—Está bien. Mañana al amanecer estaré junto a la torre de ese puerco con mi carro. Intentaremos coordinar al resto para terminar cuanto antes el trabajo —admitió finalmente con la mirada clavada en las sacas vacías de carbón.

Aún no comenzaban a vislumbrarse las luces del alba cuando Eneko llegó con su carro hasta la casa fuerte. A pesar de lo temprano que era, había cuatro vecinos esperando. Los saludó con la mano y permaneció sentado en el pescante. Jon y Markel, dos productores de sidra como él, hablaban airadamente de carro a carro, quejándose de la imposición del señor de Oialde de acarrear piedras sin cobrar. Eneko cruzó una mirada con Xabier y ambos se encogieron de hombros. Nadie estaba allí por gusto, pero era mejor no quejarse en voz alta cuando Torcuato estaba cerca. El vendedor de castañas, de pie junto a su carreta, observaba la escena con aire distraído, pero no sería la primera vez que delatara a sus vecinos para ganarse el favor de Alain de Oialde. Cada vez que alguno hablaba más de la cuenta cerca de los oídos del castañero, el señor del valle no tardaba en enterarse. Por si fuera poco, como unos siniestros ojos que todo lo veían, se distinguían en la noche las ventanas de su torre, un recuerdo constante de que el banderizo los vigilaba día y noche y de que sus vidas dependían de sus caprichosas decisiones.

Cuando las primeras luces del nuevo día dibujaron las siluetas de las altas montañas que rodeaban la aldea, llegaron tres vecinos más. Fermín, el molinero, con su carro siempre manchado de harina, cerraba la columna. Finalmente, aparecieron dos hombres a caballo. El administrador recorrió con la mirada la fila de carros y saludó a los presentes con un leve gesto de la mano. Después cruzó unas palabras con el miliciano que le acompañaba y ambos se colocaron a la cabeza de la caravana, dando la orden de emprender la marcha.

La cantera no estaba cerca, pero tampoco estaba lejos, para satisfacción de Eneko, que se dijo a sí mismo que podría realizar tres viajes diarios sin grandes problemas. Pero no había contado con un factor determinante: el proceso de carga era lento, obligándole a soportar una tediosa espera hasta que llegara su turno de carga. Los canteros habían cortado previamente las piedras y las habían alineado junto al camino, pero eran pesadas, haciendo necesaria la participación de varios hombres para cargarlas en los carros.

—Eneko, es tu turno —le informó Mikel, encargado de organizar el trabajo.

Por la altura del sol en el cielo y el hambre que sentía desde hacía un buen rato, Eneko supo que era mediodía. Entre él y cuatro canteros cargaron cuatro piedras, sujetas firmemente a la estructura del carro por medio de correas de cuero e inmovilizadas por medio de tacos de madera. Mientras se dirigía con su carga hacia la casa del señor, se cruzó con los primeros arrieros, que regresaban hacia la cantera para realizar el segundo viaje de la jornada.

—¡No hay derecho!

—¡Maldito cerdo!

Los ánimos estaban encendidos. Sin embargo, todo quedaba en palabras y nadie osaba enfrentarse al señor de Oialde. Tal vez fuera mejor así, se dijo Eneko.

La descarga fue mucho más rápida. Con la ayuda de unas largas varas de avellano con las que hacían palanca, dos milicianos vaciaron el carro en un santiamén. Los sillares, de trabajada forma cúbica, quedaron alineados a la orilla del Urbeltza, justo a los pies de la siniestra casa-torre del señor de Oialde. Por un momento, Eneko creyó adivinar su silueta en una de las ventanas, pero después se dijo que se trataría de algún criado, pues él debía de encontrarse haciendo la guerra en algún otro valle. Iñigo, su hijo mayor, al que tan flagrantemente le había robado, estaría con él. Su ilusión era cuidar de las vacas en la tranquilidad de la montaña y había acabado guerreando en batallas que nada le importaban. Sollozó de impotencia, al tiempo que reemprendía el camino hacia la cantera.

Al pasar por casa, Arantza insistió a su marido para que comiera un plato de potaje, pero este optó por no detenerse y se llevó un par de manzanas y un trozo de queso para comer por el camino. Temía que se le hiciera de noche antes de haber cargado la segunda tanda de sillares. Sin embargo, esta vez no tenía ningún arriero delante cuando llegó a la cantera, de modo que a los pocos minutos de llegar tenía el carro preparado para volver a la aldea.

Llegó a casa cuando aún no era hora de cenar, cansado y con los brazos doloridos por cargar aquellas pesadas piedras. Solo habían podido ser dos viajes, pero confiaba en que al día siguiente serían

capaces de realizar tres. Solo era necesaria una mayor coordinación para no llegar todos los arrieros al mismo tiempo a la cantera.

Los días transcurrieron rápidamente. Tanto ir y venir de la cantera al futuro emplazamiento de la ferrería, los bueyes se aprendieron el camino, por lo que Eneko aprovechaba el trayecto para dormitar. A partir de la segunda jornada de trabajo, cada arriero realizó tres viajes con el carro a rebosar de material de construcción. Los animales estaban exhaustos y sus conductores también.

Una mañana echaron en falta al molinero.

—¿Dónde está Fermín? —preguntó Mikel al resto de vecinos.

Nadie contestó. Se limitaron a encogerse de hombros. No tenían ni idea. Quizás se había quedado dormido. O quizás estaba enfermo.

—Nadie puede faltar al trabajo. ¿Me entendéis? —insistió el administrador—. Si falta alguien los demás tardaréis más días en acarrear las piedras necesarias. No es de mí de quien se está burlando. Es de vosotros —explicó al tiempo que señalaba uno a uno a los vecinos.

Por la tarde, el administrador se ausentó durante varias horas. Al día siguiente, Fermín fue el primero en llegar a la cantera. Su espalda mostraba las profundas marcas de varios latigazos. A pesar de que no abrió la boca en todo el día, sus ojos delataban una agria mezcla de impotencia y furia contenida.

Después de aquel día nadie se atrevió a llegar tarde a la cantera. Mikel sonreía orgulloso al verlos trabajar con tanta presteza. No

necesitaba azuzarlos para que lo hicieran. Sabían perfectamente que hasta que no llevaran la última piedra de la nueva ferrería de agua no serían libres para dedicarse a sus quehaceres y todos tenían ganas de poder hacerlo. Las primeras nevadas caerían en cualquier momento y el invierno les pillaría desprevenidos.

Tras doce días de viajes ininterrumpidos, las piedras alineadas junto a la torre parecían suficientes como para levantar otra casa fuerte del mismo tamaño. Cuando realizó el segundo viaje del día, Eneko se extrañó al ver que los vecinos que le precedían no regresaban hacia la cantera. No se cruzó con nadie en todo el camino.

Al llegar al emplazamiento de la ferrería, un aplauso le desconcertó.

Se trataba de Mikel. Con expresión radiante y gesto condescendiente, batía las palmas desde lo alto de varias piedras de sillar amontonadas.

—¡Bravo Ibaiondo! —exclamó—. Habéis acabado antes de lo que yo esperaba. Calculé que tardaríais tres semanas y no habéis necesitado ni siquiera dos. Es curioso cuánta maña os dais cuando os interesa —añadió con tono jocoso.

A pesar de la satisfacción de saber que por fin era libre para poder viajar al sur en busca de vino, Eneko se sintió incómodo por los aplausos y las alentadoras palabras de aquella rata. Se obligó a dibujar una leve sonrisa y, sin decir una sola palabra, descargó las piedras y se encaminó hacia su casa, donde recompensaría a los

bueyes con heno fresco y una buena cepillada. Los animales se lo habían ganado.

Echó una mirada hacia el cielo. Hacía frío pero no había nubes a la vista. Con un poco de suerte, aún podrían ganar la partida a las nevadas. Sin demora, al día siguiente partirían hacia Laguardia.

14

CARBONEROS

Invierno de 1443/44

—¡Ha picado!

Sin sacar su anzuelo del agua, Aitor dirigió la vista hacia Elías. El joven de cabellos dorados sujetaba un sedal del que colgaba una trucha que se agitaba pugnando por liberarse.

—Aún no cenarás pescado, esa se la comerá tu abuelo. Tendrás que intentar pescar otra si quieres probarla —se burló Aitor, que sabía que la trucha era el plato preferido para el viejo Elías.

—En realidad le gusta más la carne, pero como no le quedan dientes se tiene que conformar con el pescado —bromeó su amigo.

Aitor todavía no había pescado ninguna, pero tenía localizada una de gran tamaño que se escondía bajo una roca que asomaba en el centro del río. Sacó el sedal del agua y comprobó disgustado que la corriente se había llevado su cebo. Con sumo cuidado, tomó en la mano una libélula que había cazado mientras el insecto dormitaba en los juncos de la orilla. La insertó en el anzuelo, ocultando totalmente el hierro para que el pez no pudiera verlo.

—Ya verás ahora —le dijo a Elías, que había depositado la trucha en un cesto y volvía a lanzar el sedal al cauce del Urbeltza.

Sin apenas moverse, Aitor acercó la libélula a la roca bajo la que se encontraba el pez. Con rápidos movimientos de muñeca, dio ligeros tirones al sedal, haciendo moverse el anzuelo como si el

insecto estuviera revoloteando sobre el agua. De pronto, una enorme trucha saltó, levantándose un palmo sobre la corriente y devoró de un bocado la libélula.

—¡Toma ya! —exclamó Elías soltando su sedal y echando a correr hacia donde se encontraba su amigo.

Un aplauso inesperado llegó desde los arbustos de la orilla.

—Ha sido increíble. Parecía que te dedicaras a esto todos los días.

Los dos chicos se giraron hacia la voz femenina. Amaia saltaba de piedra en piedra, acercándose a ellos. Aitor sintió que se ruborizaba con tantos halagos, pero volvió a centrar su atención en el pez. Era tan grande que sus agónicos coletazos daban tales tirones al sedal que este se le clavaba con fuerza en los dedos. Nunca había pescado una trucha tan grande; en su casa estarían orgullosos al verlo.

—¡Es enorme! —exclamó Elías sopesando el pescado.

—De aquí pueden comer tres o cuatro personas —exageró Amaia.

—¡No tantas! —Aitor quiso quitarle importancia.

Elías se agachó, sujetó la trucha con una mano e intentó retirar el anzuelo con la otra, pero el pez se lo había tragado con demasiado entusiasmo y no consiguió soltárselo.

—Me parece que tendrás que llevártelo así a casa. Allí podrás abrirle la tripa con un cuchillo y recuperar el anzuelo. Lo malo es que, sin sedal, ya no podrás pescar más por hoy.

Aitor se encogió de hombros. Tampoco le importaba dejar de pescar después de haber obtenido semejante captura.

—Pensaba que estabas en Laguardia —le dijo Amaia cambiando de tema.

—He vuelto esta mañana. No hemos tenido problemas. Nos pilló una buena nevada en el puerto del Toro, pero conseguimos atravesarlo sin encontrar bandidos. En el resto del camino no hemos vuelto a ver la nieve, aunque todos los arrieros decían que el invierno va a ser duro por esas tierras. La ruta no tardará en quedar cerrada durante meses por la nieve y el hielo.

—Me alegro de que os haya ido tan bien. Nosotros no hemos tenido tanta suerte. El primer día que fuimos a buscar carbón se rompió el eje del carro. Tantas piedras para la ferrería lo habían dejado dañado.

—¿Aún está roto?

—No, perdimos un par de días en repararlo, pero ahora está bien. No tendremos tiempo de llenar el almacén de carbón antes de que llegue el invierno. Cualquier día comenzarán las nevadas y los caminos hasta las carboneras quedarán cerrados.

—¿Y si utilizáis dos carros?

Amaia lo miró extrañada.

—¡Solo tenemos uno!

—Ya lo sé. Pero mi padre tiene otro, tal vez podría ayudaros.

La joven sonrió agradecida.

—Gracias Aitor, pero en tu casa se necesita para otras cosas. No puedo aceptarlo.

—Hablaré con mi padre. La venta de vino puede esperar unos días. Los caminos que bajan a la costa rara vez se cubren de nieve.

Sin dejar opción a réplica, el muchacho saltó de piedra en piedra hasta perderse entre los arbustos que jalonaban la orilla. Amaia intentó protestar, pero el joven corría decidido hacia su casa.

—¡No te olvides la trucha! —exclamó Elías, alzando el pescado hasta la altura de su cabeza.

Aitor se volvió hacia él y miró durante unos segundos la presa, la mayor que había conseguido nunca.

—Quédatela. Así tendréis para tu abuelo y para ti. Ya me devolverás el sedal.

Antton apilaba forraje para las vacas, formando una meta junto al caserío, cuando vio que su sobrino regresaba del río. Hacía dos días que había bajado con los animales de los altos pastos. Había apurado mucho el tiempo, arriesgándose a sufrir de nuevo un castigo del señor del valle, pero el viento sur que había soplado en la montaña en las últimas semanas era incompatible con las nevadas. Un pastor experimentado como él lo sabía de sobra y había preferido alargar la estancia del ganado en los generosos pastos de verano.

—Mal pescador eres si no traes nada para cenar —bromeó.

—Elías sí que lleva buena cena. Hemos pescado una trucha bien grande.

—Su abuelo estará contento. ¿No vuelves muy pronto? —inquirió mirando hacia el sol, que aún no se había ocultado tras las montañas.

—Un poco —respondió Aitor restándole importancia.

Varios golpes secos llegaron desde el cobertizo donde guardaban el vino.

—Tu padre está preparando un soporte para no dejar los toneles en el suelo —explicó Antton.

Aitor hizo un leve gesto de asentimiento. El Barbas les había explicado que era mejor que los barriles estuvieran tumbados, pero no apoyados directamente en el suelo sino sobre calzas. De ese modo el vino se conservaría en perfecto estado y los toneles no se deformarían por el peso.

Dejó a su tío en el huerto y se encaminó hacia el cobertizo. Al verlo entrar, Eneko dejó el martillo y le enseñó orgulloso las calzas que había ideado. Cuatro de los seis barriles que habían comprado esta vez descansaban sobre ellas; los otros dos, cargados aún en el carro, no tardarían en hacerlo. Entre las mismas paredes, los bueyes comían paja de un pesebre con su habitual ritmo pausado.

—Padre, Xabier tiene problemas. Si no le prestamos nuestro carro por unos días, no tendrá el almacén lleno antes de las nevadas.

Eneko le miró en silencio. Su gesto grave y su mirada, que bailaba de los bueyes a su hijo, pasando por los barriles de vino, no

permitía adivinar sus pensamientos. Finalmente, pareció tomar una decisión.

—Puede llevarse el carro mañana mismo. Si quieres puedes ir con él. Aquí tenemos poco trabajo. Recuerda que el Barbas nos explicó que es mejor que el vino repose unos días antes de venderlo, porque tanto traqueteo del camino no le sienta bien.

Desde el pescante de su carro, Amaia se giraba de vez en cuando para asegurarse de que Aitor iba tras ella. Habían partido de buena mañana con la intención de llegar hasta las carboneras antes del mediodía. Xabier no iba con ellos. Se había quedado en casa, pues con la bajada de las temperaturas de los últimos días, eran muchos los clientes que acudían para proveerse de combustible con el que mantener calientes sus hogares durante el invierno. Al principio se había negado a aceptar la ayuda de sus vecinos, pero su situación era tan desesperada que finalmente se vio obligado a admitir que la necesitaba.

Tampoco fue fácil convencerlo de que se quedara al frente del negocio mientras los muchachos acarreaban carbón. Amaia conocía de sobra el camino, pero los peligros del bosque asustaban al mercader, que tras la muerte de su mujer, se había prometido proteger a su hija para que jamás le ocurriera nada malo. Sin embargo, tuvo que reconocer que nunca había sufrido ningún encuentro con bandidos ni bestias salvajes en el camino hasta las carboneras. Aunque a regañadientes, aceptó que lo mejor era

permanecer en el almacén mientras su hija y Aitor se ocupaban del transporte del combustible.

—¡Ya llegamos a las carboneras! —anunció Amaia girándose hacia Aitor.

—Ya las veo —apuntó el muchacho.

No era difícil encontrarlas porque el humo las delataba. No eran grandes columnas rectilíneas, sino que se dispersaba desordenadamente por el bosque, jugando con las ramas de los árboles. Un halo fantasmal, similar al de los días de nieblas bajas, envolvía el lugar, que llegaba a hacerse irrespirable cuando la brisa cesaba.

Conforme se acercaron, distinguieron primero una, después otra y así hasta siete carboneras ocultas entre la espesura de los árboles. Al verlos descender de los carros, un hombre alzó la mano a modo de saludo. Después se agachó para continuar con su trabajo.

—Está tapando algunos agujeros de ventilación —explicó Amaia —. A veces la combustión es excesiva y el carbón se quema. Al cubrir los respiraderos, el fuego se reduce.

El carbonero tenía la cara y las manos totalmente ennegrecidas. Sus ropajes estaban rasgados. Su aspecto era tan fantasmagórico que, de no haber sido porque lo conocía, Amaia habría sentido ganas de echar a correr.

—Cada día estáis más lejos, ¿eh? —dijo la joven a modo de saludo.

El hombre le dedicó una mirada cansada. El blanco de sus ojos resaltaba sobre el negro del carbón. Después se encogió de hombros. No le gustaba malgastar las palabras y sabía diferenciar qué preguntas requerían respuesta y cuáles no. Todos sabían que el señor de Oialde les hacía la vida imposible. A pesar de que les cobraba por toda la leña talada en sus montes, se empeñaba en que debían trabajar a gran distancia de sus ferrerías de viento pues no quería que derribaran un solo árbol que pudiera servir para alimentar su voraz industria metalúrgica.

El humo que emanaba de la carbonera que manipulaba pasó del color azul al blanco. Al verlo, dejó de tapar agujeros y permaneció vigilante, por si la combustión volvía a acelerarse. Cuando estuvo seguro de que todo iba bien les hizo un gesto para que le siguieran.

Monte arriba, pero a escasa distancia, encontraron a dos carboneros más. Estaban terminando de preparar una nueva carbonera. Las estacas de madera estaban dispuestas de forma cónica y las estaban cubriendo con helechos. Después extendieron por encima una fina capa de tierra y colocaron, a tres palmos del suelo, un anillo fabricado con helechos que servía de soporte a la tierra de la parte más alta, cuya fuerte pendiente amenazaba con hacerla caer.

A un gesto de uno de sus compañeros, el que les había guiado hasta allí trepó con sumo cuidado hasta lo más alto de la carbonera. Con ambas manos, extrajo un palo central que llegaba hasta el suelo.

—¿Para qué es ese bastón? —preguntó Aitor, que miraba fascinado ese mundo nuevo para él.

—Para nada. Lo que importa es el hueco que queda al sacarlo: es una chimenea. Por ella se enciende la carbonera —le explicó su amiga mientras los dos hombres ennegrecidos tomaban brasas de una hoguera cercana.

Con ayuda de una pala, se las entregaron al que estaba arriba, que las introdujo por el agujero. Pocos minutos después, las llamas asomaban por la chimenea. Con helechos, hojas y tierra fina, los carboneros cubrieron el agujero. Un humo azulado surgió de la montaña de madera y tierra, pero enseguida se tornó blanco y denso. Era el momento más delicado. Si la cocción era demasiado rápida, el carbón se quemaría, obteniendo solo hollín. Si, por el contrario, era demasiado lenta, el carbón tendría zonas mal cocidas y su valor sería muy inferior. Por estas razones, los carboneros tenían que abrir agujeros de ventilación en aquellas partes con menor temperatura y taponar las zonas más calientes, procurando alcanzar una intensidad homogénea del fuego.

—Durante quince días, día y noche, la carbonera debe permanecer vigilada en todo momento para evitar que el carbón se eche a perder –explicó Amaia.

A menudo acompañaba a su padre a comprar combustible y, cada vez que lo hacía, aprendía nuevos detalles del duro oficio de aquellos hombres que vivían en el bosque en condiciones muy precarias.

Dos de ellos se quedaron al cuidado de las carboneras, mientras un tercero se acercó a los visitantes.

—¿Y tu padre?

—No ha venido. Haremos varios viajes nosotros para acarrear el carbón que falta mientras él se ocupa de la venta.

El hombre asintió.

—¿Es tu mozo? —preguntó señalando a Aitor.

Amaia se ruborizó, limitándose a negarlo con la cabeza.

El carbonero se rió, mostrando en el sucio rostro negro una larga fila de dientes blancos. Seguramente no lo serían tanto, pero el contraste hacía que lo parecieran.

—Quedaos a comer con nosotros —invitó señalando una caseta de madera cubierta con helechos.

—No te preocupes Mateo. Cargaremos y volveremos al caserío, que tenemos un largo trecho —respondió la joven. No le entusiasmaba la comida de aquellos hombres. Siempre comían tocino. Tocino con alubias, tocino con patatas, tocino frito...

—Está bien. Regresad a casa cuanto antes, Xabier se preocupará si tardáis.

Con un silbido, hizo venir a sus dos compañeros. Entre los tres cargaron los carros en un santiamén. Por un momento, Aitor temió que los bueyes no pudieran con tanta carga, pero no tardó en comprobar que el carbón, a pesar de abultar mucho más, era bastante más ligero que el vino y la sidra.

—No he traído dinero —explicó Amaia. La única condición que les había impuesto su padre era que viajaran sin nada de valor, para que corrieran menos riesgos ante posibles malhechores—. Os pagará mi padre.

Mateo, que parecía ser el que daba las órdenes, le hizo una mueca que daba entender que no se preocupara.

—Que tengáis buen viaje —les deseó mientras regresaba junto a las carboneras humeantes.

Antes de emprender la marcha, Aitor tomó una soga y la tendió entre la yunta de sus bueyes y la parte trasera del carro de Amaia. Así podría viajar con ella en el pescante, mientras sus animales les seguirían sin problemas. De ese modo, el trayecto, que tendrían que repetir durante los días siguientes, se haría más llevadero.

El quinto día, cuando regresaban con los carros cargados, encontraron finos jirones de niebla que bailaban entre los árboles. Conforme avanzaban por el camino real hacia la aldea, fue haciéndose más densa. Se trataba de una niebla gélida, cuya humedad se colaba entre las ropas y llegaba hasta los huesos. Afortunadamente, el camino era ancho y estaba limpio de maleza, por lo que podían seguirlo fácilmente.

El frío repentino fue tornándose tan atroz que los dientes de Amaia comenzaron a castañetear. Aitor la atrajo contra él y la cubrió con su capa. La muchacha se apretó contra su cuerpo caliente. No nevaba, pero no cabía duda de que el invierno acababa de llegar.

—¿Cuánto carbón falta aún? —preguntó Aitor.

Amaia tardó en responder.

—Poco —dijo sin sacar la cara de debajo de la capa de su amigo —. Espero que no más de uno o dos viajes más.

Aitor se estremeció. Uno o dos viajes con tanto frío serían complicados. Se tendrían que abrigar a conciencia con todo lo que encontraran por casa. Y eso si tenían suerte y no comenzaba a nevar. Iba a ser complicado.

Unas voces que llegaban amortiguadas por la niebla le pusieron alerta. Era habitual cruzarse con otros arrieros en el camino, pero el no poder verlos hasta tenerlos encima era otra cosa. Podía tratarse de bandidos. Su padre siempre contaba que los días de niebla aprovechaban la escasa visibilidad para asaltar a los viajeros. Recordó con un escalofrío su encuentro con malhechores en el puerto del Toro. También había sido en un día así.

Las voces se acercaban. Se trataba de dos hombres. Amaia sacó la cabeza fuera de la manta.

—¿Quién viene? —le preguntó en voz baja.

Aitor se encogió de hombros.

—Unos viajeros, supongo —dijo intentando ocultar su temor.

El joven se sintió tentado de esconderse a la orilla del camino, pero se le antojó del todo imposible ocultar cuatro bueyes y dos carros repletos de carbón. Mientras miraba a uno y otro lado buscando algún desvío que les permitiera internarse en el bosque,

las voces se hicieron más claras. Al reconocerlas estalló en una carcajada. Había tenido miedo de su propio padre y de Xabier.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Eneko al oír la risa.

—¡Padre, somos nosotros! —contestó Aitor, que ya podía ver la silueta de ambos hombres entre la niebla.

—Estábamos preocupados —explicó el mercader de carbón—. La niebla ha entrado de repente y ya se sabe que los caminos se tornan peligrosos, de modo que hemos decidido salir a vuestro encuentro.

—Explícales la buena noticia —le apremió Eneko.

Xabier tomo aire antes de hacerlo.

—Chicos, gracias a vosotros y con el carbón que traéis hoy, el almacén está hasta los topes —anunció con gestos solemnes.

El fuego se desató de repente. En la oscuridad de la noche, el almacén se convirtió en una gigantesca hoguera que iluminaba todos los rincones de la aldea. Amaia fue la primera en percatarse de que algo iba mal, porque un denso humo se coló en su alcoba, haciendo imposible respirar.

—¡Padre! ¡Despierta padre, se quema la casa!

Xabier saltó del colchón como si tuviera un resorte bajo su pesado cuerpo.

—¡A por las tinajas de agua, corre! —exclamó al recordar que tenían varias tinas llenas de agua en el almacén, en previsión de que algo así pudiera suceder.

El humo era tan intenso que a duras penas consiguieron llegar a la puerta de salida. El fuego aún no había alcanzado el cuerpo principal del caserío, pero la portezuela que comunicaba por el interior con el almacén de carbón estaba ardiendo, como si adelantara la dantesca situación que se desarrollaba tras ella. El incendio estaba devorando la carbonera.

Una vez en el exterior, agradecieron el aire fresco de la noche, pero la visión fue demoledora. Todo el flanco derecho del caserío, aquel en el que se encontraba el depósito de carbón, estaba envuelto en llamas.

—¿Estáis bien? —Aitor llegó corriendo, con su familia pisándole los talones.

Xabier se dirigió apresuradamente al portón principal del almacén, el que se abría al exterior del edificio. Al intentar abrirlo, la madera cedió y se desprendió en varios trozos envueltos en llamas. El mercader tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar que el fuego le prendiera en las ropas. Pavorosas llamas salieron por el hueco que antes ocupaba la puerta.

—¡Las tinas de agua están dentro! —anunció Xabier impotente, al percatarse de que resultaba del todo imposible acceder.

—¡Rápido, todos al río a por agua! —exclamó Antton echando a correr hacia el cauce.

El tejado del almacén emitió un fuerte crujido, algunas tejas saltaron por los aires y altas llamas se alzaron hacia el cielo nocturno por la brecha abierta. La noche se iluminó y el valle de Oialde se tiñó de una hermosa luz rojiza que, junto con los gritos y el humo,

alertaron a los pocos vecinos que aún no habían acudido. En pocos minutos no faltaba nadie junto al almacén de carbón.

Algunos miraban el fuego agarrotados por el miedo y extasiados por la fuerza de las llamas, pero la mayoría corrían en un perfecto desorden de un lado para otro intentando apagar la gigantesca tea en la que se había convertido el almacén. La proximidad del río facilitaba la tarea de llenar cubos de agua y tirarlos a las llamas, pero estas no parecían inmutarse. Al contrario, cada vez que las regaban con agua, se enfurecían más. Algunas chispas, que ascendían hacia el cielo arrastradas por el calor, caían encendidas en los alrededores del caserío, amenazando con extender el incendio.

—¡Como se extienda hasta mi casa os despellejaré a todos, uno por uno!

Desde lo alto de su caballo y escoltado por varios de sus milicianos, Alain de Oialde, había acudido a contemplar la terrible escena. No hizo amago de bajar del corcel y se mantuvo a distancia, junto al río, observando el frenesí de sus vasallos.

—El almacén está perdido, intentemos salvar la casa —decidió Antton, que comenzó a desviar los cubos de agua que llegaban del río hacia el interior del caserío.

En realidad se trataba de un mismo edificio, pero una gruesa pared de mampostería separaba el depósito de carbón del resto del caserío. El humo hacía irrespirable el aire del interior, pero el fuego aún no había pasado a la parte habitable, de modo que los vecinos se afanaron en empaparlo todo.

—¡Cuidado!

Una violenta explosión abrió un boquete aún mayor en el tejado del almacén, dejando a la vista la estructura desnuda. Las vigas ardían.

—¡Mojad las vigas, tenemos que mojarlas! —exclamó Eneko al comprender que con las vigas ardiendo sería cuestión de tiempo que el fuego se extendiera a la parte habitable del caserío.

Antes de que pudieran hacerlo, el fuego de la viga central se propagó al otro lado de la pared, iluminando la oscuridad de la cocina en la que hacía apenas unas horas Xabier y su hija celebraban que la carbonera estaba llena hasta los topes. Primero fue una tímida llama azulada, después fue volviéndose más intensa y finalmente se extendió a las tablas del tejado.

—¡Está todo perdido! —sollozó Xabier al comprobar que la casa entera estaba en llamas.

—No padre, lo apagaremos —lo animó Amaia corriendo a buscar más agua.

Los demás la siguieron y se apresuraron a llenar los cubos de agua en el Urbeltza, cuyas aguas, a pesar de las llamaradas cercanas, parecían más oscuras que nunca.

Un tremendo crujido hizo que todas las miradas se clavaran en el caserío en llamas. El muro que separaba el almacén del resto de la casa se acababa de derrumbar. Con su caída, el tejado acababa de perder su principal soporte y empezó a combarse peligrosamente. Las llamas comenzaron a asomar por todas las ventanas del edificio. No había una sola estancia que no estuviera en llamas.

—¡No! —Detuvo el molinero a Aitor mientras impedía que se acercara al edificio con un nuevo cubo lleno de agua—. Va a derrumbarse.

La escena era dantesca, con enormes lenguas de fuego burlándose de los vecinos a través de la puerta del caserío. Aitor intentó zafarse de la mano de Fermín, que lo sujetaba por el brazo, pero antes de que pudiera hacerlo, un ruido atronador lo detuvo. El tejado se estaba desplomando, esparciendo por doquier tejas y maderas en llamas que le obligaron a dar un paso atrás.

Los que llegaban del río con los cubos rebosantes de agua se detenían en seco al llegar a la altura de Aitor, comprendiendo que nada se podía hacer ya para salvar el caserío.

En pocos minutos, apenas quedaban en pie las cuatro paredes exteriores, parcialmente derruidas, como un gigantesco cuenco en cuyo interior se hubiera dispuesto una antorcha gigantesca. Pero los llantos desgarradores del carbonero no dejaban lugar a dudas: lo que se estaba quemando no era ninguna antorcha, sino el trabajo de toda una vida de esfuerzos y sinsabores que habían comenzado con la prematura muerte de su mujer y culminaban con el incendio de todo lo que tenía.

—¡Lo he perdido todo! —clamaba Xabier con las manos en la cabeza. Con la mirada perdida en el caserío en llamas, amargas lágrimas de impotencia recorrían su rostro.

Los vecinos, conscientes de que no había nada que hacer, salvo evitar que el fuego se extendiera a otros edificios cercanos, dejaron sus cubos y se acercaron a consolarlo. El señor de Oialde decidió

que había visto bastante y espoleó a su caballo para regresar a la torre seguido de sus hombres.

Amaia sintió que le invadía el miedo. Hasta ese momento había concentrado sus fuerzas en intentar apagar el fuego, sin pararse a pensar en la magnitud del desastre. Sin poder apartar la mirada del caserío, comenzó a temblar. Un frío glacial atenazaba su corazón y su garganta. Quiso llorar pero era tanta la tristeza que las lágrimas no conseguían brotar. Su pasado, su presente y su futuro ardían sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo.

Tan ensimismada se encontraba mirando las llamas, que se sobresaltó al sentir que unos brazos protectores la abrazaban desde la espalda. Sin necesidad de volverse a comprobarlo, supo que se trataba de Aitor. Le había visto acarrear agua sin descanso hasta que todo estuvo perdido, luchando contra el fuego como si fuera su propio caserío el que ardiera. Se abrazó a él y escondió el rostro en su pecho. Solo entonces rompió a llorar. Durante unos largos minutos, solo existieron para ella Aitor y el gigantesco incendio que iluminaba la triste noche de Oialde.

—Lo reconstruiremos —intentó animarla el muchacho.

—No podremos, lo hemos perdido todo —sollozó Amaia.

—Claro que podremos. Mañana mismo nos pondremos manos a la obra y tu padre y tú no tardaréis en volver a ser felices entre estos muros.

Amaia intentó a duras penas esbozar una sonrisa.

No tardaría en perderla de nuevo. Si creía que el incendio era lo peor que les podía haber ocurrido, pronto descubriría que sus

problemas no habían hecho más que empezar.

SEGUNDA PARTE
1446-1448

15

LA GUERRA EN CASA

Otoño de 1446

El ataque llegó sin previo aviso. Apenas un par de horas antes, cuando Iñigo cenaba con el resto de milicianos del señor de Oialde una miserable escudilla de potaje de gallina, ninguno imaginaba la que se avecinaba. Sin embargo, mientras ellos llenaban el estómago, los atacantes estaban emboscados ultimando los detalles del asalto.

No hubo voces de alarma; solo el estruendo de un ariete al arrancar de una sola embestida la puerta del pequeño pabellón donde dormían los milicianos. Como el resto de ellos, Iñigo se despertó a tiempo para ver como los asaltantes entraban en tromba al dormitorio. Alarmado, se puso en pie de un ágil salto y se vistió la cota de malla antes de desenvainar la espada que colgaba de la pared junto a su jergón.

—¡Son oñacinos! —anunció aterrorizado el soldado que dormía a la derecha de Iñigo.

—¡Tirad las armas! —exclamó el que comandaba a los asaltantes, que se dispusieron a ambos lados de la puerta de entrada.

De un rápido vistazo, Iñigo calculó que los de Oialde superaban en número a los intrusos. Quince contra doce. Con un poco de suerte aún podrían vencer y salir vivos de aquella ratonera en la que se había convertido el pabellón.

—¡Rendíos o moriréis! —clamó el cabecilla de los asaltantes lanzando una rápida estocada contra el miliciano que ocupaba el catre más cercano a la puerta.

Un chorro de sangre manó del cuello del muchacho, que se desplomó con una expresión de incredulidad dibujada en su rostro. Iñigo sintió lástima por él. Apenas hacía un mes que Alain de Oialde lo había reclutado, arrancándolo de una familia humilde que vivía de lo poco que podía arañar a la tierra.

—¿A qué esperáis? ¿Acaso queréis acabar como él? —Las palabras del oñacino reverberaron en el bajo techo del edificio.

Primero uno, después otro, y más tarde un tercero, el sonido metálico que hacían al caer al suelo las espadas de quienes se rendían resonó como un vergonzoso tañido.

Iñigo se fijó en sus compañeros. Estaban paralizados. A las órdenes de Alain de Oialde habían atacado demasiadas casas-torre en mitad de la noche, pero jamás hasta entonces habían sido víctimas de una acción semejante.

—¡Recoged vuestras armas, maldita sea! —exclamó Lope dando un paso al frente—. ¡O lo hacéis o seré yo mismo quien os rebane el pescuezo!

Quienes se habían rendido le dedicaron una aterrorizada mirada antes de agacharse para recuperar sus espadas.

—¡Matadlos! ¡No quiero prisioneros! —ordenó el comandante enemigo.

Lope y Félix, los dos soldados más sanguinarios del valle de Oialde, encabezaron la defensa contra los oñacinos. En un segundo plano, Iñigo respondía a los golpes de espada de los pocos que lograban atravesar la primera línea. Las llamas oscilantes de los dos faroles que brindaban una tenue iluminación al pabellón contribuían a aumentar la inquietante sensación de que todo era una pesadilla. Sin embargo, el olor a sangre fresca y los espantosos aullidos de los heridos no dejaban lugar a dudas sobre la realidad de la situación.

La habilidad del de la cicatriz con la espada obligó a recular a los oñacinos. Los que no cayeron heridos o muertos tras recibir alguno de sus violentos mandobles, se vieron pronto obligados a salir al exterior del edificio por temor a quedar atrapados entre la espada y la pared.

—¡Vamos! —ordenó Lope en cuanto la puerta quedó libre—. ¡Todos a la torre!

Mientras Félix y él mantenían ocupados a los seis oñacinos que aún estaban en condiciones de luchar, Iñigo y los demás abandonaron el pabellón para dirigirse a la casa-torre. Apenas los separaban de ella unos pocos pasos, pero algunos creyeron que no llegarían nunca a alcanzar la protección de su interior.

—Esos cabrones los han degollado —anunció uno de los soldados de Oialde señalando los cuerpos sin vida de los dos centinelas, que yacían en medio del camino.

—Por eso no hemos oído ningún grito de alarma —se lamentó Iñigo—. Lo tenían todo bien calculado.

—Mirad. Hay alguien a caballo —musitó otro señalando hacia la oscuridad.

Se trataba de un pariente mayor. Su armadura, de mayor calidad que las rudimentarias cotas de malla con las que se protegían los milicianos, no dejaba lugar a dudas. Iñigo frunció el ceño. No comprendía qué hacía allí solo, junto a las escaleras de entrada a la torre donde se refugiaba Alain de Oialde.

—Ha enviado a los suyos al pabellón para acabar con nosotros mientras él se aseguraba de que nadie escapara de la torre. Una vez neutralizada la defensa, pretendería atacar el edificio principal —apuntó Igor, uno de los milicianos más veteranos.

El desconocido observó unos instantes a los ocho soldados de Oialde que se le acercaban. Parecía dudar entre atacar o recular. Iñigo rezó para que huyera. Un hombre a caballo podía hacer mucho daño contra un grupo de soldados a pie. Tras valorar sus posibilidades, el banderizo clavó espuelas en su caballo y se alejó al galope.

—¡Casi me matan y vosotros durmiendo! —los increpó un indignado Alain de Oialde asomado a la ventana de su dormitorio—. ¡Que alguien abra la maldita puerta!

Gonzalo, que como escudero del banderizo dormía en la casa-torre, abrió ligeramente el portón y se asomó con la espada desenvainada.

—¿Dónde os habíais metido? —inquirió al ver a sus compañeros.

—¿Tú qué crees? Han irrumpido en el pabellón y han asesinado a varios de los nuestros —espetó Igor apartando al escudero de un

manotazo.

Los demás se apresuraron a entrar tras él.

—Espera —apuntó Iñigo al comprobar que Gonzalo comenzaba a cerrar la puerta—. Aún faltan Lope y Félix. No creo que tarden en llegar.

Así fue. Los dos acotados llegaron a la carrera con los oñacinos persiguiéndolos a escasa distancia. En cuanto lograron entrar y antes de que los atacantes pudieran impedirlo, Gonzalo cerró el portón y se dispuso a reforzarlo por el interior. Para ello, lo ancló a la pared con varias barras de hierro colocadas de través.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible que los centinelas no los hayan visto? —exclamó Alain de Oialde caminando de un lado a otro de su dormitorio, donde había reunido a los diez milicianos que continuaban en condiciones de luchar.

Estaba furioso. Era la primera vez que la casa fuerte de los Oialde sufría un ataque de los oñacinos. Por si fuera poco, había reconocido a Persebal de Urdana, uno de sus más acérrimos rivales, en el hombre del caballo.

¡Pum! Los terribles golpes del ariete al chocar contra la puerta del edificio hacían vibrar toda su estructura.

—¿Cómo es posible que no haya aceite? Deberíamos estar más preparados —protestó Lope asomándose por la ventana para ver lo que ocurría en el exterior.

Iñigo se fijó en los demás. Ningún otro se atrevía a abrir la boca por miedo a ser objeto de la ira de Alain.

¡Pum! Cada golpe parecía más fuerte que el anterior.

—Si no podemos tirarles aceite, al menos podríamos arrojarles agua hirviendo —propuso Igor. Las canas de su barba parecían de plata a la luz de los candiles.

Alain se asomó a la ventana. Solo eran seis atacantes y el propio Persebal de Urdana, pero parecían decididos a entrar en su casa como fuera.

—Traedla inmediatamente. A ver si conseguimos abrasar a ese canalla —decidió girándose hacia sus hombres.

¡Pum! Un crujido acompañó esta vez la embestida. La puerta comenzaba a ceder.

—¿Cómo es que no hay un maldito arco en esta casa? —inquirió Alain indignado—. ¡Ahora podríamos repeler el ataque fácilmente!

—No esperábamos algo así, señor —apuntó Gonzalo.

Mientras discutían, Iñigo se asomó a la ventana. Tres pisos más abajo, seis hombres, tres a cada lado, sostenían un pesado ariete con la punta reforzada en hierro con el que se disponían a golpear de nuevo la puerta. Junto a ellos, Persebal de Urdana vociferaba órdenes sin bajarse siquiera del caballo. La determinación que mostraban aquellos oñacinos le hizo estremecerse. No lejos de ellos, en un charco oscuro que, a pesar de la oscuridad de la noche, se adivinaba que era de sangre, yacían los dos centinelas. El cuerno con el que debían haber alertado del ataque se encontraba hecho trizas junto a la mano de uno de ellos.

«Si me hubiera tocado montar guardia esta noche sería yo quien estaría en ese charco —se dijo Iñigo con un escalofrío.»

¡Crac! Esta vez sonó diferente. Era cuestión de tiempo que lograran entrar.

—¿Dónde está el agua hirviendo? ¡Maldita sea, no valéis para nada! —bramó Alain de Oialde con el rostro congestionado.

Dos criados entraron a toda prisa con un enorme caldero de agua humeante.

Iñigo se apartó de la ventana para dejar sitio a Félix y Lope, que tomaron la olla y se dispusieron a volcar su abrasador contenido sobre los oñacinos.

Apoyado en la ventana, Alain observaba a los atacantes con un brazo en alto para pedir a sus milicianos que aguardaran el momento oportuno.

—¡Ahora! —exclamó bajando el brazo.

Los acontecimientos se sucedieron con una rapidez de vértigo.

¡Crac! La puerta cedió en el preciso instante en que los milicianos de Oialde arrojaban el agua por el matacán.

Los gritos de júbilo de los oñacinos se fundieron rápidamente con sus propios alaridos de dolor. El propio Persebal de Urdana dio con sus huesos en el suelo al encabritarse su montura. Sin embargo, solo uno de los asaltantes sufrió quemaduras tan graves como para quedar fuera de combate. Sus estridentes aullidos desgarraron el silencio de la noche hasta que el pobre desgraciado cayó

inconsciente. Los demás recibieron salpicaduras dolorosas pero no tan serias como para abandonar el asedio.

—¡Al ataque! —Los oñacinos obedecieron la orden de Persebal de Urdana, entrando a la carrera en la casa-torre mientras el banderizo recuperaba su montura.

Paralizado por el terror, Iñigo recordó la noche lluviosa en la que, junto a otros milicianos y al mando de Alain, había atacado la torre de aquel oñacino. Hacía años de aquello, pero aún recordaba la angustia que había sentido al arruinar sus campos de cultivo mientras otros daban fuego a varios edificios del complejo. Persebal de Urdana tampoco había olvidado aquel ultraje y no parecía dispuesto a marcharse sin cobrarse la vida del propio Alain de Oialde.

—¡Arriba! ¡Al tercer piso, rápido! —Los oñacinos no perdieron el tiempo en los pisos inferiores de la casa-torre. No estaban allí para matar a unos criados asustados, sino para vengar las afrentas del banderizo que se había atrincherado en la planta superior del edificio.

Iñigo recorrió la estancia con la mirada. Con una decena de hombres armados ocupando gran parte del espacio habitable, parecía más un campo de batalla que un dormitorio. En una de las esquinas, sentada en una butaca de madera, la joven mujer de Alain lloraba aterrorizada. Hasta entonces Iñigo no la había visto jamás, pues rara vez abandonaba aquella habitación, pero se le antojó extremadamente delicada. Su belleza contrastaba con la feroz visión de una decena de milicianos envalentonados por el combate. Todos

blandían en la mano sus espadas, muchas ensangrentadas tras repeler a los oñacinos en el pabellón.

El primer golpe de hacha contra la puerta hizo estremecerse a Iñigo, que sintió demasiado cerca la llamada de la muerte.

—¡O ellos o nosotros! —exclamó Lope adoptando postura de combate—. ¡Si no queréis morir esta noche, no dudéis en matar!

Solo hicieron falta dos hachazos más. Al tercero, la puerta se partió por la mitad, dejando el paso libre a los asaltantes.

Un grito de terror de la esposa de Alain acompañó la entrada de los oñacinos en el dormitorio. Cuatro de ellos blandían espadas convencionales; el quinto, en cambio, aferraba con ambas manos el hacha con la que había derribado el portón.

—Somos once contra cinco. No tienen nada que hacer. ¡Que no quede ni uno vivo! ¡Ni uno! —exclamó Alain fuera de sí.

El banderizo se encontraba en la retaguardia, de modo que, para llegar hasta él, los oñacinos tuvieran antes que lograr abrirse camino entre los milicianos que lo protegían.

Parecían dispuestos a hacerlo. Atacaban con tanta saña, que Iñigo temió que lograran diezmar rápidamente a los de Oialde pese a encontrarse en clara desventaja numérica.

—¡Vete al infierno! —clamó uno de los asaltantes tras segar la vida de Igor, que se desplomó vomitando sangre.

Félix vengó la muerte del veterano guerrero clavando a su asesino una espada en la garganta. El cálido torrente de sangre que brotó de ella salpicó a quienes se encontraban a su alrededor.

Lejos de amilanarse, los oñacinos redoblaron sus esfuerzos, lanzando mandobles a diestro y siniestro y haciendo retroceder a los de Oialde, poco experimentados en las luchas cuerpo a cuerpo. Félix y Lope eran los únicos que sabían lo que era matar a un hombre. Los demás no eran sino jóvenes que, como Iñigo, procedían de familias para las que las guerras eran algo muy lejano.

—¡Vamos, que no os hagan recular! —exclamó Lope fuera de sí.

Sus palabras no sirvieron de mucho, pues los asaltantes continuaron ganando terreno hasta llevar el combate al centro del dormitorio. El sonido metálico de las espadas al entrechocar y los aullidos casi inhumanos de los combatientes resultaban estremecedores.

Alain de Oialde dio un paso atrás hasta colocarse junto a la ventana.

Iñigo se sorprendió al descubrir la lividez del rostro del banderizo. El señor del valle estaba aterrorizado. Nunca hasta entonces se había imaginado en una situación semejante; sus asaltos consistían en incendiar, arrasar y matar a adversarios desarmados, no en demostrar quién era mejor manejando la espada. Y menos aún en su propia torre. Aquello no ocurría ni en la peor de sus pesadillas.

—¡Oialde, hasta aquí han llegado tus días! —La voz de Persebal de Urdana llegó apagada desde el exterior.

Alain se asomó a la ventana. Montado en su caballo, el oñacino alzó un puño en ademán victorioso. El de Oialde no tuvo tiempo de contestar. Un fuerte empujón lo derribó, apartándolo de la ventana

en el preciso instante en que el hacha se clavaba contra su marco. Iñigo, que rodó por el suelo junto al banderizo, acababa de salvarle la vida.

El atacante no se dio por vencido y volvió a alzar el arma por encima de su cabeza para descargarla con fuerza sobre el pariente mayor. En su rostro se dibujaba una grotesca sonrisa de satisfacción. Se sabía vencedor.

Tendido junto a Alain, Iñigo buscó desesperado con la mirada a sus compañeros. Lope y Félix se encontraban en plena refriega con los tres oñacinos restantes. Los demás se habían parapetado tras una mesa que habían derribado. Con una enorme sensación de impotencia, comprendió que nadie iba a acudir en su ayuda.

—Adiós, señorito de Oialde —se burló el del hacha descargándola con fuerza sobre Alain.

El banderizo soltó la espada y se cubrió la cara con las manos. Sabía que su final había llegado. Sin embargo, antes de que el arma alcanzara su objetivo, el agresor mudó la sonrisa por una mueca de horror. Iñigo había logrado clavarle una espada en el corazón, atravesando para ello la cota de malla del miliciano. Lo hizo sujetando la empuñadura con fuerza y aprovechando la fuerza del propio oñacino, que al abalanzarse sobre Alain, escribió su propia sentencia de muerte. El herido abrió la boca para decir algo, pero de ella no salió más que una bocanada de sangre. Sin fuerza para nada más, el agresor dejó caer el hacha, que rebotó junto a la cabeza de Alain. Después se desplomó sin vida sobre él.

—¡Quitádmelo de encima! —ordenó Alain.

Mientras lo hacía, Iñigo comprobó satisfecho que sus compañeros también habían acabado con los demás oñacinos. Lamentablemente, tres muchachos de Oialde habían caído en la refriega. A ellos había que sumar las numerosas bajas sufridas en el pabellón.

Tan pronto como le apartó el cadáver de encima, Alain se incorporó furioso. Estaba fuera de sí.

—¡Muere, hijo de puta! —exclamó el señor de Oialde clavando una y otra vez la espada en el pecho del cadáver. Al ver la espantosa escena y liberada de la tensión del ataque, su mujer rompió a llorar.

—Señor, ya está muerto —apuntó Gonzalo.

—¡Muere, muere, muere...! —El banderizo continuó desahogándose con el cuerpo del oñacino hasta caer agotado.

—Les hemos vencido —anunció Lope acercándose hasta él. A su alrededor se amontonaban los caídos de uno y otro bando; hombres mutilados que habían perdido la vida por alimentar la gloria de sus señores.

Sin levantarse de la esquina donde se había sentado, Alain alzó la vista hacia el de la cicatriz.

—Quiero que bajéis ahora mismo y acabéis con ese canalla —ordenó Alain con la cara ensangrentada.

Antes de que acabara la frase, el galope de un caballo le anunció que era demasiado tarde. Persebal de Urdana había emprendido la huida.

16

EL MERCADO

Otoño de 1446

La ciudad estaba atestada de gente, algo habitual en día de mercado. La tormenta caída durante la última noche no ayudaba, pues las calles, de precario firme de tierra, estaban embarradas. Un penetrante hedor a aguas fecales, acrecentado por la humedad, flotaba pegajoso en el ambiente. Decididamente no se trataba del mejor día para el paseo, pero Aitor no tenía nada mejor que hacer.

Cuando la víspera había llegado a Vitoria, uno de los guardias que custodiaban la puerta le avisó de que tenía una rueda torcida. Al llegar a la posada El Pato Azul, revisó el carro con ayuda del mozo de cuadra. La rueda estaba a punto de partirse en plena unión con el eje. No podía continuar el viaje así, y mucho menos con los toneles de vino que había cargado en Laguardia. De haberle ocurrido cerca de casa, lo habría podido arreglar personalmente, pero allí no tenía herramientas. El mozo se ofreció a avisar a un aperador de confianza para que lo reparara cuanto antes. En el mejor de los casos, no podría reanudar el viaje hasta pasado el mediodía.

—¡Aparta de en medio!

Sin tiempo de mirar atrás se echó hacia un lado, evitando que un carro tirado por una mula le pasara por encima. Su conductor, un barbudo con el torso desnudo, azuzaba con saña al animal para que avanzara más deprisa.

—¡Quita de aquí! ¡Deja pasar! —continuaba gritando a la muchedumbre para abrirse paso.

Conforme se acercó a la zona del mercado, la algarabía fue creciendo. Los reclamos de los vendedores se mezclaban para crear un griterío ensordecedor en el que difícilmente se entendían las alabanzas que dirigían a los productos que vendían.

Aitor se detuvo cuando la estrecha calle desembocó en la plaza. El hedor reinante en la ciudad quedaba allí oculto bajo un manto de aromas provenientes de los diferentes puestos. Especias exóticas, frutas, vino, dulces..., un sinfín de olores se unían para crear un embriagador perfume con miles de matices fascinantes. Los tenderetes se extendían por toda la plaza; algunos buscando la protección de los edificios, otros en medio del espacio público. La marea humana se movía aquí y allá, inundando todos los rincones.

Sin embargo, el aparente desorden seguía un orden establecido. A un lado se encontraban los vendedores de frutas, a otro los de carne, más allá los que vendían pescado y un poco más cerca los mercaderes de vino. La propia distribución gremial de la villa, organizada en barrios según los oficios que se desarrollaban, tenía su reflejo en el mercado semanal.

Tras observarlo unos minutos desde la distancia, Aitor se dejó engullir por aquel gigantesco vientre de la ciudad.

—¡Manzanas! ¡Vendo las mejores manzanas!

—¡Queso! ¡Queso fresco de la montaña!

El espectáculo era impresionante. Colores, olores, sonidos, todo se conjugaba para crear un ritmo frenético que hipnotizaba a los

visitantes, impulsándolos a comprar. La propia luz, que se filtraba entre los toldos que protegían las mercancías más delicadas, parecía dispuesta para atraer a los compradores.

Algunos clientes se paraban ante los tenderetes bien surtidos de frutas y verduras de grandes comerciantes, pero la mayoría se dirigía directamente a las pequeñas paradas de los campesinos. Estos vendían los productos de su propia huerta, generalmente en puestos tan sencillos que se limitaban a la mercancía extendida sobre el suelo de la plaza. Muchos de ellos se habrían levantado cuando aún era noche cerrada para llegar a tiempo al mercado.

—Prueba mis manzanas —le pidió un labrador, ofreciéndole un trozo de fruta.

—Tengo todas las que quiera en casa —se disculpó Aitor.

—No como esta. Pruébala.

El joven se rió ante tanta insistencia. Tomó el trozo de manzana y se lo llevó a la boca. Era deliciosa.

—¿Las tuyas no son tan buenas, eh? —se burló el otro.

—Las mías son para hacer sidra. No son tan dulces ni tan sabrosas.

—No busques más. No encontrarás en todo el mercado manzanas como estas. ¿Cuántas quieres?

Aitor se echó a reír. Era un gran vendedor aquel tipo. En ningún momento se había planteado comprar nada.

—¿Eres de la costa? —le preguntó mientras llenaba un pequeño saco de esparto con varias piezas de fruta.

—Sí, vivo a una legua de Getaria.

—Tienes suerte. Tus manzanas no serán tan buenas como las mías, pero tienes cerca el mar. Quien prueba una buena sardina o un besugo no quiere volver a saber nada de las insípidas truchas y barbos que se pescan en los ríos.

—Todo no se puede tener —bromeó Aitor mientras le pagaba.

El otro se encogió de hombros y, dando por terminada la conversación, se giró hacia una anciana que pasaba por allí.

—Señora, pruebe mis manzanas.

Decidió alejarse de los puestos de frutas y verduras antes de que le obligaran a comprar algo más. Sin apenas transición se encontró paseando entre mesas repletas de carne. Algunos ofrecían salchichones, chorizos y otros embutidos curados, pero la mayor parte de los carniceros vendían carne fresca que despiezaban allí mismo. Grandes moscas negras volaban aquí y allá, pero los vendedores se encargaban de espantarlas en cuanto se acercaban a sus puestos. Largos regueros de sangre caían de las mesas y se extendían por el suelo, tiñendo de rojo la tierra embarrada y formando riachuelos pestilentes que parecían entusiasmar a los insectos.

Decididamente no era el mejor ambiente por el que pasear, así que apretó el paso para salir cuanto antes de entre las carnicerías. La siguiente parada no era mucho mejor.

—¡Truchas frescas recién pescadas!

Decenas de pescados se apilaban sobre el suelo. Acostumbrado a las capturas de la costa y a las truchas que pescaban en el Urbeltza, Aitor sintió náuseas al respirar el hedor que emanaba de aquellos pescados. Había que tener la cara muy dura para decir que los acababan de pescar. Unos pasos más allá, una multitud rodeaba una parada. En un primer momento supuso que venderían truchas en buen estado, pero al acercarse comprobó que se trataba de sardinas en salazón. Al parecer el vendedor de manzanas no era el único que prefería la pesca de mar a la de río.

Un agradable olor a carne asada distrajo su atención. Una columna de humo asomaba entre los toldos cercanos. Se dejó guiar por ella y por su olfato hasta llegar a una lumbre donde se asaba lentamente una vaca. Abierta en canal y atada por las patas a una estructura de hierro, el calor de las brasas la cocinaba lentamente. La escena le abrió el apetito. No era el único, pues eran muchos quienes esperaban a que el manjar estuviera listo. Varias tabernas ambulantes se disponían de forma circular en torno al asado. Aitor se acercó a una de ellas y pidió un vino.

—Ya está hecha. La quemarás —se quejó uno de los que esperaban.

Otros se unieron a él, a coro.

El que se ocupaba del asado no se inmutó. Continuó cuidando de las brasas como si no fuera con él la cosa.

El griterío se fue haciendo más intenso.

—¡Siempre la quemas!

—¡Dedícate a calzar viejas!

—¡Tenemos hambre!

Cada vez que alguien abría la boca para protestar, los demás reían groseramente la ocurrencia. Finalmente, el cocinero tiró la toalla y pidió ayuda para retirar el asado de las brasas.

—Sois unos pesados. Siempre hacéis lo mismo. Si está cruda os podéis ir preparando —dijo mientras cortaba las primeras raciones con la ayuda de un cuchillo tan grande que ninguno de los alborotadores volvió a abrir la boca.

Aitor esperó su turno con impaciencia. No había probado bocado desde que se había despertado. Y de eso hacía unas cuantas horas. Cuando consiguió su tajada de carne humeante, se dirigió a unas rudimentarias mesas de madera. Se sentó en un banco corrido junto a varios campesinos y se dispuso a dar buena cuenta del asado.

—¡Está en su punto! Si no es por nosotros, la quemas —le increpó al cocinero un hombre que aún tenía ganas de gresca.

Estaba realmente deliciosa. Aitor devoró su ración, que le sirvieron con un pedazo de pan de trigo que también le supo a gloria. Pensó en pedir una nueva porción, pero la larga cola que se había formado al correrse por el mercado la voz de que la vaca ya estaba asada le hizo desistir.

Decidió comprar un par de hogazas de pan para llevar a su familia. El pan de Vitoria era bueno, pero no tanto como el que acababa de probar.

—Perdone —interrumpió al cocinero, que continuaba troceando la vaca asada—. ¿Dónde puedo comprar pan como el suyo?

El otro se rió.

—Te gusta, ¿eh? —replicó sin dejar el cuchillo—. Es el mejor de toda la zona. Lo hornean en las tierras de los Mendoza, fuera de la ciudad. Pero no te preocupes, no tendrás que ir hasta allí porque los días de mercado lo venden aquí. ¿Ves aquel puesto de allí? —inquirió, señalando con el cuchillo hacia una mesa lejana repleta de hogazas de pan.

Aitor asintió.

—Pues date prisa, no se les vayan a acabar —le apremió el otro mientras comenzaban a increparle los que esperaban ansiosos su ración de carne.

Un par de minutos después llevaba bajo el brazo las dos hogazas más grandes que quedaban en la panadería ambulante. El paseo hasta El Pato Azul le resultó engorroso de tanta gente que iba y venía del mercado, pero al llegar encontró arreglados los desperfectos en el carro.

—He reforzado el eje porque el peso de los barriles es excesivo. Deberías revisarlo cada vez que emprendas un viaje si quieres evitar problemas en plena ruta —le explicó el aperador.

—Así lo haré. La próxima vez que pase por aquí te haré llamar para que le eches un vistazo —contestó Aitor, satisfecho con la rapidez y la calidad del arreglo.

El resto del viaje de regreso discurrió sin problemas. El carro no volvió a fallar y el único enemigo de Aitor fue el tedio de pasar tantas horas solo, sentado en el pescante y viendo el mundo desde detrás de las cornamentas de sus dos bueyes. La excitación de afrontar su primer viaje al sur sin Eneko y el miedo a los asaltos fueron desvaneciéndose a medida que se aproximaba a la costa. Rara vez sufrían contratiempos en aquel último tramo. Era tan escaso el tráfico de mercancías en los caminos secundarios que se desviaban desde Arlaban hasta Oialde que los bandidos no parecían encontrarlos interesantes. Pensó en su padre. Estaría orgulloso cuando le viera llegar con la carga. Hasta entonces, había sido él quien se ocupaba de ir periódicamente a la bodega del Barbas en busca de vino mientras Aitor permanecía en el caserío en espera de posibles clientes. Sin embargo, tras el último viaje, Eneko estuvo muy débil durante varios días. Apenas podía moverse de la cama, pues si lo hacía, sentía una presión fuerte en el pecho.

—Es el corazón —profetizó Maritxu cuando acudió a ver al enfermo.

Arantza se llevó las manos a la cara para ocultar una mueca de terror.

—¿Morirá?

—No temáis. Traed una gallina.

Aitor corrió al corral y agarró por las patas la más grande de todas.

La curandera rompió el cuello del animal con un movimiento rápido de las manos. Después tomó un cuchillo bien afilado y le

realizó una incisión en la tripa. Introdujo por ella su mano arrugada y le arrancó el corazón, aún caliente. En presencia de Eneko, acribilló a alfilerazos el diminuto órgano y después lo enterró en un rincón del huerto familiar.

—En cuanto se pudra desaparecerá la enfermedad.

Así fue. Días después el padre de familia dejó de sentirse mal y volvió al trabajo. Sin embargo, estuvo de acuerdo en cuanto Aitor le propuso que se quedara al cuidado del negocio mientras él iba al sur en busca de vino.

—A tus diecisiete años, eres todo un hombre —le dijo mirándole directamente a los ojos—. Estoy seguro de que te enfrentarás a los peligros del viaje mejor que yo, que cada día que pasa me encuentro más cansado.

Iba tan inmerso en sus pensamientos, que no se percató de que llegaba a la aldea hasta que pasó junto al molino de Fermín. Desde el interior le llegaba, apagado por el chapoteo del agua, el áspero sonido de la muela moliendo el cereal.

—¿Ya estás de vuelta? Me parece a mí que compráis el vino en Vitoria. No puede dar tiempo a ir y volver de Laguardia en tan poco tiempo —se burló el molinero asomando por la puerta.

—Bien sabes que es de Laguardia porque desde que lo probaste no bebes de ningún otro —le replicó Aitor con gesto divertido.

A partir del molino, el camino remontaba una ligera pendiente para alejarse del cauce y así evitar inundaciones debido a las

crecidas. Tras una curva, Aitor tomó el desvío que conducía a su caserío.

—¡Hijo, ya estás aquí! —Arantza dejó la azada con la que araba el huerto y lo abrazó con fuerza. Al rodearla con sus brazos se dio cuenta con tristeza de lo envejecida que estaba su madre. Parecía tan débil, con todos los huesos a flor de piel y la mirada tan triste... Y todo había comenzado cuando el señor de Oialde le había arrebatado a su hijo mayor—. Hubo un ataque. Muchos murieron y temimos que Iñigo pudiera estar entre ellos —añadió la mujer entre sollozos.

—¿Un ataque? —inquirió Aitor sin comprender—. ¿Dónde?

Eneko no tardó en aparecer por la puerta del almacén.

—Te esperábamos, sabíamos que volverías hoy —le saludó—. Los enemigos de Alain de Oialde atacaron su casa-torre hace tres noches. Hubo un montón de muertos —hizo una pausa antes de continuar—. Tu hermano le salvó la vida al banderizo.

—¿Iñigo? ¡Mejor hubiera sido que lo dejara morir! —exclamó Aitor—. ¿Sabéis si está bien?

—Ayer vino a vernos. Estaba asustado pero no sufrió herida alguna. Dice que no consigue quitarse de la cabeza la mirada del hombre al que mató —explicó su padre.

—Ese canalla nos lo robó —sollozó la madre—. Él solo quería ser pastor y míralo, matando gente a la que ni siquiera conoce. ¡Maldito señor de Oialde!

—No digas esas cosas tan alegremente, que en este valle las piedras oyen —la regañó Eneko antes de girarse hacia Aitor—. ¿Ha ido todo bien por ahí?

—Muy bien, padre. Solo tuve un problema con una rueda, pero en El Pato Azul lo repararon enseguida. El Barbas te envía recuerdos. Dice que eso del corazón son excusas para quedarte en casa durmiendo mientras yo trabajo.

—¿Eso dice el muy bribón? La próxima vez iré yo y le agarraré de esas barbotas —replicó bromeando.

Tras explicarle los pormenores del viaje, Aitor comenzó a descargar los toneles. Eneko les había hecho un hueco en el almacén. Había dispuesto las calzas para que no hiciera falta más que bajarlos del carro y colocarlos sobre ellas. Una vez que hubieron acabado, Aitor echó un rápido vistazo a aquella bodega en la que había quedado convertido el viejo cobertizo.

—Dieciséis —contó en voz alta.

Durante los últimos años habían ampliado paulatinamente el número de toneles con los que trabajaban. De ese modo no era necesario esperar a que se vaciasen todos para ir en busca de más vino. Así siempre tenían existencias y uno de los dos podía quedarse en casa vendiendo. Se había corrido la voz de que su vino era el mejor de la zona y no eran pocos los viajeros que se detenían ante su puerta para comprar una bota o incluso un tonel de aquel elixir.

—Sí, hijo. Dieciséis. Más otros cuatro o cinco que tenemos prestados a diferentes posadas —le dijo Eneko apoyándole una

mano en el hombro—. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Todo esto que ves aquí lo has logrado tú.

Aitor se apartó, incómodo. Tomó un cepillo y comenzó a cepillar a los bueyes.

—Padre, ¿crees que podríamos hacer sardinas en salazón? —preguntó sin levantar la vista de los animales.

—¿Te apetecen sardinas? Mañana tengo que ir a las tabernas del puerto. No me olvidaré de comprarlas. —Pese a los abusos del señor de Oialde, el negocio del vino permitía a la familia vivir de forma más desahogada que en el pasado.

Aitor se rió.

—No, me refiero a comprar grandes cantidades de pescado para ponerlo en salazón. En Vitoria tiene mucho éxito. Lo prefieren a los pescados de río. Estoy seguro de que en Laguardia también se vendería bien.

Eneko permaneció unos instantes con la mirada fija en su hijo. Se había prometido a sí mismo no volver a discutirle sus ideas, que hasta el momento no habían aportado más que bienestar a la familia. Pero aquello era demasiado.

—¿Sardinas en salazón? ¿Ahora que dominamos el comercio del vino en nuestra zona pretendes que nos convirtamos en pescaderos?

Aitor sabía que le iba a costar explicárselo, pero no imaginaba que su padre comenzara a encontrar pegas desde el primer momento.

—No, no es eso. Cuando volvemos de Laguardia traemos el carro cargado de vino, pero cuando viajamos hacia allí lo hacemos sin carga. Se trata de aprovechar el viaje en ambos sentidos.

—¿Y quién venderá el pescado? Nosotros no podemos desdoblarnos, no podemos ir al mercado a poner una parada.

—Seguro que el Barbas conoce a alguien que esté interesado en venderlo. Si hubieras visto el éxito del puesto de sardinas en el mercado de Vitoria no me pondrías tantas pegas.

Eneko se dijo que tal vez no fuera tan mala idea. Sin embargo, aún encontró un importante problema logístico.

—Te olvidas de que el carro siempre viaja a tope. Solo caben ocho toneles que, de ida, viajan vacíos y, de vuelta, lo hacen llenos. ¿Dónde has pensado meter las sardinas?

Aitor tomó un palo y dibujó un carro en el suelo de tierra.

—No es tan complicado. Le haremos algunas reformas para que podamos transportar dos pisos de barriles. En el inferior viajarán los llenos y sobre ellos los vacíos. Para las sardinas podemos aprovechar las barricas donde guardábamos la sidra, esas a las que nunca encontramos utilidad.

Un profundo suspiro fue la única respuesta que obtuvo de su padre, que abandonó pensativo el almacén. Aitor le oyó hablando con Arantza, pero el ruido que hacían los bueyes al masticar el forraje le impedía entender lo que decían. No le dio tiempo a planteárselo porque Eneko no tardó en regresar.

—He hablado con tu madre —anunció—. Está dispuesta a ser ella quien se ocupe de poner las sardinas en salazón. Pero necesita que le traigamos el pescado y abundante sal.

Encontró a Amaia junto a la colmena. La joven, que ya contaba dieciséis años, estaba agachada junto a uno de los troncos huecos de castaño donde vivían las abejas. Llevaba un fino vestido blanco que dibujaba bajo sus pliegues unos preciosos pechos firmes y redondeados. Aitor permaneció en silencio y a cierta distancia mientras ella destapaba con sumo cuidado la tapa superior del tronco. Las abejas, atontadas por el humo que emanaba de una madera ardiente, revoloteaban a su alrededor. El gesto concentrado de la muchacha realzaba el atractivo de su rostro. Una barbilla ligeramente prominente sobresalía entre unos rasgos amables donde se abrían unos inteligentes ojos de intenso color negro.

Con cuidado de no realizar movimientos bruscos, extrajo un panal. Los insectos se hicieron más numerosos y Aitor dio unos pasos hacia atrás. Amaia, en cambio, continuaba concentrada en lo que hacía. Nadie en la aldea lograba mantener tan calmadas a las abejas como ella. Volvió a cerrar muy despacio la tapa superior de la colmena. Poco a poco, mientras los insectos entraban y salían aletargados por los cuatro agujeros abiertos en la corteza del tronco, se giró para dirigirse hacia el caserío.

Fue entonces cuando vio al joven. Se ruborizó al descubrir que la estaba observando.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hace poco. El tiempo de descargar y limpiar los bueyes.

—¿Tantas ganas tenías de verme? —bromeó Amaia.

Aitor se rascó la cabeza, incómodo.

—No, no —las palabras se le atascaban en la garganta—. Yo... solo venía a ver qué tal te iba por aquí.

Amaia untó un dedo en la miel que llevaba en un cuenco y se lo metió en la boca, echándose a reír.

—¿Quieres probar? —ofreció untando de nuevo el dedo en la miel.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, la joven le acercó el dedo a los labios.

—¡Abre la boca, no seas tonto!

Él obedeció y le chupó el dedo. El pegajoso sabor dulzón de la miel inundó su boca. Amaia se rió y le dio un abrazo, regalándole un sentido beso en la mejilla y acariciando su espalda, tersa y musculada de tanto acarrear pesados toneles.

Aitor sintió que se ruborizaba.

—Todo va bien. Aún nos emocionamos al recordar todo lo que hicisteis por nosotros. Si hoy volvemos a tener casa se lo debemos a todos los vecinos de la aldea. Sobre todo a ti.

El muchacho contempló orgulloso el caserío. Ocupaba el solar del anterior y sus formas exteriores eran similares, pero en realidad existía una diferencia fundamental. Y es que el mismo día del incendio, cuando todo parecía perdido y Xabier se sentía demasiado

cansado para comenzar de nuevo y arriesgarse a que volviera a ocurrir, Aitor le propuso prescindir de la madera en el nuevo edificio.

—Sin madera no se mantendrá en pie. Las vigas son necesarias para la estructura —le replicó el mercader de carbón.

—En la iglesia no hay vigas, las bóvedas no las necesitan. Podemos copiar su estructura.

Xabier se le quedó mirando fascinado. ¿Cómo podía ser que aquel mocoso hubiera tenido una idea tan genial?

Sin embargo, no iba a resultar fácil; era necesaria mucha piedra para construir un caserío así y el único carro de que disponían se había quemado. Antes de que el mercader tirase la toalla, los vecinos le sorprendieron con un movimiento de solidaridad como no se había visto nunca en el valle. Durante semanas, aprovecharon todos sus ratos libres para acudir en busca de piedra.

La suerte seguía de su lado porque, por un puñado de maravedís, el maestro cantero que dirigía la obra de la ferrería dibujó unos planos basados en la idea de Aitor. Después instruyó a los vecinos para que pudieran levantar los muros. Tras acabar sus jornadas laborales, en plena noche la mayoría de las veces, todos acudían a echar una mano en la obra.

Así fue construido gran parte del edificio, pero el remate final se dilató considerablemente porque era necesaria mano de obra especializada. Cualquier campesino no era capaz de construir una bóveda, de modo que Xabier pagó con los pocos ahorros que aún le quedaban a los constructores de la ferrería, que no pudieron acudir

a rematar el nuevo caserío hasta que esta estuvo en funcionamiento.

Aitor se asomó al interior. El almacén estaba casi lleno. Los sacos de carbón se ordenaban bajo la cubierta abovedada, que lo hacía parecer aún mayor.

—Pronto llegará el invierno —le dijo Amaia—. Será el primero que pasemos aquí, seguro que estaremos bien.

El joven asintió. El mercader y su hija habían vivido los últimos años en una rudimentaria casa de madera que habían levantado a pie de obra. No cabía duda de que los gruesos muros de su nuevo hogar les protegerían del frío mejor incluso que su antiguo caserío.

—Estaréis muy bien —aseguró convencido.

Un rítmico martilleo metálico comenzó a repiquetear en la distancia. El sonido se había convertido en los últimos meses en la banda sonora del valle. Se trataba del inconfundible golpeteo del martillo pilón sobre el yunque. En ocasiones, cuando el viento venía del mar, un penetrante olor a hierro fundido inundaba todos los rincones de Oialde.

—Cada día hacen más complicado nuestro trabajo —comentó Amaia señalando con el mentón hacia la ferrería, que quedaba oculta entre los árboles sobre los que se asomaba la casa-torre.

—¿Por qué?

—Ese maldito señor de Oialde necesita demasiado carbón para su ferrería y amenaza a los carboneros con los que trabajamos para

que se alejen. De ese modo, el muy canalla puede disponer de toda la madera cercana a la aldea.

—¡Algún día se las devolveremos todas! —contestó Aitor con gesto airado.

Amaia le dedicó una intensa mirada. Le encantaban su inconformismo y sus ganas de luchar contra los abusos del señor.

17

LA FERRERÍA

Invierno de 1446/47

La nueva ferrería funcionaba a pleno rendimiento, inundando el valle con el rítmico martilleo metálico de la forja hasta bien entrada la noche. El señor de Oialde estaba exultante, pues en apenas unos meses había recuperado la enorme suma de dinero gastada en su puesta en marcha. El presupuesto se había triplicado y había llegado a temer que se arruinaría, pero sus arcas, que habían quedado vacías, no habían tardado en volver a llenarse de maravedís. Y es que la transformación del mineral en bruto en tochos de hierro listos para ser trabajados por los herreros resultaba aún más lucrativa de lo que esperaba. Se sentía tan orgulloso de su industria que cada día comprobaba personalmente el trabajo de los ferrones.

Las últimas hojas de los árboles se aferraban aún a las ramas, pero no tardarían en caer. Las primeras heladas se habían adelantado, augurando un invierno largo y duro. Era la última hora de la tarde de un corto día en el que el sol no había conseguido abrirse paso entre las nubes y, como cada día, Alain de Oialde se encontraba entre los gruesos muros de la ferrería. El calor sofocante le hacía sudar. Mikel, el administrador, se acercó hasta él con una tablilla donde anotaba la producción de la jornada.

—Veinticuatro tochos acabados y dos más en los que están trabajando ahora.

Alain asintió con una leve mueca de satisfacción. Era la producción habitual en un día sin problemas. A veces alguna rama atascaba la acometida de aguas, o se desencajaban los rodamientos de la gran rueda que lo ponía todo en marcha, o una chispa perdida prendía fuego en algún rincón... Entonces los tochos de hierro que obtenían eran menos, pero lo normal era que rondaran los veinticinco. De modo que veintiséis era un buen número. Más maravedís para sus arcas; más recursos para seguir haciendo la guerra y convertirse en el señor más influyente de la zona. Estaba más satisfecho de lo que su inescrutable rostro dejaba traslucir.

—Si contáramos con más ferrones la ferrería podría funcionar día y noche.

Fue un pensamiento en voz alta, en busca de una manera de aumentar los beneficios. No era la primera vez que proponía lo mismo, pero la respuesta del administrador era siempre la misma.

—No es posible, Alain —replicó con tono cansino, harto de explicarle siempre lo mismo—. La producción de mineral de hierro de tus minas no da para más. Tendríamos que contratar también a más mineros y comprar más material, más carros... El coste se dispararía.

Alain de Oialde mantuvo por unos segundos la mirada fija en aquel hombre. No le gustaban las formas condescendientes con las que le trataba, ni sus ojos, pequeños y extremadamente juntos. En realidad era todo su rostro el que le resultaba desagradable. Además, era pequeño y obeso, tenía el pelo grasiento y siempre estaba empapado de sudor. Sintió unas enormes ganas de propinarle

un buen puñetazo en su maldita cara. Tal vez así aprendería a hablarle con el respeto debido.

Los músculos de su brazo derecho, acostumbrados a la batalla, se tensaron. Pero no, no podía hacerlo. Aquella rata era el mejor administrador que podía encontrar. Fue él quien le sugirió la necesidad de construir una ferrería de agua para aumentar los beneficios de la explotación del hierro. Como tantas otras veces, se contuvo en el último momento y, con un suspiro, se dijo que algún día no aguantaría más y acabaría por matarlo.

—Más carbón —un ferrón se dirigía a un compañero, gritando para hacerse oír por encima del martilleo constante del mazo.

El otro cogió un canasto cargado de combustible y lo vertió en el horno, que se alimentaba por una boca superior. Alain miraba maravillado el trabajo de aquellos hombres. Trabajaban cada día desde el amanecer hasta la puesta de sol y apenas paraban para desayunar y almorzar. Vestían grandes capas de lana que cubrían por completo su cuerpo y se protegían los cabellos y el rostro envolviéndolos con anchas bandas de tela entre las que asomaban solo la nariz y los ojos. El hollín los ennegrecía por completo.

Con suma diligencia, los dos ferrones colocaron en el horno varias capas alternas de carbón vegetal y mineral desmenuzado, al que prendieron fuego. Para avivarlo, un tercer trabajador tiró de la palanca que activaba un enorme fuelle. Un resplandor rojizo iluminó todos los rincones de la ferrería. Durante unos minutos, la mezcla fue ganando temperatura, hasta llegar a formar una masa incandescente. Entonces el mismo ferrón que accionaba el

mecanismo que aumentaba o disminuía el ritmo del fuelle, comenzó a removerla con una pesada vara. La escoria líquida, que quedaba en el fondo, salía por un aliviadero inferior.

Cuando el que removía decidió que el hierro estaba listo, hizo un gesto a los dos ferrones que habían cargado el horno. Con la ayuda de largas varas, estos extrajeron el mineral incandescente y lo llevaron al yunque. El cuarto y último de los ferrones se ocupaba allí de que los rítmicos golpes del gigantesco mazo compactaran las partículas de carbón y hierro.

El señor de Oialde arrugó la nariz. Era en aquel momento cuando el dulzón olor del hierro era más penetrante, más incluso que cuando se derretía en el horno. Era un aroma ligeramente desagradable, similar al de las armaduras oxidadas. Desde que la ferrería estaba en marcha, cada vez que regresaba de alguna refriega, sentía que se aproximaba al valle porque aquel olor lo impregnaba todo en casi una legua a la redonda. Esa bienvenida le henchía de orgullo.

—¡Otro tocho! —gritó el del yunque mientras tiraba de la palanca que desconectaba el mazo de la rueda dentada que lo movía. La jornada laboral había terminado.

Mientras los cuatro ferrones preparaban todo para reemprender el trabajo al amanecer, Alain se dedicó a contemplar el intrincado mecanismo que hacía funcionar todos los instrumentos de la ferrería. Era realmente fascinante la forma de aprovechar la fuerza del agua. Y es que era la propia corriente del río, desviada por medio de una larga antepara, la que hacía girar una gigantesca rueda provista de

aspas. Su eje accionaba una segunda rueda dentada que ponía en marcha el mazo. Un artilugio, colgado del techo, llevaba el movimiento de esta última rueda hasta el fuelle, cuyos sonidos semejaban la respiración de un temible dragón. Alain se lo imaginó dormido tras el muro de piedra que protegía el fuelle, una delicada estructura de madera y cuero, del fuego del horno.

Unas pisadas de bueyes y un traqueteo le hicieron volver a la realidad.

—Descargad antes de que arrecie —la voz del administrador le llegó desde el exterior.

¿Arreciar? ¿Qué era lo que podía arreciar? Se dirigió a la puerta y, a pesar de que era casi noche cerrada, la claridad le obligó a entrecerrar los ojos. Enormes copos de nieve caían con fuerza en medio de un silencio sepulcral. Un manto blanco, que sobrepasaba ya el palmo de espesor, lo cubría todo, amortiguando los sonidos. El invierno estaba llamando a la puerta. Por suerte, sus vacas habían bajado al valle esa misma mañana, antes de la llegada de las primeras nieves.

—¿Tendremos problemas? —preguntó al administrador.

—No, ninguno. Dejaremos la antepara abierta toda la noche para que el agua fluya y así evitaremos que se hiele. Mañana todo funcionará con normalidad.

—Así lo espero.

Su tono de voz hizo estremecerse a Mikel, que deseó con todas sus fuerzas que por la mañana el trabajo pudiera reanudarse sin problemas. Días atrás, con la primera helada, el canal que traía el

agua que hacía mover los engranajes se heló durante la noche y pasaron horas hasta que pudieron reanudar el trabajo. Alain se enfadó tanto que llegó a mostrarle el látigo y temía que si volvía a suceder no se quedaría en una mera amenaza.

—Además, tenemos los almacenes llenos, hay mineral en bruto para al menos una semana —añadió para calmar a Alain.

Los ferrones estaban terminando de descargar el carro, dejando parte del mineral en el exterior porque no cabía más en el almacén. Las minas se encontraban lejos, en los límites del valle y el camino no estaba en buen estado porque Alain se negaba a gastar dinero en repararlo. En días de lluvia o nieve el barro se convertía en un serio problema para los carros cargados. Para evitar imprevistos, acumulaban tanto mineral en bruto como podían en la propia ferrería.

Con el carbón era diferente. La primera semana de trabajo sufrieron un incendio porque una chispa prendió fuego en el combustible almacenado. La ferrería no sufrió daños, pero perdieron todo el carbón que guardaban entre sus muros. Desde entonces, como las carboneras se encontraban cerca, en las afueras de la aldea, habían optado por acarrear cada día antes del alba el combustible necesario para la jornada. De ese modo no se corrían riesgos innecesarios.

Alain contemplaba la nevada con gesto contrariado. La nieve no podía traer más que problemas. ¿Cómo afectaría a la producción de hierro? ¿Cómo vendería los tochos si el camino al puerto de Getaria

quedaba intransitable? Era el primer invierno de la ferrería y no sabía cómo funcionarían las cosas con las nevadas.

—No te preocupes —Mikel adivinó sus pensamientos—. La producción de hierro no sufrirá retrasos.

Alain lanzó un asqueado suspiro antes de darle la espalda y dirigirse hacia la torre. Aquel personaje le provocaba más repulsión cada día. Conforme subía las escaleras que llevaban hasta la puerta, olvidó el hierro, la nieve y hasta los desagradables ojos de rata del administrador. Otros problemas le esperaban.

—¿Piensas darme un hijo esta vez?

Un leve sollozo fue todo lo que obtuvo por respuesta a su pregunta, realizada con un tono glacial que mezclaba el desprecio con una velada amenaza.

El dormitorio de Alain, situado en la tercera planta de la torre, que se repartía con el salón del homenaje, se encontraba escasamente iluminado. Una pequeña ventana se abría al valle, sumido en la oscuridad de la noche. Dos candiles de llama inestable hacían bailar la sombra del banderizo sobre las paredes de piedra. Se encontraba de pie junto a la cama. En ella, bajo el dosel y ligeramente cubierta por las sábanas, le esperaba su mujer. Menuda y esbelta, la joven, de diecisiete años de edad, era la hija de una buena familia: los señores de Zizurkil. Gracias a esa boda, su heredero fundiría dos de los linajes que se alineaban en el bando gamboíno.

Sin embargo, hacía ya más de dos años que había tenido lugar el casamiento y Maite aún no se había quedado encinta.

—No lo entiendo —protestó Alain, moviéndose nervioso por la estancia—. Por más que lo intento no me das un heredero. Los demás parientes mayores se burlan de mí. Seguro que piensan que soy incapaz—. Se detuvo un momento junto a ella, su rostro crispado delataba que estaba pensativo y furioso—. ¡Maldita sea! ¿Cómo van a respetarme si creen que no sirvo ni para concebir un hijo?

Ella volvió a sollozar, cubriéndose la cara con la sábana. Conocía perfectamente el desenlace de aquellas palabras. Cada noche, cuando Alain no estaba dirigiendo a sus milicianos hacia alguna misión, se repetía la misma escena. Las palabras subían de tono hasta que desembocaban en golpes y humillaciones.

—¡Mierda! Como no me des un heredero en breve, te repudiaré y te enviaré de vuelta a tu casa. O mejor aún, te acusaré de practicar la brujería para no quedarte preñada y arderás en la hoguera —amenazó Alain fuera de sí.

—No, por favor —rogó Maite con un hilo de voz.

Alain acercó su rostro al de ella hasta casi tocarlo, le retiró la sábana de un tirón y asintió con un ademán de desprecio.

—Tú sabrás a lo que juegas, mujer. Tú sabrás.

Después comenzó a desnudarse.

—Quítate la ropa —le ordenó.

Ella sollozó. Una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla al tiempo que intentaba volver a cubrirse con la sábana.

—¡Que te desnudes!

El puñetazo fue tan rápido que la joven no tuvo tiempo de esquivarlo. Un agudo dolor en el estómago le impidió respirar.

—¡Desnúdate, puta!

Llorando y realizando grandes esfuerzos para tomar aire, se incorporó para quitarse el camisón. Una sonora bofetada le giró la cabeza hacia un lado. Las lágrimas corrían como ríos por su rostro.

—Ponte de espaldas. No quiero verte —le ordenó Alain en cuanto se hubo despojado de toda la ropa.

La joven obedeció entre sollozos. Alain se colocó tras ella y le sujetó del cabello como si se tratara de las riendas de un caballo. Un fuerte tirón le hizo echar la cabeza hacia atrás al tiempo que el banderizo la penetraba con todas sus fuerzas.

La ferrería estaba completamente cubierta de nieve. Tanto que apenas asomaba parte de la chimenea. El aroma del hierro fundido inundaba el valle, más intenso que nunca. Pero no se oían los golpes del mazo ni la respiración de los fuelles. La nieve se abrió para dejar salir a un dragón de ojos amarillos. Voló hasta el río y bebió un largo trago de agua. No, no era agua, era hierro fundido. El mineral, incandescente, bajaba como lava por el cauce. Bajo el manto helado, el mecanismo hidráulico comenzó a funcionar. No podía verlo, pero el sonido del mazo al golpear contra el yunque era

inconfundible. El dragón se enfureció y escupió fuego por la boca, devorando después de un solo bocado un rebaño de vacas que pastaban sobre las ramas de un árbol. Los golpes del mazo eran cada vez más fuertes, tanto que llegaban a ser molestos.

—¡Alain! ¡Alain! —Una voz acompañaba los mazazos. Alguno de los ferrones le llamaba desde el interior del edificio.

El dragón voló hasta él y se acercó para susurrarle algo.

—¡Alain, despierta!

La cara del animal se deformó y los ojos se le juntaron. El feo rostro de Mikel se encontraba a escasos centímetros del suyo. En una mano sujetaba un candil de grasa de ballena.

—Tenemos problemas con la ferrería. No llega el carbón.

Sin levantarse de la cama, el banderizo miró hacia la ventana. Los postigos estaban cerrados, pero las primeras luces del alba se filtraban por las rendijas.

Suspiró y se incorporó. Al verse sin ropa recordó el episodio de la noche anterior y lanzó una mirada de desprecio a su mujer, que dormía desnuda sobre la cama.

—No quería entrar, pero llevaba un buen rato llamando a la puerta y no conseguía despertarte —se disculpó el administrador.

Alain de Oialde no contestó. Estaba furioso. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras. En el piso inferior, varios criados preparaban el desayuno. Normalmente lo hacían más tarde, pero al ver entrar al administrador comprendieron que el día no comenzaba con buen pie y temieron el enfado del banderizo.

—No voy a desayunar, imbéciles —gruñó Alain al pasar junto a ellos.

Al abrir la puerta exterior, un frío glacial le dio una bofetada. La nieve cubría todo lo que abarcaba la vista y los copos, grandes como plumas de pato, seguían cayendo. Un sirviente limpiaba las escaleras con una pala. Alain patinó al pisarlas y a punto estuvo de caer rodando escaleras abajo.

—¡Hay hielo! ¿Desde cuándo se limpian tan mal las escaleras en mi casa? —bramó levantando al criado por el cuello.

El hombre sintió que se asfixiaba. Parecía que el cuello se le iba a partir de un momento a otro. Con los pies pataleando a casi medio metro del suelo sintió como un líquido caliente le corría por la entrepierna.

Al ver que el cobarde se había orinado, Alain temió mancharse y lo lanzó contra las escaleras. El sirviente, que llevaba a su servicio desde que tenía uso de razón, se llevó las manos al cuello al tiempo que otros criados acudían en su auxilio.

—Así aprenderá a quitar el hielo de mis escaleras —les espetó mientras se alejaba.

Un estrecho paso abierto por sus milicianos en la nieve, que sobrepasaba los tres pies de altura, le permitió llegar hasta la ferrería. Como siempre que la veía, se sintió orgulloso de sí mismo. El edificio era imponente, una auténtica fortaleza de piedra que la hiedra había comenzado a cubrir parcialmente, integrándola en el paisaje. La rueda hidráulica estaba en funcionamiento. La antepara

que desviaba el agua del Urbeltza no se había helado. Dentro, los ferrones estaban encendiendo los faroles que iluminaban las instalaciones.

—Señor, no llega el carbón, la nevada ha sido tan fuerte que el camino ha quedado cortado —explicó el mayor de los cuatro.

—¿No tenéis carbón almacenado ni para un miserable día de trabajo? —preguntó enfurecido Alain.

Las miradas de los ferrones se clavaron en Mikel, que acababa de entrar en la ferrería tras haberse entretenido en la casa-torre para evitar estar a solas con el banderizo.

—No —replicó con voz temblorosa—. Desde el incendio no hemos vuelto a almacenar carbón. Es demasiado arriesgado.

—¡Maldita sea! —gruñó Alain.

Aquel imbécil le haría perder una jornada entera de trabajo, o tal vez más.

—Puedes enviar a los vasallos a limpiar el camino —sugirió Mikel con un hilo de voz.

«Tal vez sea esa la solución —se dijo Alain pensativo.»

No tardó en desestimarla. Si la nieve seguía cayendo con tal fuerza, de poco servirían las palas y los picos de un puñado de aldeanos en un camino de media legua. No, era totalmente descabellado.

Otra idea fue tomando forma en su cabeza. Los vasallos tenían la obligación de limpiar de nieve el tramo de camino real más cercano a su casa, de modo que, por fuerte que fuera la nevada, siempre era

posible moverse por la aldea. Y había otra manera de conseguir carbón que acudir hasta las carboneras.

—Os diré lo que haremos. Preparad un carro y no os preocupéis. Esta ferrería no tardará en funcionar de nuevo —anunció exultante.

Amaia estaba terminando de retirar la nieve del camino cuando vio llegar en un carro a Mikel acompañado por cuatro desconocidos vestidos con gruesas capas. Intuyó que nada bueno podía traer la visita.

Xabier estaba ayudando a cargar unos sacos al molinero. La mula se revolvía y no conseguían cargarle los fardos. No era el primer vecino de la aldea que había acudido a por carbón. Desde las primeras luces del alba, varios se habían acercado en busca de combustible con el que calentarse. A todos les había sorprendido un invierno que había llegado sin previo aviso.

—Padre, el administrador del señor de Oialde ha venido a verte —anunció Amaia a Xabier, que acababa de conseguir cargar el último saco en la mula.

Sin saludar, Mikel se dirigió hasta el animal y deshizo las ataduras que sujetaban los sacos.

—¿Qué haces? ¡Es mi carbón! —protestó Fermín.

—Pues coge los sacos y llévalos a mi carro. Ahora es de tu señor.

El molinero, que le sacaba una cabeza de altura, volvió a atar los sacos a la mula, con tal parsimonia que quedaba claro que se trataba de un desafío.

—¿No me has oído? ¡Este carbón ya no es tuyo! ¡Todo el que hay en este almacén es ahora del señor de Oialde! —exclamó el administrador fuera de sí.

Xabier negaba con la cabeza sin dar crédito a lo que estaba oyendo. No podía ser que le robaran de esa manera todo el carbón que llevaba meses almacenando. Además, él se lo había pagado a los carboneros. Era suyo.

—Mi carbón no se mueve de aquí —sentenció con voz alta y clara.

Fermín asió las riendas del animal y emprendió la marcha hacia el molino.

—¡Detenedlo! —ordenó Mikel a los cuatro ferrones, que se miraron unos a otros sin saber qué hacer—. ¿A qué esperáis, maldita sea?

Los trabajadores de la ferrería no se movieron.

Entretanto, Xabier y Amaia se encerraron en el almacén.

El molinero y la mula se alejaron por el camino, totalmente cubierto de nieve. Los ferrones no hicieron nada por impedirlo. El feo rostro del administrador iba tomando una coloración purpúrea, como si fuera a explotar de rabia de un momento a otro.

—¡Derribad la puerta de este almacén! ¡Si no regresamos con el carro cargado de carbón, Alain estará furioso!

Sus órdenes no obtuvieron respuesta alguna. Los ferrones no tenían ninguna intención de enfrentarse a nadie. No eran soldados, ni siervos del señor de Oialde. Eran vecinos de la lejana villa de

Segura, expertos trabajadores de una ferrería local a los que había contratado el de Oialde mejorando sus salarios.

—¡Maldita sea!

Mikel se desesperaba por momentos y su rostro bailaba entre las tonalidades rojizas y las moradas.

—¡Xabier, abre esta maldita puerta o te arrepentirás!

La única respuesta fue el silencio. Un humillante silencio roto tan solo por el sordo sonido de los copos al caer.

—¡Abre la puerta Xabier! ¡El carbón queda confiscado para la ferrería!

Esta vez era el propio Alain quien daba las órdenes. Montado en su caballo y acompañado por cuatro hombres armados, estaba decidido a dar una respuesta contundente a la situación.

La mañana iba avanzando y la ferrería no se había puesto aún en marcha. Era inaceptable. Ese maldito carbonero le estaba haciendo perder mucho dinero. Y lo que era aún peor, le estaba humillando. Y al señor de Oialde no lo humillaba un simple vasallo.

—¡Tirad la puerta abajo! —ordenó, espada en alto.

Provistos de un ariete, los milicianos comenzaron a golpear el portón. Acostumbrados a utilizarlo contra las reforzadas puertas de las casas-torre, no les hicieron falta más que tres golpes para que los goznes cedieran.

El almacén se encontraba lleno hasta los topes de carbón bien apilado. Alain suspiró aliviado, con todo aquel combustible la ferrería

podría funcionar durante una semana. O tal vez dos.

—¡No lo tocaréis! —gritó Xabier, plantado ante la pila de carbón.

En su mano empuñaba un cuchillo. Al verlo, Alain estalló en una carcajada.

—¿Quién lo va a impedir, tú? ¿Con esa navaja? —se burló—. ¡Mira la mía! —exclamó al tiempo que desenvainaba su espada de combate.

Una nueva carcajada, a la que esta vez se sumaron los milicianos hizo estremecerse al comerciante, que dio un paso atrás.

Alain descabalgó, entró en el almacén y se acercó a Xabier.

—¡Ni un paso más! —gritó el comerciante alzando el cuchillo.

El señor de Oialde bajó la espada.

—Xabier, aquí ha habido un error. Podemos arreglarlo, nunca hemos tenido problemas entre nosotros —su voz era de pronto conciliadora.

Siguió avanzando. Desorientado, el mercader seguía blandiendo la navaja.

—¡No te acerques más!

No le hizo falta. Con un rápido movimiento de la espada, Alain cortó el antebrazo de su vasallo. Un potente chorro de sangre brotó del brazo mutilado, al tiempo que la mano y la navaja chocaban con un sonido metálico contra el suelo.

Un agudo grito de terror resonó en el almacén. Xabier se miraba la herida con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírsele de las órbitas. Pero de su boca no salía ni un solo sonido, se había

quedado mudo. De pronto, Alain recordó a la hija del comerciante. Debía de estar escondida entre el carbón. Sintió un cosquilleo en la entrepierna. Toda batalla tenía algún premio. Siempre había alguna hija o alguna mujer del vencido con quien divertirse después. Era lo mejor de la guerra. Le gustaba ver sus caras de terror y de repugnancia mientras las poseía por la fuerza. Le hacía sentirse dueño de su vida y de su muerte.

Sintió el excitante olor de la sangre, que había formado un charco entre él y el comerciante, que continuaba con la mirada fija en la extremidad perdida.

—¿No dices nada, Xabier? ¡Tendremos que hablar con tu hija! —se burló Alain—. O quizás mejor hablar con su coño, ¿no chicos?

El herido alzó la vista para clavar una mirada de odio en el banderizo.

—Hijo de...

No llegó a acabar. Alain de Oialde decidió que ya había oído suficiente y le clavó la espada en la garganta.

Un horrible sonido burbujeante y ronco se adueñó del almacén de carbón mientras Xabier caía al suelo ahogándose en su propia sangre. El agonizante abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, al tiempo que se agitaba en convulsiones horrorosas. Poco a poco, sus movimientos, al principio desenfrenados, fueron volviéndose más lentos y los sonidos más leves.

—Buscad a la hija —ordenó Alain a sus milicianos.

No tardaron en encontrarla, oculta entre los sacos. Su rostro estaba ennegrecido por el carbón, resaltando los dos enormes ojos que el pánico se ocupaba de mantener muy abiertos. El asesinato de su padre la había dejado tan conmocionada y paralizada que no opuso resistencia cuando le arrancaron el vestido.

Alain comenzó a desatarse los pantalones, mientras comprobaba con satisfacción como los soldados se hacían a un lado. Desde que comenzaba a instruirles, una cosa quedaba bien clara: en caso de poder disfrutar de alguna mujer, siempre sería él quien lo haría en primer lugar. Después podían hacer con ella lo que quisieran.

Amaia lo miraba sin verlo. Estaba ausente, sus ojos vacíos y perdidos en algún lugar lejano. Alain se fijó en sus pechos. Eran hermosos. Tersos y firmes como dos manzanas maduras. Los pequeños pezones estaban erectos, apuntando hacia el techo del almacén. Después, mientras se bajaba los pantalones, dejando a la vista su miembro viril, volvió la vista hacia Mikel, que contemplaba la escena con mirada lasciva. Su boca estaba entreabierta, como la de un niño ante una parada de dulces. Esperaba impaciente su turno para disfrutar de la joven. Sintió náuseas al ver su desagradable rostro marcado por aquella mueca libidinosa. Para los soldados la escena era algo habitual; algo que se repetía tras cada batalla vencida, pero para el administrador se trataba de una situación totalmente nueva.

De pronto, Alain se detuvo en seco. Contempló de nuevo el apetitoso cuerpo de la muchacha, acurrucada contra el carbón como un perro herido y permaneció pensativo unos instantes. Se debatió

entre hacer lo que el cuerpo le pedía o lo que se le acababa de ocurrir. Finalmente tomó una decisión. Cogió sus pantalones y se alejó de allí.

—Que nadie ose tocarla —ordenó pese a las quejas de sus soldados—. He tenido una idea mejor. Mucho mejor.

18

BODA

Invierno de 1446/47

Las gruesas paredes de la iglesia rezumaban humedad. Continuas gotas de agua se filtraban entre las piedras y caían al interior, formando charcos en el suelo de tierra. Las escasas zonas donde llegaba la luz del exterior estaban cubiertas de un oscuro musgo verde. No era un templo grande; aunque los del valle lo llamaban iglesia, en realidad no era más que una pequeña ermita. La pobre iluminación, proyectada por un par de cirios que ennegrecían la zona de la bóveda más próxima al altar, contribuía a crear la sensación de que se trataba de una lúgubre gruta en lugar de un templo cristiano.

La humedad y el frío hicieron estremecerse a Alain. Recorrió el lugar con la vista y decidió que debía acometer obras de mejora cuanto antes, pero no tardó en olvidarlo. Le ocurría siempre que entraba en la iglesia. Una punzada de vergüenza le impulsaba a arreglarla, pero enseguida desviaba su atención hacia otras cosas más importantes. Al fin y al cabo, el templo no le daba grandes beneficios. Solo le servía para mantener entretenido a su hermano y para repartirse con él los diezmos que le entregaban los campesinos.

—Mikel, ¿quieres a Amaia y prometes amarla en la salud y en la enfermedad?

Su hermano Pablo cada día estaba más gordo. La sotana se le enganchaba groseramente a la panza, dejando a la vista unas

piernas huesudas que parecían incapaces de sujetar tanto peso.

Los sollozos de la joven resonaron entre las paredes del templo, ahogando en gran parte el discurso del cura.

—Amaia, ¿quieres a Mikel y prometes...?

—¡No!, ¡nunca! —le interrumpieron los gritos de la chica.

Alain dio unos pasos hasta colocarse tras ella. Le sujetó la cabeza y le obligó a agacharla. Con una fuerza tal que Amaia pensó que le partiría el cuello, se la movió arriba y abajo.

—Ha dicho que sí —le apremió al sacerdote, gesticulando para que continuara.

—Podéis besaros.

Amaia sintió que las garras que le sujetaban el cráneo se cerraban aún más, como si quisieran reventarle la cabeza. Mientras gritaba con todas sus fuerzas, el horroroso rostro del administrador se acercó hacia ella. Sus granos supuraban pus como si se tratara de cráteres en plena erupción y su lengua asomaba entre los labios en una mueca lasciva. Instintivamente, cerró los ojos, pero no fue suficiente para evitar sentir como aquel monstruo la besaba. En realidad no fue un beso, sino que comenzando por la boca y acabando en los ojos, le lamió toda la cara.

La carcajada cruel de Alain reverberó por toda la iglesia. Amaia sintió que las garras se aflojaban hasta dejarla libre de nuevo. Con gesto de repugnancia, se llevó las manos a la cara para intentar quitarse, sin éxito, el horrible olor a vino agrio que le habían dejado los lametazos del hombre con el que la acababan de casar.

—¡Vivan los novios! —exclamó Alain echándose a reír de nuevo.

Estaba eufórico. Había sido una gran idea. Gracias a aquella boda, el propio administrador de su industria ferrona sería el principal mercader de carbón de la aldea. De todos era sabido que Amaia podía llevar la empresa familiar sin ayuda, de modo que Mikel podría dedicar todo su tiempo al control de la ferrería y las minas. Además, dejaría de vivir en la torre, como había hecho hasta ahora, ahorrándole el tener que ver su desagradable cara en todo momento. Y no había que olvidar que aquel hombre le estaría agradecido toda su vida, pues acababa de hacerle dueño de la joven más hermosa y de uno de los negocios más boyantes del valle.

—¡Vivan los novios! —volvió a exclamar cada vez más entusiasmado.

Los lamentos de Amaia llegaban apagados al exterior, donde se congregaba buena parte de los vecinos de la aldea. Con gesto sombrío, miraban hacia la pequeña iglesia, oculta prácticamente bajo la nieve caída durante las últimas jornadas. Hacía solo dos días que el mercader había muerto, según decían asesinado por el señor de Oialde, y ahora obligaba a su heredera a casarse con uno de los hombres de confianza del asesino de su padre. Era demasiado. Sin embargo, a pesar de que los ánimos de los presentes estaban encendidos, nadie osaba abrir la boca. Aitor era el único que, con la cara empapada en lágrimas de rabia, intentaba entrar en el templo para impedir la infamia que se llevaba a cabo en el interior.

—¡No podemos permitirlo! —les gritaba a sus vecinos mientras intentaba zafarse de Elías, que lo sujetaba con fuerza para evitar que se lanzara hacia la iglesia.

—No hagas locuras, no podemos hacer nada —intentó tranquilizarlo su amigo.

Custodiando la puerta, seis milicianos con las espadas desenvainadas le tentaban con gestos burlescos.

Los lamentos de la joven fueron apagándose y dieron paso al vozarrón del banderizo prorrumpiendo en vivas a los novios. Después los soldados formaron un pasillo a ambos lados de la puerta para abrir paso a los recién casados, seguidos por Alain de Oialde y el cura. El altivo gesto del señor del valle y el rostro de satisfacción del administrador contrastaban con el semblante hundido de Amaia. El vestido rojo que le habían confeccionado precipitadamente las criadas de Alain le quedaba enorme, pero el banderizo no estaba dispuesto a perder más tiempo. Si era rojo, como mandaban los cánones de la época, era suficiente; nadie decía que el vestido hubiera de ser además hermoso.

Ataviada con tan grotescos ropajes, caminaba con la mirada fija en el suelo, arrastrando los pies como si llevara unos pesados grilletes enganchados a los tobillos. Al pasar ante sus vecinos, la joven alzó por un momento la vista. Recorrió aquellas caras conocidas con la mirada vacía y la detuvo finalmente en Aitor. Fue apenas un segundo, pero nunca tan poco tiempo pudo mostrar una tristeza más inmensa.

Sintiendo que se le partía el corazón, el joven luchó denodadamente por liberarse de los fuertes brazos de Elías.

—Tranquilo Aitor, no podemos hacer nada. Es nuestro señor —masculló el joven rubio.

—¡No lo es! —se resistió Aitor—. ¡Es un cretino!

Con un gesto de su mano, el señor de Oialde detuvo la pequeña comitiva nupcial frente a ellos. Escoltado a ambos lados por los milicianos, dirigió a Aitor una mueca socarrona.

—¿Acaso la querías para ti, niñato? —se burló.

Con inusitada fuerza, Aitor logró soltarse de su amigo y se abalanzó contra él.

—¡Aitor, no! —suplicó Arantza dando un paso al frente.

Los milicianos detuvieron al joven. Mientras dos de ellos lo inmovilizaban, un tercero le puso la punta de la espada en el cuello. Aitor notó el frío acero en la garganta y sintió que la rabia cedía el testigo al temor.

Alain de Oialde estalló en una sonora carcajada mientras se acercaba al prisionero.

—¿Qué te has creído, Ibaiondo? ¡Aquí mando yo y ya puedes dar gracias si no te caso con la vieja bruja esa a la que tanto adoráis o con uno de los cerdos de mi pocilga!

Los soldados y el sacerdote celebraron ruidosamente la ocurrencia, alimentando la ira de Aitor. Abrió la boca para responder pero la espada que tenía en el cuello aumentó su presión, obligándole a cerrarla.

El señor de Oialde volvió a reír al verlo.

—¿Acaso te ha comido la lengua el gato?

Las carcajadas de sus hombres volvieron a acompañar las palabras del banderizo.

El joven no pudo aguantar más y le lanzó un escupitajo a la cara. Los soldados que lo sostenían lo apartaron rápidamente, pero lo hicieron demasiado tarde.

Alain se limpió el rostro con una manga y se acercó al joven.

—¡Hazlo otra vez! —bramó alzando el puño derecho—. ¡Vamos, hazlo otra vez si te atreves!

Una y otra vez clavó su puño en la cara de Aitor, que permanecía bien sujeto. A veces alternaba algún puñetazo en la barriga, obligándole a doblarse como quien se humilla ante un superior.

—¿Veis lo que le ocurre a quien osa desafiarme? —inquirió el banderizo sin dejar de golpear al joven—. Y dad gracias si no lo mato.

La sangre brotaba con fuerza de la nariz de Aitor, que se veía desfigurada por los golpes.

—¡Basta, señor, por favor! —rogó Arantza con un hilo de voz—. Su hermano os salvó la vida.

—¡Soltadlo! —ordenó Alain a sus hombres.

Al hacerlo, el joven cayó desplomado en la nieve y el banderizo le propinó una fuerte patada en la entrepierna. Aitor se retorció de dolor y quedó hecho un ovillo.

—¡Yo decido cuándo parar! ¿Os queda claro? ¡Soy yo quien manda en esta aldea!

Amaia se arrodilló en la nieve y vomitó.

—Espero que nadie olvide lo que ha ocurrido hoy aquí. Debéis obediencia a vuestro señor. ¡Poneos todos de rodillas! ¡Ahora mismo!

Debatiéndose entre la ira y el temor, los vecinos obedecieron y se arrodillaron ante él. Alain los miró a todos con una sonrisa altiva antes de girarse hacia Arantza.

—No te creas todo lo que se cuenta, mujer. Tal vez fuera yo quien le salvó la vida a ese cobarde —apuntó antes de dirigirse hacia sus milicianos—. ¡Podemos irnos!

Tendido en el suelo, con los ojos nublados por las lágrimas y terriblemente dolorido, Aitor vio como la infame comitiva nupcial se alejaba. Junto a él, la nieve se teñía de rojo por la sangre que brotaba de su nariz. Algo más allá, sus padres, Elías y otros vecinos permanecían de rodillas a la espera de que el señor de Oialde se alejara lo suficiente para osar ponerse en pie.

19

SAL

Verano de 1447

—¡Alto, no se puede pasar!

Aitor miró con curiosidad al guardia que le cerraba el paso. Estaba plantado en medio del camino y frenaba su marcha apoyando la mano derecha en la cabeza de uno de sus bueyes. Tras él, unos pasos más allá, había media docena de hombres que discutían junto al río.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El otro señaló con el mentón hacia la orilla, donde la corriente mecía una barcaza vacía.

—Esos cerdos de Zumaia. Dicen que el Urola les pertenece y que en el vado solo pueden trabajar sus barcas. Han enviado hombres armados para cerrar el paso hasta que aceptemos sus exigencias.

Aitor escudriñó entre las ramas bajas de los árboles. En la otra orilla había un grupo considerable de personas que rodeaban el embarcadero.

—El vado es nuestro —continuó explicando el guardia mientras señalaba hacia Getaria, que quedaba oculta tras el monte de Askizu —, pero siempre les hemos permitido trabajar en él. Hasta esta mañana había dos barcazas que aseguraban el tránsito: una de nuestra villa y otra de Zumaia. Es una vergüenza lo que está pasando, pero aquellos son así; siempre lo quieren todo.

Aitor se fijó en el pequeño grupo que discutía junto a la orilla. Por su atuendo, reconoció entre ellos al barquero, cubierto por un sombrero de ala ancha y una capa raída que le confería un aspecto desaliñado. A su lado, intentando calmar los ánimos, había un hombre vestido con ropajes lujosos, que le identificaban como uno de los regidores de la villa de Getaria. Los otros cuatro, visiblemente nerviosos y exaltados, eran arrieros que esperaban a que se solucionase el contencioso para continuar su viaje en la otra orilla. En el embarcadero aguardaban dos carros tirados por bueyes y cargados con barriles.

Mientras el guardia explicaba a otro viajero recién llegado que el vado estaba cerrado, Aitor saltó del pescante y se acercó al grupo.

—¿Cuándo podremos pasar? —preguntó, interrumpiendo la conversación.

—Esto va para largo, aquí nadie quiere ceder —contestó uno de los arrieros.

—Siempre acabamos pagando los mismos —protestó otro.

—Ya os he dicho que os calméis —intervino el representante de la villa—. El alguacil está a punto de llegar. Él no tardará en convencer a los de Zumaia para que vuelvan a abrir el vado.

El barquero negó con la cabeza.

—No cederán. El que lleva la barca de Zumaia me ha dicho que esta vez iba en serio.

—¿Cómo que esta vez? —inquirió Aitor.

El representante de la villa de Getaria carraspeó incómodo antes de contestar.

—No es la primera vez que esto ocurre. Los de Zumaia intentan adueñarse del vado desde hace años —Hizo una pausa y fulminó con la mirada al barquero antes de continuar—. Pero siempre acaban cediendo y el tráfico no tarda en reabrirse.

—Os equivocáis —replicó el barquero—. Esta vez es diferente. ¿Acaso no veis cuántos hombres cortan el paso? Esta vez va en serio. Recurrirán a las armas si es necesario.

El hombre se detuvo en seco al ver movimientos en la orilla opuesta.

Un carro había subido a la barcaza que comandaban los de Zumaia. Con ayuda de una larga vara que apoyaba en el suelo fangoso y gracias al empuje de la corriente, el barquero llevó en pocos minutos la barca hasta la orilla de Getaria. A bordo, cuatro guardias escoltaban la maniobra.

—Abrid paso —ordenó uno con galones de comandante saltando al muelle.

Aitor y el resto de arrieros se hicieron un lado. Los dos únicos que se mantuvieron en medio de la plataforma de embarque fueron el guardia y el regidor. Como representante de la villa de Getaria no podía permitir que desembarcaran.

—No pasaréis —anunció este último con un potente torrente de voz.

—¡Apartaos o no tardaréis en arrepentiros! —ordenó el comandante, al tiempo que él y sus tres compañeros desenvainaban sus espadas.

—¿A qué esperas? —apremió el regidor al comprobar que el guardia que le acompañaba no se decidía a sacar su arma.

—Son cuatro contra uno —protestó el militar.

—¡Desenvaina, idiota!

El hombre se lo pensó unos segundos, pero finalmente obedeció. Para entonces, los cuatro guardias de Zumaia habían desembarcado y escoltaban al arriero, que guiaba a su caballo hacia tierra firme.

—Alto, no se puede pasar —anunció el regidor cortándoles el paso.

—¿Quién lo dice? —se burló el comandante.

—Lo dice la villa de Getaria.

El otro estalló en una carcajada burlona.

—La villa de Getaria, dice. ¿Habéis oído chicos? —se burló.

Los otros tres rompieron también a reír.

—Yo hablo más alto y más claro que tu maldita villa de Getaria —añadió mostrando su espada—. Así que apártate.

El regidor buscó el apoyo del guardia que le acompañaba, pero al girarse en su busca, comprobó que había desaparecido.

—¡Maldito cobarde! —masculló entre dientes.

Los arrieros, a quienes no importaba a quién perteneciera el vado, tampoco parecían dispuestos a ayudarle. De modo que, tras

sopesar sus posibilidades frente a cuatro hombres armados, decidió echarse a un lado para dejar pasar al afortunado viajero que acababa de cruzar el bloqueado vado del Urola.

Tras asegurarse de que el carretero seguía su viaje por la orilla perteneciente a Getaria, los de Zumaia volvieron a embarcar.

—¡Esperad! —pidió Aitor—. Nosotros también queremos pasar.

El comandante se giró hacia él mientras la barcaza comenzaba a separarse del atraque.

—No, chico. Solo permitiremos cruzar a los viajeros de Zumaia. Los de esta orilla tendréis que esperar hasta que Getaria reconozca que el vado del Urola nos pertenece.

—¿No se puede pasar a pie? —preguntó Aitor al más viejo de los arrieros.

—No, no se puede. Aunque la marea esté baja y pese a que parezca que no cubre apenas, el fondo del río es un lodazal y el carro se quedaría varado sin poder avanzar. ¿Ves esas maderas podridas de allí? —inquirió señalando unas tablas que sobresalían entre el lodo—. Son todo lo que quedó de una carreta con la que un mercader de Azpeitia se empeñó en cruzar al otro lado. Antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, el fango la comenzó a engullir. La subida de la marea se ocupó del resto.

—Pues habrá que esperar a que vuelvan a abrir el paso —apuntó Aitor disgustado.

Su interlocutor se acarició la barba con la mirada fija en el cauce mientras negaba con la cabeza.

—Esto va para largo —le explicó—. Será mejor que subamos río arriba hasta la zona de Zestoa, donde podremos cruzar a la otra orilla. Es un rodeo considerable, pero tardaremos menos que si esperamos aquí. ¿Te vienes con nosotros? —le propuso señalando a los arrieros que esperaban junto a ellos.

—Será lo mejor —admitió Aitor, echando una última mirada a la enquistada situación del vado.

El camino, que discurría en todo momento a escasos metros del Urola, no se encontraba en buen estado. El empedrado se ceñía a algunas zonas que se embarraban con facilidad, mientras que el resto eran apenas unas rodadas abiertas en la hierba por los propios carros. Sin embargo, no faltaban entretenimientos en la ruta, pues numerosas aves zancudas picoteaban en las fangosas orillas del río en busca de alimento. Algunas barcas solitarias yacían sobre el lodo, atadas a precarios embarcaderos, a la espera de que la marea subiera para que sus propietarios acudieran a pescar en las generosas aguas del Urola. Densos bosques de encinas envolvían de vez en cuando el camino, robando momentáneamente las hermosas vistas que el río regalaba a los viajeros.

Tras un par de horas de marcha, el viejo, que comandaba la pequeña caravana, señaló una amplia pradera junto a varios caseríos.

—Estamos en Zestoa —anunció—. Aquí el río se estrecha y las mareas apenas influyen en él, por lo que no existen lodos que impidan cruzarlo a pie. Un poco más adelante hay un pequeño vado

donde podremos pasar sin problemas a la otra orilla, pero antes podemos comer aquí.

Todos estuvieron de acuerdo en hacer un alto. Ataron unos carros a otros y se sentaron en la hierba, dispuestos a compartir lo poco que tenían. Como todos contaban con llegar a Zumaia antes de mediodía, apenas llevaban encima vituallas, por lo que la comida consistió en un frugal almuerzo a base de manzanas, pan, castañas y un odre con sidra que uno de los arrieros llevaba bajo el pescante.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó a Aitor el más viejo.

—Aitor, ¿y vosotros?

—Yo soy Ramiro, él es Zacarías —contestó señalando a uno alto, delgado y con un bigote pelirrojo que le cubría media cara—. Y aquel gordito de allí es el Jilguero.

—¿Jilguero? —inquirió Aitor extrañado.

Ramiro y Zacarías estallaron en una carcajada. El otro se limitó a murmurar por lo bajo con gesto contrariado.

—Es que cuando no está de mala leche le da por cantar. No lo hace mal. Pero normalmente prefiere estar enfadado y no alegrarnos con su dulce trinar —explicó Ramiro volviendo a lanzar una risotada.

—Veo que os conocéis bien —comentó Aitor, dando un largo trago de sidra.

Ramiro asintió.

—Más que bien. Hace años que trabajamos juntos. En Zumaia prefieren dedicarse a la construcción de barcos antes que a la pesca de la ballena. En Getaria sucede al revés, así que nosotros traemos

grasa de ballena para los astilleros. Sin ella no se pueden impermeabilizar los cascos de las naves, así que la pagan bien.

Aitor se fijó en los toneles que portaban en sus carros. Se encontraban visiblemente ennegrecidos por el saín.

—¿Y tú por qué vas a Zumaia? ¿Qué piensas comprar allí?

El joven lanzó una mirada extrañada hacia su carro.

—¿Cómo sabes que mis toneles están vacíos?

Ramiro se rió, aunque no de forma tan ostentosa como cuando se burlaba de su compañero.

—Llevo toda la vida llevando carros cargados aquí y allá. Mal arriero sería si no supiera diferenciar unos toneles cargados de unos vacíos. Tus bueyes caminan deprisa sin muestras de cansancio y tu carreta se tambalea con los baches como nunca lo haría una cargada de mercancía.

Aitor asintió convencido.

—Voy a comprar sal.

El viejo frunció el ceño.

—¿Sal? No necesitas ir a Zumaia para eso. La puedes comprar en el puerto de Getaria.

—Sí, pero en Getaria cuesta el doble y yo necesito demasiada sal como para pagarla tan cara.

—Bien pensado. ¿Pretendes adquirirla directamente en la salina?

—Si consigo llegar a Zumaia esa es mi intención. Solo así la conseguiré a buen precio.

Ramiro negó con la cabeza.

—No hace falta que vayas. No hay sal. Ha llovido demasiado últimamente y la salina necesita sol para que el agua de mar se evapore. Hace varias semanas que no obtienen sal, así que la poca que puedas conseguir estará muy cara, más incluso que si la compraras en los almacenes de Getaria.

Aitor no contestó. Miró su carro, cargado de toneles vacíos y suspiró alicaído. Tendría que volver a casa sin sal y esperar tiempos mejores para salar el pescado. Al menos, se dijo, había dejado la compra de las sardinas para el último lugar, ya que si lo hubiera hecho al revés, volver sin la sal sería un problema bastante mayor.

—Hay una sal aún más barata que la de Zumaia. —El Jilguero, que hasta entonces no había abierto la boca, rompió de pronto su silencio.

Tanto Aitor como sus dos compañeros le miraron extrañados. El hombre se encogió de hombros antes de continuar.

—Yo nunca he estado allí, pero he oído hablar de la sal de Léniz —explicó—. Dicen que es buena y barata. Además, allí no necesitan sol para producirla, parece ser que evaporan el agua por medio del fuego.

Aitor sabía dónde estaba aquella villa. Había pasado por allí varias veces en su camino hacia las tierras del vino. Se trataba de una pequeña aldea enclavada al pie del paso de Arlaban. Recordaba vagamente haber visto allí recuas de mulos cargadas de sacos de sal.

—Si continúas remontando el Urola hasta más allá de Azpeitia, podrás tomar el camino que se dirige a Bergara. Una vez allí no hay pérdida; no tienes más que seguir el cauce del río Deba, que nace muy cerca de Salinas de Léniz.

Aitor asintió. Conocía el camino. Era el mismo que recorría cada pocos meses para ir en busca de vino. Miró al cielo en busca del sol. Su situación, aún a bastante altura, le indicó que todavía contaba con algunas horas de luz. Con un poco de suerte llegaría a dormir a Azpeitia. Conocía allí una posada donde solía detenerse.

Ramiro adivinó sus pensamientos.

—Será mejor para todos que nos pongamos en marcha. Nosotros debemos llegar a Zumaia antes de que cierren el astillero y tú aún tienes un largo viaje por delante —apuntó incorporándose. Al hacerlo se apoyó en Zacarías y, con una mueca de dolor, se llevó una mano a la rodilla derecha—. Es malo cumplir tantos años —se quejó mientras subía al pescante de su carro.

La caravana se puso en marcha. Los baches del camino hacían chirriar y crujir a los carros mientras avanzaban por un auténtico túnel vegetal que formaban los fresnos y avellanos que crecían junto al río. No tardaron en llegar a una bifurcación donde Ramiro, que abría la marcha, mandó detenerse a los caballos.

—Nosotros cruzamos aquí el río —explicó señalando hacia el cauce—. Que tengas un buen viaje, chico. Los caminos en esta zona son bastante seguros, pero evita dormir al raso. Cualquier bandido sabe que un carro vacío significa que el arriero lleva una bolsa llena de monedas oculta en algún lugar.

Aitor tardó en arrancar de nuevo. Permaneció unos minutos observando cómo vadeaban el río. Unas losas de gran tamaño habían sido dispuestas en el lecho para que los carros pudieran atravesarlo sin hundirse. Además, el escaso nivel de las aguas, que apenas alcanzaba un par de palmos de profundidad, permitía hacerlo sin mayores problemas. Los viejos caballos del Jilguero se encabritaron al llegar a la orilla y se negaron por unos instantes a entrar en el agua, pero unas palmadas de aliento de su conductor bastaron para convencerlos.

—No pierdas tiempo, chico, o se te echará la noche encima —le apremió Ramiro en cuanto pisó la orilla opuesta.

Era cierto. No tenía tiempo que perder si quería llegar a Azpeitia con la luz del día. Se despidió con un gesto de la mano, azuzó a los bueyes y no tardó en alejarse rumbo al sur. Mientras lo hacía oyó a lo lejos una melodía. La distancia apagaba las palabras y las hacía incomprensibles, pero el timbre de voz lo conocía. El Jilguero se había lanzado a cantar.

El camino estaba en mejores condiciones que el tramo anterior, por lo que no tuvo problemas para avanzar con celeridad. En un par de ocasiones se vio obligado a frenar la marcha para sortear árboles de gran porte derribados por alguna crecida del río, pero hacía tiempo que debían de estar allí porque, de tanto rodearlos, otros arrieros habían abierto pasos alternativos junto a ellos.

Sin embargo, cuanto más avanzaba, los bosques se hacían más inexpugnables. Los hayedos, densos y oscuros, parecían devorar la

calzada, pero sus losas, o sus simples rodadas, siempre iban más allá, abriéndose paso entre árboles retorcidos y cubiertos de una densa capa de musgo. El silencio, roto tan solo por el cercano rumor del río y por el trinar de los pájaros, resultaba casi sepulcral. Conforme el sol fue perdiendo altura en el horizonte, sus rayos apenas llegaban a filtrarse entre las ramas de las hayas, confiriendo un inquietante aspecto al bosque. Con la oscuridad, los primeros búhos comenzaron a ulular, molestos quizás con el arriero que espantaba a sus posibles presas a su paso.

La noche se acercaba. Tanto que el camino se intuía entre la hojarasca pero apenas se veía. Sin apenas pensarlo, Aitor comenzó a mirar a ambos lados en busca de algún lugar recogido donde poder dormir. Al menos, intentó tranquilizarse, no parecía haber nadie en los alrededores. Desde que había dejado a los otros tres en Zestoa, no se había cruzado con nadie; ni viajeros, ni bandidos.

Con la mente ocupada en esos pensamientos, tardó un tiempo en darse cuenta de que se oía, no muy lejos, un rítmico martilleo que le resultaba familiar.

«Una ferrería —se dijo aliviado.»

Les pediría a los ferrones que le permitieran dormir allí. No necesitaba siquiera guarecerse. Con que le dejaran pasar la noche junto al edificio, sería suficiente. Los bandidos no se atreverían a asaltarle allí.

Un intenso olor a hierro fundido le dio la bienvenida a la instalación metalúrgica. La puerta estaba entreabierta y el interior bien iluminado con antorchas. Era una ferrería grande, bastante

mayor que la del señor de Oialde. En el exterior había un par de carros cargados de tochos de hierro, preparados para emprender camino.

—Tarde andas —le dijo una voz desde el interior de una estancia lateral que identificó como el almacén de mineral.

Aitor lanzó una rápida mirada hacia el cielo, todavía azulado pero adornado por un sinfín de brillantes estrellas.

—Se me ha hecho tarde, sí. Quería llegar a Azpeitia.

—¿A Azpeitia? —se interesó el hombre, al tiempo que se asomaba por el vano de la puerta—. Pues lo has conseguido. En cuanto llegues a esa curva —explicó señalando hacia el camino—, verás las primeras casas de la villa. A nosotros sí que se nos ha hecho tarde. Tenemos que llevar este hierro al embarcadero de Bedua, entre Zestoa y Zumaia, pero se nos ha echado encima la noche y vamos a tener que dormir aquí. Suerte que tenemos manzanas y nueces con las que matar el hambre.

Por un instante, Aitor se planteó la posibilidad de pasar allí la noche, pero el recuerdo del estofado de salmón con ciruelas pasas que preparaban en la posada Marquitos, le animó a continuar hasta Azpeitia. Tal como le había explicado el carretero, la villa se encontraba a escasa distancia. Una vez entre sus calles, respiró aliviado. Había vencido a la noche. Dos jornadas más y se encontraría al pie de Arlaban.

Llevaba horas lloviendo con fuerza cuando entró en la pequeña población de Salinas de Léniz. Pese a la incomodidad que suponía la

lluvia, el camino real estaba bien pavimentado, por lo que los bueyes no encontraban problemas para avanzar con rapidez. Parecía incluso que el agua les animara a caminar más deprisa. Envuelto en su capa para evitar mojarse, Aitor se limitó a dejarse llevar por los animales. Adormecido, apenas saludó con un imperceptible movimiento de cabeza cuando se cruzó, en dos ocasiones, con largas caravanas cargadas de lana de Castilla que se encaminaban a los puertos del norte.

Como tantas otras veces, viajaba pensando en Amaia. Sentía una mezcla de impotencia, tristeza y rabia al recordar su boda. Él había sido el único vecino de la aldea que había intentado impedirla. El resto vivían atemorizados por el señor de Oialde. Debían hacer algo, no podían permitir que siguiera destrozándoles la vida y las ilusiones a su antojo. Se dijo que al regresar al pueblo iría a verla, pero sabía que sería en vano. Desde la muerte de su padre y aquella boda infame la joven no quería ver a nadie. Parecían haber pasado siglos desde los días en que él iba a verla al regresar de sus viajes y se regalaban caricias fugaces. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al recordar aquellos felices momentos. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Absorto en sus pensamientos, se sorprendió con la rapidez con la que las primeras casas del pueblo aparecieron al abrirse el bosque. A pesar del tiempo lluvioso y de las densas nubes que cubrían el cielo, calculó que aún le quedaban dos o tres horas de luz. Había partido de Antzuola cuando aún era noche cerrada, pero había merecido la pena madrugar. Se sentía cansado. En toda la jornada no se había detenido más que una sola vez y lo había hecho pensando más en

los exhaustos bueyes que en sí mismo. Pensó por un momento en buscar una posada para descansar, pero volvió a mirar al cielo y decidió que aún tenía tiempo suficiente como para buscar la salina.

Dio fácilmente con ella. Se encontraba en las afueras del pueblo, en el fondo de un estrecho valle que se extendía a los pies de una colina boscosa dominada por un imponente castillo defensivo. Un continuo ir y venir de mulas cargadas de sacos y la presencia de abundantes guardias en actitud defensiva eran pistas suficientes que indicaban que en aquellos edificios diseminados por el valle había algo importante. Y la sal lo era. Tenerla significaba poder conservar carne y otros alimentos durante meses o incluso años. Era habitual que los pueblos que contaban con explotaciones salineras las defendieran de posibles enemigos. Y más en tiempos revueltos.

Al llegar al edificio principal, tan grande como una ferrería o como la torre del señor de Oialde, se bajó del carro y se asomó al interior. Dos trabajadores cargaban sal en sacos de esparto. Le asombró la cantidad que había almacenada en aquel lugar. Era tanta que parecía una montaña de nieve.

—Hola, ¿puedo ayudarte? —preguntó una voz a sus espaldas.

—Me gustaría comprar sal —contestó señalando los toneles vacíos que llevaba en el carro.

Su interlocutor, al que calculó más o menos su misma edad, dibujó en su cara un gesto de sorpresa.

—Eso es mucha sal.

—Es para salar pescado.

—¿Sardinas? Me encantan las sardinas. Podría comerlas cada día. Pero por aquí solo pasan a venderlas cada muchos meses. Aquí la mayoría de la sal que vendemos es para conservar carne. No tenemos clientes de la costa. Supongo que será más barato comprarla por allí —explicó rascándose la cabeza.

Aitor se encogió de hombros. Esperaba que no fuera así. Después de llegar hasta allí, solo faltaba que hubiera podido comprarla más barata en el puerto de Getaria, casi en las puertas de su propia casa. Afortunadamente no fue así.

—Perdona, no me he presentado. Soy Marcelo, trabajo aquí —se disculpó el otro tendiéndole una mano a modo de saludo—. ¿Es la primera vez que vienes?

Aitor asintió.

—Ven, te enseñaré cómo obtenemos la sal —anunció asiéndole del brazo y echando a andar hacia varias casetas de piedra situadas a escasa distancia. Entre ellas destacaba una gran noria de madera que giraba a poca velocidad—. El manantial salino se encuentra por debajo del nivel del suelo. Esta noria nos sirve para subir el agua salada hasta la superficie, donde la repartimos por las diferentes dorlas.

—¿Dorlas? —inquirió Aitor.

Marcelo se rió antes de continuar.

—Llamamos así a unas grandes calderas de hierro de forma plana. Mira, aquí tienes una —explicó señalando al interior de una de las casetas. Sobre un fuego alimentado por gruesos leños, se encontraba una gran caldera rectangular en la que hervía sin cesar

una gran cantidad de agua—. Cuando se evapora, lo único que queda es la sal. Es igual que en las salinas que se secan con el sol, pero aquí obtenemos la sal por medio del fuego. Cada una de las casetas que ves guarda una de estas dorlas —explicó haciendo con el brazo un movimiento que pretendía abarcarlas todas.

—¿Por qué lo hacéis así? ¿No sería más fácil evaporar el agua con el sol?

Marcelo se limitó a señalar al cielo. Al mirar hacia arriba, Aitor sintió como las gotas de lluvia rompían en su rostro. Se ruborizó por lo estúpido de la pregunta.

—Claro —dijo secándose la cara con la manga del blusón.

La oscuridad de la noche estaba ganando la partida a las horas de luz. No tardaría en ser noche cerrada.

—No creo que tengamos tiempo de cargar hoy la sal. Aún tenemos unas cuantas sacas que llenar antes de comenzar con lo tuyo —se disculpó el vendedor—. Pero mañana a primera hora tendrás los toneles listos.

—En ese caso iré a buscar una posada para pasar la noche.

—Puedes dejar aquí el carro. Llévate los bueyes. Necesitarán comer bien y descansar si quieres que mañana puedan arrastrar todo ese peso.

Aitor asintió y dio a los animales unas agradecidas palmadas en el lomo. Los caballos podían avanzar más deprisa, pero nunca aguantarían viajes tan largos y con tanta carga como lo hacía su pareja de bueyes.

Gracias a las indicaciones de Marcelo, no le costó dar con una posada cercana a la salina. Más de una vez había pernoctado en Léniz, pero lo había hecho siempre en una venta situada en la subida a Arlaban, pasado el núcleo urbano. Conforme se fue acercando, le sorprendió el jolgorio que salía del interior. Un farol de aceite colgaba encendido junto a la puerta, sobre la que destacaba un rótulo labrado en madera.

—El Salinero —leyó Aitor en voz alta.

Olía bien, a estofado de carne. En los bosques de la zona abundaban los jabalíes. Sintió que se le hacía la boca agua. Condujo los bueyes al establo y pidió al mozo de cuadra que los cepillara y les pusiera heno fresco. Después se sacudió el polvo que llevaba encima. Siempre lo hacía antes de entrar en una venta. Un viajero sucio suponía, chinches, pulgas y otros parásitos, por lo que los posaderos solían ofrecerles sus peores alcobas. Tras tantas idas y venidas, había llegado a la conclusión de que era mejor adecentarse un poco y causar buena impresión.

—¡Bienvenido, viajero! —saludó el tabernero sin dirigirle la mirada en cuanto abrió la puerta.

El hombre, al que Aitor calculó la edad de su padre pero con el doble de barriga, repartía jarras de vino por las mesas. Había tantos clientes que no quedaba ni una libre. El ambiente estaba cargado. Al delicioso olor de los guisos se sumaba el humo de la mala combustión de la chimenea. No era una posada grande, pero tampoco pequeña, media docena de mesas con cuatro taburetes

cada una y poco más, porque carecía de barra. El techo, con las vigas de madera a la vista, estaba ennegrecido por el humo, especialmente en la zona más cercana al hogar.

—¿Puedo? —preguntó Aitor a unos clientes mientras señalaba una banqueta libre en su mesa.

—¿Tú qué crees? —le contestó uno de ellos invitándole a sentarse.

En cuanto ocupó su sitio, una joven con escote generoso y los cabellos morenos recogidos en una cofia, le sirvió un plato de estofado. Aitor se fijó en los otros. Todos cenaban lo mismo.

—Aquí siempre hay estofado y casi siempre de jabalí. No se puede cenar otra cosa, pero está buenísimo —le explicó uno de sus compañeros de mesa al adivinar sus pensamientos—. Y no se te ocurra beber vino, que es puro veneno.

Los demás rieron de buena gana con la advertencia.

—¡Es el peor vino de todo el camino entre Vitoria y Deba! —exclamó otro arriero desde una mesa vecina.

—¡Veneno puro! —protestaron varios borrachos desde el otro extremo de la posada.

El posadero se plantó en medio del local con los brazos en jarras y observó la escena con gesto cansado.

—Me tenéis harto. Si no os gusta mi vino, podéis ir a otra venta. Pero no, no dejáis de venir porque el estofado que prepara mi mujer es el mejor. Todas las noches tengo que aguantar la misma historia.

Algún día me cansaré y cerraré para siempre la puerta. A ver dónde coméis entonces un buen guiso de jabalí.

Lejos de calmarse, las protestas de los clientes arreciaron. Aitor bajo la mirada hacia su plato humeante y probó el estofado. Era realmente delicioso. La carne era tan tierna que se deshacía en la boca. Aparte de algunas ciruelas pasas, no supo identificar el resto de ingredientes que hacían de la salsa algo tan especial.

Mientras disfrutaba de su cena, pensaba en lo que estaba ocurriendo. Quizás era una buena oportunidad para él. Si consiguiera vender vino a la posada El Salinero, se quitaría de encima un tonel a mitad de camino entre Laguardia y el valle de Oialde. Los bueyes lo agradecerían. Y lo que era mejor, eso dejaría espacio en el carro para poder cargar sal siempre que lo necesitara. De ese modo no tendría que realizar viajes exclusivamente en busca de sal.

Sin duda era una gran oportunidad. Debía hablar con el posadero.

Encontró al hombre en la cocina, una pequeña estancia mal iluminada donde colgaba una gran olla sobre un fuego encendido en el suelo. Había esperado a que la mayoría de los clientes se retiraran a dormir. Los pocos que quedaban eran borrachos que bebían sin armar bulla.

—¿Qué quieres, quejarte de mi vino o pedir la receta del estofado? —inquirió de malas formas el posadero sin alzar la vista del guiso de jabalí que estaba cenando.

Aitor tomó un taburete y se sentó frente a él.

—¿Cuánto pagas por el vino que sirves?

—¿Y a ti qué te importa?

El joven tragó saliva. No había empezado con buen pie. Decidió recular y empezar de nuevo.

—Me llamo Aitor —dijo tendiendo la mano a modo de saludo—. Soy mercader de vino. Lo traigo de tierras riojanas y lo vendo en las tabernas de la costa. Desde que son mis clientes, muchos taberneros han multiplicado sus beneficios.

El posadero digirió las palabras durante unos segundos y finalmente se decidió a estrecharle la mano.

—Yo soy Julio, el dueño de esta casa.

—Enhorabuena por el estofado. Es sencillamente delicioso —le felicitó Aitor.

—El mérito no es mío. Mi mujer tiene muy buena mano para la cocina y no faltan en la zona cazadores que nos vendan buenos jabalíes—. Hizo una pausa antes de seguir—. Es difícil encontrar mercaderes que traigan vino hasta aquí y los que lo hacen venden basura. ¿Y dices que tu vino es bueno?

—El mejor. Al menos eso dicen todos los que lo han probado.

—¿Cuánto pides por un tonel?

—Sesenta maravedís.

Julio se lo pensó unos instantes.

—¿Puedo probarlo? —inquirió finalmente.

Aitor se felicitó para sus adentros. Acababa de conseguir un nuevo cliente en un punto estratégico del recorrido entre Laguardia y la costa.

—Hoy no llevo ni una triste bota. He venido a comprar sal, pero no tardaré en volver con el carro cargado de vino. Entonces podrás probarlo.

—Está bien. Si es tan bueno como dices, me quedaré dos toneles, y dos más cada vez que pases por aquí.

—Tendrás un vino a la altura de los guisos que sirves —prometió Aitor lleno de júbilo mientras sellaban el acuerdo con un apretón de manos.

20

EN VILO

Primavera de 1448

Aún quedaba nieve en las alturas de Arlaban. No era mucha, apenas unos retazos blancos en las zonas más sombrías del camino. Con el verano a las puertas resultaba extraño, pero el invierno y la primavera habían resultado extremadamente fríos. Desde lo más alto, Aitor contempló el valle de Léniz, que se abría al norte. Los hayedos habían dejado atrás su desnudez invernal y vestían sus ramas con hojas de un vibrante color verde, que cubría el paisaje como una hermosa manta de vida. Una campana lejana rompió el silencio con sus insistentes tañidos. Llamaban a misa en Salinas de Léniz. En un par de horas estaría allí, a tiempo para cenar en la posada El Salinero. Se le hizo la boca agua al pensar en su estofado. Además, podría deshacerse allí de dos toneles de vino y los bueyes podrían avanzar más rápido en las tres jornadas que le separaban de la aldea.

Había pasado casi un año desde que conociera a Julio, propietario del negocio, y este no había fallado a su promesa de comprarle vino. En dos ocasiones había pasado Aitor por allí, y en ambas se había quedado con un par de barriles.

—¡Apostaría a que hay más gente en la posada que en la iglesia! —bromeó el hombre del carro que le precedía.

Aitor se rió por lo bajo, pero otros arrieros celebraron la

ocurrencia ruidosamente.

—Yo también prefiero las tabernas a las iglesias. ¡Y a las posaderas a las monjas! —añadió uno entre carcajadas.

—¡Seguro que el cura también las prefiere! —replicó entre risas el que cerraba la fila.

Coronar el paso de Arlaban y comenzar el descenso había contagiado de optimismo a la caravana. Y es que los puertos siempre causaban nerviosismo en los arrieros, especialmente cuando la nieve amenazaba con impedir el paso.

Excepto Aitor, el resto transportaban lana hacia los puertos de la costa. Era temporada de esquileo en Castilla y los caminos eran un continuo ir y venir de cargamentos de lana. Aitor se había unido a ellos en Vitoria. Viajar acompañado era más agradable y, sobre todo, más seguro ante los posibles encuentros con bandidos.

Aitor había aprendido a esquivar los robos. No era una ciencia exacta, pero había comprobado que si era capaz de mantenerse unido a la caravana, los malhechores no osaban aparecer. Solo en dos ocasiones, siempre cerca del puerto del Toro, había sido víctima de los saqueadores de caminos. Tampoco en esos casos pudieron robarle grandes sumas de dinero porque llevaba el montante principal escondido en el carro y solo un puñado de maravedís en un saquito atado al cinto.

La noche se había echado encima cuando llegaron a la villa salinera. Uno de los carros castellanos había quedado atrapado en el lodo a mitad de bajada y les había llevado un buen rato liberarlo para poder

seguir camino. Las calles del pueblo estaban desiertas, pero el humo que emanaba de las chimeneas delataba que la vida se había retirado al interior de las casas. Una fuente de cuatro caños inundaba el ambiente con alegres notas acuáticas y empapaba el suelo de una pequeña plaza empedrada. Junto a ella, asomada a la vaguada en la que se escondía la salina, se alzaba la posada. Los aromas de sus guisos traspasaban sus paredes e invitaban a hacer un alto en el camino.

—¡Sí que huele bien! —exclamó uno de los arrieros castellanos.

—¡Ya lo sabía el muy bribón! —se burló otro.

Habían dejado sus carros junto a la salina, donde montarían un improvisado campamento en el que pasar la noche. El viaje desde Castilla era largo y no podían permitirse dormir en posadas cada noche, de modo que acampaban a las afueras de los pueblos. Sin embargo, Aitor les había hablado del guiso de jabalí de la posada y no querían perdérselo por nada del mundo.

El joven se disponía a empujar la puerta de la posada cuando esta se abrió de golpe. La luz del farol que pendía junto a la entrada dibujó el rostro de Alain de Oialde. Salía dando voces y riendo, visiblemente bebido y vestido con ropajes militares: cota de malla, pantalones ceñidos y botas de montar. Tan lejos de casa y con aquella indumentaria, Aitor tardó en reconocerlo.

Se disponía a saludarle cuando se dio cuenta de que pasaba de largo. No había reparado en él. Tras el señor, sin tanta algarabía, abandonaron la posada varios de sus hombres. El corazón le dio un vuelco al reconocer entre ellos a Iñigo. Mucho más delgado y

espigado que la última vez que lo había visto, hacía al menos un año, miró sin interés al arriero que se dirigía hacia él.

—¡Aitor! —exclamó sorprendido al reconocerlo.

Ambos hermanos se fundieron en un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Iñigo.

—Vuelvo de Laguardia. Con tantas nieves no hemos podido viajar en varios meses y nos hemos quedado sin vino que vender.

Iñigo asintió con un esbozo de sonrisa tras el que Aitor intuyó nostalgia de otros tiempos.

—He oído hablar de vuestro vino, pero nunca lo he probado. Todo el que lleváis a la torre se lo beben Alain, su hermano el cura y sus amigotes. Esos días es mejor estar lejos, porque cuando se emborrachan se dedican a humillar a todos los milicianos y sirvientes que encuentran cerca.

Mientras hablaba, Aitor se fijó en sus ojos y sintió un frío intenso que le erizó el cabello. Estaban vacíos, la vida se había escapado de ellos. Parecía la mirada muerta de un animal cazado. Siempre le impactaba ver ese vacío, ese pozo negro en los ojos de los conejos que solía cazar el tío Antton. La mirada de Iñigo mostraba ese mismo vacío, esa misma tristeza infinita. Era un muerto en vida.

—¿Y tú, qué haces por aquí? —preguntó con la voz rota, incómodo por no saber cómo seguir la conversación.

—Siempre estamos de aquí para allá. Jugando a sembrar el mal y a vengar las afrentas que les hacen a Alain y otros señores de su bando —explicó con expresión de repugnancia—. Nunca nos explica

nada, pero he oído que vamos a Mondragón. Dicen que esta vez haremos algo grande que hará rendirse para siempre a los oñacinos.

—¡Eh, Pastor! Date prisa o tendré que ir a buscarte. —El señor de Oialde había dejado de reír para recuperar su altivo tono habitual.

—¿Pastor? —preguntó Aitor extrañado.

El rostro de Iñigo se nubló mientras se giraba para marcharse.

—¿Recuerdas que yo quería ser pastor? —preguntó encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal está nuestra madre? Dale un fuerte abrazo de mi parte. Y a padre también, claro —apuntó antes de reunirse apresuradamente con sus compañeros.

Aitor sintió un gran pesar al ver como la oscuridad de la noche lo devoraba. Su hermano, siempre tan soñador, no era más que una sombra de lo que un día había sido. Con un profundo suspiro, echó la mirada hacia el cielo. Tras un velo de jirones de nubes, la luna flotaba redonda y blanca en el firmamento, rodeada de estrellas que brillaban frías; tanto como los ojos de Iñigo.

—Cuídate hermano —murmuró con lágrimas en los ojos.

Un dulzón olor a harina inundó el camino tras una curva cerrada. El arbolado impedía verlo, pero Aitor sabía que, salvado el pequeño collado que llamaban de la Cruz, acababa de entrar en el valle. Los toneles vacíos que apenas unos días atrás habían estado llenos de pescado en salazón traqueteaban con las irregularidades de la calzada. Como siempre que se acercaban a la aldea, los bueyes apretaron el paso, deseosos de llegar al descanso que suponía el

hogar. Una curva más, calculó Aitor, y podría oír la muela del molino; dos curvas más y vería el pequeño edificio de piedra entre las ramas.

—¡Chico, ya estás de vuelta! —exclamó Fermín al verlo.

No fallaba. En cuanto veía acercarse el carro por la minúscula ventana, el molinero se asomaba a la puerta. Era algo así como un guardián de unas inexistentes puertas de la aldea.

—¿Cómo han ido las ventas?

Aitor tiró de las riendas para ordenar a los bueyes que se detuvieran.

—No me puedo quejar. Estaban esperando que llegara una nueva partida de nuestro pescado en salazón.

—Tu madre sabe cómo prepararlo. Ayer mismo me regaló un par de sardinas y no he dejado ni las espinas.

—Ya debe de tener otro cargamento preparado. Dice que hay que prepararlas con tiempo porque cuanto más viejas, más ricas están.

Fermín insistió en lo sabrosas que estaban y el joven azuzó a los bueyes para que reanudaran la marcha. Tenía ganas de llegar a casa para explicar a sus padres el encuentro con Iñigo, pero el molinero alzó la mano para detenerlo. Su gesto era, de pronto, de preocupación.

—Chico, me inquieta Amaia. Apenas sale de casa y dicen las malas lenguas que ese canalla de Mikel le pega. Hace unos días pasé por allí y quise saludarla, pero la puerta del almacén de carbón estaba cerrada. No me gustó. Antes, cuando vivía Xabier, esa puerta

solo se cerraba en lo más crudo del invierno, siempre estaba abierta, como la de este molino.

El joven sintió un escalofrío. ¿Amaia maltratada? No podía ser verdad, seguro que la gente de la aldea hablaba sin saber. Ella, una chica tan fuerte... No podía ser, debían de estar equivocados. Agradeció a Fermín la información y siguió su camino.

Apenas cinco minutos separaban el molino de los primeros caseríos, entre los que se encontraba el de los Ibaiondo. El rumor del río, que acompañaba al camino real en todo el trayecto a través del valle de Oialde, impedía a su familia oír el traqueteo del carro hasta que no llegaba hasta la mismísima puerta de casa.

—¡Hijo! ¡Ya estás aquí! —exclamó Arantza corriendo a abrazarlo.

—No te esperábamos hasta mañana —se extrañó Eneko, comprobando satisfecho con un golpecito de los nudillos que los toneles que ocupaban la parte inferior del carro estaban llenos de vino.

Aitor se deshizo con un gesto incómodo del abrazo de su madre.

—Es que el pescado lo vendí nada más pisar las calles de Laguardia. Me lo compró todo el mercader que la vez anterior se quedó con la cuarta parte de la mercancía. Y dijo que si llevara más, también me lo compraría.

Mientras lo explicaba abrió el depósito de monedas oculto que años atrás había ideado en un flanco del carro. Originalmente creado para evitar los abusos del señor de Oialde, resultaba muy útil para los viajes a Laguardia, en los que el peligro eran los saqueos de los

bandidos. Al abrir su tapa inferior, un montón de brillantes monedas cayeron como una cascada tintineante en una pequeña saca.

Arantza contuvo una exclamación cubriéndose la boca con la mano.

—Y pensar que no quería hacerte caso cuando me proponías que nos dedicáramos a la venta de vino —suspiró su padre.

—Era un mocoso así —Arantza señalaba una altura como la de su cintura—, y ya sabía cómo sacar de la ruina a la familia.

—¡Eh, qué no era tan canijo! —protestó Aitor antes de ponerse serio—. Estuve con Iñigo. Lo encontré por casualidad en Salinas de Léniz.

Sus padres dejaron lo que estaban haciendo para mirarle ansiosos.

—¿Tu hermano? ¿Cómo lo viste, está bien? —se preocupó su madre.

—¿Tan lejos? —inquirió Eneko.

Aitor tragó saliva antes de contestar.

—Lo vi bien —se obligó a mentir para no preocupar a sus padres —. Parecía animado. Iba a Mondragón a hacer algo importante.

Las lágrimas que asomaron a los ojos de Arantza le dijeron que su madre sabía que mentía.

El penetrante olor de las sardinas en salazón se había adueñado del almacén que meses atrás olía solo a vino. Ahora, el aroma de los caldos quedaba disimulado tras el del pescado.

—Tendremos que ampliarlo —sugirió Aitor mientras colocaban en su sitio los toneles de vino recién llegados.

La luz oscilante de dos lámparas de aceite de ballena hacía bailar las sombras del padre y el hijo mientras movían de un lado para otro los barriles para intentar aprovechar al máximo el escaso espacio. Desde que comenzaran con el comercio de vino, habían tenido suficiente con el ala del caserío que antaño utilizaban como bodega para las barricas de sidra. A pesar de que llevaban ya años trabajando con el doble de toneles de vino, repartiéndose la faena entre el que viajaba al sur y el que lo vendía en la costa, la bodega no había resultado pequeña. Ahora, en cambio, se veían obligados a amontonar los barriles de sardinas, que hacían equilibrios por encima de los de vino.

—¿Qué tal han ido las ventas por aquí?

Eneko se encogió de hombros.

—En Getaria no van bien las cosas. Hace meses que no se acercan ballenas por la costa y los pescadores no tienen dinero. Las tripulaciones de los barcos de mercancías que hacen noche en el puerto salvan un poco la situación, pero los taberneros tardan en vaciar sus toneles de vino.

Aitor recorrió la bodega con la mirada, contando los barriles que quedaban sin vender. Solo dos, sin contar los que acababa de traer de Laguardia. Tampoco parecía haber ido tan mal, pensó.

Eneko adivinó sus pensamientos y siguió explicándose.

—Probé a acercarme a Zumaia. Ya sabes que allí más que de la pesca viven de los astilleros. Nuestro vino gustó, como siempre. En

una taberna me dijeron que era el primer vino sin rebajar con agua que les vendían, imagínate cómo está el negocio. Lo vendí todo, los dos barriles que llevaba, pero al llegar a casa apenas traía el mismo dinero que nos cuesta comprarlo en Laguardia.

—¿Cómo es eso? No puede ser. ¿Lo vendiste más barato?

Eneko negó con la cabeza.

—Está el paso del Urola, que hay que pagar a la ida y a la vuelta, están los milicianos del señor, que me esperan cada día a mi regreso...

—¡Malditos buitres!

—Quizás con el carro de bueyes nos tendría más cuenta, porque al pasar el Urola me cobraron el mismo pasaje por mi carreta que a un mercader que llevaba un carretón enorme tirado por dos bueyes.

Para que uno de los dos pudiera vender el vino mientras el otro viajaba a Laguardia, habían fabricado una pequeña carreta en la que cabían dos barriles. Tiraba de ella una mula que habían comprado en el mercado semanal de Vitoria por la mitad de lo que les pedían en la costa.

—Si siguen los problemas en Getaria, tendremos que intentarlo —decidió Aitor.

No conseguía quitarse a Amaia de la cabeza. Pese a que no quería admitirlo, le preocupaba que fueran ciertas las sospechas de Fermín. Al llegar se había fijado en su caserío y la puerta estaba cerrada, tal y como le había explicado el molinero. Pero no había podido indagar más, pues sus padres habían salido a recibirle.

—¿Sabes algo de Amaia? —preguntó a su padre.

Eneko suspiró, dejó el tonel que estaba moviendo y le miró con gesto sombrío.

—No la hemos visto desde hace días. Los vecinos hablan, ya sabes... Se oyen muchas cosas y ninguna buena.

En cuanto Aitor abandonó la casa familiar para dirigirse a la de Amaia, Elías corrió a su encuentro. Solo contaba diecisiete años pero se había convertido en todo un hombre. Sus hombros anchos y sus brazos fibrosos delataban el duro trabajo al que se veía sometido en las minas de hierro del señor de Oialde. Trabajaba en ellas desde hacía dos años, cuando su abuelo murió y quedó al frente de la economía de la casa que compartía con su abuela. Lejos quedaban los días de juegos junto al río, que Aitor a menudo recordaba con nostalgia. La vida había obligado a los dos jóvenes a crecer deprisa y sus caminos apenas se cruzaban ya, aunque mantenían una buena amistad.

—Aitor, voy a enrolarme —explicó sin preámbulos.

La noticia fue un jarro de agua fría.

—¿Miliciano? ¿No te va bien en la mina?

Elías negó con la cabeza.

—Hace meses que no nos pagan. Nos dan de comer allí, eso es todo. El administrador dice que extraemos muy poco hierro y que la ferrería debe funcionar lentamente por culpa nuestra.

—¿Ese malnacido de Mikel? ¡Es peor que Alain, peor que el más peligroso de los venenos!

—Dicen que pega a Amaia —añadió Elías bajando la voz y mirando a ambos lados como si temiera que alguien le oyera.

Aitor asintió con una punzada de dolor. A su lado el Urbeltza bajaba furioso, arrastrando el barro que se arrancaba de las montañas con la fuerza del deshielo.

—Tampoco te pagarán como soldado —replicó.

—Sí que me pagarán. Hace unos días Alain vino a la mina. Nos reunieron a todos en el exterior de las galerías y propuso a los más jóvenes que nos convirtiéramos en milicianos. Necesita más soldados y los mineros estamos acostumbrados a la vida dura. Prometió pagarnos lo mismo que nos pagaba extrayendo hierro antes de que Mikel eliminara el jornal. Al principio dudé, pero necesito el dinero, mi abuela no tiene ni para comer.

Aitor suspiró disgustado.

—Hace unos días encontré a Iñigo. Estaba con Alain y un buen grupo de soldados. Ninguno parecía contento excepto el señor. Ninguno —recalcó—. Pero mi hermano estaba muerto, Elías. Sus ojos estaban vacíos. Solo mostraban una infinita tristeza —Tragó saliva para poder continuar—. ¿Es ese el futuro que deseas?

Elías observó a su amigo largamente sin atreverse a decir nada. Finalmente, clavó la mirada en el suelo y respondió.

—No me queda otra. Mi abuela se morirá de hambre si no lo hago.

—Yo puedo ayudarte, podríamos...

Elías no le dejó terminar la frase. Alzó una mirada nublada por las lágrimas e interrumpió a su amigo.

—¡No necesito tu ayuda! No necesito la ayuda de nadie. Si lucho por el señor de Oialde podré valerme por mi mismo. No soy ningún mendigo —Un sollozo le obligó a detenerse un momento—. No me queda otra opción. Mi abuela no tiene tierras porque mi abuelo las perdió en una apuesta, mi madre es una ramera de la que no sabemos nada hace años y mi padre..., ¿quién es mi padre? —protestó.

Aitor sintió que las lágrimas asomaban también a sus ojos. No sabía qué decir. Nunca había oído a Elías hablar con tanta dureza de sí mismo y de su familia. Quiso decirle que no era cierto, que había otro futuro para él, que las cosas cambiarían, pero sabía que su amigo tenía razón.

—No quiero compasión —objetó Elías al ver sus lágrimas—. Seré miliciano y me ganaré la vida dignamente.

Sin esperar a la réplica de su amigo, el joven se giró y echó a correr hacia la casa de su abuela.

—¡Buena suerte! —deseó Aitor con el corazón en un puño.

A modo de despedida, Elías alzó la mano sin dejar de correr para evitar que descubriera que estaba llorando.

Aitor suspiró con la mirada perdida. Sentía que le faltaban las fuerzas para seguir adelante. Primero su hermano, después Amaia y

ahora el que durante años había sido su mejor amigo. ¿A quién más le robaría Alain de Oialde?

Con un nudo en el estómago, Aitor llamó a la puerta. El sonido metálico del picaporte resonó en el interior del almacén de carbón. Pasaron unos minutos, que quizás fueran segundos pero al joven se le antojaron interminables, sin que nadie se acercara a abrir. Se disponía a llamar de nuevo cuando le llegó desde el interior el sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta. Cerrojos que se retiraban y el chirrido del portón al abrirse.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Aitor al descubrir que su amiga tenía un ojo amoratado que intentaba sin éxito ocultar con el quicio de la puerta.

La joven clavó la mirada en el suelo, en un vano intento de ocultar sus lágrimas.

—¿Qué te ha hecho? —inquirió Aitor al tiempo que la abrazaba.

Ella buscó cobijo entre sus brazos fuertes y sollozó como única respuesta.

—¿Qué te está haciendo? —insistió Aitor—. ¿Desde cuándo te pega?

Amaia volvió a sollozar y se arremolinó en sus brazos, como si en ellos buscara la salvación al tormento que estaba viviendo.

—Tenía tantas ganas de verte —susurró por fin.

Aitor echó un vistazo al camino y comprobó que no había nadie a la vista antes de empujar con suavidad a Amaia hacia el interior de

la casa. Una vez que los dos estuvieron dentro, cerró la puerta.

A salvo de posibles miradas indiscretas, Aitor la abrazó con más fuerza y ella rompió a llorar.

—¿Desde cuándo te pega?

Sin dejar de abrazarse al joven, Amaia separó el rostro de su pecho y explicó con la voz entrecortada por los sollozos que la había maltratado desde el primer día.

—Dice que le hago el amor sin pasión. Cada noche cuando vuelve a casa, casi siempre borracho, me obliga a acostarme con él. Intento fingir que disfruto, pero me repugna hacerlo —explicó avergonzada—. Cuando acaba siempre me acusa de odiarlo y me pega.

Aitor sentía que le hervía la sangre. ¿Cómo había estado tan ciego como para no darse cuenta de lo que estaba sucediendo?

—Cada día es peor, porque cada día me cuesta más fingir. El miedo a lo que pasará cuando acabe me bloquea y me impide simular que me lo paso bien. Y él se enfada cada vez más. Antes no me pegaba en la cara, pero ahora mira —explicó señalándose el ojo morado.

—Tenemos que pararle.

—No, Aitor, no puedes hacer nada, es mi marido. Nadie hizo nada por impedirlo en la iglesia.

El joven sintió que sus palabras le herían como puñales afilados.

—No podíamos hacer nada —se defendió—. Había tantos milicianos como vecinos, o quizás más. Alain de Oialde quiso

asegurarse de que aquella boda se celebrara.

Amaia rompió a llorar de nuevo.

—¿Por qué es tan malvado?

—Algún día pagará todas las desdichas que nos hace sufrir.

—¿Dónde, en el infierno? —protestó Amaia—. ¡Mi vida es ya un infierno por su culpa!

—No, en el infierno no. Aquí. Alain de Oialde pagará en este mundo por todo el mal que está haciendo. Te doy mi palabra.

Los brazos de Amaia lo rodearon con fuerza mientras lanzaba un profundo suspiro. Aitor sintió la caricia de sus pechos contra su cuerpo. Ella alzó su rostro. A pesar del moratón estaba hermosa. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Se miraron sin decir nada, quién sabe durante cuánto tiempo porque parecía haberse detenido. No existía más mundo que ellos dos, la penumbra de la entrada al caserío y el olor a carbón que flotaba en el ambiente. Amaia acercó sus labios a los de él, entreabiertos, carnosos, suplicantes, y Aitor la besó. Un beso largo, interminable, con el que se dijeron muchas cosas sin necesidad de utilizar palabras. Era un beso de amor, de tristeza, de alegría, de emociones encontradas y ambos desearon que aquel momento no acabara nunca, que no tuvieran que despertar jamás a la realidad que el señor del valle había decidido para ellos. Y así se fue la tarde, entre besos, caricias y confesiones de un amor que les habían robado.

—Tienes que irte —dijo Amaia señalando la oscuridad que entraba por la ventana.

—¡No le permitiré que vuelva a ponerte la mano encima!

Amaia se encogió de hombros con gesto resignado.

—Venga Aitor, es de noche y puede llegar en cualquier momento.

—Si vuelve a pegarte... —empezó a decir Aitor, pero Amaia ya había abierto la puerta y le invitaba a salir.

—No me quiero imaginar lo que pasaría si te encontrara aquí.

—Prométeme que no dejarás que te pegue.

—Prométeme tú que mañana y el día después y todos los días del mundo volveremos a vernos —contestó ella.

Aitor sonrió.

—¡Claro que te lo prometo, no te librarás de mí tan fácilmente!

Un último beso, furtivo esta vez, bajo el frío manto estrellado y Aitor se encaminó hacia su casa. Una mezcla de rabia y pasión le mantenían desbocado el corazón, cuyos latidos estaba seguro de que podían sentirse desde el siniestro torreón del señor del valle. Dirigió la vista hacia allí y vio luz en los aposentos superiores. Clavado en mitad del camino real y con la mirada fija en la lejana torre se juró con una rabia creciente que dedicaría su vida a acabar con las injusticias de Alain de Oialde. Levantó un puño hacia allí para sellar su juramento y, por un momento, creyó sentir desde la ventana iluminada la mirada desafiante del altivo señor del valle.

21

MONDRAGÓN

Verano de 1448

La lluvia había cesado pero las nubes continuaban cubriendo el cielo del valle del Deba. La luna, oculta tras los nubarrones, apenas se dibujaba como un semicírculo luminoso, pero su escasa luz no llegaba a iluminar el terreno. Con semejante oscuridad el avance resultaba lento y tedioso. Contrariado por tener que caminar, Alain tiraba de las riendas de su caballo, seguido por todos sus hombres. Aún le dolía el golpe que se había dado en la cabeza con la rama baja de un árbol. Y es que las noches sin luna no eran las mejores para montar a caballo, ni siquiera para caminar por sendas poco conocidas.

Pero no había tiempo que perder. Pedro Vélez de Guevara, señor de Oñati, le había citado a medianoche en la ermita de la Magdalena, situada a escasa distancia del portal de Abajo de Mondragón. Su mensajero había sido claro: se requería la presencia puntual del señor de Oialde con todos los hombres que pudiera reunir. Hacía meses que los oñacinos ocupaban la villa y la respuesta gamboína debía ser aplastante.

—¡Venga, daos prisa! —exigió a sus hombres preocupado ante la posibilidad de llegar tarde a la cita.

El barro acumulado en algunos tramos del camino por culpa de la lluvia reciente le hizo temer que no llegaría antes de la hora requerida. Sin la luna en el cielo no tenía forma de calcular de

cuánto tiempo disponía aún, por lo que su nerviosismo fue en aumento. Por temor a ser objetivo de su ira, sus hombres iban tras él en absoluto silencio.

Gonzalo, su escudero, que caminaba inmediatamente detrás de él, fue el primero en romperlo cuando vio dibujarse en el fondo del valle las murallas de Mondragón.

—Señor —llamó casi en un susurro.

—¡Calla y camina!

Alain clavaba la mirada en el sendero, sin percatarse de que la villa se extendía a los pies de la ladera por la que discurría la senda.

—Señor, Mondragón está allí abajo —insistió Gonzalo.

Esta vez Alain se detuvo y contempló el valle. La villa se extendía junto al Deba, protegida por murallas de escasa altura. La falta de luz impedía ver todos los detalles, pero se adivinaban farolillos moviéndose en lo alto de los muros. Los defensores debían de temerse alguna ofensiva de los gamboínos, porque no parecía normal tanta vigilancia a tales horas de la noche.

El tañido de una campana rompió la quietud que flotaba en el valle. Una, dos, tres... Alain las contó sin atreverse siquiera a moverse para no perder la cuenta. Once. Eran solo las once. Con gran alivio, hizo un gesto a sus hombres para que reanudaran la marcha. Si no se había equivocado, la senda por la que caminaban les llevaría en pocos minutos hasta la ermita de la Magdalena.

El templo, situado en un amplio claro del bosque, no tardó en dibujarse ante él. Se trataba de una sencilla construcción de piedra

en cuyas paredes se habían colocado varias antorchas que iluminaban todo el claro. Cientos de hombres armados se encontraban diseminados por toda la zona.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó un centinela apostado en medio del camino.

Alain sintió que centenares de miradas se clavaban en él.

—¡Alain de Oialde y sus hombres! —contestó su escudero con un potente chorro de voz.

El centinela se cuadró, realizó un saludo militar y se hizo a un lado para permitirles continuar.

—¡Oialde! —fue el propio señor de Oñati quien salió de la ermita para recibirle—. Gracias por acudir a mi llamada. Ven conmigo —dijo agarrándole del hombro y señalando hacia el interior del templo—. Hemos instalado el cuartel general al amparo de la Magdalena.

—Esperad aquí —ordenó Alain girándose hacia sus hombres antes de seguir a su anfitrión intentando no cojear pese al dolor que sentía en la cadera.

El bajo dintel de la puerta obligó a agachar la cabeza a ambos banderizos.

—Ya le gustaría a ese engreído de González de Butrón vernos humillar así la cabeza —bromeó Pedro Vélez de Guevara.

Alain se sorprendió al ver el templo. Si no fuera porque una imagen policromada de la Virgen dominaba la escena desde una hornacina abierta en la pared desnuda, habría jurado que se encontraba en la sala principal de una torre. La mesa de piedra que

se utilizaba como altar había sido trasladada al centro de la única y pequeña nave. Apoyados en ella, absortos en la contemplación de un mapa de la zona, bien iluminado por candiles de aceite, se encontraban una decena de banderizos. Parientes mayores de rango similar al suyo, con muchos de los cuales había coincidido en otras contiendas. Pero nunca había visto a tantos juntos. Ni siquiera sabía que eran tantos los que estaban alineados en el bando gamboíno. No cabía duda de que la ofensiva del señor de Oñati pretendía ser la más importante que se recordaba.

—Todavía espero la llegada de algunos más —comentó con pompa Pedro Vélez al ver la sorpresa dibujada en su rostro.

Al verlos entrar, todos los presentes alzaron la cabeza. Algunos saludaron a Alain con un gesto afectivo, pero otros se limitaron a volver a inclinarse sobre el mapa.

—Oialde —oyó susurrar a uno con desprecio.

—... de un valle pequeño cercano a Getaria —La respuesta de otro de barba acabada en punta le llegó entrecortada—. No tendrá más de veinte vasallos.

—¿Y se cree un pariente mayor? —contestó el otro en un susurro.

Aquellos dos, y algunos otros que habían oído la conversación, rompieron a reír de buena gana.

Alain sintió que se ruborizaba de vergüenza y de rabia. Conocía a uno de aquellos hombres; se trataba de Juan Ortíz, señor de Zarautz, con el que había tenido varios encontronazos en el pasado. Pero el de la barba era un completo desconocido para él.

En los siguientes minutos llegaron dos miembros más de la aristocracia gamboína: Martín de Araotz y Juan de Bergara, presentados por el señor de Oñati con más boato que Alain y recibidos por el resto con efusivos saludos. Cuando ocuparon su puesto alrededor de la mesa, Pedro Vélez de Guevara apoyó ambas manos en el mapa y tomó aire para explicar su plan.

—Gracias a todos por acudir a mi llamada. Como sabéis, los oñacinos, comandados por González de Butrón, han tenido la osadía de tomar Mondragón por la fuerza. En esta villa hay una mayoría que nos es fiel y que está sufriendo graves atropellos por parte de quienes se han hecho con su control. —En este punto hizo un alto para mirar directamente a los ojos a todos los presentes.

Alain sintió que su mirada era capaz de penetrar en el fondo del alma. Pese a la incomodidad que sentía, se esforzó por no agachar la cabeza. Él también fue capaz de ver algo en los ojos que tan intensamente lo escrutaban. Cansancio. La mirada de Pedro Vélez de Guevara era la de un hombre cansado. Hasta entonces no había reparado en que las arrugas se extendían por todo su rostro. Sus movimientos tampoco eran tan ágiles como lo habían sido en un pasado no muy lejano. El tiempo pasaba inexpugnablemente para todos, sin hacer distinción entre campesinos y señores de alta alcurnia. Un escalofrío le sacudió el cuerpo al ser consciente de que él también envejecería y, aún peor, él también moriría algún día.

—Nos hemos reunido aquí muchos gamboínos —continuó el señor de Oñati—. Somos mil o quizás más. Sin duda muchos más que los oñacinos que defienden sus posiciones en la villa. Pero no

podemos entrar a luchar en el interior, que es sin duda lo que esperan. La batalla en las calles de Mondragón sería una verdadera ratonera para nosotros, porque ellos estarán dispuestos en los lugares donde puedan infligirnos más daño. De modo que he decidido hacerles salir para luchar en campo abierto.

Un tenso silencio se apoderó del improvisado cuartel general mientras Pedro Vélez de Guevara colocaba unas piezas rojas en el mapa. Una en cada una de las cuatro esquinas de la villa.

—Daremos fuego a Mondragón —explicó con determinación sin dejar de mirar el mapa—. Justo en estos puntos. Saldrán como ratas y estaremos esperándolos fuera. Les vamos a regalar una noche de San Juan que no olvidarán jamás.

Un murmullo de aprobación se extendió por la estancia. Con los ojos clavados en una de las piezas rojas que simbolizaban los incendios, Alain también asintió, convencido de que el plan era el mejor para vengar la toma de Mondragón. Acostumbrado a pequeños ataques contra torres y a incendios de escasa magnitud, la idea de ver toda una villa ardiendo como una gigantesca antorcha se le antojó el mejor de los espectáculos. Imaginó los gritos de los vecinos al quemarse y las terroríficas llamas alzándose hacia el cielo oscuro de la noche. La grotesca imagen le generó una erección que no le sorprendió. Le ocurría a menudo cuando se disponía a comenzar algún ataque o cuando arrebataba a alguien la vida con un golpe de su espada.

Absorto en sus pensamientos, no prestó atención a las siguientes órdenes del señor de Oñati, que repartía funciones entre diferentes

parientes mayores. Solo volvió a centrarse en la reunión cuando le tocó su turno:

—Oialde, de todos es conocida tu facilidad para moverte en la noche con sigilo y atacar sin que el enemigo se percate de ello hasta que es demasiado tarde.

—Como una rata —oyó murmurar a alguien. Muchos le secundaron con humillantes risitas.

—Entre el portal de Abajo y el de Iturriotz hay un pasadizo guardado por un hombre de nuestra confianza —continuó el señor de Oñati fingiendo no haber oído el comentario—. Búscalo y él te mostrará el camino. Una vez en el interior, prende fuego a este almacén de carbón —dijo clavando el dedo en el mapa—. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Cuando termines, vuelve a salir por el mismo camino y únete al grueso de nuestras fuerzas ante el portal de Abajo —Dicho esto, Pedro Vélez de Guevara alzó la voz para que todos le oyeran con claridad—. Los demás permaneceremos escondidos en el bosque para que crean que tienen vía libre para el escape. Cuando aparezca ese malnacido de González de Butrón nos lanzaremos todos sobre él. No lo quiero prisionero. ¡Lo quiero muerto! Después nos dedicaremos a acabar con todos los enemigos que podamos.

—¡Hasta la victoria! —exclamó el banderizo de la barba en punta alzando su espada desenvainada.

—¡Hasta la victoria! —replicaron el resto entrechocando sus respectivas armas.

Siguiendo las instrucciones recibidas, no le costó dar con el hombre que había de guiarlo al interior de la muralla. Era poco mayor que él y dijo llamarse Pedro. El pasadizo resultó ser una pestilente cloaca que desembocaba las aguas fecales de la villa en el Deba.

Las palabras burlonas de otros parientes mayores volvieron a su mente conforme remontaba las aguas malolientes. Se dijo que algún día les daría su merecido. Ellos sí que correrían como ratas cuando les incendiara su torre en mitad de la noche. Poco importaba si eran de su mismo bando si se trataba de vengar sus sucias risitas maliciosas.

—Cuidado con la cabeza —le avisó Pedro al llegar a una zona donde el túnel se hacía más bajo.

Casi reptando, con la camisa empapada por el agua sucia y luchando por que no se le mojaran la yesca y el pedernal, llegó por fin a una alcantarilla de gran tamaño por la que pudo salir a un estrecho callejón donde le esperaba el guía. El aire fresco del exterior nunca le había parecido tan delicioso. Tras el oscuro paso a ciegas por la cloaca, los ojos se le habían acostumbrado a la falta de luz y podía distinguir perfectamente la forma de los edificios que se asomaban a la calleja.

—Tengo que regresar a mi casa. Quiero estar con mi familia en cuanto comience el asalto —se despidió Pedro—. Buena suerte.

Alain intuyó que aquel pobre desgraciado no tenía ni idea de que se disponían a prender fuego a toda la villa. En pocos minutos su hogar no sería más que un amasijo de cenizas y vigas carbonizadas.

Visualizó en la mente el mapa que le había mostrado el señor de Oñati. Si no se equivocaba, estaba muy cerca del depósito de carbón. Solo tenía que buscar una callejuela que salía a la izquierda y que giraba después a la derecha.

Por un momento temió que el plano fuera incorrecto, pues no conseguía dar con la calle, que recordaba muy estrecha. Tras recorrer un buen trecho, se obligó a volver atrás y comenzar de nuevo. Entonces la vio y comprendió que se le hubiera pasado por alto en un primer examen. Se trataba de un mero pasadizo entre casas, tan estrecho que no podrían cruzarse en él dos personas.

Mientras lo recorría, sintió una punzada de pánico. Si alguien se percataba de que estaba incendiando el depósito y daban la voz de alarma, les sería muy fácil cortarle el paso. Tendría que actuar deprisa. Deprisa y en absoluto silencio.

—¡Fuego!

Se le erizó el cabello al oír la voz de alarma. Venía de algún punto lejano de la villa, pero no cabía duda de que alertaría a toda la población. En pocos minutos, las calles serían un hervidero de vecinos asustados.

Maldijo por lo bajo. Se iban a producir cuatro incendios simultáneos en los cuatro costados de la villa. Los encargados de encenderlos habían intentado coordinarse para hacerlo al mismo tiempo, pero había sido en vano. O alguien se había adelantado o él había perdido demasiado tiempo buscando el callejón que llevaba al depósito.

La puerta no estaba cerrada con llave, lo que supuso un alivio. Mientras la empujaba con sumo cuidado para no hacer ruido, oyó como se iban multiplicando a lo lejos las llamadas de auxilio. Esta vez le pareció que procedían de extremos diferentes de Mondragón.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Auxilio!

La campana de la iglesia de San Juan Bautista comenzó a repicar. Era una llamada angustiosa y apresurada. Sin duda, el fuego debía de haber prendido ya en los otros tres extremos de la villa. Solo faltaba el suyo.

Tal como había supuesto, el depósito se encontraba hasta los topes de carbón, por lo que las llamas no tardarían en extenderse por la zona. Pero antes tendría que conseguir que la chispa prendiera, algo que no parecía nada fácil a la vista del estado de la yesca y el pedernal. Y es que, por mucho cuidado que hubiera tenido, el agua de la cloaca los había humedecido.

Agachado junto al carbón, intentó una y otra vez obtener una chispa del pedernal. Clac, clac, clac, el sonido de las piedras al golpearse parecía amplificarse en el interior de aquellas cuatro paredes hasta hacerle temer que le descubrirían en pleno sabotaje.

Unos gritos cercanos, procedentes del exterior, le pusieron alerta.

—Corred. Por aquí. A por agua del Deba para apagar el fuego.

—¡Se quema! ¡La iglesia está ardiendo!

La estructura de madera de los edificios se había aliado con los asaltantes, convirtiendo en pocos minutos Mondragón en una gigantesca tea. Alain sintió una punzada de pánico. Si no conseguía

prender fuego al almacén, las tropas oñacinas huirían por aquella zona, la más segura, arruinando el plan de Pedro Vélez de Guevara de que se vieran obligados a salir por el portal de Abajo, donde esperaban emboscadas sus huestes.

Tenía que actuar deprisa.

Dejando de lado la yesca, chasqueó una y otra vez el pedernal con la esperanza de que alguna chispa prendiera directamente en el carbón. El griterío, cada vez mayor y más desordenado, le ponía nervioso. No podía concentrase.

—¡Dios mío, ayúdanos!

—¡Mi casa se quema!

Otros gritos eran simples aullidos desgarradores que se aferraban al fondo del alma.

Clac, clac, clac. Uno tras otro, los chasquidos del pedernal repicaban en la oscuridad. De vez en cuando, conseguía arrancarle una chispa que iba a parar al carbón, pero ninguna llegaba a prender fuego. En un desesperado intento por lograrlo, comenzó a chasquear las piedras más rápido. Las prisas le jugaron una mala pasada y una de las piezas del pedernal salió volando, cayendo sobre el combustible.

La oscuridad, casi total, le obligó a buscarlo a ciegas, palpando con las manos. Sintió una punzada de pánico; era como buscar una aguja en un pajar. Y además, con los ojos vendados.

El sonido de un edificio al derrumbarse y nuevos gritos de terror le hicieron estremecerse. El fuego estaba avanzando más

rápidamente de lo que esperaba. Debía incendiar inmediatamente aquel almacén.

Con el corazón en un puño, continuó tanteando en la oscuridad. Un profundo hedor dulzón emanaba de sus ropajes, empapados aún por las aguas fecales.

—Como una rata —gruñó entre dientes, reprimiendo una náusea.

La rabia y los deseos de venganza palpitaban con fuerza en su mente, pero no tardó en olvidarlos cuando su mano izquierda dio finalmente con el pedernal. Esta vez bastó un solo chasquido para que una chispa prendiera en el carbón. Con gran virulencia, el fuego se extendió rápidamente por el combustible almacenado.

Hipnotizado por la infernal estampa, Alain observó satisfecho como el incendio se extendía por la propia estructura del edificio.

Lo había logrado.

Antes de abrir la puerta para comenzar la huida, prestó atención a los sonidos que llegaban del exterior. Gritos ahogados por la distancia y desplomes de edificios lejanos. No parecía haber nadie junto al almacén. Tranquilizado, agarró el pomo de la puerta y tiró de él con fuerza.

El gran portón del depósito de carbón no se movió. Con un crujido sordo, el pomo de madera se separó de la puerta y se quedó en su mano. Con un gesto de incredulidad, Alain contempló la pieza rota, visiblemente devorada por la carcoma.

—¡Maldita sea! —exclamó, lanzando el pomo contra las llamas. Un enjambre de chispas alzó el vuelo cuando cayó en el carbón al

rojo vivo.

Intentó buscar un resquicio entre el marco y la puerta para poder tirar de ella. Fue en vano. Por más que se esforzó en introducir los dedos por cualquier rendija y tirar con fuerza, lo único que consiguió fue hacerse daño y perder la paciencia.

Consciente de que de ese modo no iba a conseguir salir de allí, se obligó a dejar de dar palos de ciego. Miró alrededor en busca de alguna otra salida, pero lo único que vio fue fuego. Un fuego cada vez más atroz, que devoraba no solo el carbón sino también el techo del almacén. No había ventanas ni salidas de ningún tipo.

Estaba encerrado. Encerrado en un infierno.

El techo comenzó a crujir. Iba a venirse abajo en cualquier momento. Alain se estremeció. Había cavado su propia tumba. Una masa de maderas ardientes le caería encima en cualquier momento.

Volvió a intentar buscar alguna forma de tirar de la puerta, pero no había manera. El humo comenzaba a hacerle toser. Los ojos le lloraban. Se agachó en busca de un aire más limpio.

Con un ruido sordo, parte de la cubierta se vino abajo. Una nube de polvo y ceniza se elevó con el impacto, haciendo irrespirable el poco aire que quedaba.

Desesperado, Alain miró alrededor en busca de alguna salida que le hubiera pasado desapercibida. Ninguna. Estaba en una ratonera. Iba a morir. Lo supo con tal certeza que sintió ganas de llorar de impotencia.

Por más que se agachara, le continuaba faltando el aire. Su tiempo se estaba agotando.

—¡Está ardiendo! ¡Rápido, hay que apagarlo!

—¡Rápido, que no se extienda a nuestras casas! —Los gritos de algunos vecinos congregados en el exterior le devolvieron la esperanza.

De pronto, la puerta se abrió de par en par. El aire puro de la noche se coló en el interior.

Alain contuvo las ganas de salir corriendo y permaneció escondido tras la puerta. Si lo encontraban lo matarían.

—¡Lo han incendiado!

—¡Nos quieren quemar a todos!

Visiblemente nerviosos, los vecinos comenzaron a arrojar baldes de agua sobre el carbón. Entraban y salían de forma desorganizada, corriendo de un lado para otro, sin nadie que dirigiera la maniobra. Alain se rió para sus adentros. No tenían ninguna posibilidad de apagar el fuego. La estructura del edificio estaba en llamas y seguramente habría prendido ya en las casas colindantes.

Otro fragmento del techo se desprendió en medio de una nube de chispas, atrapando en su caída a uno de los vecinos. Los otros corrieron en su ayuda. Los alaridos del herido eran desgarradores. Alain aprovechó el momento para salir de su escondrijo y echar a correr. Una vez fuera, tomó uno de los barreños con los que combatían el incendio y se dirigió hacia el callejón.

A sus espaldas, cada vez más lejanos, los aullidos de dolor salían del depósito de carbón. Al llegar a la boca de la estrecha calleja se detuvo. Dos hombres acudían corriendo por ella, alertados por los gritos del herido. Alain alzó el barreño, cubriéndose con él la cara.

—¡Se está quemando el depósito! ¡Rápido, coged cubos y venid al río! —exclamó.

Sin detenerse, los otros dos se encaminaron a la carrera hacia el incendio.

No volvió a encontrar a nadie más en el camino hasta la cloaca. Al llegar a ella se detuvo extrañado. En medio del caos, entre tantos gritos y crujidos de edificios al desplomarse, flotaba en el aire un silencio que al principio no pudo identificar, pero que era tan notorio como el propio estrépito dominante. Antes de introducirse en la cloaca, se giró hacia la villa. Entonces lo comprendió. Sobresalía sobre el resto de casas como una enorme antorcha encendida. La torre de la iglesia estaba ardiendo y había comenzado a derrumbarse. Las campanas, las mismas que hacía unos minutos tañían con inusitado nerviosismo, se habían perdido entre los escombros.

Satisfecho por el caos que había contribuido a sembrar, se introdujo en la cloaca y se deslizó hacia el río.

La tensión de la espera se respiraba en el bosque que rodeaba el portal de Abajo. Alain reconoció allí al propio señor de Oñati al frente de un ordenado ejército de más de mil hombres oculto entre los árboles. Según el plan establecido, otros muchos milicianos debían

de estar divididos por las diferentes puertas de la villa. La orden había sido clara: quienes se apostaran en las otras salidas debían estar a la vista de los defensores, de forma que los asediados se vieran obligados a abandonar Mondragón por el portal de Abajo, donde los esperaba, emboscado, el grueso del ejército gamboíno.

Pasando junto a Pedro Vélez de Guevara, que apenas le saludó con un movimiento de cabeza, se dirigió al flanco derecho del ejército, donde había convenido que se encontraría con sus hombres. No tardó en dar con ellos.

—Misión cumplida —anunció con tono altivo.

En cuanto ocupó su puesto, Alain lamentó que la vista no fuera tan espectacular como había esperado. Las murallas le robaban la visión de la villa ardiendo, pero el resplandor incendiaba el cielo. Las nubes bajas se teñían de brillantes colores, como si el incendio se hubiera extendido por el firmamento. Un griterío aterrador, apagado por la distancia, brotaba del interior de los muros.

Era grandioso. Había participado en decenas de incendios y escaramuzas pero la quema de Mondragón era lo más grande que había vivido jamás. Un auténtico infierno en la tierra. Y él había jugado un importante papel en ella. Un papel que había estado a punto de costarle la vida. ¿Se habría percatado el señor de Oñati de que su almacén de carbón no había comenzado a arder hasta que el resto de la villa no llevaba un buen rato en llamas? Seguramente no, se tranquilizó mirando hacia el resplandor que brotaba tras las murallas.

Una suave brisa le trajo los olores del fuego. Era un aroma penetrante de diversas materias chamuscadas. Un aroma espeluznante donde se diferenciaba claramente el olor de la carne quemada. Había personas ardiendo dentro de aquellas negras murallas.

Comenzaba a sentir una erección cuando le llegó a sus oídos una conversación que fue peor que un jarro de agua fría.

—... lleva años yaciendo con su mujer sin conseguir plantar en ella la semilla de un heredero —oyó cuchichear a alguien a escasa distancia.

—Ni en ella ni en ninguna. Dicen que su semilla es tan inofensiva como el agua —contestó otro, echándose a reír.

Con tanta rabia como vergüenza buscó con el rabillo del ojo la procedencia de aquellas palabras. Tal como había imaginado, el banderizo de la barbita puntiaguda se encontraba junto a otros parientes mayores que le dirigían miradas burlonas.

Era demasiado. Se juró a sí mismo que pondría fin a la mofa que suponía que su mujer no le diera un heredero. Cuando regresara a la torre la encerraría en secreto en la alcoba junto con una sirvienta encinta. No dejaría entrar a nadie durante el embarazo y, cuando la criada diera a luz, las mataría a las dos. Muchas mujeres morían durante el parto, por lo que nadie sospecharía nada. Todos creerían que su mujer le había dado finalmente un hijo y que había muerto trayendo al pequeño al mundo.

Mientras se felicitaba a sí mismo por la idea, el portal de Abajo se abrió con estrépito. Decenas de milicianos y civiles comenzaron a

salir por él, tomando apresuradamente el camino de Bergara, que pasaba junto al bosque donde se ocultaban los gamboínos. Con la mano alzada, Pedro Vélez de Guevara impedía que nadie se lanzara al ataque.

—Esperad, esperad —parecía decir con un lento movimiento de la mano.

Pasaron unos minutos hasta que, confiados al ver que nadie atacaba a quienes huían, González de Butrón y sus hombres salieron de la villa a caballo.

—¡Ahora! —ordenó el señor de Oñati lanzándose al ataque con la espada desenvainada.

González de Butrón pereció en la contienda. Su cuerpo y los de otros muchos oñacinos quedaron tendidos, sin vida, en los alrededores de la ermita de la Magdalena. Los gamboínos que perdieron la vida en el ataque fueron muchos más, quizás el doble. Sin embargo, Pedro Vélez de Guevara se mostraba exultante.

—¡Hemos vencido! —arengó a sus tropas en pleno campo de batalla, rodeado de cadáveres—. Esos malditos oñacinos recordarán para siempre esta humillación y no volverán a atreverse a tomar ninguna de las villas que nos son fieles.

—¡Viva el señor de Oñati! —exclamó un soldado en la oscuridad.

—¡Viva! —contestaron cientos de voces al unísono.

Alain de Oialde también se sentía vencedor. Pese a haber perdido a varios de sus milicianos en la batalla, Persebal de Urdana, el

oñacino que le atacó dos años atrás en su propia casa, también había perdido la vida. Al conocer la noticia se sintió frustrado por no haber sido él en persona quien lo matara, pero no tardó en felicitarse por haberse quitado de encima a aquel personaje sanguinario y vengativo.

Pedro Vélez señaló con su espada hacia las murallas, de las que continuaba brotando un potente resplandor.

—¡Mondragón es vuestra, corred a disfrutarla! —anunció.

Como una auténtica jauría humana, los asaltantes gamboínos corrieron hacia la villa. Alain comandaba a sus hombres, guiándolos entre calles arrasadas en busca de alguna casa que hubiera quedado intacta. Los gritos aterrados de los vecinos, los llantos y el olor a carne y madera quemada le excitaban tanto que no recordaba haber sentido nunca su miembro tan erecto. Pero lo mejor era la imagen de la destrucción. Calles enteras arruinadas, devoradas por el fuego y vecinos con la mirada perdida deambulando sin rumbo entre los escombros y el horror.

—¡Aquí! ¡Derribad la puerta! —ordenó a sus hombres al llegar frente a una casa de piedra que no parecía haber sufrido grandes daños.

Apenas un par de golpes bastaron para abrir el portal. Con la espada desenvainada, Alain fue el primero en entrar. Una sonrisa macabra se dibujaba en su rostro. El saqueo era la parte que más le gustaba de todas las batallas. Y en una villa grande y rica como Mondragón, prometía dar buenos frutos.

El grito aterrorizado de una mujer le guió hasta la planta superior. La encontró en una de las tres estancias que se abrían a un pequeño corredor. Estaba en el suelo, acurrucada junto a una ventana. Apretaba un pequeño bulto contra su pecho.

—¡Nooo! ¡Por favor, dejadnos! —suplicó con la cara desencajada por el terror. El bebé que intentaba proteger rompió a llorar.

Alain avanzó hacia ella. Su erección era tal que sentía que le iba a explotar el pantalón. Era hermosa y muy joven. Vestía un camisón blanco. El pelo alborotado le caía sobre la cara, pero no ocultaba su mirada aterrorizada.

—Va a volver, mi marido va a volver. Os matará —advirtió entre sollozos.

—No volverá —se burló Alain—. Estará muerto bajo un tejado en llamas. Quizás cuidaba de su amante mientras tú estás aquí sola.

—¡Nooo! —Los gritos de la madre asustaban al bebé, que bramaba cada vez con más fuerza.

—Ya he oído bastante —apuntó Alain acercándose hacia ella.

Sin dejar de sujetar el bebé con una mano, la mujer estiró amenazante la otra. El filo de un cuchillo lanzó un destello al reflejar el fuego de la antorcha que portaba Gonzalo.

Alain dio un paso atrás.

—Suelta eso o te mataré —le amenazó desenvainando su espada.

—¡No! No pienso hacerlo —replicó la joven lanzando desesperadas puñaladas al aire.

—¡Maldita zorra! —exclamó Alain lanzándose por sorpresa hacia ella.

Con un rápido movimiento, el señor de Oialde tomó al bebé por una pierna y se lo arrebató sin darle tiempo a defenderse.

—No, por favor. El niño no —suplicó la madre con el rostro desencajado por el llanto.

Alain no perdió tiempo con el chiquillo. Miró a sus hombres y vio la expresión aterrorizada de Iñigo. Decididamente, aquel chico no estaba hecho para la guerra. Era un blando.

—Cógelo —le ordenó al tiempo que le lanzaba el niño.

La madre chilló con todas sus fuerzas al ver a su hijo por los aires.

—Abre las piernas —le ordenó Alain—. Vas a gozar como nunca. Primero conmigo, después con todos mis hombres —explicó señalándolos con la espada.

—¡No! ¡Mi marido te matará! —se defendió ella blandiendo el cuchillo.

—¡Pastor! ¡Mata al niño! —ordenó Alain girándose hacia él.

Iñigo se quedó inmóvil. Observó al bebé, que no paraba de llorar y después a su señor. Su rostro era el del estupor de quien no entiende lo que está ocurriendo. El resto de los hombres guardaban un silencio sepulcral.

—¡Mátalo! ¡Te ordeno que lo mates!

—¡Nooo, por favor! —los alaridos de la madre eran desgarradores.

—¡Maldita sea! ¡O lo matas tú o lo haré yo!

—¡Haz lo que te ordena! ¡Cobarde! —apuntó Lope adelantándose hacia el joven.

Los ojos de Iñigo estaban vacíos, fijos en Alain pero sin verlo. Parecía estar muy lejos de allí. A mucha distancia de aquella batalla.

—¡Que lo mates te he dicho! ¡Hazlo! —exclamó Alain fuera de sí mientras se lanzaba hacia él con los pantalones bajados y la espada en la mano.

Los otros dieron un paso atrás. Ninguno se acercó a su compañero cuando lo vieron caer desplomado con una profunda sonrisa escarlata abriéndole el cuello de lado a lado.

El llanto del bebé se apagó al romperse el cráneo contra el suelo, pero los gritos angustiados de la madre aún reverberaron entre aquellas paredes durante unos minutos que parecieron eternos.

22

UNA MALA NUEVA

Verano de 1448

Arantza no pudo soportarlo. Cuando un miliciano del señor de Oialde se acercó hasta el caserío para comunicarles la terrible noticia, sufrió un ataque de histeria. Sus desgarradores gritos de dolor se clavaron como esquirlas ardientes en los tímpanos de todos los presentes. Aitor la abrazó con fuerza.

—Tranquila, madre. Tranquila —le dijo al tiempo que le acariciaba el cabello.

El soldado, apenas un muchacho imberbe visiblemente nervioso, continuó explicándose.

—Murió como un héroe. Uno de nuestros enemigos lanzó una daga contra el señor de Oialde. Iñigo saltó en el último momento, interponiéndose entre el arma y Alain, al que salvó de una muerte segura —Se aclaró la garganta antes de seguir—. Me ha pedido que os haga saber que le estará agradecido para siempre.

—¿De qué le servirá ahora su agradecimiento? —Arantza se encaró con el soldado—. ¿De qué? ¡Dímelo!

—Le dimos cristiana sepultura en una iglesia del valle del Deba —continuó explicando el enviado.

—¡Mi niño!... ¡Ese canalla me lo ha robado! —bramó la madre hecha un mar de lágrimas.

—Lo lamento —replicó el otro antes de marcharse apresuradamente.

Arantza se dejó caer, zafándose de los brazos de Aitor, que intentaba sostenerla en pie. Con el rostro hacia el suelo, los gritos de dolor y el llanto parecían brotar desde las profundidades de la tierra.

—¡Nooo! ¡Mi niño!

Alarmada por tales lamentos, Amaia, no tardó en aparecer.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien? He oído los gritos desde mi casa.

—Mi hermano ha muerto —explicó Aitor con un nudo en la garganta.

—¿Iñigo? —tartamudeó Amaia—. Lo siento mucho. ¿Cómo ha sido?

Aitor se encogió de hombros.

—¡Mi niño, me lo han robado! —los lamentos de Arantza apenas les permitían entenderse.

—No me importa cómo ha sido. Solo sé que estaba donde no le correspondía. Él quería ser pastor y ha muerto jugando a las guerras de los banderizos —explicó el joven mientras sentía que su rabia iba en aumento.

—Lo siento Aitor, de verdad que lo siento —sollozó Amaia mientras lo rodeaba con sus brazos y le besaba en la mejilla.

Al sentirla tan cerca, Aitor fue incapaz de seguir conteniendo el llanto. Lloró. Lo hizo durante unos minutos que le parecieron horas. Regados por las lágrimas, los recuerdos se arremolinaron en su mente. Los juegos y las bromas de su hermano, su sonrisa y la

determinación que mostró el día que decidió que sería pastor... Mecido por los brazos protectores de Amaia y con el estremecedor sonido de fondo de los aullidos de su madre, lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Lloró por su hermano y lloró también por Amaia, obligada a casarse con un amigo del asesino de su padre. Y cuando dejó de hacerlo había tomado una decisión: el señor de Oialde podría hacerle pagar impuestos injustos, pero nunca podría decidir su futuro ni obligarle a luchar en guerras que solo importaban a banderizos caprichosos como él.

—Tranquilos, Iñigo descansa en paz —la voz quebrada por los años de la anciana Maritxu, sonó a sus espaldas.

Aitor se giró asustado, pues no había visto a nadie entrar en la casa.

—Su alma era pura y ahora descansa en paz —continuó la curandera.

Tranquilizada de pronto por el monótono timbre de voz de la anciana, Arantza dejó de llorar y alzó levemente la cara, separándola del suelo. Apagados los lamentos, una repentina sensación de paz invadió la casa.

—Hay que llevarla a la cama —anunció Maritxu.

Aitor y Amaia tomaron en brazos a Arantza y la llevaron hasta su alcoba. Maritxu se les había adelantado para colocar bajo la almohada unas ramitas de plantas que solo ella conocía.

—Esto le ayudará —explicó mientras la arropaba y antes de rezar unas oraciones paganas sin separarse de Arantza, que había quedado profundamente dormida—. Necesita descansar. Las heridas

del alma tardan en cicatrizar y de todas ellas ninguna es tan profunda y dolorosa como la muerte de un hijo.

Arantza se movió y balbuceó entre sueños unas palabras incomprensibles.

—¿Qué dice? —preguntó Aitor.

—Nada, solo está soñando. Es lo que ahora necesita o no se recuperará.

Las rítmicas pisadas de unos bueyes que se acercaban al caserío los pusieron en guardia. Aitor sintió que le faltaba el aire. Iba a tener que explicar la mala nueva a su padre, que volvía de moler mijo en el molino de Fermín.

—Hola padre —saludó saliendo del caserío.

Eneko bajó del carro, impaciente por compartir con su hijo las novedades.

—Fermín está desesperado. Dice que el señor planea construir un nuevo molino junto a la ferrería. Cuando lo termine nos obligará a todos a llevar el grano allí. ¿Qué te parece?

—Padre...

—Ya sé, hijo. Ya sé que no hace falta que te pregunte. Siempre te rebelas contra sus injustas imposiciones.

—Padre —le interrumpió Aitor—. Iñigo ha muerto.

Eneko se dejó caer, sentándose en el suelo y cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Lo sabía —murmuró—. Maldita sea, estaba seguro de que algún día pasaría. No debí permitirle a ese malnacido que se lo

llevara. La culpa es mía.

Aitor le acarició la cabeza.

—No padre, el único culpable es Alain de Oialde. Nadie más. Tú no podías hacer nada.

—¡Sí que podía! Podía negarme, podía matarlo allí mismo antes de que sus hombres pudieran hacer nada por defenderle. No habrían tardado en acabar conmigo, pero al menos ese cerdo habría dejado de sembrar el dolor en nuestro valle.

Un profundo llanto, roto por estridentes aullidos de dolor, se apoderó de él.

Con las manos apoyadas en sus hombros, Maritxu canturreó unos versos incomprensibles. Eneko pareció serenarse, aunque nadie fue capaz de levantarlo del suelo.

—También estoy preocupada por ti —le dijo la sanadora a Amaia, que bajó la vista, como si quisiera evitar su mirada.

Aitor se fijó en su amiga y sintió una punzada de dolor. ¿Cómo no lo había visto antes? Tan ensimismado estaba en su dolor que había pasado por alto su terrible moratón. El hematoma le cubría todo el pómulo derecho, que estaba ligeramente hinchado. El ojo también se encontraba entornado, como si la hinchazón le impidiera abrirlo del todo.

—No es nada —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos—. Me golpeé contra la puerta. ¡Soy tonta! —exclamó echándose a llorar.

—Eres tonta, sí. Pero tonta por negar lo que te ha hecho ese monstruo —apuntó Maritxu mientras le acariciaba el cabello.

—¡No! ¡No me ha hecho nada! —se defendió Amaia sin retirar las manos del rostro.

Al sacudirse para quitarse de encima a la curandera, las mangas de la blusa se le deslizaron hacia los codos, dejando los antebrazos al descubierto.

—¡Lo ha vuelto a hacer! ¡Lo mataré! —clamó Aitor al ver las marcas amoratadas que se dibujaban con saña en sus brazos.

—¡No! ¡Déjalo Aitor, es mi marido! —sollozó Amaia.

—No tiene derecho a hacerte esto —replicó Aitor—. ¡Juro que lo mataré! Pagará por lo que te está haciendo.

—¿Desde cuándo te maltrata? —inquirió Maritxu mientras examinaba los hematomas de sus brazos, donde podían verse con claridad las marcas de unos dedos. Mikel la había sujetado con tanta fuerza, con tanta saña, que sus manos habían quedado dibujadas en la blanca piel de la muchacha como si de un tatuaje a fuego se tratara.

—No lo sé. Desde el primer día. Nunca me ha querido. Creo que me odia —explicó Amaia entre sollozos—. Anoche llegó borracho y me acusó de estar viéndome con alguien porque me veía más contenta de lo habitual.

Maritxu la abrazó con fuerza mientras le recitaba palabras incomprensibles en un tono tan dulce como el que utiliza una madre que canta a su bebé para que se duerma. Aitor salió al exterior,

donde la luz plateada de la luna dibujaba las siluetas de los manzanos y suspiró impotente mientras sentía que su corazón se rompía en mil pedazos. Por segunda vez en menos de una hora, lloró desconsoladamente. Su mundo se derrumbaba por momentos. Y detrás de todas las desgracias estaba Alain de Oialde, el hombre que decidía sobre las vidas de todos los habitantes del pequeño valle. Permaneció largamente bajo la luna, con las lágrimas corriéndole por las mejillas y con un repetitivo sonido de fondo que hacía imposible olvidar al banderizo: el martillo pilón de la ferrería.

Cuando volvió a entrar en la casa, encontró a Maritxu aplicando ungüentos en las lesiones de Amaia, que parecía más tranquila. La muchacha alzó la vista y le dedicó una tímida sonrisa. Algo más allá, agachado junto a la chimenea, Eneko azuzaba el fuego con un fuelle. Parecía pensativo. Aitor se asomó después a la alcoba donde habían acostado a su madre. Seguía dormida. Su expresión era plácida. Junto a ella, Maritxu había dispuesto una cazuela humeante de la que emanaba un peculiar aroma dulzón.

—Es una mezcla de hierbas con adormidera. Le ayudará a dormir profundamente y sin pesadillas.

No la había oído acercarse. La curandera pasó a su lado y se acercó hasta la cama, donde tomó la mano de Arantza y la besó.

—Por hoy no puedo hacer más —explicó girándose hacia Aitor—. Dejadla descansar. Lo necesita para recuperarse. Mañana volveré.

Mientras la veía abandonar el caserío, Aitor intentó calcular su edad. Era vieja, sin duda más vieja que ninguna otra persona que

conociera, pero tampoco conocía a nadie, por joven que fuera, con tanta vitalidad como ella.

—Gracias, Maritxu —alcanzó a decirle mientras la anciana desaparecía por la puerta.

Los días pasaron con una lentitud que asfixiaba. La tristeza se había instalado en la casa y no parecía dispuesta a salir por muchos brebajes ni rituales que Maritxu realizara. Eneko apenas abría la boca y Aitor buscaba consuelo revisando los toneles de sardinas. Arantza les había sorprendido con su habilidad para salar el pescado; parecía que se hubiera dedicado a ello cada día de su vida. Ahora, sin embargo, envejecía por momentos. Se negaba a comer y profería estridentes lamentos cada vez que se despertaba. Maritxu llegaba al amanecer y jamás abandonaba la casa antes del anochecer. Pasaba horas junto a la cama, canturreando canciones y aplicando ungüentos y amuletos a la enferma.

—Los males del alma son los peores —les explicaba cada vez que se asomaban a la alcoba.

El quinto día, Arantza amaneció envuelta en sudores. La fiebre la estaba devorando y temblaba de frío al mismo tiempo. No paraba de hablar en sueños, removiéndose inquieta en la cama. De vez en cuando profería lamentos que en cuanto se desvanecían daban paso a siniestras carcajadas que se cortaban en seco.

—¿Qué le pasa? —inquirió un angustiado Aitor en cuanto acudió Maritxu.

El semblante de la curandera, siempre tan positiva, se nubló.

—Son las fiebres de quien no quiere seguir viviendo. Poco puedo hacer yo contra esto —contestó aplicando un paño de agua fría en la frente de la enferma.

Apoyado en el quicio de la puerta, Aitor observó a su madre con los ojos velados por las lágrimas. Estaba rodeada de amuletos de todo tipo: nóminas enrolladas en las que la curandera había escrito deseos sobre su curación y plantas entre las que reconoció una rama de ruda y otra de apio. De la cabecera de la cama habían colgado incluso un *eguzkilore*, la flor de cardo silvestre, que habitualmente se encontraba sobre el dintel de la puerta principal. Gracias a ella, los espíritus nocturnos no entraban en la casa porque la equivocaban con el sol, del que huían constantemente. Maritxu había insistido en retirarla de su habitual emplazamiento para proteger con más fuerza la alcoba donde se encontraba Arantza. Pero ni los amuletos ni la compañía de la curandera estaban logrando que su madre se repusiera del disgusto de haber perdido a su hijo mayor.

—¿Cómo está hoy? —La cálida voz de Amaia le sacó de sus oscuros pensamientos.

Aitor se limitó a señalar el lecho donde reposaba su madre.

Al llegar junto al joven, Amaia se apoyó en su hombro y permaneció en silencio, observando a la enferma. Un gesto de tristeza se dibujó en su rostro.

—¿Y tú, qué tal estás? —inquirió Aitor casi en un susurro.

—Bien, bastante mejor —replicó ella alzando el rostro hacia él.

El morado del golpe seguía allí pero el ojo ya no se veía hinchado. Estaba hermosa. Siempre lo estaba, se dijo Aitor, pero ese día parecía aún más bella.

Quería cogerle una mano. Quería acariciarle la mejilla. Quería decirle que cuando estaba cerca se sentía bien. Quería besarla en sus labios entreabiertos.

Estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo en el último momento. Su madre gimoteaba y se retorcía de dolor junto a ellos.

Los estertores de la muerte resonaron en el caserío aquella misma tarde. La agonía de Arantza se aceleró. Estaba consumida. No habían pasado más de diez días desde que cayera enferma, pero no le quedaban fuerzas.

—Haz algo —rogó Eneko a Maritxu con lágrimas en los ojos mientras acariciaba la sudorosa frente de su mujer.

La sanadora, con semblante grave, negó con un gesto de cabeza.

—No puedo hacer nada. No quiere vivir. Es su alma la que está enferma.

La respiración de Arantza se aceleró. Comenzó a revolverse en la cama y, por un momento, pareció que quisiera levantarse y huir de allí. Por primera vez en más de una semana abrió los ojos y los fijó en Aitor, apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Iñigo... Iñigo, hijo! —llamó con voz clara mientras estiraba los brazos hacia él.

—Dime madre —contestó Aitor acercándose al lecho.

Los ojos de la enferma volvieron a cerrarse. Su respiración se convirtió en una especie de ronquido sordo. Con las últimas fuerzas que le quedaban apenas fue capaz de articular entre estertores unas pocas palabras más.

—Ya voy, hijo —murmuró.

23

FUGITIVO

Otoño de 1448

Una ligera brisa mecía lentamente las hojas de los manzanos, empapando con el pegajoso aroma del salitre todos los rincones de la aldea. Era algo habitual en los primeros días del otoño, cuando las mareas vivas batían la cercana costa con grandes olas que rugían furiosas contra los acantilados. Desde el valle, el mar y sus embates no quedaban a la vista, pero el viento del norte se encargaba de hacer llegar sus aromas salados. Después llegaría la calma en forma de cortas jornadas otoñales de viento sur y horizontes claros.

Aitor tomó una bocanada de aire fresco antes de continuar picando la pared.

—Ten cuidado, si le das demasiado fuerte harás temblar todo el caserío —le advirtió Eneko.

Una enorme tristeza se había adueñado de la casa tras los sucesos de los últimos meses. Cada día, cada hora, echaban de menos a Arantza. Iñigo hacía años que no vivía con ellos y su ausencia, aunque dramática, no se notaba tanto en el día a día. Sin embargo, la madre de familia había sido siempre el centro de la vida en el caserío. Tras semanas sin ganas de seguir adelante, Aitor había propuesto a su padre ampliar el almacén. El trabajo físico les ayudaría a vencer sus penas y a retomar las ganas de vivir.

La iniciativa les permitiría guardar cómodamente más toneles. Para ello habían construido una nueva pared exterior a varios pasos de la anterior, que ahora echaban a tierra. No podían derribarla entera porque el tejado vencería, de modo que tirarían la parte central, a modo de paso entre el almacén primitivo y el recién añadido. Después solo quedaría prolongar el tejado hasta el nuevo muro, para lo que habían comprado abundantes tejas en un tejar que las elaboraba a partir de los limos del vado del Urola.

—¡No tan fuerte!

—Si no le doy fuerte es como no darle. No cae ni un trozo de muro —protestaba Aitor a cada advertencia de su padre.

—¡Tirarás el caserío si sigues así!

Finalmente, entre discusiones, el muro fue cediendo y la brecha se fue haciendo cada vez mayor.

—¡Aitor! —La voz de un recién llegado se alzó entre los golpes de pico—. ¡Tienes que escapar!

Sin soltar la herramienta, el joven alzó la vista para ver a un Elías jadeante. Tenía los cabellos rubios alborotados y el rostro congestionado.

—¡Tienes que marcharte o te llevarán!

Aitor tiró el pico sobre el montón de escombro que había arañado al muro.

—¿Quién, Elías, quién me llevará? ¿Adónde? —inquirió con voz de extrañeza.

—Alain, el señor de Oialde. Estábamos haciendo maniobras en el patio cuando les he oído a él y a algunos otros que vendrían esta noche a reclutarte.

—¿A reclutarme? Tengo que cuidar de la casa. Solo quedamos mi padre y yo.

Eneko, que se había mantenido al margen, decidió intervenir.

—Habrás oído mal. No pueden llevarse al heredero, el caserío moriría conmigo —objetó.

—¡No, no he oído mal! —exclamó Elías—. Hablaban bien claro, decían algo de que había que apartarte de la mujer del administrador y darte una lección. Esta noche vendrán a buscarte para enrolarte como miliciano del señor de Oialde. Si te niegas te matarán aquí mismo.

El silencio que siguió a la última frase, tan denso que se podía cortar con un cuchillo, se adueñó de forma incómoda de la escena.

—Huiré antes de que anochezca —anunció finalmente Aitor.

—¿Adónde irás, hijo? —inquirió Eneko ahogando un sollozo.

—Lejos. Allá donde no puedan encontrarme ni mi vida dependa de las decisiones de banderizos crueles —replicó Aitor con voz firme —. Deberías venir conmigo —apuntó mirando fijamente a su padre.

Eneko no necesitó apenas tiempo para tomar una decisión.

—Yo me quedo. Alguien debe mantener vivo el caserío —susurró con la voz rota.

Aitor asintió. No la compartía, pero comprendía su decisión.

—Volveré, padre. Te juro que algún día volveré para mantener vivo el caserío y el recuerdo de nuestra familia. Esta es mi tierra y ese canalla no va a lograr arrebatármela.

Un sentido abrazo fundió a ambos, que no pudieron reprimir las lágrimas de rabia y de impotencia que les asomaron a los ojos.

—Aún tengo algo que confesaros —anunció Elías con semblante grave—. A Iñigo no lo mató ningún enemigo, como os explicaron, sino que lo asesinó el propio Alain. Se negó a matar a un recién nacido y el señor del valle le premió segándole el cuello con su espada. Yo no estaba allí pero los hombres no hablan de otra cosa desde que regresaron de Mondragón.

Eneko apretó con fuerza ambos puños y lanzó un desgarrado grito de rabia. Aitor se abrazó a él, al tiempo que se prometía a sí mismo que vengaría la muerte de su hermano.

—Podéis estar muy orgullosos de él —señaló Elías.

—Murió de forma honorable. Habría sido una canallada matar a un bebé indefenso —apuntó Eneko secándose las lágrimas—. ¿Cómo alguien puede ser tan cruel?

Aitor se encogió de hombros, debatiéndose entre la rabia que sentía contra el banderizo y el orgullo por la valentía y dignidad de su hermano. Alain de Oialde había demostrado una vez más que su crueldad no conocía límites.

—Tengo que irme —anunció Elías.

Aitor observó a su amigo de la infancia, convertido ahora en miliciano al servicio de aquel canalla. Sintió lástima por él, pero

también sintió un profundo agradecimiento. Estaba poniendo en peligro su vida por protegerle.

—Gracias, Elías.

—Buena suerte, amigo —replicó el joven rubio antes de tomar el camino de vuelta a la casa-torre.

Un atadillo con algo de ropa y una bolsita con monedas sería su único equipaje. Echó una última mirada hacia el caserío. La puerta del almacén, con su muro a medio derruir, estaba abierta, dejando entrever una hilera de toneles. Sintió una punzada de tristeza. La aventura del vino y el pescado había terminado. Allá donde fuera tendría que comenzar una nueva vida.

—Te irá bien. Eres inteligente y sabrás sobrevivir, no tengo ninguna duda —le animó su padre adivinando sus pensamientos.

—Ven conmigo padre. Cuando vengan a por mí se ensañarán contigo —insistió Aitor.

—No. Mi sitio está aquí, en esta casa, en este valle. Aquí crecieron mis padres y mis abuelos. Tal vez algún día puedan crecer mis nietos... —replicó antes de que un nudo en la garganta le impidiese continuar

Aitor se fundió con él en un fuerte abrazo y se giró para tomar el camino.

—Volveré padre. Tus nietos crecerán aquí —prometió antes de perderse en la distancia.

Apenas había dado unos pasos cuando Maritxu apareció ante él.

—Cuélgate esto del cuello y llévalo siempre encima —le dijo entregándole una nómina, amuleto que consistía en un fragmento enrollado de piel de cabra.

Aitor lo desenrolló.

—Su portador no morirá en el mar —leyó en voz alta.

¿Cómo había sabido aquella mujer que se marchaba y que pensaba hacerlo a bordo de alguno de los muchos barcos que zarpaban desde el puerto de Getaria?

La anciana le sonrió, enigmática.

—Mucha suerte —le deseó tomándole las manos.

Tal como empezaba a ser habitual, la puerta estaba cerrada, pero Amaia no tardó en abrirla al oír la llamada de Aitor. En los últimos días, sus visitas se habían convertido en habituales. La joven parecía más animada. Sus ojos, aún bajo la sombra del moratón, volvían a tener vida. Sus días se reducían a estas visitas furtivas, a las caricias y los besos que, de forma apresurada, se regalaban los dos jóvenes.

—¿Adónde vas? —inquirió al ver a Aitor con un zurrón de viaje.

—Lejos, muy lejos. Donde no puedan encontrarme.

—¿Quién? ¿Qué pasa? —Amaia no pudo disimular la ansiedad en su voz temblorosa.

Una vez dentro del caserío y con la puerta cerrada de nuevo, Aitor le explicó la visita de Elías y la necesidad de huir cuanto antes. Le contó que pensaba embarcar en el primer barco que saliera de Getaria y le suplicó que fuera con él.

—No puedo —sollozó Amaia.

—Claro que puedes. No tienes más que coger algo de equipaje y venir conmigo —insistió el joven.

—Quédate conmigo —suplicó Amaia.

Aitor suspiró lentamente y negó con la cabeza. Por más que intentaba evitarlo, las lágrimas anegaban sus ojos.

—No es posible, Amaia. Si me quedo, me matarán. Por nada del mundo me incorporaría a las filas de ese malnacido. Pero no quiero abandonar el valle sin ti.

—No puedo ir contigo. Esta es mi casa, soy la heredera y mi deber es quedarme aquí. Sin mí, el caserío se perdería —lloró ella abrazándolo con fuerza.

—También yo soy el heredero —apuntó Aitor.

Amaia sacudió la cabeza.

—No es lo mismo. Tu padre aún vive. Él podrá cuidar de la casa durante tu ausencia. En cambio, si yo huyo de Oialde, ¿quién se ocuparía de mi caserío?, ¿Mikel? —inquirió con una mueca de asco —. ¡Dios no lo quiera!

Aitor sentía como las lágrimas le corrían por las mejillas. Con el corazón desgarrado por el dolor, se abrazó con fuerza a Amaia. Un sinfín de besos apasionados, desesperados, ahogaron las palabras. Las manos de ambos recorrieron sus cuerpos frenéticamente, como si el mundo estuviera a punto de acabarse. En poco tiempo quedaron desnudos sobre la fría piedra del suelo. La respiración se volvió entrecortada por el deseo y Amaia abrió su boca jadeante

cuando Aitor llevó las manos a sus pechos. Eran firmes y suaves. Con las caricias del joven, los pequeños pezones se volvieron enhiestos. Sin retirar una mano de allí, recorrió con la otra su vientre hasta llegar al sexo de la joven. Estaba húmedo y caliente, como una invitación a los mejores placeres del amor. La respiración de Amaia se volvió aún más intensa, más rápida, y su mirada se hizo suplicante.

—¡Hazme el amor! —rogó entre gemidos.

La tenue luz, bailarina y caprichosa, de una lámpara de aceite, iluminaba sus sombras, que proyectaban un rítmico baile en la pared de piedra. Estaban haciéndolo en medio de la estancia principal del caserío, a escasos pasos de la puerta, pero nada les importaba más que ellos mismos, su amor, su deseo y su tristeza ante la inevitable separación.

Los gemidos se hicieron más agudos y los movimientos más intensos a medida que se acercaban al final.

—Te quiero —susurró Amaia cuando Aitor depositó su semilla en su interior.

El joven se sintió colmado de felicidad, una alegría que se mezclaba de forma implacable con la tristeza de su obligada marcha. Sensaciones encontradas, sentimientos a flor de piel que le agarrotaban la garganta hasta impedirle hablar.

—Yo también te quiero —fue capaz de decir por fin.

—No te vayas aún —suplicó Amaia.

—Tengo que hacerlo, pero no tardaré en volver —aseguró Aitor sintiendo que no podría cumplir sus palabras.

—Tienes razón, será mejor que te vayas antes de que vengan en tu busca —admitió Amaia incorporándose.

Al hacerlo, dejó a la vista una espalda en la que se dibujaban unas horribles y alargadas marcas de un intenso color púrpura. Aitor contuvo una exclamación y se puso en pie de un salto.

—¿Cuándo te lo ha hecho? ¿Te ha vuelto a pegar?

Amaia asintió, bajando la mirada avergonzada.

—Anoche, cuando volvió de la ferrería, traía el cinturón en la mano.

—¡Es un canalla!

—Aseguraba que alguien te había visto saliendo de aquí entrada la noche. Yo lo negué, le dije que solo habías venido a por carbón, pero no quiso creerme.

—Seguro que ha sido ese correveidile de Torcuato —apuntó Aitor furioso.

—Poco importa ahora quién se haya ido de la lengua. El monstruo que levanta la mano contra mí y está detrás de la persecución contra ti es Mikel, y no otro —musitó Amaia rompiendo a llorar.

—¡Lo mataré!

—No quería contártelo, no quiero involucrarte. Lo siento.

Aitor se sentía confuso, su mente daba vueltas a toda velocidad. ¿Cómo iba a marcharse dejando a Amaia a merced de aquel

monstruo?

—No puedo dejarte aquí. Ven conmigo. Seremos libres. Comenzaremos una nueva vida lejos del valle —insistió una vez más.

—No, Aitor —Las lágrimas empapaban el rostro de Amaia—. Me muero de ganas por ir contigo, pero debo ser fuerte y mantener viva la casa, aunque solo sea por el recuerdo de mis padres. No, no iré a ninguna parte.

Aitor intentó dar con alguna solución para que Amaia no hubiera de seguir sufriendo aquellas palizas. Pero ¿cómo lograrlo? Nunca había matado a nadie ni se veía con el coraje suficiente para hacerlo. Podía amenazar a Mikel, pero eso seguramente no bastaría para que dejara de pegarla, quizás incluso sería peor. Sin saber muy bien qué haría, decidió ir en su busca a la ferrería. Después seguiría camino hacia Getaria.

—Vete ya. No te entretengas más o te atraparán —sollozó Amaia.

El joven asintió desolado. Era hora de irse.

—Antes quiero pedirte que dejes de vivir encerrada. Vuelve a abrir la puerta, vuelve a cuidar tus colmenas, vuelve a charlar con los vecinos. Vuelve a ser quien eras.

—No me deja, no quiere que salga —protestó la joven.

—¿Y el carbón, cómo lo traes?

—Me lo traen los carboneros. Tienen allí mi carro y cuando lo llenan viene uno de ellos a traerlo.

Aitor lanzó un suspiro desaprobador.

—Abre la puerta —insistió—. Vuelve a vivir como antes y si necesitas algo pide ayuda a mi padre o a cualquier vecino. Estarán encantados de poder hacerlo.

Ella asintió, poco convencida.

—No hagas ninguna locura —le pidió.

—Tranquila, no la haré. Y volveré antes de lo que crees.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la joven para contrastar con el mar de lágrimas que empapaba unos ojos negros como el carbón que Aitor grabó en su memoria.

—Buen viaje —susurró Amaia abrazándolo con fuerza.

—Cuídate mucho. Algún día volveré y pasaré el resto de mi vida contigo.

La joven rompió a llorar al verlo alejarse. Cuando Aitor volvió la mirada desde el camino real, comprobó esperanzado que, por primera vez en mucho tiempo, no había corrido a encerrarse. La puerta seguía abierta y ella continuaba en pie junto a la casa, sin esconderse.

Pum, pum, pum. El rítmico golpeteo del martillo pilón y el chapoteo del agua que accionaba los engranajes delataban la ferrería desde la distancia. Aitor trataba de acercarse sin ser visto, algo complicado pues la torre del señor de Oialde se alzaba por encima del complejo. Entre manzanos y árboles de ribera, pudo avanzar hasta llegar a la antepara por la que se realizaba la captación de agua, que era desviada del Urbeltza para llevarla hasta la fábrica. Aún no sabía qué

haría, ni siquiera si conseguiría dar con Mikel, que quizás se encontraba en la torre, repasando sus cuentas o bebiendo vino con el señor de Oialde.

El olor dulzón del hierro fundido le resultaba empalagoso. A lo largo y ancho del valle, aquel aroma se había convertido en habitual en los últimos años, pero tan cerca de su origen resultaba tan fuerte que se aferraba como una garra a la garganta. Pum, pum, pum. El martillo no paraba; el complejo funcionaba a pleno rendimiento. Con semejante estrépito nadie oiría sus pisadas al acercarse.

Siguiendo el canal, el sólido edificio de la ferrería no tardó en aparecer entre los árboles. Desde donde se encontraba el joven no parecía tan grande, ya que solo podía verse la parte superior, aquella por la que entraba el agua en el complejo. Por encima de este, la altiva casa-torre de Oialde parecía desafiarle sobre la enorme roca a la que se aferraban sus cimientos. Aitor sintió un escalofrío al recordar que estaba huyendo. Si todo salía bien, en pocas horas dejaría de ser un vasallo del señor del valle, pero sería algo quizás peor: un fugitivo.

Ensimismado en estos pensamientos, se sorprendió al percibir el movimiento de una persona entre los árboles. Debía de tratarse de alguno de los ferrones, pues se encontraba asomado a la antepara, a unos pocos pasos del lugar donde el canal vertía el agua en la ferrería. El terreno descendía allí abruptamente y la antepara quedaba elevada sobre un murete de contención. De ese modo, el agua caía desde una mayor altura para accionar con fuerza la rueda de hierro que activaba el martillo pilón y el gigantesco fuelle.

Conforme se fue acercando, cada vez con más sigilo, comprobó que no se trataba de ningún ferrón, sino del propio administrador. En su mano sujetaba una larga vara con la que medía el caudal que llegaba a la ferrería.

Aprovechando que estaba de espaldas, Aitor se acercó intentando no hacer ruido. El estrépito del agua al precipitarse sobre la rueda se lo ponía fácil. Estaba a punto de llegar hasta el maltratador cuando se dio cuenta de que no tenía ningún plan. ¿Qué le haría? ¿Cómo conseguiría que no volviera a pegar a Amaia? Había ido furioso en su busca pero no había previsto cómo actuar. Nunca se había peleado, ni había pegado a nadie, pero aquel hombre de buena vida y amigo del vino no parecía un rival difícil.

No tuvo tiempo de seguir pensando. De pronto, Mikel extrajo del agua la vara con la que hacía las mediciones y se giró dispuesto a regresar al interior de la fábrica. Al hacerlo se topó de bruces con Aitor y, dibujando una mueca de temor, dio un paso atrás. Miró hacia la ferrería, solo para confirmar lo que ya sabía: el joven se interponía entre él y la única salida, unas escaleras que bajaban desde el canal hasta la entrada del complejo.

Hizo amago de gritar en demanda de auxilio, pero Aitor se adelantó y le sujetó con fuerza por el gaznate.

—¡Hijo de puta! ¡Vuelve a pegarla y juro que te mataré!

Sus manos apretaban cada vez con más fuerza la garganta del administrador, que cayó hacia atrás y quedó apoyado en el borde del canal, con la espalda a escasos centímetros del agua. La vara, que Mikel sostenía aún en su mano derecha, cayó al suelo conforme su

rostro fue pasando del rojo al morado. Sus diminutos ojos se abrieron tanto que parecieron a punto de salirse de sus órbitas. Aitor continuó apretando unos segundos más. De buena gana lo habría matado allí mismo, pero se dijo que no era ningún asesino y se obligó a soltarlo.

—¡Jura que no volverás a ponerle la mano encima! ¡Júralo o te mato ahora mismo!

Al sentirse libre, Mikel se llevó las manos al cuello y respiró ruidosamente. Miró a su agresor con un gesto de desdén e intentó incorporarse. Al hacerlo, su mano resbaló con el musgo que cubría el borde del canal y perdió el equilibrio, cayendo al agua de espaldas. La corriente lo arrastró irremediablemente hacia los mecanismos de la ferrería. En un visto y no visto, el administrador se precipitó al vacío, cayendo sobre la gran rueda que hacía funcionar la maquinaria del complejo. Un gemido sordo y un horrible crujido acompañaron su caída. Después no se oyó nada más que el chapoteo del agua y el rítmico golpeteo del martillo pilón.

Durante unos segundos, Aitor permaneció inmóvil, observando hipnotizado el hueco por el que había desaparecido. Sintió, aunque tal vez fuera solo su imaginación, que al aroma dulzón del hierro se sumaba un olor aún más inquietante: el de la sangre.

Un miedo atroz creció en su interior. Hasta entonces la rabia había ocupado todos sus sentimientos, pero ahora sentía que el pánico lo paralizaba. Debía salir de allí cuanto antes. Los ferrones no tardarían en descubrir la muerte de Mikel y debía estar lo más lejos posible cuando eso ocurriera.

Miró al cielo y calculó, por la posición del sol, que si se apresuraba aún llegaría a Getaria antes de que cayera la noche. Con un poco de suerte, lograría embarcarse antes de que el señor de Oialde se percatara de su huida.

24

BALLENA A LA VISTA

Otoño de 1448

El sol se perdía en las profundidades del mar, tiñendo de rojo las escasas nubes que flotaban en el cielo. Poco a poco, el horizonte se encendió como una gigantesca hoguera, bañando con una cálida luz rojiza las murallas de Getaria. Una coca, barco de gran tamaño para el transporte de mercancías, y otras embarcaciones de menor entidad se balanceaban al ritmo de las olas, suavizadas por la protección natural que ofrecía la isla de San Antón. Contra sus acantilados, el oleaje batía con fuerza, haciendo saltar altas cortinas de espuma blanca.

De pie junto a los muelles, situados al pie de la isla, Aitor no sabía por dónde empezar. Varios marineros cargaban pesados tochos de hierro en las bodegas de la coca. Otros descargaban cajas de pescado de algunas barcas más pequeñas, pero no parecía haber ningún capitán al que poder dirigirse. Volvió la vista hacia la villa, comunicada con los muelles por un estrecho istmo que cerraba por el oeste la ensenada natural utilizada como fondeadero.

«Será mejor probar en las tabernas de la villa —decidió antes de regresar por el istmo hasta el portal del Mar.»

En cuanto accedió al recinto amurallado a través del túnel que se abría bajo la iglesia de San Salvador, se dio de bruces con las tascas frecuentadas por los marineros. La mayoría de ellas no eran más que sucios antros donde se servían vinos de escasa calidad y guisos

precarios, pero entre tanta desidia sobresalía alguna con cierta dignidad. Era el caso de la posada El Marinero Feliz, a la que Aitor proveía regularmente de sus buenos caldos riojanos. Sin dudarlo, el fugitivo se encaminó hacia ella. Tal vez su propietario pudiera ayudarle.

—¡Aitor! —exclamó Máximo al verlo entrar—. Necesitaré otro tonel cuanto antes. El que tengo abierto está a punto de terminarse.

—¡Más vino tabernero! —exclamó un borracho golpeando con un pichel vacío en la barra.

—Hoy no vengo a vender vino. Necesito alejarme de aquí. ¿Conoces algún patrón que tenga en su barco un hueco para pasaje? —explicó Aitor.

Máximo, tan delgado como siempre, lo estudió largamente como si intentara adivinar qué era lo que lo obligaba a abandonar todo y huir hacia cualquier parte. Sin embargo, no formuló ninguna pregunta.

—Espera —le pidió antes de alejarse hacia el otro extremo de la barra.

Una alegre algarabía, que contrastaba con el sombrío estado de ánimo de Aitor, reinaba en la taberna. En una mesa de madera, tan vieja que el color original había quedado oculto bajo una pátina de vino y mugre, charlaban cinco hombres. En realidad era uno el que lo hacía. Ejercía de narrador mientras los otros cuatro jaleaban sus comentarios.

—Y entonces le clavé un arpón en el lomo —explicaba con grandes aspavientos—. La ballena emergió enfadada a la superficie y

abrió sus grandes fauces para devorarnos. Los demás marineros gritaron de terror, pero yo me puse en pie y le acerté con otro arpón en la cabeza.

—No es verdad —protestó uno de los que le acompañaban—. Yo estaba allí y no fuiste tú quien le clavó el segundo arpón.

—No, claro que no. Ya se está inventando todo. Fue mi hermano quien le acertó en la cabeza —intervino un tercero.

El que ejercía de narrador alzó la mano para acallar las protestas antes de continuar.

—El mar se tiñó de sangre, el animal se revolvió de dolor y, por un momento, temimos que nos aplastaría de un coletazo. Fui yo, de nuevo, quien se rehizo a tiempo para rematar a aquella bestia del mar. Lo hice clavándole un arpón en el ojo. Un chorro rojo saltó hacia la chalupa, empapándonos a todos. Algunos gritaron. Yo, en cambio, permanecí en pie viendo como la ballena más grande que se ha cazado en Getaria lanzaba sus últimos estertores.

—Venga ya. No fue así.

—No la mataste tú.

Aitor dejó de prestar atención a la discusión cuando vio que Máximo le hacía un gesto para que se acercara. Se encontraba en el otro extremo de la barra, junto a un hombre de pelo cano y rostro curtido por el sol y el salitre. Profundas arrugas delataban una larga vida en el mar.

—Aitor, este es Iñaki, el patrón de la coca que puedes ver fondeada frente a la villa. Le he explicado que eres un buen amigo

mío y que eres de fiar. Quizás pueda ayudarte.

El marino estudió largamente al joven. Su mirada era tan intensa que parecía capaz de leer en el interior de las personas. Aitor se sintió incómodo pero se obligó a mantener la compostura. Un amago de sonrisa dio por terminada la inspección.

—En la *Risueña* no hay espacio para pasajeros —explicó para decepción del fugitivo—. Pero Máximo me ha pedido que te ayude y es la primera vez que me pide algo en los muchos años que llevo visitando su posada —Hizo una pausa antes de continuar. Al otro lado de la barra el tabernero asentía satisfecho—. Puedes venir conmigo siempre que estés dispuesto a ser un marinero más y a trabajar para mí como cualquier otro miembro de la tripulación.

—Está bien. ¿Cuándo zarpamos? —preguntó Aitor.

—No tan pronto, jovencito. Tienes que saber que en mi coca no quiero problemas. Si dos marineros se pelean, los dejo en el siguiente puerto donde hacemos cabotaje. Si alguien discute mis órdenes, también se queda en tierra. Y, por supuesto, si algún día algún miembro de la tripulación pone en peligro la navegación, estoy dispuesto a tirarlo por la borda —explicó sin un atisbo de sonrisa—. Esas son las normas de mi barco.

El joven asintió como un niño a quien su padre echara un rapapolvo.

—Muy bien. Así me gusta —sentenció Iñaki—. Bienvenido a la tripulación —añadió al tiempo que le estrechaba la mano.

—Gracias —replicó Aitor—. Haré que os sintáis orgulloso de permitirme embarcar.

—Una última cosa —le interrumpió el capitán—. Sé que huyes de alguien. No me importa ni quiero saber qué te obliga a abandonar tu tierra y hacerte a la mar. Pero has de saber que si algún día eso me genera algún problema, tendrás que abandonar la coca. Yo no te ayudaré.

—Lo entiendo. No es mi intención crearte ningún tipo de problema. Solo quiero alejarme de aquí cuanto antes.

Por primera vez, Iñaki le dedicó una sincera sonrisa.

—No sabes cómo te comprendo. Demasiados marineros comienzan así su historia de amor con el mar —le dijo—. Ahora descansa que mañana te espera un día duro. Zarpamos al amanecer.

Máximo le dio una palmada en la espalda.

—Ven conmigo. Pasarás tu última noche en tierra firme en la mejor de mis habitaciones.

Aitor no quiso discutir y se limitó a seguirle por unas escaleras que ascendían desde el otro lado de la barra. Se sentía cansado, pero liberado al mismo tiempo, pues sabía que en unas horas el mar se interpondría entre él y el señor de Oialde.

La alcoba resultó ser una sencilla estancia de suelo y paredes de madera. El techo abuhardillado delataba que se encontraba inmediatamente bajo el tejado. Una cama ocupaba el centro del espacio. El colchón era tan fino que parecía inexistente. La luz de la luna creciente se colaba por la única ventana, iluminando con tonos apagados una mesa y una silla situadas junto a ella.

Estaba cansado pero sabía que no iba a ser capaz de pegar ojo en toda la noche. No conseguía quitarse de la cabeza la imagen de Mikel cayendo en los engranajes de la ferrería. A esas horas, la noticia de su muerte habría corrido como la pólvora por la aldea. Alain de Oialde estaría furioso. Con suerte, se dijo, pensarían que había sido un accidente, pero desechó esta idea. En cuanto fueran a buscarlo para reclutarlo y descubrieran su huida, no tardarían en relacionarla con la muerte del administrador. Solo deseó que esta no tuviera consecuencias negativas para su padre y Amaia.

Se dejó caer pesadamente en la silla y vagó con la mirada por la ensenada. La altura de la posada superaba la de las propias murallas de la villa, de modo que la perspectiva sobre los muelles y la isla de San Antón resultaba inmejorable. El agua parecía un gigantesco mar de plata en el que se recortaban las oscuras siluetas de los barcos que dormían a la espera del nuevo día. Sus futuros compañeros de tripulación habían terminado de cargar la coca. Podía verlos tumbados en la cubierta. Pero solo había unos pocos. Los otros estarían en la bodega del barco o quizás en alguna de las tabernas situadas intramuros. Y es que, a pesar de la idílica apariencia del mar, los barcos y el islote de San Antón a la luz de la luna, el ambiente no era precisamente tranquilo. Continuas risotadas, cánticos y discusiones de taberna rompían la quietud de la noche. Un constante barullo marcaba la vida nocturna en aquella villa marinera.

Varias mujeres se paseaban junto a las tabernas para ofrecer sus servicios a los marineros. De vez en cuando, se perdían

apresuradamente en la oscuridad de algún callejón acompañadas por algún cliente. Al verlas, Aitor pensó en Elías. Tal vez alguna de aquellas meretrices fuera su madre. Las malas lenguas siempre habían dicho que vendía sus encantos en las noches del puerto de Getaria.

Al recordar a su amigo sintió una punzada de dolor. Había arriesgado su vida por avisarle de que pensaban pasar a reclutarlo. Cuando el banderizo descubriera que había escapado, su ira sería implacable y buscaría entre sus tropas al traidor. Deseó con todas sus fuerzas que no descubriera quién se había ido de la lengua.

Sin apenas darse cuenta, cayó en un ligero sueño. Los episodios de aquella tarde comenzaron a desfilar desdibujados en forma de una horrible pesadilla. El gemido sordo de Mikel al ser devorado por las fauces de la ferrería resonaba por todo el valle de Oialde, alarmando a los vecinos, que salían asustados a las puertas de sus casas. Como cada día, el martillo pilón golpeaba contra el yunque, pero en lugar de un sonido metálico, emitía una y otra vez el horrible crujido que había seguido a la caída del administrador. Y el dulzón aroma a hierro fundido que flotaba habitualmente en la aldea, había cedido el testigo a un inquietante olor a sangre fresca. Alain de Oialde aparecía furioso buscándolo como un perro sabueso por todos los rincones del valle y más allá.

Un sudor frío empapaba su rostro cuando Máximo abrió la puerta y entró con una bandeja humeante.

—Estás blanco como la nieve —le dijo al ver su rostro asustado —. ¿Te encuentras bien?

Aitor asintió con la cabeza.

—¿Te persiguen verdad? ¿Tienes miedo de alguien? —insistió el posadero—. No te preocupes. En cuanto amanezca estarás lejos de aquí y no podrán encontrarte —intentó tranquilizarlo.

—No tengo hambre —masculló Aitor señalando la cena.

—Tienes que comer. Además, Adela lo ha preparado para ti. Es un estofado de vaca. Hoy teníamos guiso de congrio para la cena, pero hemos pensado que ya tendrás tiempo de comer pescado en el barco.

—Muchas gracias Máximo. No sé cómo agradecértelo.

El posadero le mandó callar con un gesto de la mano.

—No tienes que agradecerme nada. Tu vino ha hecho de mi taberna la más próspera del puerto. Espero que Eneko siga con el negocio.

—Yo también lo espero —replicó Aitor, que temía que la primera reacción del señor de Oialde fuera tomar represalias contra su padre.

Ante la atenta mirada de Máximo, se comió un trozo de carne.

—¡Mmm! Está muy rico.

El posadero se rió.

—Claro que está bueno. Mi mujer es una magnífica cocinera. Pero tiene un defecto —explicó bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. No le gusta que quede nada en el plato. Así que ya sabes lo que te toca —amenazó con ademán de autoridad antes de romper a reír de nuevo.

—No te preocupes, me comeré hasta los huesos —admitió Aitor mientras se llevaba a la boca un segundo pedazo de carne.

—No esperaba menos —sentenció Máximo con exagerada teatralidad mientras abandonaba la habitación.

Las siguientes horas le resultaron eternas. La luna, a la que faltaban pocos días para estar llena, fue recorriendo el cielo, primero ganando altura sobre el horizonte y luego cayendo hacia los abismos que se extendían tras él. De la silla a la cama y de la cama a la silla, no pegó ojo en toda la noche.

Cuando faltaban apenas un par de horas para el alba y las tabernas hacía un buen rato que habían echado el cierre, un tamboril rompió el silencio. Alarmado, Aitor se puso en pie y se asomó a la ventana. El sonido era repetitivo y constante y, a pesar de que se escuchaba claramente, provenía de algún punto lejano.

Se fijó en lo más alto de la isla de San Antón. Una llama se movía, como si bailara en la oscuridad. Se trataba sin duda de alguien con una antorcha. Pero no era alguien que caminara sino alguien que movía la llama, como si realizara algún tipo de señal. Aguzando el oído, decidió que el tamborilero también debía de encontrarse allí arriba, en la atalaya.

Los siguientes sonidos vinieron del propio puerto. Esta vez fue una voz. Una voz cercana y clara.

—¡Ballena a la vista!

En pocos minutos, las calles de la villa se convirtieron en un hervidero de gentes que corrían de un lado para otro. A pesar del aparente desorden, los más valerosos vecinos de Getaria, acostumbrados a la inmediatez que requería la caza de la ballena, no tardaron en estar organizados a bordo de tres chalupas. Doce remeros, seis a cada lado, impulsaban la estrecha y larga embarcación en un movimiento tan bien sincronizado que parecía un gigantesco ciempiés que caminara sobre el mar. Una tras otra, abandonaron la protección del puerto y comenzaron a bailar con las olas, que continuaban batiendo la costa con fuerza. Desde lo alto de la isla de San Antón, el atalayero les indicaba con señales la dirección a tomar. Conforme se internaron en el mar, el islote se interpuso entre Aitor y las embarcaciones, impidiéndole disfrutar del resto de un espectáculo que le había sorprendido por la escrupulosa coordinación con la que se llevaba a cabo.

Tan embelesado estaba contemplando los prolegómenos de la caza de la ballena, que no se había percatado de que en el horizonte comenzaba a dibujarse una fina franja rojiza.

—Zarpamos al amanecer —le había dicho Iñaki.

Echó un vistazo hacia la playa, situada al pie de la muralla. Una auténtica legión de vecinos iba y venía por sus arenales acarreando toneles, cuerdas, cuchillos y todo tipo de instrumentos para trocear la ballena en caso de que la caza fuera bien. Más allá, en los muelles que se abrían al pie de San Antón, la *Risueña* era mecida suavemente por las olas. Aitor se fijó en la diferencia de tamaño con el resto de embarcaciones que ocupaban la rada, pequeños botes

pesqueros y gabarras de transporte, que parecían minúsculas junto a ella. Se felicitó por su suerte, pues no había ningún otro barco de larga distancia amarrado en el puerto. Si Iñaki no hubiera aceptado llevarlo a bordo, se habría visto obligado a huir por tierra; sin duda un gran problema pues los milicianos de Alain de Oialde avanzarían mucho más rápido a lomos de sus caballos que un hombre a pie.

—Zarpamos al amanecer. —Volvió a recordar la voz del patrón.

La franja rojiza ocupaba cada vez más espacio sobre el horizonte. Era la hora acordada.

Tomó su escaso equipaje y bajó a la taberna con la esperanza de encontrar allí a Iñaki.

Máximo le dedicó una sonrisa antes de perderse por la puerta de la cocina en busca de varios platos.

—Estamos a tope —le dijo resoplando al pasar a su lado.

De las seis recias mesas de madera con las que contaba la posada, cinco estaban completas y a la sexta no le faltaba mucho para estarlo. Además, varios clientes se encontraban apoyados en la larga barra. Unas veinticinco personas en total, calculó Aitor. Todos entrados en años. Padres y abuelos de los jóvenes que remaban en esos momentos hacia la ballena. Pese a estar lleno a rebosar, un extraño silencio flotaba en el local. Un silencio tenso. Un silencio que solo aquellos acostumbrados a esperar el regreso de algún marinero podían comprender.

—Hace mala mar —comentó en voz baja un viejo desdentado.

Otro, sentado a su misma mesa, se encogió de hombros.

—Las ballenas son caprichosas —apuntó sin alzar la vista de la mesa.

—La mar es la caprichosa —replicó otro—. Ballenas, bonito, sardinas... Siempre que salen a pescar nos tememos lo peor.

—Otros padecieron antes por nosotros —sentenció el que no tenía dientes.

Los demás asintieron en silencio.

Durante sus años de mercader de vino, Aitor había presenciado otras conversaciones similares en las tabernas de Getaria y Zumaia. Los *arrantzales* siempre se quejaban de que la vida en los pueblos marineros del Cantábrico no era fácil. Sin embargo, no había ninguno que no deseara con todas sus fuerzas que sus hijos y nietos continuaran haciéndose a la mar.

Volvió a recorrer toda la taberna con la mirada. Ni rastro de Iñaki. Tampoco vio a nadie que pareciera ser de su tripulación. Decidió acercarse a los muelles. Cuando estaba cerca de la puerta, vio entrar a dos hombres armados. Intentando no hacer movimientos bruscos que pudieran delatarle, se deslizó hasta la barra, donde se escondió detrás de un hombretón que daba grandes tragos a un pichel de vino. Desde su improvisado escondrijo, comprobó que eran guardias de la villa, encargados de velar por el orden público. Uno de ellos no llamaba la atención por su físico, ni gordo ni flaco, ni alto ni bajo, pero el otro era tan grande que había tenido que agacharse para pasar por la puerta. El señor de Oialde no podía recurrir a ellos para perseguirle, puesto que Getaria no

dependía de ningún banderizo, por cercano que estuviera su feudo. Esa idea le hizo relajarse, pero permaneció aún unos instantes apoyado en la barra. Los suficientes como para ver a los guardias charlando amistosamente con Máximo, que buscó a alguien con la mirada.

—Es aquel chico de allí —le oyó decir mientras le señalaba.

El corazón le dio un vuelco. No sabía si echar a correr escaleras arriba o colarse en la cocina con la esperanza de que alguna puerta trasera le permitiera salir a la calle. No llegó a moverse. En cuanto vio la decisión con la que los guardias se dirigían hacia él, supo que era tarde para huir. Mientras esperaba a que lo detuvieran, todos los acontecimientos del día anterior volvieron a su mente. Sabía que el castigo sería terrible. Nadie podía abandonar la tierra a la que estaba ligado sin permiso de su señor. Además, le acusarían de asesinato y eso lo llevaría a la horca. La cabeza le daba vueltas. Los pensamientos se le arremolinaban tan frenéticamente que no supo contestar cuando el más alto le preguntó:

—¿Eres Aitor?

Máximo, que les había acompañado desde su lado de la barra, vio el semblante sombrío del chico y decidió intervenir.

—Aitor, estos hombres vienen cada día a beber de tu vino. Hace tiempo que me preguntan quién me lo vende. Creo que te quieren comprar un tonel para el cuartel —Les guiñó un ojo a los guardias y bajó el tono antes de continuar—. Pero no se lo vendas, o me quitarás dos buenos clientes.

—¡Eh, no te pases de listo! —protestó uno de los guardias.

Aitor sintió que su corazón recuperaba su ritmo normal. Sin bajar la guardia, intentó dibujar una sonrisa y hablar con normalidad. Las palabras se le atascaron en el torbellino de temores que se había apoderado de su mente.

—Por fin damos contigo. El bribón de Máximo no quería decirnos dónde encontrarte —exclamó el más alto—. ¿De dónde sacas un vino tan delicioso? ¿Lo haces tú mismo?

Aitor titubeó antes de hablar.

—No, señor. Mi padre y yo lo traemos del sur, de tierras riojanas —contestó deteniéndose para aclararse la voz.

—Pues te felicito —Miró a su compañero, que no abría la boca—. Te felicitamos —corrigió. El otro asintió con un leve movimiento de cabeza—. Nos gustaría comprarte un tonel.

—¡Lo sabía! —protestó Máximo con exagerada teatralidad.

Aitor miró hacia la puerta. La coca le esperaba en el muelle y no tenía tiempo que perder si no quería quedarse en tierra. Tenía que zanjar aquella conversación.

—Podéis hablar con mi pa...

Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta se abrió para dejar entrar a dos hombres. Su aspecto desaliñado los confundía con el resto de marineros que recalaban en Getaria, pero Aitor los conocía bien. Demasiado bien. Y no se trataba de viajeros sino de los dos soldados más sanguinarios de Alain de Oialde. Sin sus vestimentas habituales, trataban de pasar desapercibidos.

Lope cubría su cicatriz y su ojo tuerto con un falso vendaje, como si quisiera evitar que los vecinos de Getaria, a quienes años atrás había engañado con falsas reliquias, lo reconocieran. Junto a él se encontraba Félix, otro de los malhechores que el señor del valle había incorporado a sus filas en los últimos años. Tenía fama de pendenciero y, según le había contado Elías en una ocasión, presumía entre sus compañeros de que el delito por el que lo habían condenado no era otro que la violación de dos muchachas que iban camino del mercado. Como en el caso de Lope, Alain lo había incorporado a sus filas cuando estaban a punto de colgarlo en una plaza pública.

Sin separarse de la puerta, los recién llegados recorrieron la taberna con la mirada. Aitor sintió un escalofrío al ver la sonrisa macabra que se dibujó en el horrible rostro de Lope cuando reparó en su presencia. Impaciente y sin disimular, su compañero intentó lanzarse hacia el joven, pero el de la cicatriz lo retuvo. Con gesto de pocos amigos, le explicó algo al tiempo que señalaba hacia los guardias, que permanecían de espaldas a ellos, pendientes de la conversación con Aitor.

—¿Estás bien, chico? —inquirió uno de ellos.

—Te has puesto blanco.

—Debe de ser por madrugar tanto. No está acostumbrado —intervino Máximo.

—Sí..., eso es. No me sienta bien levantarme tan temprano.

—No me extraña. Si yo tuviera un vino tan bueno como el tuyo no me levantaría nunca —se burló el más alto.

El otro rió de buena gana.

—Yo tampoco. Para rato iba a estar yo aquí a estas horas —exclamó con una nueva carcajada.

Los esbirros del señor de Oialde se apoyaron en la barra, fingiendo ser unos clientes más, pero sin separarse de la puerta. Lope no le quitaba a Aitor su único ojo de encima y, aunque parecía incómodo por la presencia de los guardias, no borraba de su boca una sonrisa de satisfacción. Parecía muy seguro de haberlo atrapado.

Aitor buscó disimuladamente una segunda salida, pero no encontró ninguna. Solo se le ocurría una opción: subir a las habitaciones y lanzarse por una ventana. Pero era demasiado arriesgado. Había suficiente altura como para romperse una pierna en la caída. Estaba atrapado. La taberna de Máximo se acababa de convertir en una jaula.

—Entonces, ¿nos venderás un tonel? —inquirió de nuevo el más alto.

Máximo volvió a protestar. Si les vendía vino, perdería a dos de sus mejores clientes.

—Te prometo que seguiremos viniendo —le aseguró el otro guardia.

La luz del exterior se filtraba cada vez con más intensidad por las ventanas. Hacía un buen rato que había amanecido y Aitor se sentía cada vez más nervioso, cada vez más perdido. La *Risueña* estaría a punto de zarpar. O quizás se encontraba ya navegando hacia mar

abierto. Con una fuerte desazón devorándole las entrañas, volvió a dirigir la vista hacia la puerta.

Los dos matones no le quitaban ojo. Lope se apartó disimuladamente la capa, dejando entrever la empuñadura de una daga que le pendía del cinto. Volviendo a ocultarla, se llevó la mano al cuello y dibujó un gesto amenazador.

—¿Nos lo venderás, chico? ¿Seguro que te encuentras bien?

La mente de Aitor giraba a toda velocidad, no podía rendirse ahora que estaba tan cerca de dejar atrás el valle. Debía salir de allí como fuera. Pero ¿cómo?, ¿por dónde? El vocerío de los viejos pescadores, cada vez más excitados ante la falta de noticias de los jóvenes balleneros, le taladraba los oídos y le impedía pensar.

—Sí, claro que estoy bien. Solo un poco mareado.

—¡Qué bribón! Seguro que ayer te bebiste unas cuantas jarras de tu vino riojano.

El otro rió la ocurrencia con exageradas carcajadas.

—Yo me bañaría en él —añadió sin dejar de reír y contagiando su risa a su compañero.

—Te seguirían todos los borrachos del puerto —intervino Máximo.

—Mejor que me sigan las borrachas —se burló el guardia, rompiendo a reír de nuevo.

Los milicianos de Oialde observaban confundidos la escena. Sus rostros pasaban constantemente de la amenaza al estupor; ajenos a la conversación, no entendían qué provocaba tantas risotadas en el grupo.

Un rayo de sol se coló por la pequeña ventana entreabierta que había junto a la puerta de entrada. No podía seguir esperando o sería demasiado tarde. Un plan comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Os venderé vino. Esta misma tarde os traeré un barril, pero antes debo pediros un favor. Hay dos hombres que quieren robarme. Me siguen desde ayer y creo que están dispuestos a todo con tal de poder quedarse con el poco dinero que llevo encima.

—¿Dónde están?

—Si me roban no tendré dinero para comprar más vino y no podré seguir trayendo los mejores caldos de Laguardia.

Los guardias recorrían la taberna con la mirada, en busca de posibles malhechores.

—¿Quiénes son?, ¿están aquí?

Aitor tragó saliva.

—Si los retenéis podré ir a por vuestro vino.

—¿Pero dónde están? —insistieron los guardias.

—Son aquellos de allí, junto a la puerta. Esperan a que salga de la taberna.

Mientras secaba algunos picheles con su delantal, Máximo asentía para sí mismo. Conocía de sobra a aquellos hombres de Alain de Oialde. En cuanto tenían un día libre o cuatro monedas en la bolsa, acudían al puerto de Getaria en busca de vino y mujeres de mala vida. Se confirmaban sus temores de que Aitor huía del valle y de su señor.

Los guardias miraron detenidamente a los supuestos malhechores, que intentaban disimular el nerviosismo de sentirse observados. Por un momento, Aitor temió que los hubieran reconocido como milicianos del señor de Oialde y su plan se fuera al traste, pero no fue así.

—No te preocupes. Nosotros nos encargamos. Puedes ir en busca de nuestro vino —le tranquilizó uno de ellos mientras se encaminaban hacia Lope y Félix, que se miraron incrédulos.

Aitor no perdió ni un segundo. Sabía que el malentendido no tardaría en aclararse, de modo que, en cuanto los guardias llegaron junto a los hombres de Alain y comenzaron a interrogarlos, abandonó la taberna. Al hacerlo, pasó junto a sus perseguidores, que vieron como se esfumaba mientras ellos se veían obligados a explicarse ante unos guardias a los que habrían matado de buena gana si hubieran estado lejos de tantas miradas indiscretas.

La coca aún estaba en el muelle. La cubierta era un ir y venir de marineros soltando amarres. Dos tripulantes se afanaban en cargar una caja de la que asomaban varias hogazas de pan y un montón de coles.

—Llegas tarde. Un poco más y te quedas en tierra —le saludó Iñaki desde el castillo de popa.

Aitor respondió al saludo con un gesto apresurado y se dispuso a subir a bordo.

—Espera, ayúdale a aquel a soltar el cabo —ordenó Iñaki señalando al marinero que soltaba una gruesa cuerda de uno de los

bolardos del muelle.

Aitor lanzó una ansiosa mirada hacia el portal del Mar, temeroso de que los milicianos salieran por ella en cualquier momento. Afortunadamente, no vio más que el gentío que aguardaba la vuelta de los balleneros. Después se afanó a ayudar con el cabo. Al hacerlo, comprobó que el tripulante no precisaba ninguna ayuda, pero Iñaki quería demostrarle que en su coca le tocaría trabajar sin descanso desde antes de pisarla por primera vez.

—¡Vamos, deprisa! —exclamó el marinero, al que Aitor calculó su misma edad, en cuanto el nudo estuvo suelto.

Mientras la embarcación comenzaba a separarse del muelle, ambos subieron a bordo a la carrera por un estrecho puente de madera que otros tripulantes comenzaban a retirar hacia la cubierta.

—¡Izad las velas! —ordenó Iñaki.

Conforme se abrían camino hacia el mar, perdieron la protección natural de la isla de San Antón y el oleaje del Cantábrico comenzó a mecer el barco. Aitor se sintió mareado y el miedo a sus perseguidores cedió el testigo al temor a la travesía.

Unos cánticos jubilosos rompieron por un momento sus cavilaciones. Tres chalupas regresaban a puerto y lo hacían remolcando juntas una enorme ballena que dejaba tras de sí un mar sanguinolento.

—Es de las grandes, no me extraña que estén contentos —comentó Iñaki señalando el animal—. Y parece que vuelven todos.

Al jolgorio de los pescadores, se sumaron enseguida los vítores de los vecinos de Getaria al verlos aparecer tras San Antón.

Aitor se fijó entonces en el muelle, cada vez más lejano. Tal vez fuera su imaginación, pero creyó adivinar las figuras de Lope y Félix abriéndose paso entre la multitud, en busca de un fugitivo al que no encontrarían allí.

Pensó en Amaia, en su padre, en Fermín, en Maritxu y en todas las personas de la aldea a las que no volvería a ver en mucho tiempo, o tal vez nunca. Sintió un escalofrío y se prometió una vez más que volvería, y que lo haría como un hombre libre, no como un vasallo del caprichoso señor del valle.

—Bienvenido a mi barco, marinero —exclamó Iñaki con tono solemne—. Espero que no te arrepientas de hacerte a la mar. La vida en la *Risueña* es dura, pero en ningún sitio serás más libre que cabalgando sobre las olas del mar.

TERCERA PARTE
1449—1453

25

A TODA VELA

Otoño de 1449

Llevaban todo el día sin avistar ningún otro barco. La costa se dibujaba a apenas una milla y el mar estaba tranquilo. Tanto que la *Risueña* avanzaba a gran velocidad, con el viento a favor y la vela inflada. Tras casi un año en el mar, Aitor había aprendido que jornadas así eran una excepción. No era habitual que tanto el viento como el oleaje se aliaran para permitirles navegar sin contratiempos.

—Es extraño. No hay pescadores —comentó Iñaki observando el mar.

—A lo mejor no les gusta el pescado en esta zona —sugirió Santiago, el marinero que ayudaba a Aitor a rascar el ancla.

Cada dos o tres semanas era preciso retirar a conciencia las algas y los pequeños moluscos que se aferraban al hierro. En caso de no hacerlo, el ancla resultaba más vulnerable al óxido.

Siempre había algo que hacer en la coca. El primer día, cuando descubrió que la tripulación la formaban casi veinte marineros, Aitor pensó que no habría trabajo para todos. Pero no tardó en percatarse de que a bordo no había tiempo para relajarse, a una tarea seguía otra. Los más viejos se quejaban de que Iñaki debería contratar más tripulantes, pero el patrón no quería oír hablar de ello.

No le había costado congeniar con la mayoría de sus compañeros, aunque algunos eran tan reservados que apenas había

cruzado con ellos un par de palabras. Afortunadamente, estos últimos se podían contar con los dedos de una mano. Cada cual tenía su historia, pero casi todos provenían de villas costeras del Cantábrico; hombres de clase humilde que se hacían a la mar para poder pagar el sustento al resto de su familia. Algunos estaban casados, otros no, pero eso poco importaba cuando llegaban a puerto y se trataba de yacer con rameras y busconas.

Las primeras semanas en el mar habían resultado especialmente duras. Las marejadas del Cantábrico sacudían tanto la coca que esta parecía siempre a punto de hundirse. Aitor pasaba el día mareado y aterrorizado ante la idea de morir ahogado. Y eso que los días en que el temporal arreciaba hasta hacer peligrosa la singladura, no abandonaban la seguridad del puerto. Era lo bueno del cabotaje, navegaban siempre en paralelo a la costa, sin perderla de vista, y dormían cada noche en algún puerto o alguna ensenada natural que les brindara su seguridad.

Cuando el invierno tocaba a su fin, la *Risueña* remontó el Guadalquivir. Sevilla, la primera ciudad de gran tamaño en la que hacían cabotaje, resultó apabullante para Aitor. El río, de enorme anchura y aguas turbias, bullía de actividad. Decenas de cocas, carracas, carabelas y galeras se agolpaban en sus muelles. Miles de trabajadores iban y venían continuamente acarreando pesados fardos a la espalda. Pero lo que más sorprendió al joven fueron algunos edificios que, según decían, habían construido los moros, antiguos pobladores del lugar. Entre todos ellos, sobresalía una torre

que llamaban Giralda que parecía sostener el cielo. Parecía imposible que alguien fuera capaz de levantar un edificio de semejante altura.

Iñaki protestaba continuamente por los elevados costes del amarre en la ciudad, pero permanecieron allí casi una semana. Durante dos jornadas, no pararon de desestibar fardos de caros tejidos ingleses. Al verlos después en el almacén, Aitor no podía creer que todo aquello hubiera salido de las bodegas del barco. Se trataba del encargo de un rico mercader sevillano cercano a la corte. Iñaki lo había cargado en el puerto de Bayona, adonde había llegado en barcos de altura desde Inglaterra.

Después de descargar los paños, la tripulación estuvo atareada haciendo algunos arreglos en el barco y limpiando a conciencia las bodegas. Entretanto, el patrón pasaba el día con mercaderes y armadores, tratando de decidir qué rumbo tomar y qué cargar en la *Risueña*. A diferencia de la mayoría de los capitanes de naves, Iñaki no solo era marino sino también el armador de su propia coca, lo que le otorgaba una absoluta libertad para fletar el barco con la mercancía que considerara oportuna. Finalmente, se decidió por el trigo. Al parecer había una fuerte demanda de cereal en Valencia y Barcelona.

La escala en Valencia no fue tan larga como la sevillana, pero resultó mucho más intensa. Pedro, uno de los marineros más esquivos de la *Risueña*, del que nadie sabía gran cosa, apareció muerto en los muelles al amanecer del tercer día. Lo habían apuñalado durante la noche. Según pudieron saber, se había peleado en una taberna de mala reputación con dos marineros genoveses.

Los tres pretendían los servicios de la misma ramera. El tabernero los había echado de su local y no quería saber nada de lo que hubiera pasado en la calle.

Iñaki no quiso correr riesgos y, en cuanto descargaron la mitad del cargamento de trigo, ordenó izar las velas. Por primera vez desde que Aitor formaba parte de la tripulación, la coca abandonó la línea de costa. Durante tres días y tres noches, surcaron el Mediterráneo rumbo a la isla de Ibiza. En sus salinas cargaron sal hasta completar la capacidad de las bodegas antes de retomar el rumbo hacia Barcelona.

—Ese saliente que veis a proa es el cabo de Salou. Mañana lo dejaremos atrás y en dos o tres días estaremos en Barcelona —anunció Iñaki.

Parecía preocupado. No apartaba la vista del mar, por el que viajaba con la mirada asomado a un viejo catalejo.

—¿Nada? —inquirió Aitor.

Iñaki sacudió lentamente la cabeza.

—Ni mercantes, ni pescadores... No hay nadie a la vista —musitó el capitán.

Era extraño. Normalmente, y más con una meteorología tan favorable, un rosario de barcas de pesca familiares se hacían a la mar en busca de sustento.

—Quizás no haya pueblos en estas costas. Eso explicaría la falta de pescadores —planteó Aitor sin dejar de rascar las cadenas del

ancla.

El patrón echó un vistazo a una carta náutica que llevaba enrollada y negó con la cabeza.

—¿Ves aquella montaña roja de allí? —inquirió señalando la línea de costa.

Aitor y Santiago dejaron por un momento el ancla y se asomaron por la borda. La costa, en la que se adivinaban largos arenales, se elevaba rápidamente para formar altas montañas cubiertas en parte por la vegetación. Entre ellas se distinguía claramente una montaña de un intenso color rojo.

—Según la carta, allí hay un castillo que desde aquí no alcanzamos a ver. Es la torre de Escornalbou. Pero lo que realmente nos importa es que a la izquierda de esa montaña y en plena línea de costa hay un pueblo de nombre Miramar y a su derecha otro bastante mayor que llaman Cambrils.

Aitor entrecerró los ojos, forzando la vista. Creía ver las casas de uno de aquellos pueblos. A su lado, Santiago asintió; también él las veía.

—Es Miramar —anunció Iñaki—. ¿Y sabéis qué? No veo humo. Ahí no hay nadie. Se han ido.

Aitor sintió un escalofrío. Las columnas de humo delataban la vida en los pueblos. Daba igual qué hora fuera, siempre había algún fuego encendido. Alguien que cocinaba, que calentaba la casa, que quemaba rastrojos... El fuego demostraba que un lugar estaba habitado. No sabía qué podía significar la huida de aquellas gentes

pero el tono que había empleado Iñaki, cargado de preocupación, no presagiaba nada bueno.

—¿Qué crees que ha pasado? —inquirió.

Iñaki volvió a dirigir la mirada hacia el pueblo, aparentemente desierto, antes de contestar.

—La peste. Seguro que es la peste. Habrán muerto todos —se adelantó Santiago, visiblemente alarmado.

Desde que un siglo atrás la peste negra diezmara la población de Europa, su amenaza estaba bien presente. A pesar de los escasos episodios que se seguían produciendo puntualmente, todos la temían como la peor de las amenazas.

—No lo sé —decidió Iñaki con aire taciturno—. Pero me temo que no tardaremos en saberlo. En unas horas será noche cerrada y buscaremos refugio en algún puerto.

De pronto, Aitor, que seguía recorriendo la costa con la vista, sintió que se le desbocaba el corazón.

—¡Humo! ¡Allí, a la derecha de la montaña roja, veo humo! —exclamó esperanzado. La amenaza de la peste le había aterrorizado pero todo parecía ser una falsa alarma.

—Debe de tratarse de Cambrils —anunció Iñaki, pero su gesto seguía delatando una profunda preocupación—. Hay humo, pero tampoco hay rastro de pescadores en aquella zona. Algo raro pasa —Pareció dudar unos instantes antes de continuar—. En cualquier caso, el sol está ya muy bajo, pondremos rumbo a Cambrils y

pasaremos la noche en su puerto. Así sabremos qué es lo que está ocurriendo.

Una muralla de escasa altura y dos imponentes torres de vigilancia tomaron forma conforme se aproximaban a la costa. Tras ellas se dibujaban las casas de Cambrils. Varias columnas de humo se alzaban desde algunas de ellas. El puerto, como otros muchos del Mediterráneo, consistía en una simple playa de guijarros y un fondeadero. El escaso calado impedía que los barcos se acercaran demasiado a la costa, de modo que eran pequeñas embarcaciones locales las encargadas de ir y venir hasta la playa para estibar o desembarcar la mercancía.

La preocupación de Iñaki por la falta de pescadores había corrido como la pólvora y en cuanto la *Risueña* comenzó a acercarse a tierra, todos dejaron sus quehaceres y se agolparon en la borda en medio de una nerviosa expectación.

—¡Mirad, ese barco está calcinado! —exclamó uno de los tripulantes cuando estuvieron lo suficientemente cerca del fondeadero.

—Están todos quemados —aclaró Iñaki.

Aitor tragó saliva. Aquello no pintaba nada bien.

Una carraca y otro barco de vela de menor tamaño flotaban calcinados en el puerto. No solo estaban ennegrecidos por el fuego, sino parcialmente destrozados, seguramente a cañonazos. Lo raro era que aún se mantuvieran a flote. Tras ellos, en la playa, una

hilera de pinazas utilizadas para la pesca había sufrido la misma suerte.

—¿Media vuelta? —inquirió Germán, el piloto, sin soltar el timón.

—No. Vamos a acercarnos. Quiero saber quién ha hecho esto antes de continuar —decidió Iñaki.

Conforme fueron aproximándose, Aitor comenzó a sentir los latidos de su corazón en los oídos. Quizás no fueran los suyos sino los del tripulante que se apoyaba en la borda junto a él. Nadie abrió la boca en la coca hasta que llegaron junto a los barcos quemados. El miedo y la impresión atenazaban sus gargantas.

El empalagoso olor a madera quemada lo impregnaba todo. La imagen de los barcos calcinados resultaba dantesca, pero lo más sobrecogedor era el silencio reinante. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, devorando los ruidos propios de un puerto. Hasta las gaviotas, posadas en fila sobre los restos de la carraca, eran partícipes de un silencio sepulcral.

—No son solo los barcos —anunció Iñaki desde el castillo de popa—. El humo que veíamos no era ninguna señal de que aquí hubiera vida, sino todo lo contrario. Han incendiado las casas. Algunas aún humean.

Aitor observó las frágiles murallas. Varias brechas se abrían en ellas. Las dos torres que vigilaban la costa parecían enteras a simple vista, pero un análisis más detenido mostraba claramente los boquetes provocados por grandes proyectiles.

—Este lugar está maldito. Deberíamos irnos —propuso Germán, el mismo que antes quería dar media vuelta.

Esta vez casi todos secundaron su idea.

—No seáis absurdos. Sea quien sea el que haya hecho esto, está claro que no está aquí —se defendió Iñaki—. Los atacantes han venido seguramente desde el mar y probablemente no estarán muy lejos. El sol se ha escondido ya y, si no pasamos la noche aquí, estaremos aún más expuestos a que puedan atacarnos.

Aitor pensó que era razonable. Entre murmullos de desaprobación, los demás acabaron por aceptar que no había mejor opción.

—Estableceremos turnos de vigilancia. Quiero al menos a cuatro de vosotros en cada uno de ellos para que no se nos escape nada de lo que pase aquí esta noche —decidió Iñaki.

Sin dejarle tiempo a terminar, un agudo lamento surgió desde el esqueleto de la carraca calcinada. El estridente sonido les puso a todos los pelos de punta. Algunos se taparon los oídos; otros, asustados, se echaron las manos a la cara.

—Ya sabía yo que este lugar estaba maldito. Vete a saber qué monstruos viven en estas aguas —lloriqueó Germán soltando el timón.

—¡Silencio! ¿No ves que es una persona? Debe de estar herida —replicó Iñaki.

Tras unos segundos de silencio, el lamento volvió a repetirse. Era un sonido tan agudo que no parecía humano, pero Iñaki se empeñó en que debía de tratarse de alguno de los tripulantes de la carraca.

—¿Quién viene conmigo? —inquirió mientras soltaba los amarres de un esquife.

Aitor fue tras él. Sentía un pánico atroz, pero aquel hombre le había salvado la vida al contratarlo en Getaria y se sentía en deuda con él. No podía dejarlo solo.

—¿Nadie más? —protestó el patrón.

A regañadientes, otros dos marineros se unieron a la expedición.

Desde la cercanía al agua que daba el bote, la carraca resultaba aún más tenebrosa. Sus formas se diluían en la noche sin luna y apenas consistían en una silueta que se recortaba sobre el cielo estrellado. Parecía increíble que un barco tan imponente, muy parecido a la *Risueña*, pero de mayor tamaño aún, pudiera encontrarse en un estado tan ruinoso y, sin embargo, ser capaz de mantenerse a flote. El lamento se repetía rítmicamente cada pocos segundos, como si siguiera los ritmos de un patrón prefijado. Por más que se acercaran, Aitor no lograba adivinar ningún tipo de tono humano en él. Resultaba sencillamente espeluznante.

Armado con un gancho de abordaje atado a un cabo, Iñaki intentó trepar a la cubierta, pero la baranda estaba tan chamuscada que venció al peso, cayendo al agua con estrépito.

—¡Si se nos cae encima, nos mata! —exclamó el patrón haciéndose a un lado.

Tras el abordaje fallido, remaron alrededor del barco hasta dar con una enorme grieta abierta por un proyectil en la popa. Se

encontraba a poco más de un metro del agua, de modo que representaba un acceso fácil desde el bote.

—Entraremos a la bodega por aquí —decidió Iñaki al tiempo que se encaramaba al casco y se asomaba al agujero—. Aitor vendrá conmigo. Vosotros dos esperad en el bote y entrad solo si damos la voz de alarma.

Aitor protestó para sus adentros. Hubiera preferido esperar en el esquife.

El olor a quemado resultaba insoportable en el interior, pero aún peor era el hedor a muerte. Por todos lados había cuerpos mutilados que parecían bailar macabramente a la luz de la lámpara de aceite que portaba Aitor.

—Los han matado a todos —musitó Iñaki.

Unos estaban decapitados, a otros les faltaban miembros... Los más de diez hombres que podían ver en la bodega habían sido salvajemente asesinados. A Aitor le llamó la atención uno que parecía mantenerse en pie con los ojos muy abiertos en una clara mueca de terror. Era el único que no había quedado totalmente desfigurado por las llamas. Al acercar la lámpara hacia él, comprobó que se mantenía erguido por culpa de una barra de hierro que, hundida en su garganta, lo clavaba a la pared. A sus pies se desparramaba un pestilente amasijo de intestinos chamuscados que caía desde un enorme tajo en su abdomen. Por más esfuerzos que hizo por evitar las náuseas, el joven se dobló sobre sí mismo y vomitó ruidosamente.

—Vamos chico. Debemos darnos prisa. Y ten cuidado de dónde pisas, que la madera está bastante quemada y podría ceder —indicó Iñaki avanzando entre los cadáveres.

El lamento volvió a sonar. Esta vez muy cerca y, por primera vez, Aitor reconoció en él un angustiado llanto humano.

—Viene de la bodega superior. Por aquí —apuntó Iñaki subiendo por unas escaleras en las que el fuego había devorado varios peldaños.

La visión del piso de arriba era devastadora. Parte de la cubierta se había derrumbado por efecto de las llamas, creando un laberinto de vigas retorcidas y maderas desperdigadas. A diferencia del piso inferior, no había cadáveres esparcidos por doquier; solo se veía un cuerpo atrapado entre las vigas.

—Juraría que venía de aquí —explicó Iñaki recorriendo la ruinosa estancia con la vista.

—Aquí... por favor... estoy aquí —un hilo de voz seguido de un llanto lastimero brotó del cuerpo que yacía inmóvil entre las maderas.

Al derrumbarse, una de las vigas que sustentaban la cubierta lo había atrapado. Se encontraba tumbado boca abajo, con la cadera aplastada por la pesada madera. Junto a él, un nauseabundo charco sanguinolento no auguraba nada bueno.

—Sacadme de aquí... No quiero morir —gimoteó alzando la cabeza.

Era joven, no más de veinte años, calculó Aitor. Su mirada nublada por el dolor delataba un profundo terror. Seguramente sabía que iba a morir.

—Tranquilo, te sacaremos —trató de animarlo Iñaki mientras intentaban sin éxito apartar la viga. Ni siquiera con todas sus fuerzas fueron capaces de moverla un solo centímetro.

—¿Y si llamamos a los otros? —propuso Aitor.

El patrón negó con la cabeza. No había forma de retirar aquella enorme madera. Además, por mucho que se esforzaran, el aplastamiento de la cadera del muchacho parecía demasiado grave.

—Está reventado por dentro. No podemos hacer nada —informó Iñaki por lo bajo.

Después, acercando la lámpara al rostro del herido, comenzó a preguntarle por lo ocurrido.

—Los piratas..., fueron los piratas berberiscos... Todos moros..., oscuros de piel y con espadas curvadas... Habíamos fondeado aquí para pasar la noche cuando aparecieron. —Su voz era tan débil que se veían obligados a acercar el oído a sus labios.

La frente de Iñaki se arrugó en un gesto de preocupación.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió, cada vez más nervioso.

—No sé... No quiero morir... Se enfadaron mucho al encontrar las bodegas vacías y mataron a todos. No, a todos no, a algunos los cogieron prisioneros, igual que a los del pueblo.

—Esos salvajes se los llevan para venderlos como esclavos. Hacía años que no atacaban estas costas —se lamentó Iñaki.

—Por favor... sacadme de aquí —suplicó el joven.

—¿Hacia dónde huyeron? —continuó Iñaki.

La respiración del herido era cada vez más entrecortada.

—No sé..., yo me hacía el muerto aquí cuando los piratas prendieron fuego al barco... No podía salir... Las llamas... Fue terrible... Luego comenzó el diluvio y se derrumbó el techo... —Entre ataques de tos, el muchacho comenzó a vomitar sangre—. Por favor..., no quiero morir.

Iñaki miró a Aitor, torció el gesto y sostuvo al herido por la frente, alzando su cabeza. Con un movimiento rápido de la otra mano, le rebanó el cuello con una navaja. Un horrible gorjeo brotó de la boca del muchacho. Apenas fueron unos segundos antes de que el mayor de los silencios, aquel que lleva consigo la muerte, se adueñara de la carraca.

Aún no había amanecido cuando la *Risueña* se disponía a salvar el cabo de Salou para dejar atrás el golfo de San Jorge. En cuanto regresaron de la carraca, Iñaki mandó a la tripulación zarpar de inmediato. No había podido saber cuántos días hacía del ataque berberisco a Cambrils, pero recordaba una fuerte tormenta dos días antes, mientras dormían en San Carlos de la Rápita. Seguramente fue entonces cuando ocurrió todo. La lluvia habría impedido que el fuego devorara por completo los barcos, manteniéndolos a flote. Lo que más le preocupaba al capitán era que hasta llegar a Cambrils no habían encontrado rastro de los piratas, de modo que, o bien habían huido mar adentro, o bien se encontraban al norte del cabo de

Salou. Ante la posibilidad de que aún merodearan por la zona, decidió zarpar en plena noche y confiar en que la luna nueva les brindara la oscuridad suficiente para navegar sin ser vistos.

—¡Allí! ¡Allí! —subido en lo alto del palo mayor, uno de los tripulantes más jóvenes vigilaba la noche en busca de posibles piratas.

El aviso llegó en el mismo momento en que salvaban el cabo, que se adivinaba en la noche como una estilizada masa oscura. Al poder contemplar por primera vez la costa que se extendía al norte del saliente, el vigía descubrió una bola de fuego a apenas dos millas de la *Risueña*.

Se trataba sin lugar a dudas de un barco de gran tamaño envuelto en llamas. Según la carta náutica, no estaba muy lejos del puerto de Tarragona, pero a diferencia de los de Cambrils, se encontraba en mar abierto, a casi una milla de la costa.

—Lo han cazado mientras trataba de buscar el refugio del puerto —dedujo Iñaki visiblemente preocupado.

—Deberíamos dar media vuelta antes de que sea demasiado tarde —protestó German desde el timón.

—¡Media vuelta! —exclamaron algunos exaltados.

Aitor rogó para sus adentros que Iñaki decidiera hacerles caso. De forma inconsciente, se llevó la mano al amuleto de Maritxu que llevaba colgado al cuello. Sentía pánico al observar la lejana escena del barco en llamas y todo lo demás sumido en una oscuridad tal que resultaba imposible saber dónde se escondían los piratas. Tal vez navegaran en esos momentos hacia la *Risueña*, o tal vez les

vigilaran desde algún escondrijo cercano. La misma oscuridad que Iñaki quería aprovechar para ocultar la *Risueña* impedía ver el barco berberisco, que a buen seguro navegaba muy cerca de allí.

—No daremos la vuelta —decidió por fin Iñaki entre sonoras protestas—. Mantendremos rumbo al norte, pero lo haremos al doble de distancia de tierra de lo que acostumbramos a navegar. Si los piratas continúan cerca de la costa, lograremos evitar el encuentro con ellos —Hizo una pausa para tomar aire. Eso no era todo—. Durante unos días no haremos cabotaje en ningún puerto. Navegaremos día y noche en busca de la protección de Barcelona.

Apenas habían avanzado una milla cuando las luces del alba comenzaron a teñir de vivos colores el horizonte. La línea de costa tomó forma rápidamente y todo se incendió de tonos rojizos que parecían competir con las llamas que aún devoraban el barco.

La panorámica resultaba especialmente impresionante desde lo más alto del palo mayor. Allí, de pie en la cofa, una pequeña plataforma circular protegida por un parapeto, Aitor oteaba la costa en busca del barco pirata. Iñaki había insistido en que cuatro ojos serían mejor que dos en tan difíciles circunstancias y había mandado a Aitor subir como ayudante del vigía.

—¿Ves algo? —preguntó su compañero.

—Nada.

Mientras lo decía, la bola de fuego en la que se había convertido el barco atacado, que aún no habían logrado dejar atrás, llamó su atención. De forma casi imperceptible, había comenzado a

desaparecer bajo el mar. Se estaba hundiendo. Con un escalofrío, Aitor recordó los cadáveres de la carraca. La estampa en aquel barco envuelto en llamas no debía de ser muy diferente.

Tan ensimismado estaba con el hundimiento que hasta que el mar no devoró por completo la embarcación, no se percató de que una galera había aparecido entre ellos y la costa. Aún estaba lejos, a alrededor de una milla, calculó, pero se dirigía claramente hacia la *Risueña*.

—¡Barco a babor! —gritó a duras penas con un nudo en la garganta.

Iñaki ordenó mantener el rumbo pero girando levemente a estribor, hacia mar abierto.

La coca avanzaba a toda velocidad. Su única vela, una enorme lona cuadrada colgada del palo mayor, estaba tan tensa que al inflarse por el viento impulsaba el barco a una velocidad que a Aitor se le antojaba inalcanzable.

Sin embargo, la galera pirata cada vez estaba más cerca. Comenzaban a distinguirse sus detalles y Aitor comprendió el motivo de su velocidad. A sus dos velas principales se sumaba la fuerza de una multitud de remeros. Más de cuarenta remos bogaban a la vez; veinte en cada lado de la nave. Supuso que serían esclavos capturados en barcos como la carraca de Cambrils.

El nerviosismo en la coca iba en aumento. Desde las alturas, Aitor contemplaba las idas y venidas de sus compañeros, que se movían impotentes entre la cubierta y las bodegas sin saber qué hacer para ganar velocidad.

—Deberíamos tirar la carga.

—Lo que hay que hacer es cambiar el rumbo e ir directos hacia alta mar

—¿Por qué no buscamos la protección del puerto de Tarragona?

Iñaki intentaba gobernar la nave entre tantas protestas, pero resultaba difícil imponer su criterio entre todos aquellos hombres asustados. Cada vez le resultaba más complicado dar órdenes, pues hablaban todos al mismo tiempo.

Entretanto, la galera berberisca se encontraba cada vez más cerca.

—¡Callad de una maldita vez! —exclamó de pronto el capitán subido a lo alto del castillo de popa—. ¿Habéis olvidado quién manda aquí? ¿No recordáis quién os paga?

Un apagado murmullo de desaprobación recorrió el barco.

—¡Si nos abordan los piratas no nos pagará nadie! —protestó Germán, erigido en improvisado portavoz de los descontentos.

Un estruendo ensordecedor zanjó la disputa. Los piratas acababan de abrir fuego contra la *Risueña*. Algunos tripulantes corrieron a cubierto y otros se quedaron paralizados por el terror en la cubierta. No eran milicianos acostumbrados al combate, sino marineros que nunca antes habían sufrido un encuentro con piratas.

El proyectil cayó lejos. Desde la cofa, Aitor vio como levantaba una columna de agua a medio camino entre la galera y la coca.

Presas del nerviosismo, algunos tripulantes salieron de la bodega acarreando sacos de sal.

—¿Qué hacéis? —protestó Iñaki al ver como los arrojaban por la borda.

—Si tiramos la carga seremos más rápidos —explicó uno de ellos mientras corrían a por más mercancía.

El patrón se llevó las manos a la cara. Estaba perdiendo el control del barco.

—¡Escuchadme todos bien! ¡Escuchadme! —pidió alzando las manos en el centro de la cubierta—. No os precipitéis. Tardaríamos todo un día si quisiéramos tirar por la borda todo lo que llevamos en la bodega. Los piratas están cada vez más cerca y no tardarán en alcanzarnos si no actuamos con rapidez —Hizo una pausa antes de continuar, debía trazar un plan rápidamente si no quería que la situación se le fuera definitivamente de las manos—. Nos hemos equivocado al alejarnos tanto de la costa. Mantendremos rumbo al norte pero giraremos ligeramente el timón hacia babor para ir regresando hacia la costa.

—Pero los piratas se interponen entre nosotros y la costa. Si giramos a babor iremos directamente hacia ellos —protestó Germán.

—No, porque giraremos a babor muy poco. Tú mismo manejarás el timón. Eres el mejor piloto que conozco. Debemos regresar a la costa porque nuestra única opción de sobrevivir es que los piratas encuentren algún otro barco con el que entretenerse y nos dejen en paz. La desgracia de otros será nuestra salvación —apuntó Iñaki.

Un nuevo disparo de cañón obligó a disolver la reunión.

—Deberíamos contar con un cañón para poder repelerlos —se quejó Germán mientras manejaba el timón para fijar el nuevo

rumbo.

Esta vez la columna de agua se alzó a apenas cuatro brazas del casco de la *Risueña*.

—No tenemos cañones, pero tenemos un arco —exclamó Iñaki echando a correr hacia su camarote.

Cuando volvió con el arma y un puñado de flechas, hizo que le trajeran trozos de tela, grasa de ballena y fuego. Los cañonazos les impedían concentrarse, pero aun así, no tardaron en preparar saetas incendiarias.

—Si logramos acertar en sus velas, frenaremos su avance —explicó Iñaki—. ¿Quién sabe disparar un arco?

—Yo —se ofreció Johan, uno de los tripulantes más callados de la *Risueña*. Había llegado al barco apenas unas semanas antes que Aitor, en Bayona, y las malas lenguas decían que había sido bandido, porque nunca explicaba nada de su pasado.

—Vosotros dos, bajad de ahí. Dejad sitio a Johan —ordenó Iñaki mirando a lo alto del palo mayor.

Antes de bajar, Aitor aún tuvo tiempo de ver como la galera volvía a disparar. Un fogonazo acompañó al sonido del disparo. La bala trazó una parábola en el aire y esta vez dio en el blanco. Con un espantoso crujido, se llevó por delante el castillo de popa de la *Risueña*, en el que afortunadamente no había nadie en aquel momento.

En cuanto llegó a la cofa, Johan disparó una primera flecha incendiaria que cayó al mar. La galera estaba aún demasiado lejos.

—¡No desaproveches las flechas, que solo tenemos una docena! —suplicó Iñaki.

Los siguientes cañonazos erraron el tiro, pero cayeron tan cerca de la coca que salpicaron a los tripulantes de la *Risueña*, que se agolpaban en la cubierta con la aterrorizada mirada fija en la galera. Estaba tan cerca que podían oírse el tambor que marcaba el ritmo a los remeros y el chapoteo de los remos al hundirse en el agua. Aitor observaba aterrorizado el movimiento perfectamente coordinado de dos decenas de remos bogando al mismo tiempo, como si el estilizado barco pirata fuera un gigantesco ciempiés que caminara sobre las aguas.

—Nunca debimos girar de nuevo hacia la costa. Les hemos regalado la victoria —protestó un tripulante.

—¿Y si nos rendimos? Quizás así tomen lo que quieran y nos perdonen la vida —propuso otro.

—No seas idiota —le espetó Aitor—. Deberíais haber visto lo que hicieron a los tripulantes de la carraca. Son unos sanguinarios. Se llevaron a todos los que pudieron para venderlos como esclavos y a los demás los mataron a sangre y fuego.

Un nuevo cañonazo impactó en la coca, abriendo un enorme boquete en el casco. Asomándose por la borda, Aitor comprobó que el agujero dejaba al descubierto parte de la bodega, pero estaba sobre la línea de flotación, por lo que no había abierto una vía de agua. De haber impactado un poco más abajo, la *Risueña* estaría hundiéndose irremediablemente.

Apagados aún por la distancia, les llegaron gritos jubilosos desde la galera.

—Los muy cabrones están celebrando su puntería.

—¡Vamos a morir! —gimoteó el joven que había hecho de vigía con Aitor.

Iñaki miró hacia la cofa, preguntándose cuándo dispararía Johan. Sabía que era su única posibilidad de salvarse.

—¿A qué esperas? ¡Vamos, dispara o nos hundirán!

Una tras otra, las saetas envueltas en llamas fueron cayendo al mar, donde se perdían levantando una pequeña columna de humo blanco.

Conscientes de la amenaza del arquero, los piratas comenzaron a dirigir sus cañonazos hacia el palo mayor, sobre el que se alzaba la cofa. El movimiento de los barcos y la escasa precisión del cañón, les impidieron acertar en su objetivo, pero una bala rasgó ligeramente la gran vela cuadrada que empujaba la *Risueña* a toda velocidad. El viento, que la sometía a una enorme tensión, amenazaba con ampliar la brecha, lo que dejaría a la coca sin su única vela.

—¿Cuántas flechas te quedan? —inquirió Iñaki cada vez más nervioso.

Como respuesta, Johan se limitó a mostrar una única saeta. Después la colocó en el arco y tensó la cuerda. Sin embargo, no disparó inmediatamente, sino que esperó a que la galera se acercara más.

La costa aún se encontraba a más de una milla de distancia y el barco pirata se les había acercado tanto que era posible distinguir los rostros de sus tripulantes. Algunos alzaban grandes espadas curvas con gesto amenazante. Las afiladas hojas lanzaban destellos bajo los rayos de sol. Aitor se fijó en su altura en el cielo. Debía de ser mediodía. Habían pasado toda la mañana huyendo de los berberiscos y, ¿para qué? Estaban a punto de caer en sus manos. Pensó en las atrocidades que les esperaban. No conseguía quitarse de la cabeza el recuerdo de los cuerpos mutilados y quemados de la carraca. Su mano derecha agarraba con fuerza la nómina que le había entregado Maritxu.

«Su portador no morirá en el mar.»

Un nuevo cañonazo impactó en el casco, lanzando una lluvia de astillas y sacudiendo con fuerza la coca. Aferrado a la baranda de la cofa, Johan perdió la flecha, que cayó encendida sobre la cubierta, prendiendo unas lonas.

—¡Cuidado! ¡Fuego!

Aitor corrió a por ella y trepó por la escalera de cuerda hasta lo alto del palo mayor para entregársela a Johan. Entretanto, Iñaki y otros tripulantes apagaron el pequeño incendio.

El arquero tensó el arco de nuevo y disparó contra el barco pirata. La flecha encendida dibujó una parábola en el cielo antes de impactar contra una de las dos velas mayores de la galera. El viento se ocupó del resto y, en pocos segundos, la enorme tela triangular estaba envuelta en llamas.

—¡Bravo por Johan! —exclamó Iñaki mientras los gritos de alegría se adueñaban de la *Risueña*.

Desconcertados, los piratas dejaron sus espadas y comenzaron a arriar la vela incendiada para evitar que el fuego se extendiera por el barco. Sin embargo, antes de lograr tirarla al mar, las llamas comenzaron a devorar también la segunda vela. Para sorpresa de Aitor, los remeros seguían bogando sin perder el ritmo, aunque la distancia entre ambos barcos comenzaba a agrandarse.

Con ambas velas inutilizadas flotando en el mar, la galera quedó rápidamente atrás, pero sus cañonazos aún amenazaron durante largo rato a la coca. Por suerte para Iñaki y sus tripulantes, el caos en el que estaba sumida la galera berberisca impulsaba a los piratas a disparar sin grandes cálculos y todos sus proyectiles acababan perdiéndose en el agua.

—¡Les hemos vencido! ¡Aunque tuvieran velas de repuesto, tardarían tanto en recuperarse que nunca lograrían darnos alcance! —anunció Iñaki en cuanto quedaron fuera del radio de acción del cañón.

Un gran clamor se apoderó de la cubierta de la *Risueña*. Aitor sintió que las lágrimas le nublaban la vista. Había pasado un miedo atroz. Por un momento había creído que moriría o, aún peor, que acabaría convertido en un esclavo de los sanguinarios piratas berberiscos. Pero no, estaba vivo y en pocos días arribaría al puerto de Barcelona.

26

SECRETOS DE TABERNA

Otoño de 1449

La taberna daba vueltas a su alrededor. La algarabía que producían decenas de voces hablando al mismo tiempo, el ruido de los vasos al chocar contra las mesas, la falta de ventilación...; todo parecía dispuesto para aumentar su mareo. No recordaba cuántas jarras había bebido de aquel horrible vino avinagrado, pero sabía que habían sido demasiadas. Tenía ganas de vomitar, pero se contuvo. A quienes lo hacían los echaban a la calle, y no de buenas formas precisamente. Había visto a varios acabar así en los días que llevaba visitando aquella tasca.

—Hola guapo. ¿Quieres ver a mis amigas? —ofreció lascivamente una prostituta restregándole sus enormes pechos por la cara.

Aitor se la quitó de encima de un empujón.

—¡Eh, no tan fuerte! —protestó la mujer—. Seguro que eres marica.

Los cuatro tripulantes de la *Risueña* que compartían mesa con él estallaron en una carcajada.

Hacía quince días que habían llegado a Barcelona. Tardaron casi cinco en vaciar las bodegas de la coca. Fue un proceso desesperantemente lento porque el puerto carecía de muelles de atraque y debían cargar la mercancía en pequeñas barcas que la llevaban hasta la playa. Tan pronto como hubieron descargado el

último grano de cereal, llevaron la *Risueña* a las atarazanas, donde arreglarían los estragos causados por los berberiscos. Entretanto, no tenían nada que hacer, de modo que Aitor y el resto de tripulantes pasaban el día en las diferentes tabernas de la zona portuaria.

—Deberíamos rebelarnos. Yo ya no tengo dinero —protestó Santiago.

Iñaki pagaba a toda la tripulación la cama en una inmunda posada del puerto, pero les había anunciado que durante la parada técnica no cobrarían el jornal. Quien quisiera era libre para buscarse faena. En puertos grandes como aquel, no faltaba trabajo como mozo de cuerda o peón de carga.

—No hay derecho —se quejó otro.

Aitor contemplaba la escena sin abrir la boca. Una neblina alcohólica le nublaba la vista y sumía la situación en una atmósfera irreal. Tanto le importaba a él cobrar o no. Lo que no soportaba era la idea de volver a hacerse a la mar. Desde el encuentro con los piratas, no había noche en la que no se despertara envuelto en fríos sudores tras sufrir horribles pesadillas. En ellas, el escenario era siempre la carraca incendiada. Los cuerpos mutilados cobraban vida y caminaban desfigurados hacia él. A veces tenían el rostro de los piratas de la galera, pero peor aún era cuando el aspecto de los muertos era el de las personas que amaba. En estos inquietantes sueños, sus padres, Amaia, Iñigo, Elías y otros vecinos de Oialde aparecían en el barco fantasma, torturados y quemados.

No podía soportarlo. La idea de embarcar de nuevo lo tenía aterrorizado. Temía volver a encontrar a los piratas a la vuelta de

cualquier cabo y acabar como los marineros de la carraca. Había pasado un miedo terrible durante la persecución y la mera idea de que algo así pudiera repetirse lo paralizaba de terror. Añoraba su valle, el sonido del Urbeltza, sus viajes en busca de vino..., pero si algo echaba de menos era la compañía de Amaia. ¿Qué habría sido de ella? Esperaba que no la hubieran involucrado en la muerte de Mikel. Sin sus palizas, seguro que volvía a ser la joven incansable y alegre que siempre había sido.

—Aitor, ¿tú que opinas? —inquirió Santiago.

—A mí me da igual —replicó alzando los hombros.

—Déjalo, ¿no ves que está borracho? Apostaría a que duerme aquí, como ayer.

Los demás rompieron a reír.

—Mirad quién viene —anunció uno de ellos—. El señor explotador.

—Deberíamos aprovechar para pedirle que nos pague —propuso Santiago.

Aitor miró hacia la puerta, situada seis mesas más allá. Una figura en la que se dibujaba vagamente el rostro de Iñaki se dirigía hacia ellos.

—¿Ya estáis otra vez aquí? Y mira que es malo el vino de esta pocilga —se burló de ellos apoyando las manos en la mesa.

—Para pocilga, la posada donde nos has metido —se quejó Santiago.

—No empecemos, que os pasáis todo el día protestando. He venido a anunciaros una buena nueva. La *Risueña* estará lista mañana. Pasaremos la tarde estibando fardos de lana aragonesa y dormiremos fondeados aquí. Al amanecer de pasado mañana, soltamos amarras y nos vamos hacia Pisa. Si Dios quiere, pasaremos una buena temporada por aquellos mares. Dicen que hay negocio y que pagan bien.

Mientras sus compañeros celebraban ruidosamente la noticia, Aitor sintió que le arrancaban el alma a tiras. Había deseado con todas sus fuerzas que la reparación se alargara para siempre, pero el temido momento de zarpar había llegado. En apenas unas horas, debería enfrentarse a sus fantasmas y volver a ver como la costa se hacía cada vez más lejana y el mar se adueñaba de nuevo de su mundo. Su cabeza comenzó a girar tan deprisa que le fue imposible controlar el mareo y acabó vomitando entre sus piernas.

—Chico, deberías beber menos. Desde que hemos llegado a Barcelona pasas el día tan borracho que parece que te bañes en vino —exclamó Iñaki.

Los demás rieron la ocurrencia.

—¡Dejadme en paz! —protestó Aitor, que cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos la cabeza.

—Es casi medianoche —anunció Iñaki—. Mañana os espera un día duro. Yo de vosotros me iría a dormir.

Se despertó sudando. La horrible visión de los cuerpos despedazados y el penetrante olor a carne quemada habían vuelto a

turbar sus sueños. Tenía un dolor de cabeza insoportable y sentía los latidos de su corazón en forma de pinchazos en las sienes. La boca le sabía a rayos. No recordaba haberse sentido nunca tan mal.

—No creo que sea necesario matarlo.

—Si te digo que hay que matarlo es porque no hay otra forma de hacerlo.

Las voces no venían de muy lejos. Le costó unos segundos situarse, pero acabó comprendiendo que seguía en la taberna, apoyado en la mesa. A saber cuántas horas llevaría allí dormido. Sus compañeros debían de haberse ido y ahora eran otros los que ocupaban su lugar. Asustado por el contenido de la conversación, intentó no moverse y fingir que seguía durmiendo.

—¿Y no bastará con atarlo y dejarlo allí mientras huimos?

—¡Eres idiota! Ya te he explicado que contamos con la ayuda de alguien de su confianza. Sin su colaboración no podríamos entrar en la casa ni abrir la caja fuerte. Si no lo matamos, nuestro cómplice será descubierto. Si algo ha dejado claro es que lo quiere muerto si queremos contar con él.

El otro resopló poco convencido.

—De acuerdo. Explícanos cómo pretendes hacerlo.

—Solo si estáis los dos dispuestos a venir conmigo.

—Venga, ya te he dicho que sí.

—¿Y tú?

—Solo si nos repartimos el botín a partes iguales —replicó a desgana una tercera voz, áspera y ajada por muchas noches de

taberna.

—Ya empezamos —protestó el cabecilla—. Una parte para mí y otra para vosotros dos. Sin mí nunca podríais hacerlo.

—¡Y una mierda! —exclamó el de la voz ronca—. Si quieres que yo participe, tres partes iguales. Tú eres un cobarde y siempre nos toca a nosotros el trabajo sucio.

—Tiene razón. Tú siempre te libras de lo peor —se quejó el otro.

Un fuerte manotazo contra la mesa hizo rebotar la cabeza de Aitor.

—¡Maldita sea! Está bien. Lo haremos a tres partes iguales. Lo que sea por no oír vuestros lloriqueos. En cuanto anochezca os quiero en el lugar de siempre. La casa de Pere Rispau no está lejos de allí. Mi cómplice nos abrirá la puerta del patio trasero cuando el mercader se retire a dormir.

—¿Cómo sabes que tendrá el oro en la casa?

—No os preocupéis por eso. Rispau cobrará esta tarde una importante suma y guardará el dinero en la caja fuerte de su dormitorio.

—¿Y nuestro contacto dentro de la casa qué pide por ayudarnos?

—La mitad del oro que haya en la caja y la muerte de Rispau.

—¿La mitad? —exclamó el de la voz ronca—. ¿Y qué nos quedará a nosotros, la otra mitad entre tres? ¡Vaya miseria!

El cabecilla se rió.

—No os preocupéis. Esa mitad entre tres será el mayor botín que hayáis visto jamás —sentenció pomposamente mientras se ponía en

pie.

Aitor esperó sin moverse hasta estar bien seguro de que aquellos tres abandonaban la taberna. Cuando levantó por fin la cabeza, le dolía el cuello, seguramente por la mala postura, y se sentía tan mareado que no sabía si sería capaz de llegar caminando a la posada. Maldijo para sus adentros y se prometió que no volvería a beber. De nada servía ahogar sus miedos en el vino. Tras la borrachera seguían allí, acrecentados además por un horrible dolor de cabeza y un mareo insoportable.

No sabía qué debía hacer. ¿Quién sería el tal Pere Rispau al que se proponían asesinar? ¿Cómo era posible que lo mataran solo para robarle un puñado de oro? Sintió un escalofrío al pensar en los actos terribles que el dinero impulsaba a hacer a desalmados como aquellos.

Caminó a duras penas, apoyándose en las mesas, hacia la salida. Aún quedaban clientes en la taberna, pero en su mayoría estaban tan borrachos que dormitaban o metían mano en las nalgas de alguna prostituta. Sintió vergüenza de encontrarse en aquel lugar. Tenía un vago recuerdo en el que Iñaki le regañaba por beber tanto. Le había defraudado. Se dijo que debería explicarle su miedo a volver a hacerse a la mar. Tal vez él pudiera ayudarle. Seguro que no era el primer marinero que temía volver a navegar después de haber contemplado de cerca la horrible muerte que esperaba a las víctimas de los piratas.

Al llegar junto a la puerta de salida, se detuvo y buscó con la mirada al tabernero. Este, con un gesto de desdén, le dijo que su

cuenta estaba pagada. Su capitán había pagado por él.

—¿Quién es Pere Rispau? —le preguntó Aitor.

—¿Rispau? —el otro dudó unos instantes mientras secaba unos vasos con un delantal sucio—. Todo el mundo lo conoce. Es uno de los mercaderes más ricos de la ciudad. Vive aquí cerca, en el único palacete que hay detrás de la iglesia de Santa María del Mar. ¿Qué quieres de él?

El joven dudó unos instantes. No sabía si confiar en aquel hombre. Por un lado, sentía que si descargaba sobre él el peso del secreto podría quedarse tranquilo; por otro lado, quizás no le creyera y se burlara de él. Al fin y al cabo, acababa de estar durmiendo la borrachera en una de sus mesas. No parecía muy probable que le diera ningún tipo de credibilidad.

—Nada. Simple curiosidad —dijo finalmente.

El aire frío de la calle resultó especialmente vivificante tras tantas horas en aquel tugurio. Aitor fijó su mirada en el mar. A lo lejos, el horizonte comenzaba a iluminarse, tiñéndose de un apagado color azulado. La playa comenzaba a tomar vida con una legión de porteadores cargando los primeros fardos del día. Al verlos, lo recordó. Iñaki les había anunciado que la *Risueña* estaba lista para zarpar. Si no recordaba mal, lo haría al día siguiente; y él estaría a bordo. El miedo comenzó a ganar la partida a la resaca y, por un momento, olvidó el dolor de cabeza.

Sin pensarlo dos veces, echó a andar hacia la iglesia. Se trataba de un inmenso edificio que dominaba toda la zona portuaria. Sus

enormes contrafuertes se alzaban hacia el cielo de Barcelona como un gigantesco barco varado. Poco a poco, quedaron atrás las sencillas casas del barrio de la Ribera, en las que vivían los trabajadores del puerto, muchas de ellas tan humildes que no eran más que míseras barracas de madera encajonadas entre las murallas y la ensenada que se abría ante la isla arenosa de Maians. Sus vecinos hacía un buen rato que se habían despertado para empezar una jornada de trabajo que arrancaba antes de que el sol apareciera sobre el horizonte, de modo que las estrechas y sucias callejas estaban animadas. Cada pocos pasos, se veía obligado a esquivar los bancos de los artesanos que trabajaban en plena calle, así como los mostradores de los tenderos, que ocupaban gran parte del espacio de paso.

El cielo comenzaba a adoptar los tonos rojizos que preceden a la salida del sol cuando Aitor llegó junto a la iglesia. Una multitud abandonaba el templo tras cumplir con las oraciones de la mañana. Entre los fieles había una gran mayoría de *bastaixos*, los humildes porteadores del puerto, con sus ropas andrajosas. Compartían la misa con personajes que, por sus caros ropajes, quedaba claro que pertenecían a otro nivel social.

Pensó en preguntar por la casa del mercader Pere Rispau, pero decidió que no sería difícil dar con el único palacete de aquella zona. Y así fue. En cuanto comenzó a rodear la iglesia, descubrió un caserón que sobresalía sobre los edificios aledaños. Aunque todas las casas del barrio eran de piedra, aquella era de mayor tamaño y sus formas delataban su pertenencia a una rica familia.

Aitor tragó saliva. Se encontraba ante la casa donde, si aquellos bandidos seguían adelante con su macabro plan, ocurriría un terrible crimen esa misma noche. Aunque no conocía a aquel mercader, no podía quedarse de brazos cruzados. Se sentiría cómplice de los verdugos si no hiciera nada por evitarlo.

Llamó a la puerta.

Un mayordomo, tan calvo como un huevo de gallina, abrió tras unos segundos que parecieron horas.

—El señor Rispau dona dinero a la iglesia para atender a los pobres. Dirígete allí —anunció con gesto altivo volviendo a cerrar la puerta.

—¡Esperad! ¡Esperad, señor! —exclamó Aitor.

El hombre de la lustrosa calva volvió a asomar por el quicio de la puerta y observó a Aitor con una mezcla de interés y desdén.

—Debo ver al señor Pere Rispau cuanto antes.

El otro soltó una risita.

—El señor Rispau no recibe a vagabundos —sentenció volviendo a cerrar la puerta con un sonoro portazo.

Aitor se observó. Sus ropas estaban sucias, manchadas de vino y de otros líquidos más repugnantes. Y eso por no hablar de su cara y de su pelo. Seguro que debía de estar espantoso tras pasar la noche durmiendo borracho sobre la mesa de una bodega. Se maldijo para sus adentros. ¿Cómo se le había ocurrido presentarse en la casa de un rico mercader con aquel aspecto? Era evidente que nadie le creería si no parecía más que un pobre borracho. Pero ya era tarde,

de nada serviría ir a cambiarse de ropa para volver a encontrar al mismo mayordomo.

Decidió insistir.

No tuvo tiempo de llamar a la puerta. En cuanto se acercó a ella, el calvo la abrió para asomarse con cara de pocos amigos.

—No te lo diré más veces, muchacho —dijo sin alzar la voz—. Haré que te echen a patadas y te arrepientas de haber venido si sigues aquí cuando acabe de contar hasta tres.

Aitor sabía que era su última oportunidad.

—Por favor, señor. Necesito hablar con el señor Rispau de un asunto muy importante para sus negocios. Unos mercaderes sin escrúpulos le roban desde hace tiempo sin que él lo sepa. La información que traigo le permitirá desenmascararlos —mintió Aitor en un intentó por no desvelar el verdadero motivo de su visita. Los bandidos contaban con un cómplice dentro de la casa. Podía tratarse de cualquiera; y el mayordomo, que contaría con las llaves de toda la casa, no era precisamente el menos probable.

Su interlocutor frunció el ceño, estudiando al desconocido y analizando sus palabras. Aitor pensó por un momento que lo había conseguido, pero el hombre no estaba dispuesto a ceder tan fácil.

—Está bien —aceptó—. Si tan importante es lo que tienes que decirle, puedes contármelo a mí y yo mismo se lo explicaré. ¡Vamos, ya puedes comenzar!

Aitor negó con la cabeza.

—Solo se lo explicaré a él en persona. A nadie más —anunció sorprendido por el tono solemne que había conseguido imprimir a sus palabras.

La calva del mayordomo brilló al reflejar los primeros rayos de sol. Sopesó unos segundos la situación antes de perderse en el interior de la casa.

—Espera aquí —advirtió cerrando la puerta malhumorado.

Los minutos que siguieron se hicieron eternos. Cuatro vecinas que hilaban sentadas en el banco de piedra que había junto al portal de la casa de enfrente cuchicheaban sin dejar de lanzarle miradas despectivas. Aitor no supo calcular cuánto tiempo había pasado, pero comenzaba a temer que la puerta no volvería a abrirse cuando el mayordomo volvió a asomar por ella. Junto a él apareció el hombre más gordo que había visto en su vida. Quizás para contrarrestarlo con un atributo aún más llamativo, lucía un bigote tan descomunal que resultaba grotesco.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? Espero que no me hayas hecho venir para nada, tengo mucho trabajo —tronó la voz del hombretón.

—Señor, debería hablar con vos a solas —pidió Aitor lanzando una mirada al mayordomo.

—Simón trabaja para mí. No hay problema en que oiga lo que quieres decirme —espetó el mercader.

Aitor se retorció incómodo las manos.

—Insisto. Solo os lo puedo explicar a solas.

Pere Rispau suspiró disgustado. Era evidente que no le gustaba perder el tiempo y aquella situación lo estaba importunando.

—Está bien. Pasa a mi despacho. Hablaremos allí. Espero que seas muy breve porque hoy tengo un día muy complicado —advirtió invitando a Aitor a entrar con un gesto de la mano—. ¡Por Dios, muchacho, que mal hueles! ¡Simón, dale ropa para que se cambie y tráemelo después a mi despacho!

El mercader caminaba arriba y abajo por la enorme estancia, maldiciendo por lo bajo y deteniéndose a observar a Aitor cada pocos segundos. El joven permanecía sentado en una cómoda butaca junto a una mesa repleta de mapas y cartas náuticas. Estaba impresionado por las dimensiones de aquella casa. Solo el despacho donde se encontraba era mayor que todo el caserío de su familia en el valle de Oialde. Por no hablar de los libros, que ocupaban todas las estanterías que se alineaban en la pared principal. Era la mayor biblioteca que hubiera visto jamás.

—¿Estás seguro de que era eso lo que decían? —Era la tercera vez que preguntaba lo mismo. No quería dar crédito a aquella historia, pero había elementos del relato que le invitaban a hacerlo.

—Así es.

Pere Rispau suspiró. Cada vez que lo hacía, su enorme cuerpo emitía un bufido casi animal, como si una ballena respirara tras largos minutos bajo el mar.

—Mira chico, por un lado no quiero creerme algo tan terrible. Sin embargo, no puedo entender cómo has podido saber que guardo el

dinero en mi dormitorio, o que esta tarde cobraré una suma importante.

Aitor se encogió de hombros.

—Es lo que decían aquellos hombres.

—¿Cómo eran? —inquirió el mercader.

—Ya os he dicho que me hacía el dormido. No pude verles la cara. Solo sé que eran tres y que decían que contaban con un cómplice en la casa.

—¡Eso es imposible! —protestó el hombretón—. En esta casa todos llevan trabajando para mí demasiados años como para tramar algo tan terrible —Se detuvo unos instantes, pensativo, antes de continuar—. No, no puede ser. Imposible.

Las idas y venidas del mercader se prolongaron hasta bien entrada la mañana. Pensativo y preocupado, volvía a preguntar a Aitor por todos los detalles de la conversación de los bandidos una vez tras otra.

—Ya sé lo que haremos —anunció finalmente—. Te quedarás aquí hasta la noche, cuando comprobaremos la veracidad de tu historia. Si desgraciadamente es cierta, estaré en deuda contigo.

Aitor dudó unos instantes.

—Señor, no puedo quedarme. Debo ir a cargar mi barco. El patrón me espera. —Mientras lo decía, Aitor pensó en Iñaki. Se pondría hecho una furia si no apareciera a estibar el barco junto al resto de la tripulación. Con los antecedentes de los últimos días, pensaría que andaba aún borracho por las sucias tabernas del

puerto. Como cada vez que lo recordaba, sintió una terrible punzada de vergüenza y deseó que todo hubiera sido un mal sueño.

Pere Rispau resopló intentando contener su indignación. No estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Enviaremos a alguien para explicarle la situación a tu capitán, no te preocupes. Me gustaría informar de esta historia a los guardias y eso nos llevará un buen rato. Solo tú oíste a aquellos hombres, de modo que te voy a necesitar —apuntó el mercader.

El joven se lo pensó un instante antes de responder.

—Está bien. Me quedaré.

Hacía ya varias horas que el sol se había escondido tras la montaña de Montjuic y aún no había movimientos extraños. Escondidos en la oscuridad de una bodega asomada al patio trasero de la casa del mercader, seis guardias de la ciudad vigilaban la noche junto con Aitor. Una portezuela, que según Pere Rispau solo se abría para introducir víveres en la casa, comunicaba el pequeño patio con el exterior del caserón. Todas las miradas permanecían fijas en ella.

No era la única puerta que se abría al patio, sino que había otras dos más en la planta baja y una tercera en el piso superior. De las dos de abajo, una guardaba el acceso a la bodega donde se ocultaban y la otra daba paso a la cocina, de donde llegaba el trajín propio de la hora de la cena y olores deliciosos. La puerta del piso de arriba, al que se llegaba por una sencilla escalera de piedra, llevaba directamente al dormitorio del mercader. Se trataba de una salida secundaria que Rispau había hecho abrir tras un incendio que

había destruido la casa hasta sus cimientos hacía una docena de años. El suceso había estado a punto de costarle la vida tras quedar atrapado por las llamas en su habitación.

—Como no se den prisa en cenar, voy a tener que abandonar esta misión —protestó uno de los guardias.

—¿Estás seguro de que era hoy cuándo pensaban atacar? —preguntó otro a Aitor.

—Eso dijeron, que atacarían en cuanto el señor Rispau se retirara a dormir —replicó el joven, que comenzaba a temer que no fuera más que una broma de su imaginación.

Había pasado el día descansando en la casa del mercader. Le ofrecieron un jergón de lana y los mejores manjares que había probado en muchos meses. Y eso que, según le explicaron las cocineras, se trataba de la comida del servicio: caldo de anguila y arroz con perdiz. La dieta del rico mercader incluía cinco platos principales y los mejores vinos del Mediterráneo.

Para no levantar sospechas entre sus empleados y que, en caso de existir, la trama siguiera adelante, Pere Rispau continuó con su agenda normal. Tal como tenía previsto, acudió a la Lonja del Mar a cobrar el montante de la venta de las especias que uno de sus barcos había acarreado desde Alejandría días atrás. De regreso a casa, se reunió con el capitán de otra de sus naves para preparar un importante envío de paños catalanes.

En aquel momento, y como cada día, cenaba con su secretario en el lujoso comedor situado junto a la cocina, analizando la situación del comercio y buscando maneras de incrementar sus

redes comerciales. Aunque Aitor temía que la cena se dilatara, el mercader estaba ansioso por saber quién era el traidor y fingió encontrarse mal para retirarse rápidamente a sus aposentos. Como cada noche, su mujer le esperaba allí.

Los estridentes crujidos que lanzaban los peldaños de madera de la escalera principal al soportar el descomunal peso del mercader fueron la señal que lo desencadenó todo. Sin esperar a que Pere Rispau alcanzara el piso superior, una puerta se abrió en el patio trasero. Con pasos ágiles como los de un gato, una figura con el rostro oculto por una capucha descendió por la escalera que bajaba del piso superior y corrió hacia la portezuela que daba a la calle.

—Esperad, aún no —susurró el jefe de los guardias.

El ruido de la llave al abrir el cerrojo resonó en el silencio de la noche. A continuación, con un leve crujido, la puerta se abrió de par en par. Tres oscuras siluetas entraron apresuradamente al patio y siguieron a su cómplice, que los guió hacia la escalera por la que acababa de bajar. El destello metálico de un cuchillo rompió la oscuridad. Las pisadas de Pere Rispau, que caminaba por el piso superior en dirección al dormitorio, hacían crujir las vigas sobre la bodega.

—¡Alto!, ¡deténganse! —ordenó el jefe de los guardias lanzándose a la carrera hacia los malhechores.

Aitor apenas tuvo tiempo de pestañear. En pocos segundos y en medio de un desordenado griterío, los guardias detuvieron a los bandidos, sorprendidos al no esperar encontrar más oposición que la del orondo mercader.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió furioso Pere Rispau asomándose por la puerta de arriba.

—Señor Rispau, hemos detenido a los bandidos —anunció orgulloso el jefe de los guardias—. Todo ha ocurrido tal como había explicado el forastero.

Con paso cansado, el mercader descendió por las escaleras, demasiado estrechas para una persona de su envergadura.

—Chico, ¿dónde estás? —llamó al llegar abajo.

Aitor salió de la bodega.

—Aquí, señor.

Pere Rispau apoyó su enorme mano en su hombro.

—Me has salvado la vida. Estoy en deuda contigo ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Oro?, ¿sedas? Dime qué quieres y será tuyo.

Aitor tragó saliva.

—Solo quiero un trabajo. Contratadme, señor. No quiero volver a la mar.

El mercader se rió.

—¿Te ofrezco oro y me pides trabajo? —inquirió incrédulo—. Debes de estar loco, chico, pero si es eso lo que quieres así será. Y ahora —dijo volviéndose hacia los detenidos, que permanecían en pie con las manos atadas a la espalda—, veamos quién es el traidor. Veamos quién quería verme muerto.

Los guardias retiraron la capucha al único de los cuatro que la portaba. Una larga melena rubia con divertidos tirabuzones quedó al

descubierto.

—¡Montserrat! —exclamó sorprendido el mercader al reconocer a su propia esposa—. ¡No, no puede ser! ¡Tú no, no es verdad! —sollozó dejándose caer de rodillas y cubriéndose la cara con ambas manos.

27

CITA EN LAS ATARAZANAS

Primavera de 1451

Apenas había terminado de vestirse cuando el secretario de Rispau irrumpió furioso en su habitación. Llevaba una cartera de cuero de la que sobresalían varios papeles desordenados y unas profundas ojeras que delataban que había pasado una mala noche. A pesar de que no llegaba a los veinticinco años, su espalda estaba encorvada como si de un anciano se tratara. El escaso cabello que le quedaba lo llevaba peinado de forma ridícula en una larga y lacia melena rubia que le caía por el lado derecho de la cara.

—¡Date prisa! Deberías estar ya preparado —exclamó con expresión avinagrada.

Aitor miró por la ventana mientras se abotonaba la camisa. Aún no había salido el sol. Habían acordado encontrarse en el despacho de Rispau a primera hora de la mañana, no entendía a qué venía tanta prisa. Seguramente, Joan no había conseguido pegar ojo y necesitaba cargar las culpas a alguien; algo que, por otra parte, resultaba demasiado habitual.

Hacía más de un año que Aitor trabajaba para Pere Rispau. El mercader contaba con una flota de ocho barcos que cada día lo hacían más rico. En ese tiempo había aprendido a gestionar sus negocios, que consistían básicamente en importar especias y exportar paños catalanes. Pero aquel no iba a ser un día más. Como ayudante de Joan, debía acompañarlo en una importante

negociación. Se trataba de lograr un jugoso contrato con las Reales Atarazanas para proveerlas de la madera necesaria para fabricar doce galeras al mismo tiempo. Nunca en la historia de aquellos enormes astilleros habían afrontado un encargo tan ambicioso, pero el belicoso empeño conquistador del rey Alfonso, *el Magnánimo*, no parecía conocer límites.

—¿Estáis listos? —inquirió el mercader cuando entraron en su despacho—. No será fácil, ese zorro de Enric Torralba peleará duro por llevarse el gato al agua. Tened los oídos bien abiertos y, cada vez que él ofrezca algo, vosotros mejorad la oferta. Nuestra flota es más rápida y está mejor preparada, no tendría sentido que nos robara el contrato.

Aunque lo veía cada día, Aitor tuvo la sensación de que el orondo mercader había engordado aún más. En el último año, había ganado tanto peso que cada vez que intentaba dar más de dos pasos seguidos respiraba tan ruidosamente que parecía que se estuviera ahogando. La traición de su esposa lo había convertido en un ser tan taciturno que rara vez abandonaba su despacho. Comía y cenaba entre sus libros de contabilidad, sin acercarse siquiera por el comedor. Pocas veces bajaba a la planta baja del palacete y no había vuelto a salir a la calle desde que Aitor trabajaba para él. Cada vez que había que cerrar alguna venta o negociar algún contrato era Joan, su secretario y sobrino, quien representaba a Rispau, que no quería ni oír hablar de acercarse por la lonja.

Con la traición de Montserrat se habían esfumado sus últimos sueños de formar parte de la nobleza urbana. La boda, que se había

celebrado con gran boato, había unido al mercader con los Grifols, una familia de alta alcurnia venida a menos por sus grandes deudas. Los nobles habían visto en Rispau la salvación a sus problemas económicos y la unión había sido para él una puerta abierta al reducido círculo de la aristocracia de la ciudad. Sin embargo, Montserrat siempre le había despreciado, convencida de que ella era merecedora de un marido de sangre azul. Según supieron al interrogarla, había conspirado desde el primer día para asesinarlo y heredar su fortuna. Quizás era ese el motivo por el que no había dado al mercader un heredero en los casi tres años que había durado el matrimonio.

Pere Rispau volvía a ser ahora un poderoso comerciante, quizás el más rico de la ciudad, pero nada más. Atrás quedaban los bailes en el salón del Tinell y otras fiestas a las que solo los nobles podían acudir.

—¿Y si no podemos ofrecer más? —La voz de Joan sonó acobardada.

—¡Siempre podemos dar mejores condiciones que Torralba! Tenemos más barcos y mejores. ¿Cómo demonios no íbamos a ser capaces de mejorar lo que ofrezca?

Aitor lamentó que no fuera el propio Pere Rispau quien acudiera a las atarazanas. Nadie como él para defender las virtudes de su flota, formada por dos carracas y seis cocas.

—No lleguéis tarde. Vamos, ¿a qué esperáis? —los apremió señalando la puerta del despacho con un bastón—. Y no se os ocurra volver sin el contrato.

El rítmico sonido de cientos de martillos los recibió en las Reales Atarazanas. Se trataba del edificio más grande en el que hubieran estado jamás. Lo formaban ocho largas naves coronadas por un sinfín de arcos de medio punto sostenidos por un auténtico bosque de columnas. Aitor se sintió apabullado al caminar entre ellas y, por un momento, sintió que se adentraba en un inmenso hayedo donde los pilares fueran los troncos de los árboles. En lugar de alzarse hacia el cielo, sostenían una enorme cubierta de madera. La luz del exterior se filtraba por los laterales, donde los muros dejaban grandes aberturas para iluminar el gigantesco astillero.

Varios barcos se encontraban a medio construir, mostrando sus entresijos a través del casco aún sin completar. Un enjambre de trabajadores se afanaba en ensamblar piezas de madera, lijar imperfecciones y untar con brea las uniones. Parecía imposible que un trabajo tan lento y minucioso pudiera algún día convertirse en una nave lista para surcar los mares.

—Os esperan. Seguidme —les indicó un empleado al saber que venían de parte de Pere Rispau.

De camino a la sala de reuniones, les sorprendió la cuidadosa maniobra con la que una docena de esclavos botaban una coca al mar. Aitor recordó la *Risueña* y, por un momento, sintió añoranza de las muchas horas pasadas a bordo. Iñaki había simulado disgusto cuando le anunció que se quedaría en Barcelona, pero sabía que en el fondo se alegraba por él. Aún soñaba a veces con los cadáveres destrozados del barco fantasma, pero las pesadillas habían ido

haciéndose cada vez menos frecuentes, hasta desaparecer casi por completo de su vida.

Al llegar al fondo del pasillo que recorría transversalmente las naves, un arco daba paso a una escalera de piedra adosada a la pared.

—Es aquí —anunció el que los guiaba mientras subía por ella para abrir la puerta que había en el extremo superior.

No era una sala grande, pero en las recias paredes de piedra se abrían grandes ventanas ojivales con vidrieras. La luz llegaba tamizada al interior, teñida de vivos colores que iluminaban la estancia con tonos irreales. Una larga mesa de madera ocupaba prácticamente todo el espacio. Sentados a uno de sus lados, había dos desconocidos. Uno de ellos vestía una larga capa de terciopelo ribeteada con flecos de oro. El lado opuesto de la mesa lo ocupaban Enric Torralba y su hijo, un joven pelirrojo, y dos sillas vacías.

Al verlos entrar, el mercader apenas pudo disimular una sonrisa de satisfacción. Desde que Rispau no se encargaba personalmente de negociar los contratos le resultaba más fácil hacerse con ellos.

—Tomad asiento —les ofreció el de la capa. Resultó ser un representante del rey, al que acompañaba el director del gigantesco astillero.

—¿Cómo se encuentra nuestro querido Pere? —inquirió Enric Torralba. Aitor creyó adivinar un tono burlesco en su voz.

—Bien. Os envía recuerdos y lamenta no poder acudir en persona a la reunión —apuntó Joan.

—No perderé el tiempo con rodeos. Su alteza, el rey Alfonso, necesita afianzar la paz en los territorios conquistados —Al explicarlo, el enviado real señaló apresuradamente en un mapa los dominios de la corona, que abarcaban una parte importante del Mediterráneo Occidental, incluidos Nápoles y Sicilia—. A su palacio napolitano le llegan cada día noticias alarmantes que anuncian que sus enemigos se preparan para alzarse contra él. Precisa ampliar su flota, y necesita que se haga en el menor tiempo posible.

Enric Torralba carraspeó.

—¿Cuánto tiempo es eso? —inquirió.

El representante del rey le lanzó un gesto de desaprobación. Su mirada indolente parecía decir que los ritmos allí los marcaba él. No había lugar a preguntas.

Aitor se rió para sus adentros. Torralba acababa de perder el primer asalto.

—Las Reales Atarazanas de nuestra ciudad van a encargarse de la construcción simultánea de doce galeras —explicó el director tras una señal—. Nunca en la historia de nuestras instalaciones hemos asumido un encargo de tal envergadura y que precisemos hacer con tanta celeridad. Los carpinteros reales trabajan estos días sin descanso en la selección y tala de árboles en los Pirineos. Vamos a necesitar mucha madera y los primeros troncos bajan en estos momentos por el Ebro; los navateros han logrado salvar ya los peligros del Cinca. Aquí es donde entráis en juego vosotros —Antes de continuar, recorrió con la mirada a todos los presentes como si quisiera asegurarse de que le escuchaban—. Necesitamos

transportar la madera desde Tortosa hasta Barcelona y, para ganar tiempo, lo haremos a bordo de barcos mercantes. Como os decía es mucha madera y debe traerse a las atarazanas tan pronto como vaya llegando por el río.

Torralba resopló.

—¿Y si esperamos a que lleguen todos los troncos antes de comenzar a transportarlos? —preguntó, consciente de la dificultad de adaptarse a los caprichosos ritmos del río.

El director negó con la cabeza.

—Imposible. Ahí está la complejidad del encargo. Quien se haga cargo del transporte, deberá fletar el primer barco desde Tortosa cuanto antes. Los primeros troncos han empezado ya a llegar por el río. A partir de ese momento deberá hacer los viajes necesarios para asegurarse de que las atarazanas no se quedan sin suministro de madera en ningún momento.

—¿Y si no baja la suficiente madera como para llenar un barco? —inquirió Joan.

—En ese caso, la poca que llegue deberá estar en las atarazanas cuanto antes. En cualquier caso, el trabajo no debería dilatarse más de seis o siete meses. Antes de que llegue el invierno, los leñadores habrán acabado su trabajo y toda la madera habrá llegado a Tortosa.

Torralba suspiró rascándose la cabeza.

—Es complicado. Van a hacer falta varias naves —masculló entre dientes.

—Claro que es complicado. Por eso os hemos convocado solo a vosotros. Ningún otro mercader podría asumir una empresa de semejantes características. Ahora, para decidir quién de vosotros se ocupará del transporte, necesitamos que nos digáis cuántos barcos dedicaríais para este encargo —El director hizo una pausa—. Y el precio, por supuesto.

Enric Torralba señaló con la barbilla a Joan para que fuera él quien comenzara.

«Buena estrategia —pensó Aitor—. Así él solo tendrá que mejorar la oferta.»

Joan mantuvo la mirada fija en la mesa mientras calculaba y miró a Aitor antes de contestar. Por un momento parecía que quisiera consultarlo con él, pero finalmente respondió sin hacerlo.

—Dedicaremos tres cocas a este trabajo —anunció.

Torralba tampoco consultó con su ayudante.

—Una carraca y dos cocas —sentenció.

El de la capa hizo un altivo gesto afirmativo con la cabeza. Parecía satisfecho. Las cocas eran más rápidas, pero el gran tamaño de la carraca permitiría cargar mucha más madera en su bodega.

—¿Y el precio? —inquirió.

Esta vez Torralba se adelantó.

—Cuatro mil libras. Es imposible hacerlo por menos.

Aitor hizo un rápido cálculo mental. Acostumbrado a los maravedís, al principio le había costado familiarizarse con la moneda

que se usaba en Barcelona. Parecía mucho dinero, pero la oferta era difícilmente mejorable.

Joan se giró hacia él y se encogió de hombros.

—No creo que se pueda hacer por menos —le susurró—. Son tres barcos de los que no podremos disponer en varios meses. Piensa en todos los viajes que podríamos fletar en ese tiempo.

El representante real les dedicó una mirada impaciente.

—Nosotros solo podemos igualar la oferta —comenzó a explicar Joan sin alzar la mirada de la mesa.

—¡No! —le interrumpió Aitor—. Por supuesto que mejoramos la oferta. Lo haremos por tres mil libras, mil menos que el señor Torralba. Y también utilizaremos una carraca y dos cocas. La carraca para el primer viaje, de modo que podamos traer la mayor cantidad de madera posible. A partir de entonces, continuaremos con dos cocas —Se detuvo para tomar aire y continuó en tono solemne—. Y pueden estar seguros de que en ningún momento faltará madera en las atarazanas.

Joan le miraba con la boca abierta; no podía creer el disparate que acababa de escuchar.

—¡Eso es imposible! —bramó Torralba dando un puñetazo en la mesa—. Perderíais dinero con esos precios.

El director cruzó unas palabras con el enviado real y alzó los brazos pidiendo calma.

—¿Os reafirmáis en los precios que acabáis de anunciar?

—Sí, señor —replicó Aitor.

—¿Habla Pere Rispau por vuestra boca?

—Un momento —interrumpió Joan—. ¿Podemos hablar a solas unos segundos?

Con un gesto despectivo, el hombre de la capa señaló la puerta.

—Salid. Tenéis un minuto.

Una vez en el exterior, el secretario se abalanzó sobre Aitor, empujándolo contra la pared.

—¿Te has vuelto loco? Mi tío nos sacará la piel a tiras. ¡Esto será su ruina!

—No. Es un buen negocio. Torralba y tú estáis calculando que los barcos deben dedicarse exclusivamente a transportar madera. Pero no contáis con que la mayoría de los viajes se harán a media carga. En ningún momento nos han prohibido cargar además otras mercancías. Tortosa es un buen puerto, se me ocurren varias: lana, trigo, vino... Y lo mismo para el viaje de ida, cuando podremos aprovechar toda la bodega. Es un negocio redondo.

Joan lo soltó.

—¿Y la carraca? Las dos que tenemos están navegando. ¿Cómo piensas disponer de una?

—Una de ellas vuelve en estos momentos de Argel. Ayer el capitán de una galera que llegó de Mallorca anunció a Rispau que la carraca se encontraba a solo dos días de Barcelona. Si no arriba a puerto hoy, lo hará mañana.

Joan asintió convencido y abrió la puerta para regresar a la reunión.

—¿Y bien? —preguntó con una mueca burlona el enviado real en cuanto tomaron asiento.

—Mantenemos la oferta. El señor Rispau habla por nuestra boca —anunció Joan.

Enric Torralba estalló en una carcajada nerviosa.

—¡A este paso arruinaréis al pobre Pere! —exclamó. Sus fríos ojos azules brillaban de rabia.

—Estáis lo... lo... lo... locos —tartamudeó su hijo, que abría la boca por primera vez.

El enviado real alzó la mano pidiendo orden.

—No se hable más. El contrato de abastecimiento de madera será para Pere Rispau. Retiraos.

—¡No puedo creer que lo hayáis conseguido! Ese bribón de Torralba estará furioso —celebró Pere Rispau al verlos regresar con el contrato—. Contadme, ¿cómo lo habéis logrado?

El mercader estaba sentado tras la mesa de su despacho. Ante él, se desparramaban en un desorden absoluto mapas, libros y montones de documentos manuscritos. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y la única luz que iluminaba la enorme estancia era la que brindaban dos sencillas lámparas de aceite. Aitor recordó apesadumbrado el primer día en que había entrado en aquel lugar, luminoso y minuciosamente ordenado. Ahora, las contraventanas rara vez se abrían y el orden brillaba por su ausencia.

—Torralba ofreció hacerse cargo del transporte por cuatro mil libras —explicó Joan tras detallar los pormenores del contrato.

—No es una mala suma. Difícil de mejorar, desde luego —comentó un pensativo Pere Rispau—. ¿Cuánto ofrecisteis vosotros?

Joan dedicó una furtiva mirada a Aitor antes de responder.

—Les dije que lo haríamos por tres mil —anunció su sobrino.

—¡Tres mil! ¿Te has vuelto loco? —protestó Rispau con el rostro enrojecido por la ira.

—En absoluto. Simplemente fui capaz de ver un detalle en el que ninguno de los presentes había reparado —Se detuvo un momento y miró a Aitor con una sonrisa burlona—. Como portaremos la madera tan pronto como vaya llegando por el río, casi siempre viajaremos con las bodegas a media carga. Nadie dice que no podamos aprovechar el resto del espacio para transportar lo que nos plazca.

Pere Rispau permaneció unos segundos en silencio observando con interés a su sobrino. Parecía que lo viera por primera vez, como si nunca antes hubiera cruzado una palabra con él.

—Me acabas de dejar sin palabras —señaló finalmente.

—Oh, no es para tanto —protestó Joan con falsa modestia.

—Por supuesto que lo es. Lo celebraremos esta noche con un buen banquete —anunció antes de girarse hacia Aitor—. Chico, toma buena nota de lo que has presenciado hoy. Tienes mucho que aprender de Joan si algún día quieres llegar a ser alguien en este complicado mundo del comercio.

Aitor quiso responder pero sentía un terrible nudo en la garganta. Luchó con todas sus fuerzas contra las lágrimas de rabia que intentaban asomarse a sus ojos.

—Claro, señor —se oyó decir a sí mismo tras una dura pugna interior.

28

MALCUINAT

Otoño de 1451

La fila era tan larga que daba la vuelta a la esquina y obstaculizaba la entrada a la lonja. No era normal que fueran tantos los que esperaban para conseguir un plato de aquel guiso apestoso, pero en los últimos días, comenzaba a ser cada día más habitual. Dejando atrás el dulzón aroma a perfumes orientales que desprendían los mercaderes y envolvía la lonja, Aitor salió a la plaza abriéndose paso entre los pordioseros que esperaban su ración. El olor nauseabundo del *malcuinat* le hizo fruncir el ceño. Ni siquiera cuando durmió en una posada esperando a que la *Risueña* estuviera lista para zarpar había sido capaz de comer aquel potaje hecho de legumbres y carnes en mal estado. Sin embargo, para muchos era la única comida caliente que se llevarían a la boca a lo largo de la jornada. Los más pobres de la ciudad y algunos viajeros de paso llegaban a veces a las manos con tal de lograr un plato que apenas costaba unas monedas de cobre.

—¡Eh, listillo, que la cola es por aquí! —protestó un hombre con una chepa descomunal al ver que otro se saltaba la fila.

—¡Pues guárdala tú, que eso no va conmigo, jorobado del infierno! —replicó el otro mostrando el mango de una navaja que llevaba en el bolsillo.

Poco a poco la discusión fue yendo a mayores y Aitor supo que acabaría en una pelea. Era raro el día en que no veía algún tumulto

provocado por disputas similares. El hambre era siempre la culpable. Y si algo no faltaba aquellos días era precisamente el hambre. El mal tiempo, con lluvias a destiempo y fuertes vendavales, había diezmado las cosechas, no solo en la península sino también en Sicilia y Cerdeña. El trigo escaseaba y el pan estaba solo al alcance de los más ricos. Barcelona tenía hambre y no pocos buscaban alivio en el nauseabundo *malcuinat*.

Si algo le resultaba desagradable en Barcelona eran los olores. En el valle de Oialde olía a hierba, a humedad, a queso, a manzanas fermentadas y a hierro fundido. El olor más ofensivo era quizás el del establo de los animales. Sin embargo, en la ciudad era imposible dar un paso sin sentir olores tan desagradables que a veces llegaban a ser insoportables. El *malcuinat* era uno de ellos, pero no el peor.

Las calles eran estrechas y laberínticas, especialmente en los barrios más populares, donde además de como lugar de paso eran utilizadas como desagüe. Allí acababan todas las aguas sucias y el contenido de los orinales. Aún mayor era el hedor de los animales domésticos. Cuando estos morían eran abandonados en plena calle, como se hacía con las basuras. Solían pasar días hasta que algún barrendero los recogiera para tirarlos al mar. Pero de todos los horribles olores de Barcelona, el que Aitor detestaba más era el que delataba la cercanía de la plaza del Aceite. En ella se vendían aceite, queso y miles de pollos y gallinas que cubrían con sus excrementos el pavimento hasta hacer del lugar un espacio inmundo. Prefería dar enormes rodeos con tal de no pasar por la plaza ni las calles aledañas.

El aire limpio del mar, cargado de salitre y humedad, fue un gratificante regalo para su olfato en cuanto dejó atrás la lonja y se acercó hasta el puerto a través de la enorme plaza de los Encantes. Varias personas hacían cola junto a la fuente del Ángel, de cuyas aguas se aprovisionaba gran parte del popular barrio de la Ribera. Frente a ella, abriendo la plaza al Mediterráneo, se extendía la playa. Decenas de pequeñas pinazas iban y venían cargadas de mercancía entre el arenal y los grandes barcos mercantes que permanecían fondeados. Varios calafates y carpinteros de ribera se afanaban en terminar de reparar una galera varada en la orilla. Algo más allá, algunos esclavos recién desembarcados caminaban en fila, con los pies ligados, hacia la lonja, donde serían subastados.

«No ha llegado aún —se dijo Aitor recorriendo el puerto con la mirada.»

Hacía más de una semana que la esperaban. La *Sultana*, la más moderna de las carracas de Pere Rispau, debía de haber arribado días atrás desde Alejandría. En el mar las noticias volaban y hacía un mes que una carabela procedente de Sicilia había informado que la carraca, cargada con caras especias y sedas orientales, había hecho escala en Palermo y había zarpado rumbo a Barcelona. El mercader esperaba el cargamento con ansiedad, pues sería la base de su negocio durante los próximos meses. Sus cocas zarparían con las bodegas a rebosar de especias y tejidos rumbo a diferentes puertos del Mediterráneo occidental, donde lograría precios muy superiores a los desembolsados en Alejandría.

Tanta demora era un mal presagio y Pere Rispau comenzaba a temerse lo peor.

—¡Aitor! —Joan venía corriendo desde la lonja—. Te estaba buscando.

—¿Qué pasa? —inquirió alarmado—. ¿A qué viene tanta prisa?

El secretario tenía la cara desencajada por la carrera y respiraba con dificultad.

—Ha ocurrido algo terrible. Tienen la *Sultana*. La han secuestrado —explicó jadeando.

Aitor suspiró. Era lo que comenzaban a sospechar. O un naufragio, o un ataque. Al menos esta última era la mejor de las opciones porque el barco aún seguía a flote.

—¿Quién? —preguntó nervioso—. ¿Quién la ha secuestrado? ¿Dónde está?

Joan se encogió de hombros.

—Piratas. Quieren vernos para negociar un rescate.

—¿Berberiscos? —Aitor recordó con un escalofrío la carraca incendiada, los muertos y la persecución que estuvo a punto de acabar con la coca de Iñaki. Deseó que la *Sultana* y sus tripulantes no sufrieran un final tan terrible.

—No lo sabemos. Tal vez sean berberiscos, pero también podrían ser genoveses, sardos o de cualquier otro lugar. El mar está infestado de piratas. Han enviado a un pescador como mensajero —replicó Joan, recuperando poco a poco el aliento.

—¿Y dices que quieren vernos? ¿Dónde?, ¿cuándo? —la mente de Aitor era un torbellino.

—Cuando la Honorata toque las tres de la tarde debemos estar en la puerta de los Baños Nuevos de la Boquería. Nos estarán esperando allí.

Aitor se fijó en la posición del sol. Acostumbrado a la vida en el campo, no necesitaba de la campana instalada en la catedral para saber qué hora era. El astro rey había alcanzado su cenit y comenzaba a descender. No recordaba haber oído las últimas campanadas, pero supo sin problemas que serían poco más de las dos de la tarde.

—Tenemos una hora —confirmó el secretario.

La Boquería se encontraba en el otro extremo de la ciudad, en un arrabal por el que rara vez se dejaba caer Aitor. Su trabajo pocas veces lo llevaba más allá de la lonja o el puerto, donde gestionaba los negocios de Pere Rispau. La casa del mercader, donde vivía en una sencilla alcoba sin ventanas, no estaba lejos de allí. Joan, sin embargo, se movía por la ciudad como pez en el agua y no le costó dar con el edificio de los Baños Nuevos. En una plaza cercana, un ladrón permanecía atado a un olmo, sometido a vergüenza pública. Varios niños le arrojaban bolas de barro al torso desnudo y echaban a correr entre agudos gritos cada vez que el condenado se agitaba para intentar esquivar los proyectiles.

La campana daba las tres cuando llegaron. Miraron a un lado y otro de la calle, pero no había nadie aparte de algunos comerciantes

que vendían todo tipo de productos en las puertas de sus casas. Joan, que apenas había abierto la boca en todo el camino, se atusó nervioso los lacios cabellos y clavó la mirada en Aitor.

—Sobre todo quiero que recuerdes que soy yo quien manda. El secretario de Rispau soy yo y tú no eres más que mi ayudante. Nada de decir lo primero que se te ocurra. Si tienes alguna de tus geniales ideas —pronunció con sorna estas últimas palabras—, me la explicas para que sea yo quien decida si es buena o no. ¿Entendido?

Aitor asintió poco convencido. El trato con Joan resultaba cada día más complicado. A medida que el recién llegado había ido aprendiendo a desenvolverse con mayor soltura en el mundo mercantil, el sobrino de Rispau se había tornado más desconfiado. Siempre parecía estar a la defensiva y aprovechaba la mínima ocasión para desacreditar a su ayudante ante el mercader, recurriendo a mentiras si era necesario.

—Señores, les esperan en aquella casa de allí —les informó un niño de seis o siete años que jugueteaba con una moneda de cobre.

La casa de la que hablaba el pequeño era un mísero edificio en mal estado. En cuanto pusieron un pie en el interior, sucio y revuelto, supieron que estaba abandonado. No era grande, apenas una amplia estancia principal, que serviría como taller de algún artesano, y dos habitaciones al fondo.

—¿Hola? —llamó Joan.

—Pasad a la alcoba de la derecha —replicó desde algún lugar una voz con un ligero acento extranjero.

—Tú primero —decidió el secretario haciéndose a un lado.

Aitor se obligó a avanzar hacia donde les había indicado la voz. Primero un paso, luego otro y después otro más. Cada vez que movía los pies levantaba una espesa nube de polvo. Deseaba no llegar nunca. Al taller llegaba la luz del exterior, pero en las habitaciones posteriores se adivinaba una oscuridad infinita. No le sirvió de consuelo saber que no era el único que estaba paralizado por el miedo. Sentía en el cuello la respiración entrecortada de Joan, que caminaba a duras penas con las manos apoyadas en su espalda.

En el extremo opuesto del taller, junto a las puertas de las habitaciones, había un bulto. Conforme se acercaron fue tomando forma. Era una persona. Al llegar junto a ella, reconocieron a Arnau, el capitán de la *Sultana*. Estaba completamente envuelto en arpillera y atado como si fuera una enorme longaniza. Su cabeza era lo único que asomaba de aquel bizarro paquete humano. Tenía los ojos muy abiertos, en una angustiosa mueca de terror. Un trapo metido a presión en la boca le impedía hablar. Aitor se adelantó y se lo extrajo.

—Por favor, haced lo que os pidan. Estamos todos vivos, pero nos matarán de hambre a este paso. Llevamos semanas sin comer.

—¡Basta ya! —ordenó el extranjero—. Entrad a la habitación inmediatamente.

Aitor dudó un momento. Quizás podían liberar antes al capitán.

—Obedeced o todos mis tripulantes morirán —pidió Arnau ahogando un sollozo.

En cuanto entraron a la alcoba, la puerta se cerró en seco. La oscuridad resultaba tan implacable que Aitor no era capaz de ver sus

propias manos por mucho que las acercara a los ojos.

—¡Es una trampa! —lloriqueó Joan fuera de sí—. Van a matarnos.

Una horrible risotada resonó cerca pero lejos al mismo tiempo. Era una sensación extraña, casi fantasmal.

«Está en la habitación de al lado. El sonido nos llega apagado por la madera —comprendió Aitor.»

—¿Mataros? Vaya ocurrencia —se burló la voz desde el otro lado de la pared.

—¿Qué pretendéis entonces? —preguntó el secretario.

Una nueva carcajada grotesca le interrumpió.

—¿Tú qué crees que queremos? Tenemos vuestro barco y está repleto de especias. Mirra, sándalo, alumbre, pimienta, clavo, tintes..., incluso los perfumes más caros que podáis imaginar —se burló.

—¿Qué podemos hacer para recuperarlo?

—Pagar. Eso es lo que podéis hacer.

—Pere Rispau no paga rescates —anunció Joan.

Aitor se sorprendió de la seguridad que mostraba de pronto su voz. Debía de haberla recuperado al saber que no pensaban matarlos.

—Si no hay rescate no habrá barco.

—¿Dónde lo tenéis?

La risa volvió a sonar, pero esta vez con menor intensidad.

—Vosotros traed el dinero y os devolveremos el barco.

—Ya te he dicho que no pensamos pagar —insistió Joan.

—En ese caso no volveréis a ver vuestra *Sultana* —aseguró el extraño. Aitor supo que era verdad y recordó con un escalofrío la carraca repleta de muertos de Cambrils. A Pere Rispau nunca le había ocurrido, pero sabía de otros mercaderes de la ciudad que habían perdido sus barcos a mano de los piratas. En aquellos momentos la carraca debía de estar oculta en alguna ensenada de una isla del Mediterráneo o en las costas del norte de África. Si no accedían a pagar el rescate, los piratas malvenderían la mercancía y convertirían en esclavos a los tripulantes. En cuanto a la nave, sería un nuevo barco pirata o la venderían a algún mercader sin escrúpulos.

—¿Cuánto pedís? —inquirió Aitor.

Joan le pegó un empujón.

—Te he dicho que no se te ocurriera hablar.

—Cien mil libras. Mañana la mitad y la otra mitad a la entrega del barco —sentenció la voz.

—¿Cien mil? Es una locura —protestó Joan.

Aitor sabía que era mucho. Muchísimo. Era exactamente el dinero que pensaba obtener Rispau con la venta de la mercancía. Una auténtica barbaridad.

—Si pagáis lo que os pido os devolveremos la carraca intacta, con su mercancía y sus tripulantes. Como muestra de nuestra buena voluntad, os podréis llevar hoy mismo al capitán.

—¡Por favor, pagad lo que os pide! —suplicó Arnau desde el otro lado de la puerta.

Joan tomó aire ruidosamente.

—No. No pagaremos. El ejército de su majestad buscará la *Sultana,* día y noche, hasta dar con vuestro escondite. Os arrepentiréis de haberla secuestrado. No tardaremos en veros colgando de la horca en alguna plaza de nuestra ciudad. —La voz de Joan sonaba tan decidida que el propio Aitor llegó a creer por un momento su amenaza.

—No seas ingenuo —se burló el pirata—. Vuestro querido rey Alfonso bastante tiene con proteger su culo napolitano como para preocuparse de una carraca que nada le aporta.

Aitor sabía que era cierto. Las galeras reales no iban a buscar la *Sultana*, ni de día ni de noche. Abonar el rescate era la única opción. La idea de pagar cien mil libras le parecía menos descabellada conforme pasaban los minutos. Si aceptaran, recuperarían el barco y podrían vender la mercancía para obtener el importe del rescate. El largo viaje a Alejandría no habría servido de nada y el dinero invertido en comprar las especias habría sido en balde, pero al menos no perderían el mejor barco de su flota. Deseó que el propio Rispau estuviera allí para poder decidir, pero algo le decía que el mercader optaría por pagar el rescate. Era un mal, pero un mal menor.

—¿Cómo sabemos que liberaréis el barco? —preguntó a pesar de las protestas del secretario.

—Hoy os llevaréis al capitán. Mañana, antes de que la campana toque las diez, dejaréis aquí la mitad del rescate en monedas de oro. En una o dos semanas nos pondremos en contacto con Rispau. Un enviado recogerá el resto de las monedas y os llevará a alta mar, donde os esperará la carraca, tan entera como el día que la apresamos.

—¡No! ¡La justicia caerá sobre vosotros antes de lo que creéis! —clamó Joan a gritos.

—Por favor. Nos matarán. —Los lamentos del capitán llegaban apagados por la puerta.

—Joan, no tenemos otra opción —susurró Aitor.

—¡Por supuesto que la tenemos! ¡Justicia! —Sus palabras eran cada vez más airadas.

—¡Callad! —ordenó el pirata temeroso de que los gritos se oyeran desde la calle—. Si mañana a las diez no habéis traído el oro os arrepentiréis.

El secretario no le dejó terminar.

—¡Ni a las diez, ni a las once! Devolvednos el barco inmediatamente si no queréis ser vosotros quienes se arrepientan.

—No perder más tiempo. ¿Seguros no querer negociar? —Ahora fue otra voz la que habló. Su dominio de la lengua era claramente limitado, pero su tono era más autoritario que el del primer interlocutor. Debía de tratarse del propio capitán de los piratas o de alguno de sus lugartenientes.

—Deberíamos pagar. Rispau lo haría —insistió Aitor, desesperado por el empecinamiento de su compañero.

—Ni una moneda de cobre —replicó Joan.

Los piratas comenzaban a perder la paciencia.

—Plazo hasta mañana. Si no venir, adiós barco. —El acento y el modo de hablar de la segunda voz no dejaba lugar a dudas sobre su origen. Eran berberiscos. Aitor se preguntó cómo se las habrían arreglado para llegar hasta allí sin levantar sospechas. No le costó darse cuenta de lo absurdo de sus dudas. Eran muchos los sarracenos que vivían en la ciudad. Se les reconocía fácilmente por la obligación de llevar el pelo rapado junto a las orejas. Probablemente, el que hacía de portavoz era uno de ellos, un vecino que colaboraba con los piratas como mediador.

—¡Nos matarán! Pagad el rescate, por el amor de Dios. —Las súplicas de Arnau les llegaban entrecortadas por el llanto.

—Cuando mañana vengáis en busca del rescate solo encontraréis aquí a los guardias. Devolved la *Sultana* inmediatamente o no tardaréis en colgar de la horca —amenazó Joan.

El chirrido de una puerta al abrirse interrumpió sus palabras. Pasos, un sordo lamento y más pasos, cada vez más lejanos. Los piratas ya habían oído suficiente.

Aitor suspiró derrotado. Tenía la sensación de que acababan de perder la carraca para siempre.

—Se han asustado. Nos la devolverán, ya lo verás —proclamó Joan.

No podía creer lo que estaba oyendo. Su compañero estaba satisfecho con el desastre que acababa de lograr. Buscó la puerta a tientas y, tras varios intentos frustrados, logró abrirla. La escasa luz del taller le deslumbró y le costó unos segundos recuperar la visión. Cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho nunca. Arnau seguía allí atado, pero del lugar que antes ocupara su cabeza manaba un fino chorro de sangre que dibujaba en el suelo de tierra un charco grotesco. Un par de pasos más allá, sobre otro de menor tamaño, estaba la cabeza del veterano capitán. Sus ojos permanecían abiertos y Aitor sintió que aquella última mirada le culpaba de su muerte. Les habían fallado, a él y a todos los tripulantes de la *Sultana*.

—¡Eres un botarate! ¡Necio! —Pere Rispau caminaba con grandes aspavientos por su despacho. Joan le había explicado orgulloso su determinación a la hora de negarse a pagar y se había burlado de Aitor, que había intentado negociar el rescate.

—Nos devolverán la carraca —señaló el secretario.

—¡No! Claro que no lo harán. ¿Por qué iban a hacerlo? —Sus idas y venidas de extremo a extremo del largo despacho le hacían resoplar con estrépito. Aitor y Joan, de pie junto a la puerta, lo miraban asustados. Al pasar junto a la mesa, donde había dos lámparas de aceite encendidas, una luz anaranjada iluminaba las facciones del gordo mercader, pero cuando se alejaba su silueta se perdía en la oscuridad—. Venderán todo, esclavizarán a los tripulantes y se quedarán el barco. ¡El mejor de mis barcos!

—Pero no podíamos aceptar el chantaje —se defendió Joan.

—¡Claro que podíamos! No quedaba otro remedio. Bastante suerte hemos tenido con que se nos brindara la oportunidad de hacerlo. A otros muchos, cuando les capturan un barco, nunca más vuelven a saber de él —Un fuerte manotazo en la mesa hizo caer una de las lámparas, derramando el aceite sobre un libro de contabilidad. Por un momento, Aitor temió que se incendiara, pero la llama se apagó al caer—. Además, ¿por qué tanta prisa en negarse? Podríamos haberlo hablado con calma y decidir algo antes de que expirara el plazo. ¡Eres idiota!

—Todavía podríamos intentar llevar el rescate a la casa abandonada antes de la hora límite —musitó Joan.

El mercader se detuvo ante él y le dedicó una mirada llena de desdén.

—Eso podríamos hacer. Sí —Hizo una larga pausa y levantó un puño con el que parecía a punto de golpear a su secretario—. ¿Se te olvida que les has dicho que allí les esperaría la guardia? ¡Maldita sea tu estampa!

—Quizás se acerquen por allí de todos modos. Igual nos dan un voto de confianza. —La voz de Joan era apenas un susurro acobardado.

—¿No te parece esto suficiente voto de confianza? —exclamó Rispau dando un puntapié a la caja en la que habían transportado la cabeza decapitada del capitán de la carraca—. Nos han dejado claro que el tiempo de las negociaciones ha terminado.

El mercader arrancó a caminar de nuevo.

—Os diré lo que haremos —explicó tras unos minutos—. Mañana a primera hora acudiréis a la casa abandonada con el montante del rescate. Es poco probable, pero si los piratas deciden acercarse por allí aún podremos arreglar este despropósito. Si no es así, no será fácil recuperarse de este duro golpe. Son muchas libras las que he gastado para llenar de especias la bodega de la *Sultana*, y muchas más las que cuesta una carraca como la que acabamos de perder.

—Todo tiene solución —comentó Joan.

Pere Rispau volvió a detenerse frente a él.

—¿Cómo dices? ¿Solución? —inquirió aferrando por el cuello a su sobrino, que intentó balbucear unas palabras de disculpa—. Si no fuera porque mi hermana me mataría, no sé qué te haría, idiota. Si no fueras su hijo, te echaría a patadas, pero estoy condenado a aguantarte —espetó soltándolo—. Tu ayudante ha mostrado bastante más sentido común que tú. Desde mañana él será mi nuevo secretario, el administrador de mis negocios. Tú te limitarás a echarle una mano. Al menos, así no volverás a perder uno de los barcos de nuestra flota.

Horas después, en cuanto las primeras luces del alba se dibujaron en el cielo, el nuevo secretario y su ayudante se encaminaron a la calle de los Baños Nuevos. La casa abandonada estaba vacía y solo la sangre que cubría el suelo del taller delataba movimiento reciente. Enseguida supieron con certeza que los piratas no aparecerían y,

cuando la Honorata tocó las dos de la tarde, regresaron con el rescate a la casa de Pere Rispau. Habían perdido la *Sultana*.

Nunca más supieron de ella.

29

EL NEGOCIO DEL HAMBRE

Otoño de 1451

El día había amanecido lluvioso. No era una lluvia intensa pero sí persistente, suficiente para que hubiera menos gente en las calles, que se embarraban con facilidad. De camino a la lonja, Aitor disfrutaba al sentir como las frías gotas rompían en su rostro. Nunca le había gustado la lluvia, demasiado habitual en los valles vascos, pero en Barcelona los días así eran una excepción. En cierto modo le recordaban a Oialde. Se preguntaba cómo estaría su padre y qué habría sido de Amaia cuando le golpeó el terrible aroma del *malcuinat*. En las dos semanas que llevaba como secretario de Rispau, la fila de quienes esperaban para conseguir un plato de aquel mejunje se había multiplicado hasta niveles impensables. Por si fuera poco, y a pesar de la prohibición de las autoridades de servir aquel guiso insalubre en otro lugar que no fuera junto a la lonja, comenzaban a florecer negocios que lo vendían en otros rincones de la ciudad. La carestía del cereal comenzaba a ser un grave problema.

El interior de la lonja era el contrapunto a la pobreza de la plaza. Sus salones suntuosos, decorados con tapices y alfombras orientales, parecían a un mundo de distancia de lo que ocurría en el exterior. Enormes ventanas ojivales iluminaban la sala principal, donde tenían lugar los más importantes acuerdos comerciales entre mercaderes. Era allí también donde se reunía el Consulado del Mar de Barcelona, una institución que dirimía cualquier pleito surgido por

cuestiones comerciales. Este organismo contaba además con cónsules por todos los rincones del Mediterráneo, de modo que los mercaderes de la ciudad pudieran contar con un apoyo legal en los principales puertos.

En cuanto puso un pie en el amplio salón gótico, observó que había menos movimiento de lo habitual. Al principio lo achacó a la lluvia, pero enseguida descubrió que casi todos los mercaderes se encontraban en una esquina. Rodeaban a un hombre entrado en años que vestía lujosos ropajes.

Al acercarse supo que era un *conseller*, representante del gobierno de la ciudad. Al hablar, y quizás en un intento de compensar su escasa estatura, movía teatralmente las manos y dirigía la mirada a uno y otro lado. Parecía que contara un cuento, pero el interés que mostraban los hombres de negocios delataba que se trataba de algo más importante.

—... y de ese modo conseguiremos que las mesas de la plaza del Trigo vuelvan a vender cereal y que lo hagan a un precio al alcance de todos —oyó al acercarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Aitor al mercader que tenía más cerca.

—¡Silencio, por favor! —fue la única respuesta que obtuvo.

—¿Cómo se hará el pago? —preguntó un armador. Sus dos barcos eran los más viejos del puerto, pero aún se mantenían a flote.

—El gobierno municipal os lo pagará en el momento en que lo descarguéis en la Casa de los Graneros —replicó el *conseller*.

Aitor comenzaba a entender lo que ocurría. Hacía días que en la lonja no se hablaba de otra cosa. Había rumores que anunciaban que el gobierno de la ciudad, en manos de los grandes mercaderes y la oligarquía urbana y conocido popularmente como la Biga, se estaba planteando subvencionar la compra de cereal en el extranjero. El precio del trigo en Provenza y Sicilia, donde la cosecha no había sufrido los estragos del clima, estaba por las nubes por culpa de la alta demanda exterior. Eran pocos los mercaderes que se arriesgaban a importarlo en esas condiciones, pues resultaba casi imposible ganar dinero con la operación. Pero si el gobierno lo subvencionara, el trigo volvería a llegar a Barcelona.

—¿Es cierto que también subvencionaréis a corsarios? —inquirió Enric Torralba.

—Así es. La situación de la ciudad es desesperada. El hambre comienza a hacer estragos y amenaza la paz social. Barcelona necesita trigo urgentemente. Todo aquel que lo traiga será bienvenido. Y si lo hace apresando algún barco cargado de cereal que se dirija a países enemigos, tanto mejor.

Aitor hizo un rápido recorrido mental por la flota de Rispau. De las siete naves que le quedaban tras la pérdida de la *Sultana*, cinco se encontraban fondeadas en el puerto. Las dos cocas restantes habían zarpado rumbo a Argel y Sicilia respectivamente con las bodegas llenas de paños catalanes. El mercader quería enviar su única carraca a Alejandría en busca de las caras especias orientales que le proporcionaban tanta riqueza, pero no contaba con dinero suficiente para poder hacerlo. Las cien mil libras que había dejado

de ingresar al no poder vender el cargamento del barco apresado por los piratas, habían hundido su economía. Aitor y él habían valorado seriamente recurrir a la Mesa de Cambio para solicitar un préstamo, pero habían desechado la idea ante los desorbitados costes que suponía. El viaje hasta el Mediterráneo oriental era demasiado largo y los intereses, que crecían semana tras semana, hacían impensable esta opción. El trigo subvencionado les brindaría una magnífica ocasión para recuperar en poco tiempo sus maltrechas arcas. Y entonces podría volver a fletar un barco desde Oriente.

—Están locos. Vaciarán las arcas públicas —apuntó un armador en cuanto el *conseller* abandonó la lonja.

—¡Pero llenarán las nuestras! —proclamó Torralba con una risotada.

La alegría entre armadores y mercaderes, repartidos en diferentes corrillos por todos los rincones de la lonja, era palpable. Las risas y las bromas se sucedían. Y es que poder ganar unas cuantas miles de libras con la garantía que suponía cobrarlas del propio tesoro municipal no era algo que ocurriera todos los días.

Aitor, que había acudido a la lonja para cerrar la compra de unos paños flamencos a Enric Torralba, se dirigió a él con la intención de agilizar el trámite. Quería volver cuanto antes al despacho de Rispau para organizar la inmediata marcha de todos sus barcos. Era consciente de que, por mucho trigo que necesitara Barcelona, si todos los mercaderes comenzaban a importarlo, el mercado no tardaría en desbordarse y nada bueno ocurriría llegado el caso. Lo

único de lo que estaba seguro era de que cuanto antes volvieran sus barcos con el cereal, mejor sería.

—Enric —lo llamó al ver que se dirigía hacia la salida.

Torralba se giró hacia él y esbozó una sonrisa forzada.

—Lo siento, pero debo volver a mi despacho cuanto antes —Aitor no había sido el único que había comprendido la necesidad de zarpar inmediatamente—. ¿Qué te parece si te pasas esta tarde por mi casa y solucionamos el asunto mientras cenamos?

Aitor no sabía qué decir. Los acuerdos comerciales se dirimían en la lonja, un terreno neutral, donde podían pedir la mediación de los cónsules del mar si era necesario. Así se lo había enseñado Rispau y así lo había hecho siempre. En cualquier caso, sabía que aquel no era momento para entretenerse. Si se movía deprisa, para la hora de la cena, los barcos se encontrarían rumbo a Provenza.

—No te lo pienses tanto. Será una cena frugal. Siempre es más fácil hablar de las cosas con calma que hacerlo aquí precipitadamente. Te espero a las ocho —añadió Torralba antes de girarse para abandonar el edificio.

—Os quiero en alta mar antes de que anochezca. No creo que tardéis más de una semana en alcanzar Marsella. Llenad las bodegas de trigo y cebada hasta los topes y emprended el viaje de regreso tan pronto como podáis —ordenó Rispau.

Aitor no había perdido el tiempo. De camino a la casa del mercader, había mandado llamar a los capitanes de las cuatro cocas

y la carraca que permanecían fondeadas en el puerto. Apenas una hora después, el despacho de Rispau bullía de actividad. Por primera vez en muchos meses, el mercader había dado permiso para abrir los postigos. La luz natural entraba como un torrente optimista que hacía parecer otro el despacho que Aitor acostumbraba a ver envuelto en la penumbra. Por una vez, todo parecía ser igual que antes de la traición de Montserrat.

«Ojalá fuera siempre así —se dijo.»

En realidad, hasta aquel momento no se había percatado de que incluso la propia casa parecía deprimida, siempre cerrada a cal y canto, sin un atisbo de luz natural ni ventilación. Deseó que su jefe dejara definitivamente atrás la tristeza y que fuera capaz de volver a ser el mercader más respetado de la ciudad.

—¿Con qué dinero compraremos el cereal? —inquirió el capitán de una de las cocas, sabedor de que la flota permanecía amarrada por problemas financieros.

—Buena pregunta —apuntó Rispau jugueteando con una de las puntas de su largo bigote—. Id a preparar todo para la partida. A las cinco de la tarde, Aitor os estará esperando en la lonja para entregaros el dinero necesario.

Aitor asintió. Lo habían hablado antes de la llegada de los capitanes. Recurrirían a un cambista que les prestaría el dinero. En apenas dos semanas podrían devolvérselo, de modo que los intereses a pagar serían asumibles.

—Y tú vete preparando la *Doncella Graciosa*, porque en cuanto regreséis con el cereal y nos lo pague el gobierno municipal podrás

zarpar rumbo a Oriente. Las especias nos esperan —anunció el mercader al capitán de la carraca, un hombre de hombros caídos y mirada endurecida por el salitre y la vida.

—Espero que no corramos la misma suerte que nuestros amigos de la *Sultana* —replicó el viejo hombre de mar.

Aitor creyó adivinar un tono acusatorio en sus palabras. Las tripulaciones de la flota del mercader todavía culpaban a su jefe por no haber pagado el rescate de sus compañeros.

—El señor Rispau y yo hemos estudiado cómo repeler los ataques de los piratas —señaló Aitor, logrando un expectante silencio entre los presentes—. Cuando regreséis de Provenza instalaremos cañones en vuestras embarcaciones. Si algún día intentan abordaros, no tardéis en disparar. Lo más probable es que un simple cañonazo les haga replantearse si vuestro barco es el mejor al que atacar. Con todas las naves que surcan el mar sin ningún tipo de arma a bordo, es muy probable que eviten perseguir a una armada.

—No somos guerreros —protestó uno de los más jóvenes, capitán de una coca llamada *Torrezna*.

—No, no lo sois —admitió Rispau—. Y no os pido que luchéis. Solo quiero que, cuando os intenten atacar, consigáis amedrentar a los piratas antes de que se acerquen a la nave. Creo que es la mejor solución. Al menos mientras su majestad no sea capaz de garantizar la seguridad de sus mares desde su retiro napolitano.

El capitán de la carraca asintió. Le gustaba la idea.

—¡Bum! —exclamó con la mirada perdida. Parecía vivir la escena sin necesidad de moverse del despacho del mercader.

En cuanto los capitanes abandonaron la casa, Aitor y Rispau comenzaron a preparar la solicitud del préstamo. Junto a ellos, Joan refunfuñaba entre dientes.

—¿Y puede saberse por qué van a subvencionar la compra de trigo? —Desde que su tío le había despojado de sus funciones de secretario, Joan apenas hablaba en las reuniones. Se limitaba a escuchar y esbozar sonrisas sarcásticas cada vez que Aitor planteaba alguna idea.

El mercader suspiró fatigado. A veces parecía que su sobrino no se enteraba de nada.

—Esos zoquetes de la Biga quieren contentar a todos. Por un lado volverá a haber trigo al alcance del bolsillo de cualquier ciudadano. Así se aseguran el beneplácito del populacho. Y por otro lado, contentan a los mercaderes al permitirnos ganar un dinero fácil.

—¿Nadie pierde? —preguntó Joan sorprendido.

—Todos perdemos —replicó Rispau—. Esta iniciativa dejará desnudas las arcas municipales y habrá problemas. Ya lo verás.

Cuando Aitor llegó a la casa de Josep Muntmany, el cambista al que habían decidido solicitar el préstamo, la encontró vacía. Faltaba apenas una hora para las cinco de la tarde, la hora acordada para que zarparan los barcos, pero allí no había nadie. Optó por esperar unos minutos, confiando en que no tardaría en volver, pero el tiempo pasaba rápidamente y Muntmany no aparecía.

Era extraño. Para evitar que algo así pudiera ocurrir, había pedido a Joan que se adelantara. Hacía más de una hora que su ayudante había salido de casa, pero allí tampoco había ni rastro de él.

«Esto no pinta bien.»

Decidió dirigirse a la lonja. Tal vez su ayudante había entendido que debían reunirse allí, aunque creía haber sido suficientemente claro. Estaba tan nervioso que podía oír los latidos de su corazón mientras caminaba deprisa hacia la sede de las transacciones comerciales.

El nerviosismo se convirtió en una furia impotente al comprobar que tampoco se encontraban en la lonja. Ni Joan, ni Muntmany. ¿Dónde se habrían metido? La posibilidad de que su ayudante estuviera jugando con su paciencia comenzó a ganar fuerza.

Talán, talán... Cinco campanadas sonaron en la distancia. Era la hora acordada. Los capitanes de los barcos de Rispau aparecieron entre risas y bromas. Estaban eufóricos ante la inmediata partida. Aunque no la compartía, Aitor había llegado a entender la pasión de algunos hombres por el mar. Durante sus meses a bordo de la *Risueña*, había visto a los marineros deprimirse ante las escalas más largas y recuperar la alegría en el momento en que volvían a izar las velas.

—¿Y cuánto tiempo habrá que esperar? —inquirió el viejo capitán de la carraca al saber que el dinero aún no estaba listo. El semblante se le había oscurecido al oír las explicaciones de Aitor.

—No lo sé. Espero que no mucho —apuntó el de Oialde.

—¿Por qué no pides el dinero a la Mesa de Cambio?

Aitor ya lo había pensado, pero recurrir a ella con tan poco tiempo resultaba imposible. Eran necesarios tantos papeleos y formulismos que llevaba varios días obtener un préstamo. Con un cambista todo era más ágil. Además, no era la primera vez que Rispau pedía prestado a Josep Muntmany y sus intereses en el caso de los créditos a corto plazo resultaban más interesantes que los de la Mesa de Cambio.

—Algunos barcos de la competencia han zarpado ya. Si no nos apresuramos, llegaremos a Provenza cuando todo el cereal esté vendido —señaló el capitán de una coca.

—Cuanto más tardemos, más caro será el trigo —se lamentó otro.

Aitor sentía que le hervía la sangre. No sabía qué hacer. Quizás lo mejor sería regresar a casa de Muntmany. ¿Y sí volvía al despacho de Rispau para preguntarle? No, mejor no importunar al mercader si él podía solucionarlo.

—Voy a volver a casa del cambista. No os mováis de aquí —les pidió.

La calle Ample, donde se levantaba la lujosa mansión de Muntmany, no estaba lejos de allí; apenas un cuarto de hora de caminata ligera, pero el recorrido se le antojó eterno. El sol comenzaba a perder altura y, si los barcos no zarpaban aquella tarde, no lo harían hasta el día siguiente. Habrían perdido demasiado tiempo respecto a otros mercaderes. Debía encontrar al cambista cuanto antes.

Sin embargo, la casa seguía vacía. Por más que se empeñó en aporrear la puerta, nadie la abrió.

—¿Puedo ayudaros? —se ofreció una voz femenina a sus espaldas.

Al girarse con el picaporte aún en la mano, descubrió a dos esclavas que regresaban con un barreño lleno de sábanas mojadas. Desprendían un agradable aroma a jabón.

—Estoy buscando a Josep Muntmany —explicó esperanzado.

—El señor salió hace casi dos horas, no creo que tarde en regresar —explicó la joven negra.

Aitor se temió lo peor.

—¿Salió él solo?

—No señor. Salió con otro, pero no sé adónde iban. —La muchacha dirigió una mirada a su compañera, que se encogió de hombros. Tampoco sabía nada.

—¿Cómo era el otro?

La esclava se rió al recordarlo y se llevó la única mano libre al lado derecho de la cabeza.

—Tenía el pelo largo hasta aquí, solo en este lado.

Aitor resopló desanimado. Joan y Muntmany estaban juntos. Pero ¿dónde?

Aparte de la lonja, solo se le ocurría un lugar al que podían haber ido por error: la casa de Rispau.

Echó a correr hacia allí. La luz era cada vez más escasa y algunos comerciantes comenzaban a encender los candiles que iluminaban sus mercaderías. No había vuelto a llover desde el mediodía, pero el suelo embarrado resultaba tan resbaladizo que le obligaba a detener su carrera cada pocas zancadas. Sentía ganas de llorar de impotencia, pero se obligó a no hacerlo. Debía mantenerse sereno y lograr que los barcos zarparan cuanto antes.

—¡Eh, cuidado! —protestó un porteador que empujaba una carreta cargada de calabazas mientras se hacía precipitadamente a un lado.

De pronto, al llegar a la altura de Santa María del Mar, los vio. Joan y Muntmany volvían caminando por la calle que venía de la lonja.

—¡Hombre, por fin apareces! —se burló su ayudante—. Un poco tarde, ¿no te parece? Los barcos ya han zarpado.

—La has liado buena —saludó el cambista.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabais? —inquirió Aitor intentando recuperar el aliento.

—Me pediste que fuera a buscar a Muntmany y lo llevara a casa de mi tío —explicó Joan con una mueca sarcástica—. Y al parecer tú te fuiste de paseo. Menos mal que estaba yo allí para llevar el dinero a los capitanes —Aitor no podía creer lo que estaba oyendo. Había sido una maniobra de su ayudante para desprestigiarle—. Rispau está muy disgustado contigo, casi lo echas todo a perder.

—¡Eres un manipulador y un mentiroso! —protestó Aitor.

Joan se encogió de hombros al tiempo que una sonrisa burlona se dibujaba en su cara.

—Será tu palabra contra la mía. ¿A quién creerá mi tío? —le susurró al oído arrancando a andar de nuevo.

30

LA LEY DEL MERCADO

Otoño de 1451

Enric Torralba no vivía lejos de la casa de Pere Rispau. Su mansión se encontraba en la calle Montcada, a medio camino entre la iglesia de Santa María del Mar y la catedral. Se trataba de una zona de familias acomodadas; una sucesión de pequeños palacetes que parecían rivalizar entre sí por su tamaño y su belleza. A pesar del ritmo rápido de sus pasos, Aitor se fijó en varias esclavas que hacían cola junto a una fuente para llenar enormes cántaros de agua que llevarían después a las casas de sus amos. Solo dos de ellas vestían de amarillo, como dictaban las ordenanzas municipales. Las restantes llevaban ropas de colores diversos, pero si algo tenían todas en común era que se cubrían el cabello con una toalla, la única norma que se seguía estrictamente.

Aitor no lograba acostumbrarse a la esclavitud. Para él, Barcelona significaba precisamente la libertad de no pertenecer a ningún señor feudal. Quien nacía en la ciudad podía ser rico o más pobre que el hambre, pero era libre. Podía ir adonde quisiera sin pedir permiso a nadie y, sobre todo, no debía obedecer a los caprichosos designios de canallas como Alain de Oialde. En Barcelona todos eran libres; todos, salvo los esclavos. Era habitual entre las clases más altas que los criados fueran personas capturadas en países infieles. En los últimos años, se habían sumado los sardos que caían prisioneros en las guerras de Cerdeña. Sus subastas en la lonja le recordaban la

venta de ganado en la feria de Getaria. El vendedor anunciaba a gritos las virtudes de aquella mercancía humana y los compradores comprobaban el estado de sus dentaduras y los desnudaban en busca de posibles taras.

Cuando se disponía a preguntarles por la casa del mercader, Enric Torralba dobló la esquina y estuvo a punto de tropezar con él.

—Buenas tardes, forastero. Había olvidado que hoy vendrías a cenar —saludó.

—Si lo preferís cerramos el trato en un momento y dejamos la cena para otro día —propuso Aitor con la esperanza de que aceptara su idea. La artimaña de Joan con el cambista, hacía apenas un par de horas, le había dejado muy mal sabor de boca. Por más que lo intentaba, no conseguía entender por qué su ayudante era capaz de poner en peligro los negocios de Rispau con tal de dejarlo a él en mal lugar.

—Oh, no. Por supuesto que no. Es un honor invitarte —apuntó el mercader—. ¡Por favor, qué descortés soy! Te presento a mi hija, Anita —añadió al ver que Aitor se fijaba en la joven pelirroja que llevaba cogida del brazo.

La muchacha se ruborizó. A la luz del candil que iluminaba la entrada de la mansión del mercader, su rostro, salpicado de divertidas pecas en ambas mejillas, resultaba atractivo. Dos grandes ojos azules, heredados de su padre, observaron con interés a Aitor y una leve sonrisa se dibujó en sus labios, que se abrieron ligeramente para susurrar un saludo.

Aitor sintió que el pulso se le aceleraba. ¿Cuántos años tendría aquella preciosidad?

«Dos o tres menos que yo; unos veinte —calculó.»

—Encantado señorita —saludó besándole una mano—. ¿Es vuestra única hija? —inquirió girándose hacia Torralba.

—¿La única? —se burló el mercader subiendo las escalinatas hacia su casa—. Tengo cuatro hijos. Dos varones y dos mujeres. A mi hijo mayor ya lo conoces, suele acompañarme en mis negocios —Aitor asintió, recordaba haber coincidido con él en más de una ocasión—. Será mi heredero. Anita es la menor, pero la más inteligente. Ha salido a su padre —añadió con una carcajada.

Un mayordomo, tan calvo como el que trabajaba para Pere Rispau, abrió la puerta al reconocer las risotadas del mercader.

—Tenemos un invitado —anunció Torralba—. Haz que sirvan la cena inmediatamente.

—Como ordene el señor.

Conforme entraban al comedor, Aitor lanzó una mirada furtiva a Anita. Al hacerlo se cruzaron la mirada y ella le dedicó una sonrisa antes de perderse escaleras arriba.

—¡Es guapa mi hija, eh! —se burló el mercader—. No eres el primero al que le gusta. Muchos han venido a pedir su mano. Pero Anita será para un noble. Ella será la que una esta casa con una de las familias más influyentes de la ciudad.

A Aitor le recordó demasiado a la desgraciada historia del propio Pere Rispau.

Forzando un rápido cambio de tema, Torralba extendió una pieza de tejido sobre la mesa del comedor. Era excepcional, de colores vivos y delicados.

—Es de Ypres, una ciudad de Flandes donde he encontrado un proveedor magnífico. Creo que les encantará a vuestros clientes sarracenos. —Aitor creyó intuir una nota de desprecio en la última palabra.

—Sí, estoy seguro de ello —admitió observando la tela de cerca —. En cualquier caso, deberemos esperar a que regresen nuestros barcos de Provenza. Hasta entonces no dispondremos de dinero con el que pagaros.

—Oh, no te preocupes. Puedo facilitaros tantos paños como queráis. Y el pago no será problema. Rispau podrá pagarme cuando le venga en gana. Con intereses, por supuesto —apuntó el mercader con una sonrisa que a Aitor le pareció extremadamente postiza.

«¿Es un mercader o un cambista usurero? —se preguntó sorprendido.»

—No será necesario. Todos nuestros barcos se encuentran en estos momentos navegando en unas u otras misiones comerciales. De nada serviría disponer de los paños antes de que las naves hayan regresado de Provenza —replicó.

Una mueca contrariada se dibujó en el rostro de Torralba.

—Como quieras, pero ten en cuenta que si no adquirís ya los paños, me los quitarán de las manos y, cuando los queráis, podría ser tarde.

Aitor asintió con desgana. Torralba parecía un vendedor de la plaza del Pescado cacareando las capturas del día.

Los platos comenzaron a llegar de la cocina. Crema de setas, pasteles de mero, humeantes costillas de buey asadas y un delicioso hojaldre de zanahorias, cebollas, nabos y cerdo confitado flotando en una espesa salsa almibarada. Era una cena digna de reyes.

«Pretende impresionarme —pensó decidido a no dejarse llevar.»

Con el estómago lleno y tras incómodas conversaciones triviales, el mercader desplegó ante Aitor un papel con una larga lista de especias y otros productos orientales. Mirra, sándalo, pimienta, clavo, pigmentos... El guipuzcoano la leyó perplejo al reconocer en ella el cargamento robado de la *Sultana*.

—Quizás os interese comprar alguna —ofreció Torralba dibujando una irónica sonrisa.

Aitor le miró fríamente.

—¿De dónde las habéis sacado?

—De Alicante. Mi corresponsal en aquel puerto dio con ellas por casualidad —Se detuvo un momento mientras un sirviente le llenaba la copa de vino—. Si estás pensando en comprarlas allí, olvídalo. He comprado todas las que no habían sido vendidas aún. Y a un precio mucho mejor del que me tiene acostumbrado Rispau, por cierto.

—Son mercancías robadas. Por eso son baratas —protestó Aitor.

Torralba se encogió de hombros.

—No sé si se trata de las especias que os robaron o no, pero por mí os pueden robar todos los cargamentos si luego me los venden a

mí a mejor precio. Es la ley del mercado —Sus fríos ojos azules brillaban, había bebido demasiado vino y estaba envalentonado—. Aún no me has contestado. ¿Querrá Rispau comprar especias, o no? Le venderé tantas como quiera al mismo precio que me las vende él a mí.

Aitor se levantó de la mesa. Había tenido suficiente.

—Os denunciaremos ante el Consulado del Mar —anunció—. Lo que habéis hecho es inaceptable.

Torralba se rió. Alzó la copa como si brindara y vació el vino de un solo trago.

—No pierdas el tiempo, forastero. Nadie podrá demostrar que se trata de la mercancía de vuestra carraca. Ni siquiera yo sé si es así. Las especias son mías.

Aitor sabía que tenía razón. No había nada que hacer. Al menos, no pensaba darle la satisfacción de comprarle un solo gramo de aquel cargamento.

—¿Sabéis qué, Enric? Ojalá se os atraganten todas estas especias —espetó rompiendo en cuatro trozos el papel con el listado y tirándolo sobre la mesa.

Sin esperar la respuesta del mercader, abrió la puerta del comedor. Quería salir de allí cuanto antes.

—Espera. Solo una cosa más —Aitor se detuvo y se giró hacia él. La máscara de amabilidad se había borrado de su rostro, que se había enrojecido por la ira—. No te acerques a mi hija o haré que te corten los huevos. No serías el primero.

El mayordomo había oído las palabras subidas de tono y esperaba a Aitor con la puerta de la calle abierta.

—Buenas noches, señor —le despidió cerrando la puerta tras él.

Los candiles que iluminaban los portales de las ilustres casas de la calle Montcada lograban disipar la oscuridad de la noche, pero no el intenso frío. Aitor se aproximó a uno de ellos para encender la lámpara de mano que portaba y que le guiaría en el regreso a casa. En cuanto abandonara la zona más rica, los faroles brillarían por su ausencia y un caminante sin linterna sería sospechoso de cualquier fechoría.

Una fuerte ráfaga de viento le produjo un escalofrío. El chapoteo de la fuente que había al final de la calle avivaba la desagradable sensación de que el invierno se había echado encima sin avisar.

«No tengo ningún interés en su hija, ¿qué se ha creído? —se dijo indignado.»

El ruido del agua al romper contra el pilón era el más fuerte, pero no el único que rompía el silencio de la noche. Los grillos cantaban su rítmica melodía desde los jardines protegidos por tapias de las casas ricas y un burro rebuznaba en la distancia. Conforme se acercaba a la fuente, otro sonido se sumó al coro. Se trataba de los cuchicheos de las esclavas y sirvientas que esperaban a que se llenaran sus cántaros para regresar a las casas donde trabajaban.

—Hola —susurró una de ellas, acercándose.

Cuando la luz de un candil iluminó su rostro, comprobó que se trataba de la hija de Torralba. Se había cambiado de ropa y vestía un largo camisón vaporoso que dibujaba una sugerente silueta. El corazón le dio un vuelco al recordar la amenaza del mercader y se llevó instintivamente una mano a los testículos.

—¿Anita? —saludó deteniéndose.

—He acompañado a Yasmina a por agua —musitó ella señalando a una esclava que esperaba junto a un cántaro que se llenaba en uno de los cuatro caños de la fuente.

Algo en su tono de voz y su mirada le dijo a Aitor que no era más que una excusa. A buen seguro que a Torralba no le gustaría que saliera de casa a aquellas horas para acompañar a las esclavas, y menos con una ropa tan ligera en una noche tan fría. No, si estaba allí era por algún otro motivo.

—Mi padre nunca te llama por tu nombre. ¿Cómo te llamas? —preguntó Anita llevándose las manos a la cintura. El gesto hizo que el camisón se le ciñera al pecho y la muchacha sonrió orgullosa al ver que el guipuzcoano bajaba la vista hacia sus generosas curvas.

—Me llamo Aitor —apuntó él con un nudo en la garganta—. ¿Sabes que tu padre me ha prohibido acercarme a ti? —inquirió echando la vista hacia la casa del mercader.

La joven torció el gesto.

—¡Siempre igual! Si por él fuera viviría encerrada en casa a la espera de que un príncipe azul venga a casarse conmigo. Y no un

príncipe cualquiera, sino el que él quiera, por supuesto —explicó con una mueca de cansancio.

—Vaya, lo siento —replicó Aitor sin saber qué decir.

—Acércate a mí siempre que quieras —susurró Anita rozándole una mano—. Mi padre no tiene por qué enterarse.

Aitor volvió la vista hacia atrás para comprobar que Torralba no estuviera a la vista y tomó de la mano a la joven.

—Me gustaría volver a verte. Ahora tengo que irme. Es tarde y queda un buen trecho hasta mi casa —apuntó a modo de despedida.

—¿Puedo acompañarte?

—No, claro que no. Después tendrías que volver sola y no son horas para que una mujer vaya sola por la calle. Además, ¿no habías salido a por agua?

Ella sonrió divertida.

—Ya sabes que no —admitió con una mirada llena de picardía—. Que disfrutes del paseo —se despidió regalándole un ruidoso beso en la mejilla.

Esa noche Aitor no consiguió conciliar el sueño. Las campanadas de la catedral le recordaban que las horas pasaban mientras él no hacía más que dar vueltas por la cama. Había sido un día muy largo y demasiado intenso, pero nada le perturbaba más que Anita. Ni las sucias estratagemas de Joan con el cambista, ni el patético intento de Torralba de revender a Rispau sus propias especias conseguían

robarle un segundo el protagonismo a la joven pelirroja de cara pecosa. ¿Acaso se estaría enamorando de ella?

«No, no puede ser. Mi amor está lejos de aquí, en el valle de Oialde —se decía una y otra vez recordando a Amaia.»

Cada vez le resultaba más difícil dibujar en su mente el rostro de su antigua vecina. Era una sensación extraña. Recordaba perfectamente los rasgos de todos los habitantes de la aldea. Los de Amaia, en cambio, se difuminaban en una neblina borrosa. A pesar de ello, la quería y al pensar en ella sentía ganas de llorar de rabia por la vida desgraciada a la que la había condenado Alain de Oialde. Esperaba que todo fuera mejor por el valle, aunque algo en su interior le decía que no sería así.

«Si hubiéramos nacido en una ciudad como Barcelona, todo sería diferente. Seríamos dueños de nuestro destino y no necesitaríamos rendir cuentas ante nadie.»

Por más que lo pensaba, no conseguía entender aquellas diferencias. Fuera de las murallas de la ciudad, los campesinos malvivían como vasallos de los señores rurales. Entre sus calles, sin embargo, cada cual era su propio amo. Era como si los gruesos muros que protegían de los asedios las ciudades y las villas sirvieran al mismo tiempo como protección ante las injusticias del mundo rural.

Talán, talán... La campana dio las cinco. Los maullidos en forma de llanto infantil de una gata en celo resonaron demasiado cerca y los ronquidos de Rispau cesaron durante unos minutos. El animal debía de haberle despertado. Las vigas de madera del techo

comenzaban a tomar forma con la tenue luz azulada que se colaba por la ventana anunciando el alba. Aitor suspiró y trató de buscar postura. Trató de mantener los párpados cerrados para que el sueño acabara por vencerle, pero los ojos azules de Anita volvían una y otra vez a sus pensamientos.

«Debería olvidar mi vida anterior. Nunca volveré al valle —lo sabía desde que llegó a Barcelona pero no había querido aceptarlo hasta aquel momento—. Aquí soy libre y Rispau me trata bien. Mi vida está aquí, lejos de Alain de Oialde.»

La certeza de que no volvería a ver a Amaia, ni tampoco a su padre, le nubló la vista. Lloró en silencio contra la almohada al tiempo que crecía en su interior una reconfortante sensación de paz. Había pasado una página que tenía pendiente.

Solo cuando fue capaz de aceptarlo, consiguió dormir.

31

REVUELTA

Otoño de 1452

Hacía días que Rispau parecía nervioso. Desde antes del amanecer, cuando los gallos apenas comenzaban a romper el silencio de la noche y la Honorata aún no había tocado las seis de la mañana, sus pesados pasos delataban interminables paseos por el despacho. Durante el día tampoco era mucho mejor. En las reuniones que mantenía con Aitor se mostraba ausente, le costaba concentrarse en la conversación y pedía, una y otra vez, que le repitiera datos que normalmente retenía a la primera. Era realmente extraño. Y más teniendo en cuenta que los negocios funcionaban bien. La *Doncella Caprichosa* había enviado buenas noticias desde el Consulado del Mar de Rodas, donde había hecho una última escala antes de dirigirse a la exótica Alejandría. Los enormes fardos de paños catalanes que transportaba habían sido vendidos y en sus bodegas solo quedaban los caros tejidos flamencos que, a buen seguro, comprarían de buena gana los ricos mercaderes orientales. No era el único barco de Rispau que se encontraba lejos de Barcelona. De hecho, salvo una coca a la que estaban cambiando el velamen, el resto navegaban en aquellos momentos entre diferentes puertos del Mediterráneo. Argel, Mallorca, Nápoles, Palermo, Marsella... Sus cocas iban y venían cargadas de mercancía que se traducía en oro para las arcas del mercader.

Todo parecía ir viento en popa, pero algo le preocupaba y Aitor no conseguía acertar de qué se trataba.

«Debería preguntarle —se decía una y otra vez.»

Sin embargo, sabía que no debía hacerlo. Si algo había aprendido sobre el mercader era que no le gustaba que nadie se entrometiera en sus asuntos. Solo cuando él decidiera que el problema se había hecho tan grande que no podría resolverlo por sí mismo, lo compartiría en busca de ayuda.

Por lo demás, Pere Rispau era un hombre con el que resultaba fácil tratar. Desde la traición de su mujer, que finalmente había regresado con su familia tras conseguir esquivar la prisión por sus privilegios aristocráticos, apenas hablaba de otra cosa que no fueran negocios. Si Aitor le proponía alguna idea, la escuchaba con atención y a menudo le permitía ponerla en práctica. Otras veces, era el propio mercader quien solicitaba la opinión de su secretario sobre alguna empresa en la que quisiera embarcarse. Pero era siempre Rispau quien marcaba los tiempos; quien decidía cuándo y de qué se hablaba en aquella casa.

Como cada día desde que se había trasladado a la habitación del secretario, más grande y con una ventana abierta al exterior, Aitor se despertó en cuanto las primeras luces del alba iluminaron la estancia. El chapoteo del agua de una fuente cercana se colaba por la ventana. Las esclavas más madrugadoras no tardarían en acudir a llenar sus cántaros y sus voces ocultarían la rítmica cantinela que arrullaba sus sueños. Aquella noche le había costado dormir. Los espantosos ronquidos de Rispau, que ocupaba la habitación

contigua, se habían prolongado hasta casi la mañana y solo habían cesado para dar paso a los ruidosos paseos del mercader por el despacho.

Se enjuagó la cara con el agua de una jofaina y se vistió. Debía acudir a la Casa de los Graneros a cobrar la última parte de la subvención por la importación de cereal. Los últimos pagos se habían dilatado tanto que llegó a pensar que nunca los cobrarían, pero por fin había llegado el día de que el gobierno municipal saldara sus deudas. Aquel negocio fue un éxito. A un primer viaje siguieron dos más, hasta que la ciudad estuvo bien abastecida. Tal como preveía, le había permitido recuperar rápidamente las vacías arcas de Rispau.

—Buenos días, señor —saludó entrando en el despacho.

Pere Rispau se encontraba de espaldas, asomado a la ventana principal. Su larga sombra se dibujaba en el suelo de madera.

—No tan buenos —replicó el mercader sin girarse.

—Hoy cobraréis la última parte de la subvención —anunció Aitor.

—Esos idiotas de la Biga han dejado temblando las arcas municipales. Todo por su populismo con este asunto del trigo. No solo han vaciado el tesoro de la ciudad, sino que lo han endeudado —protestó girándose hacia Aitor—. Ahora los ciudadanos tienen trigo. Sí, trigo para todos. Pero tienen, tenemos, mejor dicho —recalcó estás últimas palabras—, una enorme deuda que no sé cómo demonios vamos a pagar. La ciudad debe ya casi doscientas mil libras, una auténtica barbaridad.

—¿Y si el año que viene vuelve a escasear el cereal? —inquirió Aitor.

Rispau se rió.

—El cereal escasea siempre en Barcelona. Siempre. Es difícil alimentar una ciudad tan grande. ¿Sabes cuántos carneros se sacrifican cada día? —Aitor negó con la cabeza—. Doscientos. Y casi cincuenta vacas. Por no hablar del pescado. ¿Sabías que importamos pescado en salazón de Flandes y Portugal porque no es suficiente con lo que se pesca en nuestra costa? Esta ciudad es como un gigantesco vientre hambriento que nunca tiene bastante. Siempre faltará comida para alimentar Barcelona. ¿Volverá el gobierno municipal a subvencionar la importación de trigo si vuelve a faltar de aquí a unos meses? Espero que no, o la deuda será insostenible.

—Señor, vuestros negocios florecen gracias a ese tipo de iniciativas —apuntó Aitor.

El mercader se giró de nuevo hacia la ventana. El joven temió haber puesto el dedo en la llaga.

—Así es. Pero mientras nosotros nos enriquecemos la ciudad se arruina. No creo que tardemos en ver un descontento general. Si la Busca sabe aprovecharlo, logrará hacerse con el poder municipal. Dicen las malas lenguas que Galceran de Requesens, gobernador de Cataluña, empieza a decantarse de su lado. Él y la reina han permitido agruparse a los de la Busca en un sindicato que han bautizado como de los Tres Estamentos y Pueblo de Barcelona. Si el rey Alfonso no lo remedia desde su palacio de Nápoles, será cuestión

de tiempo que Requesens les entregue la ciudad. Ya podemos rezar por que no ocurra o nuestro negocio tendrá los días contados.

Aitor sabía que tenía razón. Quizás exageraba pero en el fondo era cierto. La Busca estaba formada por artesanos y pequeños mercaderes que abogaban por medidas proteccionistas que permitieran vender mejor los productos locales. Entre sus principales ideas, defendían una devaluación de la moneda para hacer más atractivas las manufacturas catalanas en el extranjero. La iniciativa resultaría positiva para las exportaciones, no cabía duda, pero encarecería tanto las importaciones que las especias orientales, en las que se basaba gran parte de la riqueza de Rispau, se convertirían en un artículo de lujo, solo al alcance de un puñado de ricos.

El mercader echó a andar hacia una enorme butaca que había hecho reforzar después de que una de las patas sucumbiera bajo su peso. Exhalando un enorme suspiro casi animal se dejó caer en ella y apoyó ambas manos en los reposabrazos.

—Algo va mal —anunció haciendo un gesto a Aitor para que se sentara a su lado. El sillón se encontraba en uno de los laterales del despacho, formando un reducido espacio para reuniones informales junto con dos sillas de madera labrada y una pequeña mesita. Una ventana brindaba una agradable luz tamizada por una cortina de lino.

—Lo imaginaba —confesó Aitor, expectante por saber cuál era el motivo de tanta preocupación.

—Hace días que debía de haber llegado el azafrán. Cada año, en la primera semana de noviembre, recibimos un carro cargado hasta

los topes de la preciada especia —Aitor recordaba que en años anteriores el azafrán había llegado cuando los días comenzaban a acortarse y de eso hacía ya unas cuantas semanas—. Estamos a mitad de mes y aquí no llega carro alguno —explicó el mercader.

Aitor comprendió su angustia. Cada vez que se ponía melancólico, Rispau le explicaba que había logrado su riqueza gracias al azafrán. Sabedor de las enormes sumas de dinero que los mercaderes de gran parte del Mediterráneo estaban dispuestos a pagar por unos cuantos gramos de esta especia, había promovido su cultivo entre los campesinos de la plana de Vic. Año tras año, les había comprado toda la cosecha para embarcarla en busca de los mercados más lucrativos. Su imperio comercial, que había comenzado con dos naves heredadas de su padre, había ido creciendo al ritmo de las ventas del azafrán hasta convertirlo en uno de los mercaderes más ricos de la ciudad. Las especias orientales eran ahora su principal fuente de riqueza, pero el azafrán seguía reportando a Rispau importantes beneficios. Lejos de menguar, el mercado era cada vez más amplio. Tanto que, en los últimos años, Enric Torralba le compraba una importante parte de la producción para exportarla a Brujas y otros puertos atlánticos, donde obtenía beneficios muy jugosos.

—Quizás se lo hayan vendido a otro comerciante —apuntó Aitor. No estaba al corriente de los acuerdos que mantenía Rispau con los productores de azafrán, porque el mercader se ocupaba de llevar sin su ayuda esa parte de su negocio.

—Imposible. A comienzos del verano les pagué por adelantado la mitad del total de la cosecha. Cada año lo hago así. De ese modo me aseguro de que mantendrán su fidelidad y el azafrán será mío. No sé qué ha podido ocurrir.

Aitor se encogió de hombros.

—¿Y si se ha retrasado la recolección?

El mercader negó con la cabeza.

—No. Hace más de un mes me llegaron noticias de que comenzaban a cosecharlo. Todo iba bien hasta entonces. Después no he sabido nada más.

—Deberíais enviar un emisario a la zona de producción —advirtió Aitor.

—Por eso estás aquí. Saldrás inmediatamente. A caballo estarás allí mañana por la tarde.

El viaje discurrió sin problemas. Acostumbrado a la parsimonia del carro de bueyes que utilizaba en Oialde, viajar a caballo resultaba extremadamente veloz. El camino era bueno y estaba tan transitado por carros cargados de todo tipo de mercaderías que parecía que aún se encontrara en las calles de Barcelona. Se sonrió nostálgico al descubrir que algunos arrieros acarreaban toneles de vino.

¿Qué tal le iría a su padre?

«Ojalá los problemas de su corazón no se hayan repetido y haya podido continuar con el negocio del vino —se dijo esperanzado.»

Era la primera vez que Aitor abandonaba la ciudad tras su llegada por mar y le defraudó que el paisaje no se pareciera en nada a su añorado valle de Oialde. No había hayedos, ni robledales, ni pastos para las vacas, sino amplios encinares, viñedos y pequeños cultivos de cereal y azafrán. Le recordaba en cierto modo a los colores que acostumbraba a ver al sur de Vitoria, en las tierras del vino. Sin embargo, llamó su atención algo que no había visto nunca antes: junto a las masías se podía ver en muchos casos una cruz de gran porte y una fosa excavada junto a la entrada. Cuando preguntaba por ello, los viajeros evitaban contestar y se escabullían incómodos, hasta que dio con un campesino con más ganas de hablar que miedo.

—Es una amenaza. Con esa señal avisamos a los señores feudales de que los mataremos si no nos dan la libertad. No queremos seguir viviendo sometidos a sus decisiones. Nos ahogan con sus impuestos, nos obligan a trabajar sus tierras, se acuestan con nuestras mujeres la primera noche tras el matrimonio y nos martirizan con sus caprichos. ¡Se acabó! ¡Hemos dicho basta y no pararemos hasta lograr la libertad!

Aitor se sintió conmovido con el relato. A tantas leguas de distancia de Oialde, los campesinos sufrían problemas similares.

«Al menos aquí plantan cara contra la injusticia —se dijo.»

—¿Y los señores no hacen nada para acallar vuestras protestas? —preguntó intrigado.

—Claro que lo hacen. Nos atacan y nos imponen cada vez mayores obligaciones, pero Galceran de Requesens, el gobernador,

está de nuestra parte.

—¿Por qué no huyes a Barcelona? —inquirió Aitor, que conocía numerosos casos de campesinos que habían logrado la libertad en la ciudad.

El payés le dedicó una mirada llena de orgullo.

—Eso nunca. Conozco vecinos que lo han hecho. Y no puedo decir que les haya ido mal. Si un campesino logra llegar a la ciudad, adquiere la plena libertad tras un año allí. Entretanto debe vivir oculto ante el temor a ser encontrado por su señor. Aunque ese no es el problema que me frena, sino mis tierras. Nací en ellas y en ellas quiero morir, pero quiero hacerlo como una persona libre. Y lo haré. ¡Juro por mis hijos que lo haré!

Aitor sintió envidia de aquella revuelta, impensable en los verdes valles de su tierra natal. Durante el resto de la tarde, además de las señales en las puertas de las masías, se cruzó con nobles armados y grupos de campesinos que discutían acaloradamente; la tensión en el campo era evidente.

Tras hacer noche en una cómoda posada atestada de arrieros, la segunda jornada del viaje le llevó a primera hora de la tarde hasta la plana de Vic. Siguiendo las indicaciones de Rispau, no le costó dar con el grupo de masías que producían su preciado azafrán. Se trataba de media docena de sencillos edificios de piedra rodeados por una enorme extensión de campos donde crecían las delicadas flores moradas de las que se obtenía la especia. Algunos jornaleros recogían las últimas de la temporada. Junto a la mayor de las casas,

habían dispuesto una larga estructura de madera y cañas sobre la que aún se secaban un puñado de hebras de azafrán.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó a los trabajadores que custodiaban el secadero.

—En la casa lo encontrarás. Pregunta por Francesc —replicó un hombre de mirada desconfiada señalando hacia la masía. El nombre coincidía con el que le había dado Rispau. Era él quien hacía de intermediario entre el grupo de campesinos y el mercader.

Ligó el caballo a una argolla dispuesta junto a la puerta y se asomó al interior. No era muy diferente del caserío de su familia; una gran estancia central con la cocina en una esquina y varias habitaciones abiertas a ella. Una escalera lateral ascendía a un segundo piso que seguramente funcionaba a modo de granero.

—¿Hay alguien?

Una mujer menuda y de facciones poco afortunadas se asomó desde la cocina.

—¿Qué quieres?

—Quisiera hablar con Francesc.

—¿Quién eres? —Su tono de voz tampoco resultaba amigable.

—Vengo de parte de Pere Rispau.

El semblante se le oscureció.

—¡Francesc!

El hombre no tardó en acudir. Curtido por el sol, las arrugas dibujaban un auténtico laberinto en su rostro, pero no tendría más de treinta años. Su mirada huidiza no adelantaba nada bueno.

—Así que te manda Rispau —dijo a modo de saludo.

—Eso es. Quiere saber qué ocurre con su azafrán —decidió que con aquella gente sería mejor ir al grano.

—El caso es... —comenzó a explicar el campesino.

—El caso es que no es su azafrán. Es nuestro azafrán —contestó su mujer sin moverse de la cocina. Aitor tuvo la sensación de que bizqueaba.

—Sí, pero Pere Rispau os paga por él. Y lo hace por adelantado —apuntó Aitor.

Francesc hundió la mirada en la tierra batida que cubría el suelo de la masía.

—No hay azafrán este año. Una tormenta lo destrozó todo —explicó casi en un susurro.

—Así es. Eso ocurrió —asintió la mujer.

Aitor sabía que mentían. No había más que ver la expresión del campesino para darse cuenta. Era evidente que lo habían vendido a un mejor postor. Además, acababa de pasar por los campos de cultivo y parecían gozar de muy buena salud.

—¡Mentís! Os denunciaré y la justicia caerá sobre vosotros. Nadie puede romper así un acuerdo comercial. Habíais cobrado la primera mitad del pago. ¿Dónde está el dinero?

Francesc iba a responder cuando la señora dio un paso al frente.

—Lo robaron. Vinieron unos asaltantes y lo robaron todo. Hasta la última moneda —explicó con fingida expresión de tristeza.

Era demasiado. No solo habían privado a Rispau de su azafrán, sino que además pretendían robarle.

—Sois unos ladrones. En unos días estaréis colgados de la horca —les amenazó Aitor haciendo ademán de abandonar la casa.

—Defiéndete Francesc, la razón es nuestra —apremió la mujer.

—Te dije que no era buena idea —replicó el hombre llevándose las manos a la cara—. ¡Espera un momento, por favor!

Aitor se giró hacia él.

—¿Vas a devolverme el dinero?

—No. Lo robaron —insistió la mujer.

—¡Te lo devolveré ahora mismo, pero no me denuncies! —imploró Francesc entregándole un pequeño cofre lleno de monedas.

—¿A quién se lo vendiste? —inquirió Aitor.

—Date por satisfecho con el dinero. No delataremos al comprador. Pagó mejor que Rispau, eso es todo lo que necesitas saber —se defendió la mujer, que ahora bizqueaba tan exageradamente que parecía mirar a Aitor y a su marido al mismo tiempo.

«Es una bruja. Seguro que fue todo idea suya.»

—No. Esto no se acaba con la devolución del dinero. Habéis profanado un acuerdo comercial. Quizás os parezca poco importante, pero lo que habéis hecho es de una gran gravedad —El marido lloriqueaba asustado, pero no sabía cómo amedrentar a aquella mujer. Era dura como el hierro, amarga como la hiel—. O

colaboráis conmigo y me decís quién os compró el azafrán o me veré obligado a denunciaros.

—¡Díselo! ¡Dile quién lo compró! —suplicó Francesc asustado.

—Jamás —sentenció ella escupiendo con desprecio a los pies de Aitor.

—Fue ella quien trató con el comprador. Yo no recuerdo su nombre —sollozó el campesino.

—¿Lo viste?

—Sí, claro que lo vi. Se presentó aquí a caballo hace dos meses y nos ofreció una tercera parte más de lo que paga Rispau. Yo me negué. La cosecha de este año estaba vendida, pero ella se empeñó en que debíamos vendérsela al recién llegado. Fue ella quien negoció con él —explicó señalando a la mujer, que los miraba con los ojos fuera de sus órbitas.

—¡Púdrete!

Aitor no supo a quién de los dos iba dirigido el improperio.

—¿Cómo era? —inquirió llevándose una mano al rostro.

—Tenía el pelo blanco y una barbita muy corta, arreglada. También blanca. Ojos claros, fríos —Francesc entrecerraba los ojos haciendo un esfuerzo por recordar—. Más alto que yo; como tú, más o menos. No era gordo, más bien delgado.

—¿Vino solo?

—No. Lo acompañaba un pelirrojo. Era bastante más joven que él y también tenía los ojos claros. Ahora que lo pienso, podría tratarse de su hijo. Este último volvió a venir para acompañar al

carro cargado de azafrán. Quería asegurarse de que llegara a su destino.

—No te servirá de nada —se burló la bizca—. Vuelve con Rispau y dile que nunca más tendrá nuestro azafrán. Hay quien lo paga a mejor precio.

Aitor sintió un escalofrío al percibir la maldad de aquella mujer, que escupía odio con aquellos ojos completamente girados en un ángulo imposible.

—¿Algo más llamó tu atención? —el guipuzcoano volvió a dirigirse al marido.

—No recuerdo nada más —apuntó deteniéndose unos segundos para pensar—. Sí, claro que sí. El más joven tartamudeaba tanto que era casi imposible entenderse con él.

Aitor sonrió para sus adentros. Era suficiente. Nunca antes había oído una descripción tan acertada.

Fue Anita quien le abrió la puerta. Vestía una larga camisa de lino que le llegaba hasta las rodillas. El blanco de la ropa realzaba el tono sonrosado con el que se pintaron sus mejillas al verlo. Desde que se conocieran hacía un año en aquella misma casa, se habían visto en varias ocasiones. A veces Aitor se dejaba caer por los alrededores de su palacete con la esperanza de verla y otras la descubría paseando junto a la casa de Rispau o en las cercanías de la lonja. Cuando se encontraban, apenas podían charlar de trivialidades unos minutos y se veían obligados a guardar las distancias, aunque con la mirada se decían muchas más cosas. Nunca podían alargar sus encuentros

porque ella siempre iba acompañada de una criada. Su padre, temeroso de que la joven echara a perder su proyecto de casarla con algún noble influyente, le había prohibido abandonar la casa familiar sin compañía.

—No vienes a verme a mí —protestó Anita con fingido disgusto.

—Necesito ver a tu padre —admitió Aitor.

—Sígueme —pidió la joven echando a andar por el largo pasillo que llevaba a una escalera de madera labrada.

Subió lentamente, contoneándose con gracia. El suave tejido se adaptaba a sus formas y dibujaba las sugerentes curvas de sus caderas. Era muy hermosa. Aitor sintió ganas de acariciarla, pero se obligó a concentrarse en el problema que lo había llevado allí. Aún no sabía cómo reaccionaría el mercader. De hecho, las relaciones entre ambos eran tremendamente frías desde el episodio de las especias.

Una vez que Aitor estuvo dentro del despacho, Anita salió y cerró la puerta, dejándolos solos.

Torralba se encontraba sentado tras un enorme escritorio que a Aitor le pareció muy similar al de su jefe. Mapas, libros de contabilidad... La única diferencia era que la cartografía de Rispau mostraba el Mediterráneo mientras que en la que ahora tenía ante sí aparecían el Atlántico y el mar del Norte.

—Siéntate, por favor —le saludó el mercader señalando una silla frente a su mesa.

Aitor obedeció. Estaba nervioso, temía que la conversación no sería fácil.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió Torralba forzando una sonrisa.

—¿Vos qué creéis, Enric? Hay cientos de productores de azafrán alrededor de Barcelona. Podíais haber escogido a cualquiera —Aitor sabía que no era verdad, porque la mayoría de los campesinos dedicaban tan poca tierra a la especia que apenas podían destinarla al uso propio o a una exigua venta al detalle—, pero era más práctico sobornar a los productores de Rispau. ¿Verdad?

—Yo no he sobornado a nadie —protestó el mercader acariciándose la arreglada barba blanca.

—Les habéis ofrecido más dinero por la cosecha.

—Es la ley del mercado. El producto se vende a quien más paga por él —se burló Torralba.

—Olvidáis que Rispau había abonado la mitad de la cosecha por adelantado. El azafrán de este año era suyo. Y lo que está vendido no puede venderse de nuevo.

El mercader se miró pensativo las manos, que se crisparon como dos afiladas garras.

—¿Has terminado? —preguntó alzando de nuevo la vista hacia Aitor. Sus fríos ojos azules parecían de hielo.

—No. Claro que no he terminado —replicó Aitor—. Lo haré cuando el señor Rispau tenga el azafrán en sus almacenes.

Torralba le señaló la puerta de salida.

—Puedes irte. No tengo nada más que hablar.

Aitor permaneció sentado unos segundos. Aquello no podía quedar así.

—¿A qué esperas? —apremió el mercader—. Vamos, a la calle. ¿Acaso no entiendes mis palabras? Tienes suerte de que mi mayordomo haya salido a visitar a su hermana al convento. De lo contrario, haría que te sacara de aquí a patadas.

Aitor abandonó el despacho y bajó las escaleras de dos en dos. Quería salir cuanto antes de aquella casa. La impertinencia de Torralba había despertado en él una enorme rabia. Sentía ganas de vengarse, de darle su merecido a aquel ladrón disfrazado de honrado mercader.

Enfilaba furioso el pasillo hacia la puerta de salida cuando Anita se le echó encima y le empujó hacia la cocina, cubriéndole la boca con una mano. La joven lo hizo con tanta agilidad y rapidez que Aitor apenas pudo oponer resistencia.

—Calla, no digas nada —le suplicó la muchacha mientras lo sostenía con la espalda contra la pared.

No había nadie en aquella cocina, pero la cocinera no tardaría en volver. Aquella aromática sopa hirviendo a borbotones no podía quedarse sola mucho tiempo. Olía bien, a tomillo y romero. Varias escudillas vacías esperaban en la mesa a ser servidas para la cena.

—¿Qué haces? Si tu padre nos descubre me matará —protestó el de Oialde.

Sin dejar de retenerlo, Anita se acercó tanto que Aitor creyó por un momento que iba a besarlo.

—Mi padre quiere casarme con uno de los hijos de los Junyent, una familia de nobles engreídos que se creen los dueños de la ciudad —Aitor no podía dejar de mirar los labios de la joven. Eran hermosos. Deseó que lo hubiera besado—. Tiene solo diecisiete años y ya es un cerdo seboso que me hace gestos lascivos con la lengua cada vez que me ve. Me moriré de asco si tengo que compartir cama con él. Y me aplastará con su panza —protestó con una mueca de repugnancia—. Pero mi padre se empeña en que ha de ser así. Lo ha hablado con sus padres y están de acuerdo.

El guipuzcoano apenas la escuchaba. Era hermosa. Sentía unas enormes ganas de besarla. Quería sentir en su boca aquellos labios carnosos y recorrer su cuerpo con las manos. Ella parecía disfrutar al saberse deseada y se acercó aún más. Aitor podía sentir su aliento cálido, cada vez más cerca. Anita dibujó una sonrisa y le tomó las manos, llevándoselas a la cadera. Ella también lo abrazó. Aitor tembló al sentir su piel tersa bajo el lino y ella abrió sus labios expectante.

Suavizado por la distancia, reconoció el *seny del lladre*, los tañidos de campana que anunciaban el cierre de los portales de la muralla. La tarde comenzaba a dar paso a la noche.

La besó. El mundo entero se convirtió en un torbellino. Las manos de Anita recorrían la fibrosa espalda de Aitor, deteniéndose en cada músculo, mientras sus lenguas se entrelazaban con frenética pasión. Bajo la fina tela, los pesados pechos de la joven rozaban el torso de Aitor, que acercó las manos para acariciarlos.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Y si nos descubren?»

Anita pareció adivinar sus dudas. Lo agarró con fuerza por los glúteos y acercó la boca a una de sus orejas. La mordisqueó suavemente y Aitor sintió su aliento caliente en el cuello.

—Házmelo. Hazme tuya —suplicó ella jadeante.

Apenas tuvo tiempo de acabar la frase. La puerta del despacho de su padre se abrió en el piso de arriba y sus pasos resonaron en la escalera.

—¿Anita? —llamó.

—Mierda. Tienes que irte. No, por la puerta no, que te verá. Por aquí, por la ventana.

Mientras Anita se estiraba el camisón de lino, Aitor saltó a la calle. Era peligroso. No había apenas altura, pero si alguien lo veía pensaría que se trataba de un ladrón y daría la voz de alarma.

Solo habían pasado dos días desde la visita a la casa de Torralba, pero Rispau había insistido al Consulado del Mar para que el caso se tratara antes de que su competidor pudiera deshacerse del azafrán.

Aitor pidió a su jefe que acudiera al tribunal en persona, pero este se negó rotundamente. Ni siquiera la idea de fabricar una enorme litera para que los esclavos pudieran llevarlo le convenció.

—¿Crees que soy un mono de feria? Se burlarán de mí por no ser capaz de mover mi gordo culo —objetó para zanjar la discusión.

Varios mercaderes de poca monta se encontraban en la tribuna reservada al público. El proceso tenía lugar en la propia lonja, sede del Consulado del Mar, cuyos miembros ejercían el papel de árbitro

siempre que había conflictos relacionados con el comercio, tanto marítimo como terrestre. El caso había despertado la curiosidad entre los mercaderes de la ciudad y los más morbosos ansiaban ver su solución en primera persona.

—Enric Torralba, como demandado, ¿qué alegáis en vuestra defensa? —inquirió el juez de apelación, un hombre con el pelo completamente blanco y cubierto con una capa ribeteada en piel que a Aitor le pareció excesivamente pomposa.

El mercader se aclaró la voz antes de hablar.

—No tengo gran cosa que decir. Lo único que hice fue comprar el azafrán a unos campesinos. Nada más. No me salté las leyes en ningún momento.

Aitor explicó como el azafrán había sido previamente comprado por Pere Rispau, que había acordado pagar la segunda mitad del precio de la cosecha en el momento de su entrega.

El juez miró largamente a Torralba antes de preguntarle si era conocedor de aquel detalle cuando compró el cargamento de azafrán. Sin dejar de sostenerle la mirada, el mercader lo negó rotundamente.

«No tengo pruebas de que fuera así. Necesitaría el testimonio de Francesc —se dijo Aitor comprendiendo que sus argumentos carecían de una prueba que los refutara.»

El juez intercambió unas palabras con los dos cónsules que le asistían. Después garabateó algo en un papel con una enorme pluma de alegres colores. Finalmente, haciendo un gesto con una

mano para acallar los nerviosos murmullos de los presentes, se dispuso a anunciar su veredicto.

—El azafrán será para Pere Rispau. Él lo había pagado, al menos en parte, luego la cosecha de este año le pertenece. Sin embargo, es probable que Enric Torralba no actuara de mala fe, al no poderse probar que supiera que el demandante había abonado por adelantado parte del precio de la cosecha. Por este motivo, Pere Rispau deberá pagar al demandado la mitad restante del precio que había acordado con el vendedor —explicó mirando alternativamente a Torralba y Aitor—. Si el demandado desea recuperar el resto del dinero abonado a los campesinos, deberá abrirse un nuevo juicio contra ellos, con él como demandante.

Aitor se felicitó para sus adentros y se apresuró en abandonar la sala. Estaba ansioso por comunicarle la noticia a Rispau. Antes de salir, se giró hacia Torralba. El mercader le dirigió una mirada glacial.

No podía esperar otra cosa. Había sido un duro golpe para el padre de Anita. Difícilmente lograría llevar al Consulado del Mar de Barcelona a los campesinos de la plana de Vic. Podía dar miles de libras por perdidas con su nefasta operación.

«Tal vez así no vuelva a entrometerse en nuestros negocios —se felicitó Aitor.»

Nunca había estado tan equivocado.

32

UN NUEVO PUERTO

Invierno de 1452/53

Durante semanas, en la Lonja del Mar no se habló de otra cosa. Tras siglos de incómodas maniobras de estiba desde la playa, Barcelona tendría por fin un puerto en condiciones. El proyecto de construcción contemplaba la creación de un largo dique de protección y amplios muelles. La isla de Maians quedaría unida a tierra firme por medio de un espigón y acogería buena parte de los edificios portuarios.

—No es la primera vez que lo prometen —apuntó un mercader observando los planos.

—Ni será la última. Esta vez tampoco lo harán. El tesoro municipal está endeudado —replicó otro.

La construcción del nuevo puerto era una demanda secular de los mercaderes, que veían como Barcelona perdía terreno ante ciudades rivales por la lentitud de las tareas de carga y descarga. Lo que en otros lugares podía suponer varias horas de trabajo, allí se alargaba durante días. Aitor recordó las tediosas maniobras de desestiba de la *Risueña*, que habían tenido su contrapunto en la rapidez con la que llenaron las bodegas en los muelles de Sevilla. Estaba claro que Barcelona necesitaba un puerto en condiciones y Rispau se felicitaba por la noticia, pues había sido uno de los principales promotores de la idea.

—Espero que no asistas mañana a la puja, forastero —masculló Torralba acercándose a Aitor.

Desde la humillación sufrida en el caso del azafrán, el mercader no le ocultaba su animadversión. Su relación había quedado reducida a la mínima expresión, pero Rispau seguía precisando de los barcos de Torralba para exportar sus especias a Flandes y este último no podía vender sus caros tejidos flamencos en el Mediterráneo oriental sin embarcarlos en las naves del primero. Estaban condenados a entenderse. Sin embargo, la comunicación resultaba cada día más difícil. En un primer momento, el padre de Anita se opuso a seguir negociando con Aitor y exigió recuperar a Joan como interlocutor. Rispau se negó en redondo. Había perdido toda la confianza en su sobrino. Ante la amenaza de romper definitivamente unas relaciones comerciales que resultaban lucrativas para ambos, Torralba se vio obligado a aceptar a Aitor como intermediario. Sin embargo, cada vez que se lo cruzaba en la lonja, le dedicaba miradas despectivas y frases hirientes. En alguna ocasión, el joven le había descubierto burlándose de él junto con algunos mercaderes que le eran afines.

—Claro que asistiré —replicó Aitor.

Torralba soltó una risilla.

—Aquí nos veremos entonces. Esta vez no ganarás.

Aitor se encogió de hombros.

—Ganará quien haga la mejor oferta, como siempre —apuntó.

El gobierno de la ciudad necesitaba barcos para la construcción del puerto. Sería necesaria mucha piedra y las canteras de Montjuic

no darían abasto para una obra de semejante envergadura. Parte de la materia prima llegaría de más al sur, de las montañas del Garraf. Muchos de estos sillares serían transportados en carros, pero el maestro constructor quería contar con varias cocas para agilizar su llegada.

No corrían los mejores tiempos para el comercio, con una demanda cada vez más escasa y una competencia cada vez mayor por parte de Génova, de modo que poder destinar sus barcos a la obra del puerto era una operación a la que muchos mercaderes querían optar.

—¿Qué tendrá preparado ese viejo zorro? —exclamó Rispau cuando Aitor le repitió las palabras de Torralba.

—Quizás haya sobornado a alguien para que elijan sus barcos —planteó Aitor.

El gordo mercader digirió lentamente la idea.

—No, no creo —decidió finalmente—. Si mañana alguien hace una oferta claramente mejor que la suya, el gobierno municipal no podrá decantarse por Torralba. Sería un escándalo.

—Pues está claro que algo esconde. Está demasiado seguro de que esta vez no ganaremos nosotros.

—¿Sabes lo que creo? —Aitor negó con la cabeza—. Me parece que solo intenta asustarte para que mañana partas con desventaja.

—¿Me llamabais? —preguntó Joan abriendo la puerta del despacho.

—Así es. Siéntate —invitó el mercader señalando la única silla que quedaba libre junto a la mesa.

En los últimos meses, Rispau apenas contaba con su sobrino. Lo había relegado a realizar meras actividades contables y a recorrer la ciudad para llevar recados de poca importancia. Sin embargo, aún requería su presencia cuando se trataba de decidir estrategias comerciales. Rara vez aportaba algo interesante, pero el mercader tenía la esperanza de que, tras casi diez años a su servicio, tuviera alguna vez una buena idea.

—¿Qué propones para la reunión de mañana? —inquirió Rispau.

Joan dedicó a Aitor una mueca de desprecio y explicó su plan, que no era otro que copiar el mismo esquema que les había funcionado tan bien en el caso de las galeras: aprovechar los viajes a media carga para llenar las bodegas con otras mercancías.

—A veces tengo la impresión de que hablas sin pensar —le acusó el mercader—. ¿No ves que la cantera del Garraf está a apenas dos o tres horas de navegación? ¿Qué pretendes traer de allí, más piedra?

Joan bajó la mirada y se retorció las manos en un gesto angustiado.

—¡Si lo hubiera propuesto él, os parecería genial! —protestó con los ojos brillantes por las lágrimas de rabia y envidia.

Rispau no contestó. Dirigió una mirada a Aitor para que expusiera sus ideas.

—Mañana no seremos solo dos en liza. Habrá muchos armadores deseosos de dar utilidad a sus naves. Nosotros tenemos tres cocas fondeadas en el puerto —El joven mostró tres dedos de su mano derecha para enfatizar sus palabras—. Tres cocas que cada día que pasa suponen un gasto y ningún beneficio. En la subasta, los mercaderes intentarán lograr un precio justo por el transporte, por lo que pedirán miles de libras. Si queremos llevarnos el contrato, deberíamos cambiar la forma de pensar —Rispau lo miraba con el ceño fruncido, sin comprender adónde quería llegar—. En lugar de calcular cuánto vale el encargo, debemos pensar en cuál es el mínimo precio a cobrar para que nos resulte más rentable mover las cocas que tenerlas fondeadas. Solo de ese modo lograremos un precio competitivo.

Rispau esbozó una sonrisa y se adelantó para darle un cariñoso manotazo en la espalda.

—¡Muy bien pensado! Tenemos la partida ganada.

Se levantó en cuanto las primeras luces del alba se colaron entre los postigos entornados. La reunión en la lonja no comenzaría hasta las diez de la mañana, pero quería estar bien despierto cuando comenzara. Iban a ser necesarios muchos reflejos para defenderse de las diferentes estrategias que Torralba y otros mercaderes hubieran preparado. Pero si de algo estaba convencido era de que nadie ofrecería un precio mejor que él.

—Buenos días, señor. ¿Habéis dormido bien?

—Muy bien, Nadia. ¿Tú también?

La muchacha asintió mientras Aitor se acomodaba en una banqueta junto a la desgastada mesa de mármol de la cocina. La esclava se apresuró en servirle el desayuno, un contundente plato de butifarra blanca con judías fritas.

De todas las comidas del día, aquella era de la que más disfrutaba Aitor; la única que hacía en la propia cocina y no en el suntuoso comedor donde compartía mesa con Rispau. Le gustaba observar a las cocineras entre fogones y charlar con ellas para olvidar por un momento los negocios del mercader. Nadia era la menor, casi una niña, y la más simpática; Fátima, en cambio, podría ser abuela si hubiera tenido hijos alguna vez y era más huraña, pero Aitor conseguía robarle una sonrisa algunos días.

La cocina era lo más parecido a un hogar en aquella casa donde el ambiente familiar brillaba por su ausencia. El humo de los pucheros y la leña flotaba en el ambiente, formando una especie de neblina en la que los rayos de sol que se filtraban por la ventana dibujaban haces de luz que recorrían la estancia en diagonal. Aitor, aún adormilado, observaba los caprichosos dibujos que trazaba el humo mientras disfrutaba de su plato.

—Están riquísimas las judías.

—Gracias señor. Son frescas, las trajeron ayer de las huertas del delta del Llobregat —explicó Nadia.

—Sí que has madrugado —saludó Joan asomándose por el quicio de la puerta. Llevaba el pelo enmarañado y bostezaba.

Aitor asintió.

—Quiero llegar pronto a la lonja.

—Claro —admitió su ayudante llevándose a la boca un pedazo de queso de Mallorca—. Además, tendrás que dar un rodeo.

—¿Por qué? —inquirió Aitor frunciendo el ceño.

—¿No lo sabes? Ayer se derrumbó una casa junto a Santa María del Mar. Parece ser que las termitas fueron las culpables. Habían devorado las vigas.

—¿Había gente dentro?

—No. Estaban todos en misa. Fue durante el oficio de la tarde. Ahora la calle está cortada, es una maraña de cascotes.

—¿Por dónde debo ir entonces?

—Oh, no es complicado. Al salir de casa, en lugar de girar hacia la derecha, debes hacerlo hacia la izquierda y en las dos siguientes a la derecha. Pasarás por el portal del Borne. Tampoco es un gran rodeo, te llevará apenas cinco minutos más.

Aitor asintió. Conocía aquel camino.

—¿Vendrás conmigo?

—No. Mi madre necesita que pase por casa, pero te veré después en la lonja —apuntó Joan saliendo de la cocina.

Aitor no se entretuvo mucho más. Estaba ansioso por llegar a la reunión. En cuanto puso un pie en la calle supo que sería un día gélido. Hacía poco que las campanadas habían tocado las ocho de la mañana y las neblinas de la noche aún no se habían disipado, aumentando aún más la sensación de frío. Por un momento, estuvo tentado de seguir el recorrido de cada día. Sentía curiosidad por ver

el edificio arruinado, pero se dijo que no convenía perder tiempo. Podría verlo a la vuelta. Además, había visto caerse muchas casas desde que vivía en la ciudad. Las construcciones de las zonas más humildes eran tan sencillas que, en ocasiones, una simple tormenta era capaz de derruirlas. Lo que no resultaba tan habitual era que se viniera abajo una casa de buena planta, y alrededor de Santa María del Mar todas lo eran. Pero las termitas eran caprichosas y podían hacer estragos en muy poco tiempo.

El portal del Borne, abierto en la muralla antigua, que protegía Barcelona hasta que se construyó otra más cercana al mar, le confirmó que iba por el camino correcto. Los paños del viejo muro defensivo formaban parte ahora de edificios que habían abierto ventanas donde antes solo hubiera piedra y mampostería. La vieja puerta aún colgaba de los goznes oxidados, pero hacía siglos que no se cerraba ni siquiera de noche. Le costó llegar hasta ella porque los fabricantes de colchones entorpecían el paso con grandes fardos de lana que vareaban en plena calle. Al pasar bajo el arco, un atisbo de brisa marina le hizo estremecerse de frío. De buena gana se arrebujaría con aquellas montañas de lana. Apretó el paso para llegar a la lonja cuanto antes. Entre sus muros haría más calor.

No tuvo tiempo de preocuparse más del frío. Sintió un golpe tan fuerte en la cabeza que todo se volvió negro y cayó desplomado.

Se despertó dolorido y se llevó instintivamente una mano a la cabeza. Sentía terribles pinchazos, pero al palparla comprobó aliviado que no la tenía rota. Un enorme chichón detrás de la oreja

izquierda delataba el lugar donde le habían golpeado. Abrió los ojos. Estaba tan oscuro que todo era negro. Quizás lo habían dejado ciego del golpe. Olía a humedad, a sótano. Intentó ponerse en pie pero se mareó y tuvo que sentarse de nuevo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

«Tengo que saber dónde estoy. Habrá alguna forma de salir de aquí.»

Palpando lentamente, recorrió el perímetro de aquella prisión. No era grande, apenas la mitad de su dormitorio en casa de Rispau. Cualquiera de las estancias en las que se dividía la casa del rico mercader era mayor que el lugar en el que lo habían encerrado. Las paredes eran de piedra y rezumaban humedad. Estaba bajo tierra y, seguramente, cerca del mar.

En su recorrido dio con una puerta de madera reforzada con hierro. Buscó a tientas algún pomo o manilla, pero era lisa, solo podía abrirse desde el exterior. Por más que se empeñó en introducir los dedos por el quicio para estirar, fue incapaz de moverla. No podría salir de aquella prisión por sus medios.

«¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Horas?, ¿días?»

Tenía hambre.

Pensó en la subasta de la lonja. Para entonces debía de haber tenido lugar. Quizás por eso estaba en aquella lúgubre cárcel. Alguien querría evitar que participara en las pujas.

«¿Pero quién?, ¿Torralba?»

Podría ser, pero no lo creía capaz de ir tan lejos por unas miserables libras. Sin embargo, su advertencia de la víspera no vaticinaba nada bueno; no sería de extrañar que fuera idea suya.

Las horas pasaban lentamente y el sueño comenzó a vencerle. Sentado en la tierra batida del suelo y con la espalda apoyada contra la pared húmeda, cerró los ojos y solo los abrió al sentir un doloroso mordisco en un dedo. Al sacudir la mano, oyó un chillido estridente seguido de las rápidas pisadas de pequeños animales que se alejaban.

«Ratas —se dijo palpándose el dedo ensangrentado—. Si me duermo me devorarán vivo.»

El hambre y el sueño comenzaron a resultar insoportables. En aquella oscuridad infinita, el único sonido que se oía eran las carreras y los agudos gritos de las ratas, que parecían burlarse de él, a la espera de que se dejara mecer por el sueño para comérselo a diminutos mordiscos.

En un desesperado intento por no dormirse, se obligó a recorrer el perímetro de aquella mazmorra. Sin separar la mano de la pared, contaba cada vez que pasaba junto a la puerta. Diez... treinta... setenta... Cada vez que alcanzaba cien vueltas, giraba sobre sí mismo y cambiaba el sentido, comenzando de nuevo a contar desde cero. Veinte... cincuenta... noventa... Cuando hubo cambiado cuatro veces el sentido de la marcha, se sintió agotado. Su estómago emitía terribles sonidos que eclipsaban los chillidos de las ratas y las piernas le temblaban de cansancio. La debilidad fue en aumento hasta que se cayó al suelo. El dedo herido, que no había dejado de

molestarle en ningún momento, comenzó a sufrir pinchazos. Con cada latido de su corazón, sentía que mil alfileres se clavaban en el lugar donde le había mordido la rata.

«Es un aviso. Si no me levanto me comerán.»

A duras penas, volvió a ponerse en pie, ahuyentando así a las ratas que se habían acercado hasta él. Sus excitados chillidos le ponían los pelos de punta. Diez... veinte... treinta... Con un enorme esfuerzo, apoyado en la pared con ambas manos para no ceder ante sus piernas doloridas, volvió a recorrer una y otra vez la mazmorra. Mientras lo hacía, pensó en las cocas que querían destinar a la construcción del puerto. Tal vez no estaba todo perdido. Joan sabía con todo detalle cómo esperaban ganar la subasta. Seguramente habría conseguido que las naves de Rispau fueran las elegidas a pesar de que Aitor no estuviera presente. A no ser que su ayudante estuviera en aquellos momentos en otra prisión similar.

Esta vez apenas logró llegar a la primera centena. En cuanto intentó cambiar el sentido de la marcha, se desplomó agotado. Las ratas apenas tardaron unos segundos en abalanzarse sobre él. Las sentía correr por sus manos y enmarañarse en sus cabellos. Movió tanto como pudo sus brazos y sus piernas para asustarlas, pero enseguida volvieron a acercarse.

De pronto, oyó un nuevo sonido. Las ratas huyeron precipitadamente.

«Pasos. Son pasos —se dijo sin levantar la cabeza del suelo.»

Una llave resonó en la cerradura de la puerta, que se abrió dejando entrar la oscilante luz de un candil. Intentó incorporarse,

pero lo hizo tan lentamente que cuando logró alzar la vista, la puerta había vuelto a cerrarse con un sonoro portazo.

—¡Por favor, sacadme de aquí! —suplicó mientras oía girar el mecanismo metálico de la cerradura.

La leve luz de la lámpara que se alejaba en el exterior se filtraba ligeramente por debajo de la puerta, iluminando un cuenco junto a ella.

«Me traen comida. Me quieren vivo —pensó con un atisbo de esperanza.»

La oscuridad volvió a ser absoluta en cuanto los pasos se perdieron en la distancia. Para entonces había conseguido llegar a gatas hasta el cuenco. Las ratas se le habían adelantado y tuvo que ahuyentarlas a manotazos. Nunca un potaje de verduras con cordero le había parecido tan delicioso. Lo devoró con fruición, utilizando ambas manos a modo de cuchara, y se dejó caer en el suelo. Los roedores se entretuvieron unos minutos con el cuenco vacío, de modo que aprovechó para cerrar los ojos y dormir.

No por mucho tiempo, porque las ratas no tardaron en apurar los últimos restos de comida que quedaban en el cuenco y volvieron a importunarlo. Un fuerte mordisco en la oreja derecha le hizo incorporarse de un salto. Se llevó una mano a la zona dolorida para descubrir que le faltaba un pequeño pedacito de oreja.

«No saldré vivo de aquí. Estas bestias me están devorando —pensó alarmado.»

La estrecha franja de luz volvió a dibujarse debajo de la puerta. Unos nuevos pasos que se acercaban lo pusieron alerta. Qué

querrían esta vez. Ojalá le trajeran agua. Tenía mucha sed.

El cerrojo sonó diferente y no fue toda la puerta la que se abrió, sino una pequeña ventana enrejada en su parte superior. Un rostro conocido se dibujó a la luz del candil que portaba.

—¡Joan! —exclamó Aitor—. Sácame de aquí, deprisa.

Su ayudante lo miró con expresión divertida.

—¿Que te saque, dices? ¿Y quién crees que te ha metido?

—¿Tú? —inquirió Aitor incrédulo dirigiéndose hacia la puerta—. Pensaba que habría sido Torralba. ¿Qué quieres de mí?

Joan se rió con una mueca triunfal dibujada en el rostro.

—Claro que fue Torralba, pero con mi ayuda. Solo yo sabía que pasarías por aquel callejón de camino a la lonja.

—¡Traidor! Tu tío te sacará la piel a tiras después de esta. Espero que al menos lograras que sus cocas sean las que transporten la piedra.

—¿Mi tío? —se burló Joan—. El pobre gordo se piensa que has huido de la ciudad. Ya me ocupé de que desapareciera una parte de su oro para que creyera que eres un ladrón. Y por supuesto que no serán sus cocas sino las de Torralba las que se ocuparán de la piedra.

Aitor iba a insultarle cuando unos nuevos pasos resonaron en el pasillo que llevaba a la celda. Joan miró hacia atrás con expresión asustada y la ventana se cerró de golpe.

—¿Cómo se puede ser tan necio? —No le costó reconocer la voz de Enric Torralba al otro lado de la puerta—. Creía haber dejado bien

claro que en ningún momento debías permitir que te viera. Y menos aún que hablaras con él. ¡Maldita sea! ¿Cómo se te ocurre?

—Perdón Enric, no lo recordaba —se disculpó Joan.

—¿Eso es todo lo que eres capaz decir?, ¿que no lo recordabas? ¡Es increíble! —la voz del mercader sonaba llena de ira—. Por tu culpa no podremos liberarlo. El plan era asustarlo y dejarlo libre una vez que no pudiera hacer nada por el transporte de la piedra. Ahora —se detuvo unos instantes antes de seguir—, debemos matarlo.

—Será lo mejor —apuntó Joan.

—Yo no me pienso manchar las manos. ¿Y tú? —inquirió Torralba —. No, lo dejaremos morir de hambre. A nadie se le ocurrirá buscarlo aquí. Venga, salgamos de aquí, ¡borrego!

«No tan necio. Seguro que ha forzado la situación para verme muerto. Me odia.»

Cuando los pasos se alejaron en la distancia, Aitor se sentía abrumado. La comida le había ayudado a recuperar las fuerzas, pero saber que moriría en aquella mazmorra plagada de ratas no resultaba precisamente gratificante. En realidad, si había de sufrir una muerte tan terrible, mejor que fuera cuanto antes. Deseó no haber comido. Si no lo hubiera hecho, para entonces las ratas ya lo habrían devorado.

Una... veinte... cuarenta... Comenzó a caminar de nuevo. Era la única forma de no dormirse, pero esta vez no consiguió contar muchas más vueltas. Las piernas le temblaron y se le doblaron, agotadas.

«Podría cazar ratas y comérmelas. Así no conseguirían matarme de hambre —pensó en un ataque de desesperación mientras se tumbaba en el suelo para dejar que el sueño le venciera.»

—Despierta, vamos. ¡Despierta!

Cuando volvió a abrir los ojos, una tea iluminaba la mazmorra, que había imaginado mayor en sus interminables paseos.

—¿Qué te han hecho? —le preguntó el amable rostro de Anita mientras le acariciaba la cara.

Con su ayuda, Aitor se incorporó ligeramente y bebió con avidez el agua del odre que le ofrecía.

—Tu padre... —comenzó a explicarle, mirándose las manos en busca de mordeduras de roedores.

La joven asintió al tiempo que le ponía dos dedos sobre los labios para que no siguiera.

—Lo sé. Le he oído hablar con el sobrino de Rispau. Por eso he sabido que estabas aquí. He venido tan pronto como me he enterado.

—¿Dónde estoy?

—En una antigua mazmorra bajo el portal del Borne. Debajo de la vieja muralla.

Aitor se rascó la cabeza y se estremeció al recordar las patitas de las ratas enganchadas a su pelo.

—Pretendían dejarme morir. ¿Cuántos días llevo aquí? —susurró

mientras intentaba ponerse en pie.

Anita se sentó a horcajadas sobre sus piernas para impedírselo.

—Dos días. Has pasado dos días en esta horrible prisión. ¡No pongas esa cara, que es verdad!

—¿Dos días? ¡Si pensaba que habían pasado semanas!

La joven observó con una mueca de asco las paredes brillantes por la humedad y los innumerables agujeros por los que se colaban las ratas.

—No me extraña. Son unos cerdos. Deberían hacerles lo mismo a ellos.

—Vamos. Salgamos cuanto antes de este lugar —suplicó Aitor intentando quitarse a la chica de encima.

Ella sonrió divertida.

—Tranquilo. Es de noche. Están todos dormidos. Conseguí quitarle las llaves a mi padre cuando se fue a la cama. Hasta mañana no las echará en falta —explicó acercando sus labios a los de Aitor.

El joven dirigió la mirada hacia la puerta abierta. Quería huir de allí cuanto antes, pero el cálido aliento de Anita le invitó a fundirse con ella en un largo y apasionado beso.

Sin saber cómo, en unos instantes Aitor estaba completamente desnudo. Los pesados pechos de Anita se balanceaban a un palmo de su cara al ritmo de los frenéticos vaivenes de la joven, que gemía de placer a horcajadas sobre su cuerpo.

Cuando terminaron, ella estaba llorando.

—Me caso dentro de una semana. Los Junyent apremian para que la boda sea cuanto antes. Mis padres y los suyos están organizando el convite. Asistirá lo mejor de la sociedad catalana y nuestra familia entrará por la puerta grande entre los ciudadanos honorables de la ciudad —explicó entre sollozos.

Aitor sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Me alegro por ti —mintió.

—No. Claro que no te alegras. No digas tonterías. Yo tampoco me alegro. Me gustaría escapar. Huir de Barcelona contigo y escondernos en algún lugar donde mis padres nunca pudieran encontrarme. Pero debo casarme por el bien de mi familia. Si no lo hiciera, jamás dejaríamos de ser unos simples mercaderes.

Las lágrimas le corrían por la cara como dos surcos brillantes a la luz de la antorcha.

—Seguro que los Junyent te tratan bien. Serás feliz, ya lo verás —intentó animarla Aitor poco convencido. Por más que lo intentaba, no podía entender el afán de los grandes mercaderes, auténticos motores de Barcelona, por unir su sangre con la de rancias familias aristocráticas.

Anita se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Te voy a echar de menos —musitó recorriendo con el dedo índice el contorno de los músculos abdominales de Aitor.

El joven alzó la vista hacia las paredes de la mazmorra. Diferentes dibujos y letras grabadas con objetos punzantes en los sillares recordaban que por aquel lúgubre lugar habían pasado un

sinfín de prisioneros. Sintió un escalofrío al pensar que el padre de Anita planeaba dejarlo morir allí.

—Yo también a ti —aseguró.

Con gesto derrotado, la muchacha recuperó sus ropas del suelo y se vistió apresuradamente.

—Vamos. Salgamos de una vez de este horrible lugar —decidió ayudando a Aitor a ponerse en pie.

33

UN HOMBRE LIBRE

Invierno de 1452/53

—Muéstrame otra vez ese dedo. Maldita sea. Está infectado. Habrá que llamar al doctor cuanto antes. Y esa oreja... ¡Si te falta un pedazo! —Rispau no paraba de caminar arriba y abajo por el despacho—. ¡Y yo que me había creído esa patraña de que me habías robado! Por más vueltas que le doy, no consigo entender tanto odio. ¿Y dices que te liberó la hija de Torralba? —Observó largamente al joven antes de soltar una risita maliciosa—. ¡Vaya bribón estás hecho!

A Aitor no le hacía ninguna gracia. Esperaba que el mercader denunciaría el caso de inmediato, pero no parecía dispuesto a hacerlo. No paraba de pedir que le repitiera todos los detalles del secuestro, desde que había salido de casa para acudir a la lonja hasta que había logrado huir de la mazmorra que sus captores esperaban que fuera su tumba.

—Deberíamos denunciar a Torralba —apuntó Aitor por enésima vez.

Rispau lo miró con gesto de desaprobación.

—¿A Torralba? Imposible. Nadie nos creería. Sería tú palabra contra la suya y él es uno de los mercaderes más respetados de esta ciudad. Nada que hacer.

—¿Y a Joan?

—Ni pensarlo. Mi querida hermana me desollaría si lo hiciera —replicó haciéndose un caracolillo con uno de los extremos de su bigote—. Debemos buscar una solución que no pase por denunciarlos.

Aitor no daba crédito. Habían estado a punto de asesinarlo y Rispau no pensaba llevar a la justicia a los culpables. Le parecía inconcebible.

—Primero nos humilla con las especias, luego nos roba el azafrán y ahora intenta matarme. ¿No os parece que Torralba ha ido demasiado lejos? ¿Qué más tiene que hacer para que toméis medidas? —protestó con un amargo sentimiento de impotencia.

El mercader se detuvo junto a una ventana lateral y observó los contrafuertes de la cercana Santa María del Mar, que se interponían entre su casa y el puerto. La plaza que se extendía frente a la iglesia era un hormiguero de feligreses que acudían a misa. Varios pedigüeños deambulaban junto a la puerta, en busca de alguna limosna.

—Por supuesto que vamos a tomar medidas. Que no quiera acudir a la justicia no significa que no vaya a hacer nada. Pero actuaremos con inteligencia. Les daremos donde más les duela.

Aitor iba a insistir en la necesidad de denunciarlos cuando la puerta del despacho se abrió con un chirrido.

—¿Tú?... —murmuró Joan llevándose una mano a la boca al ver a Aitor junto a su tío.

—Chico, ni que hubieras visto un fantasma. Te has quedado blanco como el mármol —exclamó Rispau con exagerado tono

teatral.

Joan tardó unos segundos en volver a articular palabra.

—¿No había huido con el oro? ¿Se ha arrepentido? —musitó atusándose la grasienta melena.

Rispau se acercó a él. Tanto que Aitor pensó que le propinaría un bofetón.

—Tú sabrás —espetó el mercader a medio palmo del rostro de su sobrino.

—¿Yo? —protestó echándose atrás—. Yo no sé nada.

Rispau decidió que tenía suficiente. Con un movimiento tan enérgico que parecía imposible en una persona de su peso, tomó a Joan por el cuello y lo alzó hacia el techo.

—Conmigo no se juega, idiota. ¿No te bastaba con ser el heredero de mi imperio comercial? —Clamó mientras el rostro de su sobrino pasaba del blanco al rojo y de este al púrpura—. Estás despedido. A ver si Torralba te contrata ahora. Y dile a tu madre que se olvide de la herencia. Antes dejaré mis barcos a esos mendigos que a ti —añadió señalando con el mentón hacia la iglesia de Santa María.

Liberado de sus enormes manos, Joan cayó al suelo tosiendo ruidosamente en un desesperado intento por respirar.

—¡Sal de aquí antes de que me arrepienta de no matarte! —le amenazó su tío señalando la puerta del despacho—. Y no se te ocurra volver por esta casa si no es para devolver lo que me robaste, ¡desagradecido!

Joan salió de allí a la carrera. Sus pasos apresurados resonaron por las escaleras, seguidos de un fuerte portazo.

Rispau lanzó un enorme suspiro y se llevó un pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas de rabia.

—Y ahora —anunció sonriendo enigmáticamente a Aitor—, ocupémonos de Torralba. Por cierto, te gustará saber que al final su canallada no le ha servido para nada. Apenas un día después de que lograra que fueran sus barcos los contratados para la obra del nuevo puerto, los trabajos quedaron suspendidos. Una vez más, la construcción de los muelles no ha sido más que un espejismo. La ciudad está al borde de la bancarrota y nadie está dispuesto a prestar más dinero a las arcas públicas.

—Sin muelles, Barcelona está condenada a convertirse en un puerto de segunda categoría —apuntó Aitor.

El mercader asintió encogiéndose de hombros. Con las bodegas cada vez mayores de los barcos, las labores de estiba y desestiba a bordo de pequeñas barcas comenzaban a resultar desesperadamente lentas. Pero ese no era ahora su problema más inmediato, de modo que desplegó un gran mapa en su mesa y colocó sobre el Mediterráneo, a mitad de camino entre Barcelona y Sicilia, una réplica de una coca que utilizaba habitualmente como pisapapeles. Después tomó una moneda de plata y la dispuso en el Atlántico, muy cerca del canal de la Mancha.

—Como sabes, la base de nuestro negocio consiste en traer especias de Oriente para venderlas, junto al azafrán de la plana de Vic y los tejidos catalanes, por el Mediterráneo Occidental. Sicilia,

Nápoles, Marsella, Argel, Trípoli..., muchos destinos, pero ninguno a más de unas semanas de viaje —explicó desplazando por el mapa la coca de madera—. Por otro lado, compramos a ese cerdo de Torralba lujosas telas flamencas y le vendemos una importante cantidad de nuestras especias para que las exporte al norte de Europa —añadió moviendo entre Inglaterra y Flandes la moneda de plata.

Aitor no entendía adónde quería llegar. Todo aquello lo sabía, trabajaba para Rispau desde hacía varios años. No acababa de ver la conexión entre aquel mapa y el modo de vengarse de Torralba.

—Tranquilo, Aitor. Cada cosa en su momento —musitó el mercader al ver su inquietud—. ¿Estás listo para zarpar esta misma tarde?

Lo inesperado de la pregunta le hizo atragantarse con su propia saliva y rompió a toser ruidosamente.

—¿Zarpar? ¿Yo? —tartamudeó—. No, claro que no.

Rispau le dedicó una mueca divertida.

—¿No tendrás miedo a los piratas a estas alturas? Nuestros barcos cuentan con cañones. No nos volverán a atacar.

Aitor no entendía nada.

—Creía que os disponíais a dar su merecido a Torralba, no a mí —protestó.

El mercader le dio una palmada en la espalda.

—¿Aún no has comprendido lo que pretendo hacer?

El guipuzcoano negó con la cabeza.

—Se acabó el depender de Torralba —Mientras lo explicaba, Rispau dejó caer sobre el mapa una moneda de oro que rodó hasta detenerse sobre París—. Vamos a extender nuestros dominios hasta Inglaterra, Flandes y más allá. Serán nuestras cocas las que exporten las especias orientales a los puertos del Atlántico y el mar del Norte. Y serán ellas las que regresen cargadas de delicados tejidos flamencos para exportar por el Mediterráneo —El mercader apoyó el dedo índice sobre la moneda de oro y comenzó a desplazarla por el mapa hacia el sur—. Barcelona es una excelente base para nuestra flota en el Mediterráneo, pero vamos a precisar una base en el Atlántico. Nos instalaremos aquí —añadió deteniendo la moneda sobre un puerto de la costa cantábrica.

—¿En Getaria? —inquirió Aitor sorprendido.

—Así es. Vuelves a tu tierra. ¿Qué mejor lugar para establecernos que un pueblo que conoces bien y que se encuentra a mitad de viaje entre Barcelona y los puertos del norte de Europa? Además, me he informado y parece que no hay mejor fondeadero en toda la costa cantábrica.

—Pero... yo... —La emoción impedía a Aitor articular palabra—. Me encantaría, pero no puedo volver.

Rispau le pasó un brazo por encima de los hombros y lo estrujó cariñosamente. Por un momento, Aitor creyó que le rompería la espalda con su peso.

—Claro que puedes volver. Serás mi corresponsal en Getaria. Conseguiré que el rey Juan de Castilla te libere del yugo de Alain de... ¿cómo era? Eso, Oialde. No hay nada que unas cuantas

monedas de oro no puedan conseguir de un monarca. Para cuando llegues a puerto, estará todo solucionado —anunció—. Ese maldito noble nada podrá hacer contra ti.

—¿Y quién se ocupará de vuestros negocios aquí, en Barcelona? —inquirió Aitor.

Rispau se recostó en la silla, palmeándose la enorme panza.

—Yo lo haré. Ya es hora de que sea yo quien lo haga. Si quiero que los demás mercaderes vuelvan a respetarme, tendré que acostumbrarme a salir de esta casa. ¿No te parece?

Aitor asintió. Nada iría mejor a los negocios de Rispau que la vuelta del propio mercader a la vida pública.

—¿Cuál será mi papel en Getaria?

—El mismo que aquí. Para empezar tendrás dos cocas. Una podrá navegar hacia el norte, a Flandes o Inglaterra, mientras que la otra se puede ocupar de traer y llevar mercancías entre Getaria y Barcelona. Además, si la Busca llega al gobierno municipal, quizás nos veamos obligados a emplear más barcos en aquellos mares. Alguna vez me hablaste de que desde los puertos cantábricos se exporta abundante lana y hierro. Una vez que estés allí deberás sondear esas exportaciones.

Aitor contempló el mapa en silencio. De un lado, Barcelona y el Mediterráneo, un espacio comercial del que comenzaba a conocer todos sus secretos; del otro, Getaria y la inmensidad del Atlántico, un mundo desconocido con reglas diferentes, aún por descubrir. Sintió vértigo ante el cambio. Pero al mismo tiempo, regresar a Getaria suponía volver a casa, un sueño que hacía solo unas horas

no podía siquiera imaginar. Volvería a ver su tierra, a abrazar a su padre, a sentir las caricias de Amaia, a oler los quesos de Antton y a oír el tamboril que anunciaba la caza de la ballena. Una lágrima se deslizó por su mejilla, seguida de otra y de muchas más.

—Vuelvo a casa —musitó sin alzar la vista del atlas.

Pere Rispau se levantó y lo abrazó con sus brazos de oso.

—Así es, Aitor. Vuelves a casa. Y lo haces como un hombre libre.

CUARTA PARTE
1453-1457

34

SEQUÍA

Verano de 1453

Abrió los ojos con la esperanza de que las luces del nuevo día se filtraran por las ventanas. Pero no, aún era noche cerrada. Hacía días que aquellos malditos bichos no le permitían dormir. La sequía había reducido el caudal del Urbeltza a un mero hilo de agua que parecía siempre a punto de secarse por completo. Ni siquiera los más viejos recordaban haber vivido jamás una situación semejante. Si el río estaba seco, peor aún era el estado de las anteparas que proveían de agua a la ferrería. Hacía tantos días que el líquido no corría por ellas, que el barro acumulado en su fondo comenzaba a resquebrajarse.

Pero no todos estaban descontentos. El escaso caudal del río hacía que el agua se estancara, formando junto a la ferrería una gran balsa de tonos verdosos donde el líquido apenas se renovaba. Era el hábitat ideal para las ranas, que se habían adueñado en gran número de aquel tramo del Urbeltza. Sus interminables cantos de apareamiento resonaban en la noche y sometían a Alain de Oialde a largas noches en vela.

No podía más. Se vistió con desgana y se asomó a la ventana. La luna menguante teñía su valle de colores plateados. No se veía luz en ninguna casa, todos dormían.

«Todos no. Mientras mis vasallos duermen, a mí las putas ranas

me tienen en vela —se dijo malhumorado.»

Hacía días que sus criados dedicaban la jornada a cazar anfibios y, aun así, los batracios parecían multiplicarse cada noche. Había llegado a emplear contra la plaga a los ferrones, pues la ferrería no podía funcionar desde hacía semanas. El hierro extraído de las minas se amontonaba junto a sus muros a la espera de ser transformado en tochos listos para exportar. Sin agua no había forma de hacerlo.

«Maldita la hora en la que Mikel me aconsejó desmantelar las ferrerías de viento. Si las hubiera conservado, ahora podría fundir el mineral en ellas.»

Al recordar a su administrador, echó un vistazo hacia la casa de los Ibaiondo. A la luz de la luna, sus muros destacaban junto al exiguo cauce del Urbeltza. Sonrió para sus adentros y sintió un amago de erección al recordar la venganza. Estaba seguro de que la lección había enseñado a sus vasallos a respetarlo. Desde aquel día ningún vecino había vuelto a discutir sus órdenes.

Las luces del alba comenzaron a teñir el horizonte por el este. La agonía de la noche en vela comenzaba a tocar a su fin, pero en solo unas horas, las ranas volverían a impedirle conciliar el sueño.

«Voy a volverme loco si continúo sin dormir —pensó desesperado.»

Dos pisos más abajo, la puerta principal de la casa-torre se abrió con un crujido sordo de los goznes. Uno de sus sirvientes bajó las escaleras y orinó en la charca donde croaban las ranas. Mientras lo hacía, los animales permanecieron en silencio, asustados por su

presencia. Antes de volver al interior, el hombre echó un vistazo hacia arriba y descubrió a Alain asomado a la ventana.

—Buenos días, señor —saludó apresurándose a entrar en la casa por temor a ser presa de su ira. Sus noches en vela daban paso a horribles jornadas en las que el señor del valle estaba especialmente irascible.

—¡No te imaginas la idea que me acabas de dar! —exclamó Alain en un arrebato eufórico.

Se echó una capa por encima y bajó las estrechas escaleras de dos en dos. Quería ponerla en práctica cuanto antes.

—¿Dónde está mi hermano Pablo? —preguntó al no encontrar a nadie en el comedor.

—Duerme, señor. Es muy temprano —apuntó una sirvienta.

—Despertadlo. Lo quiero aquí ahora mismo —espetó.

Una mueca de desagrado se dibujó en su cara al ver aparecer al cura desaliñado y con ropa de cama. Cada día estaba más gordo y, aunque parecía imposible, su holgazanería iba en aumento. A menudo se culpaba por haberle permitido quedarse a cargo de la pequeña ermita del valle en lugar de haberlo enviado a la guerra.

—¿Qué quieres tan pronto? —protestó el recién llegado.

Alain sintió ganas de propinarle un puñetazo, pero se contuvo.

—He encontrado la solución a las ranas. Quiero que visites todas las casas del pueblo para establecer turnos. A partir de hoy, y mientras el río no vuelva a correr, quiero que alguno de mis vasallos

pase toda la noche chapoteando en la charca. Así conseguiremos que esos malditos bichos guarden silencio y yo al fin podré dormir.

El cura le miró con gesto incrédulo.

—¿Y tengo que ser yo quien vaya a decírselo? —inquirió con desgana.

—Por supuesto que irás. A no ser que quieras ser tú quien pase la noche chapoteando entre ranas —sentenció Alain.

Tras asegurarse de que Pablo abandonaba la casa para cumplir la misión que le había encomendado, el señor de Oialde bajó a la ferrería. No se oían los rítmicos golpes del martillo pilón, ni se sentía el olor dulzón del hierro fundido. Tampoco se veía movimiento en el gigantesco fuelle que parecía el pulmón de un descomunal dragón. Nada. Todo estaba parado. El silencio y las malas hierbas se habían adueñado de su instalación industrial y la caja donde guardaba su oro estaba vacía.

Si no comenzaba pronto a llover sería el hazmerreír de los demás señores de su bando.

—¡Lucha, cobarde! —instó una voz a sus espaldas. Su atacante le apoyó la punta de una espada a la altura de los riñones.

Alain rompió a reír al tiempo que se giraba para repeler el ataque. El pequeño, aún en ropa de cama, saltó hacia atrás en posición defensiva y el banderizo se lanzó contra él, utilizando su propio brazo para frenar los mandobles que le propinaba con el arma de madera.

—Está bien, me rindo —anunció alzando los brazos.

El niño saltó de alegría.

—¿Vamos a cazar ranas? —preguntó tirando de la capa de Alain.

—No. Primero ve a desayunar y vístete. Después podrás cazar tantas como quieras.

El muchacho refunfuñó pero se encaminó hacia el interior de la torre.

Alain observó divertido sus movimientos. A sus casi cuatro años de edad, Juan imitaba a sus milicianos y cuando caminaba lo hacía con un exagerado porte marcial. Aquel niño era la mejor de sus obras. Le había costado esfuerzos y quebraderos de cabeza, pero por fin contaba con un heredero.

«Lo tenían merecido. Una cerda incapaz y una buscona que se beneficiaba a mis soldados —se dijo al recordar el sangriento nacimiento del pequeño.»

Tras regresar de la quema de Mondragón y decidido a acallar las burlas de otros banderizos de su bando, se mantuvo vigilante hasta descubrir que una sirvienta había quedado encinta. Solo tuvo que esperar a que se pusiera de parto para encerrarla en el dormitorio junto con su mujer, a la que había obligado a fingir que estaba embarazada. Tras el nacimiento, anunció que el pequeño era suyo y que su señora había muerto durante el parto. Le dieron sepultura ese mismo día en el interior de la pequeña iglesia del valle. De la sirvienta nunca más se supo. Alain se ocupó de extender el rumor de que había huido ante el temor a ser castigada por acostarse con sus soldados. La realidad era bien distinta, como sabían su escudero,

Gonzalo, y Lope, que habían enterrado su cuerpo en lo más profundo del bosque.

El agudo sonido metálico de las espadas le devolvió al presente. Desde que hacía media docena de años había comenzado a funcionar la ferrería, el ruido del entrenamiento de sus milicianos quedaba silenciado por el estruendo del martillo pilón y los escandalosos engranajes hidráulicos del complejo. Ahora, en cambio, nada en el valle podía acallar el entrechocar de las espadas.

«De nada me sirve tanto entrenamiento si no tengo dinero para armarlos correctamente para la batalla —se dijo apesadumbrado.»

—Estos inútiles no aprenderán nunca a luchar —protestó Lope al ver aparecer a Alain.

—Más os vale o yo mismo os destriparé. ¿Queréis ver qué se siente cuando un enemigo te raja la tripa y tus intestinos se escurren por el tajo? —les advirtió Alain con una mueca de satisfacción.

Los muchachos dibujaron un gesto de asco y clavaron la vista en el suelo. Si algo habían aprendido en los meses que llevaban a su servicio era que no convenía irritarlo. Una sencilla mirada, una sonrisa bienintencionada o un comentario amable podían ser rápidamente malinterpretados y desencadenar algún terrible castigo del señor de Oialde.

—Son muy torpes, casi unas niñas. Deberíais devolvérselos a sus familias —señaló Lope. Su cicatriz se había suavizado, pasando del color amoratado a un tono claro que pasaba más desapercibido. Sin

embargo, la cuenca vacía de su ojo derecho y el labio cortado aún lo convertían en un auténtico monstruo que se adivinaba sanguinario.

—¿Devolverlos? ¿Con lo que llevo gastado en ellos? Nunca. Antes los troceo y se los doy a comer a los cerdos —apuntó Alain clavando con fuerza su espada en el suelo—. Más les vale aprender a luchar cuanto antes.

Los cinco jóvenes asistían aterrorizados a la conversación. Ninguno de ellos llegaba a los dieciséis años y la mayoría no habían visto una espada en su vida hasta que el destino los llevó a las manos de Alain. Tres de ellos eran hijos de campesinos del propio valle de Oialde. La dificultad creciente para vender los excedentes de sidra había sumido a los caseríos que vivían de su producción, que en la aldea eran casi todos, en una complicada situación. En todas las casas sobraban bocas que alimentar, de modo que las familias optaban por deshacerse de sus hijos no primogénitos. Algunos acababan como grumetes en barcos mercantes, pero eran una minoría, pues para ello el señor del valle debía liberarlos de sus lazos con la tierra. De modo que la mayor parte pasaban a engrosar la milicia del banderizo. Él se ocupaba de alimentarlos y ellos a cambio se convertían en obedientes peones para sus juegos de guerra.

Los dos muchachos restantes, dos gemelos tan esmirriados que parecían no tener hombros, eran vecinos del valle del Urola. Se los había enviado Juan Beltrán, propietario de una importante ferrería, en señal de buena vecindad, tras los ataques de Alain a varias instalaciones metalúrgicas de la zona.

El banderizo contempló el entrenamiento durante unos minutos. Los suficientes para comprender que no eran tan malos con la espada como decía Lope. Se rió para sus adentros. Desde que había convertido al acotado de la cicatriz en su lugarteniente, sus milicianos se habían vuelto más duros, más sanguinarios.

—¿Tenemos alguna campaña a la vista? —inquirió Lope sin apartar su único ojo de los jóvenes que se medían con sus espadas en un duelo que ganaba en intensidad por momentos.

Alain dudó unos instantes. Sus hombres necesitaban nuevas armaduras y espadas. Las últimas refriegas habían resultado especialmente duras y, además de perder media docena de soldados, habían vuelto a Oialde con las armas melladas y las cotas de malla destrozadas. Necesitaba hierro urgentemente y, por más que el mineral en bruto llegara puntualmente de sus minas, su ferrería no podría trabajarlo hasta que las lluvias hicieran acto de presencia.

—Podríamos asaltar alguna ferrería —pensó en voz alta.

—No sería fácil acarrear después el hierro hasta aquí —apuntó Lope al imaginar los motivos. En otras ocasiones habían atacado instalaciones metalúrgicas para evitar su competencia, pero apropiarse del hierro era harina de otro costal.

—Tienes razón. Maldita sea.

Alain miró al cielo azul. Las lluvias no llegaban y necesitaba hierro urgentemente. Si la situación no mejoraba rápidamente, no iba a ser capaz de dar de comer a sus milicianos, que hacía ya una semana que solo recibían un plato caliente al día.

—Saldremos esta noche a robar comida —decidió.

Lope emitió un gruñido de satisfacción. Robar a campesinos indefensos no era el más emocionante de los planes, pero era mejor que nada.

—Me llevaré a estos mocosos —anunció—. ¡Chicos! Preparad todo para esta noche. Hoy estrenaréis vuestras espadas.

Los muchachos estallaron en gritos de júbilo. Pasar de imaginarse devorados por los cerdos a luchando como valerosos soldados no era para menos.

A pesar de ello, Alain no se sintió aliviado. Por muchos alimentos que robaran, volvería a tener las despensas vacías tras unos pocos días.

«Quizás debería mandar a buscar mis vacas a la montaña o, mejor aún, podría obligar a los vecinos del valle a entregarme sus animales para que mis tropas puedan comer.»

Volvió a mirar al cielo una vez más. El sol lo cegó momentáneamente. Las ranas croaron en la distancia. Se sentía perdido, desesperado ante una situación que empeoraba por momentos.

«¿Qué haría Mikel ahora?»

Debía buscar un buen administrador cuanto antes. Hasta la muerte de Mikel solo se había preocupado de pedir para que él le consiguiera todo lo que necesitaba. Con su falta, había creído que no iba a cambiar gran cosa, que los maravedís seguirían llenando su caja al ritmo de los golpes del martillo pilón. Pero eran demasiados

los quebraderos de cabeza. Tantos que la caja había ido perdiendo monedas constantemente hasta llegar casi a la ruina. Y la sequía no había hecho más que complicarlo todo mucho más.

«¿Qué haría aquel sabelotodo? —volvió a preguntarse.»

No tardó en dar con una respuesta. Nuevos impuestos. ¿Pero cuáles? ¿Y si cobraba un derecho de tránsito a todo el que pasaba por el camino real? Eran muchos quienes cada día salvaban el Urbeltza por el puente situado junto a la torre. Carros cargados de lana, peregrinos..., viajeros de todo pelaje y condición, que hasta entonces, no habían tenido que pagar una sola moneda por atravesar el valle. Decididamente, se trataba de una buena forma de obtener ingresos rápidamente.

—Lope, establece turnos para vigilar el camino día y noche. A partir de mañana nadie pasará junto a mi casa sin aflojar la bolsa —anunció.

35

REGRESO

Verano de 1453

Las siniestras formas de la torre comenzaron a dibujarse entre los árboles. La tenue luz del crepúsculo apenas permitía distinguirla, pero aquella silueta, altiva y desafiante, resultaba inconfundible para cualquiera que, como Aitor, hubiera sufrido las humillaciones de Alain de Oialde. Había luz en la ventana del piso superior, en el que estaban los aposentos privados del señor del valle. Estaba demasiado nervioso. Se detuvo un momento para obligarse a mantener la calma y después abandonó el camino para internarse en el bosque. No podía arriesgarse a que alguno de los centinelas lo reconociera.

Tampoco entre los robles iba a ser fácil; la hojarasca estaba tan reseca que emitía fuertes crujidos con cada paso que daba.

«Me van a descubrir —se dijo asustado.»

El cauce del Urbeltza también estaba inusualmente seco. En verano siempre se reducía el caudal, pero nunca había visto tan poca agua en el río. Las redondeadas piedras de su lecho le brindaron por unos momentos una buena forma de avanzar sin hacer tanto ruido como hacía caminando sobre las hojas secas. Sin embargo, no tardó en abandonar el cauce, pues de haberlo seguido habría llegado a la propia puerta de la casa-torre, donde el camino

real lo salvaba gracias a un puente donde el señor del valle acostumbraba a establecer a sus centinelas.

De vuelta a la hojarasca, se obligó a avanzar muy despacio, casi sin levantar los pies del suelo para no hacer ruido. La torre estaba a tiro de piedra y era más que probable que algún soldado custodiara la puerta o vigilara el camino. Sentía que le faltaba el aire. Si lo descubría, Alain no dudaría en colgarlo. Ningún vecino podía abandonar sus tierras sin su permiso y aprovecharía su captura como un escarmiento para cualquiera que pudiera ansiar la libertad.

Pensaba en ello cuando una rama seca, oculta entre las hojas, crujió con fuerza bajo sus pies.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una potente voz desde la puerta de la casa fuerte.

Aitor se mantuvo tan quieto como pudo, evitando respirar para no ser visto. Los segundos se hicieron eternos. Un búho ululó sobre su cabeza y se lanzó a volar a la caza de alguna presa incauta.

—¿Qué has visto? —inquirió una segunda voz.

—No sé. Creo que hay alguien ahí. ¿No has oído un chasquido en el bosque? ¿Vamos a echar un vistazo?

El otro se lo pensó antes de responder.

—No. Da igual. Será alguna alimaña. ¿Quién iba a querer evitar el camino a estas horas?

—¿Una alimaña? —dudó el de la voz poderosa—. No, no creo. Parecía algo bastante pesado, el chasquido ha sido demasiado fuerte. Voy a acercarme.

Los pasos del vigilante comenzaron a resonar sobre las hojas secas y el resplandor de su antorcha hizo bailar las sombras de los árboles cercanos a Aitor, que se tiró al suelo al tiempo que se cubría con tantas hojas como podía.

—Tal vez sea un jabalí. O peor aún, un oso —argumentaba el otro sin abandonar el puesto de guardia—. Ten cuidado, dicen que hace un par de semanas uno atacó a un viajero en Azpeitia. El pobre hombre se desangró hasta la muerte. Tienen unas zarpas enormes.

Con el resplandor de la tea cada vez más cerca, Aitor sentía tan fuertes los latidos de su corazón que temió que el centinela pudiera oírlos. Si el hombre continuaba avanzando no tardaría en descubrirlo. Sus pasos se sentían tan cerca que el crujido que emitía la hojarasca resultaba insoportable. Al buscar al soldado con la mirada, Aitor lo vio a apenas media docena de pasos. Sintió ganas de levantarse y salir corriendo, pero se obligó a mantenerse tan quieto como un hombre muerto, lo que no tardaría en ser si lo descubrían. Cerró los ojos al sentir los pasos aproximándose demasiado. No quería ver como sus días de libertad acababan al primer intento de regresar a su añorado valle.

—Venga hombre, ¿no ves que no hay nada? No es bueno internarse tanto en el bosque de noche, vete a saber qué criaturas te están acechando —exclamó el miliciano que se había quedado en el camino.

—Si tú no tienes valor para venir, no intentes asustarme a mí —protestó el que estaba cerca de Aitor. Pero las palabras de su compañero parecieron surtir efecto y acabó la frase con un sonoro

suspiro antes de girarse para regresar, mascullando por lo bajo, hacia la torre.

Aitor respiró aliviado. Unos pocos pasos más y habría tropezado con él. Se felicitó por la idea de cubrirse con hojas secas y evitó moverse durante unos minutos. Se sentía extraño. Había soñado miles de noches con Oialde y si algo recordaba siempre al despertar eran los olores. Pero todo estaba tan seco que no había ni rastro del delicioso olor a humedad que impregnaba habitualmente el valle. Tampoco se sentía el aroma a hierro fundido que flotaba en el ambiente desde la construcción de la ferrería. Nada era como esperaba.

Después de un angustioso tramo por el bosque, volvió a salir al camino. La torre había quedado atrás, de modo que no tardaría en llegar a su casa. La luna comenzaba a asomarse sobre las colinas, tiñendo el paisaje con apagados tonos plateados. Echaba de menos el susurro del Urbeltza, sustituido por el repetitivo canto de los grillos y el interminable croar de una legión de ranas. Era extraño, parecía como si el valle hubiera cambiado durante los años que había pasado tan lejos de él.

Tras una revuelta del camino, lo vio.

Una montaña de escombros ocupaba el lugar donde antes se levantaba su caserío. Solo dos de las cuatro paredes se mantenían parcialmente en pie. En una de ellas aún se abría una ventana, ahora inútil. Aitor la reconoció con una punzada de angustia. A ella se asomaba su madre para avisarles a Iñigo y a él cuando era hora de comer.

Destrozado por el dolor, Aitor se dejó caer de rodillas junto a las ruinas.

—¿Por qué? —gritó con el rostro bañado por las lágrimas.

No quedaba nada. Estaba todo perdido. El fuerte olor a quemado no dejaba lugar a dudas. El caserío de su familia había sido pasto de las llamas. ¿Dónde estaba su padre? ¿Qué había ocurrido?

Miles de recuerdos se arremolinaron en su cabeza. Los juegos con su hermano, las sonrisas de su madre, el olor de sus guisos, los quesos de su tío, la mirada orgullosa de su padre al vender el primer barril de vino... Toda su vida estaba ligada a aquella casa. Y ahora no quedaba nada. El silencio que envolvía las ruinas era sobrecogedor, hasta las ranas y los grillos habían callado, como si evitaran profanar la soledad del caserío reducido a cenizas.

Con gran esfuerzo, se obligó a ponerse en pie. Debía seguir adelante. Su padre no estaría muy lejos, seguro que los vecinos le ayudarían con la reconstrucción, como habían hecho tras el incendio del almacén de carbón.

—Amaia —susurró al recordar el otro motivo por el que había emprendido aquella arriesgada caminata nocturna. Se había puesto en camino nada más desembarcar en Getaria con la esperanza de estrecharla cuanto antes en sus brazos.

Primero con los nudillos y después con el picaporte, golpeó una y otra vez la puerta de su casa. El sonido del metal contra la madera

resonó con tal fuerza que, por un momento, temió que se presentaran allí todos los guardias del señor de Oialde.

—¿Quién es? No son horas. —Era su voz, sin duda lo era.

—Soy Aitor. He vuelto —susurró con un nudo en la garganta.

Un largo silencio siguió a sus palabras.

—No es cierto. Aitor se fue para siempre. No, no puede ser —murmuró una voz rota al otro lado de la puerta.

—Por favor, Amaia. Soy yo —insistió.

—No te creo. Es mentira —sollozó Amaia con las palabras ahogadas por el llanto.

—Necesito verte. Abre, por favor —suplicó Aitor.

Durante unos instantes solo se oyó el llanto de Amaia, pero después una nueva voz se sumó a la conversación. No estaba sola.

—¿Quién viene tan tarde? ¿Por qué lloras? Me da miedo. —Era una voz aguda y suave; una voz infantil.

—No te preocupes. Es un amigo. Ya verás —musitó Amaia dejando de llorar.

Con un ligero chasquido, la puerta se abrió apenas unos centímetros, lo suficiente para que Amaia se asomara por el quicio y comprobara que realmente se trataba de Aitor. Al reconocerlo, sus ojos brillaron de alegría a la tenue luz de la luna.

—Estás loco. Te atraparán —susurró lanzándose a sus brazos—. ¡Te he echado tanto de menos! ¿Dónde estabas? Llegué a temer que hubieras muerto.

—Lejos. Muy lejos —replicó Aitor abrazándola con fuerza—. Yo también tenía muchas ganas de volver a verte. ¿Y mi casa? ¿Qué ha pasado, dónde está mi padre?

Amaia le dedicó un gesto de dolor. Aferrado a su pierna, un niño que apenas levantaba unos palmos del suelo, lanzaba miradas desconfiadas al recién llegado.

—Fue terrible —comenzó a explicar en un susurro—. El señor de Oialde se puso hecho una furia. Vino a reclutarte aquella noche y, al ver que no estabas, lo relacionó todo. Habían encontrado el cadáver de Mikel destrozado por los engranajes de la ferrería. Al descubrir que habías huido, dedujo que lo habías matado tú. ¿Verdad que no? ¿Verdad que no eres un asesino? —inquirió con una mirada suplicante.

—Solo quería asustarlo.

Amaia se llevó las manos a la cara con una mueca de horror.

—No —sollozó—, no puede ser. Nunca les creí. Tú no eres ningún asesino.

—Quería protegerte —se defendió Aitor.

—Esa no era la manera —protestó Amaia—. Alain estaba fuera de sí. Envió a sus hombres a buscarte. Te quería muerto antes del amanecer. Él mismo prendió fuego a tu caserío.

Aitor se temió lo peor.

—¿Y mi padre?

Su amiga miró hacia las ruinas antes de responder. Cuando lo hizo, habló con la voz entrecortada y el rostro surcado por las

lágrimas.

—Lo ahorcó colgándolo de aquellos muros que quedan en pie. Prohibió que descolgáramos su cuerpo para que nos sirviera a todos de advertencia. No se cansaba de repetir que ese era el final que esperaba a quien osara desafiar a Alain de Oialde.

Con los ojos nublados por las lágrimas, Aitor observó lo que quedaba de su casa. Bañada en la luz plateada de la luna, la escena parecía irreal. Tal vez no se tratara más que de una horrible pesadilla.

—Es un canalla —murmuró con un nudo en la garganta—. ¿Dónde está ahora su cuerpo?

Su amiga señaló hacia el bosque con el mentón.

—Una noche sin luna, Fermín vino a verme. Descolgamos a tu padre y lo enterramos en el bosque —Amaia se estremeció al recordar el atroz espectáculo de los cuervos devorando el cadáver. Eneko no merecía un final así—. Maritxu nos acompañó y se ocupó de preparar el lugar para su descanso eterno.

Aitor la abrazó con fuerza y lloró desconsoladamente.

—¿Y Antton? ¿Dónde está? —inquirió al recordar a su tío pastor.

Amaia se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Poco después de tu marcha, cuando bajó con las vacas y se enteró de lo ocurrido, huyó a la montaña y jamás lo hemos vuelto a ver —explicó.

Aitor asintió.

—Allí estará bien. Antton sabrá sobrevivir allá arriba —musitó antes de volver a hundir el rostro en el hombro de su amiga.

—¿Por qué llora? ¿Qué le pasa? —preguntó el pequeño tirando de la blusa de Amaia.

Al oírlo, Aitor recordó al niño. ¿De dónde había salido aquella criatura?

—Solo estoy triste. No te asustes —explicó agachándose hasta su altura—. ¿Cómo te llamas?

—Xabier —contestó el pequeño—. Tengo cuatro años.

A pesar de la escasa luz, sus ojos le resultaron familiares. Eran dorados, del color de la miel. El corazón le dio un vuelco. Alzó la mirada hacia Amaia, que asintió con la cabeza mientras dibujaba una sonrisa melancólica.

Era su hijo.

—Yo me llamo Aitor. ¿Puedo ser tu amigo? —preguntó emocionado.

—Claro —replicó el muchacho.

—Vamos adentro —sugirió Amaia—. Si te ven aquí, te matarán.

—¿Por qué lo matarán? ¿Quién? —quiso saber el pequeño mientras entraban al caserío.

—No te preocupes. Nadie va a hacerle daño. Ahora vete a dormir, que es muy tarde. Aitor y yo tenemos que hablar —susurró Amaia apoyando una mano en el hombro de su hijo.

—Ya estaba dormido. Me has despertado —protestó el muchacho señalando a Aitor con el ceño fruncido. Después obedeció a su

madre y se encaminó al dormitorio.

—Aún no me lo creo —murmuró Aitor llevándose las manos a la cara—. Demasiadas cosas en poco tiempo.

—Siento mucho lo de tu padre. En el valle todo el mundo lloró su pérdida. Siempre estaba dispuesto a echar una mano a cualquier vecino. Espero que algún día alguien sea capaz de dar su merecido a ese malnacido de Alain de Oialde.

—Me ha robado a toda mi familia. Primero mi hermano y mi madre, ahora mi padre y, por si fuera poco, ha arrasado nuestro caserío hasta los cimientos —se lamentó Aitor.

—Yo también sé lo que es que ese cretino mate a tu padre —recordó Amaia.

—Xabier. Como nuestro hijo —apuntó Aitor—. ¡Tengo un hijo!

—Baja la voz. Será mejor que no sepa quién eres o el señor sabrá que has vuelto. Los niños hablan mucho y muy alto.

Aitor asintió.

—No pienso permitir que Alain juegue con su vida como ha jugado con las nuestras. He conocido otro mundo. Lugares donde la gente es libre y donde los campesinos se organizan para luchar contra sus señores para lograr su libertad.

Amaia lo miró con escepticismo.

—¿Dónde está ese lugar? —inquirió poco convencida.

—En Barcelona, a orillas de un mar que llaman Mediterráneo.

—Pero mi vida está aquí. Con mi carbón y mis vecinos de siempre. No quiero que mi hijo tenga que crecer lejos de Oialde.

—Yo tampoco. Pero debemos cambiar las cosas. Si nosotros no lo hacemos, nadie lo hará y nuestro hijo tendrá que vivir al ritmo de los caprichos del señor del valle. La libertad no nos lloverá del cielo, pero lucharemos por ella. Si lo hacemos, te prometo que el pequeño Xabier será algún día un hombre libre.

Al oír sus palabras, Amaia sintió que renacían las ansias de libertad que experimentara años atrás. Tras la marcha de Aitor, se había sumido en un apático conformismo. Solo aspiraba a que su hijo creciera sano y a que el señor del valle no los importunara. Había aprendido que si le ayudaba a aprovisionarse de carbón para la ferrería, el banderizo le permitía seguir en paz con su negocio y su vida. Tras las horribles palizas de Mikel, vivir tranquila era lo único que quería. Sin embargo, la posibilidad de que el pequeño Xabier fuera algún día un hombre libre le devolvió las ganas de seguir luchando.

—Te quiero —susurró mirándole a los ojos.

Aitor sintió que el corazón comenzaba a latirle más deprisa. Se acercó y se fundieron en un apasionado beso. El tiempo se detuvo y nada importó más que ellos dos durante el resto de la noche. Hicieron el amor una y otra vez hasta que los gallos comenzaron a anunciar la proximidad del alba.

—Debo marcharme —anunció el joven vistiéndose.

Amaia asintió disgustada. Hubiera preferido que aquella noche no acabara jamás.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó con un hilo de voz.

Aitor le había explicado su misión como corresponsal en Getaria.

—Tan pronto como pueda, volveré. Si me necesitas, búscame en la villa. Máximo, el posadero de El Marinero Feliz, sabrá dónde encontrarme.

Amaia se acercó para darle un beso. Aitor la observó durante unos segundos. Estaba preciosa. Aunque finas arrugas se dibujaban junto a sus ojos y en la comisura de los labios, se veía tan hermosa como siempre. Sus ojos negros aún conservaban el brillo de la juventud y, cuando sonreía, mostraba unos dientes tan blancos que contrastaban con sus oscuros labios carnosos. Deseó poder pasarse sus días besándola y haciendo el amor con ella, pero debía huir del valle antes de que se hiciera de día.

—Intenta que nadie sepa que has vuelto o el señor de Oialde demandará a Getaria la entrega de su vasallo. Recuerda que estás ligado a esta tierra hasta el día de tu muerte. Ten mucho cuidado —rogó Amaia.

—No te preocupes. Si todo ha ido según lo previsto, el rey Juan II de Castilla habrá hecho llegar a la villa mi redención —replicó Aitor dirigiéndose a la puerta.

—Prométeme que nos veremos pronto —susurró la joven.

—¡Te lo prometo! —exclamó Aitor perdiéndose en la oscuridad.

36

MERCADER

Primavera de 1454

—¡Ya llegan! ¡Ya están aquí! —Los eufóricos gritos de Martín le sobresaltaron a medio desayunar.

Con una inmensa sensación de alivio, subió de dos en dos las empinadas escaleras que llevaban al piso superior. Allí, asomado a la ventana del despacho, el muchacho señalaba hacia el horizonte.

—Son ellos —murmuró Aitor al comprobar que la vela que se recortaba en la distancia pertenecía a la *Valiente*. Sus franjas verticales verdes y rojas delataban que se trataba de uno de los barcos de la flota de Pere Rispau.

Hacía días que la esperaban. Una fuerte marejada complicaba la navegación desde hacía dos semanas y no eran pocas las terribles noticias que arribaban a Getaria sobre naves en apuros. En los peores casos se hablaba de naufragios y en los mejores de barcos a la deriva, con la arboladura destrozada. Más de una decena de naves habían buscado refugio en la ensenada natural que se creaba entre la isla de San Antón y Getaria. Algunas llevaban más de una semana amarradas a la espera de que el mar diera una tregua, para alegría de los dueños de las posadas, que estaban aquellos días a rebosar de marineros.

Con el retorno de la *Valiente*, se cerraba el primer viaje de una de las cocas de Rispau al puerto de Brujas. Aitor esperaba con

nerviosismo sus noticias. Si todo había ido bien, Ernest, el hombre que el mercader había enviado como corresponsal al puerto flamenco, habría logrado un buen precio por el azafrán catalán y la lana castellana con la que Aitor había completado en Getaria las bodegas de la nave. Una vez vacías, la orden de Rispau era clara: cargar tantos tapices y paños de alta calidad como fuera posible. Confiaba en obtener enormes beneficios con su venta tanto en Barcelona como en el resto del Mediterráneo.

—¿Vamos al puerto a esperarla? —preguntó Martín señalando la coca.

Aitor observó el barco y calculó que aún faltaría al menos una hora para su arribada.

—Comienza a disponer todo en los muelles. Yo iré enseguida —apuntó.

El chico se perdió escaleras abajo y Aitor no tardó en verlo salir por el portal del Mar para tomar el sendero que atravesaba el istmo que unía la villa con la isla de San Antón, donde se encontraban los muelles. Era un buen ayudante, siempre dispuesto a aprender y muy interesado por todos los pormenores del comercio marítimo. A sus dieciséis años, aprendía a gran velocidad y no tardaría en saber tanto de mercaderías como el propio Pere Rispau.

—Llévate a mi hijo menor. El muchacho tiene tablas y merece algo mejor que trabajar en la taberna cuando su hermano la herede —le había pedido Máximo, el posadero de El Marinero Feliz, cuando acudió a pedirle consejo para contratar a alguien que le echara una mano con los quehaceres del día a día—. No es necesario que le

pagues nada, solo quiero que aprenda. Con un buen maestro y un poco de suerte, algún día quizás pueda dedicarse al comercio.

Tampoco había sido difícil dar con una vivienda que tuviera la altura suficiente como para poder ver el puerto desde ella. No era la mansión de Pere Rispau, pero la anciana viuda de un armador le había vendido su casa y se había retirado a vivir con su hermana, en la cercana Zestoa. Por un puñado de maravedís, Aitor se había hecho así con un estrecho edificio de dos alturas. Toda la planta baja, que se abría a la bulliciosa calle donde se concentraba la vida portuaria, estaba ocupada por un amplio comedor y una sencilla cocina de paredes ennegrecidas por el uso. El piso de arriba lo componían dos dormitorios y un diminuto despacho en el que apenas cabía una mesa y un par de sillas. Lo mejor era la panorámica que se disfrutaba desde esta última estancia, que quedaba por encima de las murallas y permitía otear la costa, desde Zumaia hasta los alrededores de la lejana San Sebastián.

Martín vivía con él y no solo le ayudaba con su trabajo sino también en las tareas cotidianas. Él y sus padres se habían convertido para Aitor en una auténtica familia. Comía y cenaba con ellos cada día en la cocina de El Marinero Feliz, en lo que eran sin duda los mejores momentos de la jornada.

Pero no todo en la nueva vida de Aitor era tan fácil. La que había de ser la principal garantía de su libertad, la carta del rey Juan II con su redención, no había llegado aún.

—Cuando llegues a Getaria estará allí esperándote —le había asegurado Rispau, pero pasaban los meses y no llegaba carta

alguna. Aitor comenzaba a temer que no lo haría nunca y que Alain de Oialde denunciaría su huida ante las autoridades de la villa, que se verían obligadas a devolverlo a su señor.

«Cada día que pase sin que Alain sepa que estoy de vuelta es una victoria —se decía una y otra vez a sabiendas de que algún día llegarían los problemas.»

La colorida vela cuadrada de la coca se dibujaba a escasa distancia de la isla de San Antón cuando se decidió a dirigirse al muelle. Estaba deseando comprobar cómo había ido el viaje y completar con su carga las bodegas de la *Victoriosa*, que permanecía amarrada a sotavento de la isla de San Antón desde hacía más de un mes. Rispau había dispuesto esta segunda coca para ir y venir entre Getaria y Barcelona. Aitor esperaba ansioso la llegada de los tejidos flamencos para que zarpara rumbo al Mediterráneo.

Doménico, capitán de la *Valiente*, un napolitano de rostro curtido que llevaba veinte años al servicio de Rispau, lo recibió a bordo con una sonrisa en la que faltaban la mayoría de los dientes.

—Después de tantos años en las mismas rutas, ha sido un placer descubrir estos mares —apuntó mientras la tripulación amarraba la coca a los poyos del muelle con la ayuda de Martín.

El suave oleaje mecía la nave, haciendo saltar pequeñas nubes de espuma cada vez que una ola batía contra el casco. Aitor tragó saliva y se aferró con fuerza a la baranda; esperaba volver a tierra firme cuanto antes.

—Estábamos preocupados por la marejada —explicó.

El capitán frunció el ceño.

—¿No has oído hablar de Doménico, *il Grande*? —bromeó—. ¿Por qué crees que soy el capitán de la *Valiente*? Esto no es nada para mí.

Aitor observó las olas, que saltaban con fuerza contra los acantilados.

—Ha habido naufragios —musitó.

—Lo sé, lo sé —admitió el capitán—. Nos refugiamos en el puerto de La Rochela. Solo cuando pasó lo peor del temporal, volvimos a hacernos a la mar. No pondría la mercancía en peligro por nada del mundo.

Aitor asintió satisfecho.

—¿Puedo ver la carga?

—Claro. Sígueme.

Iluminadas por la oscilante luz de un candil, interminables filas de telas se apilaban a ambos lados del pasillo central de la bodega. El capitán tomó uno de aquellos paños y lo desdobló. Aitor reconoció al instante su procedencia. Se trataba de uno de los caros tejidos de Ypres que importaba habitualmente Enric Torralba. El mercader se pondría hecho una furia al comprobar que Rispau tenía ahora acceso a la misma mercancía.

«Se lo ha ganado a pulso —decidió Aitor.»

—Hay telas para alfombrar todo el Mediterráneo —comentó jocosamente Doménico.

Aitor recorrió la bodega con la vista. Eran cientos los paños allí almacenados. También a él le parecieron muchos, pero estaba seguro de que la flota de Rispau los vendería a buen precio en los lejanos puertos de Rodas, Alejandría y Beirut. Donde hallarían problemas para colocar tan preciada mercancía sería en la propia Barcelona. La Busca se había hecho finalmente con el poder. La noticia había llegado a bordo de la *Victoriosa* en una angustiada carta del orondo mercader. La temida devaluación de la moneda había sido su primera medida, de modo que cualquier artículo importado resultaba ahora mucho más caro que antes.

Aitor navegaba entre dos aguas. Por un lado, sentía una enorme simpatía por la Busca. Su triunfo era el de las clases populares, los habitantes humildes de una ciudad en la que todo parecía posible. Sencillos artesanos dictaban sus leyes y la oligarquía no podía sino cumplirlas. El mundo al revés. Por otro lado, los intereses de Rispau se veían amenazados con aquel gobierno y, si los negocios del mercader zozobraban, también lo haría su nueva vida en Getaria.

—Comenzaremos de inmediato a trasvasar las telas de una coca a la otra. La *Victoriosa* zarpará hacia Barcelona en cuanto esté cargada.

Aquella noche, las tripulaciones de las dos naves celebraron la vuelta de la *Valiente* en la taberna de Máximo. Aitor se sentía jubiloso al ver a aquellos treinta hombres cantando y riendo en un ambiente optimista. En solo unas horas, la primera nave cargada de mercancías adquiridas en los puertos del norte emprendería el viaje

hacia Barcelona. Salvo pequeños contratiempos, los planes que Rispau había ideado para sus nuevas rutas atlánticas se estaban cumpliendo.

—Máximo —llamó Aitor—. Trae más sidra. Estos hombres la merecen.

—¡Tres hurras por nuestra flota! —brindó Doménico alzando el pichel.

Los demás respondieron con jolgorio.

Un trueno resonó en el exterior. Hacía horas que la tormenta bailaba alrededor de Getaria. Cada vez que el tiempo entre el relámpago y el trueno comenzaba a dilatarse, la tempestad no tardaba en volver con más fuerza. En los últimos minutos, el rayo y su espeluznante sonido iban a la par. La tormenta se encontraba exactamente sobre la villa. El viento soplaba con tal fuerza que se colaba entre los postigos cerrados de las ventanas, lanzando estridentes silbidos que parecían humanos.

—Parece que el temporal no está dispuesto a remitir —señaló Aitor.

—Tras la tempestad siempre llega la calma —apuntó Jonás, el más viejo de los tripulantes de la *Victoriosa*. Sus cabellos blancos, recogidos en una coleta, y su barba canosa le conferían un divertido aspecto de náufrago en una isla desierta.

—Así es —replicó su capitán—. Si mañana no podemos zarpar, podremos hacerlo al día siguiente.

A Aitor le fascinaba la templanza de aquellos hombres de mar. Pensaba en ello cuando una fuerte ráfaga de viento abrió de par en par la puerta de la posada. El agua de la lluvia se coló al interior y empapó el suelo de tierra. El mar estaba furioso. Las murallas impedían verlo, pero las olas rugían con fuerza. Afortunadamente, las cocas estaban protegidas. Apenas se balanceaban con el escaso viento que azotaba la ensenada que se formaba entre la isla de San Antón y tierra firme. Un estrecho istmo formado por rocas, que los vecinos de Getaria llamaban el Pasadizo, unía el islote con el pueblo, creando uno de los puertos naturales más seguros del Cantábrico, protegido de las olas y los peligrosos vientos del noroeste.

Mientras Máximo corría a cerrar la puerta, un nuevo estruendo golpeó la noche. Esta vez fue diferente, no se trataba de ningún trueno. Aitor observó a sus compañeros de mesa en busca de alguna explicación, pero por la expresión de sus caras supo que tenían tan poca idea como él. El extraño sonido se repitió. Iba acompañado de una vibración.

—¡La tierra tiembla! —exclamó Doménico—. Viví un terremoto en Nápoles cuando era niño. Algunas casas se vinieron abajo.

Aitor se fijó en el techo por temor a que se desplomara. Los demás marineros permanecieron en silencio, con los ojos muy abiertos, a la espera de que el temblor se repitiera.

—¡Es el Pasadizo! —exclamó Máximo asomándose desde el piso superior por el hueco de la escalera.

Aitor se abrió paso a duras penas entre los marineros, que subían a la carrera para dar con una ventana desde la que poder

contemplar el puerto. Al mirar al exterior, descubrió con un nudo en la garganta el origen del temblor. La fuerza del oleaje había destrozado el istmo. Las rocas que lo formaban habían sido arrastradas por la corriente y las olas entraban ahora con fuerza al fondeadero. Las naves, hasta entonces protegidas en la ensenada, se balanceaban peligrosamente.

—Tendremos que hacernos a la mar o chocarán contra las rocas —urgió Jonás.

Su capitán, mucho más joven que él, asintió resignado.

—No podéis haceros a la mar en estas condiciones —protestó Aitor señalando hacia el océano embravecido.

—Si no salimos, las cocas y su mercancía no tardarán en perderse bajo las aguas. En mar abierto sabremos defendernos; aquí, entre tantas rocas y naves, estamos perdidos.

Mientras hablaban, un barco pesquero se soltó de sus amarres y fue arrastrado por la corriente contra las rocas, estallando en mil pedazos.

—Está bien. Zarpad. La *Victoriosa* puede emprender viaje hacia Barcelona. Confío en que el nombre de la nave os proteja. En cuanto a la *Valiente*, manteneos cerca y regresad en cuanto amaine —aceptó Aitor angustiado.

No fueron las únicas naves que se hicieron a la mar. La mayoría de los capitanes comprendió que no había mejor manera de protegerse del temporal una vez que la ensenada había dejado de ser segura.

Otras, en cambio, permanecieron en el refugio. Algunas porque sus patrones decidieron que sería preferible la escasa protección que les brindaba la isla de San Antón a la inmensidad del mar abierto; otras porque sus tripulaciones estaban en tierra firme y no habían sido capaces de llegar hasta ellas en mitad del temporal.

Las cuatro embarcaciones que quedaron en el puerto —una carabela, dos cocas y una carraca— se convirtieron enseguida en el entretenimiento de toda la villa. Sus vecinos se agolpaban en lo alto de las murallas y en las ventanas que daban al mar para observar el dantesco espectáculo del puerto batido por las olas. A pesar de lo avanzado de la noche y de la persistente tormenta, nadie parecía dispuesto a regresar a su casa. Algunos apostaban cuál de los cuatro barcos sería el primero en sucumbir.

Era una noche oscura que apenas permitía distinguir las siluetas de las naves sobre el mar revuelto. Solo cuando los relámpagos iluminaban el cielo, la brutal escena podía verse con claridad.

Arrastrada por la fuerza de una enorme ola que se coló por el espacio abierto en el istmo, la carabela perdió amarre y se precipitó sobre una de las cocas. El choque resultó espeluznante. Un mar de astillas saltó por los aires cuando la proa del primer barco impactó contra el casco del segundo, que se escoró tanto que Aitor creyó que se hundiría. Sin embargo, ambos se mantuvieron a flote, entrechocando una y otra vez a medida que las olas barrían la ensenada. A la luz de un rayo que se dibujó con fuerza sobre el mar, Aitor alcanzó a ver al menos a una decena de tripulantes pidiendo

auxilio desde la borda de la coca. Una interminable cascada de trigo se precipitaba al agua desde las tripas de la misma nave.

—¡Ostras! Con la de cereal que falta por aquí, vaya desperdicio —se lamentó uno de los curiosos que tenía cerca.

La falta de trigo en las comarcas costeras era un problema secular. Tanto que el propio rey de Castilla había dispuesto que cualquier nave que fondeara en el puerto de Getaria y portara cereal en la bodega tenía obligación de vender allí la mitad del cargamento para abastecer a los valles cercanos.

El siguiente relámpago mostró a los curiosos una realidad aún peor. La carabela estaba desapareciendo bajo el mar a una velocidad de vértigo. A escasa distancia de ella, la coca se balanceaba con fuerza y amenazaba con zozobrar de un momento a otro. Sus tripulantes se lanzaban al agua en busca de una difícil salvación.

—Esto va a acabar muy mal —apuntó Máximo.

La algarabía en los alrededores de la taberna resultaba ensordecedora. Los marineros de la carabela, a los que la rotura del istmo había sorprendido en tierra firme y cuyo capitán había asegurado que la nave no sufriría daños, discutían acaloradamente.

Varios pescadores corrieron a la playa a por sus chalupas y comenzaron a remar hacia los barcos en apuros. Los vecinos los vitoreaban por su valentía. Arriesgaban sus vidas para salvar las de aquellos que se arrojaban al mar desesperados. Algunos náufragos conseguían acercarse a nado a los muelles de la isla de San Antón, donde los marineros que habían conseguido salvarse les tiraban cabos para ayudarles a alcanzar la orilla.

—Pobres diablos —murmuró Máximo acodado en el alféizar de la ventana—. Ahora que han conseguido llegar al muelle aún tendrán que esperar, empapados y asustados, hasta que alguna pinaza pueda llegar hasta la isla para traerlos a tierra firme.

Poco a poco, la tormenta fue distanciándose y, con ella, los relámpagos, que se hicieron más espaciados para disgusto de los más curiosos, que apenas veían a un par de metros sin su resplandor. El mar, sin embargo, no daba tregua, colándose cada vez con golpes más fuertes por la brecha abierta en el istmo.

Mientras los pescadores comenzaron a llegar a los muelles con los primeros supervivientes de la coca, y en una maniobra que la mayoría calificó de suicida, el capitán de la única carraca que permanecía en el puerto llevó a sus hombres hasta el barco a bordo de dos chalupas de pesca.

—Están locos. No llegarán. Y si lo hacen será para morir a bordo —exclamó un hombre junto a Aitor.

Una enorme ola estuvo a punto de enviar a pique una de las barcas, pero ambas alcanzaron la nave. Más complicado que llegar hasta ella fue trepar hasta la cubierta con el mar tan agitado. Algunos marineros cayeron al agua y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

En cuanto los primeros estuvieron a bordo, las velas de la carraca ondearon al viento y el barco pareció volar rumbo a alta mar.

—Buena maniobra —aplaudió un viejo marinero desdentado al que Aitor veía a menudo en El Marinero Feliz.

El último mercante que quedaba en el fondeadero no corrió tanta suerte. Se trataba de una coca que había llegado dos días antes a puerto con la vela destrozada y esperaba a que amainara la tempestad para hacerse a la mar. Desde la protección del muelle, su capitán gritó de dolor al ver como un golpe de mar la arrastraba contra las rocas. Con un crujido que hizo tambalearse las vigas de las casas más cercanas al mar, la nave se partió en mil pedazos a escasa distancia de las murallas de la villa.

Con el brutal escenario de la ensenada repleta de fragmentos de barco y mercancías perdidas, Getaria enmudeció. La villa vivía de la seguridad de su puerto y esta acababa de desaparecer bajo las olas junto con las cuatro naves que se habían ido a pique. Con un profundo sentimiento de congoja, cuando el siguiente rayo partió en dos el cielo, los vecinos dirigieron la vista más allá, hacia alta mar. Entre la isla de San Antón y el horizonte se dibujaban las siluetas de los barcos que habían abandonado la costa. Aitor creyó distinguir las velas de sus cocas, o al menos deseó que lo fueran. Imaginó angustiado la complicada situación que se estaría viviendo a bordo y se felicitó por encontrarse en tierra firme.

—¡Allí! ¡Allí! —los gritos de los vecinos se repetían cada vez que alguien divisaba a algún náufrago.

Inmediatamente, todos los que estaban cerca tomaban un cabo y se lo lanzaban, una y otra vez hasta asegurarse de que el marinero conseguía alcanzar la orilla. La abundancia de maderas a flote ayudaba a los supervivientes a mantenerse con vida, pero suponía al

mismo tiempo una terrible amenaza para ellos por la posibilidad de morir al ser golpeados por alguna de ellas.

La tempestad aún duró varias horas y la noche resultó tan larga que muchos llegaron a temer que nunca llegaría a amanecer.

37

EL PUERTO

Primavera de 1454

Las jornadas que siguieron al desastre fueron especialmente duras. Cuando Aitor abría los postigos cada mañana, solo alcanzaba a ver destrucción. Las aguas del puerto se hallaban alfombradas por un sinfín de fragmentos de embarcaciones y cargamentos perdidos. Sentía ganas de llorar, pero no podía permitírselo, debía guardar todas sus fuerzas para ayudar. Aquellos días no importaba si se era pescador, armador, panadero o herrero; todos los vecinos de la villa se afanaban en buscar supervivientes entre los miles de objetos que flotaban en el mar. Las olas habían escupido ya seis cadáveres que los vecinos se habían apresurado a enterrar. Enormes hogueras ardían día y noche en la playa, alimentadas por la madera de las naves hundidas y la mercancía echada a perder.

Los tripulantes de la *Valiente* trabajaban de sol a sol recogiendo fragmentos de otras naves en los alrededores de la isla de San Antón. Cada vez que llenaban la cubierta, ponían rumbo a la playa para descargar allí la triste carga. Los supervivientes de los barcos perdidos valoraban todo lo que llegaba y decidían si podían obtener algo con su venta o si solo servía para alimentar el fuego.

Aitor estaba orgulloso de sus hombres. La *Valiente* regresó en cuanto la tormenta cedió el testigo a una extraña calma, con la buena noticia de que la *Victoriosa* había puesto rumbo al oeste cuando el viento lo había permitido. Ambas habían sobrevivido a la

tempestad. Como ellas, también se salvaron el resto de las naves que se hicieron a la mar, aunque algunas sufrieron daños o perdieron parte de la carga.

De todas ellas, la coca que comandaba Doménico era la única que permanecía en Getaria. Aitor había decidido que no zarparía rumbo a Brujas mientras fuera útil en las tareas de rescate. Cada vez que se lo planteaba, se decía que Rispau habría actuado de igual manera. Si quería que Getaria fuera su puerto de referencia para el comercio atlántico, lo menos que podía hacer era colaborar con sus vecinos en momentos tan complicados. De ese modo no tardarían en adoptarlo como un valioso hijo de la villa.

—Nunca había ocurrido algo así. Nadie recuerda un desastre semejante, ni los más viejos de la zona —Era Domingo de Isasti, el alcalde del concejo, quien se dirigía a Aitor. Ambos estaban de pie en la playa, junto a una gran montaña de cenizas que aún humeaba y varios hombres que preparaban una nueva pira—. En nombre de la villa quiero agradecerte la colaboración de tus hombres en las tareas de desescombro.

—Oh, no es nada —replicó Aitor intentando ocultar su satisfacción.

—Sí lo es. Sé lo que supone para armadores y mercaderes tener sus barcos amarrados, sin poder surcar los mares con valiosas mercancías. No soy tonto, Aitor, y si miro al mar veo muchas barcas de pescadores pero solo una nave mercante trabajando codo con codo con los vecinos de Getaria. Y es la tuya. Sin ella todo resultaría más lento. ¿Dónde están los demás? —inquirió el alcalde

gesticulando con rabia—. ¿Dónde han ido los otros barcos? Si miras hacia el horizonte, verás que muchos pasan de largo cada día. Las noticias vuelan y quienes hacen cabotaje evitan estos días acercarse por nuestro puerto.

—Volverán —aseguró Aitor.

El alcalde le dedicó una mirada derrotada. No pasaría por mucho de los cuarenta años, pero las marcadas arrugas de su ceño delataban largos años de preocupaciones. Aitor no sabía mucho de él. Solo que era escribano y propietario de una ferrería en el valle del Urola. Como todos los que ocupaban el máximo cargo público de la villa, lo haría durante un solo año. Tras ese periodo, sería otro vecino el que ostentara el cargo.

—No, no volverán. Al menos mientras el fondeadero no vuelva a ser seguro —apuntó apesadumbrado.

Aitor comprendió su preocupación. Pocos alcaldes debían enfrentarse con emergencias tan complicadas como aquella. Normalmente no tenían que decidir más que sobre situaciones cotidianas, desencuentros entre vecinos o problemas de abastecimiento. Sin embargo, Domingo de Isasti se encontraba ante la destrucción del que hasta entonces había sido el principal motor de Getaria. Con la rotura del istmo y el hundimiento de las naves, la fama de inexpugnable de la que disfrutaba su puerto se había ido también a pique.

—Habrá que reconstruir el Pasadizo —sugirió Aitor.

El regidor se encogió de hombros.

—Si tuviéramos dinero ya estaríamos en ello —admitió—. Hemos enviado un emisario al rey Juan II. Nuestro puerto es de gran importancia para el reino. Estoy seguro de que querrá ayudarnos, pero las malas lenguas dicen que la situación de sus finanzas es pésima. Las continuas guerras contra los moros se cobran su precio —sentenció antes de girarse para regresar al interior de las murallas.

Apenas habían pasado veinte días desde aquella conversación cuando el alcalde se presentó en casa de Aitor. Su rostro no adelantaba nada bueno.

—Ayer vino a verme Alain de Oialde —comenzó a explicar sin preámbulos—. ¿Sabes quién es, verdad?

Aitor asintió con el corazón en un puño.

—Alega que estás ligado al valle de Oialde y que lo abandonaste sin su permiso. Pretende que la villa de Getaria te expulse. De lo contrario amenaza con atacarnos para tomar lo que es suyo.

Sabía que antes o después llegaría aquel momento, pero no por ello se sintió mejor. No quería caer en las manos de aquel malnacido por nada del mundo.

—Mató a mi familia. No podía quedarme en el valle —explicó con un hilo de voz.

Isasti asintió frunciendo el ceño.

—Dice que mataste a su administrador —añadió.

Aitor se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? Las mentiras no le ayudarían.

—Es una historia muy larga. Solo sé que era un monstruo. Con su muerte, los vecinos de Oialde son un poco más libres.

Durante unos instantes, el alcalde se mantuvo en silencio, escrutando el rostro de Aitor, que se mantenía erguido, decidido a no claudicar tras tocar la libertad con las puntas de los dedos.

«Nunca debí abandonar Barcelona —pensó.»

De pronto, el rostro siempre preocupado de Domingo de Isasti se distendió.

—¡Por Dios, Aitor! No puedo creer que fueras tú quien me quitaste de encima a aquel canalla. Mikel me hacía la vida imposible. Durante años nos amenazó a mí y al resto de los propietarios de ferrerías del valle del Urola para que abandonáramos el negocio del hierro. Una vez, en plena noche, tu maldito señor de Oialde destrozó mis instalaciones y asesinó a mis ferrones. No soportaba nuestra competencia —Conforme su interlocutor avanzaba en la narración, Aitor sentía que le invadía una enorme sensación de alivio—. El día que supimos de su muerte fuimos muchos los que la celebramos.

—No quería matarlo —señaló Aitor—. Solo pretendía darle un buen susto.

El alcalde asintió, recuperando la compostura.

—Como ves, no tengo ninguna simpatía por ese banderizo de Oialde. Todo lo contrario. Sin embargo, no puedo poner en peligro a los vecinos de Getaria. Si cumple su amenaza y nos ataca, muchas vidas inocentes correrán peligro.

—No se atreverá a atacar la villa. Hay guardias, murallas y leyes que la protegen de los parientes mayores —apuntó Aitor.

—Así es. Pero Alain de Oialde piensa con su entrepierna y si ve su orgullo amenazado podría sorprendernos con una locura —El alcalde entornó los ojos, pensativo—. Déjame unos días. Pensaré qué hacer. Me caes bien, Aitor. Aportaste una coca y quince hombres en los peores momentos de la historia de Getaria y no lo olvidaremos; pero tampoco arriesgaré la seguridad de los vecinos por protegerte. ¿Me entiendes?

—Demasiado bien —admitió Aitor.

El alcalde se disponía a abandonar el despacho cuando uno de sus ayudantes subió corriendo por las escaleras.

—Señor, ha llegado el enviado real. Quiere hablar con vos cuanto antes.

Domingo de Isasti se giró pensativo hacia la ventana. Observó la brecha abierta en el istmo durante unos instantes antes de dirigirse a Aitor.

—¿Te importa si lo recibo aquí? No se me ocurre un lugar mejor desde el que poder mostrarle los destrozos. Tienes la mejor panorámica del puerto —apuntó señalando hacia el fondeadero.

—Claro que no. Estás en tu casa. Os dejaré solos —anunció Aitor dirigiéndose hacia las escaleras.

—No, quédate. Es tu despacho y, como mercader, quizás tengas algo que aportar —le interrumpió el alcalde.

El enviado de Juan II no era otro que Francisco Hijano, cantero mayor del reino. Sus caros ropajes estaban manchados de polvo y barro del camino cuando llegó al despacho. La barbita acabada en un tirabuzón y los bigotes puntiagudos le otorgaban un aspecto divertido, lejos del aire ilustre que él pretendía.

«Parece un chivo —pensó Aitor cuando lo vio entrar.»

—No tengo mucho tiempo —saludó el castellano con tono altanero—. Debo continuar camino hacia Hondarribia, donde precisan ampliar la muralla. El rey Juan escuchó con preocupación a vuestros emisarios en Burgos y es su deseo que el puerto de esta villa que tan lealmente le sirve se recupere cuanto antes.

El alcalde lo acompañó hasta la ventana.

—Como podéis ver, las olas barren la ensenada —explicó señalando hacia el exterior—. Hasta que la tempestad lo arrasó, un estrecho istmo unía la isla de San Antón con la villa, creando un fondeadero protegido.

—He oído hablar de él —interrumpió el cantero mayor zanjando la explicación con un rápido gesto de la mano—. No habría más que cerrar la brecha de nuevo para que Getaria volviera a tener un puerto seguro. Parece fácil.

Aitor y Domingo de Isasti cruzaron una mirada de aprobación.

—Quizás lo sea, pero resultará muy costoso —señaló el alcalde.

—No tanto. Podríamos hacerlo con sillares normales y reforzarlo con rocas tomadas de los acantilados cercanos —decidió el enviado real observando los rompientes.

Isasti frunció el ceño.

—Las rocas que arrancó el golpe de mar eran enormes y aun así no fueron capaces de soportar la violencia de las olas. Quien no lo haya visto, jamás podrá imaginar la fuerza descomunal que el océano puede llegar a ejercer —apuntó.

Francisco Hijano le dedicó un gesto de desdén.

—Por supuesto que puedo imaginarlo. Por algo soy cantero mayor de su majestad.

Aitor decidió intervenir.

—Si me lo permitís, señor Hijano, me gustaría exponer mi visión como mercader.

—Adelante —replicó el otro con un suspiro de hastío.

—Pues bien, creo que Getaria debería aprovechar la ocasión que se le brinda para mejorar su puerto. Hasta que se abrió la brecha, solo en bajamar podíamos caminar entre la villa y los muelles, situados al pie de la isla de San Antón. Con la pleamar, el Pasadizo quedaba bajo las aguas; servía para frenar las olas del noroeste pero no como paso seguro. Para llegar al muelle debíamos hacerlo en pinazas o bateles —Aitor no sabía si el ceño fruncido del alcalde significaba interés o desagrado—. Podríamos aprovechar la reconstrucción para ampliar la altura del istmo para que ni siquiera con la pleamar el puerto quedara incomunicado. Así no solo estaríamos ante el fondeadero más seguro de la zona sino también ante el más práctico.

El cantero mayor observó largamente el mar. A pesar de que estaba en calma, las olas barrían la ensenada, donde no descansaba barco alguno. En la playa aún se distinguían los restos ennegrecidos de las hogueras, pero poco a poco la vida había vuelto a la normalidad en Getaria. Varios pescadores tiraban las redes en los alrededores de San Antón, más allá de la punta que llamaban Marsoparri, mientras las gaviotas sobrevolaban la zona a la espera de alguna captura accidental.

—Me gusta la idea. Creo que su majestad estará satisfecho cuando le informe de estas obras de mejora —dijo finalmente garabateando con una pluma su resolución en un papel—. Dispongo que os sean entregados cuatrocientos cincuenta mil maravedís para acometer la construcción.

Domingo de Isasti contempló a Hijano con los ojos tan abiertos que Aitor creyó que se le saldrían de las órbitas.

—Sois muy amable. Mañana mismo nos pondremos manos a la obra —anunció agachando la cabeza a modo de agradecimiento.

Francisco Hijano rompió a reír.

—No tan rápido. Las arcas reales están bajo mínimos. El dinero no llegará de inmediato, pero lo hará algún día.

El rostro del alcalde enrojeció por la ira. Se sentía estafado, sin embargo, se cuidó mucho de expresarlo en voz alta.

—Necesitamos el puerto. Sin él, la villa está condenada a la ruina. Algo podréis hacer por nosotros —sus palabras sonaron desesperadas.

El cantero mayor tomó de nuevo la pluma.

—Dispongo en nombre del rey que, además de la feria habitual, Getaria pueda celebrar una feria extraordinaria cada año para recaudar impuestos con los que reparar la brecha. ¿Algo más? —inquirió con una mueca condescendiente—. Dispongo también que los pescadores de Getaria puedan faenar con sus redes entre la iglesia de San Pedro de Ugarte y la peña de Alzaga para destinar el dinero obtenido con las ventas a la reconstrucción. ¿Os parece suficiente así? —preguntó dejando la pluma en el tintero—. Cuando el rey tenga el dinero, os lo dará. Hasta entonces deberéis contentaros con esto.

A Aitor se le ocurrió una idea.

—Yo estoy dispuesto a aportar veinte mil maravedís para que la obra comience inmediatamente. Y cuando mis naves regresen se dedicarán durante dos semanas a acarrear material —ofreció. A cambio, instó a Francisco Hijano a que se comprometiera a solicitar al rey su redención. Oro de Pere Rispau a cambio de lograr liberarse del yugo que lo ligaba al valle de Oialde.

—Así lo haré —aseguró el cantero mayor sin dudarlo un solo momento—. Un emisario os entregará en unas semanas el escrito de su majestad que os hará libre. En cuanto a vos —musitó girándose hacia el alcalde—, ya tenéis el oro que os permitirá arrancar las obras. Celebrad una feria o pedid prestado el resto para poder llevarlas a cabo. Ahora —dijo tomando su capa—, si me lo permitís, debo continuar mi viaje.

Aitor observó en silencio como Francisco Hijano, acompañado por el alcalde de la villa, bajaba por las escaleras. Su ansiada libertad estaba en las manos de aquel hombre desdeñoso. Deseó desde lo más profundo de su alma que llegara sano y salvo a la corte para poder cumplir su palabra.

38

LA FERIA DE VERANO

Verano de 1454

Soñaba que la miel de las colmenas desbordaba y se fundía con las aguas del Urbeltza cuando el golpeteo del martillo pilón la despertó. Las vigas del techo comenzaban a tomar forma, teñidas por la tenue luz del alba. Arrebujada entre las mantas, repasó mentalmente los preparativos. Había cargado el carro la víspera. Estaba repleto de sacas de carbón hasta los topes. No faltaba nada. Solo era necesario ponerse en camino. Hacía días que se sentía emocionada, con un creciente nerviosismo ante la perspectiva de reencontrarse con Aitor.

Pensaba en ello cuando oyó que unos pequeños pies corrían hacia su cama.

—¡Venga, dormilona! ¡Es día de feria! —la apremió Xabier saltando sobre el jergón.

Amaia se echó a reír. Le fascinaba la energía del muchacho. Incluso en eso se parecía a Aitor. Cuando lo recordaba de niño, le venían a la cabeza sus interminables correrías, así como sus juegos y travesuras junto al río.

—Vamos, hijo. Getaria nos espera —apuntó Amaia vistiéndose.

—¿Veremos a Aitor? Me prometió que me montaría en un barco muy grande —inquirió el pequeño. Desde su visita al valle hacía un año, lo habían visto en tres ocasiones. Dos de ellas en Getaria y la

tercera hacía apenas un mes en una nueva visita furtiva del fugitivo a la aldea.

—Claro. Allí estará. Se pondrá muy contento de verte, ya verás. —Amaia se sentía feliz por el cariño que padre e hijo se mostraban mutuamente.

Antes de subir al pescante del carro, desayunaron manzanas y pan de mijo con miel. El día sería largo y había que hacer acopio de fuerzas por si no tenían tiempo de llevarse nada más a la boca.

Los lentos pasos de los bueyes resonaban en el camino, marcando el ritmo de una melodía en la que predominaban el susurro del Urbeltza, de nuevo tempestuoso, y el martillo pilón. El día prometía ser caluroso, con una suave brisa procedente del sur recorriendo el valle. Sin tiempo para darse cuenta, alcanzaron la base de la torre del señor de Oialde. Como era tristemente habitual, en el puente situado a sus pies, los soldados cobraban un derecho de pontazgo. Cinco arrieros esperaban su turno en una tensa fila. Amaia conocía a dos de ellos. Fermín, con sus sacas de harina, y Torcuato, con sus castañas secas. Los tres restantes no eran vecinos de la aldea. Era habitual en días de feria que mercaderes llegados de Zarautz y otros pueblos, aún más lejanos, utilizaran el camino real que atravesaba Oialde para llegar a Getaria. La noticia de la feria extraordinaria de verano se había extendido rápidamente y no eran pocos quienes querían aprovecharla para vender sus excedentes en la villa.

—Soy vecino de Getaria. Tengo derecho a pasar sin pagar. El rey quiso que así fuera en todo el reino, y vuestra aldea no es ajena a

sus leyes —protestaba con grandes aspavientos el primero de la fila.

Los soldados se burlaron de él. Amaia los conocía bien. Eran dos de los más habituales en el puesto de peaje.

—De Getaria o de Getario, me da igual. O pagas o no pasas —soltó Félix con una carcajada.

Su compañero Lope acercó su espada al cinto del arriero, señalando la bolsa del dinero.

—¡Suelta las monedas, ganapán! —espetó dando voces.

Atemorizado, aunque más por su grotesca cicatriz que por sus palabras, el conductor del carro pagó sin más quejas.

—Esto no quedará así. El concejo de Getaria os obligará a devolver hasta la última moneda. ¡Ladrones! —exclamó conforme se alejaba.

El siguiente era Fermín.

—Hombre, tú por aquí —murmuró Félix—. Espera un momento.

Lope se perdió en el interior de la torre y, cuando volvió a aparecer, lo hizo acompañado del propio Alain de Oialde, que caminaba con una cojera más marcada de lo habitual. Algo en su sonrisa torcida le dijo a Amaia que sus intenciones no eran buenas. De hecho, nunca lo eran.

—¡Mi querido molinero! —saludó con tono burlesco—. Tengo una buena noticia para ti —Fermín lo miraba con gesto preocupado—. A partir de ahora no tendrás que trabajar más. Mañana mismo comenzará a funcionar mi molino —explicó señalando una pequeña construcción de mampostería anexa a la ferrería—. Todo el que

quiera moler su grano deberá acudir a mí. Te prohíbo que vuelvas a poner en marcha el tuyo. ¿Me has entendido?

Fermín apretó los puños con tanta fuerza que Amaia creyó que se disponía a pegar al señor del valle. Alain echó mano de la empuñadura de su espada. Al verlo, el molinero se obligó a suavizar su respuesta.

—Señor, no sé hacer otra cosa —musitó—. Mi padre, mi abuelo... Toda mi familia ha vivido desde siempre de la molienda. Moriré de hambre si no puedo trabajar.

—Pues muere, si así lo deseas. No es mi problema. Desde ahora el único molino que funcionará en el valle será el mío. Si se te ocurre volver a ponerlo en marcha eres hombre muerto.

El molinero, desafiante, le mantuvo la mirada unos instantes. Después subió de nuevo al pescante de su carro y azuzó a su único buey.

—¡Espera! No olvides pagar el derecho de tránsito. Nadie irá a la feria sin hacerlo —exclamó Alain mientras Félix tomaba uno de los sacos de harina del carro de Fermín.

Durante la discusión, varios peregrinos extranjeros se sumaron a la cola a la espera de poder pasar por el puente. Amaia recordaba haber visto siempre a aquellos misteriosos caminantes de lengua incomprensible atravesando el valle de camino a la tumba del apóstol Santiago. Sin embargo, en las últimas semanas, los romeros se habían multiplicado y raro era el día en que no pasaban por Oialde al menos media docena.

El siguiente arriero, un vecino de Orio, pagó sin esperar a que se lo pidieran. Había visto suficiente como para saber que era mejor no andarse con bromas. Mientras lo hacía, Torcuato se apeó de su carro y se acercó al de Amaia.

—Vaya niño más guapo —dijo a modo de saludo.

—¿Qué tal, a vender castañas? —preguntó Amaia incómoda.

—Curiosos sus ojos, ¿verdad? No recordaba que Mikel los tuviera del color de la miel, creía que eso era más propio de los Ibaiondo —murmuró con una sonrisa malévola.

Amaia contuvo el aliento. A escasos metros de ellos, Alain se divertía observando a sus hombres cobrando el pontazgo. Cada vez que alguno de ellos amenazaba a algún arriero, se reía a carcajadas. Al comprobar que no había oído el comentario de Torcuato, respiró aliviada, pero sintió retumbar en su cabeza los latidos de su corazón hasta que su vecino pagó el peaje y siguió su camino.

Cuando llegó su turno, el señor de Oialde llamó a dos ferrones, que tomaron varias sacas de carbón del carro y las llevaron hacia la ferrería. Amaia comprobó que la mercancía descargada era casi un tercio del total, mucho más de lo que se cobraba habitualmente el banderizo, pero se cuidó mucho de decir nada. Aunque sentía una enorme rabia, sabía que si abría la boca se arriesgaba a que la castigara robándole aún más carbón.

«De buena gana le escupiría en la cara —se dijo al ver la sonrisa victoriosa de Alain, pero se obligó a calmarse—. Dentro de un rato estaré en los brazos de Aitor.»

—¿Qué decía Torcuato de mis ojos? ¿Qué tienen de raro? —preguntó el niño en cuanto dejaron atrás la torre.

—Nada hijo, que son muy bonitos.

—Algo decía de mi padre. Nunca me hablas de él. ¿Por qué murió?

Amaia suspiró. El viaje hasta la feria iba a resultar especialmente duro. Se preparaba para contestarle cuando un grito desgarrador resonó a sus espaldas. Al girarse vio al señor de Oialde empuñando su espada. La hoja estaba totalmente hundida en el vientre de un peregrino al que Lope levantaba por el cuello con una sola mano. Cuando Alain extrajo el arma, un potente chorro de sangre brotó del desdichado al tiempo que sus intestinos se desparramaban por el camino. Sus compañeros huyeron a la carrera mientras una mujer, seguramente su esposa, caía de rodillas con el rostro tapado por ambas manos.

—¿A que no volveréis a negaros a pagar, hijos de puta? —clamó Alain alzando la espada ensangrentada a modo de amenaza.

Amaia tragó saliva. Observó a su hijo asustado y azuzó con fuerza a los bueyes. Si se apresuraban, no tardarían en ver las murallas de Getaria.

Solo cuando Aitor regresó de su exilio en Barcelona para presentarse en el valle en mitad de la noche, se había sentido tan contenta de verlo. Se sentía tan exhausta que se lanzó a sus brazos en cuanto lo encontró en el portal de su casa. Nada le importaban en aquel momento las miradas de los muchos curiosos que deambulaban

entre las paradas de la feria, solo ansiaba perderse en sus brazos protectores.

—No puedo más —murmuró—. Es un monstruo, un maldito monstruo.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Aitor estrechándola con fuerza.

—El señor ha matado a un peregrino. Lo ensartaba así y salía un montón de sangre —explicó el pequeño Xabier gesticulando con la mano como si blandiera una espada.

—Está loco —sollozó Amaia—. Cada día es peor. El año pasado desolló a uno de sus ferrones. Según dijo le robaba hierro. Su piel estuvo colgada como advertencia en la puerta de la ferrería hasta que las alimañas la devoraron. No creo que haya un solo vecino de la aldea que pueda olvidar en su vida los espantosos aullidos de aquel hombre mientras lo torturaba.

—Hay que pararlo. No podemos permitir que siga sembrando el mal —reconoció Aitor con una amarga sensación de culpa. Había estado demasiado preocupado por liberarse del yugo del señor del valle en lugar de luchar contra él. Algo le decía que era el momento de pasar a la acción, de tomar medidas para acabar con el poder del banderizo y llevarlo ante la justicia.

—No será fácil —señaló Amaia.

—Nada que valga la pena lo es —reconoció Aitor—. Pero te prometo que lo pararemos. Lograremos que ese peregrino sea su última víctima.

Ajeno a tan trascendente conversación, Xabier jugaba con Martín a lanzar monedas a la boca de una rana de hierro situada a un par de pasos de ellos. El aprendiz fingía no tener tan buena puntería como el pequeño, que se desternillaba de risa al ver sus exagerados gestos de impotencia.

—No puede, no puede —se burlaba el niño a carcajadas.

Aitor y Amaia apenas tardaron unos minutos en pasar los sacos de carbón del carro a la parada que había montado Martín a primera hora de la mañana, antes de que las puertas de la muralla se abrieran. La feria extraordinaria de verano había causado tanta expectación en los alrededores que, desde primera hora de la mañana, se habían producido altercados entre vendedores que discutían por los escasos lugares libres donde podían montar sus puestos.

—No tardaremos mucho en vender tan poco carbón —comentó Aitor confiando en que el haber podido elegir un buen lugar en la feria fuera de ayuda.

Amaia se encogió de hombros.

—Después de lo que he vivido esta mañana, poco me importa.

Aitor la abrazó con fuerza y ella apoyó la cabeza en su hombro. Le gustaba sentirse así, protegida por sus fuertes brazos. Parecía que nada ni nadie pudieran hacerle ningún mal cuando sus manos firmes le acariciaban la espalda, el cuello y los cabellos.

—Venga, anímate. Ahora estás en Getaria. Disfrutemos de la feria como hacíamos cuando éramos niños —intentó animarla Aitor.

—Tienes razón —admitió Amaia observando el gentío que abarrotaba la calle—. Ya está bien de penas.

Tres borrachos entonaban una canción junto a la puerta de El Marinero Feliz, entrechocando ruidosamente las jarras llenas de sidra. Poco a poco, algunos de los que pasaban por allí se sumaron a los cánticos y enseguida eran más de una docena los espontáneos cantores que animaban la feria. Máximo guiñó un ojo a Aitor cuando salió a rellenar las jarras.

—Hoy vamos a hacer buena caja. En la feria de invierno la gente no bebe tanto —exclamó sin dejar de servir sidra a sus clientes.

Aitor asintió. Después tomó a Amaia de la mano.

—Vamos a ver la feria —le propuso—. Siempre hemos venido a trabajar. ¿Qué tal un paseo entre las paradas?

—¿Y quién se ocupará del carbón? —inquirió frunciendo el ceño.

Aitor señaló a Martín.

—No tardaremos mucho. Entretanto, él lo venderá —Tras ver que Amaia asentía, se giró hacia el portal, donde su hijo seguía poniendo a prueba la puntería—. Xabier, ¿quieres venir a ver los animales?

El niño saltó de alegría.

—¿Es verdad que hay un encantador de serpientes? —preguntó emocionado.

—Sí. Bailan al ritmo de la flauta. Y un oso, también han traído un oso —le explicó Martín.

—¡Vamos! —exclamó el pequeño tomando a Aitor de la mano.

Amaia sonrió encantada. Que diferente era todo aquello de la vida cotidiana en el valle de Oialde.

—No quiero volver —se sorprendió diciendo en voz alta.

Aitor suspiró y le pasó la mano sobre los hombros.

—¡Miel, miel de abeja natural, miel de la buena, sin mezclas ni trampas!

—¡Chorizos de Orozko, de la última matanza!

El bullicio de la feria no tardó en devorarlos. En algunos puntos, las calles se estrechaban tanto que formaban auténticos embudos, por lo que Aitor subió a Xabier sobre sus hombros para evitar los empujones del gentío. Una señora que portaba dos gansos colgados por las patas se abrió paso a empujones. Los animales, asustados, estiraban el cuello para intentar morder a los viandantes, que se apartaban de un salto.

—¡Veo unos señores vestidos con plumas! —exclamó el muchacho.

—Las autoridades —dedujo Amaia.

Pocos pasos más allá, al abrirse el gentío, comprobaron que, en efecto, se trataba del corregidor, acompañado por el alcalde de la villa. Era la hora de la misa mayor y esperaban junto al atrio de la iglesia que comenzara la celebración. Como ordenaba la tradición, acudían vestidos con sus ropas de gala y sus pomposos sombreros adornados con plumas.

Aitor se adelantó para saludar al alcalde.

—¿Es tu hijo? Tiene los mismos ojos que tú —preguntó este al ver al pequeño sobre sus hombros.

—No, no. Solo el hijo de mi amiga. Una antigua vecina de Oialde —se apresuró a contestar señalando a Amaia, que sintió que le costaba tragar saliva.

Domingo de Isasti se giró hacia ella y le dedicó una mirada de lástima.

—Nos ha llegado una terrible nueva hace unos minutos. ¿Sabías que Alain de Oialde ha matado esta mañana a un peregrino?

La joven sintió un escalofrío al rememorar la escena. Los aullidos de la mujer postrada de rodillas resonaron en sus oídos como si aún pudieran oírse a pesar de la distancia y el tiempo transcurrido.

—Desgraciadamente, lo vimos. Mi hijo también —explicó señalando al niño—. Parece que no querían pagar.

—Es un hombre muy malo —apuntó el pequeño Xabier.

El alcalde dibujó una mueca de hastío.

—¿Pagar? Está loco ese hombre. Los peregrinos pueden transitar por el camino real sin pagar un solo maravedí. Así ha sido siempre y así será mientras el rey no diga lo contrario. También los vecinos de Getaria estamos exentos de pagar cualquier tipo de pontazgo o peaje en todo el reino. Así lo promulgó el rey Sancho IV en 1290. Sin embargo, el señor de Oialde ha obligado en los últimos días a pagar a varios arrieros de nuestra villa por transitar junto a su torre.

—¿Habláis de Alain de Oialde? —inquirió el corregidor acercándose.

—Así es. Este es el hombre del que os estaba hablando —informó Domingo de Isasti señalando a Aitor.

Amaia vio que el padre de su hijo dedicaba al alcalde una mirada de extrañeza. ¿O acaso era temor?

El corregidor se acercó a él. Sudaba bajo la capa de lana y el sombrero de fieltro, sin duda poco acertados para un día veraniego.

—Lamento lo ocurrido a tu familia. Es terrible lo que los banderizos son capaces de hacer con tal de mantener su poder. Puedo asegurarte que su majestad Juan II está muy preocupado por sus excesos y aplaudirá cualquier iniciativa destinada a aplacarlos —apuntó bajando la voz como si quisiera evitar que sus palabras llegaran a oídos indiscretos.

Cuando el corregidor se perdió junto con el resto de autoridades en el interior de la iglesia, el alcalde, que se había quedado rezagado, cogió a Aitor por el antebrazo y lo apartó hacia un lado de la calle.

—No sabe nada de la reclamación de Alain de Oialde sobre ti —explicó en un susurro—. Intentaré mantenerla en secreto mientras llega la redención real, pero si continúa retrasándose... —Hizo una pausa para asegurarse de que Aitor le había entendido antes de continuar—. De aquí a nueve días, tendrán lugar en nuestra iglesia las Juntas Generales de la Hermandad de la Tierra de Gipuzkoa. Me gustaría que acompañaras al procurador de Getaria. Así podrás tomar la palabra y explicar de primera mano los abusos que se están cometiendo en el valle de Oialde. El corregidor también asistirá. No quiere que la muerte del peregrino quede impune. Quizás entre

todos logremos que la Hermandad actúe de una maldita vez contra los señores de la tierra.

Aitor se lo pensó unos segundos antes de responder.

—Asistiré con mucho gusto —aceptó con una mezcla de aprensión y orgullo.

—Así me gusta —zanjó Domingo de Isasti antes de perderse en el interior del templo mientras las campanas repicaban llamando a misa y la multitud se agolpaba junto a la puerta para asistir al oficio divino.

—¡Quiero ver el oso! —protestó Xabier balanceándose sobre los hombros de Aitor.

—Sí, ahora vamos —apuntó su padre abriéndose paso entre el gentío.

—¿Qué es la Hermandad? ¿No te meterás en problemas? —inquirió Amaia, visiblemente preocupada.

Aitor negó con la cabeza mientras su hijo le agarraba del pelo como si fueran las riendas de un caballo.

—La Hermandad es una asociación de las villas y lugares de todo Gipuzkoa. Se fundó, según tengo entendido, para luchar contra el bandidaje y los abusos de los banderizos. Sin embargo, como puedes ver en nuestro propio valle, aún no ha conseguido sus objetivos.

—Hoy mismo he podido verlo —se lamentó Amaia.

—Las Juntas Generales se reúnen dos veces al año y cada una de las villas de la Hermandad envía un representante para defender sus

intereses. Las reuniones tienen lugar cada vez en una villa diferente, no sabía que le tocara ahora el turno a Getaria. Lo que pretende Domingo es que yo, como vecino de Oialde, explique los abusos a los que nos somete Alain. Tal vez las palabras de una víctima sean más eficaces que las de alguien que hable solo de oídas.

—¡El oso! ¡El oso! —le interrumpió Xabier en cuanto llegaron junto a la muralla.

Subiendo por la calle Mayor habían llegado hasta el portal de Tierra, junto al que se abría la plazuela donde un hombre tocaba un tambor para que un enorme oso de mirada triste hiciera cabriolas sobre un taburete de cinco patas.

—¿Y qué puede hacer la Hermandad contra Alain? —inquirió Amaia, que no acababa de entender cómo una asociación de villas pretendía plantar cara a los poderosos parientes mayores.

Aitor alzó la vista hacia la muralla. No era ni mucho menos la más alta que había contemplado, pero su visión le resultaba tranquilizadora. Allí dentro, Alain de Oialde nada podía hacer contra él; en el exterior, en cambio, fuera de la jurisdicción de la villa, se extendían las injusticias del mundo rural.

—La Hermandad dicta ordenanzas de obligado cumplimiento para cualquier habitante de la tierra de Gipuzkoa, incluidos los parientes mayores. Si alguno de estos rompe la paz social o lleva a cabo cualquier tipo de alboroto, las Juntas Generales pueden aplicar contra él la pena que consideren oportuna.

Amaia asintió poco convencida. Para ella, como para cualquier vecino de Oialde, el señor del valle era una persona tan poderosa

que parecía increíble que una asociación de villas pudiera aplicar leyes contra él.

«Ojalá sea cierto —se dijo con cierto escepticismo.»

39

HERMANDAD

Verano de 1454

Los tañidos de las campanas que convocaban a Juntas Generales llegaban apagados al interior. Los blasones de las diferentes villas que formaban la Hermandad colgaban de la nave central, otorgando un ambiente festivo a la iglesia de San Salvador. Sus esbeltas columnas se alzaban hacia el cielo para sostener las hermosas bóvedas de sillería de arenisca. La disposición en ligera pendiente del interior del templo, con el altar mayor ocupando la zona más alta, creaba en los asistentes una desconcertante sensación inicial de mareo, que se difuminaba tras el primer instante.

Recorriendo la iglesia con la mirada, Aitor reparó en la réplica de una coca que pendía de una cadena junto al altar. Se trataba del exvoto con el que los marineros de uno de los barcos que sobrevivieron a la tempestad que arrasó meses atrás el puerto de Getaria quisieron agradecer su salvación al santo. La villa aún estaba conmocionada por los trágicos sucesos de aquella noche, cuyas cicatrices aún eran visibles. Sus muelles habían dejado de estar tan concurridos como lo estaban antes de que el mar arrasara el istmo. Los negocios que dependían del flujo de marineros se resentían y Getaria comenzaba a sumirse en un letargo que muchos temían que resultara devastador. Sin embargo, la trascendente reunión que estaba a punto de comenzar en su iglesia permitiría que, al menos durante unos días, la villa recuperara su tono habitual.

En los corrillos informales que precedieron al inicio de las Juntas Generales, el corregidor explicó a los procuradores las últimas nuevas sobre el reciente fallecimiento en Valladolid del rey Juan II. Nadie se había opuesto a que su hijo Enrique IV lo sucediera, de modo que no se preveían grandes cambios en la política del reino. Los representantes de las villas guipuzcoanas, preocupados ante la amenaza de guerra civil que se cernía cada vez que un rey moría, se mostraron satisfechos con la perspectiva de la continuidad. Aitor, sin embargo, temía que su redención no llegaría nunca y comenzaba a asumir que, muerto Juan II, debería iniciar desde cero las gestiones con su sucesor. De nada habrían servido el oro de Pere Rispau ni la ayuda que estaba prestando en la costosa reparación de la brecha abierta por el mar en el istmo.

Pensaba en ello cuando las campanadas cesaron y el corregidor, Juan Hurtado de Mendoza, se acercó a la tribuna para entonar su discurso de bienvenida. Su voz resonó amplificada por las bóvedas del templo, pero sus palabras resultaron vacías. Como representante real, presidía las Juntas Generales cada cierto tiempo, aunque su presencia se limitaba a ser un mero observador. Además de él, tomaban parte en las Juntas un procurador enviado por cada una de las villas de Gipuzkoa y los dos alcaldes de Hermandad más cercanos al lugar en el que tenía lugar el encuentro. Había nueve personas que ostentaban este importante cargo a lo largo y ancho del territorio. Su función era la de administrar justicia y velar por el cumplimiento de las ordenanzas. Solo ellos podían dictar las penas, incluidas las más severas.

Fue precisamente uno de ellos el que tomó la palabra una vez que el corregidor regresó a su asiento.

—Aquí, en esta misma iglesia, se fundó en 1397 la Hermandad. Estas mismas paredes asistieron a la reunión de procuradores llegados de todas las merindades, villas y pueblos de Gipuzkoa para aprobar los fueros, usos y costumbres por los que se rigen desde entonces los hombres y pueblos de esta tierra. Si algo tuvieron claro los aquí reunidos fue que no estaban dispuestos a aceptar que alguien, por el hecho de haber nacido en una determinada familia, pudiera ostentar privilegios por encima del resto de sus convecinos —El alcalde de Hermandad enfatizó especialmente estas palabras, que hicieron estremecerse a Aitor—. Ojalá hoy no os tiemble el pulso para volver a tomar decisiones tan importantes como las de aquellos días. Como sabéis, cualquier ordenanza que salga de estas Juntas Generales será rubricada inmediatamente por su majestad Enrique IV. —Con estas orgullosas palabras inauguró la sesión antes de ceder el turno a los diferentes procuradores.

El primero en tomar la palabra fue José de Alaberga, representante de Rentería. Sus desvelos tenían que ver con problemas fronterizos en el valle de Oiartzun y solicitaba que las Juntas Generales concretaran los límites de las villas que lindaban con el valle. Los suspiros y miradas hastiadas de muchos asistentes denotaban que no era la primera vez que se hablaba del tema.

—Otra vez a vueltas con el valle de Oiartzun —musitó uno de los procuradores que se encontraban cerca de Aitor.

—Como empecemos a enredarnos con este tipo de problemas dudo mucho que salga algo importante de estas Juntas Generales —protestó otro.

Impasible a las quejas, el de Rentería continuó exponiendo el asunto. Solo cuando se llegó a una solución que le convencía cedió la palabra al siguiente procurador. Entre conflictos motivados por los límites poco claros de algunas villas y derechos de unas que suponían perjuicios a otras, pasaron las primeras horas de la reunión.

Ajeno a tales trances, Aitor recreaba una y otra vez en su mente las palabras del alcalde de Hermandad. Nunca nadie había expresado de forma más acertada los sentimientos que él mismo había albergado desde su más tierna infancia y por los que, ahora más que nunca, estaba decidido a luchar hasta el final de sus días. Y es que nadie, por mucho que se proclamara pariente mayor, tenía derecho a someter a sus vecinos, a humillarlos, a disponer de sus vidas a su antojo e incluso a asesinarlos.

Las largas jornadas de tediosas discusiones se sucedían y Aitor comenzaba a temer que las ilusiones que había depositado en las Juntas Generales nunca llegarían a cumplirse. Sin embargo, el sexto día, tras un receso para comer, le llegó el turno al representante de Getaria, que le cedió la palabra sin más preámbulos. Muchos le dedicaron miradas incómodas ante la perspectiva de que un vecino cualquiera pudiera hacerse con el turno de palabra que correspondía a un procurador como ellos. Sin embargo, conforme fue avanzando

en la narración de las injusticias que asolaban el valle de Oialde, un murmullo de indignación creció en la iglesia.

—Es cierto. Al venir hacia aquí, sus hombres me amenazaron con quedarse mi caballo si no pagaba el pontazgo —interrumpió el procurador de Tolosa.

—A mí también. Y de muy malas formas —intervino el de San Sebastián.

Los representantes de otras villas situadas al este y obligados a pasar por Oialde para llegar a Getaria se sumaron a las protestas. Todos habían sufrido algún tipo de coerción al pasar ante su casa-torre.

El corregidor alzó la mano solicitando silencio.

—Tenemos noticias de que amenaza de muerte a los peregrinos que osan negarse a pagar. Con alguno ha llegado a cumplir la amenaza. Hay testigos que vieron a Alain de Oialde matando a sangre fría a un caminante indefenso —Los procuradores que tenía más cerca dibujaron una expresión de disgusto—. Y no creo que haga falta que os recuerde que por orden real los peregrinos están exentos de pagar ningún tipo de derecho de tránsito en todo el camino a Compostela.

—Si no son falsas las informaciones que traen hasta el hospital de San Lorenzo de esta villa quienes llegan de Oialde, tiene encarcelados a dos peregrinos a los que acusa de robar fruta de sus manzanos —intervino el procurador de Getaria.

—Pobres diablos —murmuró alguien.

—Seguro que no vuelven a matar el hambre con manzanas ajenas —se burló José de Alaberga—. Señores, creo que dramatizáis demasiado.

—No, por supuesto que no exageramos —se defendió el de Deba —. Es peor aún. Alain de Oialde no es una excepción. En cualquiera de nuestros valles sucede lo mismo. El pariente mayor o banderizo de turno se dedica a dictar leyes que son una burla a las ordenanzas de la Hermandad.

—No es para tanto. —El de Rentería era el único que restaba importancia al asunto mientras los demás procuradores se mostraban cada vez más exaltados. Aitor no tardó en comprender que él mismo era un banderizo, uno de los muchos que habían buscado acomodo en las villas ante el declive del mundo rural.

—¿Os habéis olvidado de Mondragón? —apuntó el de Azkoitia—. Después de un acto tan vil como es incendiar una villa, la Hermandad impuso una multa a los atacantes y obligó a derribar una casa-torre. ¿Ha servido de algo? Francamente, creo que no —Se detuvo unos instantes y recorrió a todos con la mirada—. Hay que hacer más, debemos dar un paso al frente.

—¡Debemos impedir que continúen desangrando la tierra de Gipuzkoa! —exclamó el procurador de Bergara poniéndose en pie.

El alcalde de Hermandad que moderaba la discusión lo mandó sentar.

—Debemos garantizar que las ordenanzas sean respetadas, y eso incluye su cumplimiento por parte de los banderizos. No podemos

tolerar ni una sola afrenta más de los parientes mayores —anunció solemnemente.

Un murmullo de aprobación recorrió la nave. Aitor sintió que una llama de esperanza brotaba en su interior. Mientras los procuradores discutían las medidas a tomar, viajó en su mente hasta la noche en la que Alain se había presentado en el caserío para llevarse a su hermano. Nunca como aquel día había sentido la necesidad de acabar con las caprichosas decisiones del señor de Oialde. Quizás, y aunque había pasado demasiado tiempo desde entonces, ese momento había llegado por fin.

De pronto, movido por una fuerza que no alcanzaba a explicarse, se puso en pie y tomó aliento para hablar en voz bien alta. No estaba seguro de lo que iba a hacer. En el caso de que saliera mal, su vida se iría al traste, pero algo le decía que podía salir bien.

—Aún tengo algo que pediros —anunció logrando un silencio expectante a su alrededor—. Alain de Oialde ha reclamado a esta villa que me entregue al valle de Oialde, del que huí para evitar acabar como mi hermano. Mi familia estaba ligada a aquella tierra y había jurado obediencia al banderizo —Hizo una pausa para asegurarse de que todos los presentes escuchaban atentamente sus palabras—. Quiero solicitaros que intercedáis ante el rey para que me conceda la redención para poder ser por fin libre.

Una desordenada algarabía se adueñó de la iglesia. Bajo los coloridos estandartes de sus respectivas villas, los procuradores intercambiaban comentarios con quienes tenían más cerca. Con el corazón en un puño, Aitor observó a los dos alcaldes de Hermandad,

que se habían acercado al corregidor y le lanzaban miradas de soslayo mientras departían con el representante real. Las naves del templo, que tan imponentes le habían resultado al entrar, se tornaron de pronto tan opresoras que sintió que le faltaba el aire. Su vida dependía de lo que decidieran aquellos hombres que, por lo que delataban sus gestos, no parecían ponerse de acuerdo.

Tras unos tensos minutos, Juan Hurtado de Mendoza fue el primero en tomar la palabra.

—Nadie puede ser vasallo de dos señores al mismo tiempo —anunció después de aclararse la voz—. Todos los aquí presentes somos vasallos de su majestad Enrique IV, de modo que no puedes serlo también de Alain de Oialde.

Uno de los alcaldes de Hermandad se acercó a Aitor con paso lento.

—Iré más allá —explicó girándose hacia los procuradores—. Tal como dictan las ordenanzas de 1397, nadie puede ostentar privilegios por encima de sus vecinos por el hecho de haber nacido en una determinada familia, de modo que nadie en la tierra de Gipuzkoa debe obediencia a ningún banderizo. Ya va siendo hora de que comencemos a llevar a la práctica aquello que nuestros antecesores promulgaron —Antes de continuar, apoyó sus manos en los hombros de Aitor—. Eres un hombre libre. Tanto como cualquiera de nosotros —anunció mirándole directamente a los ojos.

40

JUSTICIA

Otoño de 1454

Apenas tres semanas después de las Juntas Generales, un ejército de doscientos hombres llegados desde las diferentes villas que formaban la Hermandad se agolpaba al pie de las murallas de Getaria. El sol estaba alto en el cielo despejado, pero un fuerte viento del noroeste anunciaba que no tardaría en comenzar a llover. Algunos desde lo alto de los muros, otros asomados a las ventanas de las casas más altas, los vecinos de la villa no querían perderse el mayor despliegue militar que jamás hubieran visto. Nicolás Gorostiaga, alcalde de Hermandad, un hombre menudo fácilmente reconocible entre los militares por su elegante capa y su sombrero, ordenó con un gesto que arrancara la marcha.

Aitor avanzaba a su lado. Conocía cada una de las curvas del camino, que había recorrido una y otra vez desde niño, siempre con la congoja de saber que tras un lugar donde el Urbeltza se remansaba, creando un paraje bucólico que invitaba a descansar, se alzaba la torre del señor de Oialde, donde a buen seguro aguardaba algún encuentro desagradable.

Esta vez era diferente. Por primera vez recorría aquel camino como un hombre libre. Sin embargo, no se sentía tan cómodo como hubiera deseado. Y es que, a pesar de contar con la protección de cientos de espadas, sabía que la reacción de Alain al verlo no sería pacífica.

Con el asalto a la torre del señor de Oialde, la Hermandad iniciaba una nueva política, auspiciada por Enrique IV, de oponerse de forma activa a los abusos de los parientes mayores. Se pasaba por fin de las amenazas a los hechos y aquel pequeño valle cercano a Getaria había sido elegido para comenzar a frenar a los banderizos. El alcalde de Hermandad, encargado de administrar justicia y de comandar la expedición, había pedido a Aitor que lo acompañara. Nadie como un vecino del valle para orientar al ejército en la misión.

—Debemos acabar con su fuente de riqueza. Sin oro no podrá armar a sus hombres ni financiar ataques contra villas o viajeros —explicó Gorostiaga conforme se acercaron a la aldea.

—La ferrería. Sin ella no puede trabajar el hierro —musitó Aitor pensativo—. Sí, eso será lo que más daño le hará.

El inconfundible sonido del martillo pilón fue la primera pista de que estaban llegando a Oialde. El viento del norte arrastraba el aroma a hierro fundido tierra adentro, de modo que ni Aitor ni el ejército sintieron sus notas dulzonas hasta que no estuvieron al pie de la casa-torre. Esta se erguía orgullosa, como una siniestra vigía del camino, pero por una vez no parecía tan altiva. En cuanto los árboles que ocultaban parte del edificio se abrieron, divisaron a varios de los milicianos de Alain cortando el paso.

Al acercarse, Aitor no reconoció a ninguno de los más sanguinarios. Todos eran jóvenes, demasiado jóvenes incluso. ¿Dónde estaban Lope, Félix, Gonzalo..., los soldados que, con solo

presentarse ante su puerta, hacían temblar a cualquier vecino del valle?

—¡Alto! —ordenó tembloroso uno de ellos.

Sus tres compañeros, a los que se sumaron dos más que llegaron corriendo desde la parte trasera de la casa-torre, desenvainaron sus espadas.

—¡Guardad las armas! —advirtió Gorostiaga—. Venimos a advertir a Alain de Oialde de que se le acusa de asesinato, detención ilegal y otras muchas fechorías.

Los jóvenes soldados se cruzaron miradas nerviosas. A pesar de que algunos parecían dispuestos a resistirse, acabaron por envainar las espadas.

«Nunca antes habían visto un ejército tan grande —se congratuló Aitor echando la vista hacia las decenas de hombres armados que esperaban en formación las órdenes del alcalde de Hermandad.»

—El señor de Oialde no se encuentra aquí. Hace dos días que se marchó con el grueso de sus milicianos. No lo esperamos hasta dentro de varios días —explicó el soldado que permanecía al mando.

A Aitor no le costó imaginarlo en alguna de sus habituales refriegas contra alguien más débil que él. Tal vez estuviera incendiando el pajar de algún campesino o echando a perder la cosecha de algún banderizo de pequeña alcurnia.

—Por orden de la Hermandad de las Villas y Lugares de la Tierra de Gipuzkoa, vamos a proceder a castigar al linaje de Oialde por las acusaciones que se le imputan —anunció Gorostiaga—. Tenéis dos

opciones: intentar evitarlo o haceros a un lado. Si optáis por lo segundo, viviréis; de lo contrario, sois hombres muertos.

Los seis soldados se apartaron del camino mascullando entre dientes.

«Solo son unos niños —se dijo Aitor sin poder evitar sentir lástima por ellos.»

Reconoció entre ellos al hijo de Torcuato. No debía de contar más de quince años y parecía asustado.

—¡Destruid la ferrería hasta los cimientos y arrasad la armería, si es que la tiene! —ordenó el alcalde de Hermandad girándose hacia su ejército.

Los ferrones huyeron despavoridos en cuanto los primeros militares se asomaron al interior del edificio. El martillo pilón aún continuó marcando el ritmo de la vida en el valle durante unos instantes, pero sus golpes dejaron enseguida de sonar.

—Los peregrinos —apuntó Aitor señalando hacia la base de la casa-torre, donde se abría una diminuta rendija. Los vecinos del valle sabían demasiado bien que era el respiradero de la siniestra mazmorra subterránea, donde Alain encerraba a sus prisioneros.

Nicolás Gorostiaga asintió.

—¡Vosotros! —tronó su voz dirigiéndose a los milicianos del banderizo, que clavaban la mirada en el suelo con la vergüenza de la rendición—. Abrid inmediatamente la mazmorra y dejad libres a los encarcelados.

—No tenemos las llaves, señor —se disculpó uno de ellos alzando la vista.

—¡Maldita sea! ¡Vosotros, derribad la puerta! —ordenó a los soldados de la Hermandad.

Tras varias embestidas de un ariete, la portezuela de madera forrada de hierro cedió con un crujido. Los militares se echaron atrás cubriéndose la cara con una mueca de asco. A varios pasos de distancia, Aitor pudo sentir el nauseabundo olor que emanaba de la prisión.

—Se han cagado aquí dentro —exclamó uno de los soldados asomándose de nuevo al interior.

Aitor y Gorostiaga se acercaron. En el diminuto habitáculo, sentados en el suelo y protegiéndose con las manos de la luz cegadora que entraba por la puerta, había dos hombres desnudos y desaliñados. A su alrededor todo eran deposiciones.

—Podéis salir. Sois libres —anunció el alcalde de Hermandad apoyado en el quicio de la puerta.

Los cautivos se abrazaron asustados. Sus largas barbas y los huesos marcados bajo la piel delataban un largo cautiverio y poca o ninguna alimentación.

—No os entienden —señaló Aitor—. Los peregrinos que pasan por el valle rara vez hablan nuestra lengua.

—Ese hijo del diablo los ha estado matando de hambre —murmuró Gorostiaga antes de girarse hacia uno de los hombres del banderizo—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí encerrados?

—Varias semanas.

—¿Han comido algo en este tiempo? —inquirió.

—No mucho. El señor les tiraba de vez en cuando una o dos manzanas por la reja de la puerta. Decía que así se les quitarían las ganas de volver a robar fruta de los árboles.

Gorostiaga suspiró asqueado y entró en la mazmorra. Aitor lo siguió. El hedor era tan espantoso que les obligó a moverse deprisa. Tomaron a los dos extranjeros por los brazos y les ayudaron a salir al exterior. Aterrorizados, los prisioneros se resistieron, pero finalmente abandonaron la nauseabunda celda.

—¡Eh, vosotros! No toquéis a los malos —una voz infantil sonó a sus espaldas.

Al girarse en busca del niño, Aitor vio correr hacia él a un pequeño con una espada de madera en la mano. Apenas levantaba unos palmos del suelo; debía de tener cuatro o cinco años, la misma edad que su hijo.

—¿Quién eres tú? —le preguntó mientras se protegía de los mandobles que el muchacho le propinaba.

—Juan de Oialde. Señor de este valle mientras mi padre esté fuera. ¡Eh, suelta mi espada o te arrepentirás!

—De modo que aquí tenemos a la continuación del linaje de los Oialde —bromeó el alcalde de Hermandad levantando al niño en volandas.

—¡Suéltame! ¡Mi padre te matará cuando vuelva! —protestó el niño con los ojos empapados de lágrimas.

Nicolás Gorostiaga soltó una carcajada.

—Está bien. Vete a casa y no se te ocurra salir de allí si no quieres que te llevemos prisionero. ¿De acuerdo?

El pequeño banderizo echó a correr hacia la torre tan pronto como tocó con los pies en el suelo. En la puerta le esperaban varios sirvientes, que observaban aterrorizados al ejército que se había adueñado del solar de los Oialde.

—No tenemos nada contra vosotros. Encerraos en la casa y no salgáis hasta que hayamos abandonado el valle —les indicó Gorostiaga antes de volver a girarse hacia los peregrinos—. ¿Cómo están? —le inquirió a Aitor, que les había acercado un odre con agua fresca.

—Muy débiles. Deberíamos llevarlos a Getaria cuanto antes y que los atienda un médico —explicó señalando los rostros demacrados de los cautivos, que apenas lograron tragar un hilillo de agua antes de sufrir violentas náuseas.

—Apestan —murmuró el alcalde de Hermandad cubriéndose la nariz con un pañuelo—. Los cargaremos en un carro y los enviaremos inmediatamente a la villa. Ojalá allí puedan salvarles la vida.

Un fuerte estruendo anunció que lo habían logrado. Una densa cortina de polvo se alzaba en el lugar que ocupaba la ferrería. Al disiparse, Aitor comprobó que los militares habían derribado por fin el tejado del edificio. Armados de arietes y sogas, no habían tardado

más que unas horas en destrozar el trabajo que a los constructores les había costado semanas llevar a cabo.

Mientras los soldados se cebaban con las paredes de la fábrica, Aitor se sorprendió al descubrir que un sentimiento de tristeza crecía en su interior. Se había acostumbrado al olor del hierro fundido, al fragor del martillo pilón y a aquella enorme construcción que le resultaba imposible disociar del propio valle de Oialde. Era como si aquellos terribles golpes de ariete estuvieran arrasando sus propios recuerdos. Pero al mismo tiempo, era consciente de que aquel edificio suponía el principal sustento del tirano que mantenía aterrorizada a la aldea. Sin la posibilidad de refinar el hierro de sus minas, Alain de Oialde estaría perdido.

—No olvidéis el molino —apuntó Aitor a los soldados.

Solo hicieron falta media docena de hombres armados con mazos para arrasar la rudimentaria caseta de piedra que daba cobijo a las muelas. Sin aquellas instalaciones, mandadas levantar por Alain de Oialde para controlar la molienda, los vecinos podrían volver a acudir al molino de Fermín. El viejo molinero recuperaría así su medio de vida.

De pie junto al cauce del Urbeltza, Aitor observaba los cascotes de piedra y las maderas astilladas que se amontonaban, cada vez en mayor medida, a los pies de lo que pocas horas antes eran los orgullosos edificios de la ferrería y el molino. Los mazazos y los golpes de ariete resultaban tan estremecedores que, por un momento, pensó que aquello debía de ser peor que la más cruenta

de las batallas. Tan ensimismado estaba en sus ideas, que no se percató de que Nicolás Gorostiaga se había acercado hasta él.

—Hoy, este valle es un poco mejor —le comentó el alcalde de Hermandad apoyando una mano en su hombro.

Aitor asintió poco convencido. Si algo tenía claro era que mientras Alain siguiera sobre la faz de la Tierra, los habitantes de Oialde no vivirían tranquilos.

—Eso espero. Esta gente se lo merece —murmuró finalmente antes de girarse para emprender el regreso a Getaria.

41

RUINA

Invierno de 1454/55

Alain estaba desolado. Por más vueltas que le daba no conseguía entender qué había hecho para que el mundo entero se pusiera de pronto en su contra. Su casa era lo único que le quedaba; una torre que a duras penas lograba mantener y en la que la falta de mantenimiento comenzaba a ser un problema acuciante. Las primeras nevadas del invierno habían movido algunas tejas y el agua se filtraba entre ellas, cayendo de lleno sobre su cama. Las primeras goteras aparecieron en plena noche, cuando se despertó empapado y aterido de frío. Sus sirvientes habían vuelto a colocarlas, pero el recio caserón de los Oialde, orgullo de su linaje desde hacía siglos, precisaba de obras de mayor envergadura o acabaría convirtiéndose en un patético montón de escombros.

«Todavía tengo las minas —pensó en un vano intento por recuperar el ánimo mientras se asomaba a la ventana de su habitación.»

Su mirada voló instintivamente hasta las ruinas de la ferrería. Cada vez que las veía, sentía un enorme deseo de venganza contra aquella jauría de advenedizos de la Hermandad. Para colmo, sus sirvientes le habían explicado que Aitor Ibaiondo estaba entre los atacantes. Algún día, se repetía una y otra vez, lograría darle su merecido. Planeaba desollarlo vivo y exponerlo hasta su muerte en una jaula colgada junto al camino.

Sin embargo, aún no había logrado capturarlo, como le recordaba continuamente la montaña de cascotes en la que los asaltantes habían convertido su ferrería. Sin ella, sus minas servían de bien poco. El mineral de hierro se amontonaba junto a las paredes derribadas sin que hubiera forma de venderlo. Nadie lo quería en bruto y los dueños de otras ferrerías cercanas, que podrían transformarlo en tochos listos para embarcar rumbo al norte de Europa, no querían tratos de ningún tipo con Alain. Durante años habían sido víctimas de sus escaramuzas y no estaban dispuestos a hacer negocios con él.

—Los muy puercos están encantados con mi ruina. No tardaré en descubrir cómo salir de esta y entonces los aplastaré —exclamó golpeando el marco de la ventana.

Marina, el ama de cría de su hijo, le dirigió una mirada asustada desde la orilla del Urbeltza, donde lavaba unas ropas.

Alain se relamió pensando en los generosos pechos de la sirvienta, aquellos que tantas veces había visto en la boca del pequeño Juan. De buena gana se los manosearía y la forzaría allí mismo, en pleno cauce. Nadie podría detenerlo, al fin y al cabo se trataba de su señor y podía hacer con ella lo que le placiera. No era la primera vez que la idea se le pasaba por la cabeza, pero su hijo rondaba siempre alrededor de ella y no quería que el pequeño lo viera. Además, la muchacha cuidaba de Juan como si fuera su propio hijo y sería complicado encontrar un ama de cría tan aplicada si la perdía.

—¡Eh! ¿Qué haces, bandido? —Las quejas de Marina le apartaron de sus pensamientos.

Juan lanzó una alegre carcajada mientras corría hacia ella con una pequeña ballesta en la mano. Acababa de acertarle con un proyectil en el trasero. Alain se rió para sus adentros. El pequeño tenía buena puntería. Hacía apenas una semana que había hecho que le fabricaran aquel juguete y resultaba sorprendente que en tan poco tiempo errara el tiro en tan pocas ocasiones.

—No deberíais regalarle ballestas a un niño tan pequeño —protestó Marina alzando la vista hacia la ventana desde la que la observaba Alain. Mientras hablaba, el ama de cría se llevó la mano a la nalga derecha, donde había impactado el proyectil—. Hace daño. Tengo el culo lleno de moratones ¡Me tiene harta!

Alain sonrió. Le resultaba excitante el lenguaje grosero que empleaba Marina. Ninguna señorita de buena cuna utilizaría ese tipo de palabras, y menos en presencia de un hombre. Se la imaginó desnuda, cabalgando sobre él mientras sus grandes pechos le rozaban la cara. Algún día lo haría, por supuesto que lo haría.

—¿Qué pretendes que le regale, muñecas? Es el heredero de los Oialde. Estas tierras serán suyas y debe aprender a defenderlas —exclamó Alain al ver que la sirvienta esperaba una respuesta.

Tan pronto como pronunció las palabras se arrepintió de haberlo hecho. Si alguien estaba echando a perder el linaje era él. Observó las ruinas de la ferrería, las anteparas destrozadas, los desperfectos en su propia casa... Si seguía así, el único legado que le dejaría a Juan sería un puñado de deudas. Incluso su propio padre, al que

Alain había visto siempre como un mediocre, había sido capaz de dejarle como herencia una casa-torre en condiciones y unas minas cuyo hierro refinaban varias ferrerías de viento. Por si fuera poco, durante el último encuentro con otros parientes mayores del bando gamboíno, con ocasión de un ataque a la torre del oñacino Hernán de Vicuña, fue humillado una y otra vez por Juan Ortíz. El señor de Zarautz se burlaba de su escasa pericia en la lucha cuerpo a cuerpo.

—El cojito de Oialde solo sirve para atacar de noche a hombres en pijama. Nadie lo ha visto nunca en un combate de igual a igual, con las espadas en la mano y a plena luz del día. ¿Verdad que no? —comentó con sorna mientras se preparaban para el asalto.

Ninguno de los otros señores presentes había salido en defensa de Alain. Al contrario, unos habían recibido las palabras de Juan Ortíz con sonrisas burlonas y otros, la mayoría, con sonoras carcajadas.

En un primer momento, presa de una furia incontrolada, Alain estuvo a punto de retarlo a batirse en duelo con él, pero se lo pensó dos veces al ver que el otro se llevaba la mano a la empuñadura de la espada en un claro gesto de amenaza.

—Vamos, retadme si aún os queda valor —se burló Ortíz adivinando sus pensamientos—. ¿Sois un cabeza de linaje o una gallinita clueca?

El volumen de las risas fue en aumento hasta que Pedro Vélez de Guevara mandó callar a todos y les obligó a prestar atención al plan que había ideado. Como era habitual, la tarea encomendada a Alain y sus hombres fue la de incendiar los corrales y otros edificios

secundarios de la casa-torre. Las sonrisas sarcásticas que acompañaron el anuncio de su misión no hicieron sino avivar la llama del rencor creciente que sentía por todos aquellos engreídos que se creían mejores que él.

«Algún día les mostraré quién vale más —se dijo volviendo a fijarse en su hijo.»

El niño seguía utilizando como diana a la pobre Marina, que a duras penas podía continuar con la colada.

—¡Basta ya! —exclamó la joven, harta de sentir los proyectiles en su cuerpo.

Alain decidió que era hora de intervenir.

—Hijo, haz el favor de dejar a Marina tranquila. Prueba a disparar al tronco que flota en medio del río.

El pequeño protestó pero obedeció. Sabía que a su padre no le gustaba repetir las cosas y, si no lo hacía, tendría que prepararse para un buen castigo. Alain sonrió satisfecho. Por primera vez en su vida, se sentía mejor en casa que lejos de ella.

Por un momento sintió pánico. Si no tomaba medidas cuanto antes para proteger lo que tenía, no tardarían en arrebatárselo todo. Entre aquellos que se burlaban de su honor y los intrigantes de la Hermandad, su vida distaba mucho de ser segura. Pero si algo le dolía especialmente era la pobre respuesta de los señores de su bando a su petición de auxilio. Y es que en cuanto regresó del asedio contra Hernán de Vicuña y descubrió desolado la destrucción de su ferrería, envió a Gonzalo a explicar lo sucedido a Pedro Vélez de Guevara. Tenía la esperanza de que el destacado cabeza de linaje

presionara al resto de gamboínos para marchar contra Getaria y vengar la afrenta. Sin embargo, en cuanto Alain vio perderse en la distancia a su escudero, se arrepintió de haberlo enviado; aquellos que se burlaban de él tendrían ahora más motivos para hacerlo. Además, la respuesta del señor de Oñati fue una auténtica humillación, pues se limitó a hacerle llegar una nota manuscrita. En apenas un par de renglones escritos apresuradamente, se excusaba por no poder tomar medida alguna por ser el anfitrión de una importante cacería en sus bosques.

Se había pasado la vida haciendo la guerra para ellos y, por una vez que solicitaba su ayuda, hacían oídos sordos.

«Otro gallo habría cantado si hubiera sido Juan Ortíz o el pretencioso Martín de Araotz quien acudiera en busca de apoyo —se dijo con resquemor.»

Estaba tan ensimismado pensando en ello que no se percató de que alguien se había detenido al pie de la torre.

—Señor —lo llamó Torcuato—. Necesito hablar con vos.

Alain suspiró hastiado. Le resultaba repulsivo el servilismo de aquel vendedor de castañas, pero no podía negar que las informaciones que a veces le hacía llegar le resultaban sumamente útiles. Gracias a ellas, había podido castigar a no pocos vecinos de la aldea.

—¡Ay! Maldito crío —exclamó el recién llegado llevándose la mano al cogote.

El pequeño se echó a reír y corrió a esconderse tras las faldas de Marina.

—¡Cuidado, que me tiras al río! —protestó el ama de cría intentando mantener el equilibrio sin soltar la sábana que estaba aclarando.

—¿Vienes a importunar a tu señor e insultas a su hijo? ¿Quieres probar mi látigo? —inquirió furioso Alain.

—Perdón, mi señor. Os suplico que disculpéis mi osadía —musitó Torcuato haciendo una genuflexión.

—Está bien. ¿Qué es eso tan importante que te mueve a venir a molestarme?

El hombre alzó de nuevo la vista hacia el tercer piso de la casa-torre, donde Alain lo miraba desde la ventana.

—Es muy importante que no lo oigan oídos indiscretos —explicó señalando hacia los caseríos más cercanos—. No debería hablar con vos a tanta distancia. En este valle hasta las piedras oyen.

Alain se rió para sus adentros. Si alguien sabía de eso era precisamente aquel pretencioso correveidile. Un nuevo disparo de su hijo acertó en la espalda de Torcuato, que en esta ocasión se limitó a esbozar una sonrisa al tiempo que se llevaba una mano a la zona del impacto.

—Está bien. Espera un momento; ahora bajo. Espero, por tu bien, que sea tan importante como para causarme tantas molestias —apuntó Alain.

Bajó las escaleras a oscuras, sin preocuparse de encender una tea o tomar un candil para iluminar los peldaños. Había nacido en aquella casa y conocía cada rincón como si fuera su propio cuerpo.

Sin embargo, un resbalón inesperado entre la planta superior, que ocupaban sus estancias, y la intermedia, que acogía alcobas menores destinadas a invitados y familiares, le hizo rodar escaleras abajo.

—¡Maldita sea! ¡Traed una lámpara! —exigió a gritos.

Una sirvienta subió corriendo desde la cocina con un pequeño farol de aceite.

—¿Os habéis hecho daño, señor?

—No. Claro que no, pero podía haberme matado —exclamó furioso. Mientras se levantaba, se llevó una mano a la ceja para descubrir que estaba sangrando. La cálida caricia de la sangre le nubló inmediatamente la visión del ojo izquierdo y no tardó en sentir su sabor dulzón en la boca.

—Debería coseros esa herida —murmuró la criada, una anciana entrada en carnes que servía en la casa de Oialde desde antes de que Alain llegara al mundo.

—¡Déjame en paz! ¿Qué hace ahí ese charco? —inquirió arrebatándole de las manos la lámpara y estirando el brazo para iluminar el peldaño donde había resbalado.

La mujer lo miró y torció el gesto.

—Es la primera vez que lo veo, señor.

Alain alzó un poco más el candil para descubrir como la pared rezumaba un fino hilo de agua que se deslizaba por la mampostería hasta encharcar las escaleras. Si no estaba desorientado, que no

creía estarlo, se trataba del muro posterior del edificio, un grueso tabique de piedra y mortero que superaba los dos brazos de grosor.

—¿Qué te ha ocurrido? —exclamó una voz masculina escaleras abajo. Alain reconoció el desagradable timbre de su hermano—. Estás horrible. Se te saldrán los sesos por esa herida.

—Deberíamos cosérsela —insistió la sirvienta.

Alain se fijó en ellos. Con la mirada nublada por la sangre que le cegaba el ojo izquierdo, Pablo parecía aún más gordo. O quizás había engordado realmente; hacía días que no le prestaba atención.

—He sufrido heridas mayores en batalla. No me voy a morir por un rasguño en la cara —se defendió.

El cura se encogió de hombros.

—Mi iglesia también tiene goteras. El agua cae a chorro últimamente. Ni siquiera los feligreses se atreven a venir a misa. Deberías arreglarla o se vendrá abajo —apuntó Pablo.

—¡Mi casa se cae a pedazos y el señorito pretende que le arregle su iglesia! —exclamó Alain fuera de sí.

—Como patrono de la parroquia juraste mantenerla en pie. Nuestro padre nunca habría permitido que estuviera en tal mal estado —se defendió Pablo.

Alain sintió ganas de estrangularlo.

—¿Has visto lo gordo que estás? ¡Maldita sea! Vives mejor que yo, que soy el señor de este valle y lo haces gracias a mi generosidad. ¿Todavía tienes el valor de echarme en cara las goteras

de tu iglesia? Deberías besar por donde piso en lugar de venir a quejarte.

Alarmada por la escalada del tono de la discusión, la criada saludó con una inclinación de cabeza y se perdió escaleras abajo.

—Sin iglesia no hay feligreses y sin ellos no habrá donativos ni diezmos —insistió el cura.

—¡Mientes! Sabes tan bien como yo que si la iglesia está vacía es porque nadie aguanta tus misas. Tus patéticos sermones convertirían en impío al mismísimo papa de Roma —le espetó Alain empujándolo a un lado para seguir bajando las escaleras.

Antes de alcanzar el piso inferior descubrió un nuevo charco, pero esta vez caminaba con el farol en la mano y pudo esquivarlo.

—¡Tú, haz algo útil por una vez! Cuando vuelva a entrar, quiero las escaleras bien secas —apuntó a una segunda sirvienta que barría el comedor.

—Como ordenéis, señor —replicó la mujer dejando a un lado la escoba.

Alain sentía los latidos de su corazón en la ceja herida. Sabía que se le inflamaría tanto que en unas horas no sería capaz de abrir el ojo. Después se teñiría de morado y, por último, le quedaría una fea cicatriz como recuerdo.

«Una herida de guerra. Podré contar que me la hice en un asedio —se dijo soltando una risotada socarrona.»

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme? —espetó en cuanto salió al camino.

A modo de saludo, Torcuato humilló la cabeza tan exageradamente que Alain sintió ganas de propinarle una patada en la cara. Era repulsivo. Pero era útil, de modo que se obligó a contenerse.

—¿Y bien? —insistió.

Al incorporarse y descubrir el rostro de Alain, Torcuato ahogó un grito.

—Estáis herido, mi señor.

—¡Ya sé que estoy herido, imbécil! ¿Qué es lo que quieres decirme?

El campesino miró hacia ambos lados antes de comenzar su explicación.

—La hija del difunto Xabier, la carbonera, se ve a escondidas con Aitor, el fugitivo. Durante la feria, sin ir más lejos, yo mismo los vi juntos en Getaria. Parecían... ¿cómo decirlo? Algo más que simples conocidos.

Alain maldijo para sus adentros. Desde que supo que Aitor había regresado temió que algo así pudiera ocurrir. Años atrás no había querido dar demasiado crédito a las sospechas de Mikel de que Amaia le era infiel con su vecino, pero su asesinato y la huida del joven habían acabado por convencerle de que su administrador estaba en lo cierto. Esta vez no pensaba tolerarlo. No permitiría que ningún vecino mantuviera ningún tipo de relación con un fugitivo

que, para colmo, estaba dedicando todo su empeño en acabar con el linaje de Oialde.

—¿Dices que los viste juntos durante la feria? —inquirió extrañado.

—Así es, mi señor. ¡Ay! —exclamó su interlocutor llevándose una mano al trasero mientras el pequeño Juan corría a esconderse tras las faldas de Marina. La joven, acuclillada, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al Urbeltza. La sábana se escapó de sus manos y el ama de cría se vio obligada a meter los pies en el cauce para recuperarla.

—¡Basta ya, vosotros dos! —exigió Alain, molesto por las protestas del ama de cría y las risas de su hijo. Después se giró de nuevo hacia el visitante y le dedicó una mirada inquisitiva.

—Ha pasado tiempo desde entonces. ¿Por qué no me lo hiciste saber inmediatamente?

Torcuato pareció sorprendido.

—Mi señor, no estaba seguro de lo que había visto y no quería traeros falsas noticias. Tan pronto como he podido comprobarlo, he venido a explicároslo —musitó titubeante.

Alain le dedicó una larga mirada glacial.

—Está bien. Puedes retirarte.

El hombre dudó unos instantes. Sus enormes cejas formaron un arco mientras decidía si debía seguir adelante o no.

—Hay algo más, mi señor —anunció finalmente.

—¿Más? Tú dirás —espetó Alain impaciente.

Torcuato volvió a mirar a ambos lados antes de contestar.

—Se dice en la aldea que el hijo de vuestro difunto administrador no es suyo sino de Aitor.

—¡Tonterías! —exclamó Alain.

—Perdonad que insista, mi señor, pero solo tenéis que mirar sus ojos. Son del mismo color miel que los de Aitor, que a su vez los heredó de su madre y esta de su abuelo.

Alain sintió que le atacaban de lleno en su orgullo. Recordaba perfectamente los ojos dorados de Iñigo, el hermano de Aitor, al que había reclutado hacía años. Aún los veía clavados en él, aterrados, mientras lo degollaba en la noche de Mondragón. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta él mismo? Ni siquiera estaba seguro de haberse fijado nunca en la cara de aquel niño.

—Iré ahora mismo a comprobarlo. Por tu bien, espero que no mientas.

Torcuato volvió a hacer una exagerada reverencia y dio un paso atrás.

Mientras observaba con desprecio al visitante, que se alejó rápidamente hacia su caserío, Alain comenzó a dibujar en su mente un esquema de la situación. Si aquello era cierto, tenía la venganza al alcance de la mano, en su propio valle. Solo tendría que dar unos pasos, llegar hasta el almacén de carbón y cortar la cabeza de aquel mocoso. O quizás sería mejor retenerlo como rehén para lograr que Aitor se entregara. Sí, eso sería lo mejor.

«Siempre estaré a tiempo de matarlo —se dijo.»

Con la mirada perdida en las aguas del río, intentaba vislumbrar la forma de sacar el máximo provecho a aquella noticia cuando Lope se asomó por la puerta de la armería.

—¿Es cierto lo que he oído? —inquirió con una taimada sonrisa que parecía aún mayor por efecto de la cicatriz que le recorría gran parte de la cara.

Alain se rió para sus adentros. El lugarteniente de sus tropas seguía teniendo alma de bandido. Nunca sabía de dónde podía aparecer ni qué era capaz de escuchar a hurtadillas. Eran precisamente aquella virtud, herencia de sus tiempos al margen de la ley, así como su carácter sanguinario, los que habían llevado al banderizo a convertirlo en el más destacado de sus milicianos.

—Torcuato es un chivato pero no un mentiroso —replicó el señor de Oialde—. ¿Qué te parece si vamos a comprobarlo? —El gesto de llevarse la mano al mango de su espada remarcó sus intenciones.

—¿Pensáis matar al crío? —El único ojo de Lope pareció brillar con especial intensidad.

«Está sediento de sangre. Tendré que buscarle alguna misión —pensó Alain.»

Juan pasó corriendo junto a los dos hombres. Perseguía a Marina, que se perdió en el interior de la casa-torre con el cesto de la colada. El señor de Oialde observó con lascivia el contoneo de su trasero y sintió una erección que no supo si atribuir a las prietas carnes de la criada o a la excitación que le producía la venganza.

—No. Mucho mejor. Quizás matemos a su madre, pero no al crío. Nos será más útil vivo. Lo encerraré y exigiré a ese desagradecido

de Aitor que venga en persona a buscarlo —Alain se detuvo un segundo para observar las ruinas de la ferrería. Aún había noches en las que despertaba creyendo oír los mazazos del martillo pilón—. Se arrepentirá de lo que me hizo. ¡Vaya si se arrepentirá! —exclamó apretando los puños.

Un fuerte crujido le impidió seguir hablando. El ensordecedor estruendo que siguió a continuación le heló la sangre. Venía de la parte trasera de la torre, donde se extendía el patio de armas.

—¡Nos atacan! —exclamó Lope echando a correr hacia allí con la espada desenvainada.

El banderizo fue tras él. No entendía qué podía estar pasando. No habían visto a nadie acercarse por el camino real, aunque los atacantes podían llegar a través de la espesura del bosque. El propio Alain lo hacía cada vez que emprendía algún asalto. Siempre se obtenían mejores resultados al caer sobre víctimas desprevenidas. Por mucho que algunos se empeñaran en defender que era una deshonra hacerlo así, el señor de Oialde hacía tiempo que había decidido que, para él, todo valía si se trataba de salir victorioso.

Con cada paso que daba, sentía que el temor crecía en su interior hasta llegar casi a paralizarlo. No recordaba haber sentido una sensación semejante desde el sangriento ataque de Persebal de Urdana a su casa-torre. De aquello hacía un buen puñado de años y le horrorizaba la idea de estar siendo víctima de un asalto como aquel. ¿Pero de quién podía tratarse esta vez? Una lista de probables atacantes fue formándose en su mente.

«Tal vez sea de nuevo la Hermandad. O quizás los oñacinos. O ese malnacido de Juan Ortíz, al que algún día habré de dar su merecido —se decía cada vez más nervioso.»

Lope se había adelantado unos pasos para cubrir a su señor. Protegiéndose contra el muro de la torre, se asomó a la parte trasera en posición de combate. Para sorpresa de Alain, bajó el brazo en el que sostenía la espada y abandonó la protección del muro.

—¡No te rindas! —le ordenó aterrorizado el banderizo.

El lugarteniente se giró hacia él. En su feo rostro se dibujó una mueca que mezclaba confusión y decepción. Alain siguió avanzando, sosteniendo la espada con ambas manos.

—Guardad el arma —musitó Lope—. No arreglaréis nada con ella.

Alain no le prestó atención. Él no pensaba rendirse. Sentía que la cabeza le estallaría al ritmo de los latidos de su corazón, que golpeaban sus sienes como el martillo pilón de la ferrería que le habían destrozado. Esta vez no pensaba permitirlo, aunque tuviera que luchar él solo contra cien soldados. Sin embargo, en cuanto llegó al extremo de la fachada y se asomó a la parte posterior, no encontró lo que esperaba.

En lugar de un ejército enemigo, lo que se extendía al pie de la torre era una montaña de escombros. Varios sirvientes y unos pocos milicianos se encontraban junto a las ruinas y observaban el edificio con la boca abierta. Alain dirigió la vista hacia arriba. Parte de la pared posterior de la recia casa de los Oialde se había venido abajo. El grosor del muro era tal que solo en algunos puntos se había

derrumbado por completo, dejando a la vista la escalera y una de las alcobas del segundo piso. La visión de la torre desnuda, con sus entresijos al descubierto, resultaba demoledora y contrastaba con su habitual aspecto inexpugnable y altivo.

—¡Mi casa! ¡Lo estoy perdiendo todo! ¿Qué he hecho para merecer tanto mal? —sollozó llevándose las manos a la cara.

Cuando las retiró, descubrió que los demás lo observaban; la mayoría con estupor por no haberlo visto nunca tan abatido y algunos con un atisbo de compasión que le resultó humillante.

—¡Basta de mirarme! ¡Quiero esta pared reconstruida inmediatamente! ¡Lope, organiza a los hombres y poneos a trabajar!

—No somos constructores. No seremos capaces de levantar un muro resistente —protestó su lugarteniente.

Alain lo fulminó con la mirada.

—Espero por vuestro bien que sepáis hacerlo. O yo mismo os castigaré por ello.

Lope se llevó la mano a la empuñadura de la espada en un gesto desafiante que no pasó por alto el señor de Oialde.

—Está bien. Hacedlo lo mejor que podáis. No tengo dinero para poder contratar a un maestro constructor —admitió.

—¡Mirad, señor! —exclamó Elías, que inspeccionaba de cerca uno de los trozos de fachada que aún quedaban en pie—. Es un sabotaje.

Alain se acercó al miliciano, que señalaba una pequeña cuña de madera insertada entre las piedras de la pared.

—Hay muchas más, mirad —explicó señalando otras pequeñas tablillas insertadas en la mampostería—. Cuando trabajaba en vuestras minas, conocí a un cantero que me enseñó esta técnica para extraer piedra. Se clavan las cuñas en la roca y se mojan para que, al expandirse, la agrieten y desprendan los sillares. Alguien ha hecho lo mismo en los muros exteriores de vuestra torre. El resto del trabajo lo han hecho la lluvia y las heladas.

Alain observó incrédulo al soldado.

—¿Me estás diciendo que alguien ha venido a clavar decenas de pedazos de madera en mi casa y nadie ha sido capaz de enterarse hasta ahora? —inquirió fuera de sí girándose hacia el resto de los presentes, que bajaron la mirada.

—Señor —murmuró una de las criadas—. Seguramente lo harían los soldados de la Hermandad cuando vinieron a destruir vuestra ferrería. Quienes aquí estábamos no podíamos verlo porque nos retuvieron en el interior de la casa.

Alain sintió ganas de estrangularla. A ella y a todos sus sirvientes.

—¡Sois unos imbéciles! Seguro que estabais tan asustados que os escondisteis debajo de las piedras —exclamó con un profundo suspiro de hastío—. Dejad todos lo que estéis haciendo y poneos manos a la obra. Para la noche no quiero que quede una sola cuña de madera en la fachada. Y no se os ocurra retiraros a dormir si no habéis terminado.

Era noche cerrada cuando Alain y Lope se presentaron ante el almacén de carbón. Tras la pesadilla vivida con el derrumbe de parte de su casa, el señor de Oialde tenía aún más ganas de venganza. Estaba decidido a devolverle el golpe a Aitor. No se le ocurría un modo mejor de hacerlo que secuestrar a su hijo. En cuanto a Amaia, todo dependería de cómo reaccionara, pero sintió una potente erección al imaginar que la forzaba antes de degollarla y colgar su cadáver de su propia torre.

La gruesa puerta se abrió con un simple empujón; se encontraba entornada pero no cerrada.

—¡Amaia! —llamó el señor del valle.

Al no obtener respuesta, desenvainó la espada e hizo una señal a Lope para que entrara con la lámpara. No había nadie en la estancia principal del caserío. Al fondo, en la esquina que ocupaba la cocina, una olla pendía de una cadena sobre el hogar. Dos habitaciones se abrían en el costado izquierdo. Lope se asomó a la primera.

—Nadie.

En la segunda no tuvo más éxito.

—Maldita sea. ¿Dónde están? —protestó Alain.

—Miraré en la carbonera —decidió Lope.

Mientras lo hacía, Alain se acercó a la olla. Estaba caliente. No hacía mucho tiempo que había estado al fuego.

El lugarteniente no tardó en regresar.

—Tampoco están allí. Se han ido. El carro tampoco está.

—Han huido. ¿Cómo han podido saber que pensábamos venir a por ellos? —El rostro de Alain mostraba una gran indignación.

Lope se encogió de hombros mientras inspeccionaba todos los rincones de la casa.

—El chivato —dijo por fin.

—¿Torcuato? —Alain parecía sorprendido pero no tardó en asentir convencido—. Ese malnacido se ha arrepentido y ha venido a avisarle.

El lugarteniente se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

—Me ha echado por tierra la venganza. El golpe que íbamos a asestar a ese presuntuoso de Aitor iba a ser decisivo —se lamentó Alain con una ira que crecía por momentos.

—Habrá que enseñarle a no volver a hacerlo —intervino Lope dibujando con el dedo una media luna en su propio cuello.

—¡Por supuesto! ¡Ahora sí que se va a arrepentir de hablar demasiado! —clamó el señor de Oialde.

Lo encontraron en su caserío, cenando berza estofada junto a su mujer.

—Bienvenido, mi señor —saludó Torcuato acercándose apresuradamente a los recién llegados—. ¿Qué se os puede ofrecer? ¿Queréis compartir nuestra humilde cena con nosotros? Sería un gran honor contar con vos en nuestra mesa.

—¿Por quién me tomas? No me siento a la mesa de mis vasallos. Eso que coméis huele a mierda —se burló Alain—. ¿Tienes unas

tenazas? Necesito unas ahora mismo.

A Lope se le escapó una carcajada.

Torcuato dibujó una mueca de extrañeza.

—Claro, mi señor. No faltaría más —replicó mientras corría a buscarlas.

Cuando regresó con ellas, el de la cicatriz se adelantó y lo inmovilizó.

—¡Siéntate! —le ordenó.

—¿Qué pasa, mi señor? ¿Qué ocurre? —El rostro de Torcuato reflejaba una terrible angustia.

Alain tomó las tenazas y sintió que su pene se inflamaba.

—¡Eres un cretino! ¡Ahora aprenderás a no volver a hablar más de la cuenta! —espetó mientras obligaba al campesino a abrir la boca.

—Por favor no lo hagáis —suplicó su mujer postrándose de rodillas.

—¡Calla, zorra! —espetó Lope propinándole una fuerte patada en el estómago sin dejar de retener a su marido con ambas manos.

La mujer se desplomó luchando por respirar.

Un terrible grito salió de la garganta de Torcuato al sentir como el señor de Oialde le arrancaba la lengua. En cuanto los brazos de Lope lo soltaron, el hombre cayó a tierra, escupiendo sangre y tosiendo ruidosamente.

—¿Crees que le ha quedado claro? —inquirió Alain a su lugarteniente, que le contestó con una risotada.

—Poco importa ya. Aunque quiera no podrá decir mucho —se burló Lope mientras abandonaban el caserío para salir al frío de la noche.

42

CACERÍA

Invierno de 1454/55

Avanzaba a tientas, apartando arbustos y ramas que entorpecían la marcha hasta hacerla mucho más lenta de lo que había esperado. La luna menguante, casi nueva, era una diminuta pestaña que apenas brindaba luz, pero Amaia no se atrevía a encender un candil por nada del mundo. A esas alturas, el señor del valle y sus hombres debían de estar buscándolos a ella y al pequeño Xabier como perros de caza en busca de su presa. Estaba exhausta y el miedo le entumecía los músculos.

—Estoy cansado, no puedo más —protestó Xabier aferrándose con fuerza a su mano.

Amaia se agachó hasta ponerse a su altura.

—Tienes que ser fuerte. Enseguida podrás descansar tanto como quieras, pero debemos llegar a Getaria cuanto antes. Unos hombres malos quieren hacernos daño y no podemos permitir que nos alcancen. ¿Verdad que no? —le susurró.

El niño negó con la cabeza.

—¿Por qué lloras? —preguntó al ver el rostro humedecido de su madre.

Amaia se secó las lágrimas con una manga.

—No lloro, hijo. Es solo cansancio. Yo también quisiera tumbarme y dormir toda la noche, pero debemos llegar junto a Aitor cuanto

antes. Venga, no nos entretengamos más —sentenció reanudando la marcha.

Las lágrimas no tardaron en volver a empapar las mejillas de Amaia. Sentía una tristeza infinita. Abandonar el valle, su casa, su trabajo, sus recuerdos... era lo más terrible que podía haber imaginado jamás. Odiaba a Alain de Oialde, lo odiaba con toda su alma. Primero le había robado a su padre y ahora pretendía hacerse con su hijo.

«Algún día nos las pagará todas juntas —intentó convencerse.»

Cuando al caer la tarde el ama de cría del hijo del señor del valle se había presentado en su casa para urgirle que abandonara la aldea sin perder tiempo, no le había pillado por sorpresa. Esa misma mañana había recibido una inquietante visita de Maritxu. La curandera le había instado a tener todo preparado para marcharse de Oialde cuanto antes. Su vieja amiga no había podido, o quizás no había querido, especificar la amenaza que se cernía sobre ella, pero le había asegurado que algo terrible estaba a punto de suceder.

Una rama baja zancadilleó las piernas de Amaia, que cayó de bruces. La hojarasca frenó el golpe.

—¿Estás bien? —inquirió Xabier corriendo a su lado.

Amaia suspiró hastiada. No soportaba tener que comportarse como una proscrita cuando nunca en su vida había quebrantado la ley.

—Creo que es hora de salir al camino —decidió.

—¿Y los hombres malos? —La voz de Xabier sonaba asustada.

—Hace tiempo que hemos dejado atrás el valle. Aquí no nos encontrarán. Además, avanzaremos mucho más rápido que por el bosque. Antes de que nos demos cuenta estaremos en Getaria.

En cuanto abandonaron la protección del robledal para poner los pies en el camino real, Amaia comprobó que se encontraban mucho más cerca de su destino de lo que creía. Según sus cálculos, debían de encontrarse aún a tiro de piedra de la casa-torre del señor de Oialde; sin embargo, las murallas de Getaria se recortaban al fondo de su campo de visión. Un grupo de árboles les robó por un momento la vista de la ansiada meta, pero enseguida los dejaron atrás para darse casi de bruces con los muros de la villa.

—¡Hemos llegado! ¡Los hombres malos no nos han atrapado! —exclamó Xabier.

Su madre le pidió silencio.

—Solo estaremos a salvo cuando estemos dentro —susurró.

La impaciencia por encontrar protección tras las murallas le hizo apretar tanto el paso que el niño se vio obligado a correr para poder seguir su ritmo.

—Me haces daño —lloriqueó el pequeño—. Me aprietas demasiado fuerte.

Amaia se sintió avergonzada. Estaba tan agarrotada por la tensión, que sujetaba la pequeña mano de Xabier con tanta fuerza como si fuera de hierro.

—Perdona, hijo —musitó.

La oscuridad le impidió descubrir hasta el último momento que el portal de Tierra, que permitía acceder a Getaria desde el camino real, se encontraba cerrado.

«Debía haberlo imaginado. Es demasiado tarde para que permitan entrar a ningún viajero —se dijo apesadumbrada.»

—¿Por qué cierran? —preguntó Xabier acariciando el hierro que cubría la parte inferior del enorme portón.

—Para que no entren los hombres malos. Por eso es un lugar seguro —explicó Amaia aporreando con fuerza la puerta.

El canto de los grillos fue todo lo que obtuvo por respuesta.

—Pero nosotros estamos fuera, no solo los hombres malos —protestó el pequeño.

—Los de dentro no lo saben. Cada día, al ponerse el sol, cierran para que nadie pueda entrar con malas intenciones. Así pueden dormir tranquilos.

—No es justo. Nosotros estamos fuera —insistió Xabier.

Amaia estaba desesperada. Habían conseguido llegar hasta allí, tenían la seguridad de la villa al alcance de la mano y, sin embargo, se encontraban a merced de Alain de Oialde. Si sus milicianos decidieran buscarlos en Getaria, no les costaría mucho dar con ellos esperando junto al portal.

«Ojalá mi plan haya servido para despistarlos —se dijo en un intento por calmarse.»

Horas atrás, tras la visita de Marina, había pedido a Mateo, el carbonero que le ayudaba en las tareas de transporte, que se

apresurara a llevar el carro y los bueyes al bosque donde elaboraban el carbón. Una vez allí, debía esconderlo a conciencia. Al encontrarse las carboneras en sentido opuesto a Getaria, no pasaría ante la casa-torre del señor de Oialde. De ese modo, esperaba que al percatarse de la falta del carro, Alain dedujera que habían escapado en dirección opuesta.

Amaia dudaba entre pedir a gritos que les abrieran o no hacerlo. Si lo hacía, se arriesgaba a que algún soldado de Oialde que se encontrara cerca pudiera oírlos, pero al mismo tiempo parecía la única forma de que algún guardia de la villa se percatara de su presencia y se apiadara de ellos.

—¿Solo hay una puerta? —quiso saber Xabier.

—No. También está la puerta del Mar, pero también estará cerrada.

—Igual no. ¿Y si se la han dejado abierta? —insistió el pequeño.

—Está bien. Iremos a ver —aceptó Amaia.

Un estrecho camino de arena rodeaba la muralla hasta desembocar en la playa. La claridad de la arena destacaba varias formas oscuras extendidas sobre ella.

—Hay gente. ¿No serán los hombres malos? —susurró Xabier con un hilo de voz.

Amaia se estremeció y sintió ganas de echar a correr y no parar nunca, pero se obligó a ser valiente. No podía venirse abajo cuando estaban tan cerca de su meta.

—No, hijo. Solo es gente que duerme. A ellos también les habrá sorprendido en el exterior el cierre de las puertas.

«En realidad es lo más probable —se dijo a sí misma tratando de tranquilizarse.»

Avanzaron intentando no despertarlos hasta el extremo del arenal donde se abría la segunda entrada a la villa, que se encontraba tan cerrada como la anterior.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Xabier empujando el portón con todas sus fuerzas.

Amaia suspiró. Antes de que pudiera responder, oyó el sonido de unos cascos de caballo. El monótono rugido de las olas se empeñaba en hacerlo casi imperceptible, pero no cabía duda, alguien se acercaba.

—¿Quién viene? —inquirió su hijo.

Quien quiera que fuese se detuvo. Debía de haber llegado al portal de Tierra. Amaia tuvo un mal presentimiento. Ningún viajero llegaba tan tarde a una villa que sabía cerrada hasta el alba. Solo podía tratarse de Alain de Oialde o alguno de sus hombres.

—Debemos escondernos —decidió con la certeza de que su perseguidor no tardaría en probar a buscarlos junto a la puerta del Mar.

Amaia no tardó en comprender que no iba a ser fácil dar con un escondite en aquel lugar. No había construcciones, ni árboles, ni siquiera arbustos. Solo la playa y los muros de la anhelada Getaria. Estaban atrapados. Los cascos volvieron a resonar, esta vez más

cerca, pero el firme arenoso del sendero amortiguaba el sonido hasta hacerlo desaparecer.

—Corre, hagamos como ellos —le dijo a su hijo señalando a los que dormían. Sabía que era una maniobra desesperada, pero no tenían otra opción.

El jinete alcanzó la playa en el mismo momento en que se tumbaban en medio del arenal. Amaia cubrió a Xabier con su propia capa, de modo que parecieran una misma persona. La oscuridad jugaba esta vez de su parte.

No cabía duda de que aquel hombre estaba buscando a alguien. Primero llegó hasta la puerta de la villa y después comenzó a recorrer la playa, deteniéndose cada poco tiempo para mirar alrededor. El recién llegado se aproximó hasta uno de los bultos negros que destacaban en la arena. Lo observó unos segundos desde lo alto del caballo y se encaminó hacia otra de las personas dormidas. Aterrorizada, Amaia comprobó que se acercaba. Lo hizo tanto que podía oír su respiración, aunque por mucho que lo intentó no llegó a ver de quién se trataba. Durante un momento que se hizo infinito, el desconocido permaneció a escasos pasos de los fugitivos.

—¿Ya se ha ido? —inquirió Xabier en un susurro.

Amaia lo abrazó con fuerza, con la esperanza de que sus palabras no hubieran llegado hasta su perseguidor. Sin saber muy bien por qué, supo de pronto que la mirada de aquel hombre se había detenido en el bulto que formaban ella y su hijo. Cubriendo la boca del pequeño con una mano, intentó mantenerse tan quieta

como le fue posible y se obligó a cerrar los ojos. El sonido de unos cascos le indicó que el jinete se había puesto en marcha.

«Nos ha descubierto —se dijo obligándose a permanecer inmóvil pese a las ganas que sentía de echar a correr.»

Los primeros pasos del caballo parecieron acercarse, pero enseguida giró hacia el camino y se alejó al trote por donde había llegado. Amaia suspiró aliviada. Había pasado el peligro. Solo entonces comprobó divertida que Xabier se había dormido. Bostezó. Ella también iba a necesitar hacerlo.

Se despertó temblando en la hora fría que precede al alba. Observó a su hijo. Su rostro mostraba una gran serenidad. El cielo, antes negro y estrellado, adquirió poco a poco un apagado tono azulado que anticipaba el nuevo día. El mar parecía una infinita balsa de plata, en la que algunos barcos se mecían anclados a la espera de que sus tripulantes se despertaran. Conforme la luz fue ganando en intensidad, el pequeño Xabier se desperezó.

—¿Ya es de día? —inquirió frotándose los ojos.

—Sí, hijo. Ahora saldrá el sol —anunció Amaia.

Al incorporarse para encaminarse hacia la puerta de la villa, que no tardaría en abrirse, repararon entre carcajadas en que los bultos de la playa no eran personas dormidas sino troncos de árboles arrastrados por alguna riada.

—De modo que aquel hombre a caballo nos tomó por un tronco más —apuntó Amaia.

—¡Que tonto! —se burló Xabier.

El sol comenzaba a asomar por el este, tiñendo de hermosos tonos cálidos las murallas de Getaria, cuando un sencillo tañido de campana anunció la apertura de las puertas. Amaia sintió que el corazón le daba un vuelco al comprobar como el portal del Mar se abría para ellos. Hacía unas horas parecía imposible, pero lo habían logrado. Tras los muros de la villa, estarían por fin a salvo del señor del valle y sus secuaces.

43

LUTO

Verano de 1455

La *Valiente* se balanceaba suavemente frente a Getaria. En la borda, varios marineros se afanaban en cambiar los cabos de la vela mayor. El salitre y la exposición continuada al sol, la lluvia y los vientos del Atlántico devoraban la cuerda, haciendo necesario sustituirla frecuentemente. Desde el muelle, situado al pie de la isla de San Antón, Aitor contemplaba la maniobra satisfecho. Hacía dos días que la coca había regresado de los puertos flamencos, cargada hasta los topes de mercancías que harían aún más rico a Pere Rispau con su venta por todos los rincones del Mediterráneo. Junto a la nave se hallaban fondeados otros seis barcos de gran calado, todos ellos a la espera de cargar sus bodegas con lana y hierro para partir hacia los puertos del norte de Europa.

—Por fin volvemos a contar con un puerto —apuntó Aitor sin retirar la vista del balanceo de la *Valiente*.

—O se dan prisa o no durará mucho —replicó Doménico volviendo la mirada hacia el istmo.

A pesar de que el arreglo llevado a cabo en el Pasadizo resultaba precario, frenaba en gran parte las olas del noroeste, volviendo a convertir la ensenada frente a la villa en un fondeadero seguro. Sin embargo, todos sabían que las piedras amontonadas durante los últimos meses a modo de istmo sucumbirían al primer temporal, de modo que los trabajos continuaban. Los esfuerzos se centraban

ahora en afianzar el dique existente y ampliarlo en lo posible con grandes y pesadas rocas extraídas de los acantilados de la isla de San Antón.

—¿Ha pagado el rey lo anunciado? —inquirió el capitán.

—¿El rey? Menudo sinvergüenza. Es muy fácil prometer grandes sumas de dinero si luego no las entregas —protestó Aitor—. Si no fuera por los mercaderes y los pescadores de la propia Getaria, este puerto nunca se recuperaría.

Doménico lanzó una risotada socarrona.

—¡Reyes y señores..., solo unos canallas disfrazados de personas honorables! —exclamó—. Por eso me hice marinero. En el mar, cuando miras al horizonte y no alcanzas a ver más que agua, no hay reyes que valgan. Y si llega la tempestad, cuando las cosas se ponen feas, lo mismo da plebeyo que señor. Los títulos no te salvan de morir ahogado.

—¡Cuánta razón tienes, amigo! —afirmó Aitor.

—¡Eh, vosotros! ¿Queréis sardinas? —inquirió a voces el patrón de una pinaza que había atracado junto a ellos.

—Ya como suficiente pescado cuando estoy navegando. En tierra prefiero un buen guiso de cordero con castañas —replicó Doménico con una carcajada.

—Donde esté un buen pescado que se quite la carne —se burló uno de los *arrantzales* de la pinaza, que se afanaban en descargar las sardinas con la ayuda de grandes cestos de castaño.

Aitor se asomó a la embarcación. No era grande; apenas cabían en ella media docena de pescadores, pero la cantidad de pescado que había en su interior resultaba impresionante.

—¿Cómo lo hacéis para no pisarlas? —inquirió divertido al ver que las sardinas ocupaban todo el fondo de la barca.

El patrón se encogió de hombros.

—Si llevaras toda la vida en una pinaza, no tendrías problema para hacerlo. Es cuestión de práctica —explicó mientras ayudaba a sus marineros a descargar la captura del día.

—No te creas todo lo que dice. Siempre las acaban pisando, pero esas se las regalan a las gaviotas para que nadie vea que no son tan habilidosos como quieren hacer ver —se burló una mujer entrada en carnes que reparaba una red sentada en el muelle.

Las demás rederas rieron el atrevimiento de su compañera, que se enzarzó en una divertida discusión con el patrón de la pinaza.

—Siempre están igual —se rió Doménico.

Aitor asintió con una sonrisa. Aquellas mujeres, que pasaban el día remendando las redes de cáñamo con las que sus hijos y maridos faenaban, constituían una agradable nota de jovialidad en la dura vida portuaria.

—¿Vosotras tampoco queréis sardinas? —inquirió en tono jocoso otro de los *arrantzales* mostrando a las rederas un cesto repleto de ellas.

—¡Qué pesados que sois con vuestras sardinas! ¡Mi marido me traerá luego un par de cestos como ese!

Cada vez que regresaban de pescar, los marineros se repartían la mitad del total de la captura como pago por su labor. Algunos la utilizaban para el consumo familiar, pero la mayoría la vendían en los alrededores del puerto. La mitad restante era también vendida en la propia Getaria y, solo cuando se consideraba satisfecha la demanda local, era permitida su venta fuera de la villa.

—Me está entrando hambre con tanta sardina —admitió Aitor.

Antes de acabar la frase, se fijó en el Pasadizo. Saltando de roca en roca, alguien se aproximaba desde la villa hacia los muelles. Bajo el intenso sol de la primera hora de la tarde, creyó reconocer los cabellos dorados de Elías, pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. Su amigo de la infancia debía de encontrarse lejos de allí, jugando a la guerra a las órdenes de Alain, si es que al señor de Oialde aún le quedaban fondos para pagar a sus soldados. No había vuelto a verlo desde que el muchacho se había arriesgado para avisarle de que el banderizo pretendía reclutarlo, provocando así su huida del valle. Deseó que se encontrara bien; se lo merecía.

—¿Y ese? ¿Por qué no viene en barca, como todos? —comentó Doménico con un gesto de extrañeza. Hasta que el golpe de mar destruyera el Pasadizo, un sendero permitía pasar desde la villa hasta los muelles a través del istmo. Ahora, en cambio, las rocas apiladas resultaban tan irregulares que se hacía extremadamente complicado llegar al embarcadero a pie, por lo que vecinos y marineros optaban por hacer el trayecto a bordo de las chalupas que se utilizaban para transportar la carga desde los barcos hasta tierra firme.

Aitor se encogió de hombros.

—No debe de ser de aquí —apuntó.

—Nosotros tampoco, solo hay que tener dos dedos de frente —replicó Doménico gesticulando burlonamente.

Conforme llegó al extremo del istmo y saltó a los muelles, sus facciones se dibujaron. Aitor sintió que se le aceleraba el pulso. Tal como había creído en un primer momento se trataba de Elías. Una desaliñada barba le cubría gran parte de la cara, que recordaba lampiña, pero su larga melena rubia era inconfundible. Había cambiado la cota de malla por un sencillo jubón.

—¡Elías! —exclamó Aitor acercándose.

—Por fin te encuentro. Te he buscado por todo Getaria —exclamó su amigo abrazándose a él.

Aitor creyó adivinar lo que había sucedido.

—¿Has huido del valle? —inquirió.

—No aguantaba más —sollozó Elías—. Quiero ser un hombre libre y espero que tú puedas ayudarme.

—Lo haré encantado. Nunca olvidaré lo que hiciste por mí —apuntó Aitor estrechándolo con fuerza entre sus brazos—. ¿Y tu abuela? Deberíamos sacarla de Oialde antes de que Alain haga con ella lo mismo que con mi padre.

Elías clavó la mirada en el suelo. Parecía asustado.

—Murió —explicó apesadumbrado—. Hace quince días. Sucumbió a unas fiebres. Ni siquiera Maritxu fue capaz de hacer nada por ella.

—Vaya, lo siento mucho. Por eso has dado el paso de abandonar Oialde, ¿verdad? Nada te ata ya al valle.

Su amigo asintió.

—Aitor, tengo un plan para acabar con el señor de Oialde —susurró mirando de reojo a Doménico—. Me gustaría explicártelo a solas.

—Oh, no te preocupes. El capitán es un hombre de total confianza —explicó Aitor.

Elías negó con la cabeza.

—Ya no confío en nadie. Por nada del mundo quisiera que Alain se enterara de mi plan antes de haber podido llevarlo a cabo. Necesitaría estar a solas contigo.

—Está bien —aceptó Aitor—. Vamos a mi despacho.

Al buscar con la mirada una barca para cruzar la ensenada, se sorprendió al descubrir a Martín en una que estaba a punto de alcanzar el muelle. Aitor frunció el ceño, extrañado. Había dado el día libre a su aprendiz para que ayudara a su padre en unas reparaciones que debía llevar a cabo en El Marinero Feliz.

El muchacho le hacía gestos con la mano.

—¡La *Victoriosa* ya está aquí! —exclamó mientras desembarcaba.

La sorpresa de Aitor fue en aumento. No esperaba que regresara tan pronto. Según sus cálculos, debía de encontrarse aún a diez o quince días de navegación. Algo extraño debía de haber ocurrido. Tal vez se hubiera visto obligada a dar media vuelta por algún grave imprevisto. Mil posibles causas comenzaron a desfilar por la mente

de Aitor: piratas, guerras, vías de agua, incendios... Los problemas que podían presentarse en una coca durante la singladura eran muchos; demasiados incluso.

«También me puedo haber equivocado en mis cálculos —pensó esperanzado, pero lo descartó inmediatamente al recordar que lo había revisado varias veces.»

Doménico comprendió inmediatamente su preocupación. Tampoco a él le cuadraban los cálculos.

—Hay al menos diez días de desfase —apuntó—. ¿Estás seguro de que se trata de la *Victoriosa*?

—Completamente —replicó Martín herido en su orgullo.

—¿Subimos a San Antón? —propuso Doménico.

Desde lo alto de la isla, el atalayero oteaba el horizonte a la espera de ver aparecer alguna ballena. No era el único; cada vez que algún vecino temía por la vida de algún allegado sorprendido en alta mar por galernas o tempestades, subía hasta la cima para intentar localizar desde ella el barco en apuros.

Sin esperar respuesta, Doménico comenzó a trepar ladera arriba. Aitor corrió tras él. De pronto recordó que se disponía a abandonar los muelles con Elías.

—No te muevas de aquí —le pidió girándose hacia él.

El sendero que llevaba hasta la atalaya era empinado pero se encontraba en buen estado, de modo que en pocos minutos alcanzaron la cumbre.

—No cabe duda. Es la *Victoriosa* —anunció Doménico.

Aitor asintió. Aquella enorme vela roja y verde era inconfundible. Inflada por los vientos del noroeste, impulsaba la coca a toda velocidad hacia Getaria. A ese ritmo entraría en la ensenada antes incluso de que tuvieran tiempo de bajar de San Antón.

—¿Qué os decía yo? —protestó Martín, que había subido tras ellos.

—Viene vacía. No trae nada en las bodegas —apuntó el capitán.

—No puede ser. ¿Cómo lo sabes? —inquirió Aitor.

Doménico le lanzó una mirada socarrona.

—Llevo toda una vida a bordo de una coca. ¿Crees que no soy capaz de ver a simple vista si viene cargada o no? Puedo saber incluso qué tipo de carga lleva cualquier nave sin necesidad de entrar en sus bodegas.

Aitor comprendió que tenía razón.

—¡Maldita sea! Seguro que la abordaron los piratas —exclamó con la mirada fija en el barco, que comenzaba a virar para rodear San Antón y entrar a puerto.

—Los piratas no suelen conformarse con el cargamento —señaló Doménico negando al mismo tiempo con la cabeza.

Un largo suspiro de Aitor acompañó sus pensamientos, que lo llevaron de vuelta a la carraca incendiada en Cambrils. Sintió un terrible escalofrío al recordar el terrible olor a madera quemada y muerte. La mirada y las súplicas de aquel moribundo habían dejado de aparecer en sus pesadillas hacía tiempo, pero por un momento volvieron a hacerle temblar de miedo e impotencia.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y los demás? —quiso saber Aitor en cuanto la *Victoriosa* entró en la ensenada.

Solo cinco marineros de los quince que formaban la tripulación se encontraban a bordo. El viejo Jonás, con su cabello blanco recogido en una desaliñada coleta, parecía haberse erigido en capitán, a falta del joven lampiño que ostentaba el cargo. A sus órdenes, los demás arriaron la vela mientras un par de botes atoaban la nave hasta el muelle. Aitor estaba cada vez más intrigado. Todo apuntaba a que habían sufrido un ataque de los piratas, pero la coca no parecía haber sufrido daño alguno.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido con la carga? —insistió.

—Es todo muy raro —musitó Doménico mientras ayudaba desde el muelle en las tareas de amarre.

Jonás se asomó desde el castillo de popa y alzó la mano con un pergamino enrollado.

—Aquí tengo la explicación —anunció. Su semblante no anunciaba nada bueno.

Aitor no comprendía nada.

El viejo lobo de mar bajó al muelle.

—Tengo una mala noticia —comunicó bajando la mirada—. Pere Rispau ha fallecido.

Doménico y Aitor lo observaron incrédulos.

—¿Rispau muerto? No, no puede ser —murmuró el capitán de la *Valiente*.

Aitor sintió que se le anegaban los ojos de lágrimas al pensar que no volvería a ver al mercader que había hecho de él un hombre libre.

—¿Cómo fue? —inquirió.

—Parece que se retiró a dormir como cada día y no se volvió a despertar. El médico dijo que su corazón se cansó de latir —explicó Jonás con una mueca de disgusto.

Aitor recordó al orondo mercader resoplando agotado cada vez que daba dos pasos seguidos. Tenía entendido que en los últimos tiempos había perdido bastante peso y que acudía a la lonja cada día, pero al parecer no había sido suficiente. Quizás fuera precisamente aquel cambio de vida el que lo había matado.

—Eso no es todo —anunció Jonás entregando a Aitor el pergamino—. Pere Rispau ha legado todos sus bienes y barcos a la ciudad de Barcelona. Es su deseo que su casa sea convertida en un hospital y que su oro sirva para cubrir las necesidades del mismo durante muchos años. En cuanto a las naves, según su testamento serán para la propia ciudad, que deberá emplearlas para mejorar el suministro de alimentos.

—Un buen broche final para un gran hombre —apuntó Aitor conmovido.

—¿Y nosotros? —preguntó Doménico—. ¿Debemos regresar a Barcelona?

Jonás alzó la mano pidiendo silencio.

—No he terminado. Rispau ha legado toda su flota a la ciudad a excepción de dos de sus embarcaciones: la *Valiente* y la *Victoriosa*. Las dos cocas que tenía destinadas al Atlántico son ahora propiedad de Aitor. Así lo quiso el mercader.

—No puede ser —balbuceó Aitor desenrollando el pergamino.

Las lágrimas y el nerviosismo le nublaban la vista, por lo que tuvo que leerlo varias veces para comprenderlo. No cabía duda; tal como había anunciado Jonás, los barcos eran suyos.

—Enhorabuena. Eres un hombre rico. Ya puedes pagarnos una buena celebración esta noche —bromeó Doménico propinándole una fuerte palmada en la espalda.

—Primero tendré que hacerme a la idea. Todavía no me lo creo —apuntó Aitor.

—¿Por eso regresas con la bodega vacía? —inquirió Doménico girándose hacia Jonás.

—Tienes buen ojo, bribón —se burló el capitán de la *Victoriosa*—. Tan pronto como llegamos a Barcelona nos dieron la noticia. En cuanto descargamos, emprendimos el regreso. Muchos tripulantes decidieron quedarse allí por miedo a que Aitor optara por no mantener la línea hacia Barcelona. Sus familias están allí. Los cinco restantes, aquí estamos. Si hay que quedarse en el Atlántico para siempre, tanto nos da. Además, estábamos tan ansiosos por haceros saber la nueva situación que hemos navegado día y noche siempre que ha sido posible, haciendo cabotaje únicamente cuando resultaba indispensable.

Aitor hizo un rápido cálculo mental. Eso explicaba que la coca hubiera regresado con tanta antelación. Definitivamente, Jonás era un buen comandante.

—¿Cómo te ves como capitán de la *Victoriosa*? —le propuso.

Acababa de tomar su primera decisión como armador.

Asomado a la ventana de su despacho, Aitor observó durante largo rato las dos cocas que acababa de heredar antes de girarse hacia sus capitanes, que esperaban sentados junto a su mesa.

—No volveremos al Mediterráneo. Al menos por el momento —anunció.

—Bien pensado —señaló Jonás—. En el tiempo que tardamos en viajar hasta Barcelona, podemos hacer la travesía de ida y vuelta hasta Flandes o Inglaterra.

—Así es —confirmó Aitor—. Exportaremos hierro y lana castellana. Una vez allí, llenaremos las bodegas con tejidos, cereal y cualquier otra mercancía que podamos vender en nuestra costa y tierra adentro, en Castilla.

Doménico también celebró la decisión.

—Mi nave necesita una puesta a punto. El casco debería ser calafateado antes de enfrentarlo a los bravos mares del norte —anunció Jonás.

Aitor se mostró de acuerdo. Al día siguiente comenzarían a trabajar para poner a punto la *Victoriosa*, mientras fletaban la *Valiente* rumbo a Flandes con la primera carga disponible.

—También necesitaré marineros. Un capitán y solo cuatro tripulantes para una coca es una auténtica temeridad —señaló Jonás.

Doménico estalló en una carcajada.

—¡Por el amor de Dios! Pides más que una ramera de puerto —se burló.

Aitor alzó la mano pidiendo silencio.

—Los tendrás en un par de días. Una semana a lo sumo —explicó.

Sabía muy bien dónde encontrarlos. Solo tenía que acercarse a la taberna de Máximo y elegir algunos de los muchos hombres de mar que esperaban allí su oportunidad para hacerse a la mar en el primer mercante o pesquero que precisara de sus servicios.

Al girarse para asomarse de nuevo por la ventana, reparó en Elías. Sentado en una esquina del despacho, con la mirada perdida en un mapa que difícilmente sabría interpretar, parecía contrariado. Aitor sintió una punzada de culpa. Hacía horas que su amigo, recién huido de Oialde, esperaba para explicarle sus planes para acabar con Alain. Además, Aitor intuía que estaba ansioso por contarle los motivos y pormenores de su deserción.

«Después de tantos años al servicio de ese animal, querrá contarme un montón de historias terribles —se dijo, conminándose a sí mismo a despedir a sus capitanes cuanto antes.»

Mientras los invitaba a retirarse y los citaba para el día siguiente, oyó abrirse la puerta en el piso inferior. Los canturreos de su hijo le

dibujaron una sonrisa. Amaia y él se habían marchado con las primeras luces del día y comenzaba a preocuparse por ellos.

—¿Cómo ha ido con los carboneros? —inquirió Aitor asomándose a la escalera.

—Muy bien. Ya están trabajando en el nuevo emplazamiento —replicó Amaia.

Tras su precipitada salida de Oialde, se había empeñado en continuar con el negocio del carbón desde la villa. Al principio, Aitor creyó que era una idea disparatada, pero Amaia no tardó en encontrar en los archivos municipales un privilegio real concedido a Getaria siglos atrás, por el que sus vecinos tenían libertad para obtener madera en cualquiera de los bosques del reino. Una vez que dio, junto al vado del Urola, con un hayedo ideal para establecer las carboneras, fue en busca de Mateo y sus compañeros, que estuvieron encantados de poder mantener su trabajo lejos de las amenazas de Alain de Oialde.

Aitor se sorprendía cada día con la enorme fuerza de voluntad de Amaia y se sentía colmado de felicidad por haber conseguido casarse con ella tras tantos años de sufrimiento. La sencilla ceremonia había tenido lugar en la ermita de San Prudencio hacía dos semanas y apenas habían querido contar con una docena de invitados, entre los que no faltaron Domingo de Isasti ni la familia de El Marinero Feliz al completo.

Mientras Doménico y Jonás se entretenían escaleras abajo saludando a Amaia, Aitor se acercó a Elías. Al verlo tan ensimismado

en el mapa, se dijo que podría ser un buen marinero. Si había sido capaz de aguantar tanto tiempo al servicio del señor de Oialde, primero como minero y después como miliciano, tendría la disciplina y fortaleza suficiente para hacerse a la mar. Decidió que le propondría formar parte de la tripulación de la *Victoriosa*. Pero primero debía permitirle que se desahogara.

—No puedes imaginar cuánto me alegro de verte aquí. Ese malnacido de Alain no merece que alguien de tu valía esté a su servicio —le dijo tendiéndole la mano.

Elías se ayudó de ella para levantarse. Parecía nervioso. ¿O era tristeza?

«Todavía está asustado. ¡Cuánta desgracia habrá vivido! —se lamentó Aitor.»

—Gracias —musitó Elías sin atreverse a mantener su mirada.

—Aquí estás seguro. Los muros de Getaria te protegen de Alain de Oialde —intentó tranquilizarlo.

En el piso inferior se había hecho el silencio, los capitanes debían de haber abandonado la casa. Aitor los imaginó camino de la taberna, donde les había dejado una generosa ronda pagada para que rindieran un último homenaje al difunto Pere Rispau.

Elías titubeó unos instantes. Después abrió los brazos y se abrazó con fuerza a Aitor.

—Lo siento, te he defraudado —murmuró.

Aitor no comprendió a qué se refería.

—No, por supuesto que no. Estoy orgulloso de ti. Ya era hora de que... —No tuvo tiempo de decir nada más. Un intenso frío le entró por la espalda, desgarrándole las entrañas y robándole las palabras y el aliento.

—Lo siento, Aitor. Que Dios me perdone —le susurró Elías al oído.

Antes de derrumbarse sobre el suelo de madera, aún alcanzó a ver entre tinieblas a Doménico entrando apresuradamente al despacho para abalanzarse sobre el atacante.

—¡Jonás, pide ayuda! ¡Este puerco lo ha apuñalado! —gritaba fuera de sí el capitán mientras inmovilizaba al traidor.

Aitor estaba tan confundido que apenas sintió dolor al golpearse contra el piso. Una bocanada de sangre le hizo toser. Después solo hubo oscuridad; una oscuridad incierta y absoluta.

44

INQUIETUD

Verano de 1455

—¿Todavía no ha regresado? —inquirió Alain asomándose al patio donde Lope entrenaba a los pocos hombres que aún seguían a sus órdenes.

—Aún no —replicó su lugarteniente mientras sacaba brillo con desgana a la mellada hoja de su espada—. Empiezo a pensar que no lo hará nunca.

—¡Maldita sea! ¡Ya es hora de que algo salga bien! —protestó Alain.

Había pasado una semana desde que Elías partiera hacia Getaria con la misión de asesinar a Aitor. El plan había sido ideado por Lope y había sido muy aplaudido por el señor de Oialde, que por fin vislumbraba la manera de vengarse del fugitivo. A pesar de que todo apuntaba a que sería una misión sencilla, algo debía de haberse complicado para que el enviado no hubiera vuelto aún.

—O bien ha desertado, o bien lo han hecho prisionero —musitó Lope.

Ante él, dos soldados se enfrentaban en una lucha desigual; uno de ellos iba armado con una espada y el otro intentaba repeler el ataque con un escudo y una fina daga. Otros seis muchachos contemplaban la escena, esperando la señal del lugarteniente para participar en el entrenamiento. Alain se mordió el labio inferior en un

intento por contener la impotencia que sentía al contemplar hasta qué punto había mermado su milicia. Antes de que la Hermandad lo condenara a la ruina arrasando su ferrería, había llegado a contar con un pequeño ejército de dos decenas de soldados. Ahora, en cambio, la mayoría lo había abandonado.

Muchos de los que engrosaban sus filas lo hacían para cobrar la renta anual que Alain pagaba a sus milicianos, pero el dinero para pagarles se había esfumado y, con él, los mercenarios, que buscaron nuevos banderizos por los que empuñar la espada. Otros, en cambio, entraron al servicio del señor de Oialde como medida para asegurarse su protección para su familia y sus bienes. Aunque mantuvieron su fidelidad cuando los anteriores se fueron, también acabaron desertando al comprender que un hombre que no podía protegerse a sí mismo, difícilmente podría defenderlos a ellos. Solo le quedaban los segundos hijos de los vecinos de la aldea, los únicos a los que aún podía forzar a trabajar para él sin necesidad de soltar un solo maravedí.

Para colmo de males, los señores de Zizurkil, abuelos maternos del pequeño Juan, le habían arrebatado a su hijo. Empeñados en que la paupérrima situación de Alain no era la mejor para educar al heredero del linaje, no habían cejado en su empeño hasta que el banderizo accedió a que lo llevaran consigo. Esperaba recuperar su economía cuanto antes para demostrar a aquellos advenedizos que podría ocuparse de una docena de hijos si fuera necesario.

—Más le vale no haber desertado —apuntó Alain acercándose a la puerta de la mazmorra—. Si lo ha hecho, yo mismo les arrancaré

el corazón para echárselo a los cerdos —añadió con tanta rabia que Lope sintió un escalofrío.

Un sollozo apagado brotó del interior de la prisión.

—Por favor, tened piedad de nosotras. Dejadnos salir —murmuró una voz femenina rota por el llanto.

Alain le contestó con una fría risotada.

—Si tu amado no vuelve, no tardarás en saber qué se siente cuando los cerdos te devoran viva.

—¡No, por favor! ¡Yo no he hecho nada! —suplicó la misma voz.

—Tranquila, Lorenita, mi nieto volverá. —Ahora era una anciana de voz débil quien hablaba.

—Ya podéis empezar a rezar —replicó Alain propinando un fuerte puntapié en la puerta de la celda.

—La verdad es que no creo que haya desertado —intervino Lope —. Le importa demasiado lo que hay en esta mazmorra como para arriesgarse a perderlo.

No había un solo miliciano de Oialde que no conociera la relación de amor que mantenía Elías con Lorena, la sirvienta más joven de la casa-torre. Desde hacía varios meses, casi cada día, ambos se encontraban furtivamente en el bosque, al que acudían objetando las más variadas e inverosímiles excusas. Lope no tardó en descubrirlo y decidió aprovecharse de la situación. Para ello, había encerrado a la joven junto a la abuela del miliciano, al que había amenazado con matarlas si no asesinaba a Aitor.

Alain suspiró poco convencido. Los días pasaban y era extraño que Elías no hubiera vuelto aún. Pensativo, observó a los soldados que se entrenaban. El sordo sonido del metal al golpear contra la madera del escudo se repetía una y otra vez.

—¡Si lucháis así en batalla, no tardaréis en ser hombres muertos! ¡Ponedle más ganas! —espetó antes de girarse de nuevo hacia Lope —. Si no ha desertado, ha caído prisionero. La incógnita en ese caso sería si ha logrado el objetivo o si lo detuvieron antes de matar a ese canalla.

—Mi nieto volverá. Liberadnos, señor —suplicó la anciana.

—¡Estoy harto de estas dos! No me dejan pensar con sus lloriqueos. Deberíamos acabar con esto —protestó Alain indignado.

Lope se encogió de hombros.

—Si Elías no vuelve, de poco servirán aquí —apuntó.

Alain se asomó al respiradero enrejado de la mazmorra.

—Mujeres, se acabó vuestro cautiverio —señaló con una risita maliciosa.

No obtuvo respuesta. Las prisioneras no sabían si celebrar o temer la noticia.

—¿Las suelto? —inquirió Lope extrañado.

—Haz lo que quieras con ellas. Son tuyas. Asegúrate de que no vuelva a oírlas.

Lope dibujó una sonrisa en su horrible rostro desfigurado. El señor de Oialde supo que acababa de hacer feliz a su lugarteniente, que abrió la puerta de la prisión para permitir salir a las cautivas.

—Sois libres. Podéis marchar —anunció el de la cicatriz haciéndose a un lado.

Las prisioneras dudaron unos instantes. No parecían fiarse de aquel cambio repentino.

—¡Vamos! ¿Acaso preferís quedaros dentro para siempre? —insistió Lope.

Con más miedo que alborozo, la anciana fue la primera en salir. El lugarteniente de Alain de Oialde tuvo que cubrirse la nariz para evitar el hedor que desprendía. Lorena no olía mejor; su blusón estaba tan sucio que apenas podía reconocerse su color. No era para menos tras una semana sin salir de aquella lúgubre estancia, ni siquiera para poder hacer sus necesidades.

Las dos mujeres dirigieron una aterrorizada mirada a Lope antes de darle la espalda para huir de allí cuanto antes. El de la cicatriz sonrió para sus adentros al tiempo que desenvainaba su espada. Con un rápido movimiento, la lanzó con fuerza contra la vieja, que cayó desplomada con el arma clavada en la espalda.

—¡Buena puntería! —celebró Alain con una carcajada.

Lope recuperó su espada del cuerpo sin vida de la abuela de Elías y se lanzó en persecución de Lorena. Con los músculos entumecidos por el cautiverio, la joven apenas llegó hasta la orilla del Urbeltza antes de que el lugarteniente la atrapara.

—Nos vamos a divertir —le susurró el de la cicatriz mientras la empujaba al río.

Lorena cayó de espaldas en el cauce, que apenas cubría un par de palmos. Sus angustiados lamentos llamaron la atención del resto de milicianos, que se acercaron a la carrera a ver el espectáculo.

—¡Por favor, déjame ir! —suplicó la joven cuando Lope se abalanzó sobre ella para arrancarle la ropa.

Una vez que la hubo desnudado, el de la cicatriz se bajó los pantalones entre las risotadas lascivas del resto de milicianos.

—¡Con esa espada no ganarás muchas guerras! —se burló uno acrecentando el volumen de las carcajadas.

Lope les dedicó una mirada triunfal antes de penetrar con rabia a la criada, que se debatía por mantener la cabeza fuera del agua. Los movimientos del miliciano, al principio frenéticos, fueron apaciguándose al mismo ritmo que los aullidos desgarrados de la joven se convertían en sordos lamentos. Después cuando todo hubo acabado, alzó la espada y la hundió con saña en el cuello de la muchacha, tiñendo de un intenso color rojo las aguas del Urbeltza.

—Quizás estemos preocupándonos cuando deberíamos estar celebrando la muerte de Aitor —apuntó Lope, aún con las ropas empapadas y salpicadas de sangre, antes de mandar entrar en combate a dos nuevos luchadores.

—Ojalá tengas razón —decidió Alain, que reconoció en uno de los combatientes al hijo menor del locuaz Torcuato, del que no había vuelto a saber desde que le arrancara la lengua por hablar en exceso

—. De todos modos, su muerte no me sacará de la ruina. Debemos buscar una forma de llenar mis arcas.

—Tú deberás atacarle con un garrote y él tendrá que defenderse solo con el escudo. No siempre contaréis con una espada, debéis acostumbraros a emplear cualquier tipo de arma —Cansado de escuchar siempre la misma cantinela, Lope evitó contestar y se centró en explicar el siguiente paso del entrenamiento a los muchachos.

Alain dudó entre regresar al interior de la torre, donde últimamente pasaba largas horas pensativo, o quedarse a contemplar a los dos nuevos oponentes. Aunque le resultaba deprimente la pobre capacidad de lucha de aquellos muchachos, optó por quedarse. Al menos, allí estaría entretenido y no se sentiría tan desdichado.

—¡Ay! ¡Para! ¡Me rindo! —El hijo de Torcuato estaba agazapado en una esquina y sostenía el escudo con ambas manos mientras su rival le golpeaba sin cesar.

—¡Levántate, vamos levántate! —le apremió Lope.

—En una batalla ya estaría muerto —apuntó Alain con desgana.

Los golpes y el griterío del entrenamiento apagaban el resto de sonidos del valle, incluidos los chirridos y crujidos que producía una caravana de carros que atravesaba la aldea. Solo cuando la nube de polvo que levantaban los animales se alzó sobre los árboles cercanos, Alain se percató de que alguien se acercaba.

—¡Centinelas! —exclamó señalando a dos de los soldados que esperaban su turno de entrenamiento—. ¡A vuestro puesto! Que

nadie pase sin pagar el pontazgo.

Al llegar junto a los milicianos que le daban el alto, el primero de los arrieros tiró de las riendas de las mulas. Uno tras otro, siete carros cargados hasta los topes se detuvieron en fila. Los guardias de Alain les instaron a pagar el peaje, a lo que ellos respondieron con gestos airados; una escena que se repetía cada vez que algún arriero pasaba junto a la torre de Oialde.

—Lana —comentó Lope con un gesto de hastío—. Alguien en Castilla debe de estar haciéndose muy rico con la venta de tanta lana. ¿Cuántos carros pasan cada semana? ¿Veinte, treinta, o quizás más?

Alain fijó la vista en aquellos enormes fardos. Después contempló a los hombres desarmados que conducían los carros. Parecían agotados por el viaje, o quizás estaban cansados de su miserable vida, siempre en el pescante, de la Meseta al puerto, del puerto a la Meseta... En cualquier caso, se dijo que no opondrían mucha resistencia si alguien los atacara.

Poco a poco una idea se fue formando en su mente.

—Lope, acabo de descubrir la manera de volver a llenar mis arcas —anunció desenvainando su espada—. A partir de hoy se hablará de un nuevo Alain de Oialde. Nadie volverá a atreverse a burlarse de mí ni a desafiarme. ¡Jamás!

45

AZKOITIA

Verano de 1456

—¡Alto! ¡Un paso más y serás hombre muerto!

El gesto hosco de aquel soldado plantado en medio del camino con la espada desenvainada no dejaba muchas opciones, de modo que Aitor tiró de las riendas y detuvo el caballo. Tres milicianos más observaban la escena desde el borde del camino, dispuestos a blandir sus espadas si algún viajero se resistía.

—¿Quién eres y adónde vas? —inquirió el soldado.

—Aitor Ibaiondo, vecino de Getaria. Me dirijo a Azkoitia por asuntos de negocios —contestó mirando de reojo la achaparrada casa-torre que se dibujaba en la otra orilla del Urola.

Apenas llevaba unas horas cabalgando, pero comenzaba a acostumbrarse a aquellos controles. Los ataques de la Hermandad contra los señores se habían recrudecido y estos habían establecido centinelas en los caminos cercanos a sus torres para evitar el paso de grupos armados.

El soldado cruzó una mirada con sus compañeros antes de hacerse a un lado.

—Adelante, puedes continuar.

Aitor azuzó al caballo y reemprendió la marcha. Poco después, fuera del alcance de las miradas de los hombres armados, tiró de las riendas y descabalgó. El calor era asfixiante y su montura necesitaba

descansar. Libre de su carga, el animal se introdujo en el cauce y se dejó caer de lado en una zona de aguas poco profundas mientras él se tumbaba a la sombra de un árbol.

Se sentía dolorido. Habían pasado meses desde la puñalada de Elías y, a pesar de que la herida había cicatrizado, no había habido día desde entonces que no se despertara en medio de la noche con fuertes pinchazos en el tórax. No era la única secuela que padecía. La parte alta de la espalda, donde el traidor le clavó el puñal que llevaba oculto bajo el jubón, le dolía cada vez que movía el brazo izquierdo, que era incapaz de levantar por encima del hombro. Aun así, sabía que había sido afortunado. El médico que lo atendió no albergaba buenas expectativas sobre su curación.

—Cuando un herido vomita sangre, es que no hay nada que hacer —les dijo a Amaia y los capitanes.

Sin embargo, su mujer no se rindió y envió a Doménico en busca de Maritxu. A pesar de su aparente fragilidad, la vieja curandera acudió a Getaria. Sus emplastes y brebajes de hierbas devolvieron poco a poco la fuerza al herido, que tardó casi quince días en recuperar la consciencia. Según explicó la hechicera, el arma había rasgado superficialmente un pulmón, pero sin alcanzar el corazón.

Pero si una herida aún no había logrado cicatrizar era la del alma. Por más vueltas que le daba, Aitor no podía llegar a entender por qué Elías, su amigo de la infancia, su compañero de juegos y travesuras, había querido asesinarlo. Cada vez que lo pensaba sentía unas terribles ganas de echarse a llorar. ¿Cómo era posible que Alain de Oialde lograra sembrar tanta maldad, tanto odio? Además, en lo

más profundo de su ser, sentía una punzada de culpa por no haber sido capaz de detener a Doménico cuando este degolló al atacante. Por más que se repitiera una y otra vez que él estaba inconsciente en el suelo cuando eso ocurrió, no podía evitar sentirse responsable. Tampoco le ayudaba a olvidarlo el hecho de que el cadáver de su antiguo amigo hubiera estado durante días flotando en las aguas del puerto de Getaria, a las que lo arrojó el propio capitán, sin que nadie lo reclamara para enterrarlo. Finalmente, fueron las corrientes y las gaviotas las que lo hicieron desaparecer.

Pensó en ello mientras escudriñaba el cielo entre las hojas del árbol. No acostumbraba a cabalgar y le resultaba extenuante. El sol se asomaba entre las ramas, mecidas por una suave brisa. Por su situación, calculó que estaría próximo a su cenit; no debía de faltar mucho para el mediodía. Si continuaba al mismo ritmo, llegaría a Azkoitia a media tarde, a tiempo para encontrarse con el poderoso Miguel de Iraeta, propietario de tres ferrerías en los alrededores de la villa. Esperaba cerrar con él un importante acuerdo comercial.

Aunque Aitor no lo conocía en persona, sabía que había perdido varios pleitos contra el señor de Bedua, que contaba con una lonja para el hierro por la que debía pasar todo el metal que era refinado en el valle del Urola. Hasta su cargadero llegaba el mineral en bruto a bordo de barcos que podían adentrarse en la ría con la pleamar. Tras descargarlo y pagar los impuestos correspondientes, los carros de bueyes se ocupaban de su transporte hasta las diferentes ferrerías, situadas valle arriba, entre Zestoa y Azkoitia. Una vez liberado de impurezas por los ferrones, el hierro debía deshacer el

camino recorrido y volver a pagar las tasas de la lonja de Bedua para ser embarcado rumbo a Inglaterra.

Miguel de Iraeta pretendía construir su propia lonja. Sin embargo, por más que lo intentaba, no conseguía los permisos necesarios, de modo que se veía obligado, a regañadientes, a utilizar los servicios del cargadero de Bedua.

Con estos antecedentes, Aitor esperaba que no sería difícil convencerlo para que en lugar de embarcar su hierro en el Urola, lo hiciera en Getaria. Estaba dispuesto a sufragar a medias con él los gastos del transporte del metal desde sus ferrerías hasta los muelles de la villa. Con este movimiento, pretendía dar un giro completo a su negocio. Sus dos barcos pasarían de exportar lana a tochos de hierro y sus puertos de destino se situarían en la costa inglesa en lugar de en Flandes. Si lo lograba, su negocio sería más seguro, pues la lana resultaba extremadamente delicada. Entre otros problemas, había que evitar que se humedeciera en el transporte, pues de hacerlo podía pudrirse; hecho que los comerciantes de Brujas aprovechaban para pagar por ella cantidades ridículas.

Por si fuera poco, en los últimos tiempos se habían multiplicado los ataques a las caravanas cargadas de lana que se dirigían a Getaria, de modo que los mercaderes castellanos habían comenzado a exigir un precio desorbitado por los fardos que conseguían llevar hasta su puerto. La crueldad de los asaltantes era tal que no se conformaban con adueñarse de los carros y su cargamento, sino que se ensañaban con los arrieros, cuyos cadáveres aparecían colgados de los árboles cercanos al camino. Ni siquiera los más viejos

habitantes de la franja costera recordaban haber vivido episodios tan sanguinarios contra hombres indefensos. San Sebastián y Deba, con caminos más seguros y sin apenas asaltos a las caravanas, se habían convertido en los embarques preferidos para los comerciantes.

Comenzaba a caer en un profundo sueño cuando reconoció el inconfundible sonido quejumbroso de las ruedas de un carro que se acercaba. Portaba una pesada carga.

«Bueyes —se dijo al reconocer su lenta cadencia.»

Alzó la vista hacia el camino y no tardó en ver llegar un carro tirado por dos bueyes y gobernado por un arriero con el torso desnudo. El hombre lo saludó alzando el brazo.

—¡Con este calor se nos fundirá la sesera! —exclamó pasándose el dorso de la mano por la frente en un intento de limpiarse el sudor.

Aitor se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo.

—No se puede ni respirar siquiera —apuntó—. Si vas hacia el mar estarás mejor. Allí corre algo de brisa, ya verás.

—Para allá voy. A descargar en Bedua.

Aitor asintió. Lo había imaginado al ver su cargamento de tochos de hierro. Había encontrado otros carros a lo largo de la mañana y todos tenían el mismo destino. La lonja de Bedua, situada entre profundas marismas a medio camino entre Zumaia y Zestoa, bullía de actividad. Al pasar junto a ella había visto tres naves de gran calado, mayores aún que la *Valiente* y la *Victoriosa*, estibando sus

bodegas con tantos tochos de hierro que parecía imposible que pudieran mantenerse a flote.

—Yo voy a Azkoitia. ¿Está bien el camino? —Una pregunta tan genérica escondía entre arrieros muchas interrogantes, especialmente referidas a la posible presencia de bandidos.

—Con este calor, ¿quién iba a querer molestar a los viajeros? —se rió el otro.

—Es terrible —admitió Aitor—. Estaba por meterme en el río.

—Yo no lo haría. El último hombre al que vi hacerlo desapareció bajo las aguas. El Urola es traicionero, muestra las piedras y a los hombres ahoga —apuntó el arriero antes de reemprender su camino.

Aitor observó incrédulo el cauce. No parecía muy peligroso. El agua, algo ennegrecida por el hollín y los desperdicios de las muchas ferrerías que se encontraban río arriba, no cubría demasiado. En cualquier caso, prefirió no arriesgarse. Además, se sentía ansioso por encontrarse con Miguel de Iraeta cuanto antes. Se acercó a su caballo, que había salido del agua y pastaba junto a la orilla, y le dio unas suaves palmadas en el lomo.

—¿Estás preparado, muchacho? Seguimos viaje —le susurró mientras trepaba a la silla de montar.

En cuanto contempló en la distancia las murallas de Azkoitia, supo inmediatamente que algo extraño estaba ocurriendo. Una muchedumbre se agolpaba ante las puertas de la villa. Varios

guardias trataban de poner orden, pero los vecinos vociferaban exaltados. Incapaz de avanzar a lomos de su caballo entre el gentío, Aitor lo dejó al cuidado de un muchacho al que entregó una moneda para continuar a pie entre la multitud.

—¡No tienen derecho!

—¡Hay que acabar con esto de una vez!

—¡Nos aplastarán!

Las airadas protestas no auguraban nada bueno. Sin embargo, hasta alcanzar el portal no comprendió la gravedad de la situación. Clavado en la propia puerta, un manuscrito desafiaba a los dirigentes de las villas de Gipuzkoa a medirse en duelo singular con los parientes mayores para demostrar quién valía más. Entre empujones de curiosos, Aitor alcanzó a leer su propio nombre en un largo listado. Junto al suyo aparecían los de algunos regidores y procuradores de diferentes villas guipuzcoanas, así como los de varios alcaldes de Hermandad. El texto les instaba a todos ellos a armarse para dirimir en duelo sus diferencias. Con un nudo en la garganta, comprendió que los señores rurales habían dado un paso al frente para desafiar directamente a todas las villas de Gipuzkoa. Parecía un movimiento desesperado para intentar recuperar el poder que estaban perdiendo a marchas forzadas, pero se trataba de una maniobra temible en cualquier caso.

—Es la primera vez que se unen. Que dios nos pille confesados —murmuró un hombre a su lado.

A Aitor le costó comprender a qué se refería. Se encontraba tan impactado por leer su propio nombre en el Desafío, que había

pasado por alto que los firmantes del documento eran Juan López de Lazkano, que en los últimos años se había destacado como líder de los oñacinos y Martín Ruiz de Gamboa, uno de los principales cabezas de linaje gamboínos, tras la muerte por unas fiebres de Pedro Vélez de Guevara. Ambos firmaban en representación de una larga lista de banderizos de uno y otro bando. Alain de Oialde estaba entre ellos.

Aitor sintió una punzada de pánico. Tras siglos enfrentados, los linajes rurales se unían para combatir un enemigo común: las villas. Todos juntos, contaban con más de dos mil milicianos a su servicio, un ejército que quitaría el sueño a muchos reyes. Se obligó a pestañear varias veces para asegurarse de que no era víctima de un mal sueño. Una vez más, el señor de Oialde y sus compinches volvían a protagonizar sus desvelos.

—Hemos ido demasiado lejos atacando sus torres —se lamentó un tipo junto al cartel con el Desafío—. Deberíamos excusarnos y sufragar los gastos de su reconstrucción.

Algunos aplaudieron su propuesta.

—¿Estáis locos? Si lo permitimos acabarán haciéndose con el poder de las villas y nuestras vidas serán un infierno. Si han llegado hasta aquí es porque están desesperados. Mantened la calma y ganaremos esta batalla —apuntó un hombre vestido con ropajes que denotaban una buena posición social.

—¡Bien dicho!

—¡Al infierno los banderizos!

La multitud se contagió enseguida de un exagerado sentimiento de euforia. Los mismos que minutos atrás defendían desanimados la rendición, clamaban ahora venganza y cantaban loas a una victoria que les haría aún más libres. Aitor, sin embargo, no compartía su optimismo. Por mucho que se empeñaran en restarle importancia, el desafío de la nobleza rural era la mayor amenaza a la libertad de las villas desde que fueran creadas. Por más que lo pensaba, no lograba imaginar cómo podrían hacerlo para salir airosos de aquella situación. Nadie en las villas sería capaz de ganar en un duelo con los experimentados guerreros que eran los banderizos. Por un momento, se vio a sí mismo luchando contra Alain de Oialde. Los dos solos, en un prado rodeado de cientos de miradas esperanzadas y un silencio sepulcral. Sintió un escalofrío al ver a su oponente dibujar una taimada sonrisa al saberse vencedor de una batalla desigual. Y es que si las villas aceptaban, aquello se convertiría en una espantosa carnicería en la que no sobreviviría ninguno de sus representantes.

No podían aceptar aquel desafío. Esa era la única certeza que tenía Aitor, pero si no lo hacían, los banderizos reunirían sus ejércitos para marchar contra las villas y llevar a cabo una masacre. Cualquier opción parecía peor que la anterior. La decisión de qué hacer iba a resultar complicada.

Por última vez antes de girarse para regresar cuanto antes a Getaria, clavó la mirada en aquel anuncio infame colgado de las puertas de Azkoitia y comprendió que se trataba de una trampa bien

calculada, una auténtica declaración de guerra que arrastraría a las villas guipuzcoanas a un lamentable enfrentamiento bélico.

Aitor suspiró desanimado.

La desagradable sensación de impotencia y miedo, que tantas veces había sentido de niño ante Alain de Oialde, volvió a atenazarle el estómago tras años de libertad.

46

UNA VISITA INESPERADA

Marzo de 1457

Decenas de curiosos se agolpaban en las orillas de la ría para ver el espectáculo. No era para menos, pues no todos los días se cazaban ballenas de semejante tamaño. Tres chalupas remolcaban el coloso de los mares, que flotaba panza arriba en las oscuras aguas del Oria. Algunos estallaban en aplausos al paso de los remeros, pero la mayoría contemplaba en un respetuoso silencio a aquel temible gigante cuya sangre teñía de rojo la ría conforme era arrastrado hacia Orio.

Desde la orilla opuesta al pueblo, donde esperaba para tomar la gabarra que llevaba a los viajeros de un lado al otro de la ría, Aitor contemplaba la escena con un sentimiento encontrado. Por un lado, estaba admirado por la gesta de aquellos marineros, que desde tres frágiles embarcaciones habían sido capaces de dominar a semejante bestia marina; por otro, hubiera preferido que fueran los de Getaria quienes se hicieran con una presa que reportaría tantos beneficios a sus captores.

Horas antes, cuando el sol apenas comenzaba su periplo por el cielo, el tamboril del atalayero de la isla de San Antón sonó con insistencia hasta que toda Getaria se movilizó para lanzarse cuanto antes a por la ballena. Hacía semanas que aquella esperanzadora llamada no se oía en la villa, de modo que los vecinos estaban más excitados que de costumbre. Si lograban dar caza al animal, serían

muchos los que se beneficiarían de ello. Su carne, sus barbas y, muy especialmente, su grasa constituían la principal fuente de riqueza no solo para Getaria sino para la gran mayoría de los pueblos costeros de su alrededor. Desgraciadamente, aquel día fueron los de Orio quienes clavaron el primer arpón en el animal, por lo que, como dictaban las leyes del mar, el esfuerzo de los vecinos de Getaria no obtuvo recompensa alguna.

De buena gana se hubiera quedado Aitor en la villa para disfrutar de aquella jornada que se intuía festiva. Sin embargo, dejó a Amaia y Xabier en lo alto de las murallas que daban al mar, junto con otros muchos curiosos, y se puso en camino sin permitirse mayores demoras. Los concejales de Getaria se habían empeñado en que fuera él quien acudiera como procurador de la villa a las Juntas Generales de la Hermandad, que con carácter urgente, habían sido convocadas en San Sebastián. Si todo iba bien y su caballo continuaba a buen ritmo, esperaba llegar allí en las primeras horas de la tarde, a tiempo para el inicio de la reunión.

Habían pasado siete meses desde el Desafío de Azkoitia, siete meses en los que se habían sucedido las amenazas por parte de los parientes mayores. Habían empezado a detectarse movimientos de tropas que amedrentaban a los vecinos de las villas, que comenzaban a temer que el ataque definitivo no tardaría en producirse. Sin embargo, mientras los banderizos se organizaban para la batalla, las villas que formaban la Hermandad no lograban ponerse de acuerdo. Había tantas posturas sobre cómo responder al Desafío como procuradores en las Juntas Generales. En última

instancia, lo que todos compartían era el miedo, un miedo que en algunos casos era tan intenso que paralizaba la toma de decisiones.

Aitor también estaba asustado. Su nombre era uno de los que aparecían destacados en el documento colgado de las puertas de Azkoitia. Había entre los procuradores quienes pretendían alcanzar la paz con los banderizos comprometiéndose a no volver a atacar sus torres y entregando, como muestra de buena voluntad, a aquellos citados en el Desafío. Por suerte, la gran mayoría de las villas se oponían a la rendición y preferían utilizar la amenaza de los parientes mayores para poner fin definitivamente a sus fechorías. Aitor esperaba que la reunión de San Sebastián, la primera en la que tomaba parte como procurador, sirviera para que se decantaran finalmente por la última opción. Aunque no estaba seguro de que las milicias de las villas tuvieran mucho que hacer contra un ejército que aglutinara a los soldados de todos los banderizos de uno y otro bando.

«A este paso no llegaré a tiempo —se impacientó Aitor al comprobar que la barcaza se estaba demorando en la orilla opuesta.»

La algarabía era tal al otro lado del río, que nadie esperaba para cruzar y el barquero no parecía dispuesto a perderse el inicio del despiece de la ballena para hacer la travesía de vacío y regresar a Orio con un solo viajero a bordo.

—¡Te pago el doble! —exclamó Aitor al ver que el encargado de gobernar la gabarra reparaba en él.

El hombre fingió no escuchar y volvió a dirigir la vista hacia la rampa donde varios pescadores ponían todo su empeño en separar la gruesa capa de grasa del animal con la ayuda de picas y grandes cuchillos. Aitor había observado la operación en Getaria; en invierno era habitual que sus pescadores cazaran alguna ballena cada dos o tres semanas. Una vez separada la grasa de la carne, la dispondrían en enormes calderas al fuego, donde se licuaría para convertirse en un denso aceite que constituía el fruto más preciado de aquel gigante. De un ejemplar tan grande obtendrían al menos treinta toneles de cuatro quintales llenos a rebosar de saín, un producto tan lucrativo que multiplicaría su precio una vez transportado al interior de Castilla o a los puertos del norte de Europa.

La subasta no tardaría en comenzar. El alcalde y el escribano, reconocibles por sus ricas vestimentas y sus útiles para escribir respectivamente, se encontraban ya ante la mesa desde la que la presidirían. Tal como ordenaba la tradición, una vela había sido dispuesta sobre ella. La puja comenzaría una vez encendida y debería adjudicarse antes de su completa combustión. La lengua y la aleta se subastarían aparte y el importe obtenido sería entregado a la iglesia. También recibirían su parte el atalayero, que cobraría el valor de un quintal de grasa, y el primer arponero en clavar su proyectil en la ballena, que se llevaría dos quintales. El resto del botín se lo repartirían entre los armadores y tripulantes de las embarcaciones participantes en la cacería.

Cuando el alcalde se disponía a encender la vela, el barquero volvió a girar la vista hacia la orilla opuesta.

—¡El triple, te pago el triple! —exclamó Aitor gesticulando con ambos brazos.

El hombre, tocado por un viejo sombrero de fieltro, alzó una mano con todos los dedos estirados. Aitor lo comprendió de inmediato, si quería pasar debería pagar cinco veces la tarifa habitual.

—Tú ganas —anunció malhumorado.

A pesar de la sombra que proyectaba el ala del sombrero sobre la cara del barquero, creyó vislumbrar una sonrisa burlona en ella.

—¡Por adelantado! —exigió aquel mientras se empujaba con una pértiga para separarse del muelle antes de comenzar a remar hacia la orilla donde Aitor esperaba para continuar su camino.

Unas densas nubes anunciaban tormenta cuando llegó al monasterio de San Sebastián el Viejo, situado en un promontorio que dominaba el extremo occidental de la bahía de la Concha. Nunca antes había estado allí y le sorprendió aquel privilegiado abrigo natural, protegido de los temibles vientos del noroeste por un monte a cada lado y una isla cubierta de vegetación en el centro. Varias cocas, dos carabelas, una carraca y otras naves de menor tamaño habían buscado refugio en sus aguas ante la incipiente galerna. Junto al extenso arenal que rodeaba gran parte del perímetro de la bahía, se alzaban las orgullosas murallas que protegían la villa, recostada contra la ladera sur del monte Urgull, coronado por una impresionante fortaleza. A sus pies se encontraban también los

muelles. Aitor reparó en que se estaban llevando a cabo obras para construir un recio malecón que los protegería en caso de mala mar.

«Si no nos apresuramos a terminar el refuerzo del istmo y mejorar nuestro puerto, San Sebastián se llevará todo el comercio y Getaria tendrá que vivir solo de las ballenas —pensó desanimado mientras tomaba el camino que rodeaba la bahía.»

Tan pronto como alcanzó las murallas y se presentó ante los guardias, fue conducido hasta el lugar de la reunión. Las calles eran tan estrechas que, cada vez que Aitor y el soldado que lo escoltaba se cruzaban con un carro, debían hacerse a un lado para evitar ser arrollados. La mayoría de las construcciones eran de madera, de dos alturas pero aspecto endeble. Unos pocos caserones de piedra destacaban en algunas esquinas. Al llegar a uno de ellos, abierto a una plazuela donde varias caseras vendían los productos de su huerta, el hombre que le guiaba se detuvo.

—Es aquí —anunció abriendo un alto portón de madera labrada con motivos marineros.

Aitor comprobó con un atisbo de vergüenza que era el último en llegar. El resto de procuradores ocupaba ya sus asientos alrededor de una gran mesa de madera de roble. Un amplio tapiz con escenas de caza decoraba la sala, que suplía la falta de ventanas con una gran lámpara de araña que pendía de un techo ennegrecido por la combustión de las velas.

—Os esperábamos, Aitor Ibaiondo —le saludó el alcalde de Hermandad.

Conocía la mayor parte de aquellos rostros girados hacia él; pocas eran las villas que habían cambiado de representantes, por lo que casi todos eran los mismos que habían asistido a las Juntas celebradas en Getaria tres años atrás.

—Lo siento —se disculpó mientras ocupaba su silla—. He tenido un percance en Orio.

—Dicen que han cazado una ballena enorme —señaló el procurador de Tolosa—. Quienes han visto la cacería desde lo alto de Urgull cuentan que ha sido una batalla impresionante.

—Sí que era grande. La mayor que he visto en mi vida —apuntó Aitor.

José de Alaberga, el banderizo que representaba a Rentería, soltó una risita maliciosa.

—No habréis visto muchas si habéis vivido siempre en una mísera aldea perdida entre montes —se burló.

Aitor sintió que enrojecía de rabia. A pesar de que estuvo a punto de responder, se mordió la lengua en el último momento.

—En cualquier caso, es una buena noticia —intervino el representante de Deba—. A estas alturas del año, las ballenas no se dejan ver habitualmente por nuestra costa. Con un poco de suerte habrá algún otro ejemplar rezagado en los alrededores. De lo contrario, habrá que esperar hasta que regresen para la invernada en el mes de septiembre.

—Así es —Ahora fue el alcalde de Hermandad quien tomó la palabra poniéndose en pie—. No nos demoremos más. Declaro

inauguradas estas Juntas Generales que nos hemos visto obligados a convocar con urgencia. No deberíamos levantarnos de esta mesa sin haber adoptado una decisión que permita zanjar definitivamente el conflicto con los parientes mayores.

—Me gustaría tratar previamente la injusta decisión de ceder a San Sebastián el uso del puerto de Pasajes. La villa a la que represento desea que se replantee la cuestión —se apresuró a comunicar el enviado de Hondarribia.

El alcalde de Hermandad volvió a ponerse en pie. Su rostro reflejaba una gran tensión.

—¿Los banderizos retan a duelo a las villas guipuzcoanas, desafiando con nombres y apellidos a muchos de los aquí presentes, y pretendéis que hablemos de Pasajes? ¡Al diablo el puerto! —exclamó indignado.

—Nunca debimos atacar las torres de los parientes mayores. Si no hubiéramos prestado oídos al cuento que nos contó Aitor Ibaiondo, no habríamos llegado nunca a esta patética situación —intervino el procurador de Rentería.

Aitor no pudo más. Recordó a todos aquellos que habían sufrido en el valle por culpa del señor de Oialde y sintió una rabia que le abrasaba las entrañas como un fuego ardiente.

—¡No era ningún cuento! —protestó—. ¡Sabéis tan bien como yo que todas las injusticias que os expliqué son ciertas! Y no ocurren solo en mi aldea. Mientras no seamos capaces de plantar cara a los banderizos, la tierra de Gipuzkoa se desangrará al ritmo que marquen esos canallas.

Un murmullo de aprobación inundó el salón. El alcalde de Hermandad, decidido a que la reunión no se convirtiera en una discusión de taberna, volvió a ponerse en pie y alzó las manos pidiendo silencio.

—Aitor Ibaiondo, en nombre de Getaria, ¿cuál es vuestra propuesta para acabar con las afrentas de los parientes mayores? —inquirió.

Aitor se aclaró la voz. Sentía la garganta atenazada por los nervios. Sabía que lo que estaba a punto de decir crearía un enorme revuelo entre el resto de procuradores, pero era consciente de que la única forma de responder al Desafío de Azkoitia era con una demostración de fuerza inédita y, por lo tanto, inesperada.

Apenas tuvo tiempo de pronunciar las dos primeras palabras porque la puerta se abrió de pronto de par en par.

—¡Los banderizos! ¡Han venido a por nosotros! —sollozó alarmado uno de los procuradores.

Los demás se giraron sobresaltados para ver quién osaba interrumpir las Juntas Generales.

Se trataba de cuatro hombres. Todos con ropas de vivos colores y largas espadas colgando del cinto. En cuanto estuvieron dentro de la sala, se colocaron dos a cada lado de la puerta y se cuadraron con porte marcial. Tras ellos apareció otro más, vestido igual que los anteriores pero sin armas.

—¡En pie todos para recibir a su majestad el rey Enrique IV de Castilla! —exclamó el recién llegado con un potente torrente de voz.

Los procuradores se cruzaron miradas sorprendidas. Habían hecho llegar al monarca las noticias sobre el Desafío de Azkoitia y esperaban algún tipo de apoyo por su parte, pero lo último que podían imaginar era que se desplazaría en persona.

Antes de que pudieran recomponerse de la sorpresa, el rey entró en el salón. Era un hombre menudo, con barba corta y unas profundas ojeras que delataban el cansancio del viaje. Rehusó la silla que le ofrecieron y se mantuvo en pie junto a la mesa.

—¡Sentaos! —ordenó—. ¿De cuántos hombres disponéis?

La pregunta pilló por sorpresa a los procuradores.

—¿A qué os referís, señor? ¿Hombres armados? —preguntó el alcalde de Hermandad.

—¡Hombres dispuestos a luchar! —replicó indignado el monarca al tiempo que paseaba por el salón con las manos a la espalda.

Los procuradores se miraron dubitativos.

—Quinientos. Tal vez seiscientos, o quizás más —apuntó con un hilo de voz el representante de Mutriku.

El monarca suspiró y observó durante unos segundos la cacería que se desarrollaba en el tapiz.

—No sabéis ni con cuántos hombres contáis. ¿Cómo pensáis ganar así? —inquirió con un gesto de desdén.

Villa a villa, los procuradores hicieron un rápido recuento de las milicias con las que contaban. Aitor no estaba seguro de cuántos guardias tenía Getaria, pero creía recordar que eran una veintena. En total, la suma se aproximó a los seis centenares.

—Bastantes más si armamos a los vecinos en edad de combatir —añadió el representante de Tolosa, una de las villas con una milicia más potente.

Enrique IV hizo un rápido gesto con la mano, como si se barriera de encima esa idea.

—Explicadme vuestro plan —exigió girándose hacia la mesa.

El alcalde de Hermandad dirigió una desconcertada mirada a los procuradores. Su rostro parecía pedirles auxilio ante la falta de planes concretos que poder explicar al monarca.

—Precisamente lo estábamos discutiendo en este momento —anunció finalmente.

—¿Y bien? —insistió el rey con un gesto de impaciencia.

El alcalde hizo un gesto a Aitor para que tomara la palabra.

Con el corazón desbocado por los nervios, Aitor se puso en pie y carraspeó de nuevo.

—Los banderizos han ido esta vez demasiado lejos —comenzó a explicar—. Si no los detenemos de una vez por todas, no tardaremos en volver a ver episodios como la quema de Mondragón. ¿Es eso lo que queremos? —inquirió recorriendo con la mirada al resto de procuradores para fijarla después en el rey—. Si no actuamos de forma contundente, no pararemos esta sangría. Deberíamos desmochar todas sus casas fuertes, convertir sus torres en caseríos como los de cualquier otro vecino de nuestros valles —Varias voces airadas le interrumpieron, pero una señal de Enrique IV les ordenó guardar silencio—. Las torres son para los parientes mayores una

demostración de su fuerza. Privarles de ellas, será como arrebatarles de todo su poder —añadió Aitor antes de volver a tomar asiento.

Las protestas de unos pocos procuradores eclipsaron los gestos de asentimiento de la gran mayoría.

—Yo iría aún más allá —anunció el enviado de Segura—. Hace bastantes años que estas mismas Juntas Generales prohibieron a los señores de los valles hacerse con soldados a cambio de favores familiares, rentas o cualquier otro tipo de estratagemas. Sin embargo, los banderizos han continuado ampliando sus milicias. ¿Alguien recuerda que hayamos tomado algún tipo de medida para evitarlo?

—No. Todos hemos mirado para otro lado —apuntó el representante de Tolosa. Muchos estuvieron de acuerdo.

El de Segura alzó la mano para continuar.

—Ya va siendo hora de que hagamos cumplir a esos canallas las decisiones de las Juntas Generales —sentenció dirigiendo la mirada al rey.

—¡Estáis cegados por el odio! —protestó José de Alaberga—. Si no hubiera sido por vuestro empeño en atacar a algunos parientes mayores no habríamos llegado a esta situación.

—¿Qué proponéis entonces? —se encaró Aitor con él.

—¿Qué propongo? ¡Maldita sea! Os entregaría a vos y al resto de los que aparecen nombrados en el Desafío de Azkoitia a los parientes mayores. Me parece de justicia que solventéis vuestros problemas en un duelo de honor.

La discusión se extendió al resto de procuradores, sumiendo el salón en un auténtico caos.

—¡Basta ya! —La voz del rey retumbó con fuerza—. ¡Esto parece un corral de gallinas cluecas! Tengo fondeadas frente a San Sebastián dos carabelas con cincuenta buenos soldados cada una —explicó tomando asiento—. He venido porque quiero poner fin a la sangría que asola esta tierra y que dura ya demasiado tiempo. No pienso permitir que un puñado de caciques rurales pongan en peligro la paz del reino ¡Vamos a demostrarles que aquí quien manda es el rey! —exclamó propinando un fuerte golpe en la mesa.

—Y la Hermandad —apuntó desafiante el representante de Hondarribia.

El monarca se giró hacia él. No comprendía a qué se refería.

—¿Qué? —preguntó torciendo el gesto.

Esta vez fue el procurador de Azkoitia quien intervino.

—Aquí su majestad no manda solo. Lo hace junto a la Hermandad de Villas y Lugares de la Tierra de Gipuzkoa —anunció alzando la voz.

El murmullo de aprobación que siguió a sus palabras convenció a Enrique IV de que era mejor no discutir.

—Por supuesto —aceptó con una sonrisa forzada—. Si he venido hasta aquí es para que podáis seguir gobernando vuestras villas conforme a vuestras decisiones. ¿Acaso me he opuesto alguna vez a ratificar las ordenanzas que dictáis en vuestras Juntas Generales?

—Su majestad tiene razón —apuntó el alcalde de Hermandad—. Permitámosle ahora que nos explique sus intenciones.

Enrique IV recorrió con la mirada a todos los presentes. Después volvió a ponerse en pie y se acercó lentamente al tapiz.

—Voy a mandar desmochar todas las casas-torre. No quedará en pie ni una sola almena, ni una sola muestra de fortificación. Se convertirán en simples caseríos —anunció sin apartar la mirada del tejido—. Lo haremos a golpe de bombarda si es necesario, pero os doy mi palabra de que antes de que pase un mes, todas las casas fuertes de los banderizos habrán sido desmochadas.

Aitor sonrió para sus adentros. Imaginó la torre del señor de Oialde convertida en un caserío más del valle. Sin duda, la aldea sería un poco mejor sin la amenaza que representaba aquel altivo edificio.

El rey no había acabado.

—Lucharé también para que los banderizos no puedan tener sus propios ejércitos. Si quieren reclutar hombres, que lo hagan para el reino, no para hacer la guerra contra otros señores ni contra las villas —añadió girándose hacia la mesa.

—¿Cómo pensáis lograr todo esto? —inquirió el procurador de Bergara.

Enrique IV le dedicó una mirada desdeñosa.

—Por la fuerza si es necesario —anunció—. No perderemos el tiempo. Comenzaremos hoy mismo. Mañana embarcaré rumbo a Hondarribia y después navegaré hasta Getaria y Deba, donde

comprobaré personalmente que se obedecen mis órdenes. No solo quiero ver desmochadas las torres rurales, sino también aquellas situadas en el interior de las villas.

Varios procuradores protestaron. El de Rentería se puso en pie.

—¡Eso es injusto! —exclamó con el rostro enrojecido por la ira—. Los que nos hemos trasladado al interior de las villas no somos responsables del Desafío de Azkoitia.

Algunos parientes mayores se habían establecido en las villas ante el declive del mundo rural. Sus casas fuertes destacaban sobre las demás construcciones por sus recios muros de piedra y elementos defensivos.

—¡Pero seguís estando alineados en alguno de los dos bandos en liza! ¿Qué eres tú, oñacino o gamboíno? ¿Acaso sabes por qué lucháis entre vosotros? —se burló Enrique IV dando un paso hacia él.

Aitor escuchó varias risitas maliciosas. Todos sabían que unos y otros se acusaban mutuamente de todos los males sin saber en realidad por qué estaban enfrentados desde hacía más de un siglo.

—¡No pienso tolerar ni un enfrentamiento más entre uno y otro bando! —sentenció el monarca golpeando con fuerza la mesa—. Tenemos un enemigo común: los infieles. Quien quiera hacer la guerra que venga conmigo al sur, donde los expulsaremos de Granada.

Un tenso silencio se adueñó del salón. Algunos procuradores no pudieron evitar esbozar una sonrisa de satisfacción; otros,

especialmente los pocos que formaban parte de los banderizos asimilados en las villas, se entrecruzaron miradas de preocupación.

A pesar del alcance del anuncio real, Aitor no se sintió satisfecho. Si Alain de Oialde seguía en el valle, poco importaba que viviera en un sencillo caserío o en una casa-torre. De una forma u otra lograría contar con secuaces para seguir convirtiendo la vida del resto de habitantes en un auténtico calvario.

—Majestad, si los banderizos continúan en sus casas, poco importará que estas se encuentren desmochadas —apuntó con decisión.

Un murmullo de aprobación se extendió por la sala. Enrique IV recorrió pensativo la estancia, observando el respaldo que había obtenido la objeción de aquel procurador. Finalmente, tras detenerse una vez más ante la escena de caza, alzó la mano derecha para pedir silencio.

—Está bien —decidió—. No solo mandaré desmochar las casas fuertes sino que además enviaré a los banderizos al destierro. Me acompañarán al sur, donde lucharán contra los moros. Si quieren guerra, en Granada no les va a faltar.

Las protestas de los escasos banderizos presentes, capitaneados por el vociferante José de Alaberga, apenas duraron unos segundos para ceder el testigo a un esperanzador silencio. Y es que el anuncio real iba aún más lejos que las iniciativas propuestas por las propias Juntas Generales. Consciente de ello, Aitor se sintió eufórico. Por fin todos los habitantes de los valles de Gipuzkoa podrían vivir libres, sin

el temor a que los caprichos y mezquindades de unos pocos pudieran condicionar la existencia de todos los demás.

47

CARAVANA

Marzo de 1457

En cuanto la carabela en la que viajaba Enrique IV abandonó la bahía de la Concha para rodear el monte Urgull y tomar rumbo hacia Hondarribia, Aitor espoleó su caballo para emprender el regreso a casa. Junto a él viajaban los procuradores de las villas situadas al oeste del río Oria, que aguardarían en Getaria la llegada del monarca. Las últimas horas habían pasado entre preparativos y discusiones. Los ánimos estaban caldeados y más lo estarían conforme los parientes mayores fueran conociendo el alcance de las decisiones tomadas en San Sebastián. No era para menos. Quienes durante siglos habían sido los auténticos señores del territorio verían como su poder desaparecía por completo, hasta el punto de ser condenados al destierro. Entre la mayoría de los asistentes a las Juntas Generales se había instalado una doble sensación. Por un lado, la esperanza ante el brillante porvenir del que gozarían las villas sin las amenazas de los banderizos; y por otro, el temor a que estos se negaran a aceptar de buena gana la imposición real.

—No acaba de convencerme la idea del destierro —comentó el representante de Deba mientras la comitiva salvaba el Oria en una barcaza.

El de Zumaia lo miró con gesto de extrañeza.

—Pues a mí no se me ocurre una solución mejor —apuntó—. No

podrán inmiscuirse en los asuntos de las villas desde tan lejos.

—No, por supuesto que no —aceptó el de Deba—. Pero lo harán cuando regresen.

—El rey no ha dicho que puedan volver —señaló Aitor.

El procurador de Deba soltó una risilla socarrona.

—Lo que ha hecho el rey es asegurarse la presencia de los banderizos en la guerra contra los moros. Algunos morirán en la batalla, pero otros muchos se ganarán los favores del monarca con sus gestas. ¿Acaso creéis que cuando lo hagan no suplicarán a Enrique IV que les permita regresar a su tierra? ¿Y qué os parece que hará el rey llegado el caso? —inquirió mirando al resto con actitud condescendiente.

A Aitor no le gustaba aquel hombre. El tono soberbio que empleaba y su gesto pretencioso le resultaban irritantes, pero no podía negar que tenía razón. Enrique IV había sabido aprovechar la situación para reforzar sus ejércitos de cara a la guerra de Granada. Eso mantendría ocupados durante unos años a los parientes mayores, pero con toda probabilidad, acabarían regresando a su tierra antes o después. Con una rabia creciente, Aitor se sintió estafado por las decisiones que solo unos minutos antes celebraba. Pensó en Alain de Oialde. El hombre que le había robado a su familia y le había obligado a huir de su querida tierra engrosaría el ejército real para combatir contra los infieles. Más que un castigo, aquello parecía una recompensa, pues si con algo disfrutaba aquel canalla era precisamente con la guerra. Y en el peor de los casos, pasados unos años, regresaría al valle y lo haría con ganas de venganza.

—No puedo permitirlo —se dijo Aitor en voz alta.

—¿Cómo decís? —le inquirió uno de los procuradores que tenía más cerca.

Al comprender que se dirigía a él, se percató avergonzado de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Nada. Cosas mías —replicó restándole importancia al asunto.

—Aunque regresaran, los banderizos nunca volverían a ser lo que fueron. Sin sus torres ni sus ejércitos, no son nada —apuntó el representante de Zumaia.

Los demás se mostraron de acuerdo, pues el destierro solo era uno de los muchos castigos impuestos a los parientes mayores.

Las amables colinas cubiertas de viñedos y manzanos que enmarcaban la calzada hasta Zarautz, mostraban los primeros signos de la incipiente primavera. Las flores silvestres crecían por doquier, alfombrando las orillas del camino con los tonos níveos de las margaritas y los dorados de los dientes de león. El cielo, azul intenso, contrastaba con los incontables matices diferentes de verde que pintaban un paisaje que caía suavemente hacia el mar. Desde la distancia, el sonido de las olas apenas era perceptible, pero una suave brisa arrastraba hasta los viajeros el pegajoso aroma del salitre.

Todo parecía dispuesto para el optimismo, pero Aitor no lograba quitarse de la cabeza a Alain de Oialde.

Tras salvar el interminable arenal que se extendía junto a la villa de Zarautz, la calzada volvía a ganar altura para adentrarse de nuevo entre colinas. Aitor sintió que le costaba tragar saliva. En cuanto comenzara el descenso, llegarían a Oialde, paso obligado para alcanzar Getaria. Desde su regreso de Barcelona, nunca había vuelto a atravesar la aldea por el camino real. Salvo el día que había acompañado a los ejércitos de la Hermandad hasta la casa fuerte de Alain, el resto de sus visitas habían sido a través de la espesura del bosque y siempre en plena noche. Días atrás, para viajar a San Sebastián, había evitado el valle desplazándose hasta Zarautz en barco, pero no quería parecer un cobarde ante el resto de procuradores.

—Enseguida llegaremos a vuestra aldea —le comentó uno de ellos colocando su caballo junto al suyo.

Aitor asintió.

—Tendréis ganas de ver a ese canalla rumbo al sur —sugirió otro.

Aitor se mordió la lengua para no contestar. Alain había sembrado demasiada desdicha en el valle como para merecer un castigo tan pobre. De pronto, una idea tomó forma en su cabeza.

—¿Estaríais dispuestos a ayudarme a descubrir quién está detrás de los asaltos a las caravanas de lana? —inquirió ordenando detenerse a su caballo.

Los demás también tiraron de las riendas. Durante los últimos meses habían estado demasiado preocupados por el Desafío de Azkoitia como para prestar la atención debida a aquellos ataques

infames. Sin embargo, los espantosos asesinatos de arrieros con el único propósito de robarles la mercancía estaban en boca de todos.

—No es el momento. Tenemos ocupaciones más importantes. No podemos hacer esperar al rey —espetó el de Deba.

Aitor le dedicó un gesto desdeñoso.

—No esperaba menos de vos —declaró—. Si alguien sale beneficiado de los ataques sois vos. Además, Enrique IV tardará dos o tres días en llegar a Getaria y solo necesitamos uno para poder detener a los bandidos.

Los demás le dieron la razón. Ante el temor a los asaltos, muchas mercancías eran desviadas a otros puertos, como el de Deba, bien comunicado con el alto de Arlaban. De todos era sabido, además, que aquel hombre era uno de los más importantes armadores debatarras.

—¿Me estáis acusando de estar detrás de los robos? —inquirió el procurador con el rostro congestionado por la ira.

—Yo no he dicho tal cosa —se defendió Aitor—. Pero nadie dudará de que vuestros barcos tienen más facilidad para llenar sus bodegas desde que muchas mercancías que antes embarcaban en Getaria, lo hacen en el puerto de Deba. Y eso por no hablar de la lana robada, que en algún lugar debe de embarcar.

—Tiene razón —apuntó el procurador de Azkoitia, villa que también había visto reducirse el número de caravanas que pernoctaban al cobijo de sus murallas antes de afrontar la última jornada hasta Getaria.

—¡Maldita sea! —exclamó el de Deba—. Está bien. ¿Qué os proponéis hacer para descubrir a los asaltantes?

Aitor sonrió satisfecho. Si sus sospechas eran acertadas, Alain de Oialde no tardaría en recibir su merecido.

La caravana partió de Zarautz al amanecer del día siguiente. Una tras otra, las seis carretas que la componían comenzaron el ascenso por el camino real. Los representantes de las villas habían cambiado sus rápidas caballerías por lentas parejas de mulos, que tiraban de sencillos carros cargados de enormes fardos de lana. Gobernando cada uno de ellos desde el pescante, viajaban los procuradores, convenientemente ataviados como si de arrieros se tratase. Aitor había insistido en que fueran ellos en persona quienes viajaran en la caravana; si Alain de Oialde estaba detrás de los ataques, sería importante contar con el testimonio de aquellos hombres a la hora de juzgarlo.

No habían faltado las chanzas y las carcajadas durante los preparativos, especialmente a cuenta de Iñaki Gastón, el representante de Mutriku. Había resultado difícil dar con un blusón de la talla de su enorme panza, que amenazaba con reventar la tela cada vez que se movía.

—Maldita sea, estoy más gordo que una ballena preñada —exclamó tras intentar probarse media docena de camisolas sin conseguir que llegaran a taparle siquiera el ombligo.

Los demás rieron de buena gana, dando rienda suelta a las ocurrencias de Gastón, que demostró una gran facilidad para

burlarse de sí mismo.

Ahora, sin embargo, la tensión era palpable. Las rítmicas pisadas de las mulas y los crujidos quejicosos de los ejes de los carros eran los únicos que rompían el tenso silencio en el que avanzaba sumida la comitiva. Todos eran conscientes de que en aquella zona habían desaparecido en los últimos meses demasiadas caravanas. La suerte que corrían los arrieros era de todos conocida, pues todos aparecían colgados de los árboles que jalonaban el camino real. Nadie en la zona lograba entender tanto ensañamiento con unos pobres hombres cuya única meta era llegar a puerto con sus mercancías intactas.

Los finos jirones de niebla que se aferraban a las revueltas del camino se disiparon rápidamente en cuanto el sol estuvo alto en un cielo azul pálido. Una bandada de grullas provenientes del sur dibujó una enorme uve sobre los miembros de la Hermandad antes de perderse rumbo al norte. El frío invierno estaba quedando atrás. Aitor observó alejarse a las aves migratorias con un halo de esperanza. Tal vez el invierno eterno en el que vivía sumido su amado valle tuviera también los días contados.

En cuanto comenzó el descenso, los procuradores alcanzaron el cruce con el camino proveniente del valle del Urola, por el que llegaban las caravanas procedentes del sur. A partir de aquí, ambas rutas confluían en una sola, que discurría a través del valle de Oialde hasta alcanzar Getaria, donde giraba hacia el oeste en busca de Zumaia.

Desde el pescante del primer carro, Aitor hizo un gesto con la mano al resto de supuestos arrieros. A partir de ese momento entraban en la zona donde debían estar más alerta. A pesar de que los cadáveres colgados de los árboles nunca habían sido descubiertos en las proximidades de Oialde, Aitor sospechaba que los asaltos habían tenido lugar en el propio valle. No había más que observar en un mapa los hallazgos de cuerpos sin vida para comprender que, por algún extraño motivo, trazaban un siniestro círculo alrededor de la aldea. Ninguno de los asesinados había aparecido a menos de una legua de ella, pero tampoco a más de dos leguas de allí. Si sus sospechas eran ciertas, los atacantes debían de trasladar a sus víctimas hasta un lugar diferente al del ataque para evitar que las sospechas recayeran sobre el valle.

«Solo Alain de Oialde y sus secuaces pueden estar detrás de acciones tan sanguinarias —se dijo Aitor.»

—Ese hombre dice que demos la vuelta —musitó de pronto el procurador de Azkoitia, que ocupaba el pescante del segundo carro.

Aitor alzó ligeramente el ala del sombrero que le ayudaba a cubrirse el rostro y comprobó sorprendido que habían llegado ya al molino de Fermín, que gesticulaba por la ventana instando a la caravana a dar la vuelta inmediatamente. Sintió que le faltaba el aliento. Solo podía haber un motivo para que el molinero actuara así y era que supiera que estaban a punto de caer en una emboscada.

—Seguiremos —susurró Aitor girándose ligeramente hacia los demás.

El miedo que sentía dio paso a una enorme rabia contenida en cuanto divisó las paredes arruinadas que años atrás fueron su casa. Entre ellas vivió feliz junto a su familia hasta que Alain de Oialde se la arrebatara. La hiedra comenzaba a devorarlas, sumiéndolas en un aspecto fantasmal. Masculló un juramento entre dientes y se obligó a seguir hacia delante, hacia la casa-torre que aún no se veía, aunque se intuía tras un grupo de robles.

De pronto, por el rabillo del ojo, percibió un destello entre las ruinas de su caserío. Dirigió la vista hacia allí a tiempo para comprobar que no era otra cosa que el sol al reflejarse en el yelmo de un hombre vestido para el combate. Le acompañaban otros tres, también ataviados con cotas de malla. Perfectamente coordinados, los cuatro se abalanzaron sobre la caravana con las espadas en la mano.

—¡Nos atacan! —exclamó Aitor.

En ese momento, los enormes fardos que portaban en los carros se abrieron de par en par para dejar salir a una docena de militares de la Hermandad. Algunos soldados se plantaron en actitud defensiva ante los procuradores mientras los demás se lanzaban contra los asaltantes, que comprendieron demasiado tarde que habían caído en una trampa.

El metálico sonido de las espadas se adueñó del valle. Aprovechando la confusión de la batalla, uno de los malhechores intentó huir, pero un arquero situado en el pescante del último carro le acertó de pleno en el cuello. Moribundo, el herido cayó desplomado, perdiendo el yelmo al golpearse contra el suelo. Aitor

reconoció a Gonzalo, el fiel escudero de Alain de Oialde. Si aún albergaba alguna duda sobre quiénes eran los ladrones de lana, acababa de despejarla.

Una nueva saeta del arquero fue a clavarse en la rodilla de otro de los bandidos, que perdió el equilibrio y cayó de bruces. Un soldado aprovechó su caída para apoyarle la punta de la espada bajo la barbilla.

—¡Ríndete! —ordenó.

Inesperadamente, el otro giró rápidamente sobre sí mismo y contraatacó con su arma, que rebanó un buen pedazo de carne de la pierna del soldado. Antes de que pudiera asestarle un segundo mandoble, otro guardia arremetió con fuerza contra el malhechor, que recibió un tajo mortal en el bajo vientre. Sus entrañas se desparramaron por el suelo, en una espantosa escena que llevó al borde del vómito a varios procuradores.

Solo quedaban dos atacantes, pero estaban dispuestos a vender caro su pellejo. Cuatro soldados de la Hermandad se ocupaban de cada uno de ellos en una lucha encarnizada. Sin embargo, a pesar de la superioridad numérica, los guardias no conseguían doblegarlos.

«Es cuestión de tiempo —se dijo Aitor, alzándose el ala del sombrero para poder contemplar la batalla.»

De pronto, uno de los asaltantes reparó en él.

—¡Es ese maldito entrometido de Ibaiondo! —anunció girando su cabeza hacia su compañero.

Aitor sintió un escalofrío al reconocer su voz. Se trataba de Alain de Oialde. Presa de una furia incontenible, el señor del valle se abalanzó sobre él. Fue un terrible error táctico, pues los soldados aprovecharon que les daba la espalda para derribarlo.

Con Alain detenido, todos los guardias se empeñaron en doblegar al último de los agresores. Su fuerza y su sangre fría eran tales que hirió gravemente a dos hombres antes de que pudieran hacerlo prisionero.

Solo cuando tuvo los brazos y las piernas atados a la espalda, pudieron despojarlo del yelmo, aunque Aitor no necesitaba verle el rostro para saber que, tras el metal, se escondía el sanguinario Lope.

—¿Qué hacemos con estos? —inquirió un militar señalando los cuerpos sin vida de los dos ladrones que habían caído en la batalla. Aitor observó el segundo cadáver. También lo conocía. Era Félix, el hombre que, junto a Lope, había estado a punto de impedir que embarcara rumbo a Barcelona.

—Montadlos en los carros. Los enterraremos en Getaria —anunció el comandante—. En cuanto a vosotros, seréis juzgados dentro de unos días. Ya podéis rezar si no queréis acabar en la horca —anunció girándose hacia los detenidos.

La comitiva, encabezada por Aitor, en cuyo carro viajaba Alain de Oialde atado de pies y manos, atravesó lentamente el valle. Los vecinos, alertados por el fragor de la batalla, se asomaron al camino y contemplaron en silencio la extraña procesión. El brillo en sus ojos

delataba una gran esperanza, pero ninguno se atrevió a abrir la boca hasta que la caravana se llevó al señor del valle lejos de allí.

Aitor compartía la misma esperanza. Tenía la certeza de que los días de la tiranía de Alain habían tocado a su fin. Al pasar junto a la casa-torre del banderizo, la observó sin miedo por primera vez en su vida. Aquel edificio, esbelto, alto y orgulloso, no tardaría en ser desmochado y convertido en un caserío más. Con él, desaparecería del paisaje de Oialde el último recuerdo de tantos años de injusticias.

48

LA PLAZA

Marzo de 1457

—¡Venga, date prisa! ¡Despojo!

Los empujones de su carcelero comenzaban a minarle la moral. Cuando todo acabara le daría su merecido. Nadie había osado jamás tratar con tal desprecio a Alain de Oialde y aquel gordo que hedía a vino y sudor iba a pagar caro la afrenta.

El chirrido de los goznes de una puerta y un soplo de aire fresco le indicaron que dejaba por fin atrás los húmedos y fétidos pasadizos donde había pasado las últimas noches. El saco negro que le cubría la cabeza no le impidió escuchar un atronador griterío. Eran tantas las voces que se entremezclaban, que apenas pudo discernir su propio nombre, algunos insultos y sarcásticas burlas que se le clavaron como dagas envenenadas.

Un sentimiento de terror como no había experimentado jamás en su vida se adueñó de Alain. Aquellos hombres y mujeres deseaban verlo muerto. Y por el clamor ensordecedor no parecían pocos. Se detuvo paralizado por el miedo y dio un paso atrás.

—¡Avanza, basura! —Espetó el gordo propinándole un empujón que lo lanzó al suelo.

La turba estalló en violentas carcajadas y las burlas se acentuaron. Una lluvia de objetos le cayó encima. El carcelero lo levantó por la soga que ataba sus manos a la espalda y le conminó a

seguir avanzando. La cadera le dolía más que nunca, infligiéndole espantosos pinchazos que parecían llegar hasta lo más profundo de sus huesos.

«Soy el cabeza de linaje de los Oialde. Debo demostrarles que valgo más que ellos. Soy más fuerte, más valiente que ninguno de estos miserables —decidió en un intento por recuperar el aliento.»

Se obligó a caminar sin cojear. Un paso, otro y otro más. Apenas había dado el tercero cuando algo blando impactó en su cara.

—Eso es lo que eres —se burló alguien junto a él. Los demás rompieron a reír.

El hedor que se coló a través de la tela le resultó insoportable.

«Me están tirando mierda —se dijo conteniendo las náuseas.»

Dos nuevos proyectiles hediondos impactaron en el saco, obligando al señor de Oialde a doblarse sobre sí mismo para vomitar. Al hacerlo empapó aún más la tela que le cubría el rostro.

—¡Venga, camina! —le empujó el gordo.

A duras penas, Alain continuó avanzando. Apenas lograba respirar entre la suciedad que impregnaba el saco y que le obligaba a reprimir continuamente las arcadas. El populacho se burlaba divertido, especialmente cada vez que los pinchazos en la cadera le obligaban a cojear de forma exagerada. Con una rabia creciente, pensó en la venganza. No se atreverían a condenarlo, era demasiado poderoso para que lo hicieran. Cuando quedara de nuevo en libertad, dedicaría el resto de su vida a arruinar la existencia de aquellos que ahora disfrutaban con su tormento.

Una nueva carcajada acompañó su caída al tropezar con una escalera.

—¡Sube, haragán! —tronó una voz a sus espaldas al tiempo que sus muñecas se resentían de un fuerte tirón de la cuerda.

Tras lograr subir dos peldaños, supo que había llegado a una tarima, elevada sobre el populacho para que todos pudieran verlo. En ese momento, el carcelero le arrancó sin miramientos el saco que cubría su cabeza.

—¡Qué asco! —protestó el gordo al hacerlo.

Con los ojos cegados por la repentina claridad, Alain comprobó que se hallaba en la plaza que se abría junto al portal del Mar de Getaria. Lo había imaginado, tras haber sido encarcelado en las mazmorras que se hallaban junto al túnel que pasaba bajo la iglesia y que constituía la única salida de la villa hacia su puerto. Conforme fue recuperando la vista, observó que ante él, en la pequeña explanada, se agolpaban decenas, tal vez cientos, de curiosos. El griterío había aumentado al ver su cara descubierta hasta llegar a resultar ensordecedor. No conocía la mayoría de aquellos rostros, pero su corazón dio un brinco al reconocer en primera fila a los habitantes de Oialde. Allí estaban Fermín, Amaia, Torcuato y todos los demás, incluida la vieja Maritxu, aquella maldita curandera que no había sido capaz de conseguir que su mujer le diera un heredero. Pero si alguien llamó su atención, no fue otro que Aitor, que abrazaba a Xabier junto a Amaia. El hijo menor de Eneko y Arantza Ibaiondo clavaba los ojos en él sin permitirse pestañear. Aquel

cretino era el culpable de que estuviera en aquella tarima, esperando a ser juzgado.

A diferencia del resto del populacho, que Alain supuso vecinos de Getaria, los de Oialde no abrían la boca. Se limitaban a observar al señor de su valle con un brillo especial en sus miradas. Con un nudo en la garganta, comprendió que deseaban su muerte. Las pupilas de todos ellos destilaban una rabia acumulada a lo largo de demasiados años.

«Ya no me temen —pensó angustiado.»

El recorrido de su mirada recayó en la propia tarima, en la que se alzaba un siniestro poste del que pendía una soga. La horca estaba dispuesta. Un líquido caliente empapó sus pantalones al comprender que estaba sentenciado. El juicio aún no había comenzado, pero su condena parecía decidida.

—Alain de Oialde —lo llamó una voz a su derecha.

Al girarse, descubrió en un pequeño trono a un hombre ojeroso cuya cabeza lucía una corona de oro y piedras preciosas. A su lado se sentaban el corregidor y un tercero al que identificó por sus vestimentas como alcalde de Hermandad.

Una sonrisa victoriosa se asomó a los labios de Alain al comprender que sería el propio Enrique IV quien lo juzgaría. A sus oídos había llegado la noticia del destierro al que condenaba el rey a los parientes mayores. Si aquello era cierto, el monarca no perdería a un futuro refuerzo para la guerra de Granada colgándolo en la horca. Supuso que sería amonestado pero que su única condena sería el ya anunciado destierro.

—Has sembrado el pánico durante meses entre los arrieros que transportaban lana castellana a Getaria —apuntó el rey con gesto severo—. Has asesinado sin piedad a decenas de hombres que no hacían sino enriquecer al reino con el comercio —El rey hizo una pausa para girarse hacia el público antes de continuar—. Pero lo más lamentable es que has ensuciado el nombre un linaje ilustre al comportarte como un vulgar bandido.

Alain se mordió el labio inferior al recordar a su padre, siempre tan recto y tan preocupado por la gloria del linaje. A pesar de ello, no sintió vergüenza por lo que había hecho. Tampoco arrepentimiento. El estrangulamiento de su economía al que le había sometido la Hermandad no le había dejado otra opción. Se preguntó con sorna si su progenitor hubiera sido capaz de sobrevivir a semejante situación.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —los gritos del populacho reverberaban entre los edificios que cerraban la plaza.

Alain de Oialde fijó la mirada en Aitor. De los ojos de aquel maldito entrometido parecía brotar un destello de satisfacción. No estaba dispuesto a darle esa alegría.

«Vaya chasco se va a llevar cuando el rey dicte el veredicto —se dijo sonriendo para sus adentros.»

No necesitaría esperar mucho más. Enrique IV se había puesto en pie y alzaba una mano pidiendo silencio.

La plaza enmudeció para escuchar sus palabras.

—Alain, cabeza de linaje de los Oialde, por asesinato, bandidaje y quebrantar la paz del reino, este tribunal ha decidido condenarte a

morir en la horca —anunció el monarca con voz firme.

Alain escuchó el veredicto paralizado por el pánico. Los latidos de su corazón resonaron con tal fuerza en su cabeza que por un momento creyó que le explotaría. Tal vez sería mejor así. Había visto a tantos hombres morir con la soga al cuello que le horrorizaba la idea de acabar sus días agonizando sin aire y con el rostro amoratado.

La estupefacción cedió pronto el testigo a un impotente sentimiento de rabia al comprobar que el anuncio de su condena había hecho explotar en aplausos y vítores a los vecinos de Getaria. Sin moverse de la primera fila, los de Oialde también se felicitaban y se abrazaban esperanzados. ¿Por qué lo odiaban tanto?

«Son unos desagradecidos —se dijo sintiendo que las lágrimas anegaban sus ojos.»

El verdugo, que resultó ser el propio carcelero, le instó a subirse a un escaño al pie de la horca.

—¡Nooo! —exclamó Alain postrándose de rodillas—. ¡Clemencia! ¡Lucharé contra los moros hasta el fin de mis días!

El rey pareció dudar unos instantes, pero un simple vistazo al alcalde de Hermandad y a la exaltada turba que ocupaba la plaza le ayudó a despejar todas las dudas.

—La sentencia no admite discusión —anunció, logrando nuevos vítores del populacho.

Alain reprimió un sollozo cuando el verdugo le ajustó la soga alrededor del cuello. Nunca imaginó que acabaría así. En cualquier

momento, el gordo maloliente propinaría un puntapié al escaño y él quedaría colgando de la horca.

De pronto, vio por el rabillo del ojo como se abría la puerta de la mazmorra. Una figura conocida se asomó al exterior, insuflando a Alain un hálito de esperanza. Debía ganar tiempo para que Lope pudiera acercarse a liberarlo.

—Quisiera decir unas últimas palabras —balbuceó a duras penas.

Enrique IV suspiró contrariado, pero asintió. El verdugo dio un paso atrás.

Alain intentó articular palabra sin lograrlo. Su mente solo podía ocuparse de aquel hombre disfrazado de guardia de la villa que acababa de escapar de la cárcel. Apenas unas horas antes, con la excusa de ir a la letrina, Lope se había detenido junto a su celda y le había explicado que tenía un plan para escapar. Lo haría mientras todos estuvieran pendientes del primer juicio, que no era otro que el del propio Alain. Le había prometido que, en caso de que fuera condenado, lo liberaría del cadalso, matando a todo aquel que se interpusiera en su camino.

«Me debe la vida. Yo mismo le salve de la horca en esta misma plaza hace ya muchos años —se dijo convencido de que su lugarteniente no lo abandonaría.»

Años atrás, Alain había pagado un buen puñado de maravedís al corregidor para lograr la libertad de aquel bandido cuya horrible cicatriz inspiraba temor con solo mirarlo. En cuanto lo vio supo que no podía permitir que se desperdiciara en la horca un tipo tan sanguinario y no cejó en su empeño hasta conseguir que el

representante real le permitiera integrarlo en sus filas. Ahora, su vida dependía de él y, por muchos soldados que hubiera en la plaza, estaba seguro de que Lope se las apañaría para liberarlo.

—¿Qué era eso que tenías que decir? —inquirió el rey impaciente —. O lo dices ahora mismo o nunca más podrás hacerlo.

Alain comprobó esperanzado que su miliciano tomaba el camino hacia el patíbulo. Se disponía sin duda a liberarlo. Debía ganar algo más de tiempo. Abrió la boca para decir algo, pero no llegó a hacerlo. Las palabras se le helaron en la garganta al comprobar que Lope, su última esperanza, pasaba de largo para emprender la huida sin hacer el más mínimo ademán de acercarse a rescatarlo.

Aitor contemplaba intrigado el cadalso. Con una recia soga al cuello y con los pantalones empapados de orina, Alain de Oialde parecía a punto de hablar pero no llegaba a hacerlo. El rostro del condenado mostraba una enorme tensión, fruto sin duda de saberse hombre muerto, pero su mirada se dirigía una y otra vez hacia la puerta de la prisión. Aitor miró hacia allí, pero no alcanzó a discernir nada extraño.

—Estoy cansado de esperar. Te quedarás sin decirlo —decidió Enrique IV—. Adelante, verdugo.

El orondo personaje que había portado al condenado hasta el estrado dio un paso al frente. Una macabra sonrisa se dibujó en su cara mientras se preparaba para propinar una patada al escaño que mantenía al señor de Oialde con vida.

En el mismo instante en que lo hacía, Torcuato gritó con toda la fuerza que le permitía su lengua cercenada. Todos, incluido el propio verdugo, se giraron hacia el vecino de Oialde, que se había lanzado en persecución de un guardia que trataba de abrirse camino entre la multitud. En su carrera, el soldado perdió el casco que le cubría la cara, dejando a la vista una fea cicatriz.

—¡Es Lope! ¡Se escapa! —exclamó Fermín.

Aitor dejó a su hijo con Amaia para tratar también de dar alcance al fugitivo. No era el único. Entre los vecinos de Getaria no tardó en extenderse la noticia de que se trataba del proscrito que años atrás había intentado estafar a la villa traficando con reliquias falsas. Todos recordaban como una grave afrenta su desaparición cuando iba a ser ajusticiado. Esta vez no pensaban permitirlo.

—¡Apartaos! ¡Si alguien se acerca es hombre muerto! —exclamó Lope mostrando una espada. Su único ojo destilaba odio. Pensaba vender caro su pellejo, pues sabía que era una apuesta al todo o nada. Si lograba escapar, viviría; si lo atrapaban, no tardaría en pender de la horca.

Envalentonado por los gritos de aliento de la turba, un joven guardia no dudó en abalanzarse sobre el fugitivo, pero su gesta apenas duró un abrir y cerrar de ojos. Antes de que pudiera darse cuenta, Lope le rebanó el pescuezo con un rápido movimiento de su brazo derecho. El muchacho cayó al suelo vomitando sangre y salpicando a quienes se encontraban alrededor.

En lugar de amilanarse, quienes acababan de presenciar el asesinato, estallaron en un clamor de venganza. Sin dejar de agitar

su espada ante él, Lope se abrió camino hacia el portal del Mar. La muchedumbre se apartaba a su paso, nadie osaba detenerlo por temor a convertirse en su siguiente víctima. Pero tampoco pensaban permitirle escapar; eran muchos quienes iban tras él y esperaban algún descuido para atraparlo. Entre ellos, iba Aitor, que a punto estuvo de caer en dos ocasiones por los empujones de unos y otros.

—¡Alto! —Los dos guardias que custodiaban la puerta de la villa bloquearon con sus espadas desenvainadas la salida hacia el puerto.

Lope no hizo amago alguno de detenerse. De un solo mandoble, cercenó el brazo de uno de los soldados, que cayó desmayado al contemplar aterrorizado el potente chorro de sangre que manaba de la herida.

—¡Es un monstruo! —exclamó alguien junto a Aitor.

El segundo militar no tuvo más suerte. Asustado al ver desplomarse a su compañero, dio un paso atrás, movimiento que aprovechó el tuerto para girarse hacia él y clavarle con fuerza la espada en el pecho. La hoja le impactó con tal fuerza que atravesó la cota de malla que vestía el soldado y se hundió hasta el corazón. Las rodillas del chico se doblaron al tiempo que su cara se demudaba en un rictus de sorpresa.

Lope tiró con fuerza de la empuñadura del arma, pero la espada estaba atrapada. La cota de malla comprimía la hoja de acero, impidiéndole extraerla del cuerpo del soldado. El herido tosió violentamente, empapando de sangre a su asesino, que intentaba por todos los medios liberar el arma.

Era el momento esperado. Torcuato se abalanzó sobre el malhechor, que cayó de bruces al suelo. La turba no perdió el tiempo. En apenas unos segundos, decenas de vecinos de Getaria y Oialde se lanzaron sobre el fugitivo, golpeándole sin piedad con todo lo que encontraban a mano. Solo cuando tuvieron claro que había muerto se apartaron. Al abrirse el gentío, Aitor observó el cadáver del que durante años había sido el más sanguinario de los soldados de la milicia del señor de Oialde. Un denso charco de sangre y sesos se extendía junto a su cabeza rota.

—Si hubiera muerto cuando fue condenado nos habríamos ahorrado muchas penas —murmuró alguien a su lado.

Aitor se giró hacia él. Se trataba de Fermín, que se fundió con él en un sentido abrazo.

Solo entonces lo recordó. Se disponía a presenciar el ajusticiamiento de Alain de Oialde en el preciso instante en que había comenzado la persecución. Supuso que la ejecución habría quedado en suspenso ante semejante alboroto.

El corazón le dio un vuelco al girar la vista hacia el cadalso. Una ligera brisa balanceaba suavemente el cuerpo sin vida del hombre que había manejado a su capricho las vidas de los vecinos del valle de Oialde. Un espantoso color purpúreo teñía su rostro, abotargado de forma grotesca.

—Vaya muerte más horrible —señaló Fermín.

Aitor asintió.

—No merecía otra —apuntó sin apartar la vista del ajusticiado.

Un gruñido le indicó que Torcuato, que se había acercado hasta ellos, estaba de acuerdo.

Aitor buscó con la mirada a su familia. Alain le había robado a sus padres y a su hermano, pero ya nunca podría hacer lo mismo con su mujer y su hijo. No tardó en dar con ellos. Ambos ayudaban a Maritxu, que había envejecido notablemente en los últimos meses, a abrirse paso entre el gentío.

—Ahora ya me puedo morir tranquila —bromeó la anciana cuando los vecinos de Oialde la rodearon.

—¿Cómo te vas a morir ahora que empieza lo bueno? —inquirió jocosamente Fermín.

Aitor apenas logró oír nada más. Con los ojos anegados en lágrimas de emoción, abrazó con fuerza a Amaia y Xabier. Una nueva vida comenzaba para ellos, una vida sin Alain de Oialde, una vida en la que no tendrían que volver a agachar la cabeza ante ningún banderizo. Pero aún no habían ganado del todo, Aitor sabía que faltaba dar un paso más para asegurar el bienestar de todos, y no pensaba dejar pasar la oportunidad de hacerlo.

La muchedumbre aún ocupaba la plaza. A la algarabía habitual que seguía a cualquier ajusticiamiento, se sumaba la expectación que causaba la visita real. El monarca, sentado en su trono, daba instrucciones a dos familias señoriales, los Martínez de Zarautz y los Ibáñez de Olano, para que emprendieran inmediatamente las obras para desmochar sus casas-torre, que se alzaban orgullosas junto a la iglesia del Salvador. Aunque de mala gana, los banderizos aceptaron

sus órdenes. No era fácil oponerse a ellas cuando el cuerpo sin vida de Alain de Oialde aún colgaba de la horca.

Un buen número de curiosos atendían expectantes a la conversación. No era para menos, ya que los parientes mayores no habían sufrido jamás un castigo de semejante alcance. Las obras para desmochar las casas-torre de Getaria y privarlas de todo elemento defensivo comenzarían inmediatamente. Solo cuando Enrique IV comprobara que así era, zarparía rumbo a Deba, su próxima escala.

—En cuanto mi carabela abandone estos muelles, deberéis partir rumbo al sur. En Burgos os reuniréis con el grueso de mi ejército para continuar el viaje hacia Granada. ¿Me habéis entendido? —inquirió el rey clavando la mirada en los banderizos.

Ibáñez de Olano y Martínez de Zarautz se apresuraron a asentir. Sabían perfectamente que, si no querían ser los siguientes en pender de una soga, no tenían otro remedio que aceptar las condiciones impuestas.

—Bien, hemos terminado —anunció el monarca girándose hacia el alcalde de Hermandad.

—Un momento, majestad —pidió Aitor abriéndose paso entre el gentío.

Enrique IV observó sorprendido a aquel hombre que se atrevía a importunarlo. Nadie debía dirigirse directamente al rey; si quería hacerlo debía remitirse a la corte, donde los escribanos reales tomarían nota de sus demandas. En el mejor de los casos, el interesado podría llegar a ser atendido durante una audiencia real,

pero pretender que el monarca escuchara sus peticiones en plena plaza era una auténtica osadía.

El alcalde de Hermandad adivinó sus pensamientos y se adelantó para susurrar algo al oído del rey, que suavizó el rictus antes de dirigirse a Aitor.

—Eres el procurador de esta villa ante la Hermandad —murmuró pensativo—. ¿Qué deseas hacerme saber?

Aitor tomó aire.

—No es como procurador como deseo hablaros, sino como habitante de Oialde —anunció señalando a sus vecinos, que formaban un semicírculo tras él—. Todos nosotros hemos sufrido demasiado por culpa de Alain de Oialde. Ahora que no está —continuó, señalando el cadáver que colgaba de la horca—, todo irá mejor en nuestro valle. Pero, ¿por cuánto tiempo? —inquirió—. ¿Cuánto tardará en sucederlo su hijo o cualquier otro banderizo que regrese del destierro?

Un murmullo de aprobación se adueñó de la plaza. Todos sabían que era cuestión de tiempo que los vecinos de Oialde volvieran a encontrarse bajo el yugo de algún pariente mayor. Enrique IV frunció el ceño, impaciente por saber adónde querían llegar los vecinos del valle.

—No queremos volver a vivir sometidos a las injusticias de ningún señor —continuó Aitor—. Por ello, solicitamos que el valle de Oialde sea anexionado por Getaria. Queremos formar parte de la villa como una comunidad extramuros, sin que ningún banderizo

pueda tener mayor autoridad sobre nosotros que los propios regidores municipales.

El rey intercambió unas palabras con el alcalde de Hermandad, que asentía convencido, así como con los regidores de Getaria, que se acercaron hasta el estrado. Después se puso en pie y bajó las escaleras que le separaban de los vecinos de Oialde. La plaza entera enmudeció a la espera de sus palabras.

—Desde este momento y tal como queréis, Oialde será integrado en esta villa, pasando a ser un barrio más de Getaria. Sus regidores serán también los vuestros, como lo serán también sus obligaciones y privilegios —anunció alzando el bastón de mando.

Un ensordecedor clamor de júbilo se propagó por todo Getaria mientras los nuevos vecinos de la villa se abrazaban emocionados. Oialde acababa de dejar atrás una larga historia ligada a los belicosos señores de la tierra para incorporarse a una de las villas más prosperas de la franja costera.

Las campanas de la iglesia doblaron con fuerza para celebrar la anexión, haciendo difícil mantener ninguna conversación. A pesar de ello, Aitor alcanzó a oír a Domingo de Isasti.

—¡Enhorabuena! —exclamó el que años atrás fuera alcalde de Getaria estrechándole la mano—. ¿Volverás a Oialde o te quedarás en tu nuevo hogar? —inquirió sonriente.

Aitor no se lo había planteado. Echaba de menos el susurro del Urbeltza y el olor a humedad del valle, pero el sonido del mar también le cautivaba. Además, desde Oialde no alcanzaría a ver sus cocas. Quizás Amaia lo tuviera más claro. En cualquier caso, poco

importaba, apenas una hora separaba un lugar del otro, que además eran ya una misma villa.

Indeciso, se encogió de hombros.

—No lo sé, querido amigo. Todo se andará —anunció echándose a reír.

Maritxu se acercó hasta Aitor.

—Si queremos olvidar para siempre a ese canalla —proclamó señalando con el mentón hacia el cuerpo que pendía de la horca—, deberíamos dejar de llamar por el nombre de su familia a nuestro valle.

—Tiene razón. Solo así lograremos borrar el recuerdo del banderizo —apuntó Amaia convencida.

Los demás vecinos estuvieron de acuerdo.

—¿Y como lo llamaremos? —inquirió intrigado el molinero.

Maritxu sonrió enigmáticamente.

—Solo el tiempo lo sabe —anunció.

—Eso es —ratificó Aitor—. El tiempo lo dirá.

Xabier tiró a su padre de la camisa.

—¿Por qué tocan las campanas? —quiso saber.

Aitor se fijó en el muchacho. A sus siete años, parecía hacerse más alto cada día que pasaba. Algo en él, seguramente sus ojos dorados, le recordaba a Iñigo. Sintió una punzada de nostalgia al pensar que su hermano nunca llegaría a vivir en libertad; como

tampoco lo harían sus padres, ni otros muchos que se habían quedado por el camino.

—Tocan porque nunca tendrás que sufrir por los caprichos de ningún banderizo —apuntó abrazando con fuerza a su hijo.

—¿Nunca? —inquirió Xabier.

Aitor cruzó una mirada esperanzada con Amaia antes de contestar.

—Nunca. Siempre serás libre. Te doy mi palabra.

NOTA DEL AUTOR

Tras la visita del rey Enrique IV, *el Impotente*, a Gipuzkoa en marzo de 1457, numerosas casas-torre fueron desmochadas o completamente destruidas. Sin embargo, el destierro al que fueron condenados los banderizos no tuvo en ningún caso una duración superior a cuatro años. A su regreso, los señores feudales no tardaron en reconstruir sus casas fuertes, pero previamente fueron obligados a jurar que acatarían las decisiones de la Hermandad. Este nuevo orden, en el que la Juntas Generales eran la auténtica fuente de poder, al tiempo que los linajes perdían su influencia, supuso el final de la Guerra de Bandos, que desangraba el País Vasco desde doscientos años atrás.

La Hermandad de las Villas y Lugares de la Tierra de Gipuzkoa, fundada en Getaria en 1397, continuó celebrando sus Juntas Generales regularmente, constituyendo el germen de lo que años después sería la Diputación Foral de Gipuzkoa.

En Barcelona, el gobierno popular de la Busca sufrió desde un principio severos ataques de la oposición, desembocando en una sangrienta guerra civil en 1462. Ese mismo año, estallaba en el campo catalán la guerra de los Remensas, una rebelión de los campesinos contra la nobleza, que llevaba años gestándose, como descubrimos en el viaje de Aitor a la plana de Vic. Tras una larga lucha, los hombres y mujeres del campo vencieron, aunque no lograron erradicar la servidumbre ni introducir reformas de importancia.

Comencé a soñar con esta novela cuando descubrí en una excursión por los montes alaveses la señalización de la Ruta del Vino y el Pescado, un apasionante sendero de Gran Recorrido que parte de los puertos de Bizkaia para acabar en tierras de la Rioja Alavesa. A través de valles y montañas, este itinerario recupera los caminos que seguían los arrieros medievales para sus intercambios comerciales. Durante siglos, el pescado del Cantábrico era transportado en salazón hacia el interior de la península, donde era un producto básico de la dieta medieval, especialmente por motivos religiosos. En su viaje de vuelta, las recuas de mulas y los carros de bueyes transportaban trigo, sal, vinagre y, sobre todo, vino tinto.

El valle de Oialde no existió jamás, pero los sucesos que se desarrollan en la novela pudieron ocurrir, en realidad, en cualquiera de las muchas aldeas que salpicaban el País Vasco en el siglo XV. Con el contexto de fondo de las guerras banderizas que asolaron durante siglos esta tierra, los parientes mayores sometían a los vecinos del mundo rural a su antojo, tal como hace Alain de Oialde en estas páginas.

Para crear la aldea de Oialde, me he inspirado en Donamaria, un precioso pueblo de la comarca navarra de Malerreka. Su imponente casa-torre y sus caseríos centenarios dispersos por el fondo de un valle siempre verde, son una magnífica muestra de cómo eran las tierras vascas durante la Edad Media. Otro paisaje que me ha servido de inspiración es la vieja calzada empedrada que trepa desde la noche de los tiempos hasta los altos pastos de Aralar,

arrancando el camino en Zaldibia (Gipuzkoa). Sus desgastadas losas, de enorme tamaño, fueron colocadas según las leyendas por los gentiles y resulta un paseo precioso en otoño, cuando los hayedos se visten de oro. Por ella sube Antton, el pastor, a los pastos de verano. ¿Y el Urbeltza? El río existe, pero no en la cuenca del Urola, como en estas páginas, sino en la selva de Irati, donde serpentea entre bosques que parecen encantados hasta fundirse con el Urtxuria a los pies de la ermita de la Virgen de las Nieves. Sus aguas son las encargadas en estas páginas de mover la ferrería del señor de Oialde, que no es otra que la de Agorregi, en el parque natural de Pagoeta (Gipuzkoa).

Aún queda situar lo más importante: la casa-torre de Alain de Oialde y el caserío de los Ibaiondo. La primera está basada en la que para muchos es la casa fuerte más impresionante de Euskadi, un auténtico rascacielos medieval bautizado como Etxaburu y situado en Izurtza (Bizkaia). En cuanto al hogar de la familia de Aitor, está basado en el caserío Igartubeiti, una joya medieval convertida en museo que podemos disfrutar en Ezkio (Gipuzkoa).

En cuanto a la toponimia, los nombres de villas y lugares respetan en la medida de lo posible la nomenclatura habitual en el siglo XV. Así, Mondragón, Salinas de Léniz y Vitoria aparecen en estas páginas en castellano, como era habitual en la época. En cambio, en el caso de nombres difíciles de reconocer hoy en día, he preferido emplear la forma actual para facilitar su ubicación; es el caso de Miranda de Iraurgi (Azkoitia), Salvatierra de Iraurgi (Azpeitia) o el mar de Bizkaia

(Cantábrico). El lector más familiarizado con la Edad Media también habrá apreciado que los nombres propios de los protagonistas no se corresponden con los habituales en la zona en aquellos años. Espero que sepáis disculparme la licencia.

AGRADECIMIENTOS

No me gustaría acabar estas páginas sin agradecer sinceramente su ayuda y su buena disposición a todos aquellos buenos amigos que han dedicado su tiempo para que esta novela haya sido posible. A Gorka Hernández, por esas apasionantes charlas por skype desde Nueva York; a Alvaro Muñoz, por hacer siempre mi trabajo tan fácil y agradable; a Félix Linares, por sus lecciones magistrales mientras nos empachamos de salchichas alemanas; a Sergio Loira, por los desayunos literarios; a Juan Bautista Gallardo, por aguantar mis llamadas intempestivas para ayudarme a escribir con corrección; a Xabier Guruceta, por su pasión por los viejos proverbios; a Ion Agirre, por estar siempre que hace falta; a Aitor Llamas, por encontrar un rato para leerse el manuscrito entre sesión y sesión de surf; y a Antxon Gisasola, por recordarme que en Getaria no hay cuervos. Tampoco quiero olvidarme de Soco Romano, directora del Museo Naval de Donostia, ni del Departamento de Historia de la Universidad del País Vasco, entre cuyos libros he pasado horas y horas de investigación.

Y, por supuesto, un agradecimiento muy especial a mi abuela, Ángela, por despertarme el amor por el mundo rural; mi madre, por hacer de mí lo que soy; mi hermano, Iñigo, por su visión siempre cuerda; y Maria Pellicer, mi compañera en el viaje de la vida (y pronto amatxo de mi hija), por su infinita paciencia en la corrección del manuscrito y sus siempre importantes ánimos.

A todos ellos, y a ti, que tienes este libro en tus manos, ¡muchísimas gracias!